David Harvey

La condición de la posmodernidad

Investigación sobre los orígenes del cambio cultural

Amorrortu editores

La condición de la posmodernidad

Investigación sobre los orígenes del cambio cultural

David Harvey

Amorrortu editores

Biblioteca de comunicación, cultura y medios
Director: Aníbal Ford

The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change, David Harvey

Traducción, Martha Eguía

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 950-518-652-5
ISBN 0-631-16294-1, Inglaterra, edición original

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en noviembre de 1998.

Indice general

El tema del libro

Desde 1972 aproximadamente, se ha operado una metamorfosis en las prácticas culturales y económico-políticas.

Esta metamorfosis está ligada al surgimiento de nuevas formas dominantes de experimentar el espacio y el tiempo.

Aunque la simultaneidad no constituye, en las dimensiones cambiantes del tiempo y el espacio, una prueba de conexión necesaria o causal, pueden aducirse sólidos fundamentos *a priori* para abonar la afirmación según la cual existe alguna relación necesaria entre la aparición de las formas culturales posmodernistas, el surgimiento de modos más flexibles de acumulación del capital y un nuevo giro en la «compresión espacio-temporal» de la organización del capitalismo.

Pero estos cambios, cotejados con las reglas elementales de la acumulación capitalista, aparecen más como desplazamientos en la apariencia superficial que como signos del surgimiento de una sociedad íntegramente poscapitalista, o hasta posindustrial.

Prefacio

No puedo recordar con exactitud cuándo me encontré por primera vez con el término posmodernismo. Es posible que mi reacción haya sido la misma que ante otros numerosos «ismos» que aparecieron y desaparecieron en estas últimas décadas: esperar a que se hundieran bajo el peso de su propia incoherencia o, simplemente, perdieran su seducción como conjunto de «nuevas ideas» de moda.

Pero, con el tiempo, el clamor del debate posmodernista parece haberse incrementado en lugar de decrecer. Una vez que el posmodernismo se conectó con el posestructuralismo, con el posindustrialismo y con todo un arsenal de otras «nuevas ideas», apareció cada vez más como una poderosa configuración de nuevos sentimientos y reflexiones. Parecía cumplir a la perfección un papel crucial en la definición de la trayectoria del desarrollo social y político, simplemente por la forma en que definía pautas de la crítica social y de la práctica política. En los últimos años, ha determinado las pautas del debate, ha definido la modalidad del «discurso» y ha establecido los parámetros de la crítica cultural, política e intelectual.

En consecuencia, parecía pertinente investigar en forma más específica la naturaleza del posmodernismo entendido no tanto como un conjunto de ideas, sino como una condición histórica que debía ser dilucidada. Esto me obligó a iniciar un análisis de las ideas dominantes, pero como el posmodernismo resulta ser un campo minado de nociones en conflicto, ese proyecto se volvió muy difícil de realizar. Los resultados de esa investigación, que aparecen en la Primera parte, han sido reducidos estrictamente al mínimo, espero que con buen sentido. El resto del trabajo analiza los antecedentes económico-políticos (nuevamente, en forma bastante simplificada) antes de examinar de manera más específica la experiencia del espacio y el tiempo como un nexo mediador de singular importancia entre el dinamismo del desarrollo histórico-geográfico del capitalismo y los complejos procesos de producción cultural y de transformación ideológica. Se comprueba que de este modo es posible entender algunos de los discursos totalmente nuevos que han surgido en el mundo occidental en el curso de las últimas décadas.

En la actualidad, se pueden advertir signos de debilitamiento en la hegemonía cultural del posmodernismo en Occidente. Si hasta los constructores de edificios dicen a un arquitecto como Moshe Safdie que están hartos del posmodernismo, ¿es posible que el pensamiento filosófico se haya quedado tan atrás? En un sentido, no importa si el posmodernismo está o no en vías de desaparición, ya que se puede aprender mucho de una investigación histórica que examine las raíces de aquello que ha constituido una fase tan inquietante del desarrollo económico, político y cultural.

He recibido un gran apoyo y estímulo crítico durante la escritura de este libro. Vicente Navarro, Erica Schoenberger, Neil Smith y Dick Walker colaboraron con multitud de comentarios sobre el manuscrito o sobre las ideas que yo elaboraba. El Roland Park Collective ha constituido un magnífico foro para la discusión y el debate de ideas. Además, he tenido la suerte de trabajar con un grupo especialmente talentoso de estudiantes graduados de la Johns Hopkins University, y quiero agradecer a Kevin Archer, Patrick Bond, Michael Johns, Phil Schmandt y Eric Swyngedouw por el gran estímulo intelectual que me brindaron durante los últimos años que estuve allí. Jan Bark me inició en el placer de contar con alguien que realizara de manera competente y con buen humor la tarea de procesar el manuscrito mientras se hacía cargo de gran parte del trabajo de elaboración del índice. Angela Newman trazó los diagramas, Tony Lee contribuyó con la fotografía, Sophie Hartley gestionó los permisos y Alison Dickens y John Davey, de Basil Blackwell, colaboraron con comentarios y sugerencias editoriales muy útiles. Y Haydee fue una maravillosa fuente de inspiración.

Reconocimientos

Autor y editor agradecen a estos propietarios de derechos el amable permiso de reproducción de láminas: Alcatel 3.2; Archives Nationales de France 3.3, 3.8; The Art Institute of Chicago, Joseph Winterbotham Collection, © The Art Institute of Chicago. All Rights Reserved. © DACS 1988 3.9; Associated Press 1.21; A. Aubrey Bodine Collection, cortesía del Peale Museum, Baltimore, 1.22; Jean-François Batellier 1.4; Bildarchiv Photo Marburg 1.20; British Architectural Library / RIBA 3.6; The British Library 3.4; Leo Castelli Gallery, Nueva York, © Robert Rauschenberg, © DACS 1988 (fotografía de Rudolph Burckhardt) 1.9; Deutsches Architekturmuseum, Francfort del Meno, 1.28; P. Dicken, Global Shift 3.1; Equitable Life Assurance Collection of the U.S. 1.5; Fondation Le Corbusier, París, © DACS 1988 1.1a; Galerie Bruno Bischofberger, Zurich, 1.6; Lintas Limited, Londres 1.10; Lloyds Bank Plc, Londres, 4.1; Lloyd de Londres (fotografía de Janet Gill) 1.19; Los Angeles Times 1.18; Mansell Collection 1.7; Metro Pictures, Nueva York, 1.2; Metropolitan Life Insurance Company Archives, Nueva York, 1.1b; Musée National d'Art Moderne, Centre Georges Pompidou, París, © ADAGP, París, y DACS, Londres 1988 3.11, 3.12; Musée d'Orsay, Cliché des Musées Nationaux, París, 1.8; The Museum of Modern Art, Nueva York, Purchase Fund, © ADAGP, París, y DACS, Londres 1989 3.10; National Portrait Gallery, Londres 3.5; Roger-Viollet 1.3. Todas las demás fotografías fueron suministradas por el autor.

Autor y editor agradecen también a la sucesión de T. S. Eliot y a los editores de los *Four Quartets*, Faber and Faber Ltd. y Harcourt Brace Jovanovich la autorización que dieron para reproducir el extracto de *Burnt Norton*, y a Heinrich Klotz, *Revision der Moderne: Postmoderne Architektur 1960-1980*, Prestel Verlag, Munich, 1984, la descripción de catálogo de *Piazza d'Italia* de Charles Moore.

Primera parte. El pasaje de la modernidad a la posmodernidad en la cultura contemporánea

«El destino de una época que ha comido del árbol del conocimiento es que debe (. . .) reconocer que las nociones generales sobre la vida y el universo nunca pueden ser producto de un creciente conocimiento empírico, y que los más altos ideales que nos mueven con el mayor imperio siempre se forman sólo en la lucha con otros ideales que son tan sagrados para otros como lo son los nuestros para nosotros».

Max Weber

1. Introducción

En 1974 se publicó *Soft city* de Jonathan Raban, un relato eminentemente personalizado sobre la vida en Londres a comienzos de la década de 1970. En su momento, obtuvo varios comentarios favorables. Pero, en este caso, su interés para mí reside en su carácter de indicador histórico, ya que fue escrito en un momento en que puede observarse un cambio en la forma en que los círculos académicos y populares abordaban los problemas de la vida urbana. El libro presagiaba un nuevo tipo de discurso que después generaría términos como «*gentrification*» y «*yuppie*», que se convertirían en descripciones corrientes de la vida urbana. Además, se escribió en esa cúspide de la historia intelectual y cultural en la que algo denominado «posmodernismo» surgía de la crisálida de lo antimoderno para constituirse en una estética cultural por derecho propio.

A diferencia de la mayor parte de las publicaciones críticas y de oposición acerca de la vida urbana en la década de 1960 (pienso fundamentalmente en Jane Jacobs, cuyo libro *The death and life of great American cities* apareció en 1961, pero también en Theodore Roszak), Raban describe como algo vital y presente aquello que muchos escritores anteriores habían sentido como una ausencia crónica. A la tesis según la cual la ciudad, cada vez más, era víctima de un sistema racionalizado y automatizado de producción masiva y de consumo masivo de bienes materiales, Raban responde que se trata fundamentalmente de la producción de signos e imágenes. Oponiéndose a la tesis de una ciudad rígidamente estratificada por ocupación y clase, señala en cambio una vasta difusión del individualismo y la iniciativa de empresarios, en cuya óptica posesiones y apariencias son esencialmente las marcas de distinción social. Al presunto dominio de la planificación racional (véase la lámina 1.1), Raban opone una imagen de la ciudad como «enciclopedia» o «emporio de estilos», en la que todo sentido de jerarquía o hasta de homogeneidad de valores se encuentra en vías de disolución. El habitante de la ciudad, sostiene, no es alguien necesariamente entregado al cálculo racional (como suponen muchos sociólogos). La ciudad se parece más a un teatro, a una serie de escenarios donde los individuos pue-

den desplegar su magia distintiva en el desempeño de múltiples roles. A la ideología de la ciudad como una comunidad perdida pero añorada, Raban responde con una descripción de la ciudad como laberinto o panal, con redes totalmente diferentes de interacción social, orientadas en múltiples direcciones, de modo tal que «la enciclopedia se convierte en un maníaco álbum de recortes lleno de coloridas entradas que no tienen relación entre sí, ni tampoco un esquema determinante, racional o económico».

Mi propósito aquí no es criticar esta representación específica (aunque creo que no sería difícil demostrar que se trata de una concepción algo peculiar de las cosas por parte de un joven profesional recién llegado a Londres). Tengo la intención de analizar cómo esta interpretación pudo ser afirmada con tanta convicción y recibida con tanto beneplácito. Hay varios elementos en *Soft city* que merecen una atención particular.

Para empezar, el libro proporciona un considerable alivio a aquellos que temían que la ciudad fuese víctima del totalitarismo de proyectistas, burócratas y elites corporativas. La ciudad, insiste Raban, es un lugar demasiado complejo como para que pueda imponérsele semejante disciplina. Un laberinto, una enciclopedia, un emporio, un teatro, la ciudad es un sitio donde el hecho y la imaginación *deben* fusionarse inevitablemente. Por otra parte, Raban apela sin titubear a nociones del individualismo subjetivo que tan frecuentemente fueron soterradas por la retórica colectivista de los movimientos sociales en la década de 1960. Porque la ciudad es también un lugar donde la gente tiene relativa libertad para actuar y hacer lo que se proponga. «La identidad personal se ha vuelto dúctil, fluida, infinitamente abierta» al ejercicio de la voluntad y la imaginación:

«Para mejor o para peor, [la ciudad] lo invita a rehacerla, a definir una forma en la que usted pueda vivir. Usted también. Decida quién es usted y la ciudad volverá a asumir una forma determinada a su alrededor. Decida cómo es usted y su identidad se revelará, como un mapa trazado por tringulación. Las ciudades, a diferencia de las aldeas o pueblos, son plásticas por naturaleza. Las configuramos en nuestras imágenes: ellas, a su vez, nos moldean en virtud de la resistencia que ofrecen cuando tratamos de imponerles nuestras formas personales. En este sentido, creo que vivir en una ciudad es un arte y que se necesita del vocabulario del arte y del estilo para describir la peculiar relación que existe entre el hombre y el material, en el constante juego creativo de la vida urbana. La ciudad que imaginamos, la ciudad dúctil de la ilusión, del mito, de la aspiración y la

pesadilla, es tan real o quizá más real que la ciudad dura que uno puede emplazar en los mapas y estadísticas, en las monografías de la sociología urbana, la demografía y la arquitectura» (págs. 9-10).

Aunque en este sentido se muestra positivo, Raban no sostiene que todo esté bien en la vida urbana. Hay demasiada gente que ha perdido el rumbo en el laberinto, es muy fácil que nos perdamos unos a otros, o a nosotros mismos. Y si hay algo liberador en la posibilidad de desempeñar varios roles diferentes, también hay en ello algo abrumador y profundamente inquietante. Por otra parte, debajo de todo eso, persiste la amenaza de la violencia inexplicable y la inevitable compañía de esa tendencia omnipresente de disolución de la vida social en el caos total. En rigor, los crímenes inexplicables y la violencia urbana fortuita constituyen el eslabón débil del relato de Raban. La ciudad puede ser un teatro, pero eso significa que también los malhechores y los villanos pueden instalarse en ella convirtiendo la vida social en una tragicomedia, y hasta en un violento melodrama, sobre todo si no hemos logrado leer los códigos correctamente. Pese a que «dependemos necesariamente de las superficies y apariencias», nunca sabemos con claridad cómo aprender a percibir esas superficies con la comprensión y seriedad que requieren. Esta tarea se ha vuelto doblemente difícil por la forma en que la iniciativa empresaria se ha puesto a la tarea de producir fantasía y disfraz, mientras que, detrás de toda la agitación de códigos y modas, acecha cierto «imperialismo del gusto» que sigue recreando en nuevas formas esas mismas jerarquías de valores y significaciones que las transformaciones de la moda socavaban:

«Señales, estilos, sistemas de comunicación veloces, altamente convencionalizados, son el alma de la gran ciudad. Y cuando estos sistemas se derrumban —cuando perdemos la posibilidad de manejar la gramática de la vida urbana—, domina [la violencia]. La ciudad, nuestra gran forma moderna, es maleable, dócil a la deslumbrante y lujuriosa multiplicidad de vidas, sueños e interpretaciones. Pero las mismas cualidades plásticas que hacen que la gran ciudad sea liberadora de la identidad humana también son la causa de su especial vulnerabilidad a la psicosis y a la pesadilla totalitaria».

Se percibe en este pasaje una fuerte influencia del crítico literario francés Roland Barthes y, por cierto, el texto clásico de ese escritor, *El grado cero de la escritura*, es mencionado especialmente en más de una ocasión. Así como el estilo de la arquitectura modernista de Le Corbusier (lámina 1.1) es la *bête noire* en el diseño de Raban, *Soft*





Lámina 1.1 *(Arriba:) Le Corbusier, el* Sueño de París *de la década de 1920. (Abajo:) El diseño acabado de Stuyvesant Town, Nueva York.*

city registra un momento de feroz tensión entre uno de los grandes héroes del movimiento modernista y alguien como Barthes que, muy pronto, se convertiría en una de las figuras centrales del posmodernismo. *Soft city*, escrito en ese momento, es un texto anticipador que debe ser leído, no ya como un argumento anti-modernista, sino como una afirmación vital de que ha llegado el momento posmodernista.

No hace mucho visité una exposición de fotografías de Cindy Sherman (lámina 1.2) que me hizo acordar a las descripciones evocativas de Raban. Las fotografías muestran mujeres claramente distintas, provenientes de diversos ámbitos de la vida. Lleva cierto tiempo darse cuenta, con cierto estupor, de que se trata de retratos de la misma mujer con diferentes vestimentas. Sólo el catálogo anuncia que esa mujer es la propia artista. Es notable el paralelo de esto con la insistencia de Raban en la plasticidad de la personalidad humana, en virtud de la ductilidad de apariencias y superficies, así como la colocación auto-referencial de los autores con relación a sí mismos en tanto sujetos. Cindy Sherman está considerada como una gran figura del movimiento posmoderno.

¿En qué consiste entonces este posmodernismo del que muchos hablan hoy? ¿Acaso la vida social ha cambiado tanto desde comienzos de la década de 1970 como para que podamos hablar con razón de estar viviendo en una cultura posmoderna, en una época posmoderna? ¿O se trata simplemente de que las tendencias de la alta cultura exhiben, como de costumbre, una nueva torsión, y que las modas académicas también han cambiado sin generar casi una variación de efecto o un eco de correspondencia en la vida diaria de los ciudadanos corrientes? El libro de Raban sugiere que hay algo más que la última novedad intelectual importada de París o el último giro del mercado artístico de Nueva York. También hay algo más que el desplazamiento en el estilo arquitectónico que Jencks (1984) registra, aunque en este caso nos aproximamos a un ámbito que tiene la capacidad de acercar las preocupaciones de la alta cultura a la vida diaria a través de la producción de la forma construida. En efecto, a partir de 1970 aproximadamente, se han generado transformaciones fundamentales en las características de la vida urbana. Pero que esas transformaciones merezcan la denominación de «posmodernas» es otro problema. En rigor, la respuesta depende de qué entendemos exactamente por ese término. Y en este sentido, sí es necesario apelar a las últimas novedades intelectuales importadas de París y a los giros operados en el mercado artístico de Nueva York, porque es precisamente de aquellos fermentos de donde ha surgido el concepto de «posmoderno».





Lámina 1.2 *Cindy Sherman,* Sin título, *1983, y* Sin título #92, *1981.*
El posmodernismo y la máscara: el arte fotográfico de Cindy Sherman la usa a ella misma como sujeto bajo múltiples disfraces, de los que muchos evocan abiertamente imágenes de filmes o mediáticas.

Nadie se pone de acuerdo acerca de qué se entiende por este término, excepto, quizás, en que el «posmodernismo» representa cierto tipo de reacción o distancia respecto del «modernismo». En la medida en que el significado del modernismo también es muy confuso, la reacción o distancia que se conoce como «posmodernismo» lo es do-

blemente. El crítico literario Terry Eagleton (1987) trata de definir el término así:

«Existe quizás un cierto consenso según el cual el típico artefacto posmodernista es leve, auto-irónico y hasta esquizoide; y reacciona a la autonomía austera del alto modernismo adoptando de manera imprudente el lenguaje del comercio y de la mercancía. Su posición con respecto a la tradición cultural es la de un pastiche irreverente, y su artificial superficialidad socava toda solemnidad metafísica, en ocasiones mediante una estética brutal de suciedad y shock».

Con una óptica más positiva, los redactores de la revista de arquitectura *PRECIS* 6 (1987, págs. 7-24) consideran al posmodernismo como una reacción legítima a la «monotonía» de la concepción modernista del mundo. «El modernismo universal, concebido por lo general como positivista, tecnocéntrico y racionalista, ha sido identificado con la creencia en el progreso lineal, las verdades absolutas, la planificación racional de regímenes sociales ideales y la uniformización del conocimiento y la producción». El posmodernismo, por el contrario, privilegia «la heterogeneidad y la diferencia como fuerzas liberadoras en la redefinición del discurso cultural». Fragmentación, indefinición y descreimiento profundo respecto de todos los discursos universales o «totalizantes» (para utilizar la frase en boga) son las marcas distintivas del pensamiento posmodernista. El redescubrimiento del pragmatismo en filosofía (p. ej. Rorty, 1979), la transformación de las ideas sobre la filosofía de la ciencia propuesta por Kuhn (1962) y Feyerabend (1975), el énfasis de Foucault en la discontinuidad y la diferencia en la historia, y el privilegio que este otorga a «las correlaciones polimorfas en lugar de la causalidad simple o compleja», los nuevos desarrollos de las matemáticas que destacan la indeterminación (catástrofe y teoría del caos, geometría fractal), la reaparición de la preocupación por la ética, la política y la antropología, por el valor y dignidad del «otro», todo indica un cambio extendido y profundo en la «estructura del sentimiento». Estos ejemplos tienen en común un rechazo por los «meta-relatos» (grandes interpretaciones teóricas de aplicación universal), lo que lleva a Eagleton a completar su descripción del posmodernismo de este modo:

«El posmodernismo señala la muerte de estos "meta-relatos" cuya función secretamente terrorista era fundar y legitimar la ilusión de una historia humana "universal". Estamos ahora en el proceso de despertar de la pesadilla de la modernidad, con su razón manipula-

dora y su fetiche de la totalidad, al pluralismo desmantelado de lo posmoderno, ese espectro heterogéneo de estilos de vida y juegos de lenguaje que ha renunciado a la instigación nostálgica de totalizarse y legitimarse a sí mismo (. . .) La ciencia y la filosofía deben desembarazarse de sus grandiosas afirmaciones metafísicas para verse a sí mismas con más humildad, como otro conjunto de narrativas».

Si estas descripciones son correctas, podría parecer que *Soft city* de Raban está imbuido del sentimiento posmodernista. Pero el alcance real de esto aún debe determinarse. En la medida en que el único punto de partida convenido para comprender lo posmoderno yace en su relación implícita con lo moderno, me ocuparé en primer lugar del significado de este último término.

2. Modernidad y modernismo

«La modernidad —escribió Baudelaire en su fecundo ensayo «El pintor de la vida moderna» (publicado en 1863)— es lo efímero, lo veloz, lo contingente; es una de las dos mitades del arte, mientras que la otra es lo eterno y lo inmutable».

Mi intención es concentrarme en esta vinculación de lo efímero y lo veloz con lo eterno e inmutable. La historia del modernismo como movimiento estético ha fluctuado entre una y otra cara de esta doble formulación, haciéndola aparecer como si pudiera —señaló en un momento Lionel Trilling (1966)— hacer girar el significado hasta colocarlo en dirección opuesta. Creo que, apropiándonos del sentido de tensión de Baudelaire, podremos entender mejor algunos de los significados contradictorios que se atribuyen al modernismo y algunas de las corrientes extraordinariamente diversas de la práctica artística, así como los juicios estéticos y filosóficos que se postulan en su nombre.

Por el momento, dejaré de lado la cuestión de *por qué* la vida moderna podría caracterizarse por tanto cambio y fugacidad. Aunque, en líneas generales, nadie discute que la condición de la modernidad se caracterice de ese modo. Por ejemplo, veamos la descripción de Berman (1982, pág. 15):

«En la actualidad, hay una forma de la experiencia vital —experiencia del espacio y del tiempo, del propio ser y de los otros, de las posibilidades y riesgos de la vida— que es compartida por hombres y mujeres de todas partes del mundo. Llamaré "modernidad" a este cuerpo de experiencia. Ser modernos es estar en un medio que promete aventura, poder, goce, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo. Y, al propio tiempo, que amenaza destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los medios y experiencias modernos atraviesan todas las fronteras geográficas y étnicas, de clase y nacionalidad, religiosas e ideológicas; en este sentido, puede afirmarse que la modernidad une a toda la humanidad. Pero se trata de una unidad paradójica, de una unidad de desunión, que nos arroja a todos a un torbellino de

constante desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el cual, como dijo Marx, "todo lo sólido se disuelve en el aire"».

Berman nos muestra cómo muchos escritores de diferentes lugares y diferentes épocas (Goethe, Marx, Baudelaire, Dostoievski y Biely, entre otros) enfrentaron y abordaron este abrumandor sentido de la fragmentación, de lo efímero y del cambio caótico. Este mismo tema ha sido retomado hace poco por Frisby (1985) en un trabajo sobre tres pensadores modernos —Simmel, Kracauer y Benjamin— donde afirma que «su preocupación central era la experiencia específica del tiempo, el espacio y la causalidad en su calidad efímera, huidiza, fortuita y arbitraria». Si bien es cierto que tanto Berman como Frisby colocan en el pasado una fuerte sensibilidad actual hacia lo efímero y la fragmentación, sobredimensionando quizá, de este modo, ese aspecto de la doble formulación de Baudelaire, hay numerosos testimonios que nos hacen pensar que la mayor parte de los escritores «modernos» reconocía que lo único seguro acerca de la modernidad era su inseguridad y hasta su propensión al «caos totalizante». Por ejemplo, el historiador Carl Schorske (1981, pág. xix) señala que en la Viena de *fin de siècle*:

«La alta cultura entró en un torbellino de innovación infinita, en la que cada campo proclamaba su independencia del conjunto, y cada parte se dividía a su vez en otras partes. En la violenta acción centrífuga del cambio, se hundieron esos mismos conceptos mediante los cuales los fenómenos culturales podían fijarse en el pensamiento. No sólo los productores de la cultura, sino también sus analistas y críticos fueron víctimas de la fragmentación».

El poeta W. B. Yeats captó este mismo estado de ánimo en los versos siguientes:

Las cosas se fragmentan; el centro no sujeta;
La pura anarquía recorre el mundo.

Si es cierto que la vida moderna está tan marcada por lo huidizo, lo efímero, lo fragmentario y lo contingente, es posible pensar en varias y profundas consecuencias. Para empezar, la modernidad puede no tener respeto alguno por su propio pasado, y menos aún por aquel de cualquier otro orden social premoderno. La condición transitoria de las cosas hace difícil la conservación de un sentido de con-

tinuidad histórica. Si la historia tiene algún sentido, ese sentido debe descubrirse y definirse dentro del torbellino del cambio, un torbellino que afecta tanto los términos de la discusión como el objeto acerca del cual se discute. Por lo tanto, la modernidad no sólo supone una violenta ruptura con alguna o con todas las condiciones históricas precedentes, sino que se caracteriza por un proceso interminable de rupturas y fragmentaciones internas. Como lo señalan Poggioli (1968) y Bürger (1984), la vanguardia ha desempeñado un papel vital en la historia del modernismo al interrumpir cualquier sentido de continuidad a través de movimientos, recuperaciones y represiones radicales. Interpretar esto, descubrir los elementos «eternos e inmutables» en medio de semejantes irrupciones, constituye un serio problema. Aun cuando el modernismo haya intentado siempre descubrir el «carácter esencial de lo accidental», como dice Paul Klee, ahora tenía que hacer lo mismo en un campo de sentidos en constante transformación, que a menudo parecía «oponerse a la experiencia racional de ayer». Las prácticas y juicios estéticos se fragmentaban en esa especie de «maníaco cuaderno de recortes lleno de coloridas entradas que no tienen relación entre sí, ni esquema determinante, racional o económico», que Raban describe como un aspecto fundamental de la vida urbana.

¿Dónde, en medio de todo esto, podríamos encontrar cierta coherencia, por no decir algo convincente, acerca de lo «eterno e inmutable» que al parecer se oculta en esta vorágine del cambio social en el espacio y en el tiempo? Los pensadores de la Ilustración propusieron una filosofía y hasta una respuesta práctica a este interrogante. Y como la respuesta ha ejercido una gran influencia en el debate posterior sobre el significado de la modernidad, merece un examen más minucioso.

Si bien el término «moderno» posee una historia más antigua, lo que Habermas llama (1983, pág. 9) el *proyecto* de la modernidad ocupó un lugar central en el siglo XVIII. Ese proyecto supuso un extraordinario esfuerzo intelectual por parte de los pensadores de la Ilustración, destinado a «desarrollar la ciencia objetiva, la moral y la ley universales y el arte autónomo, de acuerdo con su lógica interna». La idea era utilizar la acumulación de conocimiento generada por muchos individuos que trabajaban libre y creativamente, en función de la emancipación humana y el enriquecimiento de la vida cotidiana. El dominio científico de la naturaleza auguraba la liberación de la escasez, de la necesidad y de la arbitrariedad de las catástrofes naturales. El desarrollo de formas de organización social y de formas de pensamiento racionales prometía la liberación respecto de las irracionalidades del mito, la religión, la superstición, el fin del

uso arbitrario del poder, así como del lado oscuro de nuestra propia naturaleza humana. Sólo a través de un proyecto semejante podían revelarse las cualidades universales, eternas e inmutables de toda la humanidad.

El pensamiento de la Ilustración (y recurro aquí al trabajo de Cassirer de 1951) abrazaba la idea del progreso y buscaba activamente esa ruptura con la historia y la tradición que propone la modernidad. Era, sobre todo, un movimiento secular que intentaba desmitificar y desacralizar el conocimiento y la organización social a fin de liberar a los seres humanos de sus cadenas, un movimiento que tomó con gran seriedad el mandato de Alexander Pope según el cual «el estudio adecuado para la humanidad es el hombre». En la medida en que además, en nombre del progreso humano, alababa la creatividad humana, el descubrimiento científico y la búsqueda de excelencia individual, los pensadores de la Ilustración dieron buena acogida al torbellino del cambio y consideraron que lo efímero, lo huidizo y lo fragmentario eran una condición necesaria a través de la cual podría realizarse el proyecto modernizante. Proliferaron las doctrinas de la igualdad, la libertad y la fe en la inteligencia humana (una vez garantizados los beneficios de la educación) y en la razón universal. «Una buena ley debe ser buena para todos —declaró Condorcet en las luchas agónicas de la Revolución Francesa— exactamente de la misma manera en que una proposición verdadera es verdadera para todos». Esta concepción era increíblemente optimista. Los escritores como Condorcet, señala Habermas (1983, pág. 9), están imbuidos «de la extravagante expectativa de que las artes y las ciencias promoverían no sólo el control de las fuerzas naturales, sino también la comprensión del mundo y la persona, el progreso moral, la justicia de las instituciones y hasta la felicidad de los seres humanos».

En efecto, el siglo XX —con sus campos de concentración, escuadrones de la muerte, militarismo, dos guerras mundiales, amenaza de exterminio nuclear y la experiencia de Hiroshima y Nagasaki— ha aniquilado este optimismo. Peor aún, existe la sospecha de que el proyecto de la Ilustración estaba condenado a volverse contra sí mismo, transformando así la lucha por la emancipación del hombre en un sistema de opresión universal en nombre de la liberación de la humanidad. Esta era la desafiante tesis de Horkheimer y Adorno en su *Dialéctica de la Ilustración* (1972). Escrito a la sombra de la Alemania de Hitler y de la Rusia de Stalin, los autores sostenían que la lógica que encubría la racionalidad de la Ilustración era una lógica de dominio y opresión. La ambición por dominar la naturaleza llevaba implícito el dominio de los seres humanos que conduciría por fin

a «una condición de auto-sometimiento de carácter pesadillesco» (Bernstein, 1985, pág. 9). La rebelión de la naturaleza, que ellos consideraban como la única salida de la impasse, debía pues ser concebida como una rebelión de la naturaleza humana contra el poder opresivo de la razón puramente instrumental sobre la cultura y la personalidad.

Son cuestiones cruciales saber si el proyecto de la Ilustración estaba condenado desde el comienzo a hundirnos en un mundo kafkiano, si debía conducirnos ineludiblemente a Auschwitz e Hiroshima y si aún queda algún poder capaz de informar e inspirar el pensamiento y la acción contemporáneos. Están aquellos que, como Habermas, siguen sosteniendo el proyecto, más allá de una fuerte dosis de escepticismo en cuanto a los objetivos, una gran angustia con respecto a la relación entre medios y fines, y cierto pesimismo en cuanto a la posibilidad de llevar a cabo ese proyecto en las actuales condiciones económicas y políticas. Y luego están aquellos —y esto, como veremos, es el núcleo del pensamiento filosófico posmodernista— que insisten en la necesidad de abandonar por completo el proyecto de la Ilustración en nombre de la emancipación del hombre. La posición que adoptemos dependerá de cómo nos expliquemos el «lado oscuro» de nuestra historia reciente y de si lo atribuimos a los defectos de la razón de la Ilustración o más bien a un error en su aplicación.

Por cierto, el pensamiento de la Ilustración internalizó todo un cúmulo de problemas complejos y exhibió no pocas y penosas contradicciones. Para empezar, el problema de la relación entre medios y fines estuvo presente de manera constante, en tanto que los fines mismos nunca se pudieron especificar con precisión, salvo en función de cierto plan utópico que a menudo resultaba opresivo para algunos y liberador para otros. Es más, la cuestión que debía enfrentarse directamente era quién podía reclamar la posesión de la razón superior y en qué condiciones esa razón debía ejercerse como poder. La humanidad deberá ser obligada a ser libre, decía Rousseau; y los jacobinos de la Revolución Francesa retomaron y continuaron, en su práctica política, el pensamiento filosófico de Rousseau. Francis Bacon, uno de los precursores del pensamiento de la Ilustración, en su tratado utópico *Nova Atlantis,* concebía una casa de sabios eminentes que debían custodiar el conocimiento y cumplir la función de jueces de la ética y verdaderos científicos; al vivir apartados de lo cotidiano de la comunidad, ejercerían sobre ella un extraordinario poder moral. A esta concepción de una sabiduría blanca, masculina, de elite pero colectiva, otros opusieron la imagen del individualismo desenfrenado de grandes pensadores, de grandes benefactores de la

humanidad que a través de esfuerzos y luchas singulares llevarían comoquiera que fuere a la razón y a la civilización hacia su verdadera emancipación. Otros afirmaron la operación de cierta teleología inmanente (tal vez, hasta de inspiración divina) a la cual el espíritu humano debía necesariamente responder, o de un mecanismo social —como la celebrada mano invisible del mercado de Adam Smith— por el que hasta los sentimientos morales más dudosos redundarían en el beneficio de todos. Marx, que en varios aspectos era hijo del pensamiento de la Ilustración, intentó transformar el pensamiento utópico —la lucha para que los seres humanos realizaran su «ser genérico», como dice en sus primeros escritos— en una ciencia materialista, demostrando que la emancipación humana universal podría surgir de la lógica del desarrollo capitalista, ligada a la clase y sin duda represiva, pero contradictoria. Se concentró entonces en la clase obrera como agente de la liberación y emancipación del hombre, precisamente porque era la clase oprimida en la sociedad capitalista. Sólo cuando los productores directos gobiernen sus propios destinos —sostuvo—, podremos reemplazar el sometimiento y la represión por un reino de la libertad social. Pero si «el reino de la libertad sólo comienza cuando se deja atrás el reino de la necesidad», era necesario reconocer el aspecto progresista de la historia burguesa (en particular, la creación de enormes fuerzas productivas) y apropiarse ampliamente de los resultados positivos de la racionalidad de la Ilustración.

Al proyecto de la modernidad nunca le han faltado críticos. Edmund Burke no intentó en forma alguna ocultar sus dudas y su disgusto ante los excesos de la Revolución Francesa. Malthus, cuando refuta el optimismo de Condorcet, sostiene que es imposible escapar de las cadenas naturales de la escasez y la necesidad. Asimismo, De Sade mostró que podía haber otra dimensión de la liberación humana, además de aquella que imaginaba el pensamiento tradicional de la Ilustración. Y hacia comienzos del siglo XX, dos críticos notables, aunque situados en diferentes posiciones, imprimieron su sello en el debate. Primero Max Weber, cuyo argumento fundamental ha resumido Bernstein, es un protagonista clave en el debate sobre la modernidad y sus sentidos:

«Weber sostuvo que la esperanza y la expectativa de los pensadores de la Ilustración era una ilusión amarga e irónica. Ellos sustentaban la necesidad de un nexo fuerte entre el desarrollo de la ciencia, la racionalidad y la libertad humana universal. Sin embargo, una vez que se ha comprendido y desenmascarado el legado de la Ilustración, resulta ser el triunfo de (. . .) la racionalidad instrumental

con arreglo a fines. Esta forma de racionalidad afecta e infecta todo el espectro de la vida social y cultural, y abarca las estructuras económicas, el derecho, la administración burocrática y hasta las artes. El crecimiento [de la racionalidad instrumental con arreglo a fines] no conduce a la realización concreta de la libertad universal, sino a la creación de una "jaula de hierro" de racionalidad burocrática de la cual no es posible escapar» (Bernstein, 1985, pág. 5).

Si la «sombría advertencia» de Weber se lee como el epitafio de la Razón Ilustrada, el ataque a sus premisas por parte de Nietzsche debe ser visto sin duda como su némesis. Es como si Nietzsche se hubiera sumergido totalmente en la otra cara de la formulación de Baudelaire a fin de mostrar que lo moderno no era otra cosa que una energía vital, la voluntad de vida y de poderío, que nadaba en un mar de desorden, anarquía, destrucción, alienación individual y desesperación. «Por debajo de la superficie de la vida moderna, dominada por el conocimiento y por la ciencia, él percibía energías vitales salvajes, primitivas y absolutamente despiadadas» (Bradbury y McFarlane, 1976, pág. 446). Toda la imaginería de la Ilustración en torno de la civilización, la razón, los derechos universales y la moral naufragaba. La esencia eterna e inmutable de la humanidad encontraba su representación adecuada en la figura mítica de Diónisos: «ser a un mismo tiempo "destructivamente creativa" (o sea, dar forma al mundo temporal de la individuación y el devenir, en un proceso destructivo de la unidad) y "creativamente destructiva" (o sea, aniquilar el universo ilusorio de la individuación, un proceso que implica la reacción de la unidad)» (*loc. cit.*). El único camino de afirmación de la persona era el de actuar, manifestar el deseo en este torbellino de creación destructiva y destrucción creativa aunque el resultado estuviera condenado a ser trágico.

La imagen de «destrucción creadora» es muy importante para comprender la modernidad, justamente porque proviene de los dilemas prácticos que enfrentó la implementación del proyecto modernista. En efecto, ¿cómo se crearía un mundo nuevo sin destruir gran parte de lo ya existente? No se puede hacer una *omelette* sin romper huevos, como lo ha destacado toda una línea de pensadores modernistas, desde Goethe hasta Mao. El arquetipo literario de este dilema, como dicen Berman (1982) y Lukács (1969), es *Fausto* de Goethe. Héroe épico decidido a destruir los mitos religiosos, los valores tradicionales y las formas de vida consuetudinarias a fin de construir un audaz mundo nuevo sobre las cenizas del antiguo, Fausto, en definitiva, es una figura trágica. Al sintetizar pensamiento y acción, Fausto se impone a sí mismo e impone a todos los demás (hasta



Lámina 1.3 *Destrucción creadora de París en el Segundo Imperio por Haussmann: la reconstrucción de la Plaza Saint Germain.*

a Mefistófeles) extremos de organización, de dolor y agotamiento, a fin de gobernar la naturaleza y crear un paisaje nuevo, un logro espiritual sublime que contenga la posibilidad de que el hombre se libere del deseo y la necesidad. Decidido a eliminar todo y a todos los que se interpongan en su camino hacia la realización de este ideal sublime, Fausto, para su postrer horror, envía a Mefistófeles a matar a una vieja y amada pareja que vive en una pequeña cabaña a la orilla del mar por el simple hecho de que no encajan en el plan maestro. «Parece —dice Berman (1982)— que el propio proceso de desarrollo, aun a medida que va transformando el baldío en un floreciente espacio físico y social, recrea el baldío dentro de aquel que lo desarrolla. Así es como funciona la tragedia del desarrollo».

Hay numerosas figuras modernas —Haussmann durante el Segundo Imperio en París y Robert Moses en Nueva York después de la Segunda Guerra Mundial— que convierten a esta figura de la destrucción creadora en algo más que un mito (láminas 1.3, 1.4). Pero aquí podemos observar el funcionamiento de la oposición entre lo efímero y lo eterno desde una óptica diferente. Si el modernista tiene que destruir para crear, la única forma de representar las verdades eternas es a través de un proceso de destrucción que, en última instancia, terminará por destruir esas mismas verdades. Sin

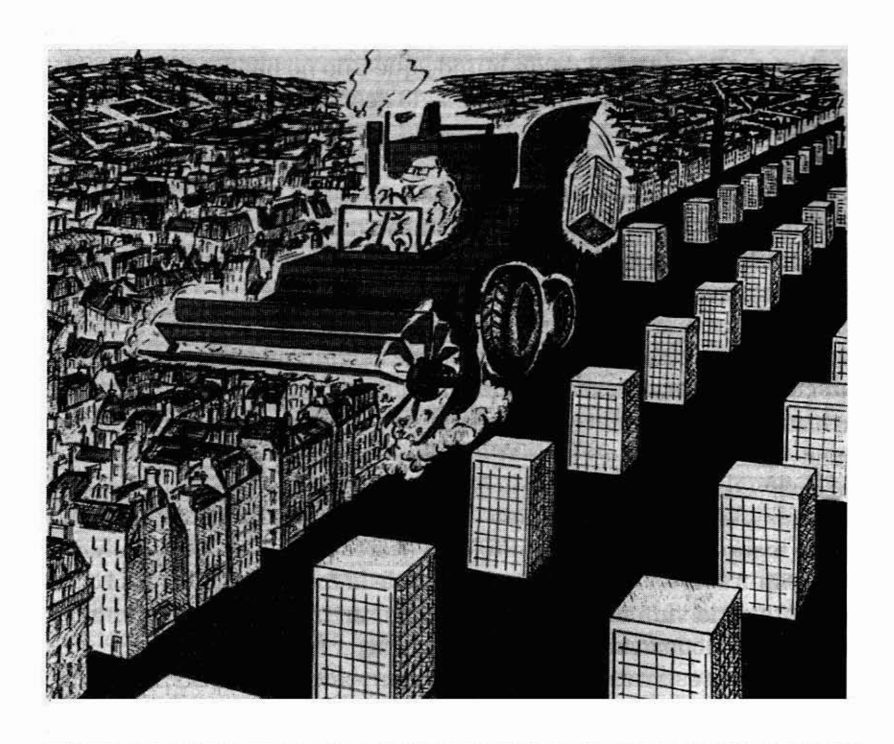


Lámina 1.4 *La construcción de los bulevares en París, en un ataque a la destrucción modernista de la antigua trama urbana: dibujo de J. F. Batellier en «Sans retour, ni consigne».*

embargo, si aspiramos a lo eterno e inmutable, no podemos dejar de poner nuestra impronta en lo caótico, en lo efímero y lo fragmentario. La imagen nietzscheana de destrucción creativa y creación destructiva establece un nexo entre las dos caras de la formulación de Baudelaire desde una nueva perspectiva. Es interesante la comprensión del economista Schumpeter, que tomó esta misma imagen para estudiar los procesos del desarrollo capitalista. El empresario, una figura heroica en la óptica de Schumpeter, era el destructor creativo *par excellence*, porque estaba preparado para llevar hasta sus últimas consecuencias la innovación técnica y social. Y sólo a través de semejante heroísmo creador era posible garantizar el progreso humano. La destrucción creadora, para Schumpeter, era el *leitmotiv* progresista del desarrollo capitalista benévolo. Para otros, era simplemente la condición necesaria del progreso del siglo XX. En 1938, Gertrude Stein escribe a Picasso:

«Como en el siglo XX todo se destruye y nada persiste, el siglo XX tiene un esplendor propio, y Picasso, que pertenece a este siglo, tie-

ne la extraña cualidad de un mundo que uno no ha visto nunca y de cosas destruidas como nunca han sido destruidas. De allí el esplendor de Picasso».

Palabras proféticas y una concepción profética, tanto por parte de Schumpeter como de Stein, en los años anteriores al mayor acontecimiento de la historia de destrucción creadora del capitalismo: la Segunda Guerra Mundial.

Hacia comienzos del siglo XX, y en particular después de la intervención de Nietzsche, ya no era posible asignar a la razón de la Ilustración un estatuto privilegiado en la definición de la esencia eterna e inmutable de la naturaleza humana. Así como Nietzsche había abierto el camino para colocar a la estética por encima de la ciencia, la racionalidad y la política, la exploración de la experiencia estética —«más allá del bien y del mal»— se convirtió en un medio poderoso para instaurar una nueva mitología acerca de lo que sería lo eterno y lo inmutable en medio de lo efímero, de la fragmentación y del caos patente de la vida moderna. Esto otorgó un nuevo papel y un nuevo ímpetu al modernismo cultural.

Artistas, escritores, arquitectos, compositores, poetas, pensadores y filósofos tenían una posición especial dentro de este nuevo concepto del proyecto modernista. Si lo «eterno e inmutable» ya no podía presuponerse de manera automática, el artista moderno podía desempeñar un rol creativo en la definición de la esencia humana. Si la «destrucción creadora» era una condición esencial de la modernidad, el artista en tanto individuo podía quizá desempeñar un papel heroico (aunque las consecuencias fueran trágicas). El artista, sostuvo Frank Lloyd Wright —uno de los más grandes arquitectos modernistas— no sólo debe abarcar el espíritu de su época, sino iniciar el proceso de transformarla.

Nos encontramos aquí con uno de los aspectos más curiosos —aunque para muchos sumamente perturbador— de la historia del modernismo. Porque cuando Rousseau reemplazó la famosa máxima de Descartes «Pienso, luego existo» por «Siento, luego existo», signó un desplazamiento radical de una estrategia racional e instrumentalista a una estrategia más conscientemente estética para el cumplimiento de los objetivos de la Ilustración. Y más o menos al mismo tiempo, también Kant reconoció que el análisis del juicio estético mostraba que era distinto de la razón práctica (juicio moral) y del entendimiento (conocimiento científico), y constituía un nexo necesario aunque problemático entre ambos. La exploración de la estética como dominio de conocimiento separado fue, en gran medida, un problema del siglo XVIII. Surgió en parte de la necesidad de ade-

cuarse a la inmensa variedad de artefactos culturales producidos en condiciones sociales muy diferentes, que se revelaban por efecto del crecimiento del comercio y de los contactos culturales. ¿Acaso los jarrones Ming, las urnas griegas y la porcelana de Dresden expresan un sentimiento común de belleza? Pero también surgió de la simple dificultad de convertir los principios de comprensión racional y científica de la Ilustración en principios morales y políticos adecuados para la acción. Fue en esta brecha donde Nietzsche inscribiría después su poderoso mensaje de efecto devastador, según el cual los sentimientos artísticos y estéticos tenían la capacidad de ir más allá del bien y del mal. En efecto, la búsqueda de la experiencia estética como fin en sí misma se convirtió en la marca distintiva del movimiento romántico (tal como lo ejemplificaron, por ejemplo, Shelley y Byron). Generó esa ola de «subjetivismo radical», de «individualismo ilimitado» y de «búsqueda de realización individual» que, en la perspectiva de Bell (1978), ha determinado en gran medida el enfrentamiento esencial entre el comportamiento cultural y las prácticas artísticas modernistas, y la ética protestante. Según Bell, el hedonismo no armoniza bien con el ahorro y la inversión de los que parece nutrirse el capitalismo. Cualquiera que sea la perspectiva que adoptemos ante la tesis de Bell, puede afirmarse que los románticos abrieron el camino a una intervención estética activa en la vida cultural y política. Escritores como Condorcet y Saint-Simon anticipan esas intervenciones. Por ejemplo, Saint-Simon declara:

«Somos nosotros, los artistas, los que les serviremos de vanguardia. ¡Que destino más bello para las artes el de ejercer sobre la sociedad un poder positivo, tener una función verdaderamente sacerdotal y marchar enérgicamente a la vanguardia de todas las facultades intelectuales en la época de su mayor desarrollo!» (citado en Bell, 1978, pág. 35; cf. Poggioli, 1968, pág. 9).

El problema que surge con los sentimientos de este tipo es que ven el nexo estético entre ciencia y moral, entre conocimiento y acción, como si «nunca estuviera amenazado por la evolución histórica» (Raphael, 1981, pág. 7). El juicio estético puede conducir, con igual facilidad, hacia la derecha o hacia la izquierda del espectro político, como ocurre en el caso de Heidegger o Pound. Baudelaire lo percibió muy rápidamente: si el flujo y el cambio, lo efímero y lo fragmentado constituían la base material de la vida moderna, la definición de una estética modernista dependía esencialmente de la posición del artista con respecto a esos procesos. El artista individual podía rebatirlos, adoptarlos, tratar de dominarlos o, simplemente,

dejarse llevar por ellos, pero no podía ignorarlos. Por supuesto, el efecto de cualquiera de estas posiciones era alterar la forma en que los productores culturales pensaban el flujo y el cambio, así como los términos políticos en los cuales ellos representaban lo eterno y lo inmutable. Las torsiones y giros del modernismo como estética cultural pueden entenderse en gran medida desde los antecedentes de esas opciones estratégicas.

No puedo referir aquí la vasta y enmarañada historia del modernismo cultural desde sus comienzos en París después de 1848. Pero corresponde señalar algunos puntos generales que permitirán comprender la reacción posmodernista. Si, por ejemplo, retomamos la formulación de Baudelaire, veremos que define al artista como alguien que puede concentrarse en los temas corrientes de la vida urbana, comprender sus rasgos efímeros y, sin embargo, extraer del momento transitorio todos los elementos de eternidad que contiene. El artista moderno exitoso era aquel que podía encontrar lo universal y lo eterno, «destilando el sabor amargo o embriagador del vino de la vida» de «las formas de belleza efímeras y huidizas de nuestros días» (Baudelaire, 1981, pág. 435). Ese arte modernista logró hacerlo y, por lo tanto, se convirtió en nuestro arte, precisamente porque «es el arte que responde al escenario de nuestro caos» (Bradbury y McFarlane, 1976, pág. 27).

Pero ¿cómo *representar* lo eterno y lo inmutable en medio del caos? En la medida en que el naturalismo y el realismo resultaban inadecuados (véase *infra*, pág. 291), el artista, el arquitecto y el escritor debían encontrar una forma especial de representarlos. Fue así como desde el comienzo el modernismo se concentró en el lenguaje y en la búsqueda de alguna forma de representación específica para las verdades eternas. El logro individual dependía de la innovación del lenguaje y de las formas de representación, lo cual dio como resultado una obra modernista que, como observa Lunn (1985, pág. 41), «a menudo revela deliberadamente su propia realidad como construcción o artificio» transformando así gran parte del arte en una «construcción auto-referencial más que en un espejo de la sociedad». Escritores como James Joyce y Proust, poetas como Mallarmé y Aragon, pintores como Manet, Pissarro, Jackson Pollock, mostraron una enorme preocupación por la creación de nuevos códigos, significaciones y alusiones metafóricas en los lenguajes que construían. Pero si la palabra era sin duda huidiza, efímera y caótica, por esa misma razón el artista debía representar lo eterno mediante un efecto instantáneo, apelando «a las tácticas del shock y a la violación de continuidades esperadas», condición vital para transmitir con fuerza el mensaje que el artista se propone comunicar.

El modernismo podía abordar lo eterno sólo si procedía al congelamiento del tiempo y de todas sus cualidades huidizas. Esta proposición resultaba bastante simple para el arquitecto, encargado de diseñar y construir una estructura espacial relativamente estable. La arquitectura, escribe Mies van der Rohe en 1920, «es el deseo de la época concebido en términos espaciales». Pero, para otros, la «espacialización del tiempo» a través de la imagen, el gesto dramático y el impacto instantáneo, o simplemente por medio del montaje/*collage*, era más problemática. En los *Cuatro cuartetos*, T. S. Eliot reflexiona sobre el problema de este modo:

Ser consciente no es estar en el tiempo
Pero sólo en el tiempo el momento en el jardín de rosas,
El momento en el árbol que la lluvia fustiga
Pueden recordarse; envueltos en pasado y futuro.
Sólo con el tiempo el tiempo se conquista.

El recurso a las técnicas del montaje/*collage* constituyó uno de los medios para abordar este problema, ya que al superponer los diferentes efectos de diferentes tiempos (viejos periódicos) y espacios (el uso de objetos comunes) fue posible crear un efecto simultáneo. Cuando exploraban la simultaneidad de esta manera, «los modernistas aceptaban lo efímero y lo transitorio como el lugar de su arte» al mismo tiempo que se veían obligados a reafirmar colectivamente el poder de las mismas condiciones contra las cuales reaccionaban. Le Corbusier reconoció el problema en *La ciudad del mañana*, de 1924. «La gente me acusa con ligereza de revolucionario», expresa, pero «el equilibrio que tan duramente tratan de mantener es, por razones vitales, puramente efímero: se trata de un equilibrio que debe re-establecerse constantemente». Más aún, la mera inventiva de todas aquellas «mentes ávidas que pueden perturbar» ese equilibrio generó las cualidades efímeras y huidizas del propio juicio estético, acelerando más que retardando los cambios en las formas estéticas: impresionismo, posimpresionismo, cubismo, fauvismo, dadaísmo, surrealismo, expresionismo, etc. «La vanguardia —comenta Poggioli en un estudio muy lúcido sobre su historia— está condenada a conquistar, por la influencia de la moda, la popularidad que alguna vez desdeñó: y este es el comienzo de su fin».

Es más, la mercantilización y comercialización de un mercado para los productos culturales en el siglo XIX (y la decadencia concomitante de un mecenazgo por parte de la aristocracia, el Estado o ciertas instituciones) impusieron a los productores culturales una forma mercantil de competencia que estaba destinada a reforzar los

procesos de «destrucción creadora» dentro del propio campo estético. Esto reflejaba lo que ocurría en la esfera político-económica, y en ciertos casos se le adelantaba. Todos y cada uno de los artistas buscaban cambiar los fundamentos del juicio estético con el único fin de vender su producto. También dependía de la formación de una clase específica de «consumidores de cultura». Los artistas, más allá de su predilección por la retórica anti-institucional y anti-burguesa, para vender sus productos dedicaban más energía a luchar entre sí y contra sus propias tradiciones que a participar en verdaderas acciones políticas.

La lucha por producir una *obra de arte*, una creación definitiva que pudiera encontrar un lugar único en el mercado, tenía que ser un esfuerzo individual forjado en circunstancias competitivas. Es así como el arte modernista siempre ha sido lo que Benjamin llama «arte aurático», en el sentido de que el artista debía asumir un aura de creatividad, de dedicación al arte por el arte, a fin de producir un objeto cultural original, único y, por lo tanto, eminentemente vendible a un precio exclusivo. A menudo, el resultado era una perspectiva en alto grado individualista, aristocrática, desdeñosa (en particular de la cultura popular) y hasta arrogante por parte de los productores culturales, que al mismo tiempo señalaba cómo nuestra realidad podía ser construida y re-construida a través de una actividad informada estéticamente. En el mejor de los casos, podía conmover profundamente, desafiar, perturbar o exhortar a muchos de los que se exponían a su influencia. Ciertas vanguardias que reconocieron este aspecto —los dadaístas, los primeros surrealistas— intentaron movilizar sus capacidades estéticas en función de objetivos revolucionarios mezclando su arte con la cultura popular. Otros, como Walter Gropius y Le Corbusier, trataron de imponerlo desde arriba con propósitos revolucionarios similares. Y no sólo Gropius pensaba que era importante «devolver el arte a la gente a través de la producción de cosas bellas». El modernismo internalizó su propio torbellino de ambigüedades, contradicciones y vibrantes cambios estéticos, al mismo tiempo que trataba de influir en la estética de la vida cotidiana.

Sin embargo, los hechos de esa vida cotidiana ejercían algo más que una influencia transitoria en la creación de la sensibilidad estética, por más que los artistas proclamaran el aura del «arte por el arte». Para empezar, como señala Benjamin (1969) en su famoso ensayo «La obra de arte en la era de su reproducción mecánica», la renovada capacidad técnica para reproducir, difundir y vender libros e imágenes a públicos masivos, que se relacionó con la primera fotografía y después con el cine (a los que ahora agregaríamos la radio y

la televisión), modificó radicalmente las condiciones materiales de existencia de los artistas y, por lo tanto, su función social y política. Y además de la conciencia general de flujo y cambio que circulaba por todas las obras modernistas, la fascinación por la técnica, por la velocidad y el movimiento, por la máquina y el sistema fabril, así como por el repertorio de nuevas mercancías que ingresaban en la vida cotidiana, provocaron un amplio espectro de respuestas estéticas que iban desde el rechazo hasta las posibilidades utópicas pasando por la imitación y la especulación. Así, según lo demuestra Reyner Banham (1984), los primeros arquitectos modernistas, como Mies van der Rohe, se inspiraron en gran medida en los elevadores de granos puramente funcionales que proliferaban en todo el Medio Oeste americano. En sus planos y escritos, Le Corbusier tomó las posibilidades que él consideraba inherentes a la máquina, a la fábrica y a la época del automóvil, y las proyectó en un futuro utópico (Fishman, 1982). Tichi (1987, pág. 19) muestra que ya en 1910 revistas norteamericanas como *Good Housekeeping* se referían a la casa como «nada más que una fábrica para la producción de felicidad», años antes que Le Corbusier aventurara su célebre (y ahora denostada) sentencia según la cual la casa era una «máquina para la vida moderna».

Por lo tanto, es importante tener en cuenta que el modernismo que apareció antes de la Primera Guerra Mundial fue más una reacción a las nuevas condiciones de producción (la máquina, la fábrica, la urbanización), circulación (los nuevos sistemas de transporte y comunicaciones) y consumo (el auge de los mercados masivos, la publicidad y la moda masiva) que un pionero en la producción de esos cambios. Sin embargo, después, la forma que asumió la reacción tendría una considerable importancia. No sólo fue una forma de absorber estos cambios veloces, reflexionar sobre ellos y codificarlos, sino que también insinuó líneas de acción capaces de modificarlos o sostenerlos. Por ejemplo, William Morris, al reaccionar contra la dis-capacitación de los trabajadores artesanales como consecuencia de la producción maquinista y fabril bajo la dirección de los capitalistas, trató de promover una nueva cultura artesanal que combinara la tradición manual con un fuerte alegato «por la sencillez del diseño, una depuración de toda impostura, derroche y auto-indulgencia» (Relph, 1987, págs. 99-107). Como dice Relph, la Bauhaus, la unidad de diseño alemán que tuvo tanta influencia, fundada en 1919, se inspiró al comienzo en el Arts and Crafts Movement que Morris había fundado, y sólo después (1923) cambió de posición para adherir a la idea de que «la máquina es nuestro medio moderno de diseño». La Bauhaus pudo ejercer tanta influencia en la produc-

ción y el diseño, precisamente, por su redefinición de la «artesanía» como capacidad para producir en masa bienes estéticamente bellos con la eficiencia de la máquina.

Este fue el tipo de reacción que convirtió al modernismo en un problema complejo y a menudo contradictorio. Era, escriben Bradbury y McFarlane (1976, pág. 46),

«una extraordinaria combinación de futurismo y nihilismo, de elementos revolucionarios y conservadores, de naturalismo y simbolismo, de romanticismo y clasicismo. Se trataba de la celebración de una era tecnológica y de una condena de ella; de una entusiasta aceptación de la creencia según la cual los antiguos regímenes de la cultura estaban superados, y de una profunda desesperación frente a ese temor; de una mezcla entre la convicción de que las nuevas formas eran una manera de escapar del historicismo y de las presiones de la época, y la convicción de que eran, precisamente, la expresión viva de esas cosas».

Estos diversos elementos y oposiciones configuraron diferentes combinaciones del sentimiento y la sensibilidad modernistas en diferentes lugares y tiempos:

«Se puede trazar mapas señalando los centros y regiones del arte, el equilibrio internacional del poder cultural, que nunca será como el equilibrio del poder político y económico aunque esté inexorablemente ligado a este. Los mapas cambian, como cambia la estética: París es, sin duda, el centro indiscutible del Modernismo, lugar de la bohemia, de la tolerancia y del estilo de vida *émigré*, pero podemos registrar la decadencia de Roma y de Florencia, el auge y la caída de Londres, la fase de dominación de Berlín y Munich, los vigorosos estallidos de Noruega y Finlandia, las irradiaciones de Viena, como escenarios esenciales de la geografía cambiante del Modernismo, trazada por el movimiento de escritores y artistas, por las corrientes de pensamiento y por las explosiones de una producción artística significativa» (Bradbury y McFarlane, 1976, pág. 102).

Teniendo en cuenta esta compleja geografía histórica del modernismo (un relato que aún debe ser escrito y explicado profundamente), resulta doblemente difícil interpretar con exactitud en qué consiste el modernismo. Las tensiones entre internacionalismo y nacionalismo, entre globalidad y etnocentrismo parroquial, entre universalismo y privilegios de clase, siempre fueron más o menos visibles. El modernismo, en el mejor de los casos, trató de enfrentar las tensio-

nes; pero, en el peor de los casos, las ocultó o las explotó (como lo hicieron los Estados Unidos al apropiarse del arte modernista después de 1945) para obtener una cínica ventaja política (Guilbaut, 1983). El modernismo parece cambiar según la forma y el lugar donde uno se sitúe. Porque si bien el movimiento en su conjunto tiene una posición internacionalista y universalista, buscada y concebida en forma deliberada, también se aferra celosamente a la idea de «un arte de vanguardia de elite internacional que mantenga una relación fructífera con un arraigado sentido del lugar» (*ibid.*, pág. 157). Por lo tanto, las características del lugar —pienso no sólo en las pequeñas comunidades pueblerinas por donde circulaban en general los artistas, sino también en las diferentes circunstancias sociales, económicas, políticas y ambientales que predominaban en ciudades como Chicago, Nueva York, Viena, Copenhague o Berlín— marcaban con un sello distintivo las diversas tendencias modernistas (véase la Tercera parte, *infra*).

Parece, además, que el modernismo después de 1848 fue esencialmente un fenómeno urbano que subsistía en una relación compleja y contradictoria con la experiencia del crecimiento urbano explosivo (varias ciudades sobrepasaron el millón hacia fines del siglo), con la gran migración rural-urbana, la industrialización, la mecanización, los reordenamientos masivos del espacio construido y los movimientos urbanos de carácter político de los cuales son un símbolo claro aunque ominoso las sublevaciones revolucionarias de 1848 y de 1871 en París. La necesidad de enfrentar con urgencia los problemas psicológicos, sociológicos, técnicos, organizativos y políticos de la urbanización masiva era uno de los semilleros en los que florecían los movimientos modernistas. El modernismo era «un arte de las ciudades» y evidentemente hallaba «su hábitat natural en las ciudades». Bradbury y McFarlane reúnen una serie de estudios sobre las ciudades que sustentan esta afirmación. Otros estudios, como el magnífico trabajo de T. J. Clark sobre el arte de Manet y sus seguidores en el París del Segundo Imperio, o la síntesis igualmente brillante de Schorske sobre los movimientos culturales de la Viena de *fin de siècle*, confirman la importancia de la experiencia urbana en la constitución de la dinámica cultural de los diferentes movimientos modernistas. Al fin y al cabo, fue en respuesta a la profunda crisis de la organización urbana, a la pobreza y al hacinamiento, como se formó toda un ala de la práctica y la reflexión modernistas (véase Timms y Kelley, 1985). Hay un fuerte hilo conductor que va de la remodelación de París por Haussmann en la década de 1860, pasando por las propuestas de la «ciudad-jardín» de Ebenezer Howard (1898), Daniel Burnham (la «Ciudad Blanca» construida para la Fe-

ria Mundial de Chicago de 1893 y el Plan Regional de Chicago de 1907), Garnier (la ciudad industrial lineal, de 1903), Camillo Sitte y Otto Wagner (con proyectos muy diferentes para la transformación de la Viena de *fin de siècle*), Le Corbusier (*La ciudad del mañana* y la propuesta del *Plan Voisin* para París de 1924), Frank Lloyd Wright (el proyecto Broadacre de 1935) a los esfuerzos de renovación urbana en gran escala iniciados en las décadas de 1950 y 1960 e inspirados en el espíritu del alto modernismo. La ciudad, observa De Certeau (1984, pág. 95) «es simultáneamente la maquinaria y el héroe de la modernidad».

Georg Simmel dio un lustre especial a esta relación en su extraordinario ensayo «La metrópoli y la vida mental», publicado en 1911. Allí Simmel analiza cómo podríamos responder e internalizar, en los planos psicológico e intelectual, esa increíble diversidad de experiencias y estímulos a la que nos expone la vida urbana moderna. Por un lado, nos hemos liberado de las cadenas de la dependencia subjetiva y, por lo tanto, contamos con un grado de libertad individual mucho más amplio. Pero esto se logró a expensas de dar a los otros un trato objetivo e instrumental. No nos quedaba otra alternativa que relacionarnos con «otros» sin rostro a través del frío y despiadado cálculo de los intercambios monetarios capaces de coordinar la creciente división social del trabajo. Y además nos sometemos a una rigurosa disciplina en nuestra experiencia del espacio y el tiempo, y nos entregamos a la hegemonía del cálculo económico racional. Por otra parte, la acelerada urbanización produjo lo que Simmel llamaba una «actitud de hastío», ya que sólo protegiéndose de los complejos estímulos que surgían de la vorágine de la vida moderna era posible tolerar sus extremos. Nuestra única salida, parece decir, es cultivar un individualismo impostado recurriendo a los signos de status, a la moda o a las marcas de excentricidad individual. La moda, por ejemplo, combina «la atracción de la diferenciación y el cambio con la de la semejanza y la conformidad»; «cuanto más nerviosa es una época, más rápidamente cambiarán sus modas, porque la atracción que ejerce la diferenciación, uno de los agentes esenciales de la moda, va de la mano con el languidecimiento de las energías nerviosas» (citado en Frisby, 1985, pág. 98).

No es mi propósito juzgar aquí la concepción de Simmel (aunque los paralelos y contrastes que surgen en relación con el ensayo posmodernista más reciente de Raban resultan muy instructivos), sino verla como la representación de una cierta conexión entre la experiencia urbana y el pensamiento y la práctica modernistas. Las características del modernismo parecen haber variado, aunque en forma interactiva, en el espectro de las grandes ciudades políglotas que

surgieron en la segunda mitad del siglo XIX. Sin duda, ciertos tipos de modernismo realizaron una trayectoria específica a través de las capitales del mundo, floreciendo en cada lugar como un ámbito cultural particular. La trayectoria geográfica de París a Berlín, Viena, Londres, Moscú, Chicago y Nueva York podría invertirse o atravesarse según el tipo de práctica modernista que uno tenga en mente.

Si, por ejemplo, nos interesa únicamente la difusión de aquellas prácticas materiales de las que el modernismo intelectual y estético extrajo gran parte de sus estímulos —las máquinas, los nuevos sistemas de transporte y comunicación, los rascacielos, los puentes y las maravillas de la ingeniería, así como la increíble inestabilidad e inseguridad que acompañaron a la rápida innovación y al cambio social—, podemos pensar en los Estados Unidos (Chicago en especial) como el catalizador del modernismo posterior a 1870. No obstante, en este caso, la falta de resistencia «tradicionalista» (feudal y aristocrática) y la correlativa aceptación popular de los sentimientos netamente modernistas (del tipo que documenta Tichi), hizo que la obra de artistas e intelectuales tuviera menos importancia como puntal vanguardista del cambio social. La novela populista sobre una utopía modernista de Edward Bellamy, *Looking backwards*, obtuvo una rápida aceptación y hasta dio lugar a un movimiento político en la década de 1890. Por su parte, la obra de Edgar Allan Poe tuvo escaso reconocimiento inicial en su país, aunque era considerado como uno de los grandes escritores modernistas por Baudelaire (cuyas traducciones de Poe, aún hoy populares, fueron ilustradas por Manet ya en 1860). Del mismo modo, el talento arquitectónico de Louis Sullivan permaneció largamente enterrado en el extraordinario fermento de la modernización de Chicago. La concepción eminentemente modernista de la planificación urbana racional de Daniel Burnham tendía a diluirse en su gusto por la ornamentación de los edificios y por el clasicismo en el diseño de la construcción individual. Por otra parte, las feroces resistencias tradicionales y de clase a la modernización capitalista de Europa consolidaron la importancia de los movimientos intelectuales y estéticos del modernismo como puntales del cambio social y asignaron a la vanguardia un rol político y social que le fue negado en sustancia en los Estados Unidos hasta después de 1945. No sorprende que la historia del modernismo intelectual y estético tenga un carácter mucho más eurocéntrico, en vista de que algunos de los centros urbanos menos progresistas o con mayor división de clases (como París y Viena) generaban algunos de los fermentos más notables.

Resulta odioso, pero útil, imponer a esta historia compleja algunas periodizaciones relativamente simples, aunque más no sea para

ayudar a comprender a qué tipo de modernismo se oponen los posmodernistas. Por ejemplo, el proyecto de la Ilustración consideraba axiomático que existía una sola respuesta posible para cualquier problema. De allí se deducía que el mundo podía ser controlado y ordenado racionalmente si teníamos la capacidad de describirlo y representarlo con justeza. Pero esto suponía que existía una sola forma de representación correcta que, en el caso de poder descubrirla (y sobre esto giraban los esfuerzos científicos y matemáticos), nos proporcionaría los medios para alcanzar los fines de la Ilustración. Esta era la forma de pensar que compartían escritores tan diferentes como Voltaire, d'Alembert, Diderot, Condorcet, Hume, Adam Smith, Saint-Simon, Auguste Comte, Matthew Arnold, Jeremy Bentham y John Stuart Mill.

Pero, después de 1848, la idea de que había una única forma posible de representación comenzó a resquebrajarse. Cada vez más cuestionadas, las categorías fijas del pensamiento de la Ilustración fueron reemplazadas en fin por una insistencia en sistemas divergentes de representación. En París, escritores como Baudelaire y Flaubert y pintores como Manet empezaron a generar modos de representación diferentes, fenómeno que se asemejaba, en sus formas, al descubrimiento de la geometría no-euclidiana que sacudió la supuesta unidad del lenguaje matemático en el siglo XIX. Tentativa al principio, la idea proliferó a partir de 1890, dando lugar a la irrupción de una increíble diversidad en el pensamiento y la experimentación en centros tan diferentes como Berlín, Viena, París, Munich, Londres, Nueva York, Chicago, Copenhague y Moscú, para llegar a su apogeo poco antes de la Primera Guerra Mundial. La mayor parte de los comentaristas están de acuerdo en que este furor de experimentación se tradujo, entre 1910 y 1915 aproximadamente, en una transformación cualitativa de lo que era el modernismo. (Virginia Woolf prefería la primera fecha y D. H. Lawrence la segunda.) Visto retrospectivamente, como lo documentan Bradbury y McFarlane de manera convincente, no es difícil advertir que en esos años se produjo sin duda algún tipo de transformación radical. *El camino de Swann* (1913) de Proust, *Gente de Dublín* (1914) de Joyce, *Hijos y amantes* (1913) de Lawrence, *Muerte en Venecia* (1914) de Mann, el «Vorticist manifesto» de 1914, de Pound (en el que este vinculaba el lenguaje puro a la eficiente tecnología de la máquina), son algunos de los textos clave publicados en una época que también asistió a un extraordinario florecimiento en las artes plásticas (Matisse, Picasso, Brancusi, Duchamp, Braque, Klee, De Chirico, Kandinsky, muchas de cuyas obras se exhibieron en el famoso Armory Show de Nueva York en 1913, con una asistencia de más de diez mil visitan-

tes por día), la música (*La consagración de la primavera* de Stravinsky provocó un tumulto en 1913 y surgió al mismo tiempo que la música atonal de Schoenberg, Berg, Bartok y otros), sin hablar de la transformación radical que se operó en la lingüística (la teoría estructuralista del lenguaje de Saussure, según la cual el significado de las palabras depende de su relación con otras palabras y no tanto de su referencia a los objetos fue concebida en 1911) y en la física, como efecto de la generalización por parte de Einstein de la teoría de la relatividad que recurre a la geometría no-euclidiana y la justifica materialmente. Significativa también, como veremos más adelante, fue la publicación de *The principles of scientific management* de F. W. Taylor en 1911, dos años antes que Henry Ford pusiera en movimiento el primer ejemplo de producción en cadena de montaje en Dearborn, Michigan.

Es difícil no sacar en conclusión que todo el mundo de la representación y del conocimiento sufrió una transformación fundamental en este breve lapso. Y es esencial saber cómo y por qué ocurrió. En la Tercera parte analizaremos la tesis según la cual la simultaneidad surgió de un cambio radical en la experiencia del espacio y el tiempo en el capitalismo occidental. Pero hay algunos otros elementos en la situación que merecen señalarse.

Es evidente que los cambios se vieron afectados por la pérdida de fe en el carácter inevitable del progreso y por el creciente malestar frente a las categorías fijas del pensamiento de la Ilustración. Este malestar surgía en parte de la turbulenta acción de la lucha de clases, en particular después de las revoluciones de 1848 y de la publicación de *El manifiesto comunista.* Antes de eso, pensadores que pertenecían a la tradición de la Ilustración, como Adam Smith o Saint-Simon, podían sostener razonablemente que, una vez rotas las cadenas de las relaciones de clase feudales, un capitalismo benévolo (organizado por la mano invisible del mercado o por el poder de asociación que tanto apreciaba Saint-Simon) extendería a todos los beneficios de la modernidad capitalista. Esta fue una tesis que Marx y Engels rechazaron vigorosamente, y que se volvió cada vez más insostenible a medida que avanzaba el siglo y se ponían de manifiesto las crecientes desigualdades de clase del capitalismo. El movimiento socialista amenazaba la unidad de la razón de la Ilustración e insertaba una dimensión de clase en el modernismo. ¿Sería la burguesía o el movimiento obrero el que informaría y dirigiría el proyecto modernista? ¿Y de qué lado estaban los productores culturales?

No había una respuesta simple a esta cuestión. Para empezar, el arte propagandístico y directamente político integrado al movimiento político revolucionario no era compatible con el canon modernista

del arte, intensamente «aurático» e individualista. En realidad, la idea de una vanguardia artística, en ciertas circunstancias, podría integrarse con la de un partido político de vanguardia. Cada tanto, los partidos comunistas movilizaban a «las fuerzas de la cultura» como parte de su programa revolucionario, y algunos de los movimientos y artistas de vanguardia (Léger, Picasso, Aragon, etc.) adherían activamente a la causa de los comunistas. Aunque carecía de una agenda política explícita, la producción cultural generaba efectos políticos. Después de todo, los artistas se vinculan a los acontecimientos y los problemas que los rodean y construyen maneras de ver y representar que tienen significados sociales. Por ejemplo, en los días apacibles de la innovación modernista anterior a la Primera Guerra Mundial, el tipo de arte que se producía celebraba los universales aun en medio de una multiplicidad de opciones. Expresaba la alienación, se oponía a toda clase de jerarquías (aun la del tema, como lo demuestra el cubismo), y con frecuencia criticaba el consumismo y los estilos de vida «burgueses». Durante ese período, el modernismo, aun en sus concepciones más «auráticas», exhibía en gran medida un espíritu democratizante y un universalismo progresista. Por otra parte, entre las dos guerras, los artistas se vieron cada vez más obligados por los acontecimientos a encubrir sus compromisos políticos.

La transformación en el tono modernista se originó además en la necesidad de enfrentarse en forma directa con la idea de anarquía, desorden y desesperación que Nietzsche había sembrado en un momento de asombrosa agitación, inquietud e inestabilidad en la vida económico-política: inestabilidad que el movimiento anarquista de fines del siglo XIX utilizó y profundizó en diversas formas. La expresión de las necesidades eróticas, psicológicas e irracionales (que Freud identificó y Klimt representó con su fluido arte) agregó otra dimensión a la confusión. Por lo tanto, esta vertiente particular del modernismo tenía que admitir la imposibilidad de representar el mundo mediante un lenguaje único. La comprensión debía construirse a través de la exploración de múltiples perspectivas. En definitiva, el modernismo adoptó el relativismo y la múltiple perspectiva como la epistemología que daría a conocer aquello que aún se consideraba como la verdadera naturaleza de una realidad esencial, unificada pero compleja.

No quedaba claro en qué consistía esta realidad singular subyacente y su «eterna presencia». Desde este punto de vista, Lenin, por ejemplo, atacó con violencia los errores del relativismo y de la múltiple perspectiva en su crítica a la física «idealista» de Mach y señaló los riesgos políticos e intelectuales a los que daba lugar el relativis-

mo informe. De algún modo, el estallido de la Primera Guerra Mundial, esa vasta lucha inter-imperialista, dio sentido al argumento de Lenin. En efecto, se puede demostrar que «la subjetividad modernista (. . .) era sencillamente incapaz de hacer frente a la crisis en la que estaba sumida Europa en 1914» (Taylor, 1987, pág. 127).

El trauma de la guerra mundial y sus respuestas políticas e intelectuales (examinaremos algunas de estas con más detalle en la Tercera parte) abrieron camino a una reflexión acerca de las posibles cualidades esenciales y eternas de la modernidad, que se encontraban en la faz inferior de la fórmula de Baudelaire. La búsqueda de un mito apropiado a la modernidad se volvería esencial en ausencia de las certezas de la Ilustración en cuanto a la condición perfectible del hombre. Por ejemplo, el escritor surrealista Louis Aragon sugirió que su objetivo central en *Le paysan de Paris* (escrito en la década de 1920) era hacer una novela que se presentara como una mitología, y agregaba: «naturalmente, una mitología de lo moderno». Pero también parecía posible construir nexos metafóricos entre los mitos antiguos y los modernos. Joyce eligió Ulises, mientras que Le Corbusier, según Frampton (1980), «siempre intentó resolver la dicotomía entre la Estética del Ingeniero y la Arquitectura para conferir a la utilidad la jerarquía del mito» (práctica que acentuó cada vez más en sus creaciones en Chandigarh y Ronchamp en la década de 1960). Pero ¿quién y cuál era el objeto de la mitologización? Esta era la cuestión central en la etapa del modernismo que se dio en llamar «heroica».

El modernismo de entreguerras puede haber sido «heroico», pero estaba signado por el desastre. Se requería una acción decidida para reconstruir las economías europeas destruidas por la guerra y para resolver los problemas del descontento político vinculados a las formas en que el capitalismo impulsaba el crecimiento urbano-industrial. El debilitamiento de las creencias unificadas de la Ilustración y la aparición del perspectivismo dejaron abierta la posibilidad de informar la acción social con cierta visión estética, de modo que las luchas entre las diferentes corrientes del modernismo adquirieron algo más que un interés pasajero. Por otra parte, los productores culturales sabían esto. El modernismo estético era importante y los riesgos eran altos. El recurso al mito «eterno» se volvió aún más imperativo. Pero la búsqueda terminó siendo tan confusa como peligrosa. «La razón que se pone de acuerdo con sus orígenes míticos se confunde desatinadamente con el mito (. . .) el mito ya es iluminación y la iluminación recae en la mitología» (Huyssens, 1984).

El mito debía redimirnos del «universo informe de la contingencia» o, en una óptica más programática, debía garantizar el impulso



Lámina 1.5 *El mito de la máquina dominó al arte modernista lo mismo que al arte realista en el período de entreguerras: un paradigma de esto es el mural de Thomas Hart Benton, de 1929, «Instruments of Power».*

para un nuevo proyecto humano. Un ala del modernismo apeló a la imagen de la racionalidad incorporada a la máquina, la fábrica, el poder de la tecnología contemporánea o la ciudad como «máquina viviente». Ezra Pound ya había propuesto la tesis según la cual el lenguaje debía conformarse a la eficiencia de la máquina y, como señaló Tichi (1987), escritores modernistas tan diferentes como Dos Passos, Hemingway y William Carlos Williams modelaban su escritura precisamente a partir de ese enunciado. Por ejemplo, Williams sostenía específicamente que un poema no era más que «una máquina hecha de palabras». Y también este era el tema de Diego Rivera, tan vigorosamente celebrado en los extraordinarios murales de Detroit, así como el *leitmotiv* de muchos pintores de murales progresistas en los Estados Unidos durante la depresión (lámina 1.5).

«La verdad es la significación fáctica», afirmó Mies van der Rohe, y una multitud de productores culturales, en particular aquellos que en la década de 1920 trabajaron en el influyente movimiento Bauhaus o cerca de este, decidieron imponer un orden racional («racional» definido por la eficiencia técnica y la producción mecánica) a objetivos socialmente útiles (emancipación humana, emancipación del proletariado, y nociones semejantes). «El orden da lugar a la libertad» era uno de los eslóganes de Le Corbusier, quien señalaba con énfasis que la autonomía y la libertad en las metrópolis contemporáneas dependían de manera crucial de la imposición de un orden

racional. Durante el período de entreguerras, el modernismo exhibió un fuerte giro positivista y, a través de los intensos esfuerzos del Círculo de Viena, fundó un nuevo estilo filosófico que sería esencial para el pensamiento social posterior a la Segunda Guerra Mundial. El positivismo lógico era tan compatible con las prácticas de la arquitectura modernista como lo era con el avance de todas las formas científicas en tanto avatares del dominio técnico. Fue en esta época cuando las casas y ciudades pudieron ser concebidas abiertamente como «máquinas para habitar». Y fue también en esos años cuando el poderoso Congress of International Modern Architects (CIAM; Congreso Internacional de Arquitectos Modernos) se reunió para adoptar su Carta de Atenas de 1933 que, aproximadamente durante los próximos treinta años, definiría las líneas fundamentales de la arquitectura modernista.

Esta visión limitada de las cualidades esenciales del modernismo dejaba demasiado lugar para la perversión y el abuso. Aun dentro del modernismo, hay fuertes objeciones (piénsese en *Tiempos modernos* de Chaplin) a la idea de que la máquina, la fábrica y la ciudad racionalizada garantizan una concepción suficientemente rica como para definir las cualidades eternas de la vida moderna. El problema del modernismo «heroico» consistía, simplemente, en que, una vez abandonado el mito de la máquina, cualquier mito podía ocupar la posición central de la «verdad eterna» implícita en el proyecto modernista. Por ejemplo, Baudelaire dedicó su ensayo «El *Salon* de 1846» al burgués que buscó «realizar la idea del futuro en todas sus diferentes formas políticas, industriales y artísticas». Seguramente, un economista como Schumpeter lo habría aplaudido.

Los futuristas italianos estaban tan fascinados por la velocidad y el poder que adoptaron la destrucción creadora y el militarismo violento hasta el punto de convertir a Mussolini en un héroe. Después de la Primera Guerra Mundial, De Chirico perdió interés en la experimentación modernista y realizó un arte comercializado, con raíces en la belleza clásica, que mezclaba poderosos caballos con autorretratos narcisistas donde aparecía vestido con ropas históricas (todo lo cual le aseguraba la aprobación de Mussolini). También Pound, que aspiraba a la eficiencia mecánica del lenguaje y admiraba al poeta guerrero de vanguardia capaz de dominar a la «multitud ignorante», apoyó decididamente el régimen político (de Mussolini) que podía asegurar la puntualidad de los trenes. Albert Speer, arquitecto de Hitler, si bien atacó en forma activa los principios estéticos del modernismo al retomar los temas clasicistas, adoptó también muchas técnicas modernistas aplicándolas a los fines del nacionalismo con la misma crueldad con que los ingenieros de Hitler usaron las

prácticas del diseño de la Bauhaus en la construcción de los campos de concentración (véase, por ejemplo, el trabajo iluminador de Lane, de 1985, *Architecture and politics in Germany, 1918-1945*). Se demostraba así que era posible combinar las prácticas actualizadas de la ingeniería científica —instrumentadas a través de las formas más extremas de la racionalidad técnico-burocrática y mecánica— con el mito de la superioridad aria y de la sangre y el suelo de la Patria. Fue precisamente por esta vía como una forma virulenta del «modernismo reaccionario» llegó a tener tanto predicamento en la Alemania nazi, lo que sugiere que todo este episodio, aunque en cierto sentido modernista, tenía más que ver con la debilidad del pensamiento de la Ilustración que con cualquier forma de inversión o evolución discursivas hacia una conclusión «natural» (Herf, 1984, pág. 233).

En este período, la profundización de las tensiones, siempre latentes, entre el internacionalismo y el nacionalismo, entre el universalismo y la política de clase, instauraron una contradicción absoluta e inestable. Era difícil permanecer indiferentes ante la Revolución Rusa, el poder creciente de los movimientos socialistas y comunistas, el colapso de economías y gobiernos, y el auge del fascismo. El arte políticamente comprometido se hizo cargo de un ala del movimiento modernista. El surrealismo, el constructivismo y el realismo socialista intentaron mitologizar al proletariado cada uno a su manera, y los rusos se propusieron inscribir esa concepción en el espacio, como lo hicieron una serie de gobiernos socialistas europeos a través de la construcción de edificios como el famoso Karl Marx-Hof en Viena (diseñado no sólo como casa de los trabajadores sino también como bastión de la defensa militar contra cualquier posible asalto rural conservador contra la ciudad socialista). Pero las configuraciones eran inestables. Apenas se enunciaron las doctrinas del realismo socialista como respuesta al modernismo burgués «decadente» y al nacionalismo fascista, las políticas de frente popular instrumentadas por varios partidos comunistas respaldaron nuevamente el arte y la cultura nacionalistas como un medio para establecer una alianza entre el proletariado y las fuerzas vacilantes de la clase media, mediante un frente unido contra el fascismo.

Muchos artistas de vanguardia trataron de resistir esta referencia netamente social, y arrojaron sus redes en todas direcciones en busca de afirmaciones mitológicas más universales. En *La tierra baldía*, T. S. Eliot creó una amalgama ritual de imágenes y lenguajes extraídos de todos los rincones de la tierra, y Picasso (entre otros) utilizó el mundo del arte primitivo (particularmente el africano) en algunos de sus períodos más fecundos. Durante los años de en-

treguerras había algo desesperado en la búsqueda de una mitología que, de alguna manera, pudiera enderezar a la sociedad en épocas tan turbulentas. Raphael (1981, pág. xii) capta los dilemas en su mordaz aunque solidaria crítica al *Guernica* de Picasso:

«Ahora deberían haber quedado suficientemente claras las razones por las cuales Picasso sintió la necesidad de recurrir a los signos y alegorías: su absoluta impotencia política frente a la situación histórica que se propone registrar; su esfuerzo titánico para enfrentar un acontecimiento histórico particular mediante una verdad que se pretende eterna; su deseo de transmitir esperanza y apoyo, de garantizar un final feliz, de compensar el terror, la destrucción e inhumanidad del acontecimiento. Picasso no vio lo que Goya ya había visto, es decir, que el curso de la historia puede cambiarse únicamente por medios históricos y únicamente si los hombres definen su propia historia, en lugar de actuar como autómatas de un poder terrenal o de una idea que se pretende eterna».

Lamentablemente, como lo sugirió en forma brillante Georges Sorel (1974) en sus *Reflexiones sobre la violencia*, publicado por primera vez en 1908, era posible inventar mitos que pudieran ser capaces de destruir el poder de la política de clase. El tipo de sindicalismo que proponía Sorel nació como un movimiento de participación de la izquierda, profundamente antagónico a todas las formas del poder estatal, pero se transformó en un movimiento corporativo (que atraía a alguien como Le Corbusier en la década de 1930) que sería un instrumento de organización poderoso de la derecha fascista. De este modo, pudo apelar al mito de una comunidad jerárquicamente ordenada, exclusiva y de participación, dotada de una identidad clara y con fuertes vínculos sociales, e imbuida de sus propios mitos de origen y de omnipotencia. Resulta instructivo observar hasta qué punto el fascismo recurrió a los referentes clásicos (desde el punto de vista arquitectónico, político e histórico) y construyó sus concepciones mitológicas en consecuencia. Raphael (1981, pág. 95) sugiere una razón interesante: los griegos «siempre fueron conscientes del carácter nacional de su mitología, mientras que los cristianos siempre asignaron a la suya un valor independiente del espacio y el tiempo». Del mismo modo, en cierto sentido, el filósofo alemán Heidegger fundó su fidelidad a los principios (aunque no a las prácticas) del nazismo oponiéndose a la racionalidad mecánica universalizante entendida como mitología pertinente de la vida moderna. En cambio, propuso un contra-mito de tradiciones arraigadas en el lugar y ligadas al medio circundante como el único fundamento seguro

para la acción política y social en un mundo claramente perturbado (véase la Tercera parte). La estetización de la política a través de la producción de este tipo de mitos aniquiladores (de los cuales el nazismo es uno de ellos) fue el aspecto trágico del proyecto modernista que se hizo cada vez más notorio cuando la era «heroica» se desmoronó hasta tocar a su fin en la Segunda Guerra Mundial.

Si el modernismo de los años de entreguerras fue «heroico», aunque signado por el desastre, el modernismo «universal» o «alto» que ejerció su hegemonía después de 1945 exhibió una relación mucho más confortable con los centros de poder dominantes de la sociedad. Sospecho que, en cierta forma, la pugna por encontrar un mito apropiado se apaciguó cuando el sistema de poder internacional —organizado, como veremos en la Segunda parte, según las líneas fordistas-keynesianas bajo el ojo vigilante de la hegemonía norteamericana— adquirió relativa estabilidad. El arte, la arquitectura, la literatura del alto modernismo, se convirtieron en artes y prácticas de *establishment*, en una sociedad donde predominaba, en los planos político y económico, la versión capitalista corporativa del proyecto de desarrollo de la Ilustración para el progreso y la emancipación humana.

La fe «en el progreso lineal, en las verdades absolutas y la planificación racional de los órdenes sociales ideales» en condiciones estandarizadas de conocimiento y producción era particularmente fuerte. Por lo tanto, el modernismo que surgió en consecuencia fue «positivista, tecnocéntrico y racionalista», al mismo tiempo que se imponía como la obra de una vanguardia de elite formada por urbanistas, artistas, arquitectos, críticos y otros guardianes del buen gusto. La «modernización» de las economías europeas procedió aceleradamente, mientras que todo el impulso del comercio y la política internacionales se justificaba como un «proceso de modernización» benéfico y progresista para el atrasado Tercer Mundo.

Por ejemplo, en arquitectura, las ideas del CIAM, de Le Corbusier y de Mies van der Rohe mantenían el predominio en la lucha por revitalizar las ciudades viejas o destruidas por la guerra (reconstrucción y renovación urbanos), reorganizar los sistemas de transporte, construir fábricas, hospitales, escuelas, obras estatales de todo tipo y, por último, pero no de menor importancia, construir viviendas adecuadas para una clase obrera potencialmente intranquila. Desde una óptica retrospectiva, no es difícil advertir que la arquitectura resultante produjo solamente impecables imágenes del poder y el prestigio de corporaciones y gobiernos conscientes de los aspectos publicitarios, a la vez que daba lugar a proyectos de viviendas modernistas para la clase obrera que se convirtieron en

«símbolos de alienación y deshumanización» (Huyssens, 1984, pág. 14; Frampton, 1980). Pero también puede aducirse que, si el capitalismo quería dar solución a los dilemas del desarrollo de posguerra y de la estabilización económico-política, era necesario introducir cierta planificación e industrialización en las empresas de la construcción en gran escala, así como explorar las técnicas para el transporte de alta velocidad y el desarrollo acorde con la densidad de la población. En muchos de estos aspectos, el alto modernismo tuvo grandes resultados.

Yo diría que su verdadera faz inferior yace en la celebración subterránea del poder y la racionalidad burocráticos y corporativos, bajo la forma de un reiterado culto a la eficiencia de la máquina, como mito suficiente para encarnar todas las aspiraciones humanas. En la arquitectura y la planificación, esto significó el rechazo del ornamento y del diseño personalizado (tanto que a los moradores de las viviendas públicas no se les permitía modificar su entorno a la medida de sus necesidades personales, y los estudiantes que vivían en el Pavillon Suisse de Le Corbusier debían cocinarse todos los veranos porque el arquitecto se negaba, por razones estéticas, a la instalación de persianas). También significó una pasión generalizada por los espacios y perspectivas masivos, por la uniformidad y el poder de la línea recta (siempre superior a la curva, declaró Le Corbusier). *Space, time and architecture* de Giedion, publicado en 1941, se convirtió en la biblia estética de este movimiento. La gran literatura modernista de Joyce, Proust, Eliot, Pound, Lawrence, Faulkner —juzgada alguna vez como subversiva, incomprensible o perturbadora— fue canonizada por el *establishment* (en las universidades y revistas literarias más importantes).

El libro de Guilbaut (1983) *How New York stole the idea of modern art* resulta instructivo, entre otros elementos fundamentales, por las múltiples ironías que revela la historia. Los traumas de la Segunda Guerra Mundial y la experiencia de Hiroshima y Nagasaki, al igual que los traumas de la Primera Guerra Mundial, eran difíciles de absorber y representar en forma realista, y el giro hacia el expresionismo abstracto por parte de pintores como Rothko, Gottlieb y Jackson Pollock reflejó conscientemente esa necesidad. Pero sus obras resultaron ser fundamentales por otros motivos diferentes. Para empezar, la lucha contra el fascismo era concebida como una lucha para defender la cultura y la civilización occidentales de la barbarie. El modernismo internacional, explícitamente rechazado por el fascismo, en los Estados Unidos «se confundía con la cultura en su definición más amplia y abstracta». El problema era que el modernismo internacional había mostrado fuertes inclina-

ciones socialistas y hasta propagandísticas en la década de 1930 (a través del surrealismo, el constructivismo y el realismo socialista). La despolitización del modernismo introducida por el auge del expresionismo abstracto presagiaba, curiosamente, su captación por el *establishment* político y cultural como arma ideológica en la guerra fría. El arte estaba demasiado marcado por la alienación y la ansiedad, y expresaba demasiado la violenta fragmentación y la destrucción creadora (todo lo cual era sin duda apropiado a la era nuclear) como para que se lo utilizara en calidad de ejemplo maravilloso del compromiso de los Estados Unidos con la libertad de expresión, el individualismo rudo y la libertad creadora. La represión maccartista imperante carecía de importancia porque las telas atrevidas de Pollock demostraban que los Estados Unidos eran el bastión de los ideales liberales en un mundo amenazado por el totalitarismo comunista. Dentro de esta variante, existía aún otro rasgo más tortuoso. «Ahora que América ha sido reconocida como el centro donde deben confluir el arte y los artistas del mundo», escriben Gottlieb y Rothko en 1943, «es el momento de aceptar los valores culturales en un plano verdaderamente global». Esta fórmula iba al encuentro de un mito «trágico y atemporal». En la práctica, esta apelación al mito daba lugar a una veloz transición «del nacionalismo al internacionalismo y luego del internacionalismo al universalismo» (citado en Guilbaut, 1983, pág. 174). Pero para que se distinguiera del modernismo existente en otras partes (sobre todo en París), debía forjarse una «nueva estética viable» con materia prima específicamente norteamericana. Lo específicamente norteamericano debía celebrarse como la esencia de la cultura occidental. Y eso ocurría con el expresionismo abstracto, el liberalismo, la Coca-Cola y los Chevrolets, y con las casas suburbanas repletas de bienes de consumo. Los artistas de vanguardia, afirma Guilbaut (pág. 200), «ahora individualistas políticamente "neutrales", expresaban en sus obras valores que luego eran asimilados, utilizados y cooptados por los políticos, de modo tal que la rebelión artística se transformó en una agresiva ideología liberal».

Como lo señalan repetidamente Jameson (1984*a*) y Huyssens (1984), creo que es muy importante reconocer el significado de esta incorporación de una tendencia estética particular del modernismo a la ideología oficial y del *establishment*, y su uso por parte del poder de las corporaciones y del imperialismo cultural. Significó que, por primera vez en la historia del modernismo, la rebelión artística y cultural, así como la rebelión política «progresista», debían aplicarse a una versión poderosa del propio modernismo. El modernismo perdió su atractivo como antídoto revolucionario de una ideología

reaccionaria y «tradicionalista». El arte del *establishment* y de la alta cultura pasó a ser un ámbito tan exclusivo de la elite dominante que la experimentación dentro de ese marco (por ejemplo, con nuevas formas de perspectivismo) se hizo cada vez más difícil, excepto en dominios estéticos relativamente nuevos como el cine (donde obras modernistas como *Citizen Kane* [*El ciudadano*] de Orson Welles fueron consideradas clásicas). Peor aún, parecía que el arte del *establishment* y la alta cultura no podían hacer otra cosa que monumentalizar el poder corporativo y estatal o el «sueño americano» como mitos auto-referenciales, confiriendo un cierto vacío de sensibilidad a ese aspecto de la fórmula de Baudelaire que se refería a las aspiraciones humanas y a las verdades eternas.

En este contexto florecieron los diversos movimientos contra-culturales y anti-modernistas de la década de 1960. Para oponerse al carácter opresivo de la racionalidad técnico-burocrática con fundamentos científicos, que provenía del poder monolítico de las corporaciones, del Estado y de otras formas del poder institucionalizado (incluyendo el de los partidos políticos y los sindicatos burocratizados), las contra-culturas exploraron ámbitos de realización individual mediante políticas específicas de la «nueva izquierda», adoptaron gestos anti-autoritarios, hábitos iconoclastas (en la música, la vestimenta, el lenguaje y el estilo de vida), y cultivaron la crítica de la vida cotidiana. Con eje en las universidades e institutos de arte, y en las márgenes culturales de la vida de la gran ciudad, los movimientos ganaron las calles hasta conformar una gran ola de rebelión que culminó en Chicago, París, Praga, México, Madrid, Tokio y Berlín con una sublevación global en 1968. Era como si las pretensiones universales de la modernidad, combinadas con el capitalismo liberal y el imperialismo, hubieran tenido un éxito capaz de proporcionar un fundamento material y político a un movimiento de resistencia cosmopolita, transnacional y, por lo tanto, global, a la hegemonía de la alta cultura modernista. Aunque si se lo juzga en sus propios términos, el movimiento de 1968 resultó un fracaso, debe ser considerado, sin embargo, como el precursor político y cultural del surgimiento del posmodernismo. Por lo tanto, en algún momento entre 1968 y 1972, de la crisálida del movimiento anti-moderno de la década de 1960 surge el posmodernismo como un movimiento en pleno florecimiento, si bien aún incoherente.

3. Posmodernismo

En el curso de las últimas dos décadas, el concepto de «posmodernismo» se ha convertido en el campo de batalla de un enfrentamiento entre opiniones y fuerzas políticas antagónicas, que ya no es posible ignorar. «La cultura de las sociedades capitalistas avanzadas», anuncian los redactores de *PRECIS* 6 (1987), «ha sufrido una profunda transformación en la *estructura del sentimiento*». Creo que la mayoría estaría de acuerdo hoy con la afirmación más cautelosa de Huyssens (1984):

«Aquello que aparece en un plano como la última moda, el lanzamiento publicitario y el espectáculo vacío, forma parte de una lenta transformación cultural en las sociedades occidentales; se trata de una transformación en la sensibilidad para la cual el término "posmoderno" resulta, al menos por ahora, totalmente adecuado. La naturaleza y profundidad de este cambio son materia de debate, pero la transformación existe. No quiero que se me interprete mal: no me refiero a una transformación en gran escala del paradigma del orden cultural, social o económico; no hay duda de que una afirmación semejante podría ser destruida. Pero en un sector importante de nuestra cultura se ha producido un desplazamiento notable en la sensibilidad, en las prácticas y formaciones discursivas, que distingue a un conjunto de supuestos, experiencias y proposiciones posmodernos del que corresponde a un período anterior».

Por ejemplo, con respecto a la arquitectura, Charles Jencks afirma que el fin simbólico del modernismo y el tránsito al posmodernismo se produjeron a las 15:32 horas del 15 de julio de 1972, cuando el complejo habitacional Pruitt-Igoe en St. Louis (una versión premiada de la «máquina para la vida moderna» de Le Corbusier) fue dinamitado por considerárselo un lugar inhabitable para las personas de bajos ingresos que alojaba. En lo sucesivo, las ideas del CIAM, Le Corbusier y otros apóstoles del «alto modernismo» cederían ante la embestida de otras posibilidades, entre las cuales las propuestas en el influyente *Learning from Las Vegas* por Venturi, Scott Brown e

Izenour (publicado también en 1972) resultaron ser sólo algunas de las más efectivas. El objetivo de ese trabajo, como lo da a entender el título, era insistir en que los arquitectos tenían más que aprender del estudio de los paisajes populares y vernáculos (como los de las zonas suburbanas y comerciales) que de los ideales abstractos, teóricos y doctrinarios. Era el momento, afirmaban, de construir para la gente, y no para el Hombre. Las torres de vidrio, los bloques de concreto y las planchas de acero que parecían concebidos para aplastar los paisajes urbanos de París a Tokio y de Río a Montreal, denunciando a todo ornamento como un crimen, a todo individualismo como sentimentalismo, a todo romanticismo como kitsch, han dado lugar, progresivamente, a los edificios en torre ornamentados, a la imitación de plazas medievales y pueblos pesqueros, a diseños tradicionales o viviendas vernáculas, a fábricas y depósitos reciclados y a la reconstrucción de toda clase de paisajes en nombre de un medio ambiente urbano un poco más «satisfactorio». Esta preocupación se ha vuelto tan popular que hasta un personaje como el príncipe Carlos denuncia enérgicamente los errores de la reconstrucción urbana de posguerra y los propósitos de renovación urbana destructivos que han arruinado a Londres, afirma, más que los ataques de la Luftwaffe en la Segunda Guerra Mundial.

En los círculos de urbanistas podemos detectar una evolución similar. El influyente artículo de Douglas Lee, «Requiem for large-scale planning models», que apareció en un número del *Journal of the American Institute of Planners* de 1973, no se equivocaba al decretar la defunción de aquello que consideraba como los inútiles esfuerzos de la década de 1960 por desarrollar modelos de planificación en gran escala, comprensivos e integrados (muchos de ellos definidos con todo el rigor que la formalización matemática computarizada requería entonces) para las regiones metropolitanas. Poco después, el *New York Times* (13 de junio de 1976) se refería a los urbanistas radicales como la «corriente principal» (inspirada en Jane Jacobs) que había llevado a cabo un violento ataque contra los despiadados errores de la planificación urbana modernista en la década de 1960. Hoy en día, la norma es encontrar estrategias «pluralistas» y «orgánicas» a fin de encarar el desarrollo urbano como un «*collage*» de espacios y mixturas eminentemente diferenciados, descartando los proyectos grandiosos fundados en la zonificación funcional de diferentes actividades. En la actualidad, el tema es la «ciudad *collage*», y la noción de «revitalización urbana» ha sustituido a la vilipendiada «renovación urbana» como palabra clave del léxico de los urbanistas. «No hacer pequeños proyectos», escribió Daniel Burnham durante la primera ola de euforia de la planificación moder-

nista a fines del siglo XIX, ante lo cual hoy un posmodernista como Aldo Rossi puede responder, más modestamente: «¿A qué podía haber aspirado entonces en mi oficio? Sin duda, a las pequeñas cosas, cuando comprendí que la posibilidad de las grandes estaba históricamente excluida».

Desplazamientos de este tipo pueden documentarse con múltiples ejemplos en distintos campos. La novela posmoderna, sostiene McHale (1987), se caracteriza por el desplazamiento de una dominante «epistemológica» a una «ontológica». Con esto se refiere a un desplazamiento del perspectivismo mediante el cual el modernista podía conectarse con el significado de una realidad compleja pero singular, a la acentuación de los problemas vinculados a la coexistencia, el choque y la interpenetración de realidades tan radicalmente diferentes. Por consiguiente, el límite entre ficción y ciencia-ficción se ha disuelto efectivamente, mientras que los personajes posmodernistas a menudo parecen no saber muy bien en qué mundo están y cómo deben actuar en él. Reducir el problema de la perspectiva a la autobiografía, dice uno de los personajes de Borges, es entrar en el laberinto: «¿Quién era yo? ¿El yo actual, perplejo, el de ayer, olvidado; el de mañana, impredecible?». Los signos de interrogación lo dicen todo.

En filosofía, la mezcla de un pragmatismo norteamericano revivificado con la ola posmarxista y posestructuralista que tuvo su impacto en París después de 1968 produjo lo que Bernstein (1985, pág. 25) llama «un encarnizamiento contra el humanismo y el legado de la Ilustración». Esto se tradujo en una vigorosa denuncia de la razón abstracta y en una profunda aversión hacia cualquier proyecto que aspirara a la emancipación humana universal a través de la movilización de la tecnología, la ciencia y la razón. Aquí, también, nada menos que el papa Juan Pablo II entró en el debate para apoyar lo posmoderno. El Papa «no ataca al marxismo o al secularismo liberal porque sean el movimiento del futuro», dijo Rocco Buttiglione, un teólogo cercano al Papa, sino porque «las filosofías del siglo XX han perdido su interés, su época ya ha pasado». La crisis moral de nuestro tiempo es una crisis del pensamiento de la Ilustración. Porque si bien este último sin duda pudo haber permitido que el hombre se emancipara «de la comunidad y la tradición de la Edad Media que sofocaban su libertad individual», la afirmación del «yo sin Dios» de la Ilustración, en definitiva, se negaba a sí misma, porque la razón, un medio, ante la ausencia de la verdad de Dios, quedaba sin meta espiritual y sin moral alguna. Si la ambición y el poder son «los únicos valores que no necesitan ser descubiertos mediante la luz de la razón», la razón debía convertirse en un mero instrumento para

someter a los otros (*Baltimore Sun*, 9 de septiembre de 1987). El proyecto teológico posmoderno consiste en reafirmar la verdad de Dios, sin abandonar los poderes de la razón.

Cuando figuras tan ilustres (y centristas) como el Príncipe de Gales y el papa Juan Pablo II recurren a la retórica y a la argumentación posmodernistas, quedan pocas dudas acerca del hálito de cambio que se ha operado en la «estructura del sentimiento» de la década de 1980. Sin embargo, aún hay mucha confusión con respecto a las posibles implicaciones de esta nueva «estructura de sentimiento». Es posible que los sentimientos modernistas hayan sido socavados, deconstruidos, superados o evitados, pero no hay certidumbres acerca de la coherencia o el significado de los sistemas de pensamiento que pudieron haberlos reemplazado. Esta incertidumbre vuelve particularmente difícil la evaluación, interpretación y explicación del cambio, del que nadie duda.

Por otra parte, ¿acaso el posmodernismo representa una ruptura radical con el modernismo, o se trata sólo de una rebelión dentro de este último contra una determinada tendencia del «alto modernismo» como la que encarna, por ejemplo, la arquitectura de Mies van der Rohe y las superficies vacías de la pintura expresionista abstracta de los minimalistas? ¿Es el posmodernismo un estilo (en cuyo caso podemos remitirnos a sus precursores, Dada, Nietzsche o, hasta como lo prefieren Kroker y Cook (1986), las *Confesiones* de San Agustín en el siglo IV) o debemos considerarlo estrictamente como un concepto de periodización (en cuyo caso el debate consistiría en situar su origen en la década de 1950, 1960 o 1970)? ¿Tiene un potencial revolucionario a causa de su oposición a todas las formas del meta-relato (incluyendo el marxismo, el freudismo y todas las formas de la razón de la Ilustración) y su preocupación por «otros mundos» y por «otras voces» tan largamente silenciados (mujeres, gays, negros, pueblos colonizados con sus propias historias)? ¿O se trata simplemente de la comercialización y domesticación del modernismo, y de una reducción de las aspiraciones ya gastadas de este último a un *laissez-faire*, a un eclecticismo mercantil del «todo vale»? Por lo tanto, ¿socava la política neo-conservadora o se integra a ella? ¿Y acaso atribuimos su aparición a una reestructuración radical del capitalismo, a la emergencia de una sociedad «posindustrial», o lo consideramos como «el arte de una era inflacionaria» o como «la lógica cultural del capitalismo tardío» (así lo proponen Newman y Jameson)?

Creo que podemos empezar a analizar estos difíciles interrogantes teniendo en cuenta las diferencias esquemáticas entre modernismo y posmodernismo tal como las expone Hassan (1975, 1985;

véase el cuadro 1.1). Hassan establece una serie de oposiciones estilísticas a fin de capturar las formas en que el posmodernismo pudo

Cuadro 1.1 *Diferencias esquemáticas entre el modernismo y el posmodernismo.*

modernismo	*posmodernismo*
romanticismo / simbolismo	patafísica / dadaísmo
forma (conjunta, cerrada)	antiforma (dislocada, abierta)
propósito	juego
diseño	azar
jerarquía	anarquía
maestría / logos	agotamiento / silencio
objeto de arte / obra terminada	proceso / performance / happening
distancia	participación
creación / totalización / síntesis	destrucción / deconstrucción / antítesis
presencia	ausencia
centramiento	dispersión
género / frontera	texto / intertexto
semántica	retórica
paradigma	sintagma
hipotaxis	parataxis
metáfora	metonimia
selección	combinación
raíz / profundidad	rizoma / superficie
interpretación / lectura	contra la interpretación / equívoco
significado	significante
legible	escribible
relato / *grande histoire*	anti-relato / *petit histoire*
código maestro	idiolecto
síntoma	deseo
tipo	mutante
genital / fálico	polimorfo / andrógino
paranoia	esquizofrenia
origen / causa	diferencia-diferencia / huella
Dios Padre	Espíritu Santo
metafísica	ironía
determinación	indeterminación
trascendencia	inmanencia

Fuente: Hassan (1985, págs. 123-4).

haber sido descripto como una reacción a lo moderno. Digo «pudo» porque pienso que es peligroso (como dice Hassan) describir relaciones complejas como simples polarizaciones, cuando casi con certeza el verdadero estado de la sensibilidad, la «estructura del sentimiento» real, tanto en el período moderno como en el posmoderno, reside en el modo en que se sintetizan estas oposiciones estilísticas. Sin

embargo, pienso que el esquema tabular de Hassan define un buen punto de partida.

Hay varios elementos para tener en cuenta en este esquema que recurre a campos tan diversos como la lingüística, la antropología, la filosofía, la retórica, la ciencia política y la teología. Hassan se apresura a señalar que las propias dicotomías son inseguras y equívocas. Sin embargo, hay muchas cosas aquí que captan un sentido de lo que podrían ser las diferencias. Por ejemplo, los urbanistas «modernistas» apuntan al «dominio» de la metrópoli como «totalidad», y diseñan de manera deliberada una «forma cerrada», mientras que los posmodernistas tienden a considerar el proceso urbano como algo incontrolable y «caótico», donde la «anarquía» y el «cambio» pueden «jugar» en situaciones absolutamente «abiertas». En líneas generales, para los críticos literarios «modernistas» las obras constituyen ejemplos de un «género» y son analizadas mediante el «código dominante» que prevalece dentro de la «frontera» del género, mientras que, para el estilo «posmoderno», una obra es un «texto» con su «retórica» e «ideolecto» particulares, y en principio puede ser comparada con cualquier otro texto de cualquier naturaleza. Las oposiciones de Hassan pueden ser caricaturas, pero en la actualidad casi no hay ámbito en la práctica intelectual donde no se puedan detectar algunas de ellas en funcionamiento. A continuación, trataré de considerar unas pocas con la minuciosidad que merecen.

Empiezo con lo que parece ser el hecho más asombroso del posmodernismo: su total aceptación de lo efímero, de la fragmentación, de la discontinuidad y lo caótico que formaban una de las mitades de la concepción de la modernidad de Baudelaire. Pero el posmodernismo responde a este hecho de una manera particular. No trata de trascenderlo ni de contrarrestarlo, ni siquiera de definir los elementos «eternos e inmutables» que pueden residir en él. El posmodernismo se deja llevar y hasta se regodea en las corrientes fragmentarias y caóticas del cambio como si fueran todo lo que hay. Foucault (1983), por ejemplo, nos enseña a «desarrollar la acción, el pensamiento y los deseos por proliferación, yuxtaposición y disyunción» y a «preferir lo positivo y múltiple, la diferencia sobre la uniformidad, la fluidez sobre la unidad, las formas móviles sobre los sistemas. Piensen que lo productivo no es lo sedentario, sino lo nómade». En la medida en que el posmodernismo trata de legitimarse con referencia al pasado, vuelve típicamente a esa tendencia del pensamiento, la de Nietzsche en particular, que acentúa el profundo caos de la vida moderna y su carácter refractario al pensamiento racional. Sin embargo, esto no quiere decir que el posmodernismo sea simplemente una versión del modernismo; las verdaderas revoluciones en la sensibili-

dad pueden ocurrir cuando las ideas latentes y sojuzgadas de una época se vuelven explícitas y dominantes en otra. No obstante, la continuidad de lo fragmentario, de lo efímero, de lo discontinuo y del cambio caótico, tanto en el pensamiento modernista como en el posmodernista, es importante. Me propongo destacarlo especialmente a continuación.

Adoptar la fragmentación y lo efímero de un modo afirmativo implica todo un conjunto de consecuencias que remiten directamente a las oposiciones de Hassan. Por un lado, encontramos escritores como Foucault y Lyotard, que atacan explícitamente cualquier noción que suponga que las cosas pueden conectarse o representarse a través de un meta-lenguaje, meta-relato o meta-teoría. Las verdades universales y eternas, si existen, no pueden especificarse. Al condenar los meta-relatos (vastos esquemas interpretativos como los que desplegaron Marx o Freud) por su carácter «totalizante», insisten en la pluralidad de formaciones del «discurso del poder» (Foucault), o de los «juegos de lenguaje» (Lyotard). En rigor, Lyotard define lo posmoderno simplemente como «incredulidad hacia los meta-relatos».

Las ideas de Foucault —en particular las que desarrolló en las primeras obras— merecen atención, ya que han sido una fuente esencial para la argumentación posmodernista. En este sentido, la relación entre poder y conocimiento constituye un tema central. Pero Foucault (1972, pág. 159) rompe con la noción de que el poder está localizado en última instancia en el Estado y nos impulsa a «realizar un análisis *ascendente* del poder, es decir, empezando por sus mecanismos infinitesimales, cada uno de los cuales tiene su propia historia, su propia trayectoria, sus propias técnicas y tácticas, y luego analizar cómo estos mecanismos de poder han sido (y siguen siendo) investidos, colonizados, utilizados, revertidos, transformados, desplazados, extendidos, etc., por mecanismos aún más generales y por formas de dominación global». El examen minucioso de las micropolíticas de las relaciones de poder en diferentes localizaciones, contextos y situaciones sociales lo lleva a afirmar la existencia de una relación estrecha entre los sistemas de conocimiento («discursos») que codifican las técnicas y prácticas para el ejercicio del control, y la dominación social en determinados contextos localizados. La prisión, el asilo, el hospital, la universidad, la escuela, el consultorio psiquiátrico, son todos ejemplos de lugares donde una organización del poder dispersa y fragmentada se construye independientemente de cualquier estrategia sistemática de dominación de clase. Lo que ocurre en cada lugar no puede comprenderse apelando a una teoría general englobadora. Sin duda, lo único irreductible en el esquema

de Foucault es el cuerpo humano, porque es el «lugar» donde, en última instancia, se registran todas las formas de represión. De modo que, si en su célebre enunciado afirma que «no hay relaciones de poder sin resistencias», Foucault señala también que no hay esquema utópico que pueda tener la esperanza de escapar de la relación conocimiento-poder en formas no represivas. Aquí se hace eco del pesimismo de Max Weber en cuanto a nuestra capacidad para eludir la «jaula de hierro» de la racionalidad técnico-burocrática represiva. Más específicamente, interpreta la represión soviética como el resultado inevitable de una teoría revolucionaria utópica (el marxismo) que recurrió a las mismas técnicas y sistemas de conocimiento sobre los cuales se erigió el sistema capitalista al que se proponía reemplazar. La única posibilidad de «eliminar el fascismo de nuestra cabeza» es explorar y construir las cualidades abiertas del discurso humano, para intervenir en la forma en que el conocimiento se produce y se constituye en los sitios específicos donde prevalece un discurso de poder localizado. El trabajo de Foucault con homosexuales y prisioneros no buscaba producir reformas en las prácticas del Estado, sino cultivar y profundizar la resistencia localizada a las instituciones, técnicas y discursos de la represión organizada.

Sin duda, Foucault creía que sólo mediante un ataque multifacético y pluralista a las prácticas de represión localizadas podía estructurarse algún desafío global al capitalismo que no cayera en las múltiples represiones del capitalismo bajo nuevas formas. Sus ideas apelan a los diversos movimientos sociales que surgieron durante la década de 1960 (feministas, gays, grupos étnicos y religiosos, autonomistas regionales, etc.), así como a aquellos que se desilusionaron de las prácticas del comunismo y de la política de los partidos comunistas. Sin embargo, Foucault, en particular a causa de su rechazo deliberado a cualquier teoría global del capitalismo, deja abierta la cuestión de la senda por la cual esas luchas localizadas podrían sumarse a un ataque progresista, más que regresivo, contra las formas básicas de la explotación y la represión capitalistas. El tipo de luchas localizadas que Foucault parece alentar no ha tenido el efecto de desafiar al capitalismo, aunque, por cierto, Foucault podría responder razonablemente que sólo tendrían ese efecto unas luchas libradas para cuestionar todas las formas del discurso del poder.

Por su parte, Lyotard plantea un argumento similar, aunque sobre bases algo diferentes. Toma la preocupación modernista por el lenguaje y la lleva hasta el extremo de la dispersión. Aunque «el vínculo social es lingüístico», sostiene, «no está tejido con una sola hebra» sino con un «número indeterminado» de «juegos de lenguaje». Cada uno de nosotros vive «en la intersección de muchos de

ellos» y no necesariamente establecemos «combinaciones estables de lenguaje, y las propiedades de las que sí establecemos no son necesariamente comunicables». En consecuencia, «el sujeto social mismo parece disolverse en esta diseminación de juegos de lenguaje». Es interesante comprobar cómo Lyotard emplea aquí la circunstanciada metáfora de Wittgenstein (pionero en la teoría de los juegos de lenguaje) para iluminar las condiciones del conocimiento posmoderno: «Nuestro lenguaje puede contemplarse como una antigua ciudad: un laberinto de pequeñas calles y plazas, de casas viejas y nuevas, y de casas con agregados de diferentes épocas; y esto, rodeado por una multitud de nuevos barrios con calles rectas y regulares y casas uniformes».

La «atomización de lo social en redes flexibles de juegos de lenguaje» sugiere que cada uno de nosotros puede recurrir a un conjunto diferente de códigos según la situación en la que se encuentre (en la casa, en el trabajo, en la iglesia, en la calle o en el pub, en un funeral, etc.). En la medida en que Lyotard (como Foucault) acepta que hoy «el conocimiento es la fuerza de producción principal», el problema por definir es el lugar de ese poder, cuando evidentemente se encuentra «disperso en nubes de elementos narrativos» dentro de una heterogeneidad de juegos de lenguaje. Lyotard (nuevamente como Foucault) reconoce las cualidades de apertura potenciales de las conversaciones corrientes, en las que las reglas pueden torcerse y cambiarse con el fin de «promover la mayor flexibilidad de la expresión». Asigna gran importancia a la aparente contradicción entre esta apertura y la rigidez con la que las instituciones (los «dominios no-discursivos» de Foucault) circunscriben lo que resulta o no admisible dentro de sus fronteras. Los campos del derecho, la academia, la ciencia y el gobierno burocrático, el control militar y político, la política electoral y el poder de las corporaciones, circunscriben lo que puede decirse y cómo debe decirse de una manera significativa. Pero los «límites que la institución impone a los "movimientos" de lenguaje potenciales nunca se establecen de una vez para siempre»; son «en sí mismos, las apuestas y resultados provisionales de estrategias de lenguaje, dentro y fuera de la institución». Por lo tanto, no deberíamos reificar las instituciones en forma prematura, sino reconocer en primer lugar que la utilización diferenciada de los juegos de lenguaje crea lenguajes y poderes institucionales. Si «existen muchos juegos de lenguaje diferentes: una heterogeneidad de elementos», debemos también reconocer que sólo pueden «dar lugar a retazos de instituciones: determinismo local».

Estos «determinismos locales» han sido comprendidos por otros (p. ej., Fish, 1980) como «comunidades interpretativas» compuestas

por productores y consumidores de conocimientos y textos específicos, que a menudo operan en un contexto institucional particular (como la universidad, el sistema legal, las agrupaciones religiosas), en sectores específicos del trabajo cultural (como la arquitectura, la pintura, el teatro, la danza), o en lugares determinados (vecindarios, naciones, etc.). Toca a los individuos y grupos controlar, dentro de estos dominios, lo que consideran como un conocimiento válido.

En la medida en que pueden identificarse múltiples fuentes de opresión en la sociedad y múltiples focos de resistencia a la dominación, este tipo de pensamiento ha sido utilizado en la política radical y llevado hasta el corazón del propio marxismo. Es así como Aronowitz, por ejemplo, sostiene en *The crisis of historical materialism*, que «las luchas de liberación múltiples, locales, autónomas que se dan a lo largo del mundo posmoderno vuelven absolutamente ilegítimas todas las encarnaciones de los discursos dominantes» (Bove, 1986, pág. 18). Me parece que aquí Aronowitz está seducido por el aspecto más liberador y por lo tanto más atrayente del pensamiento posmoderno: su preocupación por la «otredad». Huyssens (1984) ataca en particular al imperialismo de una modernidad ilustrada que pretendía hablar en nombre de los otros (pueblos colonizados, negros y minorías, grupos religiosos, mujeres, la clase obrera) a través de una única voz. El título mismo de Carol Gilligan, *In a different voice* (1982) —una obra feminista que desafía la tendencia masculina de establecer escenarios fijos en el desarrollo moral de la personalidad—, ilustra un proceso de contraataque a esas pretensiones universalizantes. La idea de que todos los grupos tienen derecho a hablar por sí mismos, con su propia voz, y que esa voz sea aceptada como auténtica y legítima, es esencial a la posición pluralista del posmodernismo. El trabajo de Foucault con los grupos marginales e intersticiales ha influido en muchos investigadores, en campos tan diversos como la criminología y la antropología, dando lugar a nuevas formas de reconstrucción y representación de las voces y experiencias de los sujetos. Por su parte, Huyssens destaca la apertura del posmodernismo a la comprensión de la diferencia y la otredad, así como el potencial liberador que ofrece a una multitud de nuevos movimientos sociales (mujeres, gays, negros, ecologistas, autonomistas regionales, etc.). Curiosamente, la mayor parte de este tipo de movimientos, si bien ha contribuido definitivamente a modificar la «estructura del sentimiento», presta poca atención a los argumentos posmodernistas, y algunas feministas (por ejemplo Hartsock, 1987) son hostiles a él por razones que consideraremos después.

Resulta interesante detectar esta misma preocupación por la «otredad» y los «otros mundos» en la ficción posmodernista. McHale,

al destacar la pluralidad de mundos que coexisten dentro de la ficción posmodernista, encuentra que el concepto de *heterotopía* de Foucault constituye una imagen absolutamente apropiada para captar lo que esa ficción trata de describir. El concepto de heterotopía de Foucault significa coexistencia en un «espacio imposible» de un «gran número de mundos posibles fragmentarios» o, más simplemente, espacios inconmensurables que se yuxtaponen o superponen entre sí. Los personajes ya no se dedican a ver cómo pueden desentrañar o descubrir un misterio central, sino que se ven obligados a preguntar «¿Qué mundo es este? ¿Qué es preciso hacer en él? ¿Cuál de mis personas debe hacerlo?». El mismo desplazamiento puede detectarse en el cine. En un clásico modernista como *El ciudadano*, un periodista trata de desentrañar el misterio de la vida y del personaje Kane reuniendo múltiples recuerdos y perspectivas de aquellos que lo conocieron. En el formato más posmodernista del cine contemporáneo, en un filme como *Blue Velvet* [*Terciopelo azul*], el personaje central se debate entre dos mundos incompatibles: el de un pequeño pueblo norteamericano de la década de 1950, con su escuela de estudios secundarios, la cultura del kiosco, y un submundo sexual delirante de drogas, demencia y perversión sexual. Parece imposible que estos dos mundos existan en el mismo espacio, y el personaje central se mueve entre ellos, sin saber a ciencia cierta cuál es la realidad, hasta que los dos mundos se chocan en una terrible catástrofe. Del mismo modo, un pintor posmodernista como David Salle tiende a hacer un «*collage* con materiales de origen incompatible en vez de elegir entre ellos» (Taylor, 1987, pág. 8; véase la lámina 1.6). Pfeil (1988) llega aún más lejos y describe el campo total del posmodernismo como «una representación destilada de todo el mundo antagónico y voraz de la otredad».

Pero aceptar la fragmentación, el pluralismo, y la autenticidad de otras voces y otros mundos plantea el espinoso problema de la comunicación y de los medios para ejercer un poder a través del dominio de esto. La mayoría de los pensadores posmodernistas están fascinados por las nuevas posibilidades de información y de producción de conocimiento, de análisis y transmisión. Lyotard (1984), por ejemplo, inserta con firmeza sus argumentos en el contexto de las nuevas tecnologías de la comunicación y, recurriendo a las tesis de Bell y Touraine sobre el tránsito a una sociedad «posindustrial» fundada en la información, sitúa el ascenso del pensamiento posmoderno en lo que considera una rotunda transición social y política en los lenguajes de la comunicación en las sociedades capitalistas avanzadas. Examina con detalle las nuevas tecnologías de la producción, difusión y uso de ese conocimiento como una «fuerza princi-

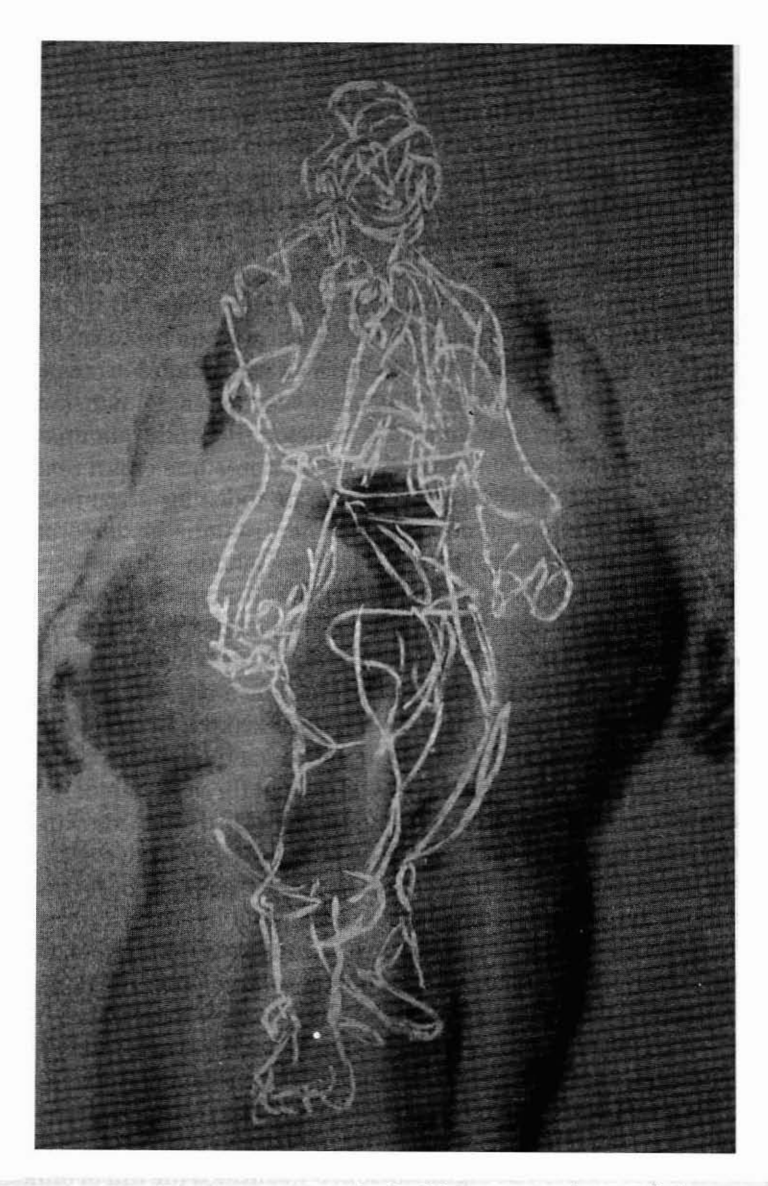


Lámina 1.6 *La colisión y superposición de diferentes mundos ontológicos es una característica esencial del arte posmoderno. «Tight as Houses» [«Compactos como casas»], de David Salle, 1980, ilustra esta idea.*

pal de producción». El problema, sin embargo, es que el conocimiento ahora puede ser codificado en muchas formas, algunas de las cuales son más accesibles que otras. En consecuencia, en la obra de Lyotard hay más de un indicio de que el modernismo ha cambiado por-

que han cambiado las condiciones técnicas y sociales de la comunicación.

Los posmodernistas también suelen aceptar una teoría algo diferente acerca de la naturaleza del lenguaje y la comunicación. Mientras que los modernistas presuponían la existencia de una relación estrecha e identificable entre lo que se decía (el significado o «mensaje») y cómo se decía (el significante o «medio»), el pensamiento posestructuralista considera que ambos «se separan constantemente y se vuelven a vincular en nuevas combinaciones». «La deconstrucción» (un movimiento iniciado por la lectura que hizo Derrida de Martin Heidegger a fines de 1960) entra en este cuadro como un poderoso estímulo a las modalidades posmodernistas del pensamiento. La deconstrucción es menos una posición filosófica que una manera de pensar y «leer» los textos. Los escritores que crean textos o utilizan palabras lo hacen sobre la base de todos los otros textos y palabras a los que han tenido acceso, mientras que los lectores actúan de la misma manera. Por consiguiente la vida cultural es vista como una serie de textos que se cruzan con otros textos, produciendo más textos (incluso aquel que pertenece al crítico literario, que se propone producir una literatura en la que los textos en consideración se cruzan libremente con otros textos que a su vez han influido en su pensamiento). Este entramado intertextual tiene vida propia. Todo lo que escribimos transmite significados que no nos proponemos o no podemos transmitir, y nuestras palabras no pueden decir lo que queremos dar a entender. Es inútil tratar de dominar un texto, porque el constante ntramado de textos y significados está más allá de nuestro control. El lenguaje opera a través de nosotros. Es así como el impulso deconstructivista tiende a buscar en un texto, otro texto, a disolver un texto en otro, a construir un texto en otro.

Por lo tanto, Derrida considera que el *collage* / montaje define la forma primaria del discurso posmoderno. La heterogeneidad inherente a ello (sea en pintura, escritura, arquitectura) estimula en nosotros, receptores del texto o imagen, «la producción de una significación que no podría ser ni unívoca ni estable». Tanto los productores como los consumidores de «textos» (artefactos culturales) participan en la producción de significaciones y sentidos (de allí el énfasis que otorga Hassan al «proceso», a la «performance», al «happening» y a la «participación» en el estilo posmodernista). Al minimizarse la autoridad del productor cultural, se crean oportunidades de participación popular y de maneras democráticas de definir los valores culturales, pero al precio de una cierta incoherencia o —lo que es más problemático— vulnerabilidad a la manipulación por parte del mercado masivo. En todo caso, el productor cultural crea meras ma-

terias primas (fragmentos y elementos), y deja a los consumidores la posibilidad de recombinar aquellos elementos a su manera. El efecto es eliminar (deconstruir) el poder del autor para imprimir sentidos u ofrecer una narrativa continuada. Cada elemento citado, dice Derrida, «rompe la continuidad o la linealidad del discurso y lleva necesariamente a una doble lectura: la del fragmento concebido en relación con su texto de origen; y la del fragmento incorporado a un nuevo conjunto, a una totalidad diferente». La continuidad está dada sólo en «la huella» del fragmento que se desplaza de la producción al consumo. El efecto es poner en cuestión todas las ilusiones de los sistemas fijos de representación (Foster, 1983, pág. 142).

Hay más que un indicio de este tipo de pensamiento en la tradición modernista (por ejemplo, la que proviene del surrealismo), y aquí el riesgo consiste en pensar los meta-relatos de la tradición de la Ilustración como más fijos y estables de lo que en realidad fueron. Marx, como dice Ollman (1971), despliega sus conceptos en forma relacionada, de modo tal que términos como valor, trabajo, capital, «se separan y se unen continuamente en nuevas combinaciones», en una lucha constante por articularse con los procesos totalizantes del capitalismo. Benjamin, un teórico complejo de la tradición marxista, trabajó la idea del *collage* / montaje a la perfección, con el objeto de capturar las relaciones fragmentadas y superpuestas entre la economía, la política y la cultura, sin abandonar nunca la perspectiva de una totalidad de prácticas que constituyen al capitalismo. Por su parte, Taylor (1987, págs. 53-65), después de examinar los testimonios históricos de su utilización (en particular por parte de Picasso), afirma que el *collage* no es un indicador adecuado de la diferencia entre la pintura modernista y la posmodernista.

Pero si no podemos aspirar —como lo señalan en forma insistente los posmodernistas— a una representación unificada del mundo, ni a una concepción que tome en cuenta su carácter de totalidad llena de conexiones y diferenciaciones y no lo vea como un perpetuo desplazamiento de fragmentos, ¿cómo aspiraríamos a actuar en forma coherente con relación al mundo? La respuesta posmodernista consistiría simplemente en afirmar que, si la representación y la acción coherentes son represivas o ilusorias (y por lo tanto están condenadas a disiparse y anularse a sí mismas), ni siquiera deberíamos intentar comprometernos con un proyecto global. En consecuencia, el pragmatismo (del tipo de Dewey) se convierte en la única filosofía de la acción posible. Es así como por ejemplo Rorty (1985, pág. 173), uno de los filósofos norteamericanos más notables del movimiento posmoderno, descarta «la secuencia canónica de filósofos que va de Descartes a Nietzsche, como un desvío respecto de la

historia de la mecánica social concreta que dio lugar a lo que es hoy la cultura norteamericana contemporánea, con todas sus glorias y sus riesgos». La acción puede concebirse y decidirse sólo dentro de los confines de un determinismo local, de alguna comunidad interpretativa, y sus significados ostensibles y efectos anticipados se quebrarán indefectiblemente si se los saca de estos dominios aislados, aun cuando sean coherentes entre sí. Del mismo modo, Lyotard (1984, pág. 66) sostiene también que «el consenso se ha convertido en un valor caduco y sospechoso», pero luego agrega, de una manera algo sorpresiva, que en la medida en que «la justicia como valor no ha caducado ni resulta sospechosa» (no nos dice cómo esta noción universal pudo haber quedado indemne frente a la diversidad de juegos de lenguaje), «es necesario llegar a una idea y a una práctica de la justicia que no esté ligada a la de consenso».

Es precisamente a este tipo de relativismo y derrotismo al que se opone Habermas cuando defiende el proyecto de la Ilustración. Aunque Habermas está más que dispuesto a admitir lo que él llama «la realización deformada de la razón en la historia» y los riesgos que supone la imposición simplificada de algún meta-relato a relaciones y acontecimientos complejos, también insiste en que «la teoría puede discernir una afirmación cortés pero valiente de la razón, nunca silenciosa aunque pocas veces recompensada, una afirmación que debe ser reconocida de hecho siempre y en cualquier lugar donde pueda haber acción consensual». Habermas aborda además el problema del lenguaje, y en *Teoría de la acción comunicativa* insiste en las cualidades dialógicas de la comunicación humana, en las que el que hablante y el receptor están necesariamente dedicados a la tarea de la comprensión recíproca. Por cierto —agrega—, de allí surgen enunciados normativos y consensuales que fundan el rol de la razón universalizante en la vida cotidiana. Es esto lo que permite que la «razón comunicativa» opere «en la historia como una fuerza vindicativa». Sin embargo, los críticos de Habermas son más numerosos que sus defensores.

La validez de la descripción del posmodernismo que he esbozado hasta ahora parece depender de una forma particular de experimentar, interpretar y estar en el mundo. Esto quizá nos lleva a la faceta más problemática del posmodernismo: sus presupuestos psicológicos en relación con la personalidad, la motivación y el comportamiento. La preocupación por la fragmentación e inestabilidad del lenguaje y de los discursos conduce directamente, por ejemplo, a cierta concepción de la personalidad. Encapsulada, esta concepción se concentra más en la esquizofrenia (pero no en su sentido estrictamente clínico) que en la alienación y la paranoia (véase el esquema

de Hassan). Jameson (1984*b*) investiga este tema con una eficacia notable. Utiliza la descripción de esquizofrenia de Lacan como desorden lingüístico, ruptura de la cadena significante creada por una simple frase. Cuando se rompe la cadena significante, «tenemos la esquizofrenia en forma de fragmentos de significantes diferentes y desvinculados». Si la identidad personal está formada por «una cierta unificación temporal del pasado y el futuro con el presente que tengo ante mí», y si las frases se mueven siguiendo la misma trayectoria, la incapacidad para unificar el pasado, el presente y el futuro en la frase anuncia una incapacidad semejante para «unificar el pasado, el presente y el futuro de nuestra propia experiencia biográfica o nuestra vida psíquica». Esto se ajusta, por supuesto, a la preocupación posmodernista por el significante más que por el significado, por la participación, la performance y el happening más que por un objeto artístico autoritativo y terminado; por las superficies más que por las raíces (nuevamente, véase el esquema de Hassan). El efecto de esta ruptura de la cadena significante es reducir la experiencia a «una serie de presentes puros y desvinculados en el tiempo». Al no ofrecer ningún contrapeso, la concepción del lenguaje de Derrida contribuye a la producción de un cierto efecto esquizofrénico, y explica, quizá, la caracterización de Eagleton y Hassan del artefacto típico posmodernista como esquizoide. Deleuze y Guattari (1984, pág. 245), en su *Anti-Edipo*, formulan una relación entre esquizofrenia y capitalismo que prevalece «en el nivel más profundo de una y la misma economía, de uno y el mismo proceso de producción», y afirma que «nuestra sociedad produce esquizos del mismo modo que produce champú Prell o automóviles Ford, con la única diferencia de que los esquizos no pueden venderse».

Son varias las consecuencias que surgen de la dominación de este motivo en el pensamiento posmodernista. Ya no podemos concebir al individuo como alienado en el sentido clásico marxista, porque estar alienado supone un sentido del propio ser coherente y no fragmentado, del que se está alienado. Es sólo en función de este sentido centrado de identidad personal como los individuos pueden realizar proyectos en el tiempo, o pensar en forma convincente la producción de un futuro que sea significativamente mejor que el tiempo presente y el tiempo pasado. El modernismo giraba en gran medida en torno de la búsqueda de un futuro mejor, aun cuando la constante frustración de ese objetivo llevara a la paranoia. Pero es característico del posmodernismo cancelar esa posibilidad y concentrarse en las circunstancias esquizofrénicas a las que dan lugar la fragmentación y todas aquellas inestabilidades (incluidas las del lenguaje) que nos impiden proyectar estrategias para producir un

futuro radicalmente diferente. Por supuesto, al modernismo no le faltaban sus momentos esquizoides —en especial cuando intentó combinar el mito con la modernidad heroica—, y ha habido suficientes historias de la «deformación de la razón» y de los «modernismos reaccionarios» para indicar que las circunstancias esquizofrénicas, si bien esencialmente dominadas, siempre estuvieron latentes en el movimiento modernista. Sin embargo, hay buenas razones para creer que en la estética posmoderna (Jameson, 1984*a*, pág. 63) «la alienación del sujeto es desplazada por la fragmentación del sujeto». Si, como señaló Marx, es necesario que el individuo alienado aspire al proyecto de la Ilustración con una tenacidad y coherencia suficientes como para garantizarnos un futuro mejor, podría suponerse que la pérdida del sujeto alienado impide la construcción consciente de futuros sociales alternativos.

La reducción de la experiencia a «una serie de presentes puros y desvinculados» implica además que «la experiencia del presente se vuelve poderosa y abrumadoramente vívida y "material": el mundo del esquizofrénico está cargado de intensidad y exhibe el peso misterioso y opresivo del afecto, que brilla con fuerza alucinatoria» (Jameson, 1984*b*, pág. 120). La imagen, la aparición, el espectáculo pueden experimentarse con una intensidad (júbilo o terror) que sólo es posible porque se los concibe como presentes puros y desvinculados en el tiempo. ¿Qué importa entonces «si el mundo pierde momentáneamente su profundidad y amenaza con transformarse en una brillante superficie, en una ilusión estereoscópica, en un tropel de imágenes fílmicas sin densidad»? (Jameson, 1984*b*). La inmediatez de los acontecimientos, el sensacionalismo del espectáculo (político, científico, militar, así como los del entretenimiento) se convierten en la materia con la que está forjada la conciencia.

Semejante ruptura del orden temporal de las cosas da lugar también a un tratamiento peculiar del pasado. Al evitar la idea del progreso, el posmodernismo abandona todo sentido de continuidad y memoria históricas, a la vez que, simultáneamente, desarrolla una increíble capacidad para entrar a saco en la historia y arrebatarle todo lo que encuentre allí como si se tratara de un aspecto del presente. La arquitectura modernista, por ejemplo, toma pequeños fragmentos del pasado de manera bastante ecléctica y los mezcla a voluntad (véase el capítulo 4). Otro ejemplo, tomado de la pintura, es el de Crimp (1983, pág. 44-5). *Olimpia* de Manet, uno de los trabajos esenciales de la primera época del movimiento modernista, tomó como modelo la *Venus* de Tiziano (láminas 1.7; 1.8). Sin embargo, la forma de su trazado señalaba una ruptura deliberada entre modernidad y tradición, y la intervención activa del artista en esa

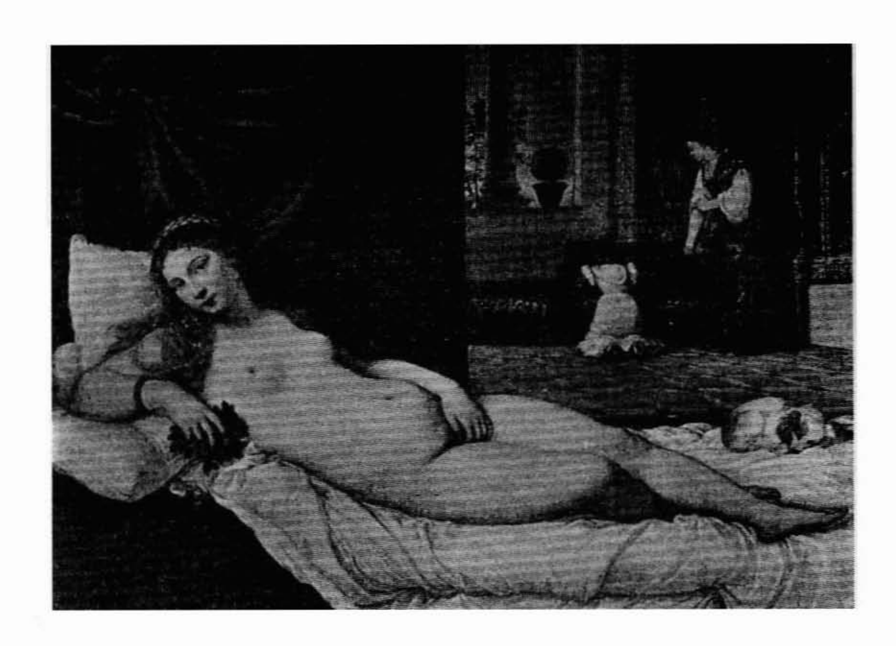


Lámina 1.7 *La* Venus de Urbino *de Tiziano sirvió de inspiración a la* Olimpia *de Manet, de 1863.*



Lámina 1.8 *La pintura anticipadamente modernista de Manet,* Olimpia, *reelabora las ideas de Tiziano.*



Lámina 1.9 *La obra anticipadamente posmodernista de Rauschenberg,* Persimmon, *(1964), es un* collage *de muchos temas, incluida una reproducción directa de* Venus en su tocador *de Rubens.*

transición (Clark, 1985). Rauschenberg, uno de los pioneros del movimiento posmodernista, despliega imágenes de *Venus del espejo* de Velázquez y de *Venus en su tocador* de Rubens, en una serie de telas de la década de 1960 (lámina 1.9). Pero utiliza estas imágenes de un

modo muy diferente, ya que serigrafía un original fotográfico sobre una superficie que tiene otras numerosas figuras (camiones, helicópteros, llaves de automóviles). Rauschenberg se limita a *reproducir*, mientras que Manet *produce*, y es este movimiento, dice Crimp, «el que nos hace pensar en Rauschenberg como posmodernista». Se renuncia al «aura» modernista del artista como productor. «La ficción del sujeto creador es dar lugar a la confiscación, la cita, el extracto, la acumulación y repetición de imágenes ya existentes».

Esta clase de desplazamiento se traslada a otros campos con poderosas implicaciones. Si se tiene en cuenta la disolución de todo sentido de continuidad y de memoria históricas, y un rechazo de los meta-relatos, el único rol que le queda al historiador es, por ejemplo, convertirse, como Foucault, en un arqueólogo del pasado, desenterrar sus vestigios como lo hizo Borges en su ficción, para articularlos entre sí en el museo del conocimiento moderno. Rorty (1979, pág. 371), al atacar la idea según la cual la filosofía tiene la esperanza de definir alguna vez un marco epistemológico permanente para la investigación, termina insistiendo en que el único rol del filósofo, en medio de la cacofonía de conversaciones cruzadas que conforman una cultura, es «desacreditar la noción de tener una perspectiva, a la vez que se evita tener una perspectiva sobre el hecho de tener perspectivas». «El tropos esencial de la ficción», nos dicen los escritores posmodernistas, es una «técnica que exige suspender la creencia así como la incredulidad» (McHale, 1987, págs. 27-33). En el posmodernismo son muy pocos los intentos de sostener abiertamente la continuidad de valores, creencias, y aun incredulidades.

Esta pérdida de continuidad histórica en los valores y las creencias, junto con la reducción de la obra de arte a un texto que acentúa la discontinuidad y la alegoría, plantea todo tipo de problemas para el juicio estético y crítico. Al rechazar (y «deconstruir» activamente) todas las pautas autoritativas y supuestamente inmutables del juicio estético, el posmodernismo puede juzgar el espectáculo en función de su carácter espectacular. Barthes propone una versión especialmente refinada de esta estrategia. Distingue entre *placer* y *«goce»* (quizá se traduciría mejor como «sublime deleite físico y mental») y sugiere que nos esforcemos por lograr el segundo efecto, más orgásmico (adviértase el nexo con la descripción de esquizofrenia de Jameson), mediante una forma particular de encuentro con los artefactos culturales, de lo contrario inertes, que pueblan nuestro panorama social. Para la mayor parte de nosotros, que no somos esquizoides en el sentido clínico, Barthes define un tipo de «práctica de mandarín» que permite alcanzar *«jouissance»* y utilizar esa experiencia como base para los juicios estéticos y críticos. Esto significa

identificación con el acto de escribir (creación) más que de leer (recepción). Pero Huyssens (1984, págs. 38-45) reserva su más aguda ironía hacia Barthes, y sostiene que este reinstaura una de las distinciones modernistas y burguesas más socorridas: «hay placeres más bajos para los inferiores, es decir, la cultura de masas, y está también la *nouvelle cuisine* del placer del texto, *jouissance*». Esta reintroducción de la disyuntiva inferior / superior elude todo el problema de la degradación potencial de las formas culturales modernas por su asimilación a la cultura pop a través del arte pop. «La apropiación eufórica americana de la *jouissance* de Barthes se funda en la ignorancia de estos problemas y en el disfrute —no muy diferente al de los yuppies de 1984— de los placeres del conocedor de la escritura y de la remodelación textual». La imagen de Huyssens, como lo sugieren las descripciones de Raban en *Soft city*, puede ser más que algo apropiada.

El otro aspecto de la pérdida de temporalidad y de la búsqueda de un impacto instantáneo es la pérdida de profundidad. Jameson (1984*a*, 1984*b*) ha destacado particularmente la «falta de profundidad» de gran parte de la producción cultural contemporánea, su obsesión por las apariencias, las superficies y los impactos instantáneos que no pueden sostenerse en el tiempo. Las secuencias de imágenes de las fotografías de Sherman son exactamente de este tipo; y como lo destacó Charles Newman en la revista del *New York Times*, en una entrevista acerca del estado de la novela norteamericana (*NYT*, 17 de julio de 1987):

«El hecho es que nunca, en nuestra literatura, se había percibido de manera tan instantánea un sentido de disminución del control, de pérdida de autonomía individual e impotencia generalizada: los personajes más chatos en los paisajes más chatos interpretados con la dicción más chata. Al parecer, el presupuesto es que lo americano es un vasto desierto fibroso de cuyos resquicios, sin embargo, brotan aún algunas hierbas».

«Falta de profundidad deliberada» dice Jameson al referirse a la arquitectura posmoderna, y es difícil no dar crédito a esta sensibilidad como *el* motivo abrumador del posmodernismo, neutralizado sólo por el intento de Barthes de ayudarnos a alcanzar el momento de *jouissance*. Por cierto que la atención a las superficies ha constituido siempre un elemento importante en el pensamiento y la práctica modernistas (en particular desde los cubistas), pero siempre se ha dado en forma paralela al interrogante que Raban plantea con respecto a la vida urbana: ¿cómo podemos construir, representar y

tener en cuenta estas superficies con la comprensión y seriedad necesarias, a fin de pasar detrás de ellas para identificar sus significados esenciales? El posmodernismo, con su resignación a la fragmentación sin fondo y a lo efímero, suele negarse a contemplar esta cuestión.

El colapso de los horizontes temporales y la preocupación por la instantaneidad han surgido en parte de la actual insistencia en la producción cultural de acontecimientos, espectáculos, happenings e imágenes de los medios. Los productores culturales han aprendido a explorar y usar las nuevas tecnologías, los medios y, por último, las posibilidades multimediáticas. Sin embargo, el efecto ha sido volver a acentuar, y hasta celebrar, las cualidades transitorias de la vida moderna. Pero también, a pesar de la intervención de Barthes, esto ha permitido un *rapprochement* entre la cultura popular y lo que alguna vez permaneció aislado como «alta cultura». Este *rapprochement* ha sido buscado antes, aunque casi siempre a través de modalidades más revolucionarias, como ocurrió con el dadaísmo, el primer surrealismo, el constructivismo y el expresionismo, que trataron de llevar su arte al pueblo integrado en un proyecto modernista de transformación social. Estos movimientos vanguardistas tenían una fuerte convicción en sus propios objetivos así como una inmensa fe en las nuevas tecnologías. En la época actual, la acción de saldar la brecha entre la cultura popular y la producción cultural, que depende en gran medida de las nuevas tecnologías de comunicación, parece carecer de un impulso vanguardista o revolucionario, motivo por el cual muchos acusan al posmodernismo de haberse sometido a la comercialización y a las imposiciones del mercado (Foster, 1985). Más allá de esto, gran parte del posmodernismo es deliberadamente anti-aurático y anti-vanguardista, y trata de explorar el ámbito cultural y mediático accesible a todos. No es casual que Sherman, por ejemplo, use la fotografía y evoque las imágenes pop como si la película fijara las poses que asume.

Esto plantea el problema más difícil con relación al movimiento posmodernista, que es su relación con la cultura de la vida cotidiana, y su integración en esta. Aunque gran parte de la discusión procede en abstracto y, por lo tanto, en los términos no muy accesibles que me he visto obligado a utilizar aquí, hay innumerables puntos de contacto entre los productores de artefactos culturales y el público en general: la arquitectura, la publicidad, la moda, el cine, la escenificación de los acontecimientos multimedia, los grandes espectáculos, las campañas políticas, así como la omnipresente televisión. No siempre es claro quién influye y quién es influido en este proceso.

Venturi *et al.* (1972, pág. 155) afirman que nuestra estética arquitectónica debe aprender de los suburbios de Las Vegas, o de otras zonas calumniadas como Levittown, sólo porque a la gente evidentemente le gustan estos lugares. «Uno no tiene por qué conciliar con la política reaccionaria», prosiguen, «para apoyar los derechos de la clase media-media a su propia estética arquitectónica, y hemos visto que el tipo de estética de Levittown es compartido por la mayoría de los miembros de la clase media-media, negra o blanca, liberal o conservadora». No hay absolutamente nada malo, insisten, en dar a esa gente lo que quiere, y el mismo Venturi fue citado en el *New York Times* (22 de octubre de 1972), en un artículo cuyo acertado título era «El Ratón Mickey enseña a los arquitectos», donde afirma que «El Mundo de Disney está más cerca de lo que quiere la gente que todo lo que le han podido dar los arquitectos». Disneylandia, afirma, es «la utopía simbólica americana».

Sin embargo, hay quienes consideran que esa concesión a la estética de Disneylandia por parte de la alta cultura es cuestión de necesidad y no de elección. Por ejemplo, Daniel Bell (1978, pág. 20) afirma que el posmodernismo es el agotamiento del modernismo a través de la institucionalización de los impulsos creadores y rebeldes, por lo que él llama «la masa cultural» (los millones de personas que trabajan en los medios de emisión, cine, teatro, universidad, casas editoriales, publicidad e industria de las comunicaciones, etc., que procesan los productos culturales serios e influyen en su recepción, y producen los materiales populares para el público masivo más amplio). La pérdida de autoridad de la alta cultura sobre el gusto cultural en la década de 1960 y su reemplazo por el arte pop, la cultura pop, la moda efímera y el gusto masivo pueden considerarse como un signo del hedonismo insensato del consumismo capitalista.

Iain Chambers (1986, 1987) interpreta un proceso similar, de una manera algo diferente. Durante el boom de posguerra, la juventud obrera de Gran Bretaña contaba con dinero suficiente para participar de la cultura capitalista consumista. Así fue como utilizó la moda de una manera activa para construir un sentido de su identidad pública, y hasta definió sus propias formas de arte pop, frente a una industria de la moda que trataba de imponer el gusto a través de la publicidad y la presión de los medios. La consiguiente democratización del gusto en las diversas subculturas (desde el macho del centro urbano hasta los campus universitarios) se interpreta como el resultado de una lucha vital que enarbola los derechos aun de los sectores relativamente menos privilegiados, para dar forma a sus identidades frente a un comercialismo poderosamente organizado. En la óptica de Chambers, los fermentos culturales de origen ur-

bano que surgieron a principios de la década de 1960 y que persisten hasta hoy se encuentran en la raíz del giro posmoderno:

«El posmodernismo, más allá de las formas que pueda asumir su conceptualización, surgió en lo esencial anticipadamente de las culturas metropolitanas en los últimos veinte años: a través de los significantes electrónicos del cine, la televisión, el video, los estudios de grabación y los ejecutantes, la moda y los estilos de la juventud, a través de todos aquellos sonidos, imágenes e historias diferentes que se mezclan, se reciclan y se funden diariamente en la pantalla gigante que es la ciudad contemporánea».

Por otra parte, es difícil no atribuir cierto rol ejemplar al uso creciente de la televisión. Al fin y al cabo, se dice que el americano promedio pasa más de siete horas por día mirando televisión, mientras que la posesión de un aparato de TV y de un video (este último se encuentra por lo menos en el cincuenta por ciento de las viviendas de todos los Estados Unidos) se ha difundido tanto en todo el mundo capitalista que sin duda es necesario analizar algunos de sus efectos. Por ejemplo, la preocupación posmodernista por la superficie puede atribuirse al formato obligado de las imágenes televisivas. Como dice Taylor (1987, págs. 103-5), es «el primer medio cultural en toda la historia que presenta los acontecimientos artísticos del pasado como un *collage* de fenómenos de importancia equivalente y de existencia simultánea, esencialmente divorciados de la geografía y de la historia material, y trasladados hasta el living o los estudios de Occidente, en un flujo más o menos ininterrumpido». Más aún, define un espectador «que comparte la concepción que el medio tiene de la historia, concibiéndola como una reserva interminable de acontecimientos iguales». No es difícil advertir entonces que la relación del artista con la historia (el historicismo específico que ya hemos señalado) ha variado; que en la era de la televisión masiva hay más preocupación por las superficies que por las raíces, por el *collage* que por el trabajo en profundidad, por la cita de imágenes superpuestas en detrimento de las superficies elaboradas, por el colapso de un sentir del tiempo y el espacio que desdeña a los artefactos culturales sólidamente constituidos. Y todos ellos son aspectos vitales de la práctica artística en la condición posmoderna.

Señalar la potencia de esta fuerza en la formación de la cultura como una manera de vida global no supone caer necesariamente en un determinismo tecnológico ingenuo según el cual «la televisión da lugar al posmodernismo» y a su diversidad. Ya que la televisión es un producto del capitalismo tardío y, como tal, debe ser vista en el

contexto de la promoción de una cultura del consumismo. Esto nos lleva a considerar la producción de anhelos y necesidades, y la movilización del deseo y la fantasía, y a mirar la política del entretenimiento como parte de impulso destinado a sostener un dinamismo de la demanda en los mercados de consumo, capaz de asegurar la rentabilidad de la producción capitalista. Charles Newman (1984, pág. 9) considera que, en cierto sentido, la estética posmodernista constituye una respuesta a la ola inflacionaria del capitalismo tardío. «La inflación», sostiene, «afecta el intercambio de ideas tanto como lo hacen los mercados comerciales». Así «asistimos a guerras sanguinarias y a transformaciones espasmódicas en la moda, al despliegue simultáneo de todos los estilos del pasado en sus infinitas mutaciones, y a la circulación continua de diversas y contradictorias elites intelectuales que revelan el reino del culto a la creatividad en todas las áreas de la conducta, una receptividad acrítica sin precedentes del Arte, una tolerancia que por último equivale a indiferencia». Desde esta perspectiva, Newman saca en conclusión que «la jactanciosa fragmentación del arte ya no es una elección estética: es simplemente un aspecto cultural de la trama económica y social».

Esto explicaría hasta cierto punto la tendencia del posmodernismo a integrarse en la cultura popular por transacciones francas y hasta groseramente comerciales a las que se negaban los modernistas por su fuerte resistencia a la idea (aunque nunca al hecho) de la mercantilización de sus productos. Pero hay quienes atribuyen el agotamiento del alto modernismo, precisamente, a su absorción como estética formal del capitalismo corporativo y del Estado burocrático. Entonces, el posmodernismo se limita a señalar la lógica extensión del poder del mercado a todo el espectro de la producción cultural. Crimp (1987, pág. 85) destaca con gran amargura este punto:

«En los últimos años, hemos asistido a la apropiación vitual del arte por los grandes intereses empresarios. Porque cualquiera que sea el papel que haya desempeñado el capital en el arte modernista, el fenómeno actual es nuevo, justamente por su extensión. Las corporaciones se han convertido, en todo sentido, en las grandes patrocinadoras del arte. Arman enormes colecciones. Realizan las exposiciones más importantes en los museos (. . .) Las casas de remate hoy son instituciones de préstamos que asignan al arte un valor completamente nuevo y colateral. Y todo esto afecta no sólo la inflación del valor de los viejos maestros, sino la producción misma del arte (. . .) [Las corporaciones] compran barato y en cantidad, apostando al crecimiento de los valores de los jóvenes artistas (. . .) El retorno a la pintura y a la escultura tradicionales supone el retorno a la produc-

ción de mercancías y diría que, mientras que el arte, tradicionalmente, tenía el carácter de mercancía ambigua, ahora se trata de una mercancía sin ambigüedades».

El crecimiento de una cultura de museos (en Gran Bretaña cada tres semanas se abre un museo y en Japón se han abierto quinientos en los últimos quince años) y un florecimiento de la «industria de la heredad» que despuntó a comienzos de la década de 1970 agregan otro giro populista (si bien esta vez de clase media) a la comercialización de la historia y de las formas culturales. «El posmodernismo y la industria de la heredad están vinculados», dice Hewison (1987, pág. 135), ya que «ambos conspiran a fin de crear una pantalla superficial que se interponga entre nuestra vida presente y nuestra historia». La historia se convierte en «una creación contemporánea, que es más drama costumbrista y re-representación que discurso crítico». Y, apelando a una cita de Jameson, afirma que estamos «condenados a buscar la Historia por medio de nuestras imágenes y simulacros pop de esa historia que permanece para siempre fuera de nuestro alcance». La casa ya no es vista como una máquina, sino como «una antigüedad para ser habitada».

La invocación de Jameson nos lleva por último a su atrevida tesis según la cual el posmodernismo no es más que la lógica cultural del capitalismo tardío. Siguiendo a Mandel (1975), sostiene que, desde comienzos de 1960, nos hemos desplazado hacia una nueva era en la cual la producción de la cultura «se ha integrado en la producción de mercancías en general: la frenética urgencia por producir nuevas olas de presuntos bienes siempre novedosos (desde ropa hasta aeroplanos) con un giro cada vez más rápido confiere una función estructural creciente a la innovación y experimentación estéticas». Las luchas que antes se desarrollaban exclusivamente en el ámbito de la producción se han expandido ahora hacia afuera, y han promovido un feroz enfrentamiento social en el ámbito de la producción cultural. Esta transformación supone un cambio decisivo en los hábitos y actitudes de los consumidores, así como un nuevo rol para las definiciones e intervenciones estéticas. Mientras que algunos dirían que los movimientos contra-culturales de la década de 1960 crearon un ambiente de necesidades insatisfechas y deseos reprimidos que la producción cultural popular del posmodernismo se ha propuesto simplemente satisfacer lo mejor que pueda a través de la forma de la mercancía, otros sugieren que, para sostener sus mercados, el capitalismo se ha visto en la necesidad de producir deseo, de despertar la sensibilidad de los individuos creando así una nueva estética por sobre las formas tradicionales de la alta cultura y en contra de estas. En cualquiera de los dos casos, creo que es importante aceptar la

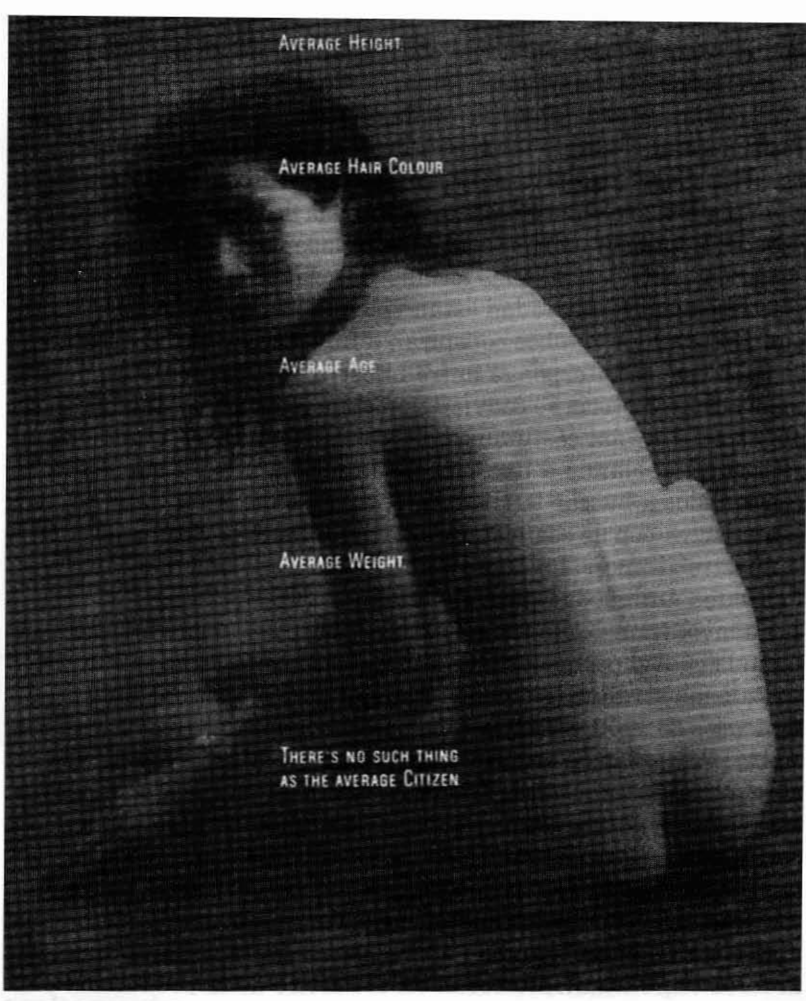


Lámina 1.10 *Un aviso de Relojes Citizen adopta directamente las técnicas posmodernistas de superposición de mundos ontológicamente diferentes que no mantienen relaciones necesarias entre ellos (compárese la pintura de David Salle de la lámina 1.6). El reloj que es objeto de la publicidad es casi invisible. [Los textos dicen: altura promedio, un color de cabello común, edad media, peso medio; en cambio, no existe un Citizen promedio, o medio, o común.]*

proposición según la cual la evolución cultural ocurrida desde comienzos de la década de 1960 no se produjo en un vacío social, económico o político. El despliegue de la publicidad como «arte oficial del capitalismo» incorpora las estrategias de la publicidad al arte y

el arte a las estrategias de la publicidad (como lo ilustra la comparación entre la pintura de David Salle y un aviso de los Relojes Citizen (láminas 1.6 y 1.10). Es interesante entonces reflexionar acerca del desplazamiento estilístico que establece Hassan con relación a las fuerzas que emanan de la cultura de consumo masivo: la movilización de la moda, el arte pop, la televisión y otras formas de la imagen mediática, y la diversidad de estilos de vida urbanos que han pasado a ser parte de la vida cotidiana bajo el capitalismo. Más allá de otros usos que hagamos del concepto, no deberíamos entender el posmodernismo como una corriente artística autónoma. Su arraigo en la vida cotidiana es uno de sus rasgos transparentes más manifiestos.

En realidad, la descripción del modernismo que he propuesto aquí con la ayuda del esquema de Hassan resulta incompleta. Por otra parte, se vuelve igualmente fragmentaria y efímera, a causa de la absoluta pluralidad y elusividad de las formas culturales que se ocultan en los misterios del flujo y la transformación acelerados. Sin embargo, creo que, en relación con el marco general de ese «desplazamiento profundo en la estructura del sentimiento» que separa la modernidad de la posmodernidad, he dicho lo suficiente como para empezar a descifrar sus orígenes y construir una interpretación teórica acerca de lo que podría augurar para nuestro futuro. No obstante, pienso que es útil redondear esta descripción con una mirada más atenta al modo en que el posmodernismo aparece en el diseño urbano, porque un análisis más específico permitirá traer a la superficie no sólo las grandes líneas de aquello que constituye la condición posmodernista en la vida diaria, sino sus más minuciosas texturas. Es la tarea que emprenderé en el capítulo que sigue.

Nota

Algunas feministas de convicciones posmodernas han criticado las ilustraciones utilizadas en este capítulo. Su elección fue deliberada, porque permitían establecer una comparación entre las vertientes presuntamente premodernas, modernas y posmodernas. El desnudo clásico de Tiziano fue reelaborado enérgicamente en la *Olimpia* modernista de Manet. Rauschenberg no hace más que reproducir mediante el *collage* posmoderno; David Salle superpone diferentes mundos, y la publicidad de los Relojes Citizen (la más injuriosa de todas, aunque apareció en los suplementos de revistas para el tiempo libre de varios periódicos serios de Gran Bretaña durante un largo período) es una utilización artificiosa de la misma técnica posmoderna, con fines puramente comerciales. Todas las ilustraciones recurren al cuerpo de la mujer para inscribir su mensaje específico. Otro de

los puntos que traté de destacar es que la subordinación de las mujeres, una de las muchas y «difíciles contradicciones» de las prácticas burguesas de la Ilustración (véanse pág. 29 *supra* y pág. 280 *infra*), no puede esperar una mitigación especial en el posmodernismo. Pensé que las ilustraciones cumplían tan cabalmente su papel que no era necesario agregar mucho más. Pero, al menos en algunos círculos, estas láminas en particular no valieron el millar de palabras que ellos suelen emplear. Al parecer, tampoco tendría que haber confiado en que los posmodernistas apreciaran su propia técnica de narrar una historia acaso ligeramente diferente, por medio de las ilustraciones y no del texto. (*Junio de 1991.*)

4. Posmodernismo en la ciudad: arquitectura y diseño urbano

A mi entender, el posmodernismo en el campo de la arquitectura y del diseño urbano significa, en grandes líneas, una ruptura con la idea modernista según la cual la planificación y el desarrollo debieran apoyarse en *proyectos* urbanos eficaces, de gran escala, de alcance metropolitano y tecnológicamente racionales, fundados en una arquitectura absolutamente despojada de ornamentos (las austeras superficies «funcionalistas» del «estilo internacional» modernista). En cambio, el posmodernismo cultiva una concepción del tejido urbano necesariamente fragmentada, un «palimpsesto» de formas del pasado superpuestas unas a otras, y un «*collage*» de usos corrientes, muchos de los cuales pueden ser efímeros. En la medida en que la metrópoli no se puede controlar sino por partes, el *diseño* urbáno (nótese que los posmodernistas no hacen proyectos sino diseños) busca simplemente tener en cuenta las tradiciones vernáculas, las historias locales, las necesidades, requerimientos y fantasías particulares, de modo de generar formas arquitectónicas especializadas y adaptadas a los clientes, que pueden ir desde los espacios íntimos y personalizados, pasando por la monumentalidad tradicional, hasta la jovialidad del espectáculo. Todo esto puede florecer recurriendo a un notable eclecticismo de estilos arquitectónicos.

Sobre todo, las concepciones posmodernistas difieren radicalmente de las modernistas en su forma de considerar el espacio. Mientras que los modernistas ven el espacio como algo que debe modelarse en función de objetivos sociales y, por consiguiente, siempre están al servicio de la construcción de proyectos sociales, los posmodernistas conciben el espacio como algo independiente y autónomo, a lo que puede darse forma de acuerdo con objetivos y principios estéticos que no necesariamente se inscriben en un objetivo social englobante, excepto, quizá, la realización de algo bello, intemporal y «desinteresado» como fin en sí mismo.

Por diversas razones, conviene tener en cuenta el sentido de este desplazamiento. En primer lugar, el medio construido es uno de los elementos del conjunto de la experiencia urbana que ha sido siempre un eje vital para la constitución de nuevas sensibilidades cul-

turales. La apariencia de la ciudad y la manera de organizar sus espacios forman la base material a partir de la cual pueden pensarse, evaluarse y realizarse una serie de posibles sensaciones y prácticas sociales. Una dimensión de *Soft city* de Raban puede volverse más o menos dura por la manera en que se da forma al medio construido. Recíprocamente, el diseño urbano y la arquitectura han sido el eje de una considerable polémica que giró en torno del modo en que los juicios estéticos pueden o deberían ser incorporados a la forma fijada en el espacio, y con qué efectos sobre la vida cotidiana. Si experimentamos la arquitectura como comunicación; si, como afirma Barthes (1975, pág. 92), «la ciudad es un discurso y este discurso es, en realidad, un lenguaje», deberíamos prestar mucha atención a lo que se dice, sobre todo porque, habitualmente, absorbemos estos mensajes en medio de otras múltiples distracciones de la vida urbana.

El arquitecto Leon Krier forma parte del «gabinete interno» de consejeros del príncipe Carlos sobre cuestiones vinculadas con la arquitectura y el diseño urbano. La impugnación de Krier al modernismo que apareció (un efecto especial) en 1987 en *Architectural Design Profile* (n° 65) posee un interés directo porque informa el actual debate público en Gran Bretaña en el plano más alto y en el más general. Para Krier, el problema central es que la planificación urbana de los modernistas trabaja fundamentalmente a través de la zonificación mono-funcional. En consecuencia, la circulación de gente entre las zonas, a través de arterias artificiales, se convierte en la preocupación central del planificador, y esto genera un modelo urbano que, en la opinión de Krier, es «anti-ecológico» porque origina pérdidas de tiempo, de energía y de terreno:

«La *pobreza simbólica* de la arquitectura actual y del paisaje urbano es resultado y expresión directa de la monotonía funcionalista tal como se define en las prácticas de zonificación funcional. Los principales tipos de construcción y modelos de planificación modernos, como el Skyscraper [Rascacielos], el Groundscraper, el Distrito Comercial Central, la Zona Comercial, la Plaza Pública, el Suburbio Residencial, etc. son invariablemente *hiper*-concentraciones horizontales o verticales de usos particulares en una zona urbana, en un plan de construcción o bajo un techo».

Krier compara esta situación con la «buena ciudad» (por su carácter ecológico), en la que «el conjunto total de las funciones urbanas» se desarrolla dentro de «distancias compatibles y placenteras que pueden salvarse a pie». Teniendo en cuenta que este tipo de forma urbana «no puede crecer extendiéndose en amplitud y altura» sino sólo

«a través de la multiplicación», Krier busca una forma de ciudad integrada por «comunidades urbanas completas y finitas», cada una de las cuales constituye un barrio urbano independiente dentro de una gran familia de barrios urbanos que, a su vez, configuran «ciudades dentro de una ciudad». Sólo en estas condiciones será posible recuperar la «*riqueza simbólica*» de las formas urbanas tradicionales que se fundaban en «la proximidad y el diálogo de la mayor variedad posible y, por lo tanto, en la expresión de la verdadera diversidad que se pone de manifiesto en la articulación significativa y auténtica entre espacios públicos, tejido urbano y horizonte».

Krier, como algunos otros posmodernistas europeos, propone la restauración y re-creación activa de los valores urbanos «clásicos» tradicionales. Esto significa restaurar un tejido urbano más antiguo y habilitarlo para nuevos usos, o crear nuevos espacios que expresen las concepciones tradicionales con toda la sagacidad que proporcionan la tecnología y los materiales modernos. Mientras que el proyecto de Krier no es más que una de las numerosas orientaciones posibles que los posmodernistas pudieron cultivar —que poco tiene que ver, por ejemplo, con la admiración de Venturi por Disneylandia, el suburbio de Las Vegas y la ornamentación suburbana—, machaca sobre cierta concepción del modernismo como su punto de partida reactivo. Por lo tanto, conviene considerar hasta dónde y por qué el tipo de modernismo que desacredita Krier constituye un rasgo tan dominante en la organización urbana de posguerra.

Los problemas políticos, económicos y sociales que enfrentaron los países capitalistas avanzados inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial fueron tan vastos como severos. La paz y prosperidad internacionales debían construirse, de alguna manera, a partir de un programa que tuviera en cuenta las aspiraciones de pueblos que habían entregado masivamente sus vidas y energías a una lucha que se describió (y se justificó) como una lucha por un mundo más seguro, por un mundo mejor, por un futuro mejor. Más allá de cualquier otro sentido que esto pudiera tener, no significaba sin duda un retorno a las condiciones de pobreza y desempleo de pre-guerra, a las marchas contra el hambre y las ollas populares, a los barrios miserables y a las penurias, y a la inquietud social y la inestabilidad política a las que esas condiciones podían tan fácilmente prestarse. Las políticas de la posguerra, para seguir siendo democráticas y capitalistas, tenían que responder a los problemas de la plena ocupación, de la vivienda decente, la previsión social y el bienestar, y crear una base amplia de oportunidades para la construcción de un futuro mejor (véase la Segunda parte).

Mientras que las tácticas y condiciones diferían según los lugares (por ejemplo, el grado de destrucción en tiempos de la guerra, el nivel de centralización aceptable en el control político o el grado de compromiso con el Estado de bienestar), la tendencia, en todas partes, era recurrir a la experiencia de producción y planificación masivas de los tiempos de guerra como forma de lanzar un vasto programa de reconstrucción y reorganización. Era casi como si una nueva y revivificada versión del proyecto de la Ilustración surgiera, como el ave fénix, de la muerte y la destrucción del conflicto global. La reconstrucción, remodelación y renovación del tejido urbano constituían ingredientes esenciales de este proyecto. Este fue el contexto en el que las ideas del CIAM, de Le Corbusier, de Mies van der Rohe, de Frank Lloyd Wright y de otros pudieron imponerse como lo hicieron, menos como una fuerza de ideas dominantes sobre la producción que como un marco teórico y justificación de aquello con lo cual estaban comprometidos ingenieros de mentalidad práctica, políticos, constructores y urbanistas, en muchos casos por meras razones sociales y económicas o por necesidad política.

Dentro de este marco general, se analizaron toda clase de soluciones. Por ejemplo, Gran Bretaña adoptó una legislación muy severa para la planificación urbana y rural. El efecto fue restringir la suburbanización e implementar, en cambio, el desarrollo planificado de nuevas ciudades (sobre el modelo de Ebenezer Howard), la edificación de alta-densidad o la restauración (sobre el modelo de Le Corbusier). Bajo el ojo vigilante del Estado y de sus severos dictámenes, se concibieron procedimientos destinados a eliminar los barrios miserables, a construir viviendas modulares, escuelas, hospitales, fábricas, etc. a través de la adopción de sistemas de construcción industrializados y procedimientos de planificación racionales que los arquitectos modernistas habían propuesto tantas veces. Y todo esto estaba enmarcado en la profunda preocupación, expresada una y otra vez en la legislación, por la racionalización de las pautas espaciales y los sistemas de circulación de manera de promover la igualdad (por lo menos de oportunidades), el bienestar social y el crecimiento económico.

En tanto que muchos otros países europeos adoptaron variantes de la solución británica, los Estados Unidos impulsaron una reconstrucción urbana diferente. Se desarrolló en forma privada una suburbanización rápida y apenas controlada (la respuesta a todos los sueños del soldado desmovilizado, como lo concebía la retórica de la época) pero que estaba fuertemente subsidiada por las finanzas del gobierno destinadas a la vivienda y por las inversiones públicas directas en la construcción de carreteras y otras obras de infraestruc-

tura. El deterioro de los centros urbanos como consecuencia de la fuga de empleos y de personas hacia afuera dio lugar a una poderosa estrategia de renovación urbana subvencionada por el gobierno, que consistía en la reconstrucción y limpieza masiva de los centros urbanos más antiguos. Fue en este contexto donde alguien como Robert Moses —Caro (1974) lo describe como el «agente de poder» para el desarrollo metropolitano de Nueva York— pudo mediar entre los fondos públicos y los requerimientos de las empresas de construcción privadas para llevar a cabo el ambicioso plan y remodelar toda la región metropolitana de Nueva York mediante la renovación urbana y la construcción de carreteras, puentes, parques y viviendas urbanas. La solución norteamericana, aunque diferente en su forma, también confió fundamentalmente en la producción masiva, en los sistemas de construcción industriales y en una concepción ampliamente difundida acerca de cómo podía surgir un espacio urbano racional conectado a través de medios de transporte individuales que utilizaban infraestructuras públicas, como lo había concebido Frank Lloyd Wright en su proyecto Broadacre de la década de 1930.

Creo que sería erróneo e injusto considerar que estas soluciones «modernistas» a los dilemas del desarrollo urbano de posguerra fueron sencillamente un fracaso. Las ciudades destruidas por la guerra fueron rápidamente reconstruidas, y las poblaciones, alojadas en condiciones mucho mejores que en los años de entreguerras. Teniendo en cuenta las tecnologías disponibles en la época y la obvia escasez de recursos, es difícil pensar cuánto de todo eso podría haberse logrado a través de alguna otra variante de lo que se hizo concretamente. Y mientras que algunas soluciones resultaron mucho más exitosas (en el sentido de que dieron lugar a una amplia aprobación pública, como ocurrió con la Unité d'Habitation de Le Corbusier en Marsella) que otras (y observo que la tendencia posmodernista es citar sólo e invariablemente las malas), el esfuerzo global fue razonablemente exitoso en la reconstrucción del tejido urbano, ya que contribuyó a la conservación del pleno empleo, a la mejora de la previsión social, a los objetivos del bienestar y, en general, a la preservación del orden social capitalista eminentemente amenazado en 1945. Tampoco puede afirmarse que la hegemonía de los estilos modernistas se debía a razones puramente ideológicas. La estandarización y la uniformidad de la línea de producción en serie, que después sería puesta en tela de juicio por los posmodernistas, estaba tan presente en los suburbios de Las Vegas y Levittown (mal pudo haberse construido con las pautas modernistas) como en las construcciones de Mies van der Rohe. En la Gran Bretaña de posguerra, tanto los gobiernos laboristas como los conservadores apoyaron los

proyectos modernistas, aunque curiosamente hoy se los atribuye fundamentalmente a la izquierda, cuando en realidad fueron los conservadores, en especial mediante la reducción de los costos de la vivienda para personas de bajos ingresos, los que dieron lugar a los peores ejemplos de aparición instantánea de barrios miserables y de condiciones de vida alienadas. La imposición de los costos y de la eficiencia (especialmente importantes con relación a las poblaciones de menores recursos), junto con los límites técnológicos y organizativos, desempeñaron sin duda un papel tan importante como la preocupación ideológica por el estilo.

No obstante, después de la década de 1950, se puso de moda elogiar las virtudes del estilo internacional, jactarse de sus capacidades para crear una nueva clase de ser humano, concebirlo como el arma expresiva de un aparato estatal burocrático e intervencionista que, junto con el capital de las corporaciones, era considerado el custodio de todos los avances del bienestar humano. Algunas de las afirmaciones ideológicas eran grandiosas. Pero las transformaciones radicales que se produjeron en el paisaje social y físico de las ciudades capitalistas a menudo tenían poco que ver con esas pretensiones. En primer lugar, la valorización de terrenos y propiedades (obtener renta de la tierra y construir con ganancias, de manera rápida y barata) era una fuerza dominante para una industria de la construcción, rama fundamental de la acumulación del capital. Aun cuando estuviera limitado por las regulaciones del planeamiento u orientado hacia la inversión pública, el capital corporativo seguía teniendo un gran poder. Y el capital de las corporaciones (que dominaba en especial en los Estados Unidos) se apropiaba de todos los artificios modernistas del arquitecto para ponerlos al servicio de esa práctica de construcción de monumentos que cada vez más representaba el símbolo del poder de las corporaciones. Monumentos como el edificio del *Chicago Tribune* (construido según un diseño elegido en un concurso entre muchos de los grandes arquitectos modernistas de la época) y el Rockefeller Center (que guarda como extraordinaria reliquia el credo de John D. Rockefeller) son parte de una historia de constante celebración del sacrosanto poder de clase que nos lleva, en épocas más recientes, a la Trump Tower o al monumental edificio posmodernista de AT&T de Philip Johnson (véanse las láminas 1.11, 1.12, 1.13). Creo que es absolutamente erróneo atribuir todas las culpas de los males urbanos de posguerra al movimiento moderno, sin considerar las imposiciones que la economía política marcaba a la urbanización de posguerra. Pero un nuevo auge de sentimiento modernista se difundió en esa época, y se debió quizás, al menos en parte, a la considerable variedad de cons-

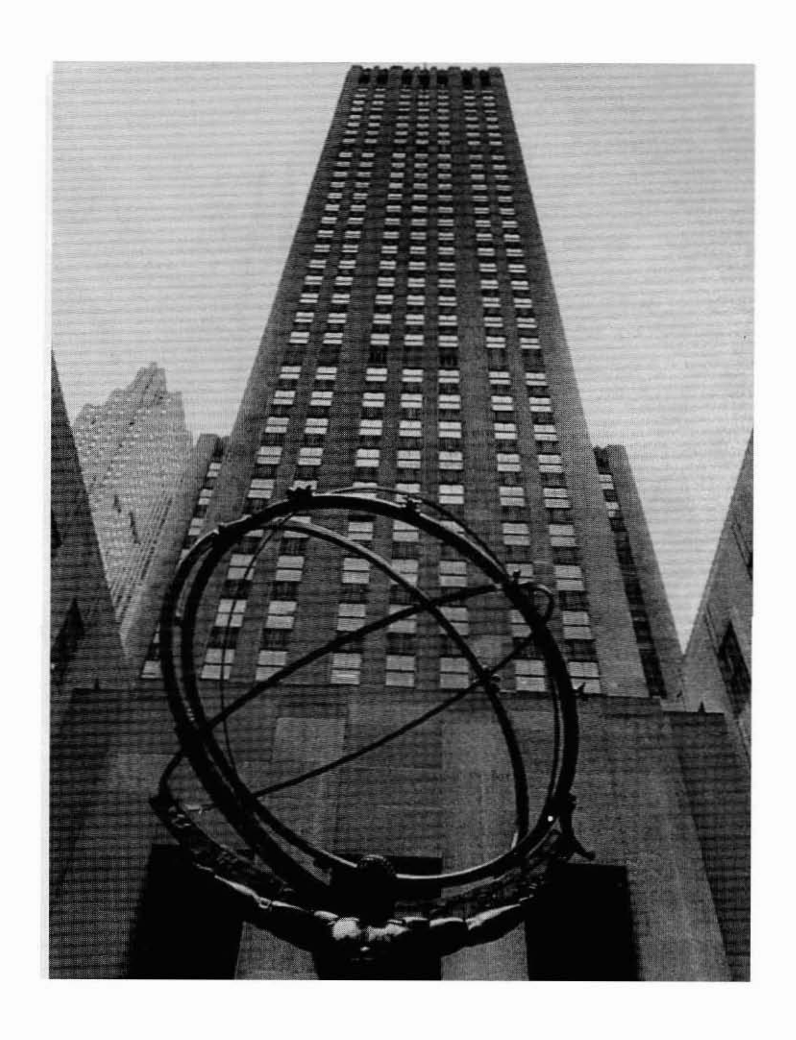


Lámina 1.11 *El monumentalismo modernista del Rockefeller Center.*

trucciones neo-modernistas logradas a las que había dado lugar la reconstrucción de posguerra.

Creo que es conveniente volver atrás y considerar el ataque de Jane Jacobs contra todo esto en *The death and life of great American cities*, publicado en 1961, no sólo porque es uno de los primeros tratados anti-modernistas más expresivos e influyentes, sino porque intenta definir toda una manera de aproximarse a la comprensión de la vida urbana. Si bien los «hombres señalados» por su ira son Ebenezer Howard y Le Corbusier, Jacobs apunta sus armas contra todos los blancos: urbanistas, encargados de la política federal,

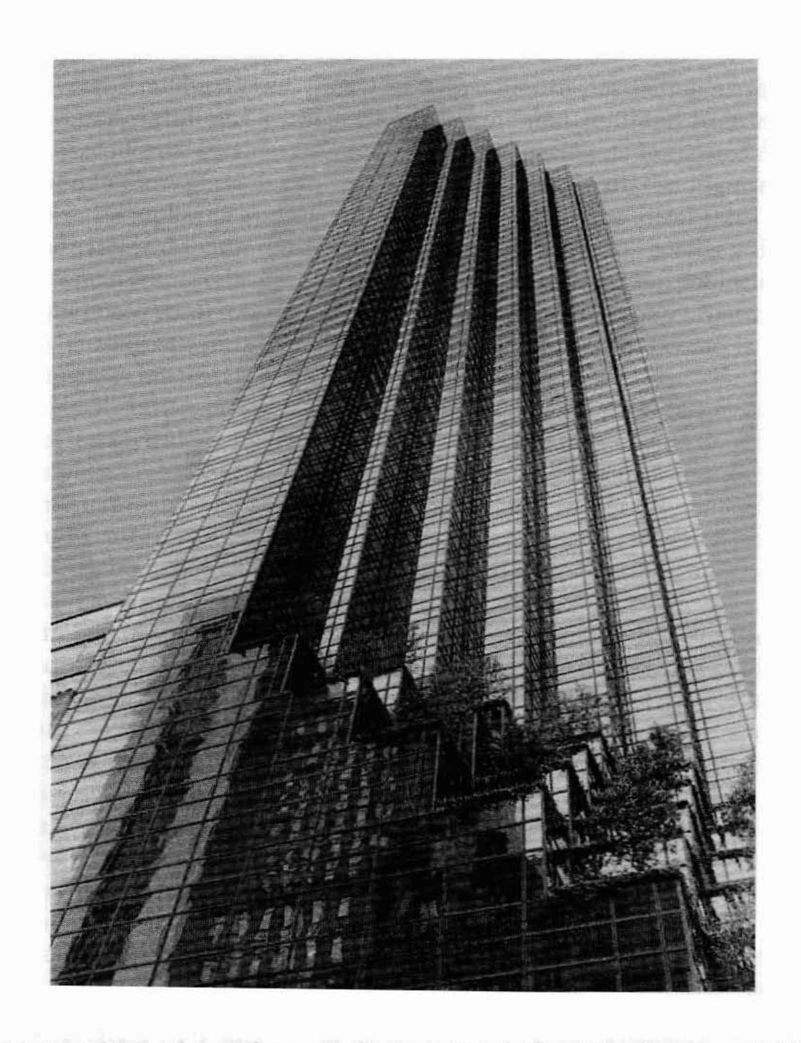


Lámina 1.12 *La Trump Tower: una de las más recientes celebraciones arquitectónicas de poder personal que engalanan las alturas de la ciudad de Nueva York.*

financistas, redactores de suplementos dominicales y revistas de mujeres. Al examinar el escenario urbano tal como había sido reconstituido a partir de 1945, dice:

«Urbanizaciones populares que se convirtieron en peores centros de delincuencia, vandalismo e impotencia social que los barrios bajos a los que supuestamente venían a reemplazar. Proyectos de vivienda para ingresos medios, que son verdaderas maravillas de pesadez y regimentación, cerrados a cualquier animación o vitalidad de la vida ciudadana. Proyectos de viviendas lujosas que mitigan su ina-

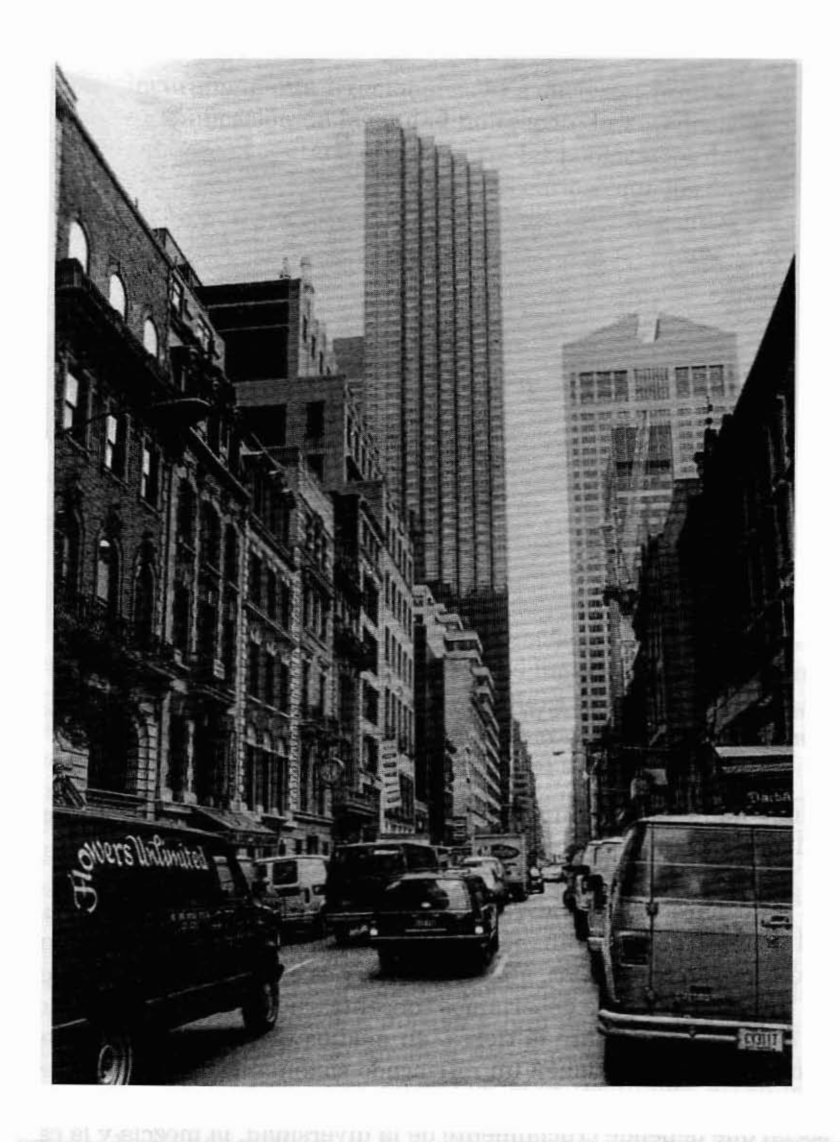


Lámina 1.13 *El modernismo de la Trump Tower (izquierda) lucha con el posmodernismo del edificio de AT&T de Philip Johnson (derecha) por tomar posesión de las alturas de Nueva York.*

nidad, o tratan de hacerlo, con una insulsa vulgaridad. Centros culturales que no pueden sostener una buena librería. Centros cívicos que todo el mundo, menos los mendigos, evita, y que tienen menos lugares de esparcimiento que otros. Centros comerciales que resultan pobres imitaciones de las cadenas estandarizadas de shoppings suburbanos. Paseos que van de ninguna parte a ningún lugar y por

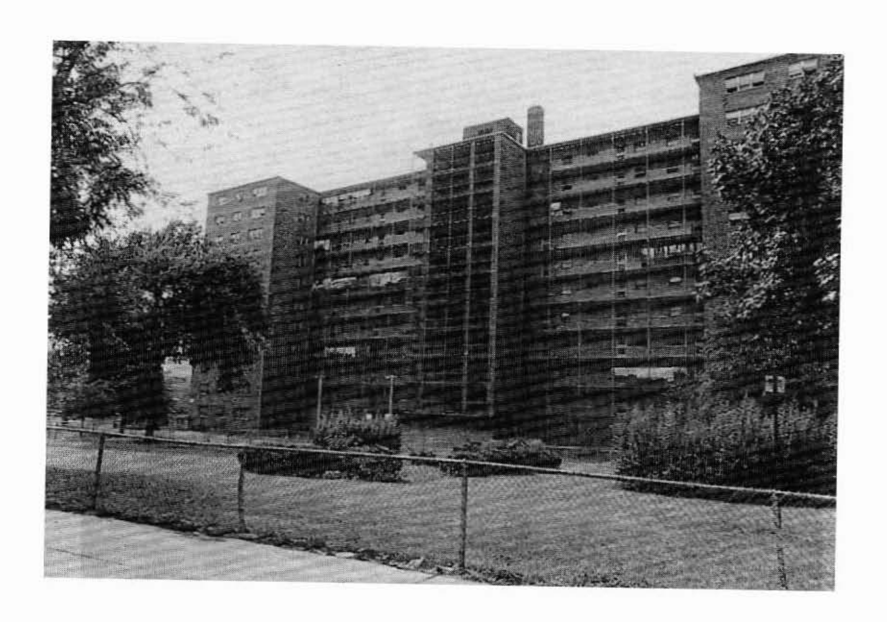


Lámina 1.14 *La Gran Plaga de Pesadez de la que Jane Jacobs se queja está bien representada en este ejemplo típico de viviendas públicas de Baltimore.*

donde nadie pasea. Supercarreteras que desgarran a las grandes ciudades. Esto no es reconstruir ciudades. Esto es saquearlas».

A su parecer, esta «Gran Plaga de Pesadez» (véase la lámina 1.14) surgió de una gran incomprensión acerca de las ciudades. «Los procesos son la esencia», afirmó Jacobs, y es en los procesos sociales de interacción donde deberíamos concentrarnos. Y cuando los podemos ver erigirse sobre la tierra, en medios urbanos «saludables», comprobamos que tienen un intrincado sistema de complejidad *organizada*, no desorganizada, una vitalidad y energía de interacción social que depende crucialmente de la diversidad, la mezcla y la capacidad de manejar lo inesperado en formas controladas pero creativas. «Cuando se piensa en los procesos de la ciudad, debe pensarse en los catalizadores de estos procesos, y eso también forma parte de lo esencial». El funcionamiento de algunos procesos del mercado, observa, tendía a contrarrestar una afinidad humana «natural» con la diversidad y a producir una conformidad sofocante en los usos del suelo. Pero ese problema se combinó asimismo con la óptica de los planificadores, enemigos declarados de la diversidad, temerosos del caos y de la complejidad, a los que consideraban desorganizados,

feos e incurablemente irracionales. «Es curioso», protesta Jacobs, «que la planificación de la ciudad no respete la autodiversificación que se produce espontáneamente entre las poblaciones de la ciudad misma, ni se encargue de atenderla. Es curioso que los diseñadores de la ciudad no reconozcan esta fuerza de autodiversificación ni se sientan atraídos por los problemas estéticos que supone expresarla».

Al menos en un nivel superficial, parecería que el posmodernismo consiste precisamente en encontrar formas de expresar esta estética de la diversidad. Pero es importante considerar cómo lo hace. De ese modo, podemos descubrir tanto las profundas limitaciones (que los posmodernistas más reflexivos reconocen) como las ventajas superficiales de muchos esfuerzos posmodernistas.

Por ejemplo, Jencks (1984) sostiene que la arquitectura posmoderna tiene sus raíces en dos transformaciones tecnológicas significativas. Primero, en la actualidad, las comunicaciones han borrado «las fronteras habituales del espacio y el tiempo» y han producido un nuevo internacionalismo y fuertes diferenciaciones en el interior de las ciudades y sociedades, fundadas en el lugar, la función y el interés social. Esta «fragmentación producida» existe en un contexto donde las tecnologías del transporte y las comunicaciones tienen la capacidad de manejar la interacción social a través del espacio de una manera altamente diferenciada. Por lo tanto, la arquitectura y el diseño urbano han contado con nuevas y más amplias oportunidades para diversificar la forma espacial que durante el período de la inmediata posguerra. Ahora, las formas urbanas dispersas, descentralizadas y desconcentradas son tecnológicamente más viables que antes. Segundo, las nuevas tecnologías (en particular el diseño por computadora) han eliminado la necesidad de asociar la producción masiva a la repetición masiva y han dado lugar a una producción masiva flexible de «productos casi personalizados» que expresan una gran diversidad de estilos. «Los resultados están más cercanos a la artesanía del siglo XIX que a los superbloques regimentados de 1984». Por los mismos motivos, hoy puede conseguirse a muy bajo precio una gran cantidad de materiales de construcción, algunos de los cuales permiten imitar casi exactamente los antiguos estilos (desde tablones de roble hasta ladrillos descoloridos). Asignar importancia a las nuevas tecnologías no supone afirmar que el movimiento posmoderno esté tecnológicamente determinado. Pero Jencks sugiere que el contexto en el que hoy operan arquitectos y diseñadores urbanos se ha modificado en un sentido que los libera de algunos de los límites más determinantes con que debían enfrentarse en el período de la inmediata posguerra.

El arquitecto posmoderno y el diseñador urbano pueden, en consecuencia, aceptar más fácilmente el desafío de tratar con grupos de clientes diferentes en formas personalizadas, a la vez que conciben productos para diferentes situaciones, funciones y «gustos culturales». Están, dice Jencks, muy preocupados por los «signos de status, por la historia, el comercio, el confort, el dominio étnico, los signos de vecindad», y dispuestos a satisfacer todos y cada uno de los gustos, como los de Las Vegas o Levittown: gustos que los modernistas solían descartar por vulgares y triviales. Por lo tanto, en principio, la arquitectura posmoderna es anti-vanguardista (no está dispuesta a imponer soluciones, como lo hacían y lo hacen los alto-modernistas, los planificadores burocráticos y los constructores autoritarios).

Sin embargo, no es evidente que un simple giro al populismo sea suficiente para responder a los cuestionamientos de Jane Jacobs. A Rowe y Koetter, en su *Collage city* (el título mismo indica adhesión al impulso posmodernista) les preocupa que «todos los que apoyan el populismo en arquitectura estén en favor de la democracia y en favor de la libertad: pero, por lo general, no están dispuestos a reflexionar sobre los ineludibles conflictos existentes entre la democracia y la ley, y sobre los inevitables enfrentamientos entre la libertad y la justicia». Al someterse a una entidad abstracta llamada «pueblo», los populistas no pueden reconocer la multiplicidad que tal vez alberga el pueblo y, por lo tanto, desconocen «cuánta necesidad tienen sus miembros de protegerse unos de otros». Los problemas de las minorías y de los desprotegidos, o de los distintos elementos contra-culturales que tanto interesaban a Jane Jacobs, se barren bajo la alfombra, a menos que se pueda concebir algún sistema muy democrático e igualitario de planificación basada en la comunidad, que vaya al encuentro de las necesidades de los ricos y de los pobres. Esto supone, sin embargo, una serie de comunidades urbanas bien articuladas y coherentes que le sirvan de punto de partida en un mundo urbano fluido y en constante transición.

Este problema se complica por las formas en que las diferentes comunidades y «culturas del gusto» expresan sus deseos a través de la influencia política diferenciada y el poder del mercado. Jencks reconoce, por ejemplo, que el posmodernismo en la arquitectura y el diseño urbano tiende a estar descaradamente orientado hacia el mercado porque ese es el lenguaje primordial de comunicación en nuestra sociedad. Pese a que la integración al mercado implica claramente el peligro de servir más a los ricos y al consumidor privado que a los pobres y a las necesidades públicas, en definitiva se trata de una situación —sostiene Jencks— que no está al alcance del arquitecto modificar.

Esta respuesta arrogante al poder unilateral del mercado no facilita una solución que satisfaga las objeciones de Jacobs. En primer lugar, da lo mismo reemplazar la zonificación del planificador por una zonificación nacida del mercado, con capacidad para pagar una distribución de la tierra para usos fundados en los principios de la renta urbana, que apelar a esos principios de diseño urbano que alguien como Krier tiene en mente. En el corto plazo, una transición de los mecanismos planificados a los de mercado puede combinar temporariamente los usos, dando lugar a interesantes configuraciones, pero la velocidad de la remodelación urbana y la monotonía del resultado (véase la lámina 1.15) sugieren que, en varias instancias, el corto plazo es sin duda muy corto. El mercado y la asignación de la renta urbana ya han reconfigurado muchos paisajes urbanos según nuevas pautas de conformidad. El populismo de libre mercado, por ejemplo, aloja a las clases medias en espacios cerrados y protegidos, como los grandes paseos de compras (lámina 1.16) y los atrios (lámina 1.17), pero no hace nada por los pobres, como no sea expulsarlos hacia un nuevo y pesadillesco paisaje posmoderno de los sin-casa [*homelessness*] (véase la lámina 1.18).

Sin embargo, la búsqueda de dólares destinados al consumo por los ricos ha otorgado una mayor importancia a la diferenciación de producto en el diseño urbano. Al explorar los dominios de los gustos y preferencias estéticas diferentes (haciendo todo lo posible para estimularlos), los arquitectos y diseñadores urbanos han otorgado un nuevo énfasis a un aspecto potente de la acumulación de capital: la producción y el consumo de lo que Bourdieu (1977, 1984) llama «capital simbólico». Este último puede definirse como «el acopio de bienes de lujo que garantizan el gusto y la distinción del propietario». Por supuesto, este capital es capital dinero transformado que «produce su efecto adecuado en cuanto y sólo en cuanto encubre el hecho de originarse en formas "materiales" del capital». El fetichismo (preocupación por las apariencias superficiales que ocultan los significados soterrados) es obvio, pero aquí se despliega en forma deliberada para ocultar, gracias a los ámbitos de la cultura y del gusto, la base real de las distinciones económicas. Como «los efectos ideológicos más logrados son aquellos que no tienen palabras y que solicitan sólo un silencio cómplice», la producción de capital simbólico cumple funciones ideológicas porque los mecanismos por los cuales contribuye «a la reproducción del orden establecido y a la perpetuación del dominio permanecen ocultos».

Resulta instructivo situar la búsqueda de riqueza simbólica por parte de Krier en el marco de las tesis de Bourdieu. El intento de comunicar distinciones sociales a través de la adquisición de toda

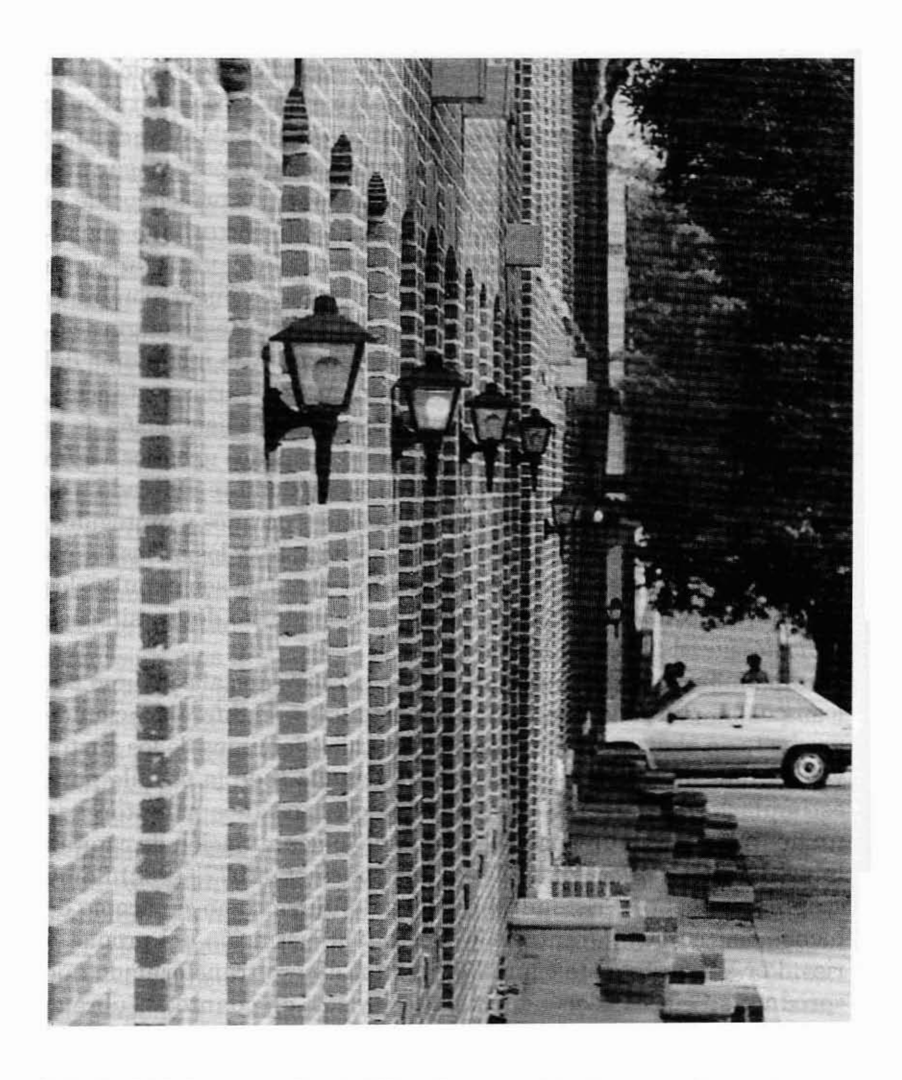


Lámina 1.15 *Los signos de rehabilitación y remodelación a menudo adoptan casi exactamente la misma monotonía serial del modernismo al que pretendían reemplazar: la rehabilitación en Baltimore está señalada dondequiera por el farol colgado fuera de la casa.*

clase de símbolos de status ha constituido un aspecto central de la vida urbana. A comienzos de siglo, Simmel produjo algunos análisis brillantes de este fenómeno y una serie de investigadores (como Firey en 1945 y Jager en 1986) han vuelto a considerarlo una y otra vez. Sin embargo, pienso que es justo afirmar que el impulso modernista, en parte por razones prácticas, técnicas y económicas, pero también ideológicas, se desvivió por reprimir la significación del ca-



Lámina 1.16 *La Galería de Baltimore en el puerto es característica de los innumerables paseos de compras cubiertos que se han construido desde 1970 más o menos.*

pital simbólico en la vida urbana. La inconsistencia de esta forzada democratización e igualitarismo de gustos con respecto a las distinciones sociales típicas de lo que, al fin y al cabo, seguía siendo una sociedad capitalista dividida en clases, generó sin duda un clima de demanda reprimida, si no de deseos reprimidos (algunos de los cuales se expresaron en los movimientos culturales de la década de 1960). Probablemente, estos deseos reprimidos desempeñaron un rol importante en estimular el mercado hacia la diversificación de los ambientes urbanos y los estilos arquitectónicos. Por supuesto,

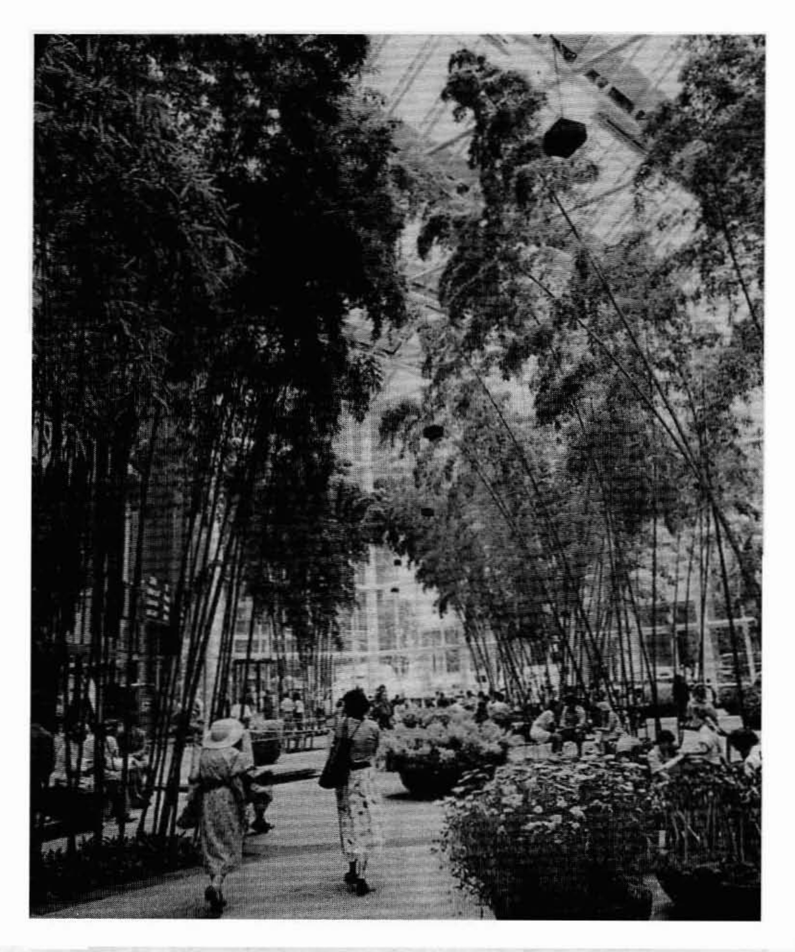


Lámina 1.17 *El atrio del edificio de IBM que da sobre Madison Avenue, Nueva York, semeja una atmósfera de jardín con un espacio seguro segregado de una ciudad exterior peligrosa, sobrecargada de construcciones y polucionada.*

son los deseos que intentan satisfacer, si no excitar sin pudor, los posmodernistas. «Para las clases medias suburbanas», observan Venturi *et al.*, «que no viven en una mansión anterior a la guerra, sino en una versión más pequeña, perdida en un gran espacio, la identidad debe provenir del tratamiento simbólico de la forma de la casa, sea mediante la estilización que suministra el constructor (por ejemplo, el desnivel colonial), sea a través de una variedad de ornamentos simbólicos agregados más tarde por el propietario».

Aquí, el problema consiste en que el gusto está lejos de constituir una categoría estática. El capital simbólico sigue siendo capital sólo en la medida en que lo sustenten los caprichos de la moda. Hay lu-

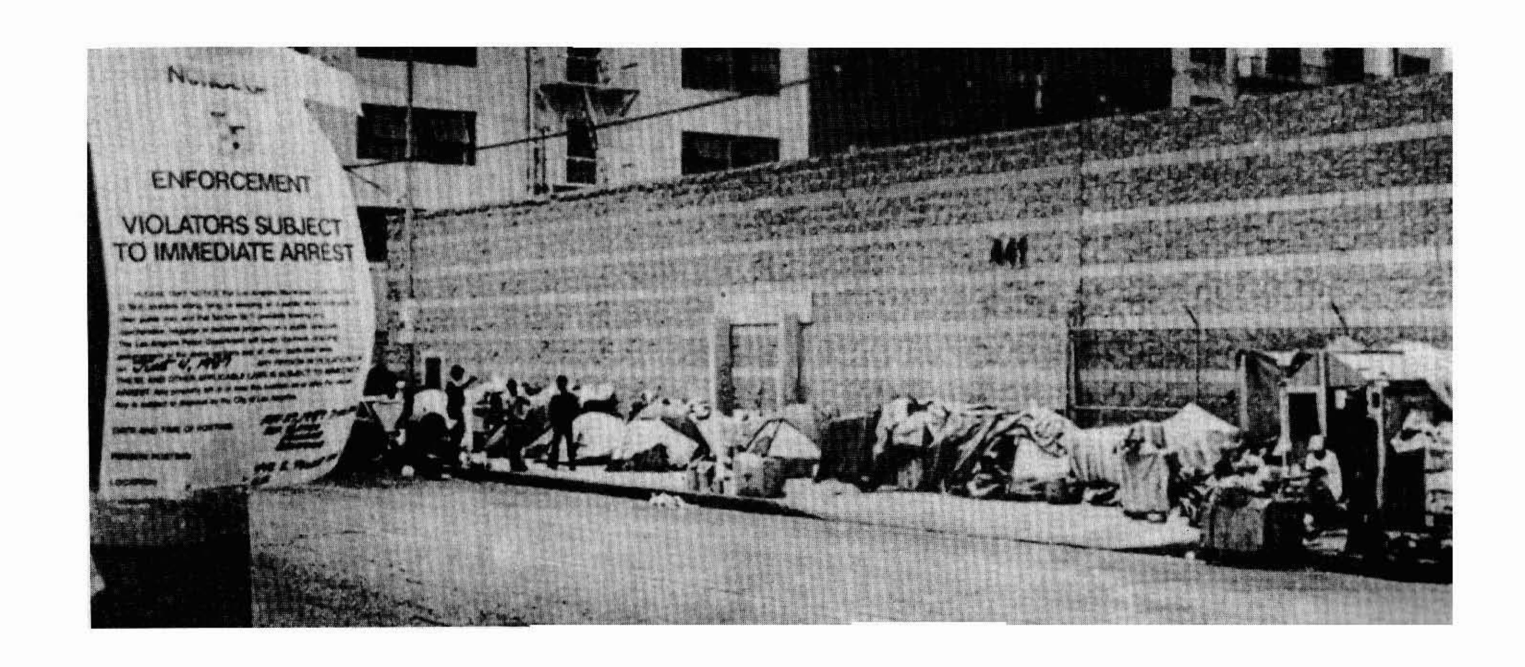


Lámina 1.18 *Los sin-casa en Los Angeles crean una forma enteramente nueva de arquitectura popular indeseada y proscripta.*

chas entre los hacedores del gusto, como lo demuestra Zukin en un excelente trabajo sobre *Loft living*, que analiza los roles «del capital y la cultura en la transformación urbana» con un estudio de la evolución de un mercado de bienes raíces en el distrito del Soho de Nueva York. Fuerzas poderosas, demuestra la autora, han establecido nuevos criterios de gusto tanto en el arte como en la vida urbana, y se han aprovechado de ambas. Por consiguiente, si asociamos la idea de capital simbólico con la búsqueda de mercados, la riqueza simbólica de Krier tiene mucho que decirnos sobre fenómenos urbanos como los de remodelación, producción de una comunidad (real, imaginada o simplemente puesta en venta por los productores), rehabilitación de los paisajes urbanos y recuperación de la historia (otra vez, real, imaginada o simplemente reproducida como pastiche). También nos resultará útil para entender la actual fascinación por el embellecimiento, la ornamentación y la decoración, como otros tantos códigos y símbolos de distinción social. No estoy seguro de si a esto se refería Jane Jacobs cuando lanzó su crítica a la planificación urbana modernista.

Sin embargo, si se tienen en cuenta las necesidades de la «heterogeneidad de comunidades urbanas y culturas del gusto», la arquitectura debe alejarse del ideal de un meta-lenguaje unificado, disolviéndolo en discursos altamente diferenciados. «La gran heterogeneidad y diversidad de la "*langue*" (conjunto total de fuentes comunicacionales) se manifiesta en cualquier "*parole*" singular (selección individual)». Aunque Jencks no usa la frase, bien podría haber dicho que el lenguaje de la arquitectura se disuelve en juegos de lenguaje altamente especializados, cada uno de los cuales conviene a una comunidad interpretativa diferente.

El resultado es la fragmentación, a menudo adoptada de manera consciente. Por ejemplo, en el catálogo *Post-modern visions* (Klotz, 1985), se afirma que el grupo de la Oficina para la Arquitectura Metropolitana entiende «las concepciones y experiencias del presente como simbólicas y asociativas, como un *collage* fragmentario, donde la Gran Ciudad constituye la metáfora fundamental». El grupo produce obras gráficas y arquitectónicas «que se caracterizan por el *collage* de fragmentos de realidad con restos de experiencia, enriquecido por referencias históricas». La metrópoli es concebida como «un sistema de signos y símbolos anárquicos y arcaicos, que se renueva a sí mismo de manera constante e independiente». Otros arquitectos tratan de cultivar las cualidades laberínticas de los medios urbanos, mezclando interiores y exteriores (como en el proyecto de planta de los nuevos rascacielos entre la Quinta y la Sexta Avenida en el centro de la ciudad de Manhattan o el complejo de AT&T y de IBM en

Madison Avenue (véase la lámina 1.17), o, simplemente, creando un sentido interior de inexorable complejidad, un interior laberíntico como el del museo de la reconstruida Gare d'Orsay en París, el nuevo Lloyds Building en Londres o el Hotel Bonaventure en Los Angeles, cuya confusión ha analizado Jameson (1984*b*). Los ambientes construidos posmodernos suelen ensayar y reproducir los temas que Raban tanto destacó en *Soft city*: un emporio de estilos, una enciclopedia, «un cuaderno de notas maníaco lleno de coloridas entradas».

El carácter multivalente de la arquitectura resultante genera a su vez una tensión que la vuelve «por fuerza radicalmente esquizofrénica». Es interesante ver cómo Jencks, el cronista principal del movimiento posmoderno en arquitectura, invoca la esquizofrenia que muchos otros identifican como una característica general de la disposición mental posmoderna. La arquitectura, sostiene, debe encarnar un doble código, «uno popular tradicional que, como el lenguaje hablado cambia lentamente, está lleno de clisés y arraigado en la vida familiar», y otro moderno, arraigado en una «sociedad de veloces transformaciones, con sus nuevas tareas funcionales, sus nuevos materiales, nuevas tecnologías e ideologías», y con un arte y una moda que sufren rápidas transformaciones. Encontramos aquí el enunciado de Baudelaire, pero bajo una nueva forma historicista. El posmodernismo abandona la búsqueda modernista del significado interior en medio del torbellino actual, y asienta una base más amplia para lo eterno, mediante una concepción construida de la continuidad histórica y la memoria colectiva. También aquí es importante observar la manera exacta en que esto se lleva a cabo.

Hemos visto ya que Krier trata de recuperar directamente los valores urbanos clásicos. El arquitecto italiano Aldo Rossi propone un argumento diferente:

«La destrucción y la demolición, la expropiación y los cambios rápidos en el uso como resultado de la especulación y el desgaste son los signos más notables de la dinámica urbana. Pero, más allá de todo, las imágenes sugieren el destino interrumpido del individuo, de su participación a menudo triste y difícil en el destino de la colectividad. Esta concepción, en su totalidad, parece reflejarse con un rasgo de permanencia en los monumentos urbanos. Los monumentos, signos de lo colectivo, tal como lo expresan los principios de la arquitectura, se ofrecerán como elementos primordiales, puntos estables de la dinámica urbana» (Rossi, 1982, pág. 22).

Nos encontramos aquí una vez más con la tragedia de la modernidad, pero, en este caso, definida por los puntos estables de los monumentos que incorporan y preservan un «misterioso» sentido de me-



Lámina 1.19 *En Londres, el Richmond Riverside Panorama, por Quinlan Terry, ilustra una tendencia posmoderna a revivir formas urbanas del pasado, en este caso el clasicismo del siglo XVIII. Estas réplicas, sin asomo de ironía o de parodia, crean simulacros difícilmente distinguibles de versiones bien restauradas de los originales.*

moria colectiva. La preservación del mito a través del ritual «constituye una clave para la comprensión del significado de los monumentos y, más aún, de las implicaciones de la fundación de ciudades y de la transmisión de ideas en un contexto urbano». La misión del arquitecto, en la concepción de Rossi, es participar «libremente» en la producción de «monumentos» que expresen la memoria colectiva, reconociendo también que aquello que constituye un monumento es un misterio que «debe encontrarse sobre todo en la voluntad secreta e incesante de sus manifestaciones colectivas». Rossi funda su comprensión de esto en el concepto de «*genre de vie*»: esa forma de vida relativamente permanente que la gente común construye en ciertas condiciones ecológicas, tecnológicas y sociales. Este concepto, extraído del trabajo del geógrafo francés Vidal de la Blache, le permite a Rossi captar un sentido de lo que representa la memoria colectiva. El hecho de que Vidal considere que el concepto de *genre de vie* es apropiado para interpretar las sociedades campesinas de cambios relativamente lentos pero, al final de su vida, haya comenzado a dudar de la posibilidad de aplicarlo a los paisajes rápidamente cambiantes de la industrialización capitalista (véase su *Geographie de l'est* publicado en 1916), escapa a la atención de Rossi. El problema, en las condiciones de una veloz transformación industrial, es evitar que su posición teórica caiga en la producción estética del mito a través de la arquitectura, y de allí en la trampa que debió enfrentar el modernismo «heroico» de la década de 1930. No sorprende que la arquitectura de Rossi haya sido tan duramente criticada. Umberto Eco se refiere a ella como «terrorífica», mientras que otros señalan lo que consideran rasgos fascistas (lámina 1.20).

Por lo menos, Rossi tiene la virtud de tomar seriamente el problema de la referencia histórica. Otros posmodernistas se limitan a hacer gestos en dirección a la legitimación histórica mediante la cita extensiva y muchas veces ecléctica de los estilos pasados. A través del cine, la televisión, los libros y otros elementos, la historia y la experiencia pasada se han convertido en un vasto archivo «que puede ser recuperado en forma instantánea y utilizado una y otra vez oprimiendo un botón». Si, como afirma Taylor (1987, pág. 105), la historia puede verse «como una interminable reserva de acontecimientos iguales», los arquitectos y diseñadores urbanos pueden sentirse libres de citarlos en el orden que les plazca. La propensión posmoderna a mezclar todo tipo de referencias a los estilos del pasado es una de sus características más generalizadas. Parece que la realidad mimetizara imágenes mediáticas.

Pero el resultado de la inserción de esta práctica en el contexto socioeconómico y político actual es más que un poco forzado. Por

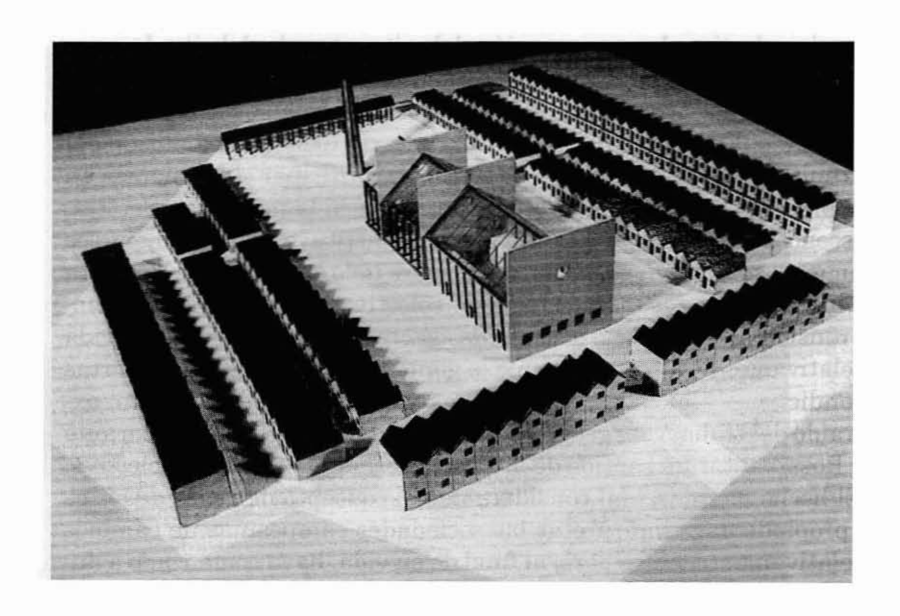


Lámina 1.20 *El diseño de Aldo Rossi de comodidades para estudiantes en Chieti produce una impresión muy particular dentro del eclecticismo de la arquitectura posmoderna.*

ejemplo, desde aproximadamente 1972, lo que Hewison (1987) llama «la industria de la heredad» se ha convertido súbitamente en el gran negocio en Gran Bretaña. Los museos, las casas de campo, los paisajes urbanos reconstruidos y rehabilitados para que resulten ecos del pasado, la producción de copias directas de antiguas infraestructuras urbanas han pasado a integrar una vasta transformación del paisaje británico, hasta el punto de que, según Hewison, la principal industria de Gran Bretaña deja de ser la producción de bienes para centrarse en la producción de la heredad. Hewison explica el impulso que subyace en esto con términos que nos recuerdan en algo a Rossi:

«El impulso dirigido a la conservación del pasado es parte del impulso de conservación de nuestro ser. Si no sabemos de dónde venimos, es difícil saber adónde vamos. El pasado es el fundamento de la identidad individual y colectiva, y los objetos del pasado son fuente de significación en tanto símbolos culturales. La continuidad entre el pasado y el presente genera un sentido de secuencia en el caos aleatorio y, puesto que el cambio es inevitable, un sistema estable de sentidos ordenados nos permite sobrellevar tanto la innovación como la decadencia. El impulso nostálgico es un medio importante de

adecuación a la crisis, es un emoliente social, y refuerza la identidad nacional cuando la confianza se debilita o se ve amenazada».

Creo que aquí Hewison revela algo de gran importancia potencial, porque la preocupación por la identidad, por las raíces personales y colectivas, está cada vez más presente desde comienzos de la década de 1970 a causa de la inseguridad extendida de los mercados laborales, de las combinaciones tecnológicas, los sistemas de crédito, etc. (véase la Segunda parte). La serie televisiva *Raíces*, que narra la historia de una familia negra norteamericana desde sus orígenes africanos hasta la actualidad, promovió una ola de investigación y de interés en la historia familiar en todo el mundo Occidental.

Lamentablemente, es evidente que resulta imposible separar la tendencia posmodernista a la cita histórica y al populismo, de la simple tarea de alimentar, cuando no promover, los impulsos nostálgicos. Hewison advierte una relación entre la industria de la heredad y el posmodernismo. «Ambos conspiran para crear una pantalla superficial que se inserta entre nuestra vida presente y nuestra historia. No tenemos una comprensión profunda de la historia, pero en cambio se nos ofrece una creación contemporánea, más drama de costumbres y re-validación que discurso crítico».

Lo mismo puede decirse acerca del modo en que la arquitectura y el diseño posmodernistas citan el vasto espectro de información e imágenes de las formas urbanas y arquitectónicas que puede encontrarse en diferentes partes del mundo. Todos nosotros, dice Jencks, llevamos en nuestra mente un *musée imaginaire* que surge de la experiencia (a menudo turística) de otros lugares y del conocimiento extraído del cine, la televisión, las exposiciones, los folletos de viaje, las revistas populares, etc.; es inevitable que todo esto se combine, y es excitante y a la vez saludable que así sea. «¿Por qué limitarnos a vivir en el presente, en el mismo lugar, si podemos vivir en diferentes épocas y culturas? El eclecticismo es la evolución natural de una cultura con opciones». Lyotard se hace eco de ese sentimiento de manera precisa. «El eclecticismo es el grado cero de la cultura general contemporánea: uno escucha reggae, mira un western, consume comida de McDonald's al mediodía y *cuisine* del lugar a la noche, usa perfume de París en Tokio y ropas "retro" en Hong Kong».

La geografía de los diversos gustos y culturas se ha convertido en un pot-pourri de internacionalismo que, en varios sentidos, quizás a causa de su abigarrada mezcla, tiene un impacto que nunca antes alcanzó el alto internacionalismo. Cuando está acompañado por fuertes corrientes migratorias (no sólo de trabajadores sino de capitales), produce una plétora de «Pequeñas» Italias, Habanas, Tokios,

Coreas, Kingstons y Karachis así como de barrios chinos, barrios *latinos*, barrios árabes, zonas turcas, etc. No obstante, el efecto, aun en una ciudad como San Francisco, donde las minorías sumadas forman la mayoría, es correr un velo sobre la geografía real a través de la construcción y reconstrucción de las imágenes, de los dramas de costumbres, de la puesta en escena de festivales étnicos, etcétera.

El enmascaramiento surge no sólo de la tendencia posmodernista hacia la cita ecléctica, sino también de una evidente fascinación por las superficies. Por ejemplo, Jameson (1984*b*) considera que las superficies de los vidrios reflejos del Hotel Bonaventure, del mismo modo que los anteojos con vidrios reflejos evitan que el que los lleva sea visto, sirven para «expulsar la ciudad hacia afuera» y hacen que el hotel mantenga «una peculiar disociación de no-lugar» con respecto a su vecindario. Las forzadas columnas, la ornamentación, las largas citas de diferentes estilos (temporales y espaciales) confieren a gran parte de la arquitectura posmoderna ese sentido de «superficialidad fabricada» del que se queja Jameson. Pero el enmascaramiento coloca al conflicto entre, por ejemplo, el historicismo del arraigo al lugar y el internacionalismo del estilo extraído del *musée imaginaire*, entre la función y la fantasía, entre el propósito de significar por parte del productor y la voluntad del consumidor de recibir el mensaje.

Detrás de todo este eclecticismo (en particular, de la cita histórica y geográfica) es difícil distinguir en concreto un diseño deliberado. Sin embargo, parece haber efectos deliberados y ampliamente difundidos que, desde un punto de vista retrospectivo, no pueden sino atribuirse a un conjunto de principios organizadores. Intentaré ilustrarlo con un ejemplo.

«Pan y circo» es una antigua y eficaz fórmula de control social. Con frecuencia, se ha puesto conscientemente en práctica para pacificar a los elementos revoltosos o descontentos de la población. Pero el espectáculo también puede ser un aspecto esencial del movimiento revolucionario (véase, por ejemplo, el estudio Ozouf, 1988, sobre los festivales como medio de expresar la voluntad revolucionaria en la Revolución Francesa). Después de todo, ¿no definió Lenin a la revolución como «el festival del pueblo»? El espectáculo siempre ha sido un arma política poderosa. ¿Cómo se ha manifestado el espectáculo urbano en estos últimos años?

En las ciudades norteamericamanas, el espectáculo urbano en la década de 1960 se nutría de los movimientos masivos de oposición de esa época. Las manifestaciones por los derechos civiles, los motines callejeros, las sublevaciones en los centros urbanos, las grandes manifestaciones contra la guerra y los eventos contra-culturales (en

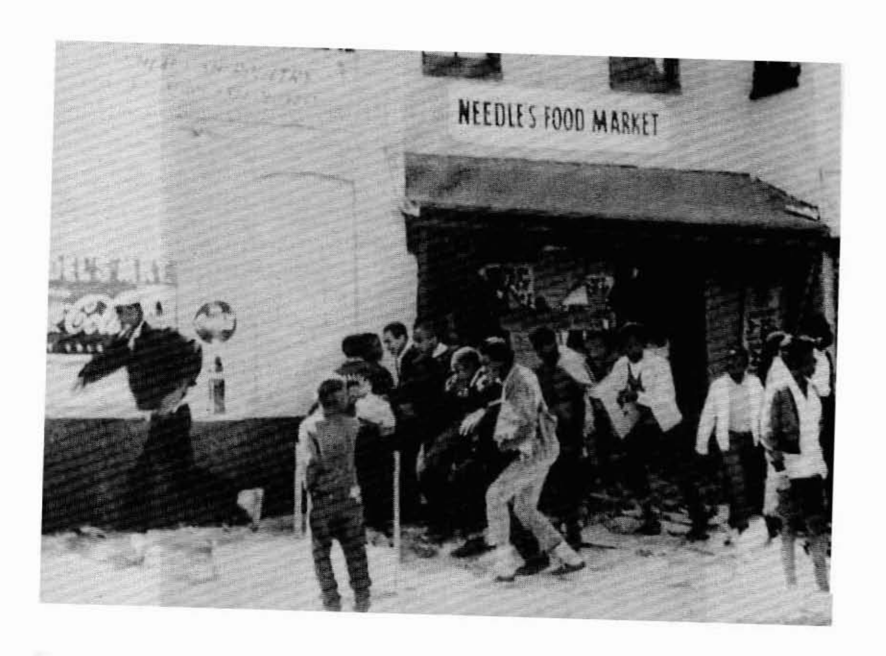


Lámina 1.21 *Huelgas, incendios y saqueos fueron un espectáculo urbano bien frecuente en los centros urbanos de los Estados Unidos en la década de 1960. Baltimore, en abril de 1968, tras el asesinato de Martin Luther King, es sólo un ejemplo.*

especial los conciertos de rock) alimentaban el molino del descontento urbano que giraba en torno de la renovación urbana y de los proyectos de vivienda modernistas. Pero desde 1972 aproximadamente, el espectáculo fue capturado por fuerzas muy diferentes, que lo pusieron al servicio de diferentes usos. La evolución del espectáculo urbano en una ciudad como Baltimore es típica y a la vez instructiva.

Inmediatamente después de los motines que surgieron luego del asesinato de Martin Luther King en 1968 (lámina 1.21), un pequeño grupo de influyentes políticos, profesionales y empresarios se reunió para encontrar una forma de articular la ciudad. El esfuerzo de renovación urbana de la década de 1960 dio como resultado una zona altamente funcional y fuertemente modernista compuesta por oficinas, plazas y ocasionales muestras arquitectónicas espectaculares, como el edificio del One Charles Center de Mies van der Rohe (láminas 1.22 y 1.23). Pero los motines amenazaban la vitalidad del centro de la ciudad y la viabilidad de las inversiones ya realizadas. Los dirigentes buscaron un símbolo alrededor del cual se pudiera construir una idea de la ciudad en tanto comunidad, una ciudad que



Lámina 1.22 *Renovación urbana de Baltimore en estilo modernista durante la década de 1960: el Edificio Federal en Plaza Hopkins.*

tuviera una convicción suficiente en sí misma como para superar las divisiones y la mentalidad de estado de sitio con las que el ciudadano común se acercaba al centro urbano y a sus espacios públicos. «Impulsada por la necesidad de extirpar el miedo y el abandono de las zonas centrales, causados por la inquietud cívica de fines de la década de 1960», decía un posterior informe del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano, «la Feria de la Ciudad de Baltimore se originó (...) como forma de promover la reurbanización». La feria se proponía celebrar la diversidad étnica y barrial de la ciudad, y hasta se esforzó en promover la identidad étnica (opuesta a la racial). La feria tuvo trescientos cuarenta mil visitantes durante el primer año (1970), pero hacia 1973, esa cifra se había elevado a casi dos millones. La feria, más grande, aunque poco a poco inexorablemente menos «barrial» y más comercial (hasta los grupos étnicos comenzaron

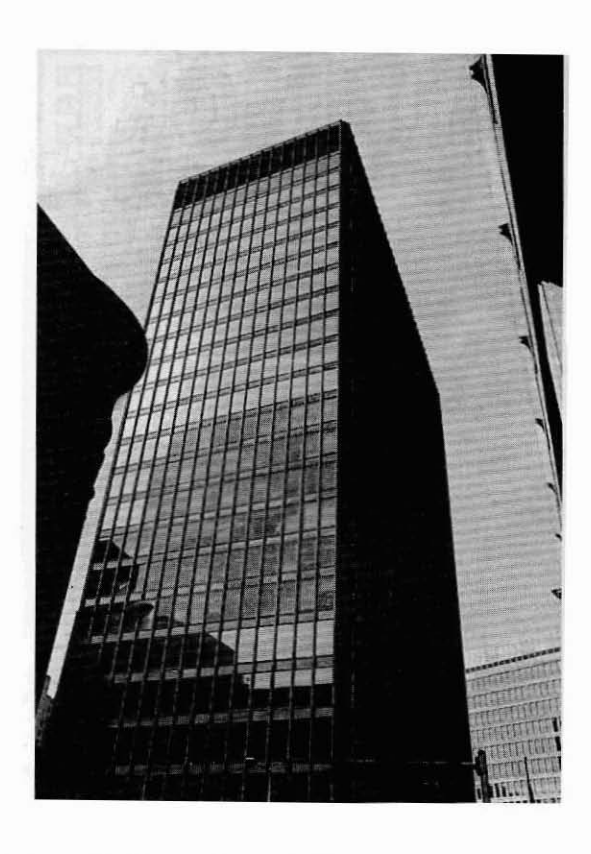


Lámina 1.23 *El modernismo en la renovación urbana de Baltimore: el edificio del One Charles Center de Mies van der Rohe.*

a beneficiarse de la venta de etnicidad), se convirtió en el núcleo de atracción de multitudes cada vez mayores que acudían a la zona céntrica en forma regular para ver toda clase de espectáculos que se montaban en ella. De allí a la comercialización institucionalizada de un espectáculo más o menos permanente, había sólo un paso: se construyó Harbor Place (un distrito ribereño que tiene la fama de atraer más gente que Disneylandia), un Centro Científico, un Acuario, un Centro de Convenciones, una dársena, innumerables hoteles, ciudadelas dedicadas a entretenimientos de toda clase. Considerada por muchos como un éxito notable (si bien el impacto sobre la pobreza de la ciudad, sobre la condición de los *homelessness*, sobre la atención de la salud y la educación se resumió en la negligencia y hasta el efecto negativo), esta forma de desarrollo requirió una arquitectura que nada tenía que ver con el modernismo austero de la renovación del centro urbano que había predominado en la década

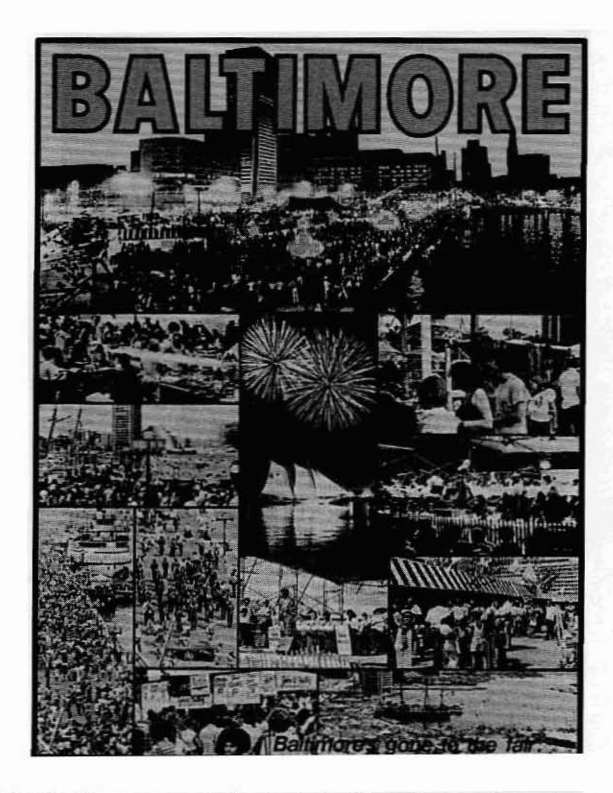


Lámina 1.24 *Baltimore va a la Feria de la Ciudad: un collage de escenas en un espectáculo urbano administrado y controlado (por Apple Pie Graphics).*

de 1960. Una arquitectura del espectáculo, con su sentido de brillo superficial y su participación fugaz en el placer, de despliegue y fugacidad, de *jouissance*, se convirtió en la clave esencial del éxito de este tipo de proyecto (láminas 1.24, 1.25, 1.26).

Baltimore no estaba sola en la construcción de estos nuevos espacios urbanos. El Faneuil Hall de Boston, el Muelle de Pescadores de San Francisco (junto con Ghirardelli Square), South Street Seaport en Nueva York, la Avenida Costanera en San Antonio, el Covent Garden en Londres (seguido muy pronto por Docklands), el Metrocentro en Gateshead, para no hablar del legendario West Edmonton Mall, constituyen sólo los aspectos estables de espectáculos organizados que incluyen eventos más transitorios, como los Juegos Olímpicos de Los Angeles, el Liverpool Garden Festival y la reconstrucción de casi todos los acontecimientos históricos imaginables (desde la Batalla de Hastings hasta la de Yorktown). Parece que, hoy en día, las ciudades y las calles ponen mucho más cuidado en crear una imagen del lugar positiva y calificada, y buscan para ello una arqui-



Lámina 1.25 *Harbor Place ensaya una atmósfera posmodernista de ocio diseminada en torno de las escenas modernistas de una renovación urbana.*

tectura y formas de diseño urbano que respondan a esa necesidad. Es comprensible que estuvieran tan apremiadas y que el resultado fuera una repetición serial de modelos exitosos (como el de Harbor Place de Baltimore) si se tiene en cuenta la horrible historia de la desindustrialización y la reestructuración, que casi no dejó a las ciudades más importantes del mundo capitalista avanzado otra opción que la de competir entre sí fundamentalmente como centros financieros, de consumo y de entretenimiento. Imaginar una ciudad a través de la organización de espacios urbanos espectaculares se convirtió en un medio para atraer capitales y gente (adecuada) en un período (desde 1973) de mayor competencia interurbana y de iniciativa inmobiliaria (véase Harvey, 1989).

Si bien volveremos sobre este fenómeno para realizar un examen más minucioso de él en la Tercera parte, es importante observar aquí cómo la arquitectura y el diseño urbano han respondido a estas nuevas necesidades urbanas. La proyección de una imagen del lu-



Lámina 1.26 *Los pabellones de Harbor Place son famosos porque atraen más público a Baltimore que los visitantes de Disneylandia.*

gar bien definida, dotada de ciertas cualidades, la organización del espectáculo y la teatralidad, se han alcanzado a través de una ecléctica combinación de estilos, citas históricas, ornamentación y diversificación de superficies (en Baltimore, Scarlett Place es un ejemplo algo caprichoso de la idea, véase la lámina 1.27). Todas estas tendencias se exhiben en Piazza d'Italia de Moore en Nueva Orleans. Vemos aquí la combinación de muchos de los elementos que hemos mencionado hasta ahora, dentro de un proyecto singular y espectacular (lámina 1.28). La descripción que aparece en el catálogo *Post-modern visions* (Klotz, 1985) es sumamente reveladora:

«En un área de Nueva Orleans que requería una reconstrucción, Charles Moore ha creado la Piazza d'Italia pública para la población italiana local. Su forma y su lenguaje arquitectónico han trasladado las funciones sociales y comunicativas de una piazza europea, más específicamente, la piazza italiana, al Sur de los Estados Unidos.

»En el contexto de un nuevo bloque de edificios que cubre un área sustancial, con ventanas relativamente regulares, parejas y angulosas, Moore ha insertado una gran piazza circular que representa una suerte de forma en negativo y, por lo tanto, resulta sorprendente cuando uno entra atravesando la barrera de la arquitectura cir-



Lámina 1.27 *Scarlett Place, en Baltimore, reúne la conservación histórica (a lo lejos, en el ángulo izquierdo, se ve incorporado el Scarlett Seed Warehouse, del siglo XIX) y el afán posmodernista de cita, en este caso de una aldea del Mediterráneo construida sobre la barranca (nótese, a lo lejos, un edificio modernista de vivienda pública).*

cundante. Un pequeño templo se erige a la entrada y anuncia el lenguaje histórico formal de la piazza, que está enmarcada por columnas fragmentadas. En el centro, hay una fuente, el "Mediterráneo", que baña la bota de Italia, bajando desde los "Alpes". La colocación de Sicilia en el centro de la piazza es un tributo al hecho de que la población italiana del área está compuesta fundamentalmente por inmigrantes de esa isla.

»Las arcadas, situadas frente a las fachadas convexas del edificio, rodean la piazza, haciendo una irónica referencia a los cincos tipos de columnas clásicas (dóricas, jónicas, corintias, toscanas y mixtas), que, por su colocación en un continuum sutilmente coloreado, exhiben una cierta deuda con el Arte Pop. La base de las acanaladas columnas está formada como piezas de un arquitrabe fragmentado y se asemeja más a una forma en negativo que a un detalle arquitectónico cabalmente tridimensional. Su parte elevada está revestida de mármol y está cortada por un sector que tiene la forma de una porción de torta. Las columnas están separadas de sus capiteles corintios por aros hechos con tubos de neón que forman collares luminosos y coloridos por la noche. La arcada, en la parte superior de la bota italiana, también tiene luces de neón en la fachada. Otros capi-

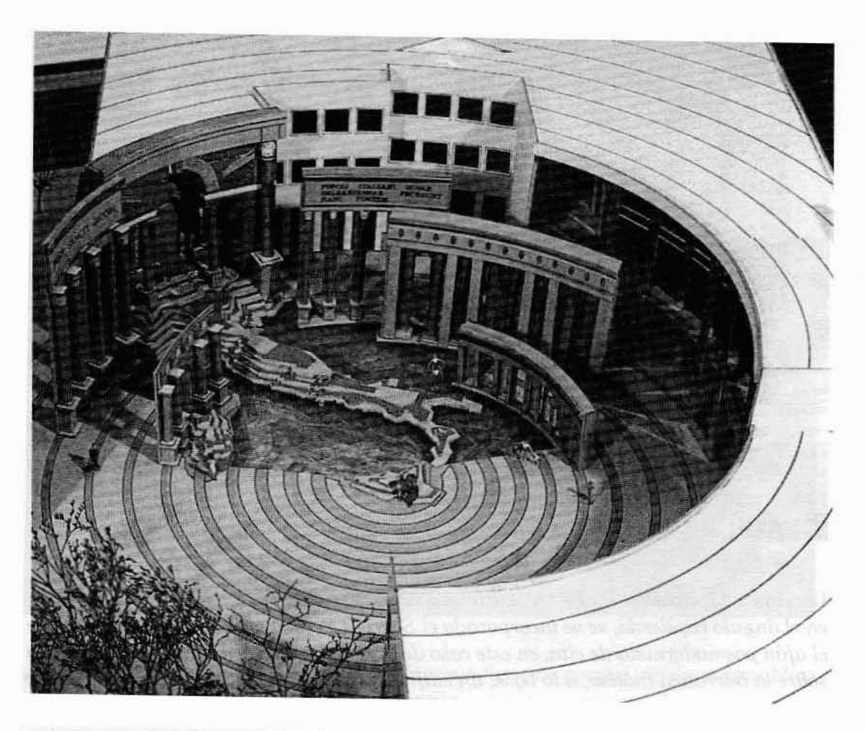


Lámina 1.28 *La Piazza d'Italia de Charles Moore en Nueva Orleans se suele citar como una de las piezas clásicas de la arquitectura posmodernista.*

teles asumen formas precisas y angulares, y están colocados como broches Art Deco debajo del arquitrabe, mientras que algunas columnas muestran otras variantes, como la de las canaletas formadas por surtidores de agua.

»Todo esto coloca al dignificado vocabulario de la arquitectura clásica a la par de las técnicas del Arte Pop, de la paleta posmodernista y la teatralidad. Concibe la historia como un *continuum* de accesorios portátiles, reflejando la manera en que los italianos han sido "trasplantados" al Nuevo Mundo. Presenta una descripción nostálgica del renacimiento italiano y de los palacios barrocos y sus piazzas, pero al mismo tiempo hay un sentido de dislocación. Al fin y al cabo, esto no es realismo, sino una fachada, una escenografía, un fragmento insertado en un contexto nuevo y moderno. La Piazza d'Italia es una obra arquitectónica y también una obra de teatro. En la tradición de la "res publica" italiana, es el lugar donde se reúne el público; y sin embargo, al mismo tiempo, no se toma demasiado en serio y puede ser un lugar para los deportes y el entretenimiento. Los rasgos alienados de la madre patria italiana actúan como emba-

jadores en el Nuevo Mundo, reafirmando de este modo la identidad de la población del vecindario en un distrito de Nueva Orleans que corre el riesgo de convertirse en un lugar miserable. Esta piazza debe considerarse como uno de los ejemplos más importantes y notables de edificación posmodernista en el mundo. Muchas publicaciones han cometido el error de mostrar a la piazza de manera aislada; sin embargo, el modelo demuestra ser la exitosa integración de este acontecimiento teatral en su contexto de edificación moderna».

Pero si la arquitectura es una forma de comunicación y la ciudad es un discurso, ¿qué puede decir o significar entonces esta estructura, insertada en el tejido urbano de Nueva Orleans? Los posmodernistas seguramente responderán que depende, tanto o más, de lo que ve el espectador, y no de las ideas del productor. Sin embargo, hay una cierta ingenuidad fácil en esta respuesta. Porque hay demasiada coherencia entre la imaginería de la vida metropolitana que se despliega en libros como *Soft city* de Raban y el sistema de la producción arquitectónica y el diseño urbano que se describen aquí, como para que no haya nada en particular debajo del brillo superficial. El ejemplo del espectáculo sugiere ciertas dimensiones del significado social, y la Piazza d'Italia de Moore no es inocente acerca de lo que quiere decir y cómo lo dice. Vemos allí la tendencia a la fragmentación, el eclecticismo de estilos, los peculiares tratamientos del espacio y el tiempo («la historia como un *continuum* de accesorios portátiles»). Allí hay alienación, entendida (superficialmente) en función de la emigración y la formación de núcleos de miseria, que el arquitecto trata de recuperar a través de la construcción de un lugar donde se puede reinvindicar la identidad aun en medio del mercantilismo, del arte pop y de todos los atavíos de la vida moderna. La teatralidad del efecto, la aspiración a la *jouissance* y el efecto esquizofrénico (en el sentido de Jencks) tienen plena presencia en el plano consciente. Sobre todo, este tipo de arquitectura y de diseño urbano del posmodernismo comunican la aspiración a un mundo de fantasía, el ilusorio «*high*» que nos lleva más allá de las realidades comunes hacia la pura imaginación. La materia del posmodernismo, declara directamente el catálogo de la muestra *Post-modern visions* (Klotz, 1985), «además de función es ficción».

Charles Moore representa sólo una de las variantes que florecen bajo el ecléctico manto del posmodernismo. La Piazza d'Italia difícilmente se ganaría la aprobación de Leon Krier, cuyo instinto por el revival clásico es tan fuerte que a veces lo expulsa completamente de la denominación posmodernista, y parece muy extraño cuando se lo yuxtapone con un diseño de Aldo Rossi. Más aún, el eclecticismo y

la imaginería pop que están en el núcleo del pensamiento que representa Moore han recibido una fuerte crítica, precisamente por su falta de rigor teórico y sus concepciones populistas. La línea de argumentación más sólida proviene ahora de lo que se llama el «deconstructivismo». Como parte de una reacción contra la forma en que una porción del movimiento posmoderno ingresó en la corriente oficial y generó una arquitectura popularizada lujuriosa e indulgente, el deconstructivismo trata de recuperar los altos fundamentos de la práctica de la elite y de la vanguardia arquitectónica mediante una activa deconstrucción del modernismo de los constructivistas rusos de la década de 1930. El movimiento interesa, en parte, por haber intentado fusionar el pensamiento deconstructivista de la teoría literaria con las prácticas arquitectónicas posmodernistas que, a menudo, parecen haberse desarrollado según una lógica absolutamente propia. Comparte con el modernismo un interés por la exploración de la forma y el espacio puros, pero, al hacerlo, puede llegar a concebir un edificio, no como un conjunto unificado sino como «"textos" y partes desiguales que siguen siendo diferentes y desordenados, y que no alcanzan un sentido de unidad», y que, por consiguiente, pueden tener «varias asimétricas e irreconciliables» lecturas. Sin embargo, el deconstructivismo comparte con el posmodernismo el intento de reflejar «un mundo ingobernable sometido a un azaroso sistema moral, político y económico». Pero lo hace de tal modo que resulta «desorientador y hasta genera confusión», y así rompe «nuestra percepción habitual de la forma y el espacio». La fragmentación, el caos, el desorden, aun dentro de un aparente orden, siguen siendo temas centrales (Goldberger, 1988; Giovannini, 1988).

Es posible que la ficción, la fragmentación, el *collage* y el eclecticismo, todos inmersos en un sentido de lo efímero y el caos, sean los temas que dominan las prácticas actuales en la arquitectura y el diseño urbano. Y, evidentemente, hay mucho en común aquí con las prácticas y la reflexión propias de otros ámbitos, como el arte, la literatura, la teoría social, la psicología y la filosofía. ¿Por qué entonces la actitud predominante toma la forma que toma? Para responder a este interrogante con alguna fuerza, hace falta que nos ocupemos de las realidades prosaicas de la modernidad y la posmodernidad capitalistas y veamos cuáles son las claves que podemos encontrar allí en cuanto a las posibles funciones de estas ficciones y fragmentaciones en la reproducción de la vida social.

5. Modernización

El modernismo es una respuesta estética atribulada y fluctuante a las condiciones de modernidad determinadas por un proceso particular de modernización. Por lo tanto, una interpretación adecuada del surgimiento del modernismo debería captar la naturaleza de la modernización. Sólo de ese modo podremos juzgar si el posmodernismo es una reacción diferente a un proceso de modernización inmutable, o si refleja o augura un desplazamiento radical en la naturaleza de la propia modernización hacia, por ejemplo, algún tipo de sociedad «posindustrial» o aun «poscapitalista».

Marx traza una de las primeras y más completas descripciones de la modernización capitalista. Pienso que es útil empezar por allí, no sólo porque Marx, como dice Berman, es uno de los primeros grandes escritores modernistas que combinaron toda la envergadura y vigor del pensamiento de la Ilustración con un sentido matizado de las paradojas y contradicciones a las que es proclive el capitalismo, sino también porque la teoría marxista de la modernización capitalista contribuye a una lectura particulamente reveladora cuando se la contrapone a las tesis culturales de la posmodernidad.

En *El manifiesto comunista*, Marx y Engels sostienen que la burguesía ha creado un nuevo internacionalismo a través del mercado mundial, a la vez que «el sometimiento de las fuerzas naturales al hombre, la maquinaria, la aplicación de la química a la agricultura y la industria, la navegación de vapor, el ferrocarril, los telégrafos eléctricos, el desmonte de continentes enteros para el cultivo, la canalización de los ríos, la expulsión de poblaciones enteras de su tierra». Y el costo ha sido muy alto: violencia, destrucción de las tradiciones, opresión, reducción del valor de toda actividad al frío cálculo del dinero y el beneficio. Más aún:

«La constante revolución en la producción, la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, la incertidumbre y la agitación permanentes distinguen la época burguesa de todas las épocas anteriores. El conjunto de las relaciones establecidas, anquilosadas, con su serie de ideas y opiniones venerables, son aniquiladas, y

todas las nuevas formas se vuelven anticuadas antes de que puedan consolidarse. Todo lo sólido se disuelve en el aire, todo lo sagrado es profanado y los hombres, por fin, se ven obligados a enfrentar con la cabeza serena las condiciones reales de su vida y de sus relaciones con los otros hombres» (Marx y Engels, 1952, pág. 25).

Sin duda, los sentimientos concuerdan con los de Baudelaire y, como dice Berman, Marx despliega aquí una retórica que define la faz inferior de toda estética modernista. Pero hay algo especial en Marx, y es la forma en que analiza el origen de esta condición general.

Marx empieza *El capital*, por ejemplo, con el análisis de la mercancía, con las cosas de todos los días (comida, abrigo, vestimenta, etc.) que consumimos cotidianamente. Sin embargo, asegura Marx, la mercancía es «algo misterioso» porque encarna simultáneamente un valor de uso (colma un deseo o una necesidad particulares) y un valor de cambio (puedo utilizarla como objeto de trueque para obtener otras mercancías). Esta dualidad convierte a la mercancía en algo ambiguo para nosotros; ¿la consumiremos o la negociaremos? Pero en la medida en que las relaciones de intercambio proliferan y se forman los mercados que fijan los precios, la mercancía se cristaliza típicamente en dinero. Con el dinero, el misterio de la mercancía adquiere una nueva torsión, porque el valor de uso del dinero consiste en representar al mundo del trabajo social y del valor de cambio. El dinero lubrica el intercambio pero, sobre todo, se convierte en un medio a través del cual comparamos y evaluamos el valor de todas las mercancías, tanto antes como después del hecho del intercambio. Es evidente que, si asignar valor a las cosas es importante, un análisis de la forma dinero y de las consecuencias que surgen de su uso resulta de enorme interés.

El advenimiento de la economía dineraria, sostiene Marx, disuelve los lazos y las relaciones que constituyen a las comunidades «tradicionales», de modo tal que «el dinero se transforma en la verdadera comunidad». Nos desplazamos de una condición social en la cual dependemos directamente de aquellos que conocemos personalmente, a una en la cual dependemos de relaciones impersonales y objetivas con los otros. Como las relaciones de intercambio proliferan, el dinero aparece cada vez más como «un poder exterior a los productores e independiente de ellos», de modo que aquello que «originariamente se presenta como un medio de promover la producción se convierte en una relación ajena» a ellos. Las preocupaciones dinerarias dominan a los productores. El dinero y el intercambio del mercado encubren, «enmascaran» las relaciones sociales entre las cosas. A esta condición Marx la llama «fetichismo de la mercancía».

Se trata de uno de los descubrimientos más notables de Marx, porque plantea el problema de cómo interpretar en términos sociales apropiados las relaciones reales aunque superficiales que podemos observar con facilidad en el mercado.

Las condiciones de trabajo y de vida, el sentido de la alegría, de la ira o la frustración que están detrás de la producción de mercancías, los estados de ánimo de los productores; todos ellos están ocultos y no los podemos ver cuando intercambiamos un objeto (dinero) por otro (la mercancía). Podemos tomar diariamente nuestro desayuno sin pensar en la cantidad de gente que participó en su producción. Todas las huellas de la explotación están borradas del objeto (no hay marcas de dedos de la explotación en el pan de todos los días). No podemos deducir de la contemplación de un objeto en el supermercado cuáles fueron las condiciones de trabajo que hicieron posible su producción. El concepto de fetichismo explica de qué modo, bajo las condiciones de la modernización capitalista, podemos depender objetivamente de «otros» cuya vida y cuyas aspiraciones permanecen totalmente opacas para nosotros. La meta-teoría de Marx trata de arrancar la máscara fetichista y aprehender las relaciones sociales que se ocultan tras ella. Sin duda, él acusaría a los posmodernistas que proclaman el credo de la «impenetrabilidad del otro» de abierta complicidad con el fetichismo y de indiferencia hacia los sentidos sociales soterrados. El interés de las fotografías de Cindy Sherman (o, en todo caso, de cualquier novela posmoderna) es que toman las máscaras sin considerar directamente otros significados sociales que no sean los referidos a esa actividad de enmascaramiento.

Pero podemos profundizar aún más el análisis del dinero. Para que el dinero efectivamente cumpla sus funciones, sostiene Marx, debe ser reemplazado por símbolos (monedas, símbolos, papel moneda, crédito), que lo llevan a ser considerado como un mero símbolo, «una ficción arbitraria» sancionada por «el consentimiento universal de la humanidad». Sin embargo, todo el mundo del trabajo social, de la producción y del duro trabajo cotidiano es representado mediante estas «ficciones arbitrarias». Sin trabajo social, el dinero carecería de valor. Pero sólo a través del dinero el trabajo social puede ser representado.

Los poderes mágicos del dinero se complican por la forma en que los propietarios «prestan sus lenguas» a las mercancías colgando un tique con el precio en ellas, apelando a «signos cabalísticos» con nombres como libras, dólares, francos. De modo que, si bien el dinero es el significante del valor del trabajo social, acecha el peligro constante de que el significante se convierta en el objeto de la ambición humana y del deseo humano (el usurero, el avaro, etc.). Esta

probabilidad se vuelve certeza una vez que reconocemos que el dinero, por un lado un «nivelador radical» de todas las otras formas de distinción social, es, en sí mismo, una forma de poder social que puede ser apropiada en tanto «el poder social de personas privadas». La sociedad moderna, concluye Marx, «poco después de su nacimiento, arrancó a Plutón por los cabellos de las entrañas de la tierra, saludó al oro como al Santo Grial, como encarnación reluciente del principio mismo de su vida». ¿Acaso el posmodernismo señala una reinterpretación o consolidación del rol del dinero como *el* objeto del deseo? Baudrillard describe a la cultura posmoderna como una «cultura excremental», y el dinero es igual a excremento tanto en la perspectiva de Baudrillard como en la de Freud (algunos indicios de ese sentimiento pueden encontrarse en Marx). Las preocupaciones posmodernas por el significante más que por el significado, por el medio (dinero) más que por el mensaje (trabajo social), el énfasis en la ficción más que en la función, en los signos más que en las cosas, en la estética más que en la ética, sugieren una consolidación y no una transformación del rol del dinero tal como lo define Marx.

Sin embargo, del mismo modo que los productores de mercancías buscan dinero, nosotros dependemos de las necesidades y capacidad de los otros para comprar. Los productores, por lo tanto, tienen un interés permanente en cultivar «el exceso y la intemperancia» en los otros, en alimentar «apetitos imaginarios» hasta el punto de que las ideas de lo que constituye una necesidad social son reemplazadas por «la fantasía, el capricho, el antojo». Cada vez más, el productor capitalista «desempeña el papel de proxeneta» entre los consumidores y sus necesidades, y excita en ellos «apetitos mórbidos; acecha cada una de sus flaquezas: todo para exigir dinero a cambio de este servicio amoroso». Placer, ocio, seducción y vida erótica se incorporan al espectro del poder del dinero y de la producción mercantil. Por lo tanto, el capitalismo «por un lado produce una falsificación de las necesidades y de sus medios, y por otro, una barbarización bestial, una simplificación total, burda y abstracta de la necesidad» (Marx, 1964, pág. 148). La publicidad y la comercialización destruyen, en su imaginería, todas las huellas de la producción y refuerzan el fetichismo que surge automáticamente en el intercambio del mercado.

Más aún, el dinero, como representación suprema del poder social en la sociedad capitalista, se convierte en objeto de lujuria, ambición y deseo. Sin embargo, aquí también nos encontramos con dobles significados. El dinero confiere el privilegio del poder sobre los otros: podemos comprar su tiempo de trabajo o sus servicios, y hasta construir relaciones de dominación sistemáticas sobre las clases explotadas, simplemente, a través del poder del dinero. En efecto, el

dinero fusiona lo político y lo económico en una economía política genuina de supremas relaciones de poder (un problema que los teóricos de los micro-poderes como Foucault eludieron sistemáticamente y que teóricos macro-sociales como Giddens —con su estricta separación entre fuentes de poder de asignación y de autoridad— no pueden captar). En el capitalismo de mercado, los lenguajes comunes materiales del dinero y de las mercancías proporcionan una base universal que une a todo el mundo en un sistema idéntico de evaluación mercantil y asegura de este modo la reproducción de la vida a través de un sistema de nexos sociales objetivos. Sin embargo, dentro de estas amplias restricciones, somos «libres», y, por así decirlo, podemos desarrollar nuestra personalidad y nuestra propia «otredad», y también nuestras relaciones, como nos plazca, y hasta elaborar juegos de lenguaje de grupo, siempre y cuando contemos con el dinero suficiente para vivir de manera satisfactoria. El dinero «es gran nivelador y cínico», poderoso enemigo agazapado de las relaciones sociales establecidas y gran «democratizador». Es un poder social que puede pertenecer a personas individuales, y así constituye la base de una libertad individual amplia, una libertad que puede desplegarse en función de nuestro desarrollo en tanto libre-pensadores, sin referencia a los otros. El dinero une, precisamente, *a través de* su capacidad para adaptarse al individualismo, a la otredad y a la extraordinaria fragmentación social.

Pero ¿por cuál proceso la capacidad de fragmentación latente en la forma dinero se transforma en un rasgo necesario de la modernización capitalista?

La participación en el mercado de intercambio presupone una cierta división del trabajo así como una capacidad para separarse (alienarse) del propio producto. De allí surge un extrañamiento con respecto al producto de nuestra propia experiencia, una fragmentación de las tareas sociales y una separación entre el sentido subjetivo de un proceso de producción y la valuación objetiva que el producto recibe en el mercado. Una división técnica y social del trabajo altamente organizada constituye uno de los principios fundadores de la modernización capitalista. Se trata de una poderosa palanca que promueve el crecimiento económico y la acumulación de capital, sobre todo en las condiciones del intercambio de mercado, en que los productores individuales de mercancías (protegidos por los derechos de la propiedad privada) pueden explorar las posibilidades de especialización dentro de un sistema económico abierto. Esto explica el poder del liberalismo económico (libre mercado) como doctrina fundadora del capitalismo. Es precisamente en este contexto donde pueden florecer el individualismo posesivo y la iniciativa empresa-

ria creadora, la innovación y la especulación, aun cuando esto signifique una fragmentación creciente de las tareas y responsabilidades, y una transformación necesaria de las relaciones sociales tal que obliga a los productores a considerar a los otros en términos puramente instrumentales.

Sin embargo, el capitalismo es mucho más que la producción de mercancías y el mercado de intercambio. Antes de lanzarse a la búsqueda del beneficio —poner dinero en circulación a fin de ganar más dinero— se requieren ciertas condiciones históricas —en especial, la existencia del trabajo asalariado— que pueden convertirse en *la* forma necesaria para la reproducción de la vida social. Fundado en la violenta separación de la masa de productores directos del control sobre los medios de producción, el surgimiento del trabajo asalariado —personas que venden su fuerza de trabajo para vivir— es el «resultado de varias revoluciones, de la extinción de series enteras de modos de producción anteriores» (*Capital*, vol. 1, págs. 166-7). El sentido de una ruptura radical, absoluta y violenta con el pasado —otros tantos elementos fundamentales de la sensibilidad modernista— está siempre presente en la obra de Marx sobre los orígenes del capitalismo.

Pero Marx lleva las cosas mucho más allá. La conversión del trabajo en trabajo asalariado significa «la separación del trabajo de su producto, de la fuerza de trabajo subjetiva de las condiciones objetivas de trabajo» (*Capital*, vol. 1, pág. 3). Este es un mercado de intercambio muy diferente. Cuando los capitalistas compran fuerza de trabajo, necesariamente la tratan en términos instrumentales. El trabajador es considerado como una «mano» y no como una persona total (para usar el satírico comentario de Dickens en *Tiempos difíciles*), y el trabajo objetivado es un «factor» (adviértase la reificación) de la producción. La compra de fuerza de trabajo con dinero le otorga al capitalista ciertos derechos para disponer del trabajo de los otros, sin tener en cuenta lo que los otros puedan pensar, necesitar o sentir. La omni-presencia de esta relación de dominación de clase, contrapesada sólo por la activa lucha de los trabajadores para defender sus derechos y expresar sus sentimientos, establece uno de los principios fundadores sobre el cual la misma idea de «otredad» se produce y reproduce de manera continua en la sociedad capitalista. El mundo de la clase obrera se convierte en el dominio de ese «otro» que necesariamente se vuelve opaco y potencialmente desconocido como consecuencia del fetichismo de la mercancía. Y yo introduciría aquí un paréntesis: si en la sociedad ya están aquellos (mujeres, negros, pueblos colonizados, minorías de toda clase) que pueden ser considerados como el otro, la combinación de la explotación de clase

con el género, la raza, el colonialismo, la etnicidad, etc., puede ir de la mano con toda clase de resultados discriminatorios. El capitalismo no inventó al «otro», pero sin duda lo usó y lo promovió en formas sumamente estructuradas.

Los capitalistas pueden desplegar sus derechos en forma estratégica para imponer todo tipo de condiciones sobre el trabajador. Este último está claramente alienado del producto, del control sobre el proceso de producirlo, así como de la capacidad para advertir el valor del fruto de sus esfuerzos (de él o de ella): el capitalista se apropia de ellos como ganancia. El capitalista tiene el poder (aunque de ningún modo arbitrario o total) de movilizar las fuerzas de la cooperación, de la división del trabajo y de la maquinaria como poderes del capital sobre el trabajo. El resultado es la organización de una división del trabajo minuciosa dentro de la fábrica, que reduce al trabajador a un fragmento de persona. «Se realiza así la absurda fábula de Menenius Agrippa, que convierte al hombre en un mero fragmento de su propio cuerpo» (*Capital*, vol. 1, pág. 340). Aquí nos encontramos con un funcionamiento diferente del principio de la división del trabajo. Mientras que la división del trabajo en la sociedad «pone en contacto a productores independientes de mercancías, que no reconocen otra autoridad que la competencia y la coerción que ejerce la presión de sus intereses mutuos», la «división del trabajo dentro del taller implica la autoridad indiscutida del capitalista sobre hombres que no son sino partes de un mecanismo que le pertenece». La anarquía en la división social del trabajo es suplantada por el despotismo —impuesto a través de las jerarquías de autoridad y la supervisión estrecha de tareas— del taller y la fábrica.

Esta forzada fragmentación —que es a la vez social y técnica— dentro de un proceso único de trabajo se acentúa aún más por la pérdida de control sobre los instrumentos de producción. Esto convierte efectivamente al trabajador en un «apéndice» de la máquina. La inteligencia (el conocimiento, la ciencia, la técnica) se objetiva en la máquina, separando de este modo el trabajo manual del intelectual y reduciendo el ejercicio de la inteligencia por parte de los productores directos. En todos estos sentidos, el trabajador «se empobrece» con relación a su fuerza productiva individual «a fin de realizar el obrero colectivo y, a través de él, enriquecer al capital mediante una fuerza social productiva» (*Capital*, vol. 1, pág. 341). Este proceso no se detiene en los productores directos, en los campesinos arrancados de la tierra, en las mujeres y los niños obligados a dejar su trabajo en fábricas y minas. «La burguesía ha aniquilado despiadadamente los abigarrados lazos feudales que ligaban al hombre a sus "superiores naturales", y no ha dejado otro nexo entre hombre y

hombre que el duro "pago en dinero contante" (. . .) Ha despojado de su halo a toda ocupación hasta ahora venerada y considerada con temor reverente. Ha convertido al médico, al abogado, al cura, al poeta, al hombre de ciencia, en trabajadores asalariados» (*El manifiesto comunista*).

¿Por qué, entonces, «la burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción y, por lo tanto, las relaciones de producción»? La respuesta de Marx en *El capital* es convincente y cabal. Las «leyes coercitivas» de la competencia del mercado obligan a los capitalistas a buscar cambios tecnológicos y organizativos que acrecienten sus beneficios con relación al promedio social, y esto arrastra a todos los capitalistas a una acelerada carrera de superación de los procesos de innovación que llega a su límite sólo en ciertas condiciones de excedentes masivos de mano de obra. La necesidad de mantener al trabajador bajo control en el lugar de trabajo y de cercenar su poder de negociación en el mercado (en particular en situaciones de relativa escasez de trabajo y de resistencia activa de clase) también estimula la innovación por parte de los capitalistas. El capitalismo es, en efecto, tecnológicamente dinámico, no por las capacidades mitologizadas del empresario innovador (como Schumpeter argumentaría después), sino por las leyes de competencia coercitivas y las condiciones de la lucha de clases endémica del sistema.

Sin embargo, el efecto de la innovación continua es la desvalorización, cuando no la destrucción de las inversiones pasadas y de las calificaciones de la mano de obra. La *destrucción creativa* está enclavada en la circulación misma del capital. La innovación exacerba la inestabilidad, la inseguridad y, por último, se convierte en la fuerza primordial que da lugar al paroxismo de las crisis periódicas. No sólo la vida de la industria moderna se transforma en una serie de períodos de actividad moderada, prosperidad, sobre-producción, crisis y estancamiento, sino que «la incertidumbre e inestabilidad que la maquinaria genera en el empleo y, por lo tanto, en las condiciones de existencia de los operarios, se vuelve normal». Más aún:

«Todos los medios para el desarrollo de la producción se transforman en medios de dominación y explotación de los productores; mutilan al trabajador, convirtiéndolo en un fragmento de hombre, lo degradan al nivel de un apéndice de la máquina, destruyen cualquier resto de encanto en su trabajo para transformarlo en un instrumento odiado; alejan de él las posibilidades intelectuales del proceso de trabajo en la medida en que la ciencia es incorporada a este como un poder independiente; distorsionan las condiciones laborales del tra-

bajador, sometiéndolo, en el curso del proceso de trabajo, a un despotismo más odioso aún por su mezquindad; transforman su tiempo de vida en tiempo de trabajo y arrojan a su mujer y a sus hijos bajo las ruedas del Juggernaut del capital» (*Capital*, vol. 1, pág. 604).

La lucha para conservar la rentabilidad lleva al capitalista a una acelerada carrera de exploración de todo tipo de otras posibilidades. La apertura de nuevas líneas de productos significa la creación de nuevos deseos y necesidades. Los capitalistas se ven obligados a redoblar sus esfuerzos para crear nuevas necesidades en los otros, acentuando de este modo el cultivo de los apetitos imaginarios y el papel de la fantasía, el capricho y el antojo. El resultado es la exacerbación de la inseguridad y de la inestabilidad por el desplazamiento de masas de capital y de trabajadores de una a otra línea de la producción, lo cual da lugar al desmantelamiento de sectores enteros, mientras que el constante flujo de deseos, gustos y necesidades del consumidor se convierte en el lugar de una permanente incertidumbre y lucha. En la búsqueda de nuevos mercados, los capitalistas necesariamente abren nuevos espacios, nuevas fuentes de materias primas, nuevas fuentes de fuerzas de trabajo, y lugares nuevos y más rentables para las operaciones productivas. El traslado a sitios más ventajosos (movimiento geográfico del capital y del trabajo) revoluciona periódicamente la división del trabajo internacional y territorial, y agrega una dimensión geográfica vital a la inseguridad. La transformación resultante que se opera en la experiencia del espacio y el lugar es igualada por las revoluciones en la dimensión temporal, en la medida en que los capitalistas tratan de reducir el tiempo de reintegro de su capital a «un abrir y cerrar de ojos» (véase *infra*, Tercera parte). En suma, el capitalismo es un sistema social que internaliza reglas destinadas a garantizar su permanencia como fuerza revolucionaria y de ruptura dentro de su propia historia mundial. Por lo tanto, si «lo único seguro en la modernidad es la inseguridad», no es difícil advertir de dónde surge esa inseguridad.

Sin embargo, insiste Marx, hay un solo principio unitario en funcionamiento que apuntala y enmarca toda este trastorno revolucionario, esta fragmentación y constante inseguridad. El principio yace en lo que él denomina, de manera más abstracta, «valor en movimiento» o, más simplemente, la circulación del capital que en forma incesante y continuada busca nuevas formas de acumular ganancias. Por la misma razón, hay sistemas de coordinación pertenecientes a un orden superior que parecen tener el poder —aunque Marx insistirá en que este poder es transitorio e ilusorio— de ordenar todo este caos y trazar el camino de la modernización capitalista sobre un

terreno más estable. El sistema de crédito, por ejemplo, encarna cierto poder de regulación de los usos del dinero; los flujos de dinero pueden orientarse con el fin de estabilizar las relaciones entre la producción y el consumo, y arbitrar entre los gastos del momento y las necesidades futuras desplazando los excedentes de capital de una línea de producción o región a otra, sobre bases racionales. Pero aquí también nos encontramos inmediatamente con una contradicción central, porque la creación y el desembolso del crédito nunca pueden separarse de la especulación. Según Marx, el crédito debe ser considerado siempre como «capital ficticio», como una especie de apuesta de dinero a una producción que aún no existe. El resultado es una permanente tensión entre lo que Marx llama «los sistemas financieros» (cartas de crédito, capital ficticio, instrumentos financieros de todo tipo) y su «base monetaria» (hasta hace poco tiempo, vinculada a alguna mercancía tangible como el oro o la plata). Esta contradicción se funda en una paradoja específica: el dinero tiene que asumir alguna forma tangible (oro, moneda, billetes, asientos contables, etc.) aun cuando es una representación general de todo el trabajo social. La cuestión acerca de cuál de las distintas representaciones tangibles es dinero «real» suele irrumpir en épocas de crisis. En medio de una depresión económica, ¿qué es mejor? ¿tener certificados de títulos y acciones, billetes, oro o latas de atún? De esto también se desprende que quienquiera que controle la forma tangible (los productores de oro, el Estado, los bancos que emiten crédito) que resulta más «real» en un momento dado tiene una enorme influencia social, aun cuando, en última instancia, sean los productores y los que intercambian mercancías los que efectivamente definen «el valor del dinero» (un término paradójico que todos comprendemos, pero que técnicamente significa «el valor del valor»). En consecuencia, el control sobre las reglas de la formación de dinero es un terreno de lucha muy disputado que genera considerable inseguridad e incertidumbre en cuanto al «valor del valor». En los booms especulativos, un sistema financiero que al comienzo aparece como un recurso sano para regular las tendencias incoherentes de la producción capitalista, termina convirtiéndose en «el instrumento principal de la super-producción y la super-especulación». El hecho de que la arquitectura posmodernista se considere a sí misma como una *ficción* y no como una *función* parece ser más que pertinente a la luz de la reputación de los financistas, los agentes inmobiliarios y los especuladores que organizan las construcciones.

El Estado, constituido como un sistema de autoridad coercitivo que tiene el monopolio de la violencia institucionalizada, define un segundo principio de organización a través del cual una clase domi-

nante puede tratar de imponer su voluntad, no sólo sobre sus opositores sino sobre el flujo anárquico, el cambio y la incertidumbre a la que siempre es proclive la modernidad capitalista. Las herramientas varían: desde la regulación del dinero y las garantías legales para los contratos de mercado, pasando por las intervenciones fiscales, la creación del crédito y las redistribuciones impositivas, hasta el suministro de infraestructuras sociales y físicas, el control directo sobre las asignaciones de capital y fuerza de trabajo, así como sobre los salarios y los precios, la nacionalización de sectores clave, las limitaciones del poder de la clase obrera, la vigilancia policial y la represión militar, y otros componentes de este tipo. Sin embargo, el Estado es una entidad territorial que lucha por imponer su voluntad sobre un proceso fluido y espacialmente abierto de circulación de capital. Tiene que disputar dentro de sus fronteras con las fuerzas parciales y los efectos de fragmentación propios del individualismo imperante, con el veloz cambio social y con todo lo efímero que característicamente se vincula a la circulación del capital. Además, depende de los impuestos y de los mercados de crédito, de modo que los Estados pueden verse disciplinados por el proceso de circulación, al mismo tiempo que pueden tratar de promover estrategias particulares de acumulación de capital.

Para hacerlo, el Estado debe efectivamente construir un sentido de comunidad diferente del fundado en el dinero, así como una definición de los intereses públicos por encima y más allá de la clase y los intereses y luchas sectarias que están contenidos en sus fronteras. En una palabra, debe legitimarse. Por lo tanto, está obligado a comprometerse en alguna medida con la *estetización de la política*. El clásico trabajo de Marx *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* trata sobre este tema. ¿Cómo es, se pregunta, que hasta en la culminación del proceso revolucionario los propios revolucionarios «convoquen ansiosamente a los espíritus del pasado y se apropien de sus nombres, de sus gritos de batalla y su vestimenta a fin de representar la nueva escena de la historia del mundo bajo esos disfraces vetustos y con un lenguaje prestado»? El «despertar de los muertos en las revoluciones [burguesas] tenía como finalidad glorificar las nuevas luchas, no parodiar las pasadas; magnificar la tarea dada en la imaginación, no huir de su solución en la realidad; encontrar una vez más el espíritu de la revolución, no hacer que su fantasma echara de nuevo a andar». La invocación del mito pudo haber desempeñado un rol clave en las revoluciones pasadas, pero aquí Marx trata de negar lo que Sorel afirmaría después. «La revolución social del siglo XIX no puede extraer su poesía del pasado», sostiene Marx, «sino sólo del futuro». Debe desechar «toda superstición con respecto al

pasado» o, de lo contrario, «la tradición de todas las generaciones muertas pesará como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos» y convertirá la tragedia catártica de la revolución en un ritual farsesco. Al criticar en forma tan despiadada el poder del mito y la estetización de la política, Marx, en efecto, señala su notable capacidad para sofocar las revoluciones progresistas de la clase obrera. Para Marx, el bonapartismo era una forma de «cesarismo» (con todas sus alusiones clásicas) que, en la persona de Luis Bonaparte, que se revestía con la capa de su tío, podía bloquear las aspiraciones revolucionarias de la burguesía progresista y también las de la clase obrera. Así se expresó Marx acerca de la estetización de la política que el fascismo consumó luego en una forma mucho más virulenta.

La tensión entre el carácter fijo (y por lo tanto estable) que impone la regulación del Estado y el movimiento fluido del capital sigue siendo un problema crucial para la organización social y política del capitalismo. Esta dificultad (a la que volveremos en la Segunda parte) se ha modificado porque el Estado se somete a la disciplina de las fuerzas internas (con las cuales cuenta para su poder) y a las condiciones externas: competencia en la economía mundial, tipos de cambio y movimientos de capital, migración o, en ocasiones, intervenciones políticas directas por parte de poderes superiores. Por consiguiente, la relación entre el desarrollo capitalista y el Estado no debe ser considerada de manera unidireccional, sino como mutuamente determinada. El poder del Estado, por fin, no puede ser ni más ni menos estable que lo que permite la economía política de la modernidad capitalista.

No obstante, hay muchos aspectos positivos en la modernidad capitalista. El dominio potencial de la naturaleza, que surge cuando el capitalismo «rasga el velo» de los misterios de la producción, posee un tremendo potencial para reducir el poder de las necesidades impuestas por la naturaleza a nuestra vida. La creación de nuevos deseos y necesidades puede despertarnos a nuevas posibilidades culturales (como las que los artistas de vanguardia explorarán después). Hasta «la variación en el trabajo, la fluidez de la función, la movilidad universal del trabajador», que la industria moderna requiere, poseen el potencial para reemplazar al trabajador fragmentado «por el individuo plenamente evolucionado, capacitado para realizar diversos trabajos, en condiciones de enfrentar cualquier cambio en la producción, para quien las diferentes funciones que realiza son sólo formas de dar libre rienda a sus poderes naturales y adquiridos» (*Capital*, vol. 1, pág. 458). La reducción de las barreras espaciales y la formación del mercado mundial no sólo dan lugar a un acceso generalizado a los productos de las diferentes regiones y

climas, sino que también nos ponen en contacto directo con todos los pueblos de la tierra. Sobre todo, las revoluciones en la fuerza productiva, en la tecnología y en la ciencia abren nuevos horizontes para el desarrollo y la auto-realización del hombre.

Es particularmente útil considerar estas nociones con relación al «heroico» enfrentamiento del modernismo con la mitología. Esta última, afirma Marx, «domina y da forma a los poderes naturales en la imaginación y a través de la imaginación; por lo tanto, desaparece cuando se instaura el verdadero control de estas fuerzas». En suma, la mitología es un vínculo construido por el hombre, intermediador e históricamente determinado, que desaparece cuando los seres humanos adquieren la capacidad de construir su historia de acuerdo con la elección y el proyecto consciente (Raphael, 1981, pág. 89). Las revoluciones tecnológicas que fueron posibles por la división del trabajo y el surgimiento de las ciencias materialistas tuvieron el efecto de demitificar los procesos de producción (justamente llamados «misterios» y «artes» en el período pre-moderno) y de descubrir la posibilidad de liberar a la sociedad de la escasez y de los aspectos más opresivos de la necesidad impuesta por la naturaleza. Este era el aspecto positivo de la modernización capitalista. Sin embargo, el problema era liberarnos del fetichismo del intercambio de mercado y demitificar (y por extensión demitologizar) el mundo social e histórico exactamente de la misma manera. Esta era la tarea científica que Marx se propuso en *El capital*. Pero siempre es posible, en particular frente a las incertidumbres y fragmentaciones propias del capitalismo (crisis económicas, por ejemplo), re-mitologizar, volver a tratar de controlar y dar forma a las fuerzas sociales en la imaginación y a través de ella, bajo condiciones en las que toda imagen de control sobre estas fuerzas parece haberse perdido. La lucha por crear un arte y una ciencia de la historia «de-mitologizados» (ambos proyectos perfectamente factibles en la perspectiva de Marx) debe ser vista como parte de esta lucha social más amplia. Pero esa batalla (para la cual Marx creía haber establecido un poderoso fundamento) podía ganarse sólo a través de la transición a un socialismo poderoso que lo abarcara todo, que convirtiera en algo redundante e irrisorio la apropiación del mundo natural y social a través del mito. Mientras tanto, la tensión entre las mistificaciones, los fetichismos y las construcciones mitológicas del viejo orden, y la tendencia a revolucionar nuestras concepciones del mundo, debe ser considerada central para la vida intelectual, artística y científica.

Es desde la tensión entre las cualidades negativas y positivas del capitalismo como pueden construirse nuevas formas para definir nuestra especie:

«De modo que el capital crea la sociedad burguesa y la apropiación universal de la naturaleza así como el nexo social mismo por parte de los miembros de la sociedad. De allí la gran influencia civilizadora del capital; la producción de una etapa de la sociedad frente a la cual todas las anteriores aparecen como meros *desarrollos locales* de la humanidad y como *idolatría de la naturaleza*. Por primera vez, la naturaleza se convierte en un mero objeto para la especie humana, en un puro objeto de utilidad; deja de ser reconocida como un poder en sí mismo, y el descubrimiento teorético de sus leyes autónomas aparece meramente como un ardid destinado a someterla a las necesidades humanas (. . .) El capital rebasa las barreras y prejuicios nacionales así como el culto a la naturaleza, y [rebasa] todas las satisfacciones tradicionales, restringidas, complacientes, enquistadas, de las necesidades presentes, y la reproducción de los viejos estilos de vida. Es destructivo con relación a todo esto y constantemente lo revoluciona derribando todos los obstáculos que limitan el desarrollo de las fuerzas de producción, la expansión de las necesidades, y el desarrollo multifacético de la producción, y la explotación y el intercambio de las fuerzas naturales y mentales» (*Grundrisse*, pág. 410).

Hay algo más que una referencia al proyecto de la Ilustración en pasajes como este. Y Marx nos da muchos consejos acerca de cómo podríamos reunir todas las resistencias esporádicas aunque generalizadas, los descontentos y luchas contra los aspectos opresivos, destructivos, pulverizadores y desestabilizantes de la vida bajo el capitalismo, para poder dominar el torbellino y convertirnos en creadores colectivos de nuestra propia historia de acuerdo con un plan consciente. «En realidad, el reino de la libertad empieza sólo cuando cesa el trabajo determinado por la necesidad y las consideraciones mundanas (. . .) Más allá comienza ese desarrollo de la energía humana que constituye un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad».

Por consiguiente, Marx describe los procesos sociales del capitalismo que dan lugar al individualismo, la alienación, la fragmentación, lo efímero, la innovación, la destrucción creadora, el desarrollo especulativo, los desplazamientos impredecibles en los métodos de la producción y el consumo (deseos y necesidades), que dan lugar a una transformación en la experiencia del espacio y el tiempo, así como a una dinámica de cambio social pautada por crisis. Si estas condiciones de la modernización capitalista forman el contexto material a partir del cual los pensadores modernistas y posmodernistas y los productores culturales forjan su sensibilidad estética, sus

principios y prácticas, parece razonable llegar a la conclusión de que el giro hacia el posmodernismo no refleja *cambio* fundamental alguno en la condición social. El surgimiento del posmodernismo representa un recomienzo (si lo hay) en las formas de pensar aquello que puede o debe hacerse acerca de la condición social, o (y esta es la proposición que exploramos con cierta profundidad en la Segunda parte) refleja un cambio en el modo en que funciona hoy el capitalismo. En ambos casos, si la obra de Marx sobre el capitalismo es correcta, nos proporciona una base muy sólida para pensar las relaciones generales entre la modernización, la modernidad y los movimientos estéticos que extraen sus energías de esas condiciones.

6. ¿POSmodernISMO o posMODERNismo?

¿Cómo debería evaluarse entonces el posmodernismo en general? Mi afirmación preliminar sería esta: que su interés por la diferencia, por las dificultades de la comunicación, por la complejidad y diversidad de intereses, culturas, lugares, etc., ejerce una influencia positiva. En efecto, los meta-lenguajes, las meta-teorías y los meta-relatos del modernismo (en particular sus manifestaciones más tardías) se han esmerado en destacar las diferencias importantes, y no han logrado analizar las distorsiones y detalles importantes. El posmodernismo ha contribuido esencialmente al reconocimiento de «las múltiples formas de otredad que surgen de las diferencias de la subjetividad, el género y la sexualidad, la raza y la clase, las localizaciones y dislocaciones temporales (configuraciones de sensibilidad) y los espacios y geografías» (Huyssens, 1984, pág. 50). Es este aspecto del pensamiento posmodernista el que le confiere su perfil radical, hasta el punto de que neo-conservadores tradicionales como Daniel Bell no se alegran sino que más bien temen sus adecuaciones al individualismo, al comercialismo, a la libre iniciativa. Después de todo, estos neo-conservadores no podrían alegrarse ante la afirmación de Lyotard (1984, pág. 66) según la cual «el contrato temporario suplanta en la práctica a las instituciones permanentes en el dominio profesional, emocional, sexual, cultural, familiar e internacional, así como en los asuntos políticos». Daniel Bell se lamenta abiertamente del colapso de los sólidos valores burgueses, de la degradación de la ética laboral en la clase obrera, y considera que las tendencias contemporáneas son menos un giro hacia un futuro posmodernista vibrante que un agotamiento del modernismo que es el heraldo de una crisis social y política para los años venideros.

Asimismo, debería tenerse en cuenta que el posmodernismo mimetiza las prácticas sociales, económicas y políticas de la sociedad. Pero, en la medida en que mimetiza diferentes facetas de estas prácticas, aparece bajo muy diferentes aspectos. La superposición de diferentes mundos en muchas novelas posmodernas, mundos entre los cuales predomina una «otredad» de incomunicación en un espacio de coexistencia, muestra una funesta relación con la guetifi-

cación creciente, con la desapropiación y el aislamiento de los pobres y las poblaciones minoritarias en los centros urbanos de Gran Bretaña y de los Estados Unidos. No es difícil leer una novela posmoderna como un corte metafórico a través del paisaje social fragmentado, de las subculturas y las formas locales de comunicación en Londres, Chicago, Nueva York o Los Angeles. Si se tiene en cuenta que la mayor parte de los indicadores sociales muestran un fuerte incremento de la guetificación a partir de 1970, tal vez corresponda pensar que la ficción posmoderna mimetiza ese hecho.

Pero la opulencia, el poder y la autoridad que emergen del otro extremo de la escala social producen un *ethos* absolutamente distinto. Porque, si bien es difícil percibir alguna diferencia entre trabajar en el edificio posmoderno de AT&T de Philip Johnson o hacerlo en el edificio modernista de Seagram de Mies van der Rohe, la imagen proyectada hacia afuera es diferente. «AT&T insistió en que quería algo distinto que no fuera simplemente otra caja de vidrio», dijo el arquitecto. «Estuvimos pensando algo que proyectara la imagen de nobleza y de fuerza de la compañía. Ningún material mejor que el granito» (aunque duplicaba el costo del vidrio). Con las viviendas de lujo y las oficinas de las corporaciones, los rasgos estéticos se convierten en expresión del poder de clase. Crimp (1987) lo lleva más allá:

«La situación actual de la arquitectura consiste en que los arquitectos discuten la estética académica y abstracta mientras que, en la realidad, son cautivos de los agentes inmobiliarios que están arruinando nuestras ciudades y expulsando a la clase obrera de sus hogares (. . .) El nuevo rascacielos de Philip Johnson (. . .) es el edificio de un agente inmobiliario, con algunos aderezos agregados, en medio de un barrio que no necesita otro rascacielos».

Invocando la memoria del arquitecto de Hitler, Albert Speer, Crimp sigue atacando la máscara posmodernista de lo que él considera un nuevo autoritarismo en la orientación de las formas urbanas.

He elegido estos dos ejemplos para ilustrar la importancia que tiene discernir exactamente cuáles son los tipos de práctica social y los conjuntos de relaciones sociales que se reflejan en los diferentes movimientos estéticos. Sin embargo, esta información es sin duda incompleta porque aún debemos establecer —y este será el tema de investigación en la Segunda y Tercera partes de este libro— exactamente qué mimetizaría el posmodernismo. Más aún, no es menos peligroso suponer que el posmodernismo es únicamente mimético, y no una intervención estética en la política, la economía y la vida so-

cial por derecho propio. Por ejemplo, la fuerte inyección de *ficción*, así como la de *función*, en la sensibilidad ordinaria, debe de tener consecuencias acaso inesperadas para la acción social. Al fin y al cabo, hasta Marx insistió en que el peor de los arquitectos se distingue de la mejor de las abejas en que el arquitecto erige estructuras en la imaginación antes de darles forma material. Los cambios en lo que imaginamos, pensamos, planeamos y racionalizamos tendrán necesariamente consecuencias materiales. Sólo en estos términos muy amplios de unión de la mímesis con la intervención estética puede entenderse el amplio espectro del posmodernismo.

Sin embargo, el posmodernismo se considera a sí mismo de manera más simple: como un movimiento deliberado y algo caótico para superar todos los supuestos males del modernismo. Sin embargo, en este sentido, creo que los posmodernistas exageran cuando describen lo moderno de manera tan grosera, sea caricaturizando todo el movimiento modernista hasta el punto de que hasta Jencks admite que «golpear a la arquitectura moderna se ha convertido en una forma de sadismo fácil que está llegando demasiado lejos», o aislando un ala del modernismo para criticarlo (althusserianismo, brutalismo moderno o lo que sea) como si eso fuera todo. Al fin y al cabo, había muchas corrientes dentro del modernismo, y el posmodernismo se hace eco de algunas de ellas de manera bastante explícita (Jencks, por ejemplo, se remite al período 1870-1914, y hasta a la confusa década de 1920, mientras que incluye el monasterio de Le Corbusier en Ronchamp como un precursor importante de un aspecto del posmodernismo). Los meta-relatos que los posmodernistas desacreditan (Marx, Freud, y hasta figuras más recientes como Althusser) eran mucho más abiertos, más matizados y sutiles de lo que suponen sus críticos. Marx y muchos marxistas (pienso en Benjamin, Thompson, Anderson, como ejemplos distintos) tienen un ojo para el detalle, la fragmentación y la desarticulación que a menudo les es negado en las caricaturas que se hacen de ellos en las polémicas posmodernas. El trabajo de Marx sobre la modernización es extraordinariamente rico por su percepción de las raíces de la sensibilidad modernista así como de la posmodernista.

Es igualmente erróneo descartar tan fácilmente los logros materiales de las prácticas modernistas. Los modernistas encontraron la forma de manejar y contener una situación capitalista explosiva. Por ejemplo, fueron eficaces para organizar la vida urbana y para construir el espacio de manera tal que pudiera contener los procesos de intersección que contribuyeron a una veloz transformación urbana en el capitalismo del siglo XX. Si hay una crisis implícita en todo esto, no es evidente que se la pueda atribuir a los modernistas y no a

los capitalistas. Sin duda, hay algunos éxitos extraordinarios en el panteón modernista (distingo el edificio de la escuela británica y el plan de diseño de principios de la década de 1960 que resolvió algunos de los problemas de los establecimientos educativos dentro de estrechos límites presupuestarios). Si bien algunos proyectos de vivienda fueron melancólicos fracasos, otros no lo fueron, sobre todo si se los compara con las condiciones miserables de las que provenía mucha gente. Y, en definitiva, fueron las condiciones sociales de Pruitt-Igoe —ese gran símbolo del fracaso modernista— las que estaban en el corazón del problema, y no la pura forma arquitectónica. Culpabilizar a la forma física de los males sociales supone sustentar el determinismo ambiental más vulgar que pocos estarían dispuestos a aceptar en otras circunstancias (si bien advierto con pena que otro miembro del «gabinete interno» del príncipe Carlos es la geógrafa Alice Coleman, que por lo general confunde la relación entre el mal diseño y el comportamiento antisocial con la causalidad). Por consiguiente, es interesante observar que los inquilinos del «hábitat de vida» de Firminy-le-Vert de Le Corbusier se han organizado en un movimiento social para evitar su destrucción (no por una lealtad particular hacia Le Corbusier, sino simplemente porque se trata de sus hogares). Hasta Jencks lo admite: los posmodernistas han adoptado todos los grandes logros de los modernistas en el diseño arquitectónico, aunque, por cierto, han modificado la estética y las apariencias, al menos en forma superficial.

Mi conclusión es que hay más continuidad que diferencia entre la vasta historia del modernismo y el movimiento llamado posmodernismo. Me parece más sensato considerar que este último es una especie de crisis particular dentro del primero, que pone en primer plano el aspecto fragmentario, efímero y caótico de la fórmula de Baudelaire (ese aspecto que Marx tan admirablemente analiza como inherente al modo de producción capitalista) y que expresa un profundo escepticismo hacia cualquier enunciado que decida cómo deben concebirse, representarse o expresarse lo eterno y lo inmutable.

Pero el posmodernismo, con su énfasis en el carácter efímero de la *jouissance*, su insistencia en la impenetrabilidad del otro, su concentración en el texto más que en la obra, su tendencia a una deconstrucción que bordea el nihilismo, su preferencia por la estética sobre la ética, lleva las cosas demasiado lejos. Las lleva más allá de cualquier posibilidad de establecer una política coherente, mientras que el ala que busca una adaptación desvergonzada al mercado introduce con firmeza por el camino de una cultura empresarial que es la marca más pura del neo-conservadurismo reaccionario. Los filó-

sofos posmodernistas no sólo nos dicen que aceptemos sino que disfrutemos de las fragmentaciones y de la cacofonía de voces a través de las cuales se entienden los dilemas del mundo moderno. Obsesionados con la deconstrucción y la desautorización de cualquier forma de argumento que se les oponga, pueden terminar condenando sus propios reclamos de validez hasta que no quede ninguna base para la acción razonada. El posmodernismo nos induce a aceptar las reificaciones y demarcaciones, y en realidad celebra la actividad de enmascaramiento y ocultamiento de todos los fetichismos de localidad, lugar o agrupación social, mientras rechaza la clase de meta-teoría que puede explicar los procesos económico-políticos (flujos monetarios, divisiones internacionales del trabajo, mercados financieros, etc.) que son cada vez más universalizantes por la profundidad, intensidad, alcance y poder que tienen sobre la vida cotidiana.

Lo peor de todo es que si bien el pensamiento posmodernista abre una perspectiva radical al reconocer la autenticidad de otras voces, cierra inmediatamente el acceso de esas otras voces a fuentes más universales de poder, al guetificarlas dentro de una otredad opaca, la especificidad de este o aquel juego de lenguaje. Mediante ese procedimiento desautoriza a esas voces (de mujeres, de minorías étnicas y raciales, de pueblos colonizados, desempleados, jóvenes, etc.) en un mundo de mutiladoras relaciones de poder. El juego de lenguaje de una trama de banqueros internacionales puede ser impenetrable para nosotros, pero eso no lo pone a la par del lenguaje igualmente impenetrable de los negros de los centros urbanos, desde el punto de vista de las relaciones de poder.

La retórica del posmodernismo es peligrosa en la medida en que se niega a enfrentar las realidades de la economía política y las circunstancias del poder global. La tontería de la «propuesta radical» de Lyotard, según la cual abrir los bancos de datos a todo el mundo como prólogo a una reforma radical (como si todos tuviéramos el mismo poder para utilizar esa oportunidad) es instructiva, porque permite entender cómo hasta el más resuelto de los posmodernistas, en última instancia, debe hacer algún gesto universalizante (la apelación de Lyotard a un concepto prístino de justicia) o caer, como Derrida, en el silencio político total. La meta-teoría no puede ser exonerada. Los posmodernistas se limitan a meterla bajo tierra donde sigue funcionando como una «efectividad ahora inconsciente» (Jameson, 1984*b*).

Por lo tanto, estoy de acuerdo con Eagleton en su repudio de Lyotard: «No puede haber diferencia entre verdad, autoridad y seducción retórica; aquel que tiene la lengua más tersa o la historia más rancia, tiene el poder», afirma. El reinado de ocho años de un cuen-

tero carismático en la Casa Blanca sugiere que hay algo más que una leve continuidad del problema político y que el posmodernismo se acerca peligrosamente a una complicidad con la estetización de la política sobre la cual se funda. Esto nos lleva a una cuestión muy básica. Si tanto la modernidad como la posmodernidad extraen su estética de algún tipo de lucha con el *hecho* de la fragmentación, la condición efímera, el flujo caótico, yo diría que es muy importante saber por qué este hecho debiera ser un aspecto tan invasor de la experiencia moderna por un lapso tan prolongado, y por qué la intensidad de esa experiencia parece haberse recuperado con tanta intensidad desde 1970. Si lo único cierto acerca de la modernidad es la incertidumbre, deberíamos prestar mucha atención a las fuerzas sociales que dan lugar a esa condición. Me dedicaré ahora a esas fuerzas sociales.

Segunda parte. La transformación económico-política del capitalismo tardío del siglo XX

«El intervalo entre la decadencia de lo viejo y la formación y consolidación de lo nuevo constituye un período de transición que siempre, necesariamente, debe ser de incertidumbre, confusión, error y salvaje y feroz fanatismo».

John Calhoun

7. Introducción

Si ha habido algún tipo de transformación en la economía política del capitalismo tardío del siglo XX, nos corresponde a nosotros establecer la posible profundidad e importancia del cambio. Abundan los signos de cambios radicales en los procesos laborales, los hábitos del consumidor, las configuraciones geográficas y geopolíticas, los poderes y prácticas estatales, y otros aspectos similares. Sin embargo, aún vivimos, en Occidente, en una sociedad donde la producción destinada a la ganancia sigue siendo el principio básico organizador de la vida económica. Por lo tanto, debemos representar de alguna manera todos los cambios y la agitación que han ocurrido desde la primera gran recesión de posguerra en 1973, lo cual no pierde de vista el hecho de que las reglas básicas del modo de producción capitalista siguen operando como fuerzas que definen invariablemente el desarrollo histórico y geográfico.

Y en el lenguaje (y por consiguiente en la hipótesis) que analizaré, podremos ver los acontecimientos recientes como una transición en el *régimen de acumulación* y su correspondiente *modo de regulación social y política*. Al representar los problemas de esta manera, recurro al lenguaje de una cierta escuela de pensamiento conocida como la «escuela de la regulación». Su argumento fundamental, sostenido por Aglietta (1979) y por Lipietz (1986), Boyer (1986*a*, 1986*b*) y otros, puede resumirse brevemente. Un régimen de acumulación «describe la estabilización en un largo período de la asignación del producto neto entre el consumo y la acumulación; implica cierta correspondencia entre la transformación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados». Un sistema de acumulación particular puede existir en la medida en que «su esquema de reproducción sea coherente». Sin embargo, el problema es introducir los comportamientos de todo tipo de individuos —capitalistas, obreros, empleados del Estado, financistas y otros agentes económico-políticos— en alguna configuración que mantenga en funcionamiento el régimen de acumulación. Por lo tanto, debe existir «una materialización del régimen de acumulación que tome la forma de normas, hábitos, leyes, redes de regula-

ción, etc., que aseguren la unidad del proceso, es decir, la conveniente consistencia de los comportamientos individuales respecto del esquema de reproducción. Este cuerpo de reglas y procesos sociales interiorizados se denomina el *modo de regulación*» (Lipietz, 1986, pág. 19).

Este lenguaje es útil, en primer lugar, como recurso heurístico. Concentra nuestra atención en las complejas interrelaciones, hábitos, prácticas políticas y formas culturales que permitirán que un sistema capitalista altamente dinámico, y consiguientemente inestable, adquiera la apariencia suficiente de orden como para funcionar en forma coherente por lo menos durante un cierto período.

Hay dos amplias áreas de dificultad dentro de un sistema económico capitalista que deben negociarse con éxito si se quiere asegurar la viabilidad del sistema. La primera surge de las cualidades anárquicas de los mercados que fijan los precios, y la segunda, de la necesidad de controlar el despliegue de la fuerza de trabajo a fin de garantizar la plusvalía en la producción y, por lo tanto, las ganancias positivas para tantos capitalistas como sea posible.

Los mercados que fijan los precios, para tomar el primer problema, suelen proporcionar innumerables señales altamente descentralizadas que permiten a los productores coordinar las decisiones de producción con las necesidades, los requerimientos y los deseos de los consumidores (que están sujetos al presupuesto y a las restricciones de costos que en cualquier transacción mercantil afectan a ambas partes). Pero la famosa «mano invisible» del mercado de Adam Smith nunca ha sido suficiente para garantizar el crecimiento estable del capitalismo, aun cuando las instituciones que lo sustentan (propiedad privada, obligación de cumplimiento de contratos, manejo apropiado del dinero) hayan funcionado en forma adecuada. Es necesario que exista cierto grado de acción colectiva —por lo general, control e intervención estatal— para compensar los fracasos del mercado (tales como los daños irreparables que afectan al medio natural y social), evitar las excesivas concentraciones del poder de mercado o frenar el abuso del privilegio monopólico allí donde este resulta inevitable (en campos tales como el transporte y las comunicaciones), suministrar bienes colectivos (defensa, educación, infraestructuras sociales y físicas) que no pueden ser producidos y vendidos a través del mercado, y evitar la posibilidad de desbordes debidos a las olas especulativas, los signos anormales del mercado y el juego recíproco potencialmente negativo entre las expectativas empresariales y los signos del mercado (el problema del auto-cumplimiento de las profecías en el desempeño del mercado). En la práctica, las presiones colectivas ejercidas por el Estado u

otras instituciones (religiosas, políticas, sindicales, empresarias, y organizaciones culturales) junto con el ejercicio del poder dominante del mercado por parte de las grandes corporaciones y otras poderosas instituciones afectan la dinámica del capitalismo de manera vital. Las presiones pueden ser directas (como la fijación de salarios y los controles de precios) o indirectas (como la publicidad subliminal que nos induce a una nueva concepción de las necesidades y deseos fundamentales en la vida), pero el efecto neto es definir la trayectoria y la forma del desarrollo capitalista por caminos que no pueden comprenderse mediante el simple análisis de las transacciones de mercado. Más aún, las orientaciones sociales y psicológicas, como el individualismo y el impulso de realización personal a través de la auto-expresión, la búsqueda de seguridad y de identidad colectiva, la necesidad de alcanzar auto-respeto, status, o alguna otra marca de identidad individual, juegan un rol en la definición de las modalidades del consumo y en los estilos de vida. Basta contemplar el conjunto de fuerzas comprometidas en la proliferación de la producción masiva, la propiedad y el uso de los automóviles para reconocer el amplio espectro de significados sociales, psicológicos, políticos y económicos (en el sentido trivial) que se vinculan a uno de los sectores de crecimiento clave del capitalismo del siglo XX. La virtud de la «escuela de la regulación» es que insiste en que consideremos el paquete total de relaciones y disposiciones que contribuyen a la estabilización del desarrollo productivo y a la asignación total del ingreso y el consumo en un período y lugar histórico determinados.

El segundo terreno de dificultad en las sociedades capitalistas hace a la conversión de la capacidad de hombres y mujeres para que realicen un trabajo activo en el proceso laboral de cuyos frutos pueden apropiarse los capitalistas. Cualquier trabajo requiere cierta concentración, auto-disciplina, adecuación a diferentes instrumentos de producción y cierto conocimiento de las potencialidades de diversas materias primas para su conversión en productos útiles. Sin embargo, en la producción de mercancías que se realiza en las condiciones del trabajo asalariado, gran parte del conocimiento, de las decisiones técnicas así como del aparato disciplinario están fuera del control de la persona que en realidad hace el trabajo. El acostumbramiento de los trabajadores asalariados al capitalismo fue un largo proceso histórico (no particularmente feliz) que debe renovarse con la incorporación de cada nueva generación de trabajadores a la fuerza de trabajo. La disciplina impuesta a la fuerza de trabajo en función de la acumulación capitalista —proceso al que me referiré en general como «control del trabajo»— es un asunto muy intrinca-

do. En primera instancia, entraña cierta mezcla de represión, acostumbramiento, cooptación y cooperación, todo lo cual debe organizarse no sólo en el lugar de trabajo sino en la sociedad en su conjunto. La socialización del trabajador a las condiciones de la producción capitalista supone el control social de fuerzas físicas y mentales sobre bases muy amplias. La educación, el entrenamiento, la persuasión, la movilización de ciertos sentimientos sociales (la ética del trabajo, la lealtad a la compañía, el orgullo nacional o local) y tendencias psicológicas (la búsqueda de identidad a través del trabajo, la iniciativa individual o la solidaridad social), todo esto desempeña un papel y está íntimamente mezclado con la formación de las ideologías dominantes cultivadas por los medios masivos, las instituciones religiosas y educativas, las diversas ramas del aparato estatal, y afirmado por la simple articulación de su experiencia, por parte de aquellos que hacen el trabajo. Aquí, también, el «modo de regulación» es una manera conveniente de conceptualizar la forma en que los problemas de la organización de la fuerza de trabajo para los fines de la acumulación capitalista se elaboran en lugares y tiempos específicos.

Acepto ampliamente la perspectiva de que el prolongado boom de posguerra, de 1945 a 1973, se construyó sobre cierto conjunto de prácticas de control del trabajo, combinaciones tecnológicas, hábitos de consumo y configuraciones del poder económico-político, y que esa configuración puede llamarse sin duda fordista-keynesiana. La fragmentación de este sistema desde 1973 ha inaugurado un período de cambios rápidos, de flujo e incertidumbre. No está en modo alguno claro si los nuevos sistemas de producción y comercialización, caracterizados por procesos y mercados laborales más flexibles, movilidad geográfica y rápidos desplazamientos en las prácticas de consumo, responden al título de un nuevo régimen de acumulación, y si el renacimiento de la iniciativa empresaria y del neo-conservadurismo, junto con el giro cultural hacia el posmodernismo, responden al título de un nuevo modo de regulación. Siempre existe el riesgo de confundir lo transitorio y lo efímero con transformaciones más fundamentales en la vida económico-política. Pero los contrastes entre las prácticas económico-políticas del presente y aquellas de la época del boom de posguerra son suficientemente fuertes como para hacer que la hipótesis de un desplazamiento del fordismo a lo que podría llamarse un régimen de acumulación «flexible» sea efectivamente una manera pertinente de caracterizar la historia reciente. Y si, por razones didácticas, a partir de ahora acentúo los contrastes, a modo de conclusión general volveré sobre la cuestión evaluativa acerca del carácter fundamental de los cambios.

8. Fordismo

Sin duda, la fecha simbólica de iniciación del fordismo es 1914, cuando Henry Ford introdujo su jornada de cinco dólares y ocho horas para recompensar a los trabajadores que habían armado la línea de montaje en cadena de piezas de automóvil que había inaugurado el año anterior en Dearborn, Michigan. Pero la forma de implantación del fordismo es mucho más complicada que eso.

En muchos aspectos, las innovaciones tecnológicas y organizativas de Ford fueron una mera extensión de tendencias consolidadas. Por ejemplo, la forma corporativa de la organización empresarial se había perfeccionado gracias a los ferrocarriles en el curso del siglo XIX, y después de la ola de formación de trusts, carteles y fusiones empresarias a fines de siglo, se extendió a numerosos sectores industriales (un tercio de los activos industriales norteamericanos se fusionarían entre los años 1898-1902). Del mismo modo, Ford no hizo más que racionalizar las viejas tecnologías y una división preexistente del trabajo especializado, si bien al hacer que el trabajo fluyera hacia un trabajador estacionario, logró grandes aumentos de productividad. Después de todo, *The principles of scientific management*, de F. W. Taylor, se publicó en 1911. Se trata de un influyente tratado que analiza cómo la productividad del trabajo puede incrementarse radicalmente dividiendo cada proceso de trabajo en movimientos parciales y organizando las tareas fragmentarias de acuerdo con pautas rigurosas de tiempo y con el estudio del movimiento. Y el pensamiento de Taylor tenía una larga tradición, ya que se remontaba a los experimentos de Gilbreth de la década de 1890 y a los trabajos de escritores de mediados del siglo XIX, como Ure y Babbage, que Marx había considerado tan reveladores. Además, hacía tiempo que en varias industrias se había puesto en práctica la separación entre dirección, concepción, control y ejecución (y todo lo que esto significaba en el plano de las relaciones sociales jerárquicas y la pérdida de habilidades dentro del proceso de trabajo). Lo propio de Ford (y lo que por último separa al fordismo del taylorismo) fue su concepción, su reconocimiento explícito de que la producción en masa significaba un consumo masivo, un nuevo siste-

ma de reproducción de la fuerza de trabajo, una nueva política de control y dirección del trabajo, una nueva estética y una nueva psicología; en una palabra: un nuevo tipo de sociedad racionalizada, modernista, populista y democrática.

Unas décadas después, el dirigente comunista italiano Antonio Gramsci, que languideció en una de las cárceles de Mussolini, llegó exactamente a la misma conclusión. El americanismo y el fordismo, observó en sus *Cuadernos de la cárcel*, significaban «el esfuerzo colectivo más grande que se ha realizado hasta la fecha para crear, con una velocidad sin precedentes y con una conciencia del objetivo que no tiene parangón en la historia, un nuevo tipo de trabajador y un nuevo tipo de hombre». Los nuevos métodos de trabajo «son inseparables de un modo específico de vivir y pensar, y de sentir la vida». En la perspectiva de Gramsci, las cuestiones de la sexualidad, de la familia, de las formas de coerción morales, del consumismo y de la acción del Estado se ligaban todas con el intento de forjar un tipo de trabajador «adecuado al nuevo tipo de trabajo y de proceso productivo». Sin embargo, aun dos décadas después de la apertura del juego por parte de Ford, Gramsci juzgó que «esta elaboración aún está en su fase inicial y por lo tanto (al parecer) es idílica». ¿Por qué le llevó tanto tiempo al fordismo convertirse en un régimen de acumulación maduro?

Ford pensaba que el nuevo tipo de sociedad podía construirse simplemente a través de la correcta aplicación de la fuerza corporativa. El objetivo de la jornada de cinco dólares y ocho horas era asegurar la sumisión del trabajador a la disciplina requerida para trabajar en el sistema de la línea de montaje. Al mismo tiempo quería suministrar a los obreros el ingreso y el tiempo libre suficientes para consumir los productos masivos que las corporaciones lanzarían al mercado en cantidades cada vez mayores. Para esto era necesario que los trabajadores supieran cómo gastar su dinero en forma adecuada. Fue así como, en 1916, Ford, envió un ejército de asistentes sociales a las casas de sus trabajadores «privilegiados» (en gran medida inmigrantes) para cerciorarse de que el «hombre nuevo» de la producción en masa tuviera una probidad moral, una vida familiar y la capacidad de hacer un consumo prudente (es decir, no-alcohólico) y «racional», a la altura de las necesidades y expectativas de la corporación. El experimento no duró mucho, pero su existencia fue un signo que presagiaba los graves problemas sociales, psicológicos y políticos que el fordismo habría de plantear.

Ford creía tan firmemente en la fuerza corporativa para regular la economía en su conjunto que incrementó los salarios en el momento de la gran depresión, con la seguridad de que esta medida es-

timularía la demanda efectiva, reactivaría el mercado y restauraría la confianza empresaria. Pero las leyes coercitivas de la competencia demostraron ser demasiado poderosas hasta para el poderoso Ford, que se vio obligado a despedir trabajadores y a recortar los salarios. Quedó para Roosevelt y el New Deal la tarea de tratar de salvar el capitalismo haciendo, a través de la intervención del Estado, lo que Ford había tratado de hacer solo. Ford intentó aprovecharse de ese resultado en la década de 1930, impulsando a sus trabajadores a autoabastecerse de la mayor parte de sus necesidades de subsistencia. En su tiempo libre, aseguraba, debían cultivar verduras en el jardín (práctica que se adoptó con gran éxito en Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial). Al insistir en que «la autoayuda era la única forma de combatir la depresión económica», Ford reforzaba la utopía controlada, de regreso-a-la-tierra, característica de los planes de Frank Lloyd Wright para Broadacre City. Pero aun aquí podemos detectar interesantes signos de futuras configuraciones, dado que la suburbanización y la desconcentración de la población y de la industria (más que la autoayuda), implícitas en la concepción modernista de Wright, se convertirían en un elemento fundamental para estimular la demanda de los productos de Ford durante el prolongado boom posterior a la guerra, después de 1945.

En realidad, la forma en que se aplicó el sistema fordista da lugar a una historia larga y complicada que se extiende a más de medio siglo. Dependía de una multitud de decisiones individuales, corporativas, institucionales y estatales, muchas de las cuales eran opciones políticas inconscientes o respuestas reflejas a las tendencias de las crisis capitalistas, en particular tal como se manifestaron en la gran depresión de 1930. La movilización posterior de tiempos de guerra también implicó una planificación en gran escala así como una profunda racionalización del proceso del trabajo, a pesar de la resistencia de los trabajadores a la producción en línea de montaje y a los temores capitalistas con respecto a un control centralizado. Ni los capitalistas ni los trabajadores podían negarse a las racionalizaciones que mejorarían la eficacia, en un momento de esfuerzo concentrado a causa de la guerra. Además, las confusiones en las prácticas ideológicas e intelectuales complicaban los problemas. Tanto el ala izquierda como el ala derecha del espectro político tenían su propia versión de la planificación estatal racionalizada (con todos sus atavíos modernistas) como solución a los males heredados por el capitalismo, tal como lo demostraba, sobre todo, la crisis de 1930. Se trataba de un tipo de confusión en la historia política e intelectual en la que Lenin aparecía elogiando la tecnología de producción taylorista y fordista mientras los sindicatos de Europa Occidental la

rechazaban, y Le Corbusier se convertía en una suerte de apóstol de la modernidad mientras se asociaba con los regímenes autoritarios (Mussolini por un tiempo, y luego el régimen de Vichy en Francia), o Ebenezer Howard forjaba planes utópicos inspirados por el anarquismo de Geddes y Kropotkin, que los constructores capitalistas se encargarían de realizar luego, y Robert Moses, que comenzó el siglo como un «progresista» político (inspirado en el socialismo utópico que describe Edward Bellamy en *Looking backwards*), y terminaba en el «agente con poder» que «llevó el hacha de guerra» al Bronx en nombre de la automovilización de América (véase p. ej. Caro, 1974).

Al parecer, había dos impedimentos mayores para la difusión del fordismo en los años de entreguerras. En primer término, el estado de las relaciones de clase en el mundo capitalista no permitía la aceptación fácil de un sistema de producción que se apoyaba en la adaptación del trabajador a largas horas de trabajo de pura rutina, que no requería las habilidades artesanales tradicionales y que no contemplaba casi la participación del trabajador en el diseño, el ritmo y la programación del proceso de producción. Ford había confiado casi exclusivamente en el trabajo de los inmigrantes para instaurar su sistema de producción por línea de montaje, pero los inmigrantes aprendieron y los trabajadores nativos americanos eran hostiles. El giro de renovación de la fuerza de trabajo de Ford demostró ser impresionante. También hubo feroces resistencias al taylorismo en la década de 1920 y algunos comentaristas, como Richard Edwards (1979), insisten en que la oposición de los trabajadores derrotó de plano la implantación de esas técnicas en la mayor parte de las industrias, a pesar de la dominación capitalista de los mercados laborales, del flujo continuo de trabajo inmigrante y de la posibilidad de movilizar reservas laborales en la América rural (a veces también negra). En el resto del mundo capitalista, la organización del trabajo y las tradiciones artesanales eran demasiado fuertes y la inmigración era demasiado débil como para permitir que el fordismo o el taylorismo tuvieran un predominio fácil sobre la producción, aun cuando se aceptaron y aplicaron ampliamente los principios generales de la administración científica. En este sentido, *Administration industrielle et générale* de Henri Fayol (publicado en 1916) resultó ser un texto de mayor influencia en Europa que el de Taylor. Con su insistencia en las estructuras de organización y en el ordenamiento jerárquico de la autoridad y el flujo de la información, dio lugar a una versión algo diferente de la administración racionalizada, si se la compara con la preocupación de Taylor por simplificar la corriente horizontal de los procesos de producción. La tecnología de la producción en masa por línea de montaje, implantada de manera

irregular en los Estados Unidos, se había desarrollado débilmente en Europa antes de mediados de la década de 1930. La industria automovilística europea —con la excepción de la planta de Fiat en Turín—, que siguió siendo fundamentalmente una industria de excelencia artesanal (aunque organizada en forma corporativa) que producía automóviles para un mercado próspero compuesto por consumidores de la elite, apenas fue afectada por los procedimientos de línea de montaje para la producción en masa de modelos más baratos antes de la Segunda Guerra Mundial. Hizo falta una revolución mayor en las relaciones de clase —una revolución que empezó en la década de 1930 pero que tuvo su esplendor recién en la década de 1950— para que el fordismo pudiera difundirse en Europa.

El segundo gran obstáculo que debía superarse eran las modalidades y mecanismos de la intervención estatal. Debía idearse un nuevo modo de regulación que respondiera a las exigencias de la producción fordista, y fueron necesarios el impacto salvaje de la depresión de 1930 y el casi colapso del capitalismo para que las sociedades capitalistas impulsaran una nueva perspectiva en la concepción e implementación de los poderes estatales. La crisis aparecía fundamentalmente como una falta de demanda efectiva del producto, y fue en ese plano donde comenzó la búsqueda de soluciones. Gracias a una percepción tardía, por supuesto, podemos ver con claridad todos los peligros que entrañan los movimientos socialistas nacionales. Pero, a la luz del fracaso evidente de los gobiernos democráticos que no hicieron otra cosa que complicar las dificultades de un colapso económico general, no es difícil percibir el atractivo de una solución política en la que los trabajadores eran disciplinados en sistemas de producción nuevos y más eficientes, y donde la capacidad excedente era absorbida en parte merced a gastos productivos en las infraestructuras tan necesarias para la producción y el consumo (mientras que la otra parte se despilfarraba en gastos militares). No pocos políticos e intelectuales (cito al economista Schumpeter como ejemplo) pensaron que el tipo de soluciones exploradas en Japón, Italia y Alemania en la década de 1930 (despojadas de sus apelaciones a la mitología, el militarismo y el racismo) eran correctas, y apoyaron el New Deal de Roosevelt porque lo vieron precisamente desde esa óptica. Muchos estaban de acuerdo en que el estancamiento democrático de la década de 1920 (aunque ligado a la clase) tenía que ser superado con una pizca de autoritarismo y de intervencionismo estatales, de los que podían encontrarse pocos precedentes (salvo el de la industrialización en Japón o las intervenciones bonapartistas del Segundo Imperio en Francia). Desilusionado por la incapacidad de los gobiernos democráticos para asumir lo que él

consideraba las tareas esenciales de la modernización, Le Corbusier apoyó primero al sindicalismo y después a los regímenes autoritarios como las únicas fórmulas políticas capaces de enfrentar la crisis. El problema, según lo vio el economista Keynes, era alcanzar un conjunto de estrategias de gestión científica y de fuerzas estatales que pudieran estabilizar el capitalismo, evitando la represión abierta y la irracionalidad, las incitaciones a la guerra y el estrecho nacionalismo que estaban implícitos en las soluciones nacional-socialistas. En este contexto de confusión debemos entender los intentos sumamente diversificados, dentro de diferentes Estados nacionales, de establecer arreglos políticos, institucionales y sociales capaces de resolver las incapacidades crónicas del capitalismo para regular las condiciones esenciales de su reproducción.

El problema de la configuración e implementación adecuadas de los poderes del Estado se resolvió sólo después de 1945. Esto convirtió al fordismo en un régimen de acumulación maduro, fecundo y definido. Como tal, luego formó la base para el prolongado boom de posguerra que se mantuvo intacto en lo fundamental hasta 1973. En este período, el capitalismo en los países capitalistas avanzados alcanzó fuertes tasas de crecimiento económico, aunque de una estabilidad relativa (véanse la figura 2.1 y el cuadro 2.1). Se elevaron los niveles de vida (figura 2.2), se frenaron las tendencias a la crisis, se preservó la democracia de masas y la amenaza de guerra intercapitalista se mantuvo en un plano remoto. El fordismo se conectó sólidamente con el keynesianismo, y el capitalismo hizo ostentación de expansiones mundiales internacionales a través de las cuales cayeron en sus redes una cantidad de naciones descolonizadas. El modo en que se dio ese sistema constituye una historia dramática que merece, por lo menos, un examen sumario si queremos comprender mejor las transiciones ocurridas desde 1973.

Cuadro 2.1 *Tasas medias de crecimiento para los países capitalistas avanzados durante varios períodos desde 1820.*

	Tasas de variación anual en porcentajes		
	Producto	*Producto per cápita*	*Exportaciones*
1820-1870	2,2	1,0	4,0
1870-1913	2,5	1,4	3,9
1913-1950	1,9	1,2	1,0
1950-1973	4,9	3,8	8,6
1973-1979	2,6	1,8	5,6
1979-1985	2,2	1,3	3,8

Fuentes: Maddison, 1982 (1820-1973) y OCDE (1973-1985).

El período de posguerra asistió al surgimiento de una serie de industrias fundadas en tecnologías que habían madurado en los años de entreguerras y que habían sido llevadas a nuevos extremos de racionalización en la Segunda Guerra Mundial. Automóviles, cons-

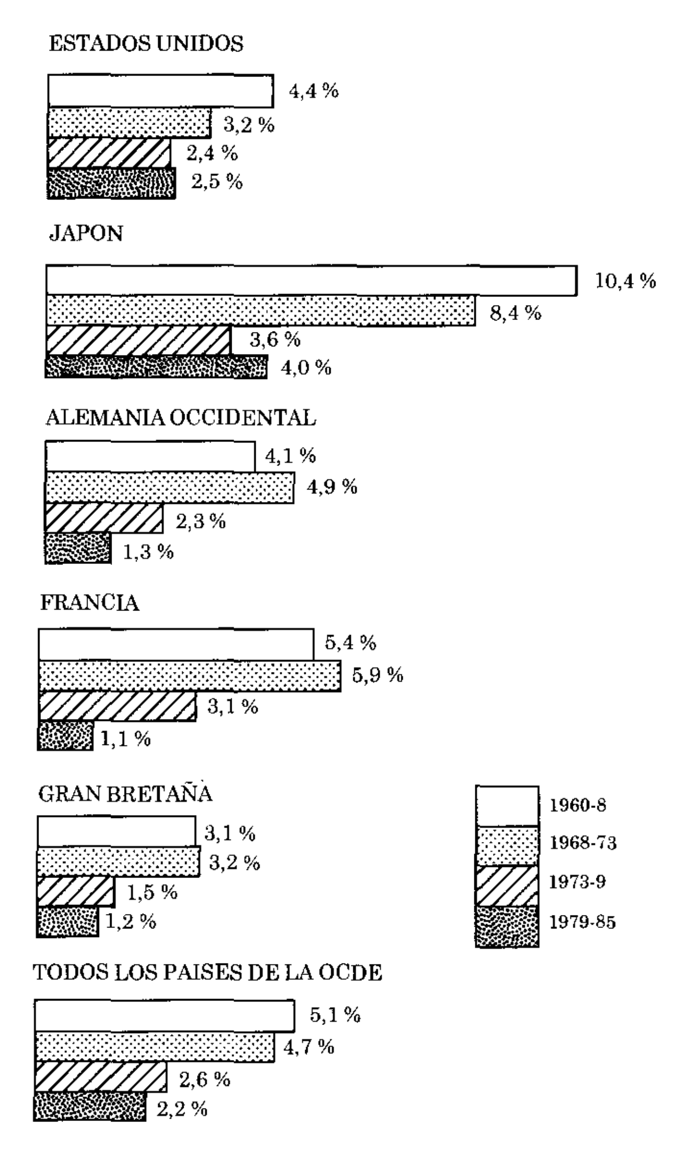


Figura 2.1 *Tasas anuales de crecimiento económico para una selección de países capitalistas avanzados y para el conjunto de la OCDE, medidas en períodos de tiempo entre 1960 y 1985. (Fuente:* OCDE.)

trucción de barcos y de equipos de transporte, acero, petroquímica, caucho, artefactos eléctricos para el consumo, y la construcción, se convirtieron en mecanismos propulsores del crecimiento económico centralizado en una serie de regiones de gran producción de la economía mundial —el Medio Oeste en los Estados Unidos, el Ruhr-

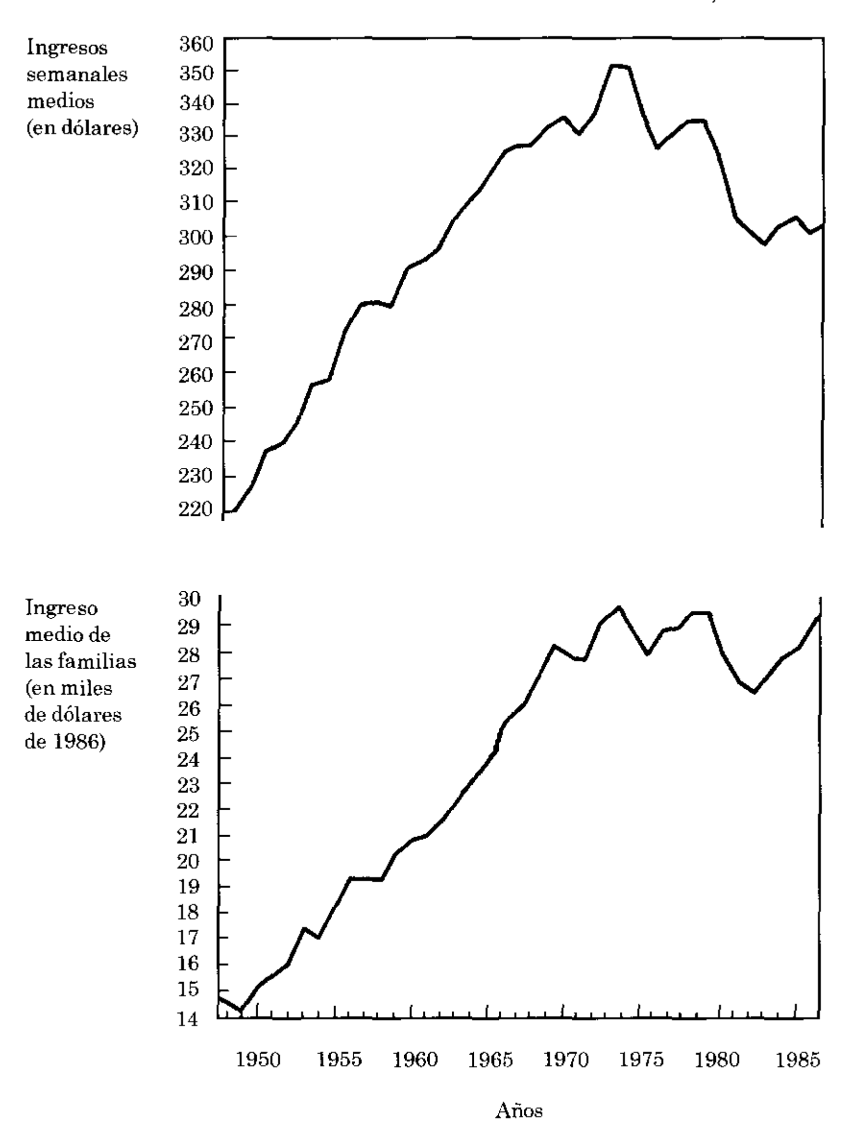


Figura 2.2 *Salarios reales e ingresos de las familias en los Estados Unidos entre 1947 y 1986.* (*Fuentes:* Estadísticas Históricas de los Estados Unidos e Informes Económicos al Presidente.)

Renania, los West Midlands en Gran Bretaña, la región productiva Tokio-Yokohama—. Las fuerzas de trabajo privilegiadas en estas regiones formaron uno de los pilares de una demanda efectiva en rápida expansión. El otro pilar estaba en la reconstrucción de las economías destrozadas por la guerra, apoyada por el Estado, la suburbanización —en particular en los Estados Unidos—, la renovación urbana, la expansión geográfica del transporte y los sistemas de comunicaciones y el desarrollo de la infraestructura tanto dentro como fuera del mundo capitalista avanzado. Estas regiones clave de la economía mundial, coordinadas por centros financieros interrelacionados —con los Estados Unidos y Nueva York en la cumbre de la jerarquía—, trajeron provisiones masivas de materias primas del resto del mundo no comunista y llegaron a dominar con sus productos un mercado mundial masivo cada vez más homogéneo.

Sin embargo, el crecimiento fenomenal que se produjo en el boom de posguerra dependía de una serie de compromisos y reposicionamientos por parte de los actores más importantes del proceso de desarrollo capitalista. El Estado debía asumir nuevos roles (keynesianos) y construir nuevos poderes institucionales; el capital corporativo tenía que orientar sus velas en ciertos sentidos, a fin de moverse con menos sobresaltos por el camino de una rentabilidad segura; y el trabajo organizado tenía que cumplir nuevos roles y funciones en los mercados laborales y en los procesos de producción. El equilibrio de poder tenso aunque firme que se estableció entre el trabajo organizado, el gran capital corporativo y el Estado nacional, y que cimentó la base de poder para el boom de posguerra, no había llegado por azar. Era el resultado de años de lucha.

Por ejemplo, la derrota de los resurgidos movimientos obreros radicales del período inmediatamente posterior a la guerra preparó los fundamentos políticos para los controles sobre la fuerza de trabajo y los compromisos que hicieron posible el fordismo. Armstrong, Glyn y Harrison (1984, capítulo 4) proporcionan un registro detallado de cómo se montó el ataque a las formas tradicionales (los sindicatos de oficios) y a las formas radicales de organización de las fuerzas del trabajo en los territorios ocupados de Japón, Alemania Occidental e Italia, y en los territorios supuestamente «libres» de Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos. En los Estados Unidos, donde la Wagner Act de 1933 había concedido poder de participación en el mercado a los sindicatos (con el explícito reconocimiento de que los derechos de la negociación colectiva eran esenciales para resolver el problema de la demanda efectiva) a cambio del sacrificio de poderes en el ámbito de la producción, los sindicatos se vieron acusados con virulencia de infiltración comunista en los años de posguerra y, por

fin, sometidos a una estricta disciplina legal por la Taft-Hartley Act de 1952 (una ley impuesta en el auge del período maccartista) (Tomlins, 1985). Con su principal adversario bajo control, los intereses de clase capitalistas pudieron resolver lo que Gramsci llamaba el problema de la «hegemonía», y establecer una supuesta nueva base para aquellas relaciones de clase que llevaban al fordismo.

Hasta qué punto penetraron estas nuevas relaciones de clase es materia de disputa y, en todo caso, evidentemente, variaba en gran medida de un país a otro o de una región a otra. Por ejemplo, en los Estados Unidos, los sindicatos adquirieron un poder considerable en la esfera de la negociación colectiva en las industrias de producción masiva del Medio Oeste y del Nordeste, conservando cierto control del personal sobre las especificaciones profesionales, la seguridad y las promociones, y un importante poder político (aunque nunca determinante) sobre cuestiones tales como los beneficios de la seguridad social, el salario mínimo y otros aspectos de la política social. Pero adquirieron y mantuvieron esos derechos a cambio de adoptar una posición de colaboración con respecto a las técnicas de producción fordista y estrategias corporativas afines para incrementar la productividad. Burawoy, en su *Manufacturing consent*, demuestra cuán presentes estaban los sentimientos corporativos en la fuerza de trabajo, aunque modificados por todo tipo de «juegos» de resistencia a cualquier inclusión excesiva del poder capitalista en las filas obreras (con respecto, por ejemplo, a los ritmos del trabajo). Así, Burawoy confirma ampliamente con datos estadounidenses el perfil de la posición cooperativa de *The affluent worker* compilado por Goldthorpe para Gran Bretaña. Sin embargo, hubo numerosos y repentinos estallidos de descontento, aun entre los trabajadores privilegiados (por ejemplo, en la planta de General Motors de Lordstown poco después de su apertura, o entre los trabajadores privilegiados que estudia Goldthorpe), indicativos de que quizá se trate más de una adaptación superficial que de una total reconstrucción de las actitudes de los trabajadores con respecto a la línea de montaje. El perpetuo problema de acostumbrar al trabajador a estos sistemas de trabajo rutinarios, no calificados y degradados, como lo sostiene enérgicamente Braverman (1974), nunca puede superarse totalmente. Sin embargo, las organizaciones sindicales burocratizadas estaban cada vez más acorraladas (en ocasiones por el ejercicio de un poder estatal represivo) y se veían obligadas a permutar aumentos en el salario real por cooperación en el disciplinamiento de los trabajadores en el sistema de producción fordista.

Los papeles de los otros socios en el contrato social global, aunque a menudo tácito, que reinaba durante el boom de posguerra

estaban bien definidos. El poder de las grandes corporaciones se aplicaba a asegurar ganancias constantes en inversiones que aumentaran la productividad, garantizaran el crecimiento y elevaran los estándares de vida, mientras se afianzaba una base estable para la obtención de beneficios. Esto implicaba un compromiso de las corporaciones con procesos de cambio tecnológico continuos pero vigorosos, con la inversión masiva en capital fijo, la mejora de las capacidades de gestión tanto en producción como en comercialización, y la movilización de economías de escala a través de la estandarización del producto. La fuerte centralización del capital que había sido un rasgo tan conspicuo del capitalismo norteamericano desde 1900 terminó por doblegar a la competencia inter-capitalista dentro de una economía norteamericana todopoderosa y dio lugar a la aparición de prácticas de planificación y fijación de precios oligopólicas y monopólicas. La gestión científica de todas las facetas de la actividad corporativa (no sólo de la producción sino de las relaciones personales, el entrenamiento en el oficio, la comercialización, el diseño del producto, las estrategias de fijación de precios, la obsolescencia planeada de equipos y productos) se convirtió en el rasgo distintivo de la racionalidad burocrática de las corporaciones. Las decisiones de las corporaciones empezaron a hegemonizar la definición de las formas de crecimiento del consumo masivo, suponiendo, por supuesto, que los otros dos socios en la gran coalición harían lo que fuera necesario para sostener la demanda efectiva en niveles que pudieran absorber el crecimiento uniforme de la producción capitalista. Ahora bien, la aglomeración de los trabajadores en las grandes fábricas siempre planteó la amenaza de organizaciones laborales más fuertes y mayor poder de la clase obrera: de allí la importancia del ataque político a los elementos radicales dentro del movimiento obrero después de 1945. Sin embargo, las corporaciones aceptaron el poder sindical aun a regañadientes, en particular cuando los sindicatos asumieron el control de sus miembros y colaboraron con la gerencia en los planes para elevar la productividad a cambio de beneficios salariales que estimulaban la demanda efectiva tal como Ford lo había concebido originariamente.

Por su parte, el Estado asumió varias obligaciones. En la medida en que la producción masiva exigía fuertes inversiones en capital fijo y necesitaba a su vez condiciones de demanda relativamente estables para ser rentable, durante el período de posguerra el Estado trató de dominar los ciclos de los negocios por medio de una mezcla apropiada de políticas fiscales y monetarias. Estas políticas estaban dirigidas hacia aquellas áreas de la inversión pública (en sectores como el transporte, los servicios públicos, etc.) que eran vitales para

el crecimiento de la producción y del consumo masivos, y que también garantizarían relativamente el pleno empleo. Los gobiernos también se dedicaron a apuntalar fuertemente el salario social a través de desembolsos destinados a la seguridad social, al cuidado de la salud, la educación, la vivienda, y cuestiones semejantes. Además, el poder estatal afectaba, de manera directa o indirecta, los acuerdos salariales y los derechos de los trabajadores en la producción.

Las formas de intervencionismo estatal variaban fundamentalmente en los distintos países capitalistas avanzados. Por ejemplo, el cuadro 2.2 ilustra las diversas posturas asumidas por diferentes

Cuadro 2.2 *La organización de las negociaciones salariales en cuatro países durante el período 1950-1975.*

	Francia	*Gran Bretaña*	*Italia*	*Alemania Occidental*
Afiliación a los sindicatos	escasa	elevada entre los obreros de mameluco	variable	moderada
Organización	débil, con faccionalismo político	fragmentada entre industrias y ramas de actividad	periódica, con movimientos de masas	estructurada y unificada
Propietarios	divididos por tendencias y organizaciones	organización colectiva débil	rivalidad público-privado	poderosos y organizados
Estado	intervenciones intensas y regulación del trabajo y los salarios por acuerdos tripartitos	negociación colectiva voluntaria con normas fijadas por el Estado desde mediados de la década de 1960	intervención legislativa periódica dependiendo de la lucha de clases	papel muy débil

Fuente: Boyer, 1986*b*, cuadro 1.

gobiernos de Europa Occidental con relación a las negociaciones de contratos salariales. Similares diferencias cualitativas así como

cuantitativas se descubren en la estructura del gasto público, en la organización de los sistemas de bienestar (que en el caso japonés, por ejemplo, se mantienen en gran medida dentro de la corporación) y en el grado de compromiso activo del Estado, entendido como opuesto a su compromiso tácito, en las decisiones económicas. También las formas de la inquietud laboral, la organización de los trabajadores y el activismo sindical variaban considerablemente entre uno y otro Estado (Lash y Urry, 1987). Pero lo que resulta notable es la forma en que los gobiernos nacionales de muy diferentes características ideológicas —los gaullistas en Francia, el Partido Laborista en Gran Bretaña, la Democracia Cristiana en Alemania Occidental, etc.— organizaron un crecimiento económico estable y un aumento de los niveles de vida materiales con una mezcla de estatismo del bienestar, administración económica keynesiana y control sobre las relaciones salariales. Evidentemente, el fordismo dependía de que el Estado nacional asumiera —como lo predijo Gramsci— un rol muy especial dentro del sistema global de regulación social.

Por lo tanto, el fordismo de la posguerra puede considerarse menos como un mero sistema de producción en masa y más como una forma de vida total. La producción en masa significaba uniformidad del producto así como consumo masivo; y eso significaba una nueva estética y una mercantilización de la cultura que muchos neo-conservadores, como Daniel Bell, después considerarían perjudicial para la preservación de la ética laboral y otras supuestas virtudes capitalistas. El fordismo también se construyó sobre la estética del modernismo y contribuyó a ella —en particular con relación a sus tendencias a la funcionalidad y la eficiencia— de manera explícita, mientras que las formas de intervencionismo estatal (guiadas por principios de racionalidad técnico-burocrática) y la configuración del poder político que daba coherencia al sistema descansaban en las concepciones de una democracia económica de masas soldada por un equilibrio de fuerzas entre distintos intereses.

El fordismo de la posguerra era también en gran medida una cuestión internacional. El prolongado boom de la posguerra dependía de manera crucial de una expasión masiva del comercio mundial y de las corrientes de inversión internacionales. El fordismo, que tuvo un desarrollo lento fuera de los Estados Unidos antes de 1939, se implantó más firmemente en Europa y en Japón, después de 1940, integrado en el esfuerzo de guerra. Se consolidó y expandió en el período de la posguerra, directamente a través de políticas impuestas por la ocupación (o, en forma más paradójica, como en el caso francés, porque las dirigencias sindicales comunistas consideraban al fordismo como la única manera de asegurar la autonomía

económica nacional frente al desafío norteamericano), o indirectamente, a través del Plan Marshall y la inversión directa de los Estados Unidos. Esta última, insinuada ya en los años de entreguerras cuando las corporaciones estadounidenses buscaban mercados de ultramar para superar los límites de la demanda efectiva interna, se desarrolló plenamente después de 1945. Esta apertura a la inversión extranjera y al mercado externo (sobre todo en Europa) permitió que el excedente productivo de los Estados Unidos fuese absorbido en otra parte, mientras que el avance del fordismo en el nivel internacional significó la formación de mercados globales masivos y la incorporación de la masa de población mundial —fuera del mundo comunista— a la dinámica global de un nuevo tipo de capitalismo. Más aún, el desarrollo desigual dentro de la economía mundial significó la experiencia de ciclos de negocios ya transformados que consistían en oscilaciones compensatorias locales y globales dentro de un crecimiento regularmente estable de la demanda mundial. En el plano de los insumos, la apertura del comercio exterior significó la globalización de la oferta de materias primas a menudo más baratas (sobre todo de energía). El nuevo internacionalismo introdujo también un conjunto de otras actividades — bancos, seguros, servicios, hoteles, aeropuertos y, por último, turismo—. Esto implicaba una nueva cultura internacional y, fundamentalmente, se basaba en las técnicas recién descubiertas para reunir, evaluar y difundir la información.

Todo esto se consolidó bajo la hegemonía del poder económico y financiero de los Estados Unidos, con el respaldo del poder militar. El acuerdo de Bretton Woods de 1944 convirtió al dólar en la moneda de reserva mundial y amarró sólidamente el desarrollo económico mundial a la política fiscal y monetaria norteamericana. Los Estados Unidos operaron como banqueros mundiales a cambio de una apertura de los mercados mundiales de bienes y de capitales al poder de las grandes corporaciones. En este contexto, el fordismo se difundió de manera desigual en la medida en que cada Estado imprimía su propia modalidad al manejo de las relaciones laborales, la política monetaria y fiscal, las estrategias de inversión pública y de bienestar, limitado en el plano interior por el estado de las relaciones de clase y en el plano exterior por su posición jerárquica en la economía mundial y por el tipo de cambio con relación al dólar. La difusión internacional del fordismo ocurrió, por lo tanto, dentro de un marco particular de regulación económico-política internacional y una configuración geopolítica en la cual los Estados Unidos predominaron a través de un sistema muy específico de alianzas militares y relaciones de poder.

No todos estaban incluidos en los beneficios del fordismo y, por supuesto, hubo numerosos signos de descontento aun en pleno apogeo del sistema. Para empezar, la negociación salarial fordista estaba confinada a ciertos sectores de la economía y a ciertos Estados nacionales donde el crecimiento de la demanda se correspondía con inversiones de gran escala en tecnología para la producción en masa. Otros sectores de la producción de alto riesgo seguían ligados a los bajos salarios y a una escasa seguridad laboral. Y hasta los sectores fordistas podían recurrir a una base no-fordista de subcontratación. En consecuencia, los mercados laborales tendieron a dividirse en lo que O'Connor (1973) llama un sector «monopólico» y un sector «competitivo» mucho más variado donde la fuerza de trabajo estaba lejos de ser privilegiada. Las desigualdades resultantes dieron lugar a serias tensiones sociales y a fuertes movimientos sociales por parte de los excluidos: movimientos que se complicaban por la forma en que la raza, el género y la etnicidad podían determinar quién tenía acceso al empleo privilegiado y quién no. Era muy difícil mantener estas desigualdades frente a las expectativas crecientes, alimentadas en parte por todo el artificio aplicado a la creación de necesidades y a la producción de un nuevo tipo de sociedad consumista. Sin poder acceder al trabajo privilegiado en la producción masiva, grandes segmentos de la fuerza de trabajo tampoco tenían acceso a las tan elogiadas gratificaciones del consumo masivo. Esta era una fórmula segura para el descontento. El movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos se convirtió en una ola de indignación revolucionaria que sacudió a los centros urbanos. La incorporación de las mujeres a trabajos mal pagos fue acompañada por un movimiento feminista igualmente vigoroso. Y el descubrimiento de la pavorosa pobreza en medio de la creciente opulencia (tal como la expuso Michael Harrington en *The other America*) dio lugar a fuertes movimientos de descontento contra los supuestos beneficios del fordismo.

Si la división entre una fuerza de trabajo fundamentalmente blanca, masculina y muy sindicalizada, y «el resto» resultaba ventajosa en la perspectiva del control de la fuerza de trabajo, también tenía sus inconvenientes. Significaba una rigidez en los mercados laborales que dificultaba la reasignación de la fuerza de trabajo de una línea de producción a otra. El poder de exclusión del sindicalismo consolidó su capacidad para oponer resistencia a la pérdida de calificaciones, el autoritarismo, la jerarquía y la pérdida de control en los lugares de trabajo. La disposición a utilizar esos poderes dependía de las tradiciones políticas, de las modalidades de organización (el movimiento de empleados de comercio en Gran Bretaña

fue particularmente poderoso) y de la voluntad de los trabajadores de trocar sus derechos en la producción por un poder mayor en el mercado. Las luchas laborales no desaparecieron, ya que, a menudo, los sindicatos se vieron obligados a responder al descontento de las bases. Pero los sindicatos también se encontraron cada vez más asediados desde fuera, por las minorías excluidas, por las mujeres y los sectores más pobres. En la medida en que servían a los intereses más restringidos de sus miembros y abandonaban las preocupaciones de un socialismo más radical, corrían el peligro de verse reducidos, en la opinión pública, a grupos fragmentados con intereses específicos, que, más que servir a los objetivos generales, buscaban su propio beneficio.

El Estado soportaba el embate del creciente descontento, que a veces culminaba en desórdenes civiles por parte de los excluidos. Como mínimo, el Estado tenía que garantizar un salario social adecuado para todos, o comprometerse en políticas o acciones legales redistributivas que aliviaran en forma activa las desigualdades y enfrentaran el empobrecimiento y la no inclusión de las minorías. Cada vez más, la legitimación del poder estatal dependía de la capacidad de difundir los beneficios del fordismo y encontrar las formas de proporcionar servicios de salud adecuados, vivienda y educación en escala masiva, en forma humana y cuidadosa. Los fracasos cualitativos en ese sentido fueron blanco de innumerables críticas, pero al fin quizá fue el fracaso cuantitativo el que dio lugar a los dilemas más graves. La capacidad para proporcionar bienes colectivos dependía de la continua aceleración de la productividad laboral en el sector corporativo. Sólo de esta forma el estatismo de bienestar keynesiano podía volverse fiscalmente viable.

Desde el punto de vista del consumo, hubo más que una pequeña crítica con relación a la blandura de la calidad de vida bajo un régimen de consumo masivo uniformado. También la calidad de los servicios, a través de un sistema no discriminado de la administración estatal (fundado en la racionalidad burocrática científico-técnica), fue duramente criticada. La gestión estatal fordista y keynesiana fue vinculada a una estética funcionalista austera (el alto modernismo) en el campo del diseño racionalizado. Los que criticaban la insipidez suburbana y el monumentalismo monolítico del centro de las ciudades (como Jane Jacobs) se convirtieron, como hemos visto, en una minoría vociferante que expresaba todo un conjunto de descontentos culturales. Las críticas y prácticas contra-culturales de la década de 1960, por lo tanto, se dieron en forma paralela a los movimientos de las minorías excluidas y a la crítica contra la racionalidad burocrática despersonalizada. Todas estas variantes de la

oposición empezaron a fusionarse en un fuerte movimiento político-cultural en el momento mismo en que el fordismo, como sistema económico, parecía estar en su apogeo.

A esto debe agregarse el descontento del Tercer Mundo frente a un proceso de modernización que prometía el desarrollo, la emancipación de las necesidades y la plena integración al fordismo, pero que daba lugar a la destrucción de culturas locales, a una gran opresión y a distintas formas de dominación capitalista a cambio de flacas ventajas en niveles de vida y servicios (por ejemplo, la salud pública) destinados sólo a una elite local que colaboraba activamente con el capital internacional. Los movimientos hacia la liberación nacional —a veces socialistas, pero más a menudo nacionalistas-burgueses— se centraban en muchos de estos descontentos y a veces parecían amenazar al fordismo global. La hegemonía geopolítica de los Estados Unidos estaba amenazada y los EE.UU., que empezaron la era de la posguerra utilizando el anti-comunismo y el militarismo como un vehículo para la estabilización geopolítica y económica, pronto se encontraron frente al dilema de «armas o manteca» de su propia política económica fiscal.

Pero, a pesar de todos los descontentos y todas las tensiones manifiestas, las piezas centrales del régimen fordista se mantuvieron firmes por lo menos hasta 1973 y, en el proceso, lograron sin duda mantener intacto un boom de posguerra que promovía la sindicalización y que hasta cierto punto extendía los «beneficios» de la producción y el consumo masivos cada vez más allá. La masa de la población de los países capitalistas avanzados mejoró su nivel de vida material y además prevaleció un contexto relativamente estable para las ganancias de las corporaciones. Fue sólo en la aguda recesión de 1973, que sacudió ese esquema, cuando se inició un proceso de transición acelerada —aún no lo entendemos bien— en el régimen de acumulación.

Si miramos hacia atrás, ya a mediados de la década de 1960 hay indicios de graves problemas dentro del fordismo. Para entonces, se había logrado la total recuperación de Europa Occidental y de Japón, que, con sus mercados internos saturados, debían dar comienzo a la creación de mercados para la exportación de sus excedentes de producción (figura 2.3). Y esto ocurría en el mismo momento en que

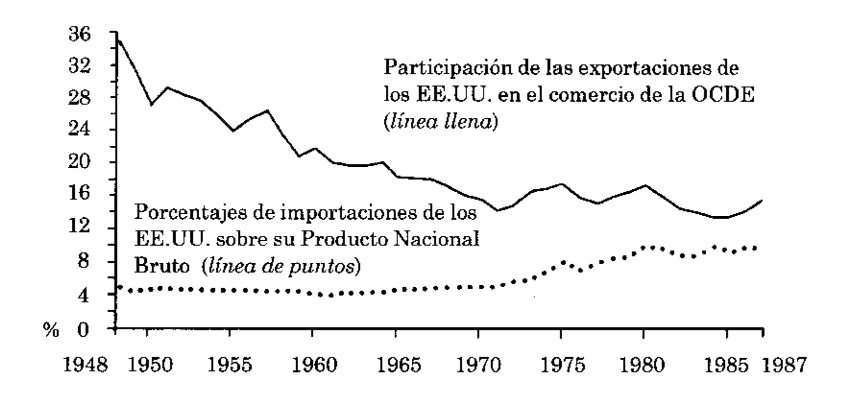


Figura 2.3 *Participación de los EE.UU. en el comercio de la OCDE e importaciones de bienes industriales como porcentaje del Producto Nacional Bruto en los EE.UU., 1948-1987.* (*Fuentes:* OCDE, Estadísticas Históricas de los Estados Unidos e Informes Económicos al Presidente.)

el éxito de la racionalización fordista daba lugar al desplazamiento relativo de proporciones crecientes de trabajadores de la actividad fabril. La consiguiente disminución de la demanda efectiva fue compensada en los Estados Unidos por la guerra contra la pobreza y la Guerra de Vietnam. Pero la caída de la productividad y de la rentabilidad de las corporaciones después de 1966 (figura 2.4) significó el comienzo de un problema fiscal en los Estados Unidos, que no desaparecería sino al precio de una aceleración inflacionaria que comenzó a deteriorar el papel del dólar como moneda estable de reserva internacional. En realidad, la formación del mercado del eurodólar y

el descalabro del crédito de 1966-1967 fueron signos que auguraban la pérdida de poder de los Estados Unidos para regular el sistema financiero internacional. Fue también en ese momento cuando las políticas de sustitución de importaciones en muchos países del Tercer Mundo (en particular en América Latina), sumadas al primer gran impulso de desplazar la actividad fabril hacia ultramar por parte de las multinacionales (en especial hacia el Sudeste Asiático), promovieron una ola de industrialización fordista competitiva hacia nuevos lugares donde las exigencias del contrato social con las fuerzas de trabajo eran mucho más débiles o inexistentes. A partir de entonces, se intensificó la competencia internacional. Europa Occidental y Japón, junto con una cantidad de países de reciente indus-

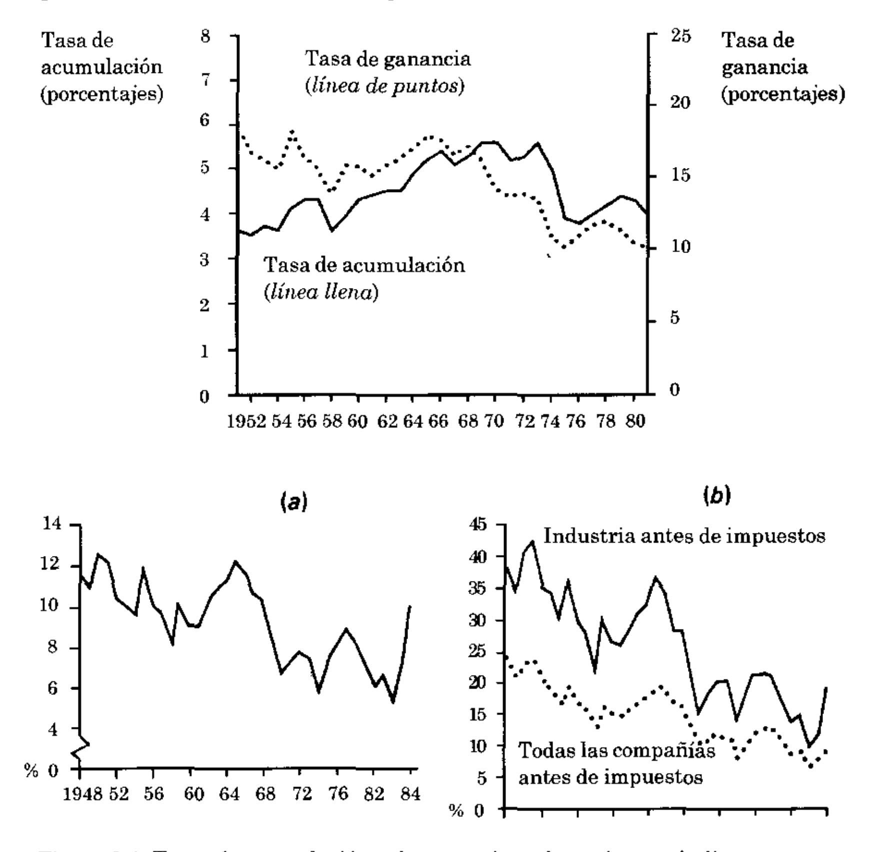


Figura 2.4 *Tasas de acumulación y de ganancia en los países capitalistas avanzados, 1950-1982 (según Armstrong, Glyn y Harrison), y tasas de ganancia como* a) *porcentaje del costo de reposición de la dotación de capital y* b) *porcentaje del ingreso nacional en los EE.UU., 1948-1984.* (*Fuente:* Pollin, 1986.)

Desviaciones porcentuales respecto del dólar desde octubre de 1967, expresadas en promedios mensuales de cotizaciones diarias
(en centavos de dólar por unidad)

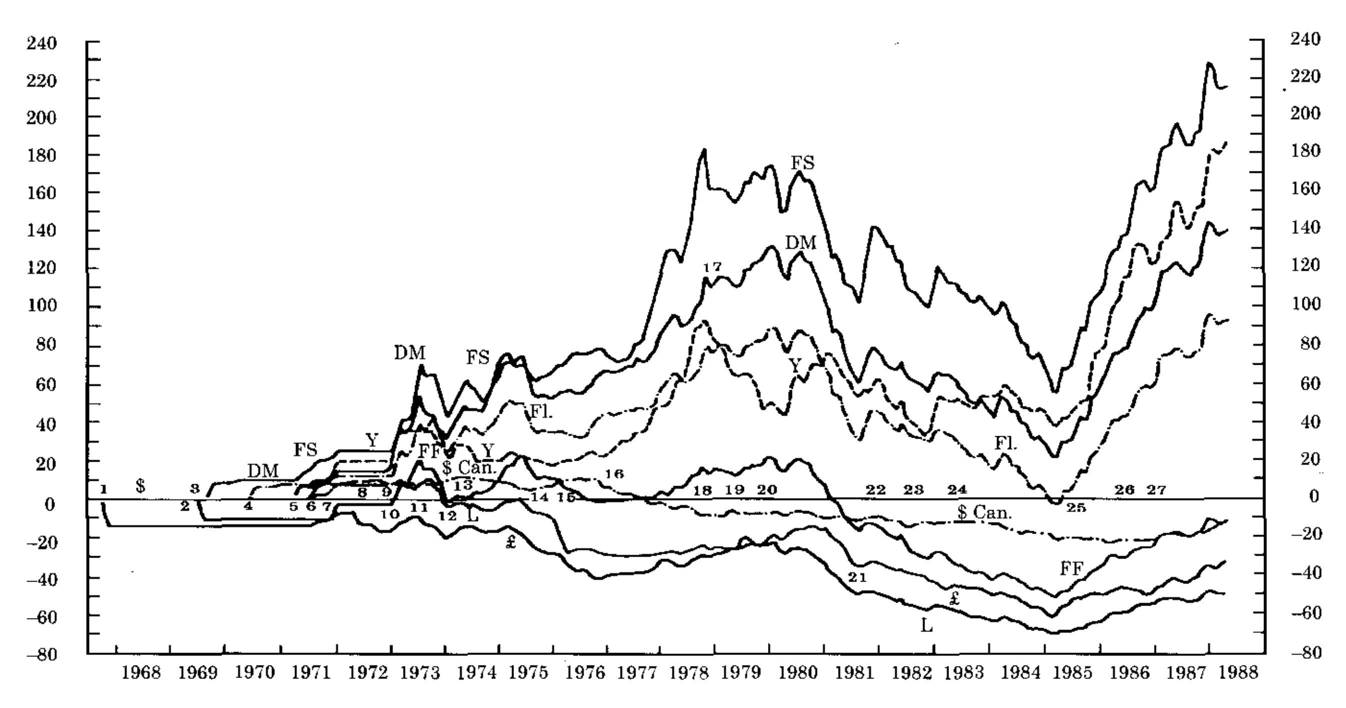


Figura 2.5 *Tasas de cambio de las principales monedas medidas contra el dólar.* (*Fuente:* OCDE, *Economic Outlook,* junio de 1988.)

trialización, desafiaron la hegemonía de los Estados Unidos dentro del fordismo, hasta el punto de que el acuerdo de Bretton Woods se resquebrajó y el dólar fue devaluado. Después de eso, un tipo de cambio flotante y a menudo sumamente volátil reemplazó al cambio fijo del boom de la posguerra (figura 2.5).

En términos más generales, en el lapso que transcurre entre 1965 y 1973 se puso de manifiesto cada vez con más claridad la incapacidad del fordismo y del keynesianismo para contener las contradicciones inherentes al capitalismo. En un nivel superficial, estas dificultades se describirían mejor con una palabra: rigidez. Había problemas de rigidez en las inversiones de largo plazo y en gran es-

---

1. Devaluación de la libra esterlina (18.11.67)
2. Devaluación del franco francés (10.8.69)
3. Flotación del marco alemán [DM] (30.9.69) y su revaluación (26.10.69)
4. Flotación del dólar canadiense (1.6.70)
5. Flotación del DM y del florín holandés; se revalúa el franco suizo (9.5.71)
6. Se suspende la convertibilidad oro-dólar (15.8.71); flotación de las principales monedas
7. Realineamiento smithsoniano; devaluación formal del dólar; el yen, el DM y otras monedas se revalúan (18.12.71)
8. Flotación de la libra esterlina (23.6.72)
9. Flotación del franco suizo (23.1.73); el dólar se devalúa, el yen y la lira flotan (13.2.73)
10. Cierre de los mercados (2.3.73); el DM se revalúa, *flotación conjunta* (19.3.73)
11. Revaluación del DM (29.6.73)
12. El florín holandés se revalúa (17.9.73)
13. El franco francés abandona la *flotación conjunta* (19.1.74)
14. El franco francés vuelve a la *flotación conjunta* (10.7.75)
15. El franco francés abandona la *flotación conjunta* (15.3.76)
16. Revaluación del DM (mediados de octubre de 1976)
17. Revaluación del DM (mediados de octubre de 1978)
18. Paquete de sostén del dólar (1.11.78)
19. Se introduce el Sistema Monetario Europeo (mediados de marzo de 1979)
20. Primer realineamiento del SME; se revalúa el marco alemán (fines de septiembre de 1979)
21. Realineamiento del SME; devaluación de la lira (marzo de 1981)
22. Realineamiento del SME; el marco y el florín se revalúan; se devalúan el franco francés y la lira (octubre de 1981)
23. Realineamiento del SME; el marco y el florín se revalúan; la lira y el franco francés se devalúan (junio de 1982)
24. Realineamiento del SME; se revalúan el florín holandés y el franco belga; el franco francés, la lira y la libra irlandesa se devalúan (a fines de marzo de 1983)
25. Realineamiento del SME; se devalúa la lira (mediados de julio de 1985)
26. Realineamiento del SME; el DM, el florín holandés y el franco belga se revalúan El franco francés se revalúa (comienzos de abril de 1986)
27. Realineamiento del SME; el florín holandés y el franco belga se revalúan (comienzos de enero de 1987)

cala de capital fijo en los sistemas de producción en masa, que excluían una gran flexibilidad de diseño y daban por supuesto el crecimiento estable de mercados invariantes de consumo. Había problemas de rigideces en los mercados de la fuerza de trabajo, en la distribución de esta y en los contratos laborales (especialmente en el llamado sector «monopólico»). Y todo intento de superar estas rigideces chocaba con la fuerza al parecer inamovible de un poder de la clase obrera atrincherado sólidamente: de allí las olas de huelgas y los estallidos laborales del período comprendido entre 1968 y 1972. Las rigideces de los compromisos estatales también se agravaron cuando programas de concesión de títulos (seguridad social, derechos de pensión, etc.) crecieron por la presión de mantener una legitimidad en un momento en que las rigideces de la producción restringían cualquier expansión de los gastos fiscales. El único instrumento con capacidad de dar una respuesta flexible era la política monetaria, por su capacidad de imprimir moneda cuando hacía falta para mantener la estabilidad de la economía. Y de este modo comenzó la ola inflacionaria que, por último, pondría fin al boom de la posguerra. Detrás de estas rigideces específicas, yacía una configuración más bien inmutable y en apariencia fija de poder político y relaciones recíprocas que ataba al gran capital, al gran gobierno y a la gran fuerza de trabajo a lo que cada vez más aparecía como una ligazón disfuncional de intereses creados que socavaba más que aseguraba la acumulación de capital.

El boom de posguerra mantuvo su ímpetu durante el período 1969-1973 gracias a una política monetaria extraordinariamente flexible por parte de los Estados Unidos y de Gran Bretaña. El mundo capitalista estaba anegado por el excedente de fondos y, con escasas salidas productivas para la inversión, eso significaba fuerte inflación. El intento de poner un freno a la inflación creciente en 1973 dejó al descubierto una gran capacidad excedente en las economías occidentales, generando primero una crisis mundial en los mercados inmobiliarios (véase la figura 2.6) y graves dificultades en las instituciones financieras. A lo cual se agregaron los efectos de la decisión de la OPEP de aumentar el precio del petróleo y la decisión árabe de embargar las exportaciones de petróleo a Occidente durante la Guerra árabe-israelí de 1973. Esto 1) alteró el costo relativo de los insumos energéticos y obligó a todos los segmentos de la economía a buscar formas para economizar el uso de energía por medio de transformaciones tecnológicas y organizativas, y 2) dio lugar al problema de reciclar un excedente de petrodólares que exacerbó la inestabilidad que se cernía sobre los mercados financieros mundiales. La fuerte deflación de 1973-1975 señaló además que las finan-

zas estatales estaban demasiado extendidas con relación a los recursos, creando una profunda crisis fiscal y de legitimación. La bancarrota técnica de la ciudad de Nueva York en 1975 —con uno de los presupuestos más grandes del mundo— fue un índice de la grave-

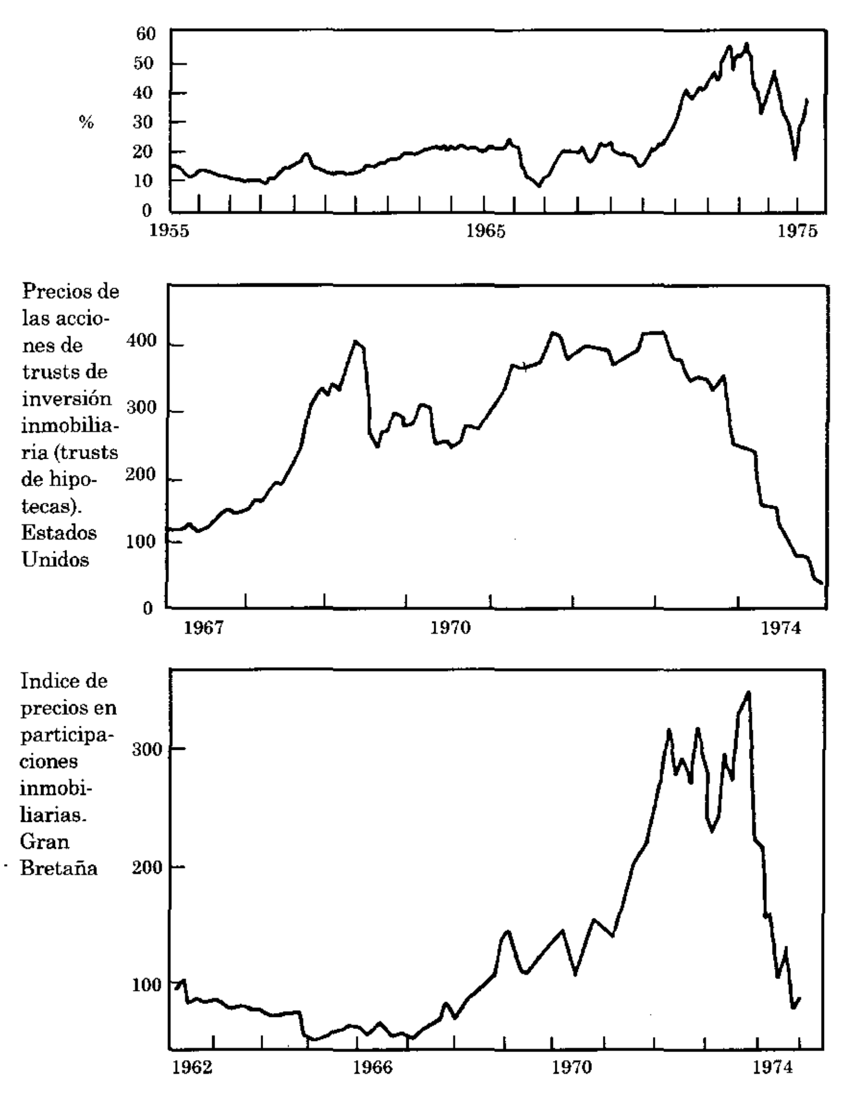


Figura 2.6 *Indices del boom y el crash de los valores inmobiliarios en Gran Bretaña y los Estados Unidos, 1955-1975. (Arriba:) Tasa de variación anual en la deuda hipotecaria de los Estados Unidos (datos del Departamento de Comercio). (En el medio:) Precios de las acciones de trusts de inversión inmobiliaria en los Estados Unidos (Fuente:* Fortune Magazine). *(Abajo:) Indice de precios de participaciones inmobiliarias en Gran Bretaña (Fuente:* Investors Chronicle).

dad del problema. Al mismo tiempo, las corporaciones se encontraron con una capacidad de excedente inutilizable (sobre todo en plantas y equipos ociosos) en condiciones de una competencia intensificada (figura 2.7). Esto las obligó a un período de racionali-

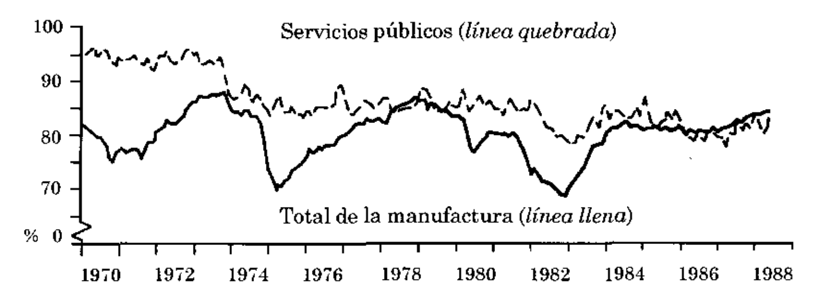


Figura 2.7 *Utilización de la capacidad productiva en los Estados Unidos, 1970-1988.* (*Fuente:* Junta de la Reserva Federal.)

zación, reestructuración e intensificación del control sobre la fuerza de trabajo (cuando podían superar o pasar por alto el poder sindical). El cambio tecnológico, la automatización, la búsqueda de nuevas líneas de producto y de nichos de mercado, la dispersión geográfica hacia zonas con controles laborales más cómodos, fusiones y medidas destinadas a acelerar el giro del capital, aparecieron en el primer plano de las estrategias corporativas para la supervivencia en las condiciones generales de deflación.

La aguda recesión de 1973, exacerbada por el shock del petróleo, evidentemente sacó al mundo capitalista del letargo sofocante de la «estanflación» (estancamiento en la producción de bienes y alta inflación de precios) y puso en movimiento todo un conjunto de procesos que deterioraron el compromiso fordista. En consecuencia, las décadas de 1970 y 1980 han sido un período complicado de reestructuración económica y reajuste social y político (figura 2.8). En el espacio social creado por todo este flujo y esta incertidumbre, han comenzado a despuntar una serie de nuevos experimentos en los ámbitos de la organización industrial así como en la vida política y social. Estos experimentos pueden representar las primeras conmociones del pasaje a un régimen de acumulación completamente nuevo, unido a un sistema diferente de regulación política y social.

La *acumulación flexible*, como la llamaré de manera tentativa, se señala por una confrontación directa con las rigideces del fordismo. Apela a la flexibilidad con relación a los procesos laborales, los mercados de mano de obra, los productos y las pautas del consumo. Se caracteriza por la emergencia de sectores totalmente nuevos

de producción, nuevas formas de proporcionar servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, niveles sumamente intensos de innovación comercial, tecnológica y organizativa. Ha traído cambios acelerados en la estructuración del desarrollo desigual, tanto entre

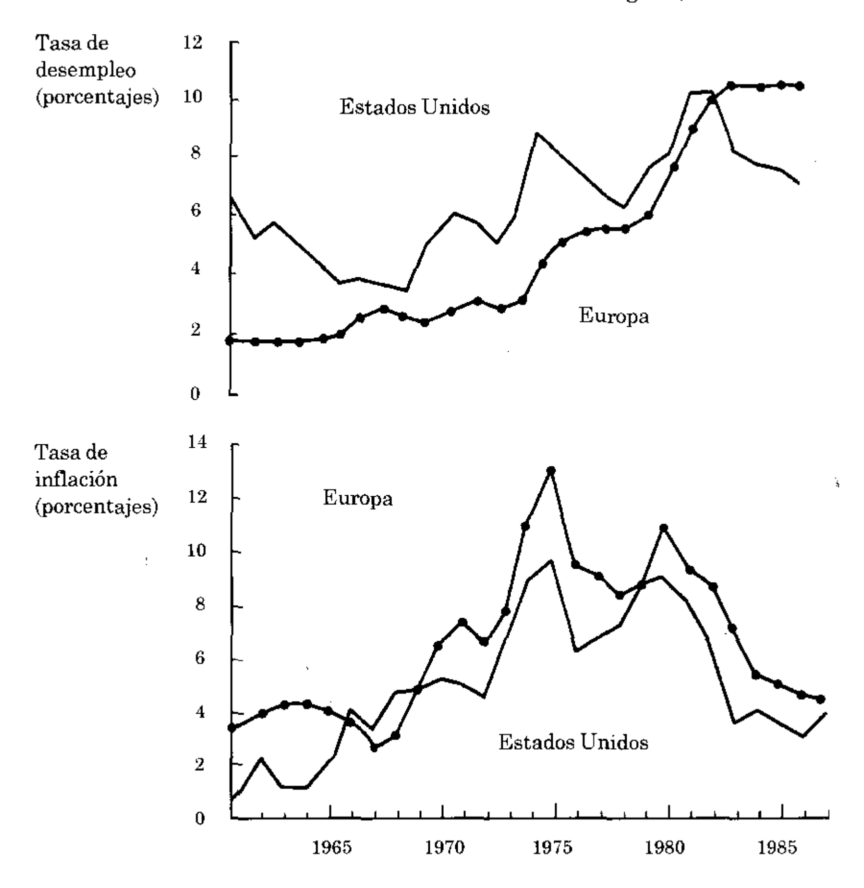


Figura 2.8 *Tasas de desempleo y de inflación en Europa y en los Estados Unidos, 1961-1987.* (*Fuente:* OCDE.)

sectores como entre regiones geográficas, dando lugar, por ejemplo, a un gran aumento del empleo en el «sector de servicios» así como a nuevos conglomerados industriales en regiones hasta ahora subdesarrolladas (como la «Tercera Italia», Flandes, los diversos Silicon Valleys, para no hablar de la vasta profusión de actividades en los países de reciente industrialización). Ha entrañado además una nueva vuelta de tuerca de lo que yo llamo «compresión espacio-temporal» (véase la Tercera parte) en el mundo capitalista: los horizontes temporales para la toma de decisiones privadas y públicas se

han contraído, mientras que la comunicación satelital y la disminución en los costos del transporte han hecho posible una mayor extensión de estas decisiones por un espacio cada vez más amplio y diversificado.

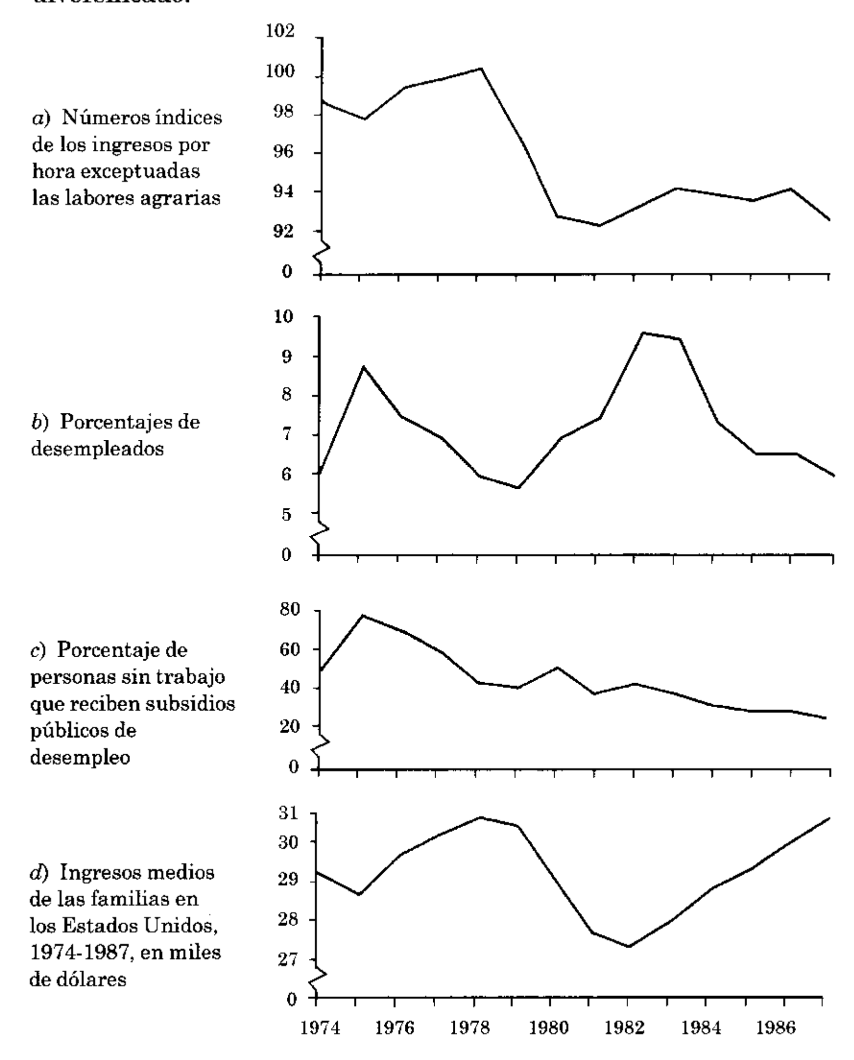


Figura 2.9 (*Fuentes:* Oficina de Estadísticas del Trabajo e Informes Económicos al Presidente.)

Esta mayor capacidad de flexibilidad y movilidad ha permitido a los empleadores ejercer presiones más fuertes en el control laboral de una fuerza de trabajo debilitada por dos brotes salvajes de defla-

ción, que han asistido al crecimiento sin precedentes del desempleo en los países capitalistas avanzados (salvo, quizás, en Japón). Los trabajadores organizados sufrieron menoscabo por la reconstrucción de focos de acumulación flexible en regiones que carecían de tradiciones industriales previas y por la importación, a los viejos centros, de las normas y prácticas regresivas instauradas en estas nuevas áreas. La acumulación flexible parece implicar altos niveles de desempleo «estructural» (entendido como opuesto a «friccional»), rápida destrucción y reconstrucción de calificaciones, módicos aumentos (si los hay) en el salario real (véanse las figuras 2.2 y 2.9) y el retroceso del poder sindical: uno de los pilares políticos del régimen fordista.

Por ejemplo, el mercado laboral ha sufrido una reestructuración radical. Enfrentados con la fuerte volatilidad del mercado, la mayor competencia y la disminución de los márgenes de ganancia, los empleadores se han aprovechado de la debilidad del poder sindical y de los recursos de trabajadores excedentes (desempleados o subempleados) para impulsar regímenes y contratos laborales mucho más flexibles. Es difícil hacerse un cuadro global, porque el propósito mismo de esta flexibilidad es satisfacer las necesidades a menudo muy específicas de cada firma. Hasta para los empleados regulares, son cada vez más comunes los sistemas como la «quincena de nueve días», o los horarios de trabajo que promedian una semana de cuarenta horas al año pero que obligan al empleado a trabajar mucho más en los momentos de los picos de demanda y a compensar con horas más cortas en períodos de poca actividad. Pero más importante ha sido el desplazamiento del empleo regular hacia los contratos o subcontratos de trabajo temporario o de medio tiempo.

El resultado es una estructura del mercado laboral como la que se describe en la figura 2.10, tomada, así como las citas siguientes, del *Flexible patterns of work* (1986) del Instituto de Gerencias de Personal. El *núcleo* —un grupo que se reduce cada vez más según los informes que provienen de ambos lados del Atlantico— esta compuesto por empleados «de tiempo completo, una condición de permanencia, y que son indispensables para el futuro de la organización en el largo plazo». Sin embargo, se espera que este grupo que goza de mayor seguridad laboral, buenas promociones y perspectivas de reentrenamiento, pensiones, seguros y otros derechos y beneficios marginales relativamente generosos, sea adaptable, flexible y, si es necesario, geográficamente móvil. No obstante, los costos potenciales que supone despedir a los empleados del núcleo en épocas de dificultades pueden llevar a una compañía a subcontratar incluso funciones de alto nivel (que van del diseño a la publicidad y a la ge-

rencia financiera) dejando un núcleo principal de directivos relativamente pequeño. La *periferia* abarca dos subgrupos diferentes El primero está formado por «empleados de tiempo completo con capacidades que son fácilmente utilizables en el mercado de trabajo,

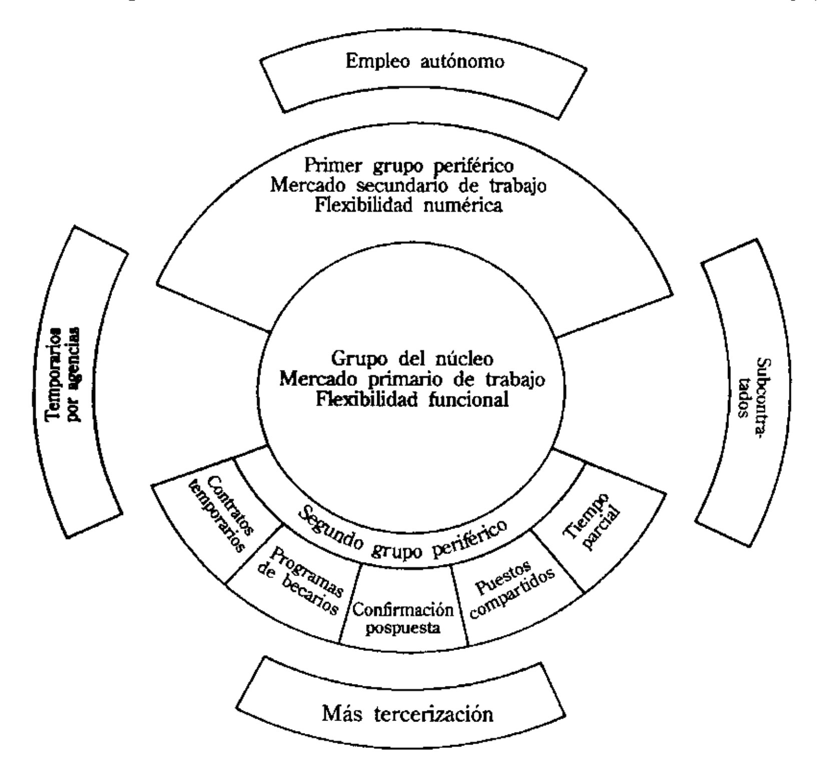


Figura 2.10 *Estructuras del mercado de trabajo bajo las condiciones de la acumulación flexible.* (*Fuente: Flexible patterns of work*, ed. C. Curson, Instituto de Gerencias de Personal.)

como los empleados de menor capacitación, las funciones de secretariado y los trabajadores manuales de rutina y menos calificados». Con menos acceso a oportunidades de hacer carrera, este grupo tiende a caracterizarse por una elevada rotación de la mano de obra, lo cual «facilita relativamente las reducciones de la fuerza de trabajo por desgaste natural». El segundo grupo periférico «proporciona una flexibilidad numérica aún mayor y está compuesto por los empleados de medio tiempo, temporarios, personal con contratos de tiempo establecido, subcontratados y aprendices públicamente subsidiados, con menos seguridad laboral todavía que el primer grupo peri-

férico». En los últimos años, todo parece indicar un significativo crecimiento de esta categoría de empleados.

Estos regímenes de empleo flexibles no engendran por sí solos mayores insatisfacciones en el trabajador, ya que la flexibilidad a veces puede ser beneficiosa. Pero los efectos agregados, considerados desde la óptica de las coberturas de seguros y los derechos de pensión, así como de los niveles salariales y la seguridad laboral, no parecen ser positivos para la población trabajadora en su conjunto. El cambio más radical consistió en una mayor subcontratación (el 70 % de las firmas británicas analizadas por el Consejo Nacional de Desarrollo Económico declararon un incremento de la subcontratación entre 1982 y 1985) y en contratos de trabajo temporario (no de tiempo parcial). Esto obedece a una pauta arraigada en Japón, donde, aun bajo el fordismo, las pequeñas empresas subcontratantes actuaban como un amortiguador para proteger a las grandes corporaciones del costo de las fluctuaciones del mercado. La tendencia actual en los mercados laborales es reducir el número de trabajadores pertenecientes al «núcleo» y apelar cada vez más a una fuerza de trabajo que puede reclutarse rápidamente así como despedirse con la misma rapidez y sin costos cuando los negocios empeoran. En Gran Bretaña, los «trabajadores flexibles» han crecido en un 16 % hasta llegar a los 8,1 millones entre 1981 y 1985 mientras que los trabajos permanentes han disminuido en un 6 % hasta 15,6 millones (*Financial Times*, 27 de febrero de 1987). Más o menos en el mismo período, casi un tercio de los diez millones de nuevos empleos creados en los Estados Unidos se proyectaron en la categoría de «temporarios» (*New York Times*, 17 de marzo de 1988).

Sin duda, esto no ha cambiado muy radicalmente los problemas que surgieron en la década de 1960 como efecto de los mercados laborales segmentados o «duales», sino que los ha reformulado según una lógica algo diferente. Si bien es cierto que la importancia decreciente del poder sindical ha reducido el poder específico de los trabajadores varones blancos en los mercados del sector monopólico, esto no significa que los excluidos de esos mercados laborales, como los negros, las mujeres y las diversas minorías étnicas hayan logrado una súbita paridad (salvo en que muchos varones blancos tradicionalmente privilegiados han sido marginados junto con ellos). Mientras que algunas mujeres y minorías han logrado acceso a posiciones más privilegiadas, las nuevas condiciones del mercado laboral han vuelto en esencia a acentuar la vulnerabilidad de los grupos en desventaja (lo veremos enseguida en el caso de las mujeres).

En forma paralela a la transformación de la estructura del mercado laboral, se han producido importantes cambios en la organiza-

ción industrial. Por ejemplo, la subcontratación organizada ofrece oportunidades para la formación de pequeñas empresas y, en algunos casos, permite que los viejos sistemas de trabajo doméstico, artesanal, familiar (patriarcal) y paternalista (del tipo del «padrino», del «gobernador» o de la mafia) revivan y florezcan como piezas centrales, y no ya como apéndices del sistema de producción. El renacimiento de las formas de producción «a destajo» en ciudades como Nueva York y Los Angeles, París y Londres, se convirtió en un tema comentado a mediados de la década de 1970, y en la década de 1980, más que contraerse, ha proliferado. El rápido crecimiento de las economías «negras», «informales» o «clandestinas» también ha sido documentado a lo largo del mundo capitalista avanzado, y ha llevado a algunos a sugerir que hay una convergencia creciente entre el «Tercer Mundo» y los sistemas laborales del capitalismo avanzado. Sin embargo, el surgimiento de nuevas formas de organización industrial o el renacimiento de las antiguas formas (a menudo dominadas por nuevos grupos de inmigrantes en las grandes ciudades, como filipinos, surcoreanos, vietnamitas y taiwaneses en Los Angeles, o inmigrantes de Bangladesh y de la India en el Este de Londres) representa cosas diferentes en los diferentes lugares. A veces, indica la aparición de nuevas estrategias de supervivencia para los desempleados o los absolutamente discriminados (como los inmigrantes haitianos en Miami o Nueva York), mientras que otras veces se trata simplemente de grupos de inmigrantes que buscan entrar en el sistema capitalista, de la evasión organizada de impuestos o de los altos beneficios del tráfico ilegal que está en sus fundamentos. Pero, en todos estos casos, el efecto es transformar la modalidad del control sobre la mano de obra y el empleo.

Por ejemplo, las formas de organización de la clase obrera (como los sindicatos) contaban sobre todo con la agrupación de obreros dentro de la fábrica para su viabilidad y encontraban particularmente difícil influir en los sistemas laborales domésticos o familiares. Los sistemas paternalistas son territorios peligrosos para la organización laboral porque tienden a corromper al poder sindical (si está presente) y es difícil que este tenga la capacidad de liberar a los empleados de la dominación del «padrino» y de la beneficencia paternalista. Sin duda, una de las señaladas ventajas de estas antiguas formas de los procesos laborales y de la pequeña empresa capitalista es que socavan la organización de la clase obrera y transforman la base objetiva para la lucha de clases. La conciencia de clase no surge en este caso de la relación de clase directa entre capital y trabajo, y se desplaza a un terreno mucho más confuso de conflictos inter-familiares y peleas por el poder dentro de un sistema familiar

o de clan, de relaciones sociales jerárquicamente ordenadas. Luchar contra la explotación capitalista en la fábrica es muy diferente que luchar contra un padre o un tío que organiza el trabajo familiar dentro de un taller de trabajo a destajo altamente disciplinado y competitivo que trabaja por encargo para el capital multinacional (cuadro 2.3).

Cuadro 2.3 *Diferentes formas de proceso de trabajo y organización de la producción.*

Tipo de producción	*Forma*	*Base de explotación*	*Política de producción*
Autónoma	asesores, artesanos y sector informal	intercambio de bienes y servicios	individualista y mercantil, contra el monopolio o la regulación estatal
Cooperativa	colectiva y cooperativa	acuerdos internos e intercambio externo	negociación
Patriarcal	pequeña empresa familiar (taller explotador)	parentesco (basado en edad y sexo)	la política del pinche de cocina
Paternalismo comunitario	grandes empresas domésticas (explotación del trabajo)	comunidad (basada en normas, costumbres, y en la fuerza)	políticas de fachada y status
Paternalismo burocrático	sistemas de gestión empresaria y estatal	racionalidad calculadora, lealtad y antigüedad	una carrera organizada y la competencia en el interior de las organizaciones
Patrimonial	imperios de orden jerárquico en la producción, el comercio o las finanzas	relaciones de poder y de intercambio de favores (privilegio tradicional)	regateo, ventajas mutuas y luchas dinásticas
Proletaria	empresa capitalista y sistema fabril	compra y venta de la fuerza de trabajo y control sobre el proceso laboral y los medios de producción	competencia de mercado, acción colectiva, negociación y lucha de clases

Fuente: Deyo, 1987.

Los efectos son doblemente obvios si se tiene en cuenta el cambio de rol de las mujeres en la producción y en los mercados laborales. Los nuevos mercados de trabajo no sólo facilitan la explotación de la fuerza de trabajo de las mujeres sobre la base del horario de tiempo

parcial, y así ellas, con remuneraciones inferiores, reemplazan a los trabajadores hombres pertenecientes al núcleo —con mejores remuneraciones y más garantías contra el despido—, sino que además el renacimiento de la subcontratación y de los sistemas laborales familiares y domésticos permite un resurgimiento de las prácticas patriarcales y del trabajo hecho en la casa. Este renacimiento es semejante a la gran capacidad del capital multinacional para llevar los sistemas de producción masiva fordistas al exterior y explotar allí a la fuerza de trabajo de las mujeres, eminentemente vulnerable, en condiciones de trabajo en extremo mal pagas y de negligencia en cuanto a la seguridad del trabajo (véase Nash y Fernandez-Kelly, 1983). Los programas de maquila que permiten a los directivos y a los dueños del capital de los Estados Unidos permanecer al norte de la frontera mexicana mientras instalan las fábricas que emplean fundamentalmente mujeres jóvenes al sur de la frontera, es un ejemplo particularmente claro de una práctica que se ha extendido a muchos de los países menos desarrollados y de reciente industrialización (las Filipinas, Corea del Sur, Brasil, etc.). En realidad, la transición a la acumulación flexible ha estado marcada por una revolución (en modo alguno progresista) en el rol de las mujeres en los mercados de trabajo y en los procesos de trabajo durante un período de lucha del movimiento de las mujeres por una mayor conciencia y mejores condiciones para lo que constituye más del 40 % de la fuerza de trabajo de muchos de los países capitalistas avanzados.

Las nuevas técnicas y formas organizativas de la producción han puesto en peligro a las empresas organizadas en forma tradicional, generando una ola de quiebras, cierres de plantas, desindustrialización y reestructuración que ha afectado incluso a poderosas corporaciones. La forma de organización y las técnicas gerenciales propias de la producción en masa de alto volumen, estandarizada, no siempre han sido fáciles de convertir en el sistema de producción flexible, que pone el acento en la resolución de problemas, en las respuestas rápidas y a menudo altamente especializadas, y en la adaptación de las capacitaciones a propósitos específicos. Allí donde la producción podía estandarizarse, se hizo difícil detener su tendencia a extraer ventaja de la fuerza de trabajo mal paga del Tercer Mundo, donde creó lo que Lipietz (1986) llama «fordismo periférico». La quiebra de Penn Central de 1976 y el cierre de Chrysler de 1981 pusieron de manifiesto la gravedad del problema en los Estados Unidos. En ese país, no sólo la lista de las quinientas corporaciones principales de *Fortune* sufrió una considerable modificación, sino que también cambió el rol de estas en la economía: su empleo global permaneció estacionario después de 1970 (con una pérdida neta en los Estados

Unidos), a diferencia de la duplicación de puestos de trabajo que había ocurrido en sus plantas desde 1954 hasta 1970. Por otra parte, la formación de nuevas empresas en los Estados Unidos se desarrolló velozmente, y se duplicó en el período comprendido entre 1975 y 1981 (un año de gran recesión). Muchas de las nuevas pequeñas empresas se insertaron en una matriz de subcontratación de tareas calificadas o consultorías.

Al parecer, las economías de escala buscadas bajo la producción en masa fordista se enfrentaron con la posibilidad de manufacturar una gran cantidad de bienes con menos costos en pequeñas series. Las economías direccionadas han derrotado a las economías de escala. Hacia 1983, por ejemplo, *Fortune* anunció que «en la actualidad, el 75 % de todas las partes de maquinarias se produce en series de cincuenta o menos». Por supuesto, las empresas fordistas podían adoptar las nuevas tecnologías y procesos de trabajo (una práctica que muchos definen como «neo-fordista»), pero en muchos casos las presiones de la competencia y la lucha por mejorar el control sobre la mano de obra dieron lugar al auge de formas industriales completamente nuevas o a la integración del fordismo a una red de subcontratación y de «tercerización» para lograr más flexibilidad ante la mayor competencia y riesgo. La producción de series pequeñas y la subcontratación sin duda tenían la virtud de pasar por alto las rigideces del sistema fordista y satisfacer un espectro mucho más amplio de necesidades del mercado, incluidas las que variaban con rapidez.

Estos sistemas de producción flexible han permitido acelerar el ritmo de innovación del producto, además de explorar nichos de mercado altamente especializados y de pequeña escala, aspectos estos de los cuales ellos mismos dependen hasta cierto punto. En condiciones de recesión y competencia acrecentada, el impulso de explorar estas posibilidades se volvió fundamental para sobrevivir. El tiempo de rotación del capital —que es siempre una de las claves de la rentabilidad capitalista— se redujo de manera rotunda con el despliegue de las nuevas tecnologías productivas (automatización, robots, etc.) y las nuevas formas organizativas (como el sistema de entregas «justo-a-tiempo» en los flujos de inventarios, que reduce radicalmente los que hacen falta para mantener la producción en marcha). Pero la aceleración del tiempo de rotación en la producción habría sido inútil si no se reducía también el tiempo de rotación en el consumo. Por ejemplo, la vida promedio de un típico producto fordista era de cinco a siete años, pero la acumulación flexible ha reducido en más de la mitad esa cifra en ciertos sectores (como el textil y las industrias del vestido), mientras que en otros —como las llama-

das industrias de «*thought-ware*» (juegos de video y programas de software para las computadoras)— la vida promedio es de menos de dieciocho meses. Por consiguiente, la acumulación flexible ha venido acompañada, desde el punto de vista del consumo, de una atención mucho mayor a las aceleradas transformaciones de las modas y a la movilización de todos los artificios destinados a inducir necesidades con la transformación cultural que esto implica. La estética relativamente estable del modernismo fordista ha dado lugar a todo el fermento, la inestabilidad y las cualidades transitorias de una estética posmodernista que celebra la diferencia, lo efímero, el espectáculo, la moda y la mercantilización de las formas culturales.

Estos cambios en el consumo, junto con las transformaciones en la producción, la búsqueda de información y el financiamiento, parecen haber marcado una gran ola en el empleo en servicios desde comienzos de la década de 1970. Hasta cierto punto, esta tendencia podía detectarse mucho antes, quizá como consecuencia de un rápido incremento en la eficiencia de gran parte de la industria gracias a la racionalización fordista y a la evidente dificultad de obtener una productividad similar en el suministro de servicios. Pero la contracción rápida en los empleos fabriles desde 1972 (véase el cuadro 2.4)

Cuadro 2.4 *Estructura del empleo civil en países capitalistas avanzados seleccionados, **1960-1981**, que ilustra el crecimiento de la economía de los servicios.*

	Porcentaje de la población empleada en								
	Agricultura			*Industria*			*Servicios*		
	1960	*1973*	*1981*	*1960*	*1973*	*1981*	*1960*	*1973*	*1981*
Alemania Occ.	14,0	7,5	5,9	48,8	47,5	44,1	37,3	45,0	49,9
Australia	10,3	7,4	6,5	39,9	35,5	30,6	49,8	57,1	62,8
Canadá	13,3	6,5	5,5	33,2	30,6	28,3	53,5	62,8	66,2
España	42,3	24,3	18,2	32,0	36,7	35,2	25,7	39,0	46,6
EE.UU.	8,3	4,2	3,5	33,6	33,2	30,1	58,1	62,6	66,4
Francia	22,4	11,4	8,6	37,8	39,7	35,2	39,8	48,9	56,2
Italia	32,8	18,3	13,4	36,9	39,2	37,5	30,2	42,5	49,2
Japón	30,2	13,4	10,0	28,5	37,2	35,3	41,3	49,3	54,7
RU	4,1	2,9	2,8	48,8	42,6	36,3	47,0	54,5	60,9
Suecia	13,1	7,1	5,6	42,0	36,8	31,3	45,0	56,0	63,1
OCDE	21,7	12,1	10,0	35,3	36,4	33,7	43,0	51,5	56,3

Fuente: Estadísticas sobre la Fuerza de Trabajo de la OCDE.

ha puesto de relieve un rápido crecimiento del empleo en servicios, no tanto en la franja minorista, de distribución, transporte y servi-

cios personales (que permaneció más o menos estable o perdió terreno), cuanto en los servicios al productor, las finanzas, el seguro y los bienes raíces, y en otros sectores como la salud y la educación (véase Walker, 1985; también Noyelle y Stanback, 1984; Daniels, 1985). La interpretación exacta de todo esto (o, en realidad, hasta las definiciones básicas de lo que significa un servicio) es motivo de controversia. Parte de la expansión puede atribuirse, por ejemplo, al crecimiento de la subcontratación y de las consultorías, que da lugar a que actividades que antes se desarrollaban en el interior de las firmas manufactureras (servicios legales, de comercialización, publicidad, secretaría, etc.) se realicen en otras empresas. Como veremos en la Tercera parte, también puede ocurrir que la necesidad de acelerar el tiempo de rotación en el consumo haya determinado un cambio de acento desde la producción de bienes (la mayor parte de estos, como cuchillos y tenedores, tienen un tiempo de vida sustancial) hacia la producción de eventos (como espectáculos que tienen un tiempo de rotación casi instantáneo). Cualquiera que sea la explicación más exacta, un análisis de la transformación de las economías capitalistas avanzadas desde 1970 debe prestar especial atención a este notable desplazamiento en la estructura ocupacional.

Todo esto ha otorgado un interés especial a la iniciativa empresaria innovadora e «inteligente», realizada con los aportes y la complicidad de una gerencia bien informada, activa y decisiva. La mayor capacidad de dispersión geográfica, la producción en pequeña escala y la búsqueda de mercados a medida no necesariamente ha llevado, sin embargo, a una disminución del poder de las corporaciones. Sin duda, en la medida en que la información y la capacidad de tomar rápidas decisiones en un medio altamente incierto, efímero y competitivo se han vuelto cruciales para obtener ganancias, la corporación bien organizada ha obtenido ventajas competitivas sobre las pequeñas empresas. A menudo, la «desregulación» (otra de las palabras clave de la era de la acumulación flexible) ha significado un incremento de la monopolización (al cabo de una fase de competencia intensificada) en sectores como las aerolíneas, la energía y los servicios financieros. En un extremo de la escala empresaria, la acumu lación flexible ha dado lugar a fusiones masivas y a diversificaciones de las corporaciones. Las compañías norteamericanas gastaban 22 mil millones de dólares para comprarse mutuamente en 1977, pero en 1981 esa cifra se había elevado a 82 mil millones de dólares, para culminar, en 1985, en los 180 mil millones. Si bien las fusiones y las adquisiciones declinaron en 1987, en parte como respuesta a la crisis del mercado accionario, el valor total no fue inferior a 165,8 mil millones por 2.052 transacciones (según W. T. Grimm, consultora de

fusiones). Todavía en 1988, la manía de las fusiones seguía en pie. En los Estados Unidos se llevaron a cabo operaciones de fusiones equivalentes a 198 mil millones de dólares en los primeros tres trimestres del año, mientras que en Europa, el intento de Benedetti —de Olivetti— de tomar posesión de la Union Générale de Bélgica, un banco que controlaba cerca de un tercio de los activos productivos de ese país, indicaba la expansión global de la manía de fusión. La mayor parte de los empleados por las 500 principales compañías de *Fortune* en los Estados Unidos trabajan ahora en líneas de actividad que no tienen nada que ver con la línea inicial de negocios con la cual se identifica su compañía. «El deber de la administración es hacer dinero, no acero» anunció James Roderick, Presidente de US Steel, en 1979, y rápidamente se lanzó a una campaña de adquisiciones y expansiones para diversificar las actividades de la compañía. En el otro extremo de la escala, también florecieron las pequeñas empresas, las estructuras organizativas patriarcales y artesanales. Hasta el empleo autónomo, que venía declinando de manera constante en los Estados Unidos desde 1950, según el informe de Reich (1983), tuvo un resurgimiento sustancial después de 1972, expandiéndose en más del 25 % en menos de una década (una tendencia que abarcaba todo, desde el trabajo transitorio de los desempleados hasta los consultores muy bien remunerados, diseñadores, artesanos y especialistas). Los nuevos sistemas de coordinación se han implantado a través de una intrincada variedad de acuerdos de subcontratación (que conectan a las pequeñas firmas con operaciones a menudo multinacionales, de gran escala) a través de la formación de nuevos conjuntos productivos en los cuales las economías de aglomeración han adquirido una importancia creciente, o a través de la integración de las pequeñas empresas al dominio de poderosas organizaciones financieras y comercializadoras (Benetton, por ejemplo, no produce directamente, sino que opera como una poderosa máquina de comercialización que transmite órdenes a un conjunto amplio de productores independientes).

Esto sugiere que la tensión que siempre ha prevalecido dentro del capitalismo entre el monopolio y la competencia, entre la centralización y la descentralización del poder económico, se está llevando a cabo en formas fundamentalmente nuevas. Sin embargo, esto no implica necesariamente que el capitalismo se vuelva más «desorganizado», como lo sugieren Offe (1985), y Lash y Urry (1987). Porque lo más interesante on la situación actual es la forma en que el capitalismo se organiza de manera más ajustada *a través de* la diversificación, la movilidad geográfica y la flexibilidad de los mercados de trabajo, los procesos laborales y los mercados de consumo, todo esto

acompañado por fuertes dosis de innovación institucional, productiva y tecnológica.

En efecto, la organización más ajustada y la centralización implosiva se han logrado gracias a dos desarrollos paralelos de la mayor importancia. Primero, la información precisa y al día es hoy un bien de altísimo valor. El acceso a la información y el control sobre ella, junto con una gran capacidad para el análisis instantáneo de datos, se han convertido en elementos esenciales de la coordinación centralizada de los vastos intereses de las corporaciones. La capacidad de respuesta instántanea a los cambios en el mercado de valores, a las modas y gustos, y a los movimientos de la competencia es más esencial para la supervivencia de las corporaciones de lo que fue antes con el fordismo. El acento puesto en la información también ha engendrado un vasto conjunto de servicios empresarios y de consultorías de alta especialización, capaces de proporcionar la información al minuto sobre las tendencias del mercado y los análisis de datos instantáneos, necesarios para las decisiones que deben tomar las corporaciones. Ha creado asimismo una situación en la cual los grandes beneficios deben hacerse sobre la base del acceso privilegiado a la información, en particular, sobre los mercados financieros y de divisas (testigo de esto son los escándalos de los «informantes» que proliferaron en la década de 1980 y que golpearon tanto a Nueva York como a Londres). Pero, en un sentido, esto es solamente la parte superior ilegal de un iceberg donde el acceso privilegiado a la información de cualquier índole (como el *know-how* científico y técnico, las políticas gubernamentales y los cambios políticos) se convierte en un aspecto esencial de una toma de decisiones exitosa y lucrativa.

El acceso al *know-how* científico y técnico siempre ha sido importante en la lucha competitiva pero, aquí también, podemos advertir una renovación del interés y el énfasis, porque en un mundo de gustos y necesidades rápidamente cambiantes y de sistemas de producción flexibles (entendidos como opuestos al mundo relativamente estable del fordismo estandarizado), el acceso a la última técnica, al último producto, al último descubrimiento científico, entraña la posibilidad de apoderarse de una gran ventaja competitiva. El conocimiento mismo se convierte en una mercancía clave, producida y vendida al mejor postor, en condiciones que están cada vez más organizadas sobre una base competitiva. Las universidades y los institutos de investigación compiten ferozmente por el personal, así como por ser los primeros en patentar los nuevos descubrimientos científicos (el primero en conseguir la vacuna para el virus del sida seguramente obtendrá un importante beneficio, como lo reconoce

con claridad el acuerdo existente entre los investigadores norteamericanos y los del Instituto Pasteur de Francia sobre informaciones compartidas y royalties). La producción de conocimiento organizada se ha expandido notablemente en las últimas décadas, al mismo tiempo que se ha planteado cada vez más sobre bases comerciales (testimonio de ello son las incómodas transiciones en muchos sistemas universitarios del mundo capitalista desarrollado, de una tutoría del conocimiento y el saber a la producción subsidiaria de conocimiento para el capital de las corporaciones). El famoso Stanford Silicon Valley o las conexiones industriales de «alta tecnología» MIT-Boston Ruta 128 son configuraciones muy nuevas y especiales de la era de la acumulación flexible (aun cuando, como lo señala David Noble en *America by design*, muchas universidades norteamericanas fueron construidas y promocionadas por el capital de las corporaciones desde el comienzo).

El control sobre los flujos de información y sobre los vehículos para la propagación del gusto y la cultura populares se ha vuelto también un arma vital en la lucha competitiva. La asombrosa concentración del poder económico en la edición de libros (donde el 2 % de los editores controlan el 75 % de los libros que se publican en los Estados Unidos), los medios y la prensa no puede explicarse simplemente en función de las condiciones de producción que llevan a las fusiones en esos campos. Tiene mucha relación con el poder de otras grandes corporaciones, como se expresa en los controles que ejercen sobre los mecanismos de distribución y los gastos de publicidad. Estos últimos han crecido notablemente desde la década de 1960 y han consumido grandes proporciones de los presupuestos de las corporaciones, porque en un mundo altamente competitivo no son sólo los productos sino la imagen de la misma corporación la que resulta esencial, en la comercialización misma pero también para suscribir capital, conseguir fusiones y obtener ventajas en la producción de conocimiento, en política gubernamental y la promoción de valores culturales. El patrocinio corporativo de las Artes (Exposición patrocinada por. . .), de universidades y de proyectos filantrópicos, es el extremo de prestigio de una escala de actividades que lo abarca todo, desde folletos e informes de la compañía, maniobras en las relaciones públicas y hasta escándalos que constantemente ponen el nombre de la compañía a consideración del público.

El segundo desarrollo —y este ha sido mucho más importante que el primero— fue la total reorganización del sistema financiero global y el surgimiento de mayores capacidades de coordinación financiera. Nuevamente, ha habido un movimiento doble; por un lado, hacia la formación de conglomerados e intermediarios financie-

ros de extraordinario poder global, y, por otro lado, hacia una acelerada proliferación y descentralización de actividades y corrientes financieras a través de la creación de instrumentos financieros y mercados totalmente nuevos. En los Estados Unidos, esto significó la desregulación de un sistema financiero que ha estado rigurosamente restringido siempre, desde las reformas de la década de 1930. El *Hunt Commission Report* de 1971 fue el primer reconocimiento explícito de la necesidad de reformas como condición para la supervivencia y el crecimiento del sistema económico capitalista. Después de los traumas de 1973, la presión para la desregulación financiera ganó fuerza durante esa década y para 1986 había doblegado a todos los centros financieros mundiales (por ejemplo, las celebradas reformas del «big-bang» de Londres). La desregulación y la innovación financiera —largos y complicados procesos— se habían convertido en ese momento en una condición de supervivencia para cualquier centro financiero mundial dentro de un sistema global altamente integrado, coordinado por las telecomunicaciones instantáneas. La formación de un mercado de valores global, de mercados de futuros para mercancías globales (incluso deuda), de divisas y de intermediación entre tipos de interés, junto con una acelerada movilidad geográfica de fondos, significó, por primera vez, la formación de un único mercado mundial para el dinero y el crédito (figura 2.11).

La estructura de este sistema financiero mundial es hoy tan complicada que supera la posibilidad de comprensión de mucha gente. Las fronteras entre funciones distintas, como las operaciones bancarias, el cambio, los servicios financieros, la financiación de viviendas, el crédito para el consumo y elementos semejantes se han vuelto cada vez más porosas, al mismo tiempo que crecen los nuevos mercados de mercancías, acciones, divisas o futuros de deuda, que descuentan el tiempo futuro en el tiempo presente de maneras desconcertantes. La computarización y las comunicaciones electrónicas han consolidado la importancia de la coordinación internacional instantánea de los movimientos financieros. «Las operaciones bancarias», dijo el *Financial Times* (8 de mayo de 1987), «cada vez son más indiferentes a los límites de tiempo, de lugar y de dinero». En la actualidad, «un comprador inglés puede obtener una hipoteca japonesa, un norteamericano puede operar con su cuenta bancaria de Nueva York a través de un cajero automático instalado en Hong Kong, y un inversor japonés puede comprar acciones en un banco escandinavo con base en Londres cuyos activos están denominados en libras esterlinas, dólares, marcos alemanes y francos suizos». Este mundo «asombroso» de las altas finanzas abarca una diversidad igualmente asombrosa de actividades cruzadas, en las que los ban-

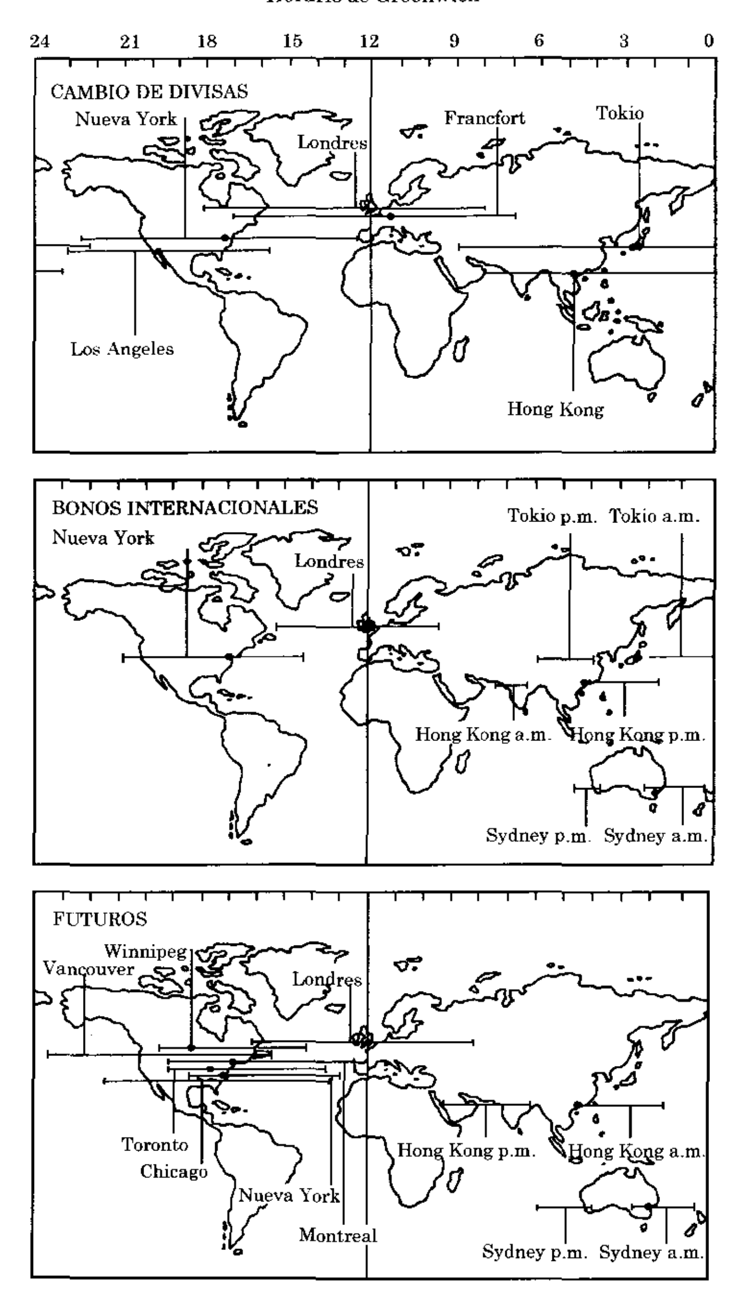


Figura 2.11 *Circuitos de operación durante las veinticuatro horas en los mercados financieros globales (cortesía de Nigel Thrift).*

cos piden préstamos masivos de corto plazo a otros bancos, y las compañías de seguros, fusionadas con fondos de pensión, constituyen asociaciones de fondos de inversión tan vastos que pueden funcionar como «hacedores de mercados», mientras que el capital industrial, mercantil y de bienes raíces se integra de tal forma en operaciones y estructuras financieras que se hace cada vez más difícil discernir dónde empiezan los intereses comerciales e industriales y dónde terminan los intereses estrictamente financieros.

Esta confusión se ha vinculado especialmente al crecimiento de lo que ahora se llama «iniciativa empresaria volcada a los papeles valores». En los últimos años se ha enfatizado de manera impresionante la búsqueda de otras formas lucrativas que no fueran la producción directa de bienes y servicios. Las técnicas van desde la sofisticada «contabilidad creativa», pasando por el cuidadoso monitoreo de los mercados internacionales y de las condiciones políticas por parte de multinacionales que se proponen extraer provecho de los desplazamientos relativos de los valores monetarios o de las tasas de interés, hasta el ataque directo a otras compañías con desagregación de los activos de corporaciones competidoras o aun completamente ajenas. La «manía de fusiones y capturas de empresas» de la década de 1980 formaba parte de este énfasis en la iniciativa empresaria volcada a los papeles valores, porque, si bien hubo algunos casos en los que esas actividades pudieron, sin duda, justificarse en función de la racionalización o diversificación de los intereses corporativos, el propósito, casi siempre, fue obtener ganancias financieras sin preocuparse por la producción real. No sorprende entonces, como observa Robert Reich (1983), que «en la actualidad la iniciativa empresaria volcada a los papeles valores preocupe hoy a algunas de las inteligencias más destacadas de América, ataque a algunos de sus universitarios más talentosos, emplee el pensamiento más creativo y original y estimule algunos de los proyectos más vitales». En los últimos quince años, asegura, los trabajos más codiciados y más lucrativos que podían obtenerse en los negocios de los Estados Unidos tenían que ver no con la administración de la producción sino con las esferas legales y financieras de la acción corporativa.

Inundado por la liquidez y perturbado por una deuda en espiral ascendente y fuera de control desde 1973, el sistema financiero mundial ha eludido, sin embargo, todo control colectivo, incluso por parte de los Estados capitalistas avanzados más poderosos. La formación del llamado mercado financiero del «eurodólar» con el excedente de dólares norteamericanos a mediados de 1960 es sintomática de este problema. Prácticamente fuera del control de

cualquier gobierno nacional, este mercado de dinero «sin Estado» se expandió de 50 mil millones de dólares en 1973 a cerca de dos billones hacia 1987, aproximándose de este modo al total de los agregados monetarios de los Estados Unidos. El volumen de eurodólares se incrementó en un promedio de cerca del 25 % por año en 1970, comparado con un 10 % del incremento en la oferta de dinero dentro de los Estados Unidos y un 4 % de tasa de crecimiento en el volumen del comercio exterior. Del mismo modo, la deuda de los países del Tercer Mundo ha crecido de manera descontrolada (véase la figura 2.12). No hace falta mucha imaginación para advertir que estos

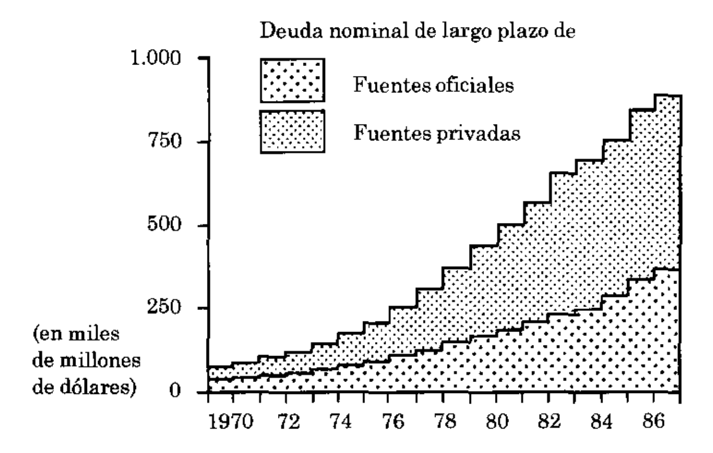


Figura 2.12 *Crecimiento de la deuda de los países menos desarrollados, 1970-1987.* (*Fuente:* Cuadros de la deuda del Banco Mundial.)

desequilibrios auguran graves tensiones y daños para el sistema capitalista global. Hoy abundan los profetas del desastre (como el banquero inversor de Wall Street, Felix Rohatyn) y hasta *The Economist* y *Wall Street Journal* lanzaron sombrías advertencias sobre lo inminente de un desastre financiero, antes del hundimiento del mercado de valores de octubre de 1987.

Los nuevos sistemas financieros implementados desde 1972 han transformado el equilibrio de fuerzas del capitalismo global: otorgaron una autonomía mucho mayor al sistema bancario y financiero dedicado a las finanzas de las corporaciones, del Estado y las personas. Sin duda, la acumulación flexible recurre más que el fordismo al capital financiero como poder coordinador. Esto significa que la potencialidad para la formación de crisis monetarias y financieras independientes y autónomas es mucho mayor que antes, aun cuando el sistema financiero está en mejores condiciones para diseminar

los riesgos en un frente más amplio y para desplazar rápidamente los fondos de empresas, regiones y sectores de riesgo hacia zonas más lucrativas. Gran parte del flujo, de la inestabilidad y el torbellino puede atribuirse directamente a esta mayor capacidad de desplazamiento del capital que parece olvidar casi por completo las restricciones de tiempo y espacio que normalmente pesan sobre las actividades materiales de la producción y el consumo.

Hasta cierto punto, los crecientes poderes de coordinación que posee el sistema financiero mundial han surgido a expensas del poder del Estado nacional para controlar el flujo de capital y, por lo tanto, su propia política fiscal y monetaria. La ruptura, en 1971, del acuerdo de Bretton Woods que establecía el precio del oro y la convertibilidad del dólar constituyó el reconocimiento de que los Estados Unidos ya no tenían el poder de controlar por sí solos la política fiscal y monetaria mundial. La adopción de un sistema de tipos de cambio flexibles en 1973 (en respuesta a los movimientos masivos especulativos de divisas contra el dólar) fue una señal de la total extinción de Bretton Woods. Desde ese momento, todos los Estados nacionales quedaron a merced de la disciplina financiera, sea por los efectos del flujo de capitales (un ejemplo es el giro en la política del gobierno socialista francés ante una gran fuga de capitales después de 1981) sea directamente por la disciplina institucional. La avenencia de Gran Bretaña, bajo el gobierno laborista, a tomar medidas de austeridad en 1976 obedeciendo a los dictados del Fondo Monetario Internacional a fin de tener acceso al crédito fue simplemente un reconocimiento del poder de las finanzas externas sobre la política interna (había sin duda, en este caso, algo más que una simple conspiración de los «gnomos de Zurich», tan vilipendiados por el gobierno de Wilson una década antes). Por supuesto, siempre existió, bajo el capitalismo, un delicado equilibrio entre el poder financiero y el estatal, pero el fracaso del keynesianismo-fordismo, evidentemente, significó un desplazamiento hacia el fortalecimiento del capital financiero frente al Estado nacional. La significación de todo esto se vuelve aun más evidente si se la sitúa en el contexto de la acelerada reducción de los costos del transporte y las comunicaciones, gracias a la introducción de los contenedores, los transportes de carga jumbo-jet y las comunicaciones satelitales, que permiten comunicar instantáneamente a cualquier parte del mundo las instrucciones sobre producción y diseño. La industria que tradicionalmente había estado restringida a las fuentes de materia prima y a los mercados locales podía desenvolverse más libremente. Desde mediados de la década de 1970 en adelante, ha aparecido una amplia bibliografía que intenta seguir el desarrollo de la nueva división

internacional del trabajo, de los cambios en los principios de localización, y de los mecanismos proliferantes de coordinación, tanto dentro de las corporaciones transnacionales como entre las diferentes mercancías sectoriales y los mercados de productos. Los países de reciente industrialización (NICs; New industrializing countries) como «la banda de los cuatro» del Sudeste Asiático (Hong Kong, Singapur, Taiwan y Corea del Sur) comenzaron a incursionar seriamente en los mercados de ciertos productos (textiles, electrónica, etc.) en los países capitalistas avanzados, y pronto fueron seguidos por muchos otros países de reciente industrialización (Hungría, India, Egipto) y por aquellos que antes implementaban estrategias de sustitución de las importaciones (Brasil, México) en una nueva combinación regional de la producción industrial mundial.

Algunos de los desplazamientos de poder dentro de la economía política global del capitalismo avanzado desde 1972 han sido realmente notables. La dependencia de los Estados Unidos respecto del comercio exterior (históricamente siempre algo reducido: con un promedio del 4-5 % del producto interno bruto) se duplicó en el período comprendido entre 1973 y 1980 (véase el cuadro 2.5). Las im-

Cuadro 2.5 *La dependencia del comercio exterior de ciertos países capitalistas avanzados.*

	Porcentajes de exportaciones y de importaciones sobre el Producto Nacional Bruto			
	1960	*1970*	*1980*	*1986*
EE.UU.				
exportaciones	4,37	5,35	10,0	7,0
importaciones	4,36	5,00	10,5	10,2
RU				
exportaciones	20,9	23,1	27,7	26,2
importaciones	22,3	22,2	25,3	27,0
Japón				
exportaciones	10,8	10,8	13,7	11,7
importaciones	10,3	9,5	14,6	7,6
Alemania Occ.				
exportaciones	17,9	21,2	26,3	30,0
importaciones	16,4	19,1	27,0	24,9
Italia				
exportaciones	12,1	15,4	21,7	20,4
importaciones	12,4	15,0	24,4	18,7

Fuente: OCDE.

portaciones de los países en desarrollo llegaron casi a decuplicarse, y la ola de importaciones (en particular de Japón) exige una mayor participación en los mercados norteamericanos en áreas tan diversas como chips de silicio, televisores y videos, instrumentos mecánicos con control numérico, zapatos, textiles y automóviles. La balanza de pagos de bienes y servicios para los Estados Unidos desplazó rápidamente a este país de la condición de acreedor global neto a la de mayor deudor mundial (véase la figura 2.13). Mientras tanto,

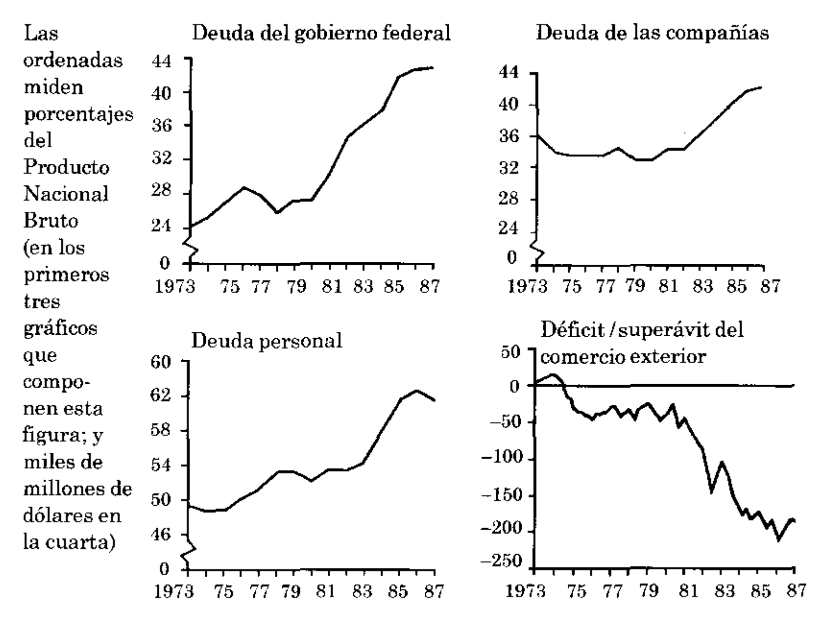


Figura 2.13 *Crecimiento de la deuda del gobierno federal, de la deuda personal y la deuda de las empresas en los Estados Unidos, y deterioro de la balanza de comercio de los Estados Unidos, 1973-1987.* (*Fuente:* Departamento de Comercio y Junta de la Reserva Federal.)

creció el poder financiero de Japón, y convirtió a Tokio en uno de los centros financieros mundiales más importantes (que superó a Nueva York por primera vez en 1987) simplemente por las enormes cantidades de fondos excedentes controlados por los bancos japoneses. Estos últimos desplazaron a los norteamericanos como los mayores accionistas internacionales en 1985 y, hacia 1987, llegaron a los 1,4 billones comparados con los 630 mil millones de dólares de los norteamericanos. En la actualidad, los cuatro bancos más importantes del mundo (en términos de activos) son japoneses.

Estos desplazamientos han estado acompañados e impulsados por el auge de un neo-conservadurismo agresivo en Norteamérica y

en gran parte de Europa Occidental. Los triunfos electorales de Thatcher (1979) y Reagan (1980) se suelen ver como una clara ruptura con la política del período de posguerra. Yo tiendo a considerarlos más como consolidaciones de lo que ya estaba en camino desde la década de 1970. La crisis de 1973-1975 nació en parte de una confrontación con las rigideces acumuladas por las políticas y prácticas gubernamentales construidas durante el período keynesiano-fordista. La política keynesiana había aparecido como inflacionaria con el crecimiento de las obligaciones del Estado y el estancamiento de la capacidad fiscal. En la medida en que parte del consenso político del fordismo suponía que las redistribuciones debían surgir del crecimiento, la disminución del crecimiento significó, inevitablemente, un problema para el Estado de bienestar y para el salario social. Los gobiernos de Nixon y Heath reconocieron el problema en el período 1970-1974: luchas parciales con la fuerza de trabajo organizada y reducción de los gastos del Estado. Los gobiernos laborista y demócrata que llegaron posteriormente al poder se inclinaron ante los mismos imperativos, si bien estaban ideológicamente predispuestos en otra dirección. Su aproximación corporativa a la resolución del problema puede haber sido diferente (confiaba en el acatamiento voluntario y en la observancia sindical de las políticas de precios y salarios), pero los objetivos eran los mismos. Apenas se vio que las opciones políticas eran compromisos entre el crecimiento o la equidad, no hubo dudas acerca del rumbo que adoptarían incluso los gobiernos reformistas más devotos. El alejamiento paulatino de las concepciones del Estado de bienestar (véase la figura 2.9) y el ataque al salario real y al poder sindical organizado que comenzaron como una necesidad económica durante la crisis de 1973-1975 fueron transformados por los neo-conservadores en una simple virtud del gobierno. Se difundió así la imagen de gobiernos fuertes que administraban poderosas dosis de remedios desagradables a fin de restaurar la salud de las economías enfermas.

En la medida en que la fuerte competencia internacional en una situación de lánguido crecimiento obligaba a todos los Estados a volverse «empresariales» y a preocuparse por mantener un clima favorable a los negocios, debía limitarse el poder de los trabajadores organizados y de otros movimientos sociales. Si bien las políticas de la resistencia pueden haber variado —con resultados tangibles, como lo demuestra el estudio comparativo de Therborn (1984) sobre los Estados europeos—, la austeridad, el recorte fiscal y la erosión del compromiso social entre las fuerzas de trabajo en su conjunto y el gobierno se convirtieron en el lema de todos los Estados del mundo capitalista avanzado. Por lo tanto, aunque los Estados conservan un

poder considerable para intervenir en los contratos de trabajo, lo que Jessop (1982, 1983) llama «la estrategia de acumulación» de cada Estado nacional capitalista se ha circunscripto de una manera más estricta.

De la otra cara de la moneda, los gobiernos ideológicamente comprometidos con la no-intervención y el conservadurismo fiscal se han visto obligados por los acontecimientos a volverse un poco más intervencionistas. Dejando de lado el hecho de que las evidentes inseguridades de la acumulación flexible crean un clima que lleva al autoritarismo del tipo de Thatcher o Reagan, la inestabilidad financiera y los problemas masivos de endeudamiento interno y externo han forzado intervenciones periódicas en los inestables mercados financieros. El despliegue de poder de la Reserva Federal para paliar la crisis de la deuda mexicana en 1982, y el acuerdo del Tesoro de los Estados Unidos para negociar la cancelación de lo que podría ascender a 20 mil millones de dólares de deuda mexicana con los bancos norteamericanos en 1987, son dos ejemplos de este nuevo tipo de intervencionismo en los mercados internacionales. La decisión de nacionalizar el Continental Illinois Bank, en bancarrota, en 1984, y los desembolsos masivos de la Federal Deposit and Insurance Corporation (FDIC) de los EE.UU. para absorber los costos crecientes de la quiebra del banco (véase la figura 2.14) y el drenaje

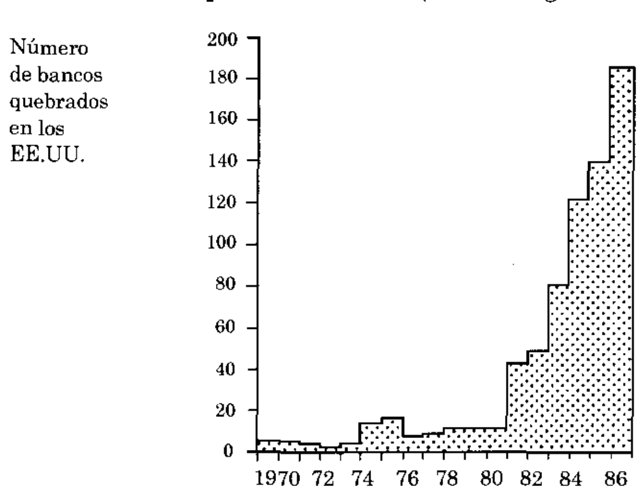


Figura 2.14 *Quiebras de bancos en los EE.UU., 1970-1987.* (*Fuente:* Federal Deposit and Insurance Corporation.)

similar de los recursos de la Federal Savings and Loan Insurance Corporation, que exigieron unos 10 mil millones de dólares de recapitalización en 1987 para proveer al hecho de que alrededor del

20 % de las 3.100 instituciones de crédito de la nación eran técnicamente insolventes, ilustra la magnitud del problema (las cauciones estimadas necesarias para enfrentar la crisis de ahorros y préstamos eran de 50 mil a 100 mil millones de dólares hacia septiembre de 1988). Tan perturbado estaba William Isaacs, presidente de la FDIC, que se sintió obligado a advertir a la American Bankers Association, ya en octubre de 1987, que los Estados Unidos «podrían encaminarse hacia la nacionalización de la banca» si ellos no podían hacer frente a sus pérdidas. Las operaciones en los mercados internacionales de divisas para estabilizar los tipos de cambio no salieron más baratas: la Reserva Federal de Nueva York anunció haber gastado más de 4 mil millones de dólares en dos meses después del crash del mercado de valores de octubre de 1987 para mantener el cambio del dólar relativamente controlado, y el Banco de Inglaterra vendió 24 mil millones de libras esterlinas en 1987 para evitar que la libra británica se elevara demasiado rápidamente. El papel del Estado como prestador u operador de última instancia, evidentemente, se ha vuelto más crucial.

Sin embargo, por ese mismo motivo, ahora vemos que también es posible que los Estados nacionales (Sudáfrica, Perú, Brasil) apelen al incumplimiento de las obligaciones financieras internacionales, forzando negociaciones interestatales en torno de la devolución de la deuda. Sospecho que tampoco es casual que la primera cumbre económica entre las principales potencias capitalistas haya tenido lugar en 1975, y que la búsqueda de coordinación internacional —sea a través del FMI o a través del recurso a los acuerdos colectivos para intervenir en los mercados monetarios— se haya intensificado desde entonces, volviéndose aún más fuerte inmediatamente después del crash del mercado de valores de 1987. En suma, ha habido una lucha por recuperar, para el conjunto de los Estados capitalistas, parte del poder que habían perdido en forma individual en las últimas dos décadas. Esa tendencia se institucionalizó en 1982, cuando el FMI y el Banco Mundial fueron designados como la autoridad central para ejercer el poder colectivo de los Estados nacionales capitalistas sobre las negociaciones financieras internacionales. Este poder se instrumenta generalmente para obligar a bajar el gasto público, recortar los salarios reales y poner en práctica políticas fiscales y monetarias austeras, hasta el punto de provocar olas de los llamados «motines FMI» desde San Pablo hasta Kingston, Jamaica, y desde Perú hasta Sudán y Egipto desde 1976 (véase Walton, 1987, que contiene una lista completa).

Hay muchos otros índices de continuidad que no de ruptura con la era fordista. Los déficit gubernamentales masivos en los Estados

Unidos, fundamentalmente atribuibles a gastos de defensa, han sido esenciales para cualquier crecimiento económico que se haya producido en el capitalismo mundial en la década de 1980, lo cual hace pensar en que las prácticas keynesianas en modo alguno están muertas. Tampoco el compromiso con la competencia y la desregulación del «libre mercado» encaja totalmente con la ola de fusiones, de uniones de empresas, y con el extraordinario crecimiento de los vínculos entre firmas supuestamente rivales de diferente origen nacional. Sin embargo, se han puesto de manifiesto zonas de conflicto entre el Estado nacional y el capital transnacional, que socavan la fácil armonía entre el gran capital y el gran gobierno, tan típico de la era fordista. El Estado hoy está en una posición mucho más problemática. Se apela a él para regular las actividades del capital de las corporaciones en función del interés nacional, al mismo tiempo que se lo obliga, también en nombre del interés nacional, a crear un «clima acogedor para los negocios» a fin de atraer a los capitales transnacionales y financieros globales, y evitar (por medios que no sean los controles de cambios) la fuga de capitales hacia zonas más lucrativas.

Si bien la historia puede haber diferido fundamentalmente de un país a otro, es evidente que las modalidades y objetivos así como la capacidad de intervención estatal han cambiado sustancialmente desde 1972 a lo largo del mundo capitalista, más allá de la composición ideológica de los gobiernos en el poder (la reciente experiencia de los socialistas franceses y españoles contribuye a abonar este punto). Sin embargo, esto no significa que el intervencionismo del Estado haya disminuido en líneas generales, porque en algunos aspectos —sobre todo con relación al control de las fuerzas del trabajo— la intervención del Estado es hoy más crucial que nunca.

Por fin, esto nos lleva al problema aún más espinoso de los cambios operados en las normas, hábitos y actitudes políticos y culturales desde 1970, y el grado en que estos cambios se relacionan con la transición del fordismo a la acumulación flexible. En la medida en que difícilmente podemos atribuir el éxito del neo-conservadurismo a sus logros económicos (sus cifras negativas en cuanto al empleo, el escaso crecimiento, la rápida dislocación y la deuda creciente sólo se ven compensadas por el control de la inflación), varios comentaristas han atribuido su auge a un desplazamiento general de las normas y valores colectivos —que eran hegemónicos, al menos, en las organizaciones de la clase obrera y en los movimientos sociales de las décadas de 1950 y 1960— hacia un individualismo mucho más competitivo entendido como valor central de una cultura empresarial que ha penetrado en muchos aspectos de la vida. Por cierto, esta

fuerte competencia (tanto en los mercados de trabajo como entre empresarios) ha resultado destructiva y ruinosa para algunos, aunque sin duda ha generado una explosión de energía que muchos, incluso desde la izquierda, comparan favorablemente con la rígida ortodoxia y la burocracia del control estatal y del poder corporativo monopólico. Ha dado lugar también a redistribuciones sustanciales del ingreso, que han favorecido fundamentalmente a los ya privilegiados. La iniciativa empresaria caracteriza hoy no sólo a las operaciones empresarias, sino a los ámbitos de la vida tan diversos como el gobierno urbano, el crecimiento del sector productivo informal, la organización del mercado laboral, la investigación y el desarrollo, y llega incluso a los confines de la vida académica, literaria y artística.

Si bien las raíces de esta transición son evidentemente profundas y complejas, su consistencia respecto de una transición que va del fordismo a la acumulación flexible es bastante clara, aun cuando la dirección (si la hay) de la causalidad no lo es. Para empezar, la flexibilización del capital acentúa lo nuevo, lo transitorio, lo efímero, lo fugitivo y lo contingente de la vida moderna, y no tanto los valores más sólidos implantados con el fordismo. Así como la acción colectiva se ha vuelto más difícil —y este ha sido sin duda un objetivo central del impulso hacia el refuerzo del control sobre la mano de obra—, el individualismo desenfrenado encuentra su lugar como una condición necesaria, aunque no suficiente, para la transición del fordismo a la acumulación flexible. Después de todo, muchos de los nuevos sistemas de producción fueron implantados fundamentalmente a través de la explosión de la nueva formación de los negocios, la innovación y la iniciativa empresaria. Pero, como lo sugirió Simmel (1978) hace mucho tiempo, también en estas épocas de fragmentación e inseguridad económica el anhelo de valores estables lleva a una acentuación de la autoridad de las instituciones básicas: la familia, la religión, el Estado. Y, desde 1970 aproximadamente, en el mundo Occidental se verifican numerosos signos de un renacimiento de esas instituciones y los valores que representan. Estas asociaciones son, al menos, verosímiles y, por lo tanto, deben ser estudiadas más minuciosamente. La tarea inmediata será esbozar una interpretación sobre las raíces de esta gran transición en el régimen de acumulación dominante del capitalismo.

10. Las teorías de la transición

En la medida en que asistimos a una transición histórica que aún no ha terminado y que, en todo caso, como el fordismo, está destinada a ser parcial en ciertos aspectos importantes, nos hemos encontrado con una serie de dilemas teóricos. ¿Podemos captar teóricamente la lógica, si no la necesidad, de la transición? ¿Hasta qué punto deben modificarse las formulaciones pasadas y presentes de la dinámica del capitalismo a la luz de las reorganizaciones y reestructuraciones radicales que se producen tanto en las fuerzas productivas como en las relaciones sociales? ¿Es posible representar el régimen actual lo suficientemente bien como para poder entrever el probable curso y las implicaciones de lo que aparece como una revolución en marcha?

En efecto, la transición del fordismo a la acumulación flexible ha planteado serias dificultades a todo tipo de teorías. Los keynesianos, los monetaristas, los teóricos del equilibrio parcial neoclásico parecen estar tan confundidos como todos los demás. La transición también ha planteado serios dilemas a los marxistas. Frente a estas dificultades, muchos comentaristas han abandonado las pretensiones teóricas y han recurrido simplemente a la búsqueda de datos para ponerse a tono con los acelerados cambios. Pero aquí también surgen problemas: ¿qué datos son indicadores indispensables y no series contingentes? El único punto general de acuerdo es que algo significativo ha cambiado en la forma de funcionamiento del capitalismo desde aproximadamente 1970.

La primera dificultad consiste en tratar de encapsular la naturaleza de los cambios que analizamos. En los cuadros 2.6, 2.7 y 2.8 resumo tres informes recientes sobre la transición. El primero, un informe de Halal (1986), más bien celebratorio del nuevo capitalismo, acentúa los elementos positivos y liberadores de la nueva condición de la iniciativa empresaria. El segundo, de Lash y Urry (1987), acentúa las relaciones de poder y la política en relación con la economía y la cultura. El tercero, de Swyngedouw (1986), proporciona numerosos detalles sobre las transformaciones tecnológicas y los procesos de trabajo, y hace una apreciación acerca de los cambios opera-

Cuadro 2.6 *El nuevo capitalismo según Halal.*

	El capitalismo antiguo (paradigma industrial)	*El capitalismo nuevo (paradigma pos-industrial)*
Frontera del progreso	crecimiento intenso	crecimiento suave
Organización	estructura mecanicista	redes de mercado
Adopción de decisiones	mando autoritario	liderazgo participativo
Valores institucionales	objetivos financieros	objetivos múltiples
Tendencia de gestión	gestión operacional	gestión estratégica
Sistema macroeconómico	gran negocio centrado en las ganancias	empresa libre democrática
Sistema mundial	capitalismo *versus* socialismo	híbridos de capitalismo y socialismo

Fuente: Halal, 1986.

dos en el régimen de acumulación y sus modos de regulación. En cada entrada, por supuesto, la oposición es utilizada como un instrumento didáctico para acentuar las diferencias y no ya las continuidades, y ninguno de los autores sostiene que los temas sean tan claros y nítidos como lo sugieren estos esquemas. Es cierto que los esquemas señalan algunas superposiciones, pero también algunas diferencias, que son instructivas, ya que sugieren mecanismos algo diferentes de causalidad. Halal parece estar más cerca de la teoría de Schumpeter sobre la innovación empresaria como fuerza impulsora del capitalismo, y tiende a interpretar el fordismo y el keynesianismo como un interludio desafortunado del progreso capitalista. Lash y Urry ven la evolución, en parte, como el colapso de las condiciones materiales para una política poderosa y colectiva de la clase obrera, y tratan de indagar en las raíces políticas de ese colapso. A través del uso de los términos «organizado» y «desorganizado» para caracterizar la transición, acentúan más la desintegración que la coherencia del capitalismo contemporáneo, y por lo tanto eluden la posibilidad de enfrentar una transición en el régimen de acumulación. Swyngedouw, por otra parte, cuando indica los cambios en el modo de producción y en la organización industrial, localiza la transición en la corriente principal de la economía política marxista, y acepta claramente el lenguaje de la escuela de la regulación.

Me inclino más por la interpretación de Swyngedouw. Pero creo que si el lenguaje de la escuela de la regulación ha sobrevivido mejor que otros, es por su orientación más pragmática. Dentro de la escue-

Cuadro 2.7 *El contraste entre el capitalismo organizado y el desorganizado según Lash y Urry.*

Capitalismo organizado	*Capitalismo desorganizado*
concentración y centralización del capital industrial, bancario y comercial en mercados nacionales regulados	un poder de las corporaciones en rápido aumento se des-concentra de los mercados nacionales. Internacionalización creciente del capital y, en algunos casos, separación del capital bancario e industrial
separación creciente de la propiedad y el control, y surgimiento de jerarquías gerenciales complejas	continua expansión de sectores gerenciales que organizan sus agendas individuales y políticas en discordancia con la política de clase
crecimiento de sectores nuevos de la *intelligentsia* gerencial, científica y tecnológica, y de una burocracia de clase media	declinación relativa/absoluta de la clase obrera de mameluco
crecimiento de las organizaciones y las negociaciones colectivas en el interior de las regiones y los Estados nacionales	disminución en la eficacia de las negociaciones colectivas nacionales
los intereses del Estado y los del gran capital monopólico se asocian estrechamente, y se desarrolla un estatismo de bienestar basado en la clase	los grandes monopolios se independizan cada vez más de la regulación estatal y la burocracia y el poder centralizados del Estado son desafiados
expansión de imperios económicos y control sobre la producción y los mercados de ultramar	industrialización del Tercer Mundo y desindustrialización competitiva de países centrales que se especializan en servicios
incorporación de intereses de clase diversos en una agenda nacional establecida por compromisos negociados y regulación burocrática	neta declinación de la política y las instituciones basadas en las clases
hegemonía de una racionalidad científico-técnica	fragmentación cultural y pluralismo asociados a un menoscabo de las identidades tradicionales de clase o nacionales
concentración de las relaciones capitalistas en relativamente pocas industrias y regiones	dispersión de las relaciones capitalistas en muy diversos sectores y regiones
las industrias manufactureras y extractivas son las principales fuentes de empleo	las industrias manufactureras y extractivas declinan, y prosperan las industrias de la organización y los servicios

Cuadro 2.7 *(Continuación.)*

Capitalismo organizado	*Capitalismo desorganizado*
fuerte concentración y especialización regionales en los sectores manufactureros y extractivos	dispersión, diversificación de la división espacial-territorial de la fuerza laboral
se buscan economías de escala por aumento del tamaño de la planta (y de la fuerza de trabajo)	el tamaño de las plantas disminuye por dispersión geográfica, y se desarrollan sistemas globales de producción y de subcontratación
grandes metrópolis industriales dominan regiones a las que proveen servicios centralizados (comerciales y financieros)	las metrópolis industriales declinan y se generan serios problemas en los centros urbanos por la desconcentración hacia áreas semi-rurales o periféricas
la configuración ideológico-cultural del «modernismo»	las configuraciones ideológico-culturales del «posmodernismo»

Fuente: Lash y Urry (1987).

la de la regulación, hay pocos o ningún intento de proporcionar una comprensión detallada de los mecanismos y de la lógica de las transiciones. Esto, en mi opinión, constituye un grave error. Para cubrir esa brecha, es necesario volver a los rudimentos y abordar la lógica básica del capitalismo en general. Y, por supuesto, la virtud peculiar de Marx es haber construido una teoría del capitalismo con un análisis del capitalismo según el modo de regulación ampliamente competitivo y de *laissez-faire* que encontramos en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX. Por lo tanto, volvamos a Marx y a los «elementos y relaciones invariantes» de un modo de producción capitalista y veamos hasta qué punto están presentes bajo las escamas y burbujas superficiales, las fragmentaciones y las irrupciones tan características de la economía política del presente.

En la medida en que la acumulación flexible sigue siendo una forma del capitalismo, debemos esperar que muchas proposiciones básicas sigan en pie. He tratado de resumir estas proposiciones en otra parte, de modo que extractaré de manera esquemática los elementos básicos del argumento expuesto en *The limits of capital* (Harvey, 1982). Me referiré en particular a tres rasgos fundamentales del modo de producción capitalista.

1. El capitalismo tiende al crecimiento. Un ritmo constante de crecimiento es esencial para la salud del sistema económico capitalista, ya que las ganancias así como la acumulación del capital sólo

Cuadro 2.8 *El contraste entre el fordismo y la acumulación flexible según Swyngedouw.*

Producción fordista (basada en economías de escala)	*Producción justo-a-tiempo (basada en economías de alcance)*
A EL PROCESO DE PRODUCCION	
producción en masa de bienes homogéneos	producción en series pequeñas
uniformidad y estandarización	producción flexible y en series pequeñas de variedad de tipos de producto
se mantienen stocks e inventarios que amortiguan las variaciones	se trabaja sin stocks
la calidad se controla ex-post (los desechos y errores se detectan después)	el control de calidad es parte del proceso (detección inmediata de errores)
los desechos se ocultan en los stocks permanentes	las partes defectuosas se desechan inmediatamente
se pierde tiempo de producción por los largos períodos de preparación, las partes defectuosas, los cuellos de botella en inventarios, etc.	se reducen los tiempos perdidos y disminuye «la porosidad de la jornada de trabajo»
impulsado por los recursos	impulsado por la demanda
integración vertical y (en algunos casos) horizontal	integración por subcontratación (casi) vertical
reducciones de costos por el control sobre los salarios	aprendizaje por la práctica, integrado en una planificación de plazo largo
B EL TRABAJO	
una sola tarea por obrero	tareas múltiples
pago por rendimiento (basado en la definición de la tarea)	remuneraciones personales (sistema de créditos complejo)
alto grado de especialización en la tarea	se elimina la incumbencia estricta
ninguna o escasa formación en la tarea	se dedica mucho tiempo a la formación en la tarea
organización vertical del trabajo	organización del trabajo más horizontal
no se hace experiencia de aprendizaje	aprendizaje en la práctica
énfasis en una aminorada responsabilidad del obrero (disciplinamiento de la fuerza de trabajo)	énfasis en la co-responsabilidad del obrero
no existe seguridad en el empleo	elevada seguridad en el empleo para los obreros del núcleo (empleo vitalicio). Sin seguridad y malas condiciones laborales para los obreros temporarios

Cuadro 2.8 *(Continuación.)*

Producción fordista (basada en economías de escala)	*Producción justo-a-tiempo (basada en economías de alcance)*
C EL ESPACIO	
especialización espacial funcional (centralización / descentralización)	agrupamientos y conglomerados espaciales
división espacial del trabajo	integración espacial
homogeneización de mercados laborales regionales (mercados de trabajo segmentados espacialmente)	diversificación del mercado laboral (segmentación del mercado de trabajo en un mismo lugar)
se toman componentes y subcontratistas de todo el mundo	proximidad espacial de firmas cuasi integradas verticalmente
D EL ESTADO	
regulación	desregulación / re-regulación
rigidez	flexibilidad
negociación colectiva	división / individualización, negociaciones locales o por empresa
socialización del bienestar (Estado de bienestar)	privatización de las necesidades colectivas y la seguridad social
estabilidad internacional por medio de acuerdos multilaterales	desestabilización internacional; crecen las tensiones geopolíticas
centralización	descentralización y mayor competencia entre regiones y ciudades
ciudad / Estado «subsidiarios»	ciudad / Estado «empresarios»
intervención indirecta en los mercados con políticas de ingresos y precios	intervención estatal directa en los mercados por procuración
políticas regionales nacionales	políticas regionales «territoriales» (bajo la forma de terceros)
las empresas financian la investigación y el desarrollo	el Estado financia la investigación y el desarrollo
la industria impulsa la innovación	el Estado impulsa la innovación
E LA IDEOLOGIA	
consumo en masa de bienes de consumo durables: la sociedad de consumo	consumo individualizado: cultura «yuppie»
modernismo	posmodernismo
totalidad / reforma estructural	especificidad / adaptación
socialización	individualización; la «sociedad del espectáculo»

Fuente: Swyngedouw (1986).

pueden garantizarse a través del crecimiento. Esto implica que el capitalismo tiene que preparar el terreno y lograr la expansión de la producción y un crecimiento de los valores reales, más allá de las consecuencias sociales, políticas, geopolíticas o ecológicas. Así como se hace de la necesidad virtud, uno de los pilares de la ideología capitalista consiste en que el crecimiento es a la vez inevitable y positivo. En consecuencia, la crisis se define como falta de crecimiento.

2. El crecimiento de los valores reales depende de la explotación de la fuerza de trabajo en la producción. Esto no quiere decir que la fuerza de trabajo obtenga poco, sino que el crecimiento siempre se funda en una brecha entre aquello que la fuerza de trabajo obtiene y aquello que ella crea. Esto implica que el control sobre la fuerza de trabajo, tanto en la producción como en el mercado, es vital para la perpetuación del capitalismo. En suma, el capitalismo se funda en una relación de clase entre el capital y el trabajo. Y, así como el control sobre la fuerza de trabajo es esencial para el rendimiento capitalista, también la dinámica de la lucha de clases sobre el control de la fuerza de trabajo y el salario del mercado es fundamental para la trayectoria del desarrollo capitalista.

3. El capitalismo es necesariamente dinámico en los niveles tecnológico y organizativo. Esto se debe en parte a que las leyes inevitables de la competencia obligan a los capitalistas a emprender una carrera de innovaciones en su afán de ganancias. Pero el cambio organizativo y tecnológico desempeña también un papel clave en la modificación de la dinámica de la lucha de clases, sostenida por ambas partes, en el ámbito de los mercados laborales y del control sobre la fuerza de trabajo. Más aún, si el control sobre la fuerza de trabajo es fundamental para la producción de beneficios y se convierte en una cuestión más general para el modo de regulación, la innovación tecnológica y organizativa en el sistema regulatorio (como el aparato estatal, los sistemas políticos de incorporación y representación, etc.) se vuelve crucial para la perpetuación del capitalismo. La ideología según la cual el «progreso» es tan inevitable como positivo surge en parte de esta necesidad.

Marx demostró que estas tres condiciones necesarias del modo de producción capitalista eran inconsistentes y contradictorias y que, por lo tanto, la dinámica del capitalismo estaba marcada inevitablemente por una tendencia hacia la crisis. En sus análisis, no había ninguna combinación de estas tres condiciones que diera lugar a un crecimiento firme y no problemático. En especial, las ten-

dencias a la crisis del capitalismo producirían periódicas fases de hiper-acumulación, definidas como una condición en la que la oferta de capital ocioso y de trabajo ocioso existirían una junto a otra, sin que se encontrara la manera de unir estos recursos ociosos para realizar tareas socialmente útiles. Los indicadores de una condición de hiper-acumulación serían: capacidad productiva ociosa, saturación de mercancías y exceso de inventarios, excedentes de capital dinero (posiblemente oculto y almacenado en cajas fuertes) y alto desempleo. Las condiciones que predominaron en la década de 1930 y que han surgido en forma periódica desde 1973 deben ser consideradas como típicas manifestaciones de la tendencia hacia la hiper-acumulación.

Por lo tanto, el argumento marxista es que, en el capitalismo, la tendencia hacia la hiper-acumulación no puede eliminarse. Es el constante y eterno problema de cualquier modo de producción capitalista. En consecuencia, se trata de ver cómo la tendencia hacia la hiper-acumulación puede ser expresada, contenida, absorbida o manejada de manera que no amenace al orden social capitalista. Aquí nos encontramos con el aspecto heroico de la vida y la política burguesas, que obliga a tomar verdaderas opciones si se quiere evitar que el orden social se hunda en el caos. Veamos algunas de estas opciones.

1. La *devaluación* de las mercancías, de la capacidad productiva, del dinero, acompañada quizá por una franca destrucción, es una de las formas de enfrentar los excedentes de capital. En términos simples, la devaluación significa «rebajar» o «cancelar» el valor del equipo de capital (planta y maquinaria en particular), la subasta de excedentes de mercancías (o su destrucción directa, como ocurrió con el famoso episodio de la quema de café en Brasil en la década de 1930) o la erosión inflacionaria del poder del dinero junto con el creciente incumplimiento de las obligaciones de préstamos. También la capacidad de la fuerza de trabajo puede ser devaluada y hasta destruida (crecientes niveles de explotación, caída de los ingresos reales, desempleo, más muertes en el trabajo, problemas de salud y expectativa de vida más breve, etc.). La gran depresión consistió en una gran devaluación tanto del capital como de la fuerza de trabajo, y lo mismo ocurrió en mayor medida con la Segunda Guerra Mundial. Hay muchos ejemplos y testimonios de la devaluación como respuesta a la hiper-acumulación desde 1973. Pero la devaluación tiene un precio político y perjudica a grandes segmentos de la clase capitalista así como a los trabajadores y a otras clases sociales que componen la compleja sociedad capitalista moderna. Es posible que

alguna clase de sacudimiento sea positiva, pero las quiebras descontroladas y la devaluación masiva ponen de manifiesto el aspecto irracional de la racionalidad capitalista de una manera demasiado brutal como para que pueda sostenerse durante mucho tiempo sin producir algún tipo de respuesta revolucionaria (de derecha o de izquierda). Sin embargo, la devaluación controlada a través de políticas deflacionarias administradas constituye una opción muy importante y bastante frecuente para enfrentar la hiper-acumulación.

2. El *control macroeconómico,* a través de la institucionalización de algún sistema de regulación, puede contener, quizá por un período considerable, el problema de la hiper-acumulación. Por supuesto, una de las virtudes del régimen keynesiano-fordista fue la constitución de un tenue equilibrio de fuerzas a través del cual los mecanismos que daban lugar al problema de la hiper-acumulación —el ritmo del cambio tecnológico y organizativo junto con la lucha por el control sobre la fuerza de trabajo— podían mantenerse bajo cierto control a fin de asegurar el crecimiento constante. Pero fue necesaria una gran crisis de hiper-acumulación que conectara la producción fordista con un modo de regulación estatal keynesiano para que pudiera instaurarse algún tipo de crecimiento macroeconómico constante por un período prolongado. El auge de un régimen de acumulación particular debe ser visto, entonces y ahora, como el resultado de un conjunto de decisiones políticas y económicas que de ningún modo están siempre dirigidas hacia este o aquel fin específico, generado por las persistentes manifestaciones del problema de la hiper-acumulación.

3. La *absorción de la hiper-acumulación* a través de un desplazamiento temporal y espacial proporciona, a mi criterio, un terreno mucho más rico y duradero, pero también más problemático, a partir del cual se puede tratar de controlar el problema de la hiper-acumulación. En este caso, el argumento es algo complicado en sus detalles de modo que nuevamente me referiré a algunos materiales publicados en otras partes (Harvey, 1982, 1985*c*).

a) El desplazamiento temporal implica desviar recursos destinados a la atención de las necesidades corrientes, hacia la exploración de usos futuros, o una aceleración en el tiempo de rotación (la velocidad con que los desembolsos en dinero proporcionan beneficios al inversor) de modo que el aumento de velocidad de este año absorba el exceso del año anterior. Por ejemplo, el excedente de capital y el excedente de trabajo pueden ser absorbidos mediante el desvío del consumo corriente a la inversión pública y privada de largo plazo en

plantas, infraestructuras físicas y sociales, etc. Estas inversiones suponen una limpieza de los excedentes del presente, que devuelven su equivalente en valor durante un largo período en el futuro (este fue el principio que sustentó los programas de obras públicas utilizados para combatir las condiciones de miseria en la década de 1930 en muchos países capitalistas avanzados). Sin embargo, la capacidad para operar desvíos depende de la disponibilidad de crédito y de la capacidad para la «formación de capital ficticio». Este último se define como capital que tiene un valor en dinero nominal y existencia sobre documentos, pero que, en un momento dado en el tiempo, carece de respaldo en términos de la actividad productiva real o de activos físicos colaterales. El capital ficticio se convierte en capital real cuando se hacen inversiones que llevan a un incremento apropiado de los activos útiles (por ejemplo, plantas y maquinarias que pueden utilizarse en forma rentable) o de las mercancías (bienes y servicios que pueden venderse con provecho). Por esta razón, el desplazamiento temporal hacia usos futuros es un paliativo de corta duración al problema de la hiper-acumulación, a menos que haya un desplazamiento continuo, a través de niveles de aceleración continuos, de la formación de capital ficticio y volúmenes en expansión de inversión de largo plazo. Todo esto depende de un crecimiento dinámico continuo del endeudamiento, con respaldo estatal. Las políticas keynesianas después de 1945, en los países capitalistas avanzados, tuvieron, en parte, ese efecto.

La absorción de los excedentes a través de la aceleración en los tiempos de rotación —un fuerte rasgo del reciente período de acumulación flexible— plantea un problema teórico diferente. Sin duda, la fuerte competencia lleva a las firmas individuales a acelerar su tiempo de rotación (las firmas que tienen el tiempo de rotación más rápido tienden a obtener en consecuencia ganancias excedentes y de este modo sobreviven con más facilidad). Pero sólo en ciertas condiciones esto produce una aceleración total del tiempo de rotación que permita la absorción total de excedentes. Aun en ese caso, es decir, en el mejor de los casos, este es un paliativo de corta duración, a menos que se demuestre que es posible acelerar el tiempo de rotación social de manera continua, año tras año (una solución que sin duda implicaría fuertes amortizaciones de los activos pasados ya que por lo general la aceleración supone nuevas tecnologías que desplazan a las viejas).

b) El desplazamiento espacial supone la absorción del excedente de capital y trabajo en una expansión geográfica. Esta «reparación espacial» (como la he llamado en otra parte) del problema de la hi-

per-acumulación supone la producción de nuevos espacios dentro de los cuales la producción capitalista puede desarrollarse (a través de inversiones de infraestructura, por ejemplo), el crecimiento del comercio y de las inversiones, y la exploración de nuevas posibilidades para la explotación de la fuerza de trabajo. En este caso, también el sistema de crédito y la formación de capital ficticio, respaldados por el poder del Estado en los campos fiscal, monetario y, donde sea necesario, militar, resultan influencias mediadoras vitales. Y de allí surge también que la forma de ocupación prioritaria de los espacios en que se expande el capitalismo, y los niveles de resistencia que allí encuentra, puede tener profundas consecuencias. En algunos espacios ha habido una historia de feroz resistencia a la implantación del capital Occidental (por ejemplo, en China), mientras que en otros espacios (por ejemplo Japón o los casos más recientes de Hong Kong, Singapur o Taiwan) las clases dominantes, o hasta las subordinadas, se han incorporado agresivamente a aquello que consideraron como un sistema económico superior. Si la continua expansión geográfica del capitalismo fuera una posibilidad real, podría haber una solución relativamente permanente al problema de la hiper-acumulación. Pero en la medida en que la implantación progresiva del capitalismo sobre la superficie de la tierra extiende el espacio dentro del cual puede surgir el problema de la hiper-acumulación, la expansión geográfica, a lo sumo, puede constituir una solución de corta duración para el problema de la hiper-acumulación. Es casi seguro que el resultado en el plazo largo será una mayor competencia internacional e inter-regional, en la que los países y regiones con menos ventajas sufrirán graves consecuencias.

c) Desde luego, los desplazamientos espacio-temporales tienen un doble poder con respecto a la absorción del problema de la hiper-acumulación y, en la práctica, sobre todo en la medida en que la formación del capital ficticio (por lo general con intervención del Estado) es esencial para el desplazamiento espacio-temporal, lo que cuenta es la combinación de las estrategias temporales y espaciales. Prestar dinero (obtenido por ejemplo en los mercados de capital de Londres o Nueva York a través de la formación de capital ficticio) a América Latina para construir infraestructuras de largo plazo o para comprar equipos que ayuden a generar un rendimiento para muchos años es una forma característica y poderosa de absorber la hiper-acumulación.

¿Cómo resolvió, pues, el fordismo las tendencias a la hiper-acumulación inherentes al capitalismo? Antes de la Segunda Guerra

Mundial faltaba el aparato regulador apropiado, de manera que no se podía hacer más que intentar algunos desplazamientos temporales y espaciales (fundamentalmente *dentro de* los países, aunque la inversión directa en ultramar por parte de las corporaciones norteamericanas empezó en la década de 1920), y por lo tanto la solución obligada, en la mayoría de los casos, era la devaluación salvaje, como ocurrió en las décadas de 1930 y 1945. Desde 1945 —y fundamentalmente como consecuencia del minucioso plan de tiempos de guerra para estabilizar el orden económico de posguerra— surge una estrategia más o menos coherente de acumulación construida en torno del control de la devaluación y la absorción de la hiper-acumulación por otros medios. Se llegó a controlar la devaluación producida por violentas oscilaciones en el ciclo comercial y se la redujo a una suerte de devaluación constante que a través de una obsolescencia planificada planteaba problemas relativamente menores. Por otra parte, se instauró un fuerte sistema de control macroeconómico que manejaba el ritmo del cambio tecnológico y organizativo (fundamentalmente a través del poder monopólico corporativo), contenía la lucha de clases dentro de ciertos límites (mediante la negociación colectiva y la intervención del Estado) y mantenía en grandes líneas el equilibrio de la producción masiva y el consumo masivo a través de la gestión estatal. Pero este modo de regulación, evidentemente, no hubiera tenido tan buenos resultados si no hubiera sido por la fuerte presencia de los desplazamientos temporales y espaciales, aunque siempre bajo el ojo vigilante del Estado intervencionista.

Hacia 1972, por ejemplo, *Business Week* se lamenta de que la economía norteamericana esté sentada sobre una montaña de deudas (si bien desde la altura a la que ha llegado en la actualidad, parece apenas una colina; véase la figura 2.13). La financiación de la deuda keynesiana, concebida en principio como un instrumento de corta duración para controlar los ciclos comerciales, había quedado atrapada, previsiblemente, en un intento de absorber la hiper-acumulación mediante la continua expansión de la formación de capital ficticio y la expansión consiguiente del peso de la deuda. La expansión constante de las inversiones de largo plazo, orquestadas por el Estado, demostraron ser una forma provechosa, al menos hasta mediados de la década de 1960, para absorber cualquier excedente de capital o trabajo. El desplazamiento espacial (combinado, por supuesto, con el endeudamiento de largo plazo) constituyó una influencia aún más poderosa. Dentro de los Estados Unidos, la transformación radical de las economías metropolitanas (a través de la suburbanización tanto de las fábricas como de las viviendas), así

como la expansión hacia el Sur y el Oeste, absorbieron grandes cantidades de excedentes de capital y trabajo. En el plano internacional, la reconstrucción de las economías de Europa Occidental y de Japón, los crecientes flujos de inversiones extranjeras directas y el enorme crecimiento del comercio mundial desempeñaron un papel crítico en la absorción de los excedentes. La planificación para la «paz y prosperidad» de posguerra durante la Segunda Guerra Mundial acentuó la necesidad de una estrategia global para la acumulación capitalista dentro de un mundo en el cual se reducirían de manera constante las barreras comerciales y de inversión, y se reemplazaría el sometimiento colonial por un sistema abierto de crecimiento, progreso y cooperación dentro de un sistema capitalista mundial descolonizado. Si bien algunas facetas de este programa resultaron ideológicas e ilusorias, lo que pudo realizarse de su contenido hizo enteramente posible una revolución espacial en el comercio y la inversión internacionales.

El régimen fordista de acumulación resolvió el problema de hiper-acumulación durante el largo boom de posguerra, fundamentalmente a través del desplazamiento espacial y temporal. Hasta cierto punto, la crisis del fordismo puede interpretarse por lo tanto como el agotamiento de las opciones para manejar el problema de la hiper-acumulación. El desplazamiento temporal suponía amontonar deuda sobre deuda, hasta el punto de que la única estrategia viable para el gobierno era monetizarla. En efecto, esto se llevó a cabo imprimiendo tanto dinero como para dar lugar a un brote inflacionario que redujo radicalmente el valor real de las deudas pasadas (los mil dólares tomados en préstamo diez años antes tienen poco valor después de un período de alta inflación). El tiempo de rotación no podía acelerarse fácilmente sin destruir el valor de los activos fijos. Se crearon nuevos centros geográficos de acumulación: el Sur y el Oeste norteamericanos, Europa Occidental y Japón además de un espectro de países de reciente industrialización. Cuando estos sistemas de producción fordistas maduraron, se convirtieron en nuevos centros de hiper-acumulación, a menudo altamente competitivos. Se intensificó la competencia espacial entre sistemas fordistas geográficamente distintos, con los regímenes más eficientes (como el japonés) y los de costos de mano de obra más reducidos (como los que se encuentran en los países del Tercer Mundo donde las nociones de un contrato social con la fuerza de trabajo faltaban o bien se implantaban débilmente), mientras que otros centros caían en paroxismos de devaluación a través de la desindustrialización. La competencia espacial se intensificó, en particular después de 1973, cuando se agotó la capacidad para resolver el problema de la hiper-

acumulación a través del desplazamiento geográfico. Por consiguiente, la crisis del fordismo fue una crisis tanto geográfica como geopolítica, como también una crisis del endeudamiento, de la lucha de clases o del estancamiento de las corporaciones dentro de cada Estado nacional en particular. Se trataba simplemente de que los mecanismos involucrados en el control de las tendencias a la crisis se vieron finalmente avasallados por el poder de las contradicciones subyacentes del capitalismo. Parecía no quedar otra opción que caer nuevamente en una devaluación como la que había tenido lugar en el período 1973-1975 o 1980-1982, como medio esencial para manejar la tendencia hacia la hiper-acumulación. A menos que se pudiera crear algún otro régimen superior de producción capitalista que asegurara una base sólida para la posterior acumulación en una escala global.

Aquí, la acumulación flexible parece constituir una simple recombinación de las dos estrategias básicas definidas por Marx para obtener ganancias (plusvalía). La primera, llamada plusvalía *absoluta*, se sustenta en la extensión de la jornada de trabajo con relación al salario necesario para garantizar la reproducción de la clase obrera en un determinado nivel de vida. El desplazamiento hacia la prolongación de las horas de trabajo, junto con una reducción global de los estándares de vida, sea por erosión de los salarios reales sea por el desplazamiento del capital de las corporaciones de regiones de altos salarios a regiones de bajos salarios, capta una de las facetas de la acumulación flexible de capital.

Por esta razón, muchos de los sistemas de producción estándar construidos bajo el fordismo se han desplazado hacia la periferia, dando lugar al «fordismo periférico». Hasta los nuevos sistemas de producción han tendido a desplazarse, una vez estandarizados, de sus lugares de origen a localizaciones del Tercer Mundo (un ejemplo de esto es la mudanza de Atari en 1984, de Silicon Valley al Sudeste asiático que tiene bajos niveles de salarios). Mediante la segunda estrategia, denominada plusvalía *relativa*, se realiza la transformación organizativa y tecnológica con el propósito de generar ganancias temporarias para las firmas innovadoras y beneficios más generalizados en la medida en que se reducen los costos de los bienes que definen el nivel de vida de la fuerza de trabajo. También en este caso, la proliferante violencia de las inversiones, que reducen el empleo y los costos de la mano de obra en toda la industria, desde la extracción de carbón hasta la producción de acero y hasta los servicios bancarios y financieros, ha sido un aspecto muy visible de la acumulación de capital en la década de 1980. Sin embargo, el recurso a esta estrategia pone en primer plano la significación que

tienen las fuerzas de trabajo altamente calificadas, con capacidad para entender, implementar y manejar las nuevas pero más flexibles pautas de la innovación tecnológica y la orientación del mercado. Surge de este modo un estrato altamente privilegiado y con cierto grado de poder dentro de la fuerza de trabajo, en la medida en que el capitalismo depende cada vez más de la movilización de las fuerzas del trabajo intelectual como vehículo para la acumulación.

En última instancia, por supuesto, lo más importante es el modo específico en que la estrategia absoluta y la relativa se combinan y se alimentan entre sí. Resulta interesante verificar que el despliegue de las nuevas tecnologías ha liberado plusvalías de la fuerza de trabajo de manera que el renacimiento de las estrategias absolutas para obtener plusvalía se vuelve más factible incluso en los países capitalistas avanzados. Algo que resulta quizá más inesperado es el modo en que las nuevas tecnologías de producción y las formas de organización coordinadoras han permitido el renacimiento de sistemas de trabajo domésticos, familiares y paternalistas que, según pensaba Marx, serían o excluidos o reducidos a un instrumento de explotación tan descarnado y deshumanizador que se volverían intolerables bajo el capitalismo avanzado. El resurgimiento de los talleres de trabajo explotado en Nueva York y Los Angeles, del trabajo casero y «*telecommuting*», así como el crecimiento de prácticas laborales del sector informal en el mundo capitalista avanzado representan por cierto una perspectiva que nos llama a no exagerar sobre la supuesta historia progresista del capitalismo. Bajo las condiciones de la acumulación flexible, pareciera que sistemas de trabajo rivales pueden existir al mismo tiempo, en el mismo espacio, como para que los empresarios capitalistas puedan elegir a voluntad entre ellos (véase el cuadro 2.3). Los mismos diseños de camisa pueden producirse en grandes fábricas de la India, en cooperativas de producción de la «Tercera Italia», en talleres de trabajo expoliado en Nueva York y Londres o mediante los sistemas de trabajo familiares en Hong Kong. El eclecticismo en las prácticas laborales parece ser tan marcado en esta época como el eclecticismo de las filosofías y gustos posmodernos.

Sin embargo, a pesar de la diferencia de contexto y de las especificidades del ejemplo utilizado, hay algo preciso e importante en la perspectiva de Marx sobre la lógica de la organización y acumulación capitalistas. La relectura de *El capital* da en el blanco con una certeza que no podemos dejar de reconocer. Leemos allí cómo el sistema fabril puede cruzarse con los sistemas de producción doméstico, del taller y artesanal, de qué manera el ejército industrial de reserva es movilizado para contrarrestar el poder de los trabajadores

con respecto al control sobre la fuerza de trabajo y a los niveles salariales, en qué formas se instrumentan los poderes intelectuales y las nuevas tecnologías con el fin de obstaculizar la fuerza organizada de la clase obrera, cómo los capitalistas tratan de estimular el espíritu competitivo entre los trabajadores mientras que todo el tiempo demandan flexibilidad de disposición, de localización y de aproximación a las tareas. Además, nos vemos obligados a considerar cómo todo esto genera oportunidades así como riesgos y dificultades para la clase obrera, precisamente porque la educación, la flexibilidad y la movilidad geográfica, una vez adquiridas, resultan más difíciles de controlar por parte de los capitalistas.

Aun cuando las condiciones actuales son muy diferentes en muchos aspectos, no es difícil ver cómo los elementos y relaciones invariantes que Marx consideraba fundamentales para cualquier modo de producción capitalista aún brillan, quizá con más fuerza que antes, sobre la evanescencia de la superficie tan característica de la acumulación flexible. ¿Es, pues, esta última nada más que una versión vívida de la misma historia del capitalismo de siempre? Ese sería un juicio demasiado simple. Trata al capitalismo a-históricamente, como un modo de producción no-dinámico, cuando todo indica que el capitalismo (incluso el que analizó Marx en forma explícita) es una fuerza revolucionaria constante en la historia mundial, una fuerza que perpetuamente re-formula el mundo otorgándole nuevas y a menudo inesperadas configuraciones. La acumulación flexible aparece, por lo menos, como una nueva configuración y, como tal, exige que analicemos sus manifestaciones con el debido cuidado y seriedad, utilizando, no obstante, los instrumentos teóricos que Marx concibió.

11. Acumulación flexible: ¿transformación estable o arreglo temporario?

He afirmado antes que a partir de 1973 se ha producido una metamorfosis en la apariencia superficial del capitalismo, aun cuando la lógica subyacente en la acumulación capitalista y sus tendencias a la crisis siguen siendo las mismas. No obstante, es necesario analizar si los desplazamientos en la apariencia superficial anuncian el nacimiento de un nuevo régimen de acumulación capaz de contener las contradicciones del capitalismo para la próxima generación, o si ellos auguran una serie de arreglos temporarios que por lo tanto constituyen un momento transitorio de la crisis de descontento en la configuración del capitalismo de fines del siglo XX. La cuestión de la flexibilidad ya ha sido tema de algunos debates. Hoy, al parecer, hay tres posiciones fundamentales.

La primera posición, adoptada sobre todo por Piore y Sabel (1984) y, después, aceptada en principio por otros autores, sostiene que las nuevas tecnologías plantean la posibilidad de reconstruir las relaciones laborales y los sistemas de producción sobre bases sociales, económicas y geográficas totalmente diferentes. Piore y Sabel ven un paralelo entre la actual coyuntura y la oportunidad desperdiciada a mediados del siglo XIX, cuando el gran capital, después monopólico, descartó a la pequeña empresa y a los innumerables emprendimientos cooperativos que tenían el potencial para resolver el problema de la organización industrial de acuerdo con líneas descentralizadas y democráticamente controladas (se puede destacar el caso del anarquismo de Proudhon). Se habla mucho de la «Tercera Italia» como ejemplo de estas nuevas formas de organización cooperativa de trabajadores que, provistas de las nuevas tecnologías descentralizadas de dirección y control, pueden integrar —y hasta subvertir— las formas dominantes y represivas de la organización del trabajo características del capital corporativo y multinacional. No todo el mundo comparte esta visión idílica de las formas de la organización industrial (véase, por ejemplo, Murray, 1987). Hay muchos aspectos regresivos y represivos en las nuevas prácticas. Sin embargo, muchos comparten la sensación de que estamos frente a una especie de «segunda división industrial» (para usar el título del libro

de Piore y Sabel), y que las nuevas formas de organización del trabajo y los nuevos principios de localización están cambiando radicalmente la faz del capitalismo de fines del siglo XX. El renacimiento del interés en el papel de la pequeña empresa (un sector eminentemente dinámico desde 1970), el redescubrimiento de talleres donde se sobreexplota a los trabajadores y de actividades informales de toda clase, y el reconocimiento de que todo esto desempeña un papel importante en el desarrollo económico actual, aun en los países industrializados más avanzados, así como el intento de analizar los rápidos desplazamientos geográficos en el empleo y en los destinos económicos, han producido una masa de información que parece sostener esta perspectiva de una transformación esencial en el funcionamiento del capitalismo de fines del siglo XX. De ambos extremos del espectro político ha surgido una vasta bibliografía que tiende a describir el mundo como si se encontrara en el apogeo de una ruptura tan radical en todas las dimensiones de la vida económico-social y política que invalida todas las viejas formas de pensar y hacer.

La segunda posición considera que la idea de la flexibilidad constituye «una noción extremadamente poderosa que legitima un conjunto de prácticas políticas» (reaccionarias y anti-obreras en esencia), pero que carece de un fundamento empírico o materialista sólido en el estado real de organización del capitalismo de fines del siglo XX. Por ejemplo, Pollert (1988) cuestiona efectivamente la idea de la flexibilidad en los mercados de trabajo y en la organización del trabajo, y llega a la conclusión de que «el descubrimiento de la "fuerza de trabajo flexible" es parte de una ofensiva ideológica que celebra la ductilidad y repentización, haciéndolas aparecer como inevitables». También Gordon (1988) ataca la noción de movilidad hipergeográfica del capital más allá de lo que justifican los hechos del comercio internacional (en particular entre los países capitalistas avanzados y los países menos desarrollados). Gordon se muestra especialmente interesado en combatir la idea de la supuesta impotencia del Estado nacional (y de los movimientos obreros que operan en ese marco) para ejercer un control sobre la movilidad del capital. También Sayer (1989) critica las exposiciones sobre las nuevas formas de acumulación en los nuevos espacios industriales, según las proponen Scott (1988) y otros, con el argumento de que ellos destacan cambios relativamente insignificantes y periféricos. Todos, Pollert, Gordon y Sayer sostienen que no hay nada nuevo en la búsqueda, por parte del capitalismo, de una mayor flexibilidad o ventaja de localización, y que los testimonios más importantes acerca de cualquier cambio radical en el funcionamiento del capitalismo son

inconsistentes o defectuosos. Y sostienen que los que promueven la idea de la flexibilidad contribuyen consciente o inconscientemente a un clima de la opinión —a una condición ideológica— que quita fuerza a los movimientos de la clase obrera.

No acepto esta posición. Los testimonios de la creciente flexibilización (subcontratación, empleo temporario o auto-empleo, etc.) en todo el mundo capitalista son demasiado abrumadores como para creer en los contra-ejemplos de Pollert. También me sorprende que Gordon —que antes había demostrado de manera convincente que el desplazamiento de la industria fuera de los centros urbanos se debía en parte al deseo de aumentar el control sobre las fuerzas del trabajo— reduzca el tema de la movilidad geográfica a una cuestión de volúmenes y direcciones del comercio internacional. Sin embargo, estas críticas introducen ciertas correcciones importantes en el debate. Sin duda, es correcto afirmar que no hay nada esencialmente nuevo en esta tendencia hacia la flexibilidad ya que el capitalismo ha recorrido antes estas posibilidades en forma periódica (una cuidadosa lectura de *El capital* de Marx sustenta este punto). El argumento de que se corre el riesgo de exagerar la significación de las tendencias hacia una mayor flexibilización y movilidad geográfica, cegándonos para advertir la fortaleza que aún poseen los sistemas de producción implantados por el fordismo, merece especial consideración. Y las consecuencias ideológicas y políticas de la exagerada acentuación de la flexibilidad, en el sentido estrecho de la técnica de producción y de las relaciones laborales, son lo suficientemente serias como para hacer cuidadosas y sobrias evaluaciones sobre la medida del imperativo de la flexibilidad. Después de todo, si los trabajadores están convencidos de que los capitalistas pueden cambiar o adoptar prácticas de trabajo más flexibles, aunque no sea cierto, se debilitará sin duda la voluntad de lucha. Pero pienso que es igualmente peligroso pretender que nada ha cambiado cuando hechos como la desindustrialización y la relocalización de las plantas, las prácticas de personal y los mercados de trabajo más flexibles, la automatización y la innovación del producto, son evidentes para la mayor parte de los trabajadores.

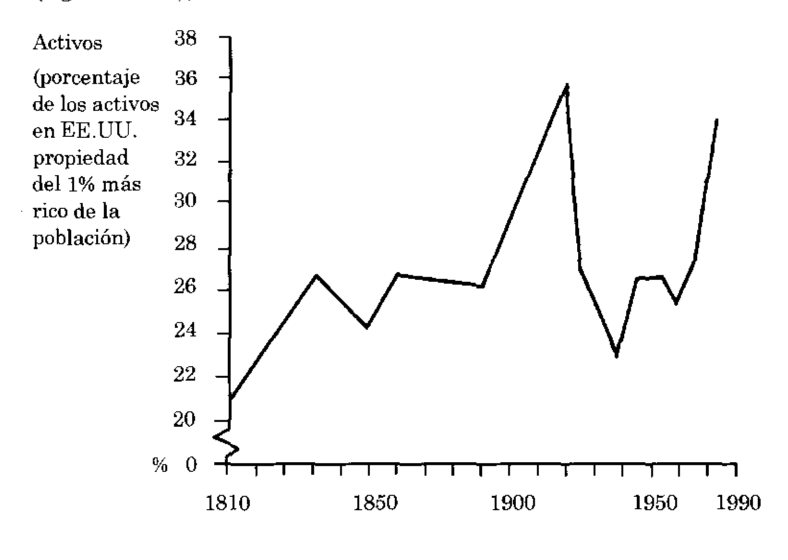
La tercera posición, que define el sentido en que utilizo aquí la idea de una transición del fordismo a la acumulación flexible, se encuentra entre estos dos extremos. Las tecnologías y formas organizativas de la flexibilización aún no son hegemónicas en todas partes (aunque tampoco fue hegemónico el fordismo que las precedió). La actual coyuntura se caracteriza por una combinación entre la producción fordista altamente eficiente (a menudo matizada por una tecnología y un producto flexibles) en algunos sectores y regiones

(como los automóviles en EE.UU., Japón o Corea del Sur) y sistemas de producción más tradicionales (como los de Singapur, Taiwan o Hong Kong) que se fundan en relaciones de trabajo «artesanales», paternalistas o patriarcales (familiares), y que encarnan mecanismos muy diferentes de control sobre la mano de obra. Los últimos sistemas han crecido indudablemente (hasta dentro de los países capitalistas avanzados) desde 1970, a menudo a expensas de la línea de montaje en serie de la fábrica fordista. Este desplazamiento ha tenido importantes implicaciones. La coordinación de los mercados (a menudo del tipo de la subcontratación) se ha expandido a expensas de la planificación directa por parte de las empresas dentro del sistema de producción de plusvalía y apropiación. También ha cambiado la naturaleza y composición de la clase obrera global, así como han cambiado las condiciones de la formación de la conciencia y la acción política. La sindicalización y las «políticas de izquierda» tradicionales resultan muy difíciles de sostener frente a, por ejemplo, los sistemas de producción patriarcales (familiares) característicos del Sudeste Asiático o de los grupos de inmigrantes en Los Angeles, Nueva York y Londres. También las relaciones de género se han complicado mucho, al mismo tiempo que se ha incrementado esencialmente el recurso a la fuerza de trabajo de las mujeres. Por estas razones, la base social para las ideologías de la libre iniciativa, el paternalismo y el privatismo se ha ampliado.

Creo que podemos adjudicar muchos de los desplazamientos superficiales en el comportamiento económico y en las actitudes políticas a un simple cambio de equilibrio entre los sistemas fordistas y no-fordistas de control sobre la mano de obra —vinculado a un disciplinamiento de los primeros, sea por competencia con los segundos (reestructuraciones y racionalizaciones forzadas), sea por la expansión del desempleo o la represión política (recortes en el poder sindical)—, a las relocalizaciones geográficas en países o regiones «periféricos» con retorno a las patrias de la industria, en un movimiento de «vaivén» de desarrollo geográfico desigual (Smith, 1984).

No creo que este desplazamiento hacia sistemas alternativos de control sobre la mano de obra (con todas sus implicaciones políticas) sea irreversible, sino que lo interpreto como una respuesta más bien tradicional a la crisis. La devaluación de la fuerza de trabajo ha sido siempre la respuesta instintiva de los capitalistas ante la disminución de las ganancias. Pero esta generalidad encubre algunos movimientos contradictorios. Las nuevas tecnologías han habilitado a ciertas capas privilegiadas, al mismo tiempo que la producción alternativa y los sistemas de control sobre la mano de obra abren el camino a la remuneración elevada de las capacidades técnicas,

administrativas y empresariales. La tendencia, aún más exagerada por el desplazamiento hacia los servicios y la ampliación de «la masa cultural», es a la profundización de las desigualdades de ingresos (figura 2.15), lo que quizás augura el surgimiento de una nueva



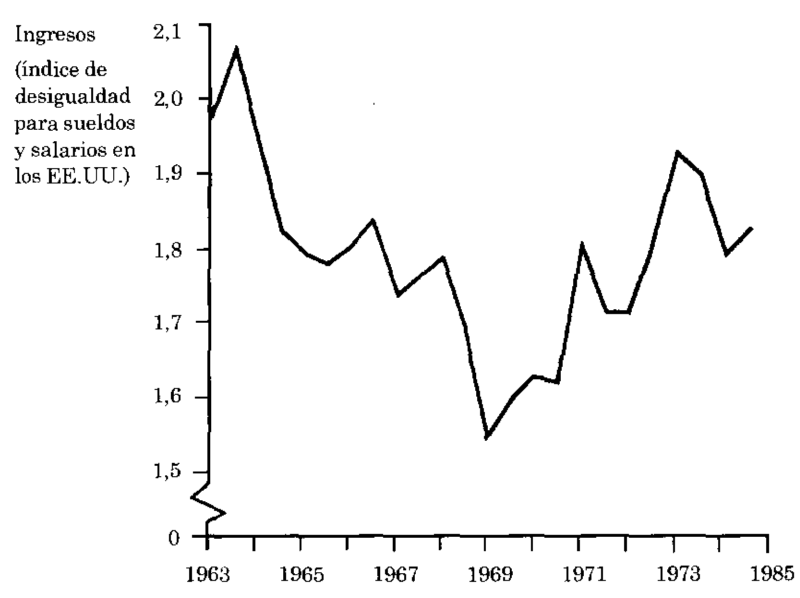


Figura 2.15 *Desigualdad en los patrimonios (1810-1987) y en los ingresos (1963-1985) en los Estados Unidos.* (*Fuentes:* Estadísticas Históricas de los Estados Unidos, Informes Económicos al Presidente, Harrison y Bluestone, 1988.)

aristocracia laboral, así como la emergencia de una infraclase mal remunerada y desapropiada (Dahrendorf, 1987; Wilson, 1987). Sin embargo, esto plantea serios problemas vinculados al mantenimiento de la demanda efectiva y agita el espectro de una crisis de subconsumo: el tipo de manifestación de la crisis que el keynesianismo-fordismo supo evitar de la mejor manera. Por lo tanto, no creo que el monetarismo neo-conservador que recurre a los modos de acumulación flexible y a la devaluación global de la fuerza de trabajo a través de un mayor control sobre esta ofrezca una solución siquiera de corto plazo a las tendencias del capitalismo a la crisis. Pienso que el déficit presupuestario de los Estados Unidos ha sido muy importante para la estabilización del capitalismo en estos últimos años y, si esto resulta ser insostenible, la vía de la acumulación capitalista a nivel mundial será indudablemente ardua.

Pero hay algo especial en el período que comienza en 1972, y es la extraordinaria efervescencia y transformación de los mercados financieros (véanse las figuras 2.12, 2.13 y 2.14). Hubo fases en la historia del capitalismo —p. ej., de 1890 a 1929— en que el «capital financiero» (cualquiera que sea su definición) parecía ocupar una posición esencial en el capitalismo, sólo para perderla en las sucesivas crisis especulativas. Sin embargo, en la fase actual, no importa tanto la concentración de poder de las instituciones financieras, sino la explosión de nuevos instrumentos y mercados financieros, junto con el auge de sistemas sumamente refinados de coordinación financiera a escala global. Gran parte de la flexibilidad temporal y geográfica de la acumulación capitalista se ha alcanzado a través de este sistema financiero. El Estado nacional, pese a estar seriamente debilitado como poder autónomo, conserva importantes poderes de disciplinamiento de la fuerza de trabajo, así como de intervención en los flujos y mercados financieros, mientras que se vuelve mucho más vulnerable a la crisis fiscal y a la disciplina del dinero internacional. Por lo tanto, tiendo a considerar que la flexibilidad lograda en la producción, en los mercados de trabajo y en el consumo es más un resultado de la búsqueda de soluciones financieras a las tendencias a las crisis del capitalismo, que al revés. Esto implicaría que el sistema financiero ha alcanzado un grado de autonomía de la producción real sin precedentes en la historia del capitalismo, que de esta manera entra en una era de riesgos financieros igualmente sin precedentes.

La acentuación de las soluciones financieras y monetarias surge, por supuesto, de la naturaleza inflacionaria, y no tanto deflacionaria, en que la crisis se manifiesta desde mediados de la década de 1960. Lo sorprendente es el modo en que el endeudamiento y la for-

mación de capital ficticio se han acelerado desde entonces, al mismo tiempo que las faltas de pago y las devaluaciones masivas han sido absorbidas, no sin traumas por supuesto, por el aparato financiero de la regulación global (véanse las figuras 2.12 y 2.13). Por ejemplo, en los Estados Unidos, en la primera mitad de 1987, el sistema bancario quedó en rojo por primera vez desde 1934, sin que esto suscitara una ola de pánico. Además, el ritmo de las quiebras bancarias se ha elevado dramáticamente desde 1980 (figura 2.14). Y basta tomar el valor de mercado secundario de la deuda del Tercer Mundo y multiplicarlo por las obligaciones más importantes para obtener una estimación aproximada del volumen de la devaluación actual en el sistema financiero (véanse la figura 2.16 y el cuadro 2.9). Com-

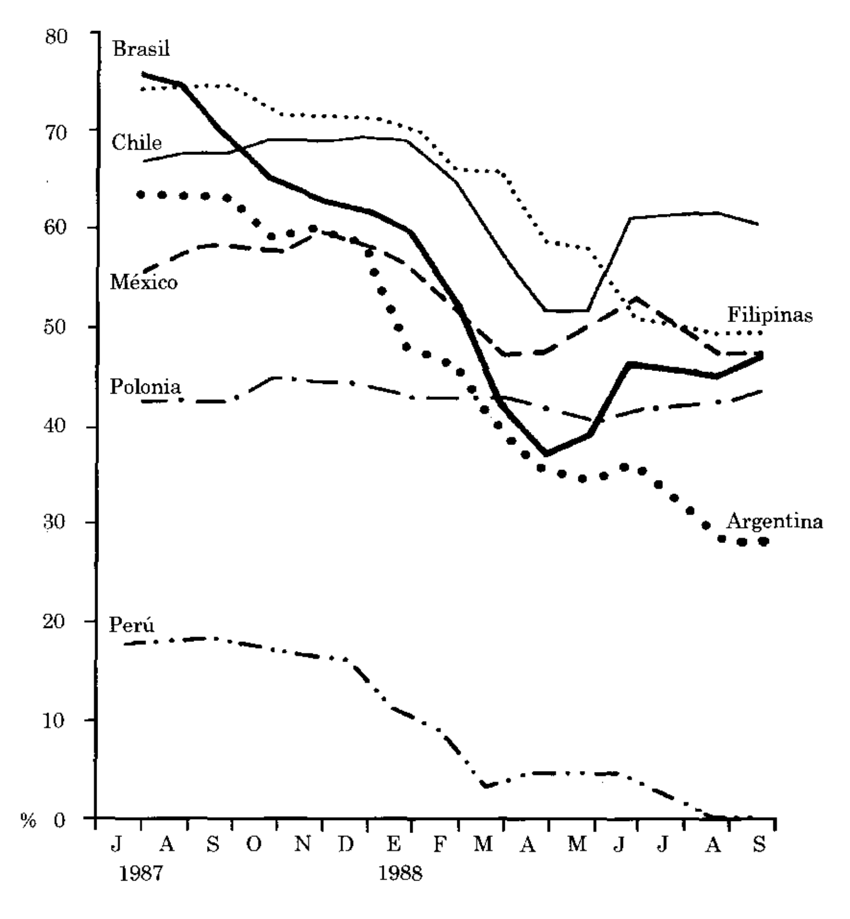


Figura 2.16 *Los cambios en el mercado secundario de valores de las obligaciones de deuda de determinados países. (Fuente: The Economist.)*

paradas con todo esto, las extraordinarias fluctuaciones que se advierten en los mercados de valores y de divisas parecen constituir más un epifenómeno que problemas estructurales fundamentales.

Cuadro 2.9 *La deuda impaga de determinados países del Tercer Mundo y una estimación de su depreciación, medida por el valor de la deuda en el mercado de valores secundario a fines de 1987.*

Ciudad	*Deuda impaga a fines de 1987 (en miles de millones de dólares)*	*Valor en el mercado secundario a fines de 1987 (en porcentajes sobre el valor nominal)*	*Depreciación estimada (en miles de millones de dólares)*
Argentina	49,4	34	22,5
Brasil	114,5	45	63,2
Chile	20,5	62	11,8
México	105,0	52	50,4
Perú	16,7	96	16,0
Desvalorización total (5 países, miles de millones de dólares)			174,0

Fuentes: **Cuadros de la deuda del Banco Mundial y** *The Economist.*

Por supuesto, es tentador ver todo esto como una especie de preludio a un crash financiero cuya magnitud dejaría al de 1929 a la altura de una nota al pie de página en la historia. Si bien sería una locura descartar esto como una posibilidad real, en particular a la luz de las fuertes pérdidas sufridas en los mercados de valores mundiales en octubre de 1987 (véase el cuadro 2.10), en este caso las circunstancias parecen ser radicalmente diferentes. Las deudas de los consumidores, de las empresas y de los gobiernos están ligadas mucho más fuertemente entre sí (figura 2.13), lo cual da lugar a la regulación simultánea tanto de las magnitudes del consumo como de la producción, a través de un financiamiento especulativo y ficticio. También es mucho más fácil desplegar estrategias de desplazamiento temporal y geográfico, junto con cambios sectoriales, bajo la protección hegemónica de los florecientes mercados financieros. La innovación dentro de los sistemas financieros parece haber sido un prerrequisito necesario para superar las rigideces generales así como las crisis específicamente temporarias, geográficas y hasta geopolíticas en las que había caído el fordismo hacia fines de 1960.

Surgen así dos conclusiones básicas (aunque tentativas). Primera, si nuestro propósito es buscar algo verdaderamente distintivo (entendido como opuesto a la idea del «capitalismo de siempre») en la situación actual, debemos concentrarnos en los aspectos financieros de la organización capitalista y en el papel del crédito. Segunda,

si ha de haber alguna estabilidad de medio plazo para el actual régimen de acumulación, es más probable encontrarla en el ámbito de

Cuadro 2.10 *Las pérdidas en las bolsas mundiales en octubre de 1987.*

País	*Cambio porcentual desde la mayor cotización alcanzada en 1987 por las acciones*
Alemania Occidental	–17
Australia	–29
Austria	–6
Bélgica	–16
Canadá	–25
Dinamarca	–11
España	–12
Estados Unidos	–26
Francia	–25
Holanda	–24
Hong Kong	–16
Irlanda	–25
Italia	–23
Japón	–15
Malasia	–29
México	–30
Noruega	–25
Nueva Zelanda	–22
Reino Unido	–23
Singapur	–28
Sudáfrica	–18
Suecia	–15
Suiza	–20

Fuente: Financial Times, 24 de octubre de 1987.

los nuevos circuitos y formas de los recursos temporales y espaciales. En resumen, quizá sea posible «re-programar la crisis» mediante la re-programación (por ejemplo) de las devoluciones de la deuda del Tercer Mundo y otras, hasta el siglo XXI, mientras simultáneamente se genera una reconstitución radical de las configuraciones espaciales en las que pueden predominar una diversidad de sistemas de control sobre la fuerza de trabajo, junto con nuevos productos y pautas en la división internacional del trabajo.

Quisiera destacar el carácter tentativo de estas conclusiones. Sin embargo, me parece importante insistir en que la acumulación flexible debe ser vista como una combinación específica, y acaso nueva, de elementos fundamentalmente antiguos dentro de la lógica general de acumulación de capital. Más aún, si tengo razón en cuan-

to a que la crisis del fordismo era, en gran medida, una crisis de la forma temporal y espacial, entonces deberíamos prestar más atención a estas dimensiones del problema que la que suelen prestarle habitualmente los análisis radicales o los convencionales. Las observaremos más detalladamente en la Tercera parte, ya que es evidente que la experiencia cambiante del tiempo y el espacio sustenta, en alguna medida, el vuelco impulsivo hacia las prácticas culturales y los discursos filosóficos posmodernistas.

Tercera parte. La experiencia del espacio y el tiempo

«Oí la ruina de todo espacio, estrépito de vidrios rotos y paredes en derrumbe; y el tiempo, una descolorida llama final».

James Joyce

12. Introducción

Marshall Berman (1982) compara la modernidad (entre otras cosas) con una cierta modalidad de la experiencia del espacio y del tiempo. Daniel Bell (1978, págs. 107-11) sostiene que los diversos movimientos que llevaron al modernismo a su apogeo tuvieron que elaborar una nueva lógica en la concepción del espacio y del movimiento. Más aún, Bell sugiere que la organización del espacio «se ha convertido en el problema estético fundamental de la cultura de mediados del siglo XX, así como el problema del tiempo (Bergson, Proust y Joyce) era el problema estético fundamental de las primeras décadas de este siglo». Frederic Jameson (1984*b*) atribuye la transformación posmoderna a una crisis de nuestra experiencia del espacio y el tiempo, crisis en la que las categorías espaciales pasan a dominar a las del tiempo, mientras que ellas mismas sufren una mutación de la que nos resulta muy difícil dar cuenta. «Aún no poseemos el equipo perceptivo para abordar este nuevo tipo de hiperespacio», escribe, «en parte porque nuestros hábitos de percepción se formaron en ese tipo de espacio anterior que yo llamo el espacio del alto modernismo».

A continuación, tomaré estas afirmaciones en forma literal. Pero como pocas de ellas se preocupan por explicar exactamente a qué se refieren, daré cuenta del espacio y el tiempo de la vida social de manera de iluminar los nexos materiales entre los procesos económico-políticos y los culturales. Esto me permitirá explorar el nexo entre el posmodernismo y la transición del fordismo a modalidades más flexibles de acumulación por mediación de las experiencias espaciales y temporales.

El espacio y el tiempo son categorías básicas de la existencia humana. Sin embargo, raramente discutimos sus significados. Más bien tendemos a darlos por sentados y a otorgarles determinaciones de sentido común o de auto-evidencia. Registramos el pasaje del tiempo en segundos, minutos, horas, días, meses, años, décadas, siglos y eras, como si todo tuviera su lugar en la escala del tiempo objetivo. Aun cuando el tiempo, en la física, constituye un concepto difícil y sujeto a discusión, por lo general no permitimos que interfiera

con el sentido común del tiempo alrededor del cual organizamos nuestra rutina diaria. Por supuesto, reconocemos que nuestros procesos y percepciones mentales pueden jugarnos malas pasadas, ya que pueden convertir los segundos en años, o hacer que las horas agradables pasen tan rápidamente que no las sentimos. Podemos también aprender a apreciar de qué manera las diferentes sociedades (o hasta diferentes subgrupos) cultivan distintos sentidos del tiempo (véase el cuadro 3.2).

En la sociedad moderna, se articulan entre sí muchos sentidos diferentes del tiempo. Los movimientos cíclicos y repetitivos (desde el desayuno diario hasta el trabajo, los rituales periódicos como festivales, cumpleaños, vacaciones, aperturas de las temporadas de baseball o cricket) proporcionan un sentido de seguridad en un mundo en que el impulso general de progreso parece estar siempre orientado hacia adelante y hacia arriba, en dirección al firmamento de lo desconocido. Cuando el sentido de progreso es detenido por la depresión o la recesión, por la guerra o la perturbación social, podemos recurrir a la idea del tiempo cíclico («onda larga», «ciclos de Kondratieff», etc.) como un fenómeno natural al cual debemos adaptarnos por fuerza, o rastrear una imagen aún más apremiante de cierta propensión universal estable (como el carácter pendenciero innato del hombre) en tanto contrapunto constante del progreso. En otro plano, podemos ver cómo lo que Hareven (1982) llama «tiempo familiar» (el tiempo de crianza de los niños y la transmisión de saberes y propiedades entre generaciones a través de las redes de parentesco) puede ser puesto en movimiento a los efectos de responder a las exigencias del «tiempo industrial» que distribuye y redistribuye la fuerza de trabajo en relación con las tareas, según los poderosos ritmos del cambio tecnológico y locacional sobrevenido por la incesante búsqueda de acumulación de capital. Y en momentos de desesperación o exaltación, ¿quién puede evitar invocar el tiempo del destino, del mito, de los dioses? Sabemos que los astrólogos vendían sus intuiciones hasta en los pasillos de la Casa Blanca con Reagan.

De estos diferentes sentidos del tiempo pueden surgir serios conflictos: ¿cómo establecer el nivel de explotación óptimo de un recurso? ¿Por la tasa de interés? ¿O deberíamos buscar, como dicen los ambientalistas, un desarrollo sustentable y que asegure la conservación de las condiciones ecológicas adecuadas para la vida humana en función de un futuro indefinido? Estos interrogantes no son en modo alguno incomprensibles. El horizonte de tiempo implicado en una decisión afecta materialmente el tipo de decisión que tomemos. Si queremos superar algo, o construir un futuro mejor para nuestros hijos, haremos cosas muy diferentes de las que haríamos si sólo se

tratara de procurarnos placer aquí y ahora. Por esta razón, en la retórica política, el tiempo es utilizado de una manera confusa. La imposibilidad de postergar las gratificaciones es una noción utilizada a menudo por los críticos conservadores, por ejemplo, para explicar la persistencia de la pobreza en una sociedad opulenta, aun cuando esa sociedad sistemáticamente promueva el financiamiento de deudas por gratificaciones presentes como uno de los mecanismos principales del crecimiento económico.

A pesar de esta diversidad (o quizá precisamente a causa de ella) de concepciones y de conflictos sociales que de allí surgen, subsiste aún una tendencia a considerar que las diferencias son de percepción e interpretación de aquello que debería ser entendido, sobre todo, como un único criterio objetivo para evaluar el movimiento ineluctable de la flecha del tiempo. En breve pondré en duda esta concepción.

El espacio también es tratado como un hecho de la naturaleza, «naturalizado» a través de la atribución de significados cotidianos de sentido común. En cierta forma más complejo que el tiempo —tiene dirección, área, forma, diseño y volumen como atributos clave, así como distancia—, lo tratamos, por lo general, como un atributo objetivo de las cosas que pueden medirse y, por lo tanto, acotarse. Desde luego, reconocemos que nuestra experiencia subjetiva puede llevarnos a los ámbitos de la percepción, la imaginación, la ficción y la fantasía, que producen espacios y mapas mentales como tantos otros espejismos de la cosa presuntamente «real». También descubrimos que diferentes sociedades o subgrupos poseen diferentes concepciones. Los indios que habitaban las praderas de lo que es hoy los Estados Unidos no tenían en modo alguno la misma concepción del espacio que los pobladores blancos que los reemplazaron; los acuerdos «territoriales» entre los grupos se fundaban en tantos significados diferentes que el conflicto resultaba inevitable. Sin duda, el conflicto en parte recaía precisamente sobre el sentido del espacio que debía ser utilizado para regular la vida social y dar significado a conceptos tales como los derechos territoriales. El registro histórico y antropológico está lleno de ejemplos acerca de la gran variación que puede haber en los conceptos del espacio, mientras que las investigaciones de los mundos espaciales de los niños, los enfermos mentales (en particular los esquizofrénicos), las minorías oprimidas, las mujeres y los hombres de diferentes clases, los pobladores rurales y urbanos, etc. ilustran una diversidad similar dentro de poblaciones aparentemente homogéneas. Sin embargo, existe un sentido englobante y objetivo del espacio que, en última instancia, es preciso reconocer.

Creo que es importante poner en tela de juicio la idea de un sentido único y objetivo del tiempo y el espacio, a partir del cual pudiéramos definir las distintas concepciones y percepciones humanas. No tengo la intención de sostener una total disolución del distingo entre lo objetivo y lo subjetivo, sino que más bien insisto en la necesidad de reconocer las múltiples cualidades objetivas que el tiempo y el espacio pueden expresar, y el rol de las prácticas humanas en su construcción. Los físicos sostienen ahora que ni el tiempo ni el espacio existieron (menos aún significaron) antes de la materia: las cualidades objetivas del tiempo y espacio físicos no pueden comprenderse, por lo tanto, independientemente de las cualidades de los procesos materiales. Sin embargo, no es necesario subordinar todas las concepciones objetivas del tiempo y el espacio a esta concepción física particular, ya que ella también es una construcción que se funda en una particular perspectiva sobre la constitución de la materia y el origen del universo. La historia de los conceptos de tiempo, espacio y espacio-tiempo en la física ha estado determinada por fuertes rupturas y reconstrucciones epistemológicas. La conclusión que deberíamos extraer es, simplemente, que no se le pueden asignar significados objetivos al tiempo ni al espacio con independencia de los procesos materiales, y que sólo a través de la investigación de estos últimos podemos fundar adecuadamente nuestros conceptos de los primeros. Por supuesto, esta no es una nueva conclusión. Confirma la observación general de varios pensadores anteriores, de los cuales Dilthey y Durkheim son los más prominentes.

Desde este punto de vista materialista, podemos, pues, sostener que las concepciones objetivas de tiempo y espacio se han creado necesariamente a través de las prácticas y procesos materiales que sirven para reproducir la vida social. Los indios de las praderas o los nuer del Africa objetivan cualidades del tiempo y el espacio que están tan separadas entre ellas como lo están de las inherentes al modo de producción capitalista. La objetividad del tiempo y el espacio está dada, en cada caso, por las prácticas materiales de la reproducción social y, si tenemos en cuenta que estas últimas varían geográfica e históricamente, sabremos que el tiempo social y el espacio social están construidos de manera diferencial. En suma, cada modo de producción o formación social particular encarnará un conjunto de prácticas y conceptos del tiempo y el espacio.

Así como el capitalismo ha sido (y sigue siendo) un modo de producción revolucionario en el cual las prácticas materiales y los procesos de reproducción social están siempre transformándose, también se transforman las cualidades objetivas y los significados del espacio y el tiempo. Por otra parte, si el avance del conocimiento

(científico, técnico, administrativo, burocrático y racional) es vital para el progreso de la producción y el consumo capitalistas, entonces los cambios en nuestro aparato conceptual (incluso las representaciones de espacio y tiempo) pueden tener consecuencias materiales para el ordenamiento de la vida diaria. Por ejemplo, cuando un arquitecto-proyectista como Le Corbusier, o un administrador como Haussmann, crea un medio construido en el cual predomina la tiranía de la línea recta, por fuerza debemos adecuar nuestras prácticas cotidianas.

Esto no significa que las prácticas estén determinadas por la forma construida (por mucho que lo busquen los proyectistas); en efecto, tienen la incómoda costumbre de escapar de sus ataduras a cualquier esquema fijo de representación. Pueden encontrarse nuevos significados para las viejas materializaciones del espacio y el tiempo. Nos apropiamos de espacios antiguos en formas muy modernas, tratamos al tiempo y a la historia como algo que hay que crear, más que aceptar. Por ejemplo, el propio concepto de «comunidad» (en tanto entidad social creada en el espacio a través del tiempo) puede encubrir significados radicalmente diferentes, porque los procesos de producción de la comunidad difieren en forma notable según las capacidades e intereses del grupo. Sin embargo, el tratamiento de las comunidades como si fuesen comparables (por ejemplo, por parte de una agencia de planificación) tiene implicaciones materiales a las cuales deben responder las prácticas sociales de la gente que vive en ellas.

Por debajo de la apariencia de las ideas de sentido común y presuntamente «naturales» sobre el espacio y el tiempo, yacen ocultos campos de ambigüedad, contradicción y lucha. Los conflictos no sólo nacen de apreciaciones subjetivas reconocidamente distintas, sino de las diferentes cualidades materiales objetivas del tiempo y el espacio que son consideradas decisivas para la vida social en situaciones diferentes. Igualmente, se libran importantes batallas en los ámbitos científicos y sociales, y en el ámbito de la teoría así como en el de la práctica estética. Nuestra representación del espacio y el tiempo en la teoría importa porque afecta a la forma en que interpretamos el mundo y actuamos en él, y por la forma en que los otros lo interpretan y actúan en él.

Tomemos por ejemplo una de las escisiones más asombrosas de nuestra herencia intelectual con respecto a las concepciones de tiempo y espacio. Las teorías sociales (y en este caso pienso en las tradiciones que provienen de Marx, Weber, Adam Smith y Marshall) suelen privilegiar el tiempo sobre el espacio en sus formulaciones. Por lo general, ellas aseguran la existencia de algún orden espacial

preexistente dentro del cual operan los procesos temporales, o suponen que las barreras espaciales se han reducido tanto que convierten al espacio en un aspecto contingente y no fundamental para la acción humana. Por otra parte, la teoría estética se ocupa fundamentalmente de la «espacialización del tiempo».

Es un tributo pagado a la compartimentalización del pensamiento occidental que esta disyunción haya pasado tanto tiempo sin ser notada. En el plano superficial, la diferencia no es tan difícil de entender. La teoría social siempre se ha concentrado en los procesos sociales de cambio, modernización y revolución (técnica, social, política). El progreso es su objeto teórico, y el tiempo histórico, su dimensión fundamental. Sin duda, el progreso entraña la conquista del espacio, la destrucción de todas las barreras espaciales y, por último, la «aniquilación del espacio a través del tiempo». En la noción misma de progreso está implícita la reducción del espacio a una categoría contingente. Como la modernidad trata sobre la experiencia del progreso a través de la modernización, los trabajos sobre ese tema por lo general han acentuado la temporalidad, el proceso del *devenir*, más que del *ser* en el espacio y en el tiempo. Hasta Foucault (1984, pág. 70), obsesionado con las metáforas espaciales, como él mismo lo confiesa, se pregunta cuándo y por qué «el espacio fue tratado como lo muerto, lo fijo, lo no-dialéctico, lo inmóvil» mientras que «el tiempo, por el contrario, era la riqueza, la fecundidad, la vida, la dialéctica».

Por otra parte, la teoría estética busca las reglas que posibilitan la transmisión de verdades eternas e inmutables en medio de la vorágine del flujo y del cambio. El arquitecto, para tomar el caso más obvio, trata de comunicar ciertos valores a través de la construcción de una forma espacial. Lo mismo hacen los pintores, escultores, poetas y escritores. Hasta la letra escrita extrae propiedades del flujo de la experiencia y las fija en forma espacial. «La invención de la imprenta introducía la palabra en el *espacio*», se dijo, y la escritura —un «conjunto de pequeñas marcas que avanzan en una línea clara, como ejércitos de insectos, a lo largo de páginas y páginas de papel blanco»— es, por lo tanto, una espacialización definida (citado en McHale, 1987, págs. 179-81). En efecto, cualquier sistema de representación es una espacialización de esta índole que, automáticamente, congela el flujo de la experiencia y, al hacerlo, distorsiona aquello que se esfuerza por representar. «Escribir», dice Bourdieu (1977, pág. 156), «arranca a la práctica y al discurso del flujo del tiempo». Por eso, Bergson, el gran teórico del devenir, del tiempo como flujo, se encolerizaba porque hacían falta las espacializaciones del reloj para saber la hora.

El filósofo Karsten Harries (1982, págs. 59-69) desarrolla esta idea. La arquitectura, sostiene, no sólo trata sobre la domesticación del espacio, del que conquista un lugar para darle forma habitable. Es también una gran defensa contra el «terror al tiempo». El «lenguaje de la belleza» es «el lenguaje de una realidad eterna». Crear un objeto bello «es vincular el tiempo a la eternidad» de forma tal que nos redima de la tiranía del tiempo. La urgencia por «devaluar el tiempo» reaparece en el deseo de redención del artista a través de la creación de una obra «lo suficientemente fuerte como para detener al tiempo». Hemos visto, en la Primera parte, que el impulso estético del modernismo consiste en considerable medida en perseguir este sentido de la eternidad en medio del flujo. Pero si se atiende al aspecto eterno de la fórmula de Baudelaire, esta acentúa más el espacio que el tiempo. El objetivo de las construcciones espaciales «no es iluminar la realidad temporal a fin de que podamos sentirnos más cómodos en ella, sino liberarnos de ella: abolir el tiempo dentro del tiempo, aunque sólo sea por un tiempo». Aquí Harries se hace eco de aquellas famosas fórmulas modernistas de Baudelaire, «sólo se puede olvidar el tiempo haciendo uso de él» y de T. S. Eliot, «el tiempo sólo se conquista a través del tiempo».

Pero aquí surge la paradoja. Aprendemos a pensar y a conceptualizar a través de una captación activa de las espacializaciones de la palabra escrita, del estudio y producción de mapas, gráficos, diagramas, fotografías, modelos, cuadros, símbolos matemáticos, etc. ¿Hasta qué punto son adecuadas estas modalidades de pensamiento y estas concepciones frente al flujo de la experiencia humana y los fuertes procesos de cambio social? En la otra cara de la moneda, ¿de qué manera las espacializaciones en general y las prácticas estéticas en particular pueden representar el flujo y el cambio, sobre todo si estos últimos son considerados verdades esenciales que deben ser transmitidas? Este era el dilema que inquietaba a Bergson. Y se convirtió en el problema central tanto de los futuristas como del arte Dada. El futurismo modelaba el espacio a fin de que pudiera representar la velocidad y el movimiento. Los dadaístas consideraban que el arte era efímero y, renunciando a toda espacialización permanente, buscaban la eternidad instaurando sus happenings en la acción revolucionaria. Quizás en respuesta a este acertijo, Walter Pater sostuvo que «todo arte aspira a la condición de la música», ya que la música, en definitiva, contiene su efecto estético precisamente a través de su movimiento temporal. Pero el medio de representación más obvio del tiempo era el cine. El joven Sartre se mostró particularmente impresionado por sus posibilidades. «Es un arte que refleja la civilización de nuestro tiempo», dijo; que «nos muestra la

belleza del mundo en que vivimos, la poesía de la velocidad, de las máquinas y de la inevitabilidad espléndida e inhumana de la industria» (Cohen-Solal, 1987). La combinación de cine y música constituye un poderoso antídoto contra la pasividad espacial del arte y la arquitectura. Sin embargo, el propio confinamiento del cine a la pantalla, que carece de profundidad, y a un escenario, nos recuerda que él también está ligado al espacio de una manera peculiar.

Hay mucho que aprender de la teoría estética acerca de cómo las diferentes formas de espacialización inhiben o facilitan los procesos de transformación social. Recíprocamente, hay mucho que aprender de la teoría social en cuanto al flujo y la transformación con los que debe enfrentarse la teoría estética. Es posible que, al poner en relación estas dos corrientes de pensamiento, podamos entender mejor las formas en que el cambio económico-político plasma las prácticas culturales.

Pero se me permitirá ilustrar primero dónde puede residir la significación política de este argumento. Al hacerlo, volveré a esa concepción que Kant propuso (véase *supra*, pág. 34) según la cual el juicio estético era un mediador potencial entre los mundos de la ciencia objetiva y del juicio moral subjetivo (sin admitir necesariamente la división tripartita del conocimiento planteada por Kant ni la satisfacción totalmente desinteresada con la que se asocia su concepto de belleza). Los juicios estéticos (así como las prácticas artísticas de «redención») se han incorporado como poderosos criterios de acción política y, por lo tanto, social y económica. Si el juicio estético da prioridad al espacio por encima del tiempo, las prácticas y conceptos espaciales pueden resultar cruciales para la acción social en determinadas circunstancias.

En este sentido, el filósofo alemán Heidegger es una figura interesante. A la vez que rechaza las dicotomías kantianas del sujeto y el objeto, Heidegger proclama la permanencia del Ser sobre la transitoriedad del Devenir (*Metaphysics*, pág. 202). En sus investigaciones sobre el Ser se aleja de los universales del modernismo y de la tradición judeo-cristiana remontándose al nacionalismo intenso y creativo del pensamiento griego presocrático. Toda la metafísica y la filosofía, declara, sólo adquiere significado en relación con el destino del pueblo (Blitz, 1981). La posición geopolítica de Alemania en los años de entreguerras —acosada por la «gran pinza» de Rusia y América— lo condujo a las siguientes reflexiones:

«Desde un punto de vista metafísico, Rusia y América son lo mismo; el mismo melancólico frenesí tecnológico, la misma ilimitada organización del hombre común. En una época en que el rincón más re-

moto del globo puede ser conquistado por la tecnología y abierto a la explotación económica; cuando cualquier suceso, por encima de dónde y cuándo ocurra, puede ser comunicado al resto del mundo a la velocidad deseada; cuando el asesinato de un rey en Francia y una sinfonía en Tokio pueden "experimentarse" en forma simultánea; cuando el tiempo no es otra cosa que velocidad, instantaneidad y simultaneidad, y el tiempo en tanto historia ha desaparecido de la vida de todos los pueblos (. . .) entonces, sí, entonces, en medio de todo este torbellino sigue en pie un interrogante que nos persigue como un espectro: ¿para qué? ¿Adónde? ¿Entonces qué?».

El sentido de la transformación espacio-temporal y la angustia que provoca no podría ser más fuerte. La respuesta de Heidegger es explícita:

«Todo esto supone que esta nación, como nación histórica, debe desplazarse y, por lo tanto, desplazar a la historia de Occidente más allá del centro de su suceder futuro hacia el reino esencial de las potencias del ser. Si la gran decisión con referencia a Europa no es la aniquilación, esa decisión debe ser tomada en función de las nuevas energías espirituales que se desenvuelven históricamente a partir del centro».

Para Heidegger, aquí reside «la verdad interior y la grandeza del movimiento Nacional Socialista» (comprendido como «el encuentro entre la tecnología global y el hombre moderno»). Al apoyar el retiro de Alemania de la Liga de las Naciones, Heidegger busca un conocimiento que no «divide las clases» sino que las compromete y las une «en la gran voluntad del Estado». A través de esto, tenía la esperanza de que el pueblo alemán pudiera «crecer en su unidad como pueblo de trabajo, encontrando nuevamente su dignidad y su poder genuino, para lograr su permanencia y grandeza como un Estado de trabajo. ¡Por el hombre de esta voluntad inaudita, nuestro Führer Adolf Hitler, tres veces *Sieg-Heil* [que viva]!» (citado en Blitz, 1981, pág. 217).

El hecho de que este gran filósofo del siglo XX (que, de pasada, inspiró el deconstruccionismo de Derrida) haya adoptado semejante compromiso político ha sido materia de preocupación (preocupación que ha tomado una vez más el estatuto de «escándalo» en Francia, como consecuencia de los documentos de Farias, 1987, sobre la larga vinculación de Heidegger con el nazismo). Pero creo que pueden señalarse algunos puntos interesantes a partir del caso Heidegger. Es evidente que lo afligían los universalismos insípidos de la tecnolo-

gía, el colapso de la especificidad y la identidad espaciales y la aceleración al parecer descontrolada de los procesos temporales. Desde este punto de vista, Heidegger es un ejemplo de todos los dilemas de la modernidad, tal como los expresa Baudelaire. Profundamente influido por las intervenciones de Nietzsche (cf. *supra*, págs. 31-4), piensa, sin embargo, que ellas conducen a un nihilismo total e inaceptable. Precisamente de ese destino intenta rescatar a la civilización. Su búsqueda de permanencia (la filosofía del Ser) se conecta con un sentido arraigado de la geopolítica y del destino que es a la vez revolucionario (en el sentido de mirar hacia adelante) y fuertemente nacionalista. Desde un punto de vista metafísico, suponía arraigarse en los valores clásicos (en especial los de la civilización griega presocrática), subrayando así una orientación paralela hacia el clasicismo por parte de la retórica nazi en general y la arquitectura en particular. El rechazo de los valores platónicos y judeo-cristianos, del «mito» de la racionalidad de la máquina y el internacionalismo era total, aun cuando el aspecto revolucionario de su pensamiento lo llevaba a comprometerse con los avances de la ciencia y la tecnología en las cuestiones de la práctica. El modernismo reaccionario, como el del nazismo, acentuaba simultáneamente el poder del mito (de la sangre y la tierra, de la raza y la madre patria, del destino y el lugar) y movilizaba todos los recursos del progreso social hacia un proyecto de realización nacional sublime. La aplicación de este sentido estético particular a la política alteraba el curso de la historia desmesuradamente.

El caso nazi no es en modo alguno único. La estetización de la política tiene una larga historia y plantea profundos problemas para las doctrinas del progreso social ilimitado. Tiene sus versiones de izquierda y de derecha (los sandinistas, en todo caso, estetizan la política alrededor de la figura de Sandino a fin de promover la adhesión al programa político de izquierda de liberación nacional y justicia social). La forma más clara que asume el problema es el desplazamiento del énfasis: desde el cambio histórico hacia las culturas y destinos nacionales, que hacen chisporrotear conflictos geográficos entre diferentes espacios en la economía mundial. Los conflictos geopolíticos invariablemente implican una cierta estetización de la política, donde la apelación a la mitología del lugar y de la persona juegan un papel importante. En ese sentido, la retórica de los movimientos nacionales de liberación es tan poderosa como la contra-retórica —impuesta a través del imperialismo y el colonialismo— del destino manifiesto, la supremacía racial o cultural, el paternalismo (la carga del hombre blanco, por ejemplo) y las doctrinas de la superioridad nacional.

Cómo y por qué la historia mundial (el resultado de las luchas de clases en las versiones marxistas) se disuelve en conflictos geopolíticos, a menudo sumamente destructivos, no puede ser considerado como un mero accidente. Es posible que tenga sus raíces en los procesos económico-políticos que impulsan al capitalismo a producir configuraciones geográficas de desarrollo desigual y a buscar una serie de estabilizaciones espaciales ante el problema de la hiperacumulación. Pero también debe tomarse con seriedad la estetización de la política que acompaña a este giro geopolítico. Allí yace, según creo, la significación que tiene combinar las perspectivas teóricas sociales y estéticas sobre la naturaleza y el significado de espacio y tiempo. Y exactamente desde esta perspectiva Eagleton (1987) lanza su polémica más vigorosa contra el posmodernismo de Lyotard:

«Para Lyotard, la modernidad parecería ser *nada más que* un cuento de la razón terrorista, y el nazismo, poco más que el límite letal de un pensamiento totalizante. Esta farsa temeraria ignora que los campos de concentración fueron, entre otras cosas, la secuela de un irracionalismo bárbaro que, como algunos aspectos del propio posmodernismo, menospreciaba la historia, se negaba a la argumentación, estetizaba la política y lo apostaba todo al carisma de aquellos que contaban las historias».

13. Espacios y tiempos individuales en la vida social

Las prácticas materiales de las cuales surgen nuestros conceptos del espacio y el tiempo son tan variadas como el espectro de experiencias individuales y colectivas. El desafío consiste en colocarlas en un marco de interpretación global que pueda franquear el hiato entre el cambio cultural y la dinámica de la economía política.

Se me permitirá comenzar por el más simple descriptor de las prácticas diarias, tal como se lo expone en la geografía histórica propuesta por Hägerstrand. Aquí los individuos son vistos como agentes intencionales, comprometidos en proyectos que llevan tiempo a través del movimiento en el espacio. Las biografías individuales se pueden seguir como «sendas de vida en un espacio-tiempo», que comienzan con las rutinas diarias del movimiento (de la casa a la fábrica, a los comercios, a la escuela, y de regreso a la casa), y se extienden a los movimientos migratorios durante las fases de un lapso de vida (por ejemplo, la juventud en el campo, la formación profesional en una gran ciudad, el casamiento y la mudanza a los suburbios y el retiro en el campo). Estas sendas de vida se pueden describir con diagramas (véase la figura 3.1). La idea es estudiar los principios de la conducta espacio-temporal por medio de un examen de esas biografías. La finitud de los recursos temporales y la «fricción por distancia» (medida en tiempo o en costo para superarla) limitan el movimiento diario. Se requiere tiempo para comer, para dormir, etc., y los proyectos sociales siempre tropiezan con «restricciones de conjunción» especificadas como la necesidad de hacer coincidir en un punto las sendas espacio-temporales de dos o más individuos a fin de concretar alguna transacción social. Estas transacciones suelen darse dentro de un esquema geográfico de «estaciones» disponibles (lugares donde se producen ciertas actividades como el trabajo, las compras, etc.) y «dominios» donde prevalecen ciertas interacciones sociales.

El esquema de Hägerstrand describe con eficacia cómo la vida cotidiana de los individuos se desenvuelve en el espacio y en el tiempo. Pero no nos dice nada sobre la manera en que se producen las «estaciones» y los «dominios», ni sobre por qué la «fricción por dis-

tancia» varía de manera palpable. Tampoco tiene en cuenta cómo y por qué ciertos proyectos sociales y sus características «restricciones

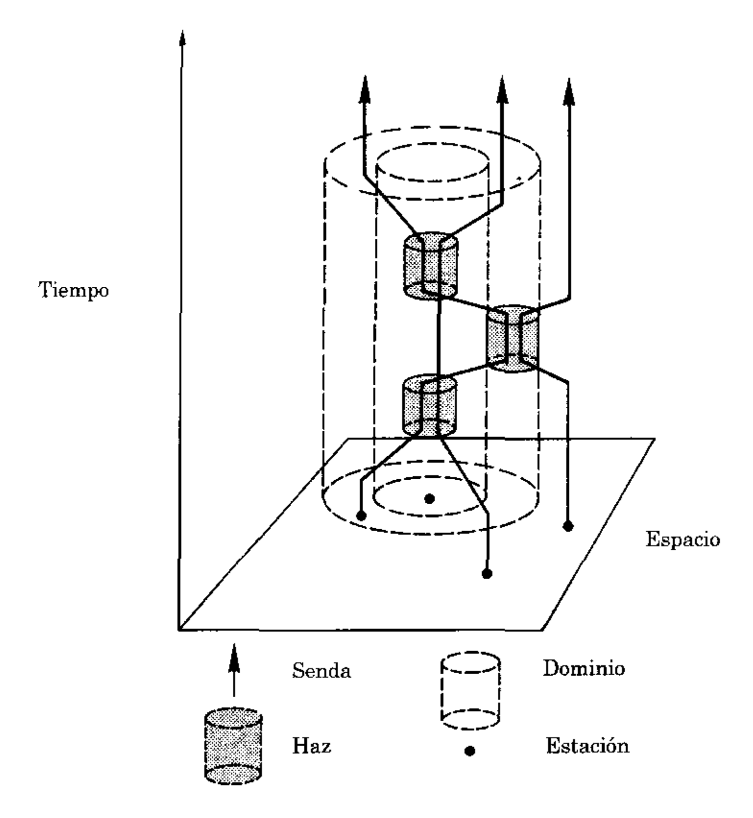


Figura 3.1 *Representación diagramática de una jornada; las sendas espaciales según Hägerstrand (1970).*

de conjunción» se vuelven hegemónicos (por ejemplo, por qué predomina el sistema fabril o por qué es dominado por formas de producción dispersas y artesanales), ni trata de comprender por qué determinadas relaciones sociales prevalecen sobre otras, o de qué manera se asigna significado a lugares, espacios, historia y tiempo. Lamentablemente, la reunión masiva de datos empíricos sobre biografías espacio-temporales no da respuesta a estas cuestiones más amplias, aunque el registro de dichas biografías constituye un plano de referencia para considerar la dimensión espacio-temporal de las prácticas sociales.

Tomemos, comparativamente, los enfoques socio-psicológicos y fenomenológicos del tiempo y el espacio que han sido formulados por

autores como De Certeau, Bachelard, Bourdieu y Foucault. Este último considera el espacio del cuerpo como el elemento irreductible de nuestro estado social de cosas, porque es en ese espacio donde se ejercen las fuerzas de la represión, la socialización, la disciplina y el castigo. El cuerpo existe en el espacio y debe someterse a la autoridad (por ejemplo, la prisión o vigilancia en un espacio organizado) o forjarse espacios específicos de resistencia y libertad —heterotopías— en el seno de un mundo represivo. Esa lucha, la piedra angular de la historia social para Foucault, no tiene necesariamente una lógica temporal. Sin embargo, Foucault considera importantes las transiciones históricas específicas y presta mucha atención a la periodización de la experiencia. La Ilustración socavó el poder del *ancien régime* sólo para reemplazarlo por una nueva organización del espacio al servicio de las técnicas de control social, vigilancia y represión del yo y del mundo del deseo. La diferencia está en la manera en que el poder del Estado en la era moderna se vuelve anónimo, racional y tecnocrático (y, por eso, más sistemático), y no personalizado y arbitrario. La irreductibilidad (para nosotros) del cuerpo humano significa que la resistencia sólo puede movilizarse desde ese lugar de poder en la lucha por liberar el deseo humano. El espacio, para Foucault, es la metáfora de un lugar o recinto de poder que en general constriñe pero algunas veces libera procesos de *Devenir*.

El énfasis que otorga Foucault a la prisión dentro de los espacios de control social tiene algo más que una pequeña importancia literal (entendida como opuesta a metafórica) para la forma en que está organizada la vida social moderna. El entrampamiento de poblaciones empobrecidas en los espacios del centro de las ciudades es un tema que ha capturado la atención de los geógrafos urbanos. Pero la concentración exclusiva de Foucault en los espacios de la represión organizada (prisiones, el «panóptico», hospitales y otras instituciones de control social) debilita el carácter general del argumento. De Certeau proporciona una corrección interesante. Trata los espacios sociales como si estuvieran más abiertos a la creatividad y a la acción del hombre. Caminar, afirma, define un «espacio de enunciación». Al igual que Hägerstrand, comienza su historia en el nivel básico, pero en este caso con «los recorridos» por la ciudad. «Su bulliciosa masa constituye una colección innumerable de singularidades. El entramado de las sendas da forma a los espacios. Entrelaza lugares», y de ese modo crea la ciudad a través de las actividades y movimientos diarios. «No están localizados; más bien, ellos espacializan» (adviértase la gran diferencia de actitud que comunica esta obra con respecto a la de Hägerstrand). Los espacios específicos de la ciudad surgen de millones de acciones que llevan el sello del de-

signio humano. En respuesta a Foucault, De Certeau señala una sustitución diaria «del sistema tecnológico de un espacio coherente y totalizante» por una «retórica pedestre» de trayectorias que presentan una «estructura mítica» entendida como «una historia edificada chapuceramente con elementos tomados de dichos comunes, una historia alusiva y fragmentaria cuyos hiatos se enredan con las prácticas sociales que simboliza».

Aquí, De Certeau define una base para comprender el fermento de culturas populares, localizadas en las calles, y hasta expresadas dentro del marco impuesto por algún orden represivo englobante. «El objetivo», escribe, «no es explicar cómo la violencia del orden se transmuta en una tecnología disciplinaria, sino más bien iluminar las formas clandestinas adoptadas por la creatividad dispersa, táctica y transitoria de los grupos o individuos ya capturados en las "redes" disciplinarias». «El resurgimiento de las prácticas "populares" dentro de la modernidad industrial y científica», escribe, «no puede confinarse al pasado, al campo o a los pueblos primitivos» sino que «existe en el corazón de la economía contemporánea». Los espacios pueden «liberarse» más fácilmente de lo que imagina Foucault, por el hecho de que las prácticas sociales espacializan: no se localizan en el interior de alguna grilla represiva de control social.

Como veremos, De Certeau reconoce que las prácticas de la vida cotidiana pueden convertirse, y lo hacen, en las «totalizaciones» de un espacio y un tiempo racionalmente ordenados y controlados. Pero no nos dice mucho acerca de por qué y cómo las racionalizaciones toman las formas que toman. En algunos ejemplos, pareciera que el proyecto de la Ilustración (o hasta del capitalismo) tuviera algo que ver con esto, pese a que en otros ejemplos señala los ordenamientos simbólicos de un espacio y un tiempo que otorgan una continuidad más intensa (que no necesariamente garantiza la libertad) a las prácticas sociales. En este último punto, De Certeau recurre a los argumentos de Bourdieu.

Los ordenamientos simbólicos del espacio y el tiempo conforman un marco para la experiencia por el cual aprendemos quiénes y qué somos en la sociedad. «La razón por la cual se exige tan rigurosamente la sumisión a los ritmos colectivos», escribe Bourdieu (1977, pág. 163), «es que las formas temporales, o las estructuras espaciales, estructuran no sólo la representación del mundo del grupo sino el grupo como tal, que se ordena a sí mismo a partir de esta representación». La noción de sentido común según el cual «hay un lugar y un tiempo para todo» es trasladada a un conjunto de prescripciones que reproducen el orden social, al asignar significados sociales a espacios y tiempos. Este era el tipo de fenómeno que Hall

(1966) consideraba como la raíz de muchos conflictos interculturales, justamente porque los diferentes grupos distingüen sentidos muy diferentes por su utilización del espacio y el tiempo. Por el estudio del mundo interior de la casa cabila y de los mundos exteriores de campos, mercados, jardines y elementos semejantes relacionados con el calendario anual y las divisiones entre la noche y el día, Bourdieu muestra que «todas las divisiones del grupo se proyectan a cada momento en la organización espacio-temporal que asigna a cada categoría su lugar y su tiempo: es aquí donde la lógica difusa de la práctica obra prodigios, permitiendo que el grupo logre toda la integración social y lógica compatible con la diversidad impuesta por la división del trabajo entre sexos, edades y "ocupaciones" (herrero, carnicero)». Bourdieu dice que «las prácticas y representaciones comunes se determinan a través de una relación dialéctica entre el cuerpo y una organización estructurada del espacio y el tiempo». Y precisamente desde esas experiencias (sobre todo en el hogar) se imponen esquemas duraderos de percepción, pensamiento y acción (véase la figura 3.2). Aún más profundamente, «la organización del

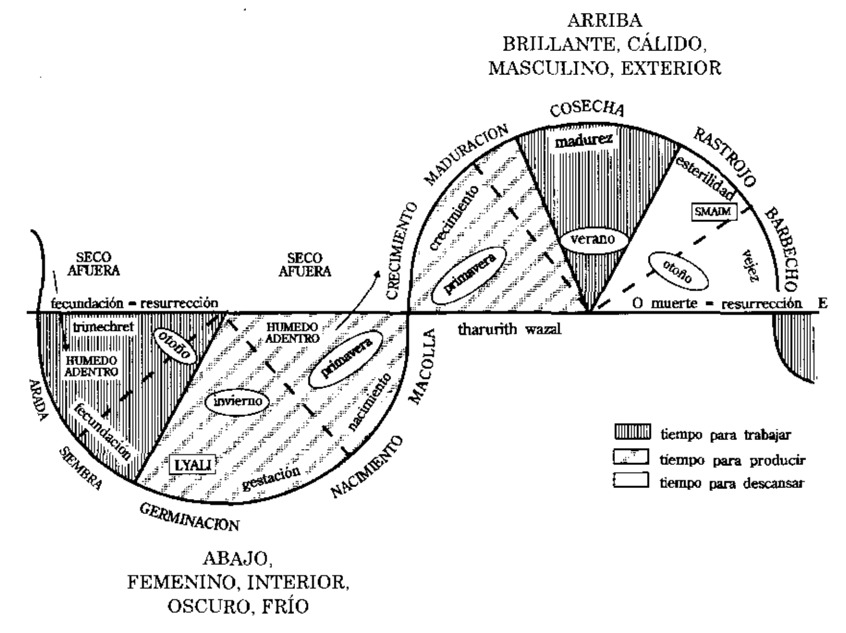


Figura 3.2 *El calendario anual de las cabilas según Bourdieu (1977) (reproducido con autorización de Cambridge University Press).*

tiempo y el grupo según estructuras míticas hace que la práctica colectiva aparezca como un "mito realizado"».

Muchos estudios antropológicos han reproducido esta clase de descubrimientos en los últimos años (aun sin aceptar necesariamente todo el aparato interpretativo de Bourdieu). Sin embargo, la cuestión más general es la de saber si este tipo de significados sociales se puede señalar a través de una organización espacial y temporal en la cultura capitalista contemporánea. Sin duda, no es difícil focalizar ejemplos de estos procesos operantes. La organización de los espacios en una casa, por ejemplo, dice mucho acerca de las relaciones de género y edad. Los ritmos espacio-temporales organizados del capitalismo proporcionan abundantes oportunidades para la socialización de los individuos en roles distintivos. La noción de sentido común según la cual «hay un tiempo y un lugar para todo» sigue teniendo peso, y las expectativas sociales adhieren al lugar y al momento en que las acciones ocurren. Pero mientras que los mecanismos que Bourdieu señala pueden ser omnipresentes en la sociedad capitalista, no se conforman fácilmente al cuadro más bien estático de la reproducción social que él evoca en el caso de las cabilas. Al fin y al cabo, la modernización supone la desorganización constante de ritmos temporales y espaciales, y una de las misiones del modernismo es producir nuevos sentidos para un espacio y un tiempo en un mundo de lo efímero y la fragmentación.

Bourdieu ofrece la más descarnada indicación de que la búsqueda del poder del dinero puede socavar las prácticas tradicionales. Moore (1986), en su estudio de los endo, abunda sobre esta idea y así ilumina también las complejas relaciones entre espacializaciones y reproducción social. Valor y sentido «no son inherentes a ningún orden espacial», insiste, «sino que es preciso invocarlos». No es admisible la idea de que existiría un lenguaje «universal» del espacio, una semiótica del espacio independiente de las actividades prácticas y de los actores históricamente situados. Sin embargo, en el contexto de prácticas específicas, la organización del espacio puede sin duda definir relaciones entre personas, actividades, cosas y conceptos. «La organización del espacio entre los endo puede concebirse como un texto; en tanto tal, "habla sobre" o "elabora" estados de cosas que son imaginarios» y, sin embargo, importantes porque representan preocupaciones sociales. Estas representaciones espaciales son «a la vez producto y productor». Bajo las presiones de la monetización y la introducción del trabajo asalariado, las representaciones se desplazan. En los endo, el «modernismo» se muestra en el reemplazo de la casa tradicional de planta redonda por la casa cuadrada, con una manifestación franca de riqueza, la separación del área de la cocina de la casa principal, y otras reorganizaciones espaciales que indican un cambio de las relaciones sociales.

La posibilidad de que estos procesos se envuelvan en mitos y rituales nos dice mucho acerca de los dilemas del modernismo y del posmodernismo. En la Primera parte, así como en la introducción a la Tercera parte, hemos señalado cómo el modernismo a menudo coqueteó con la mitología. En este sentido, advertimos que las prácticas espaciales y temporales pueden aparecer como el «mito realizado» convirtiéndose así en el ingrediente ideológico esencial de la reproducción social. En el capitalismo, a causa de su tendencia a la fragmentación y a lo efímero, la dificultad reside en encontrar, en medio de los universales de la monetización, el mercado de valores y la circulación de capital, una mitología estable, expresiva de sus valores y sentidos intrínsecos. Las prácticas sociales pueden invocar ciertos mitos y dar lugar a ciertas representaciones espaciales y temporales como parte del impulso destinado a implantar y reforzar su predominio sobre la sociedad. Pero lo hacen en forma tan ecléctica y efímera que es difícil hablar del «mito realizado» en el capitalismo con la misma certeza con que Bourdieu lo hace con relación a las cabilas. Esto no impide el despliegue de poderosas mitologías (como en el caso del nazismo o el mito de la máquina), entendidas como vigorosas provocaciones al cambio histórico y geográfico. Más aún, la mitología es presentada en formas bastante moderadas (la evocación de la tradición, de la memoria colectiva, de la región y el lugar, de la identidad cultural) para hacer de ella algo más delicado que las consignas brutales del nazismo. Pero es difícil encontrar ejemplos de su funcionamiento en la sociedad contemporánea que no evoquen un sentido muy específico de lo que significa «un tiempo y un lugar para todo». De allí la significación de las prácticas espacializantes en la arquitectura y el diseño urbano, de la evocación histórica, y de las luchas que aún persisten en torno de la definición exacta de cuál es el tiempo adecuado y el lugar adecuado para determinados aspectos de la práctica social.

Por su parte, Bachelard (1964) se concentra en el espacio de la imaginación: «espacio poético». «El espacio que ha sido capturado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente sujeto a las medidas y estimaciones del agrimensor» así como tampoco se puede representar exclusivamente como el «espacio afectivo» de los psicólogos. «Creemos conocernos a nosotros mismos en el tiempo», escribe, «cuando en realidad lo único que conocemos es la secuencia de fijaciones a los espacios de la estabilidad del ser». Los recuerdos «son inmóviles, y cuanto más firmemente estén establecidos en el espacio, más sólidos resultan». Aquí resuenan con fuerza los ecos de Heidegger. «El espacio contiene tiempo comprimido. Para eso es el espacio». Y el espacio principal de la memoria es la casa:

«uno de los poderes supremos de integración de los pensamientos, los recuerdos y los sueños de la humanidad». Porque es dentro de ese espacio donde hemos aprendido a soñar e imaginar. Allí:

«Ser es de antemano un valor. La vida comienza bien, comienza envuelta, protegida, cálida en el seno de la casa (. . .) Este es el medio en el cual viven los seres protectores (. . .) En esta remota región, la memoria y la imaginación permanecen asociadas, y cada una trabaja para su mutua profundización (. . .) A través de los sueños, las diversas moradas de nuestra vida se interpenetran y retienen los tesoros de los días pasados. Y después que estamos en la nueva casa, cuando los recuerdos de otros lugares donde hemos vivido vuelven a nosotros, viajamos a la tierra de la Infancia Inmóvil, tal como son inmóviles todas las cosas Inmemoriales».

El ser, sumergido en la memoria espacial inmemorial, trasciende el Devenir. Encuentra todos esos recuerdos nostálgicos de un mundo infantil perdido. ¿Acaso es este el fundamento de la memoria colectiva, para todas aquellas manifestaciones de nostalgias ligadas al lugar que impregnan nuestras imágenes del campo y la ciudad, de la región, del medio y la localidad, del vecindario y la comunidad? Y si es cierto que el tiempo nunca se conmemora como flujo, sino como los recuerdos de lugares y espacios vividos, la historia debe sin duda dar lugar a la poesía, y el tiempo al espacio, como material fundamental de la expresión social. La imagen espacial (en particular la evidencia de la fotografía) afirma, pues, un importante poder sobre la historia (véase el capítulo 18).

Las prácticas espaciales y temporales, en cualquier sociedad, abundan en sutilezas y complejidades. En la medida en que están tan íntimamente implicadas en procesos de reproducción y transformación de las relaciones sociales, es necesario encontrar alguna manera de describirlas y de establecer nociones generales sobre su uso. La historia del cambio social está capturada en parte por la historia de las concepciones del espacio y el tiempo, y los usos ideológicos para los cuales se esgrimen aquellas concepciones. Más aún, cualquier proyecto para transformar la sociedad debe captar el espinoso conjunto de transformaciones de las concepciones y prácticas espaciales y temporales.

Trataré de aprehender parte de la complejidad a través de la construcción de una grilla de prácticas espaciales (cuadro 3.1). En el lado izquierdo coloco las tres dimensiones definidas en *La production de l'espace* de Lefebvre:

Cuadro 3.1 *Una «grilla» de prácticas espaciales.*

	Accesibilidad y distanciamiento	*Apropiación y uso del espacio*
Prácticas materiales espaciales (experiencia)	flujos de bienes, dinero, personas, fuerza de trabajo, información, etc.; sistemas de transporte y comunicaciones; jerarquías urbanas y de mercado; aglomeración	usos de la tierra y ambientes construidos; espacios sociales y otras designaciones de «territorios»; redes sociales de comunicación y ayuda mutua
Representaciones del espacio (percepción)	medidas de distancia social, psicológica y física; trazado de mapas; teoría de la «fricción por distancia» (principio del menor esfuerzo, física social, clasificación de un lugar central bueno y otras formas de teoría de la localización)	espacio personal; mapas mentales de un espacio ocupado; jerarquías espaciales; representación simbólica de espacios; «discursos» espaciales
Espacios de representación (imaginación)	atracción / repulsión; distancia / deseo; acceso / rechazo; trascendencia: «el medio es el mensaje»	familiaridad; el hogar y la casa; lugares abiertos; lugares de espectáculo popular (calles, plazas, mercados); iconografía y *graffiti*; publicidad

Fuente: **Inspirada en parte por Lefebvre (1974).**

1. Las prácticas materiales espaciales designan los flujos, transferencias e interacciones físicas y materiales que ocurren en y cruzando el espacio para asegurar la producción y la reproducción social.

2. Las representaciones del espacio abarcan todos los signos y significaciones, códigos y saberes que permiten que esas prácticas materiales se comenten y se comprendan, sea con las nociones del sentido común cotidiano sea con la jerga, a veces enigmática, de las disciplinas académicas que se vinculan a las prácticas espaciales (la ingeniería, la arquitectura, la geografía, la planificación, la ecología social, etcétera).

3. Los espacios de representación son invenciones mentales (códigos, signos, «discursos espaciales», proyectos utópicos, paisajes imaginarios y hasta construcciones materiales, como espacios simbólicos, ambientes construidos específicos, cuadros, museos, etc.) que imaginan nuevos sentidos o nuevas posibilidades de las prácticas espaciales.

Dominación y control del espacio	Producción del espacio
propiedad privada de la tierra; divisiones estatales y administrativas del espacio; comunidades y vecindarios exclusivos; zonificación excluyente y otras formas de control social (control policial y vigilancia)	producción de infraestructuras físicas (transporte y comunicaciones; ambientes construidos; renovación urbana, etc.); organización territorial de infraestructuras sociales (formales e informales)
espacios prohibidos; «imperativos territoriales»; comunidad; cultura regional; nacionalismo; geopolítica; jerarquías	sistemas nuevos de trazado de mapas, representación visual, comunicación, etc.; nuevos «discursos» artísticos y arquitectónicos; semiótica
no familiaridad; espacios temidos; propiedad y posesión; monumentalismo y espacios de ritual construidos; barreras simbólicas y capital simbólico; construcción de una «tradición»; espacios de represión	proyectos utópicos; paisajes imaginarios; ontologías y espacio de la ciencia ficción; dibujos de artistas; mitologías del espacio y el lugar; poética del espacio, espacios del deseo

Lefebvre caracteriza estas tres dimensiones como lo experimentado, lo percibido y lo imaginado. Considera que las relaciones dialécticas entre ellas constituyen el punto de apoyo de una tensión dramática, a través de la cual puede leerse la historia de las prácticas espaciales. Por consiguiente, los espacios de representación no sólo tienen la capacidad de afectar la representación del espacio, sino también la de actuar como una fuerza de producción material con respecto a las prácticas espaciales. Pero sostener que las relaciones entre lo experimentado, lo percibido y lo imaginado están determinadas, no causalmente, sino dialécticamente, es demasiado vago. Bourdieu (1977) propone una clarificación. Explica que «una matriz de percepciones, apreciaciones y acciones» puede implementarse flexiblemente de una manera simultánea para «realizar una infinidad de tareas diversas», al mismo tiempo que ella, «en última instancia» (la famosa frase de Engels), es engendrada por la experiencia material de «estructuras objetivas» y, por lo tanto, «por la base económica de la formación social en cuestión». El nexo mediador está constituido por el concepto de «habitus»: un «principio generativo de improvi-

saciones reguladas, instalado de manera duradera», que «produce prácticas» que a su vez tienden a reproducir las condiciones objetivas que produjeron, en primera instancia, el principio generativo del habitus. La causación circular (¿incluso acumulativa?) es obvia. Sin embargo, la conclusión de Bourdieu constituye una descripción muy notable de las limitaciones del poder de lo imaginado sobre lo experimentado:

«En la medida en que el habitus es una capacidad infinita para engendrar productos —pensamientos, percepciones, expresiones, acciones— cuyos límites han sido instaurados por las condiciones históricas y socialmente determinadas de su producción, el condicionamiento y la libertad condicional que garantiza están tan lejos de la creación de una novedad impredecible como lo están de una simple reproducción mecánica de los condicionamientos iniciales» (Bourdieu, 1977, pág. 95).

Esa teorización, aunque no esté completa, es de sumo interés. Más adelante volveré a examinar sus implicaciones para la producción cultural.

En la parte superior de la grilla (cuadro 3.1) hago una lista de otros cuatro aspectos de la práctica espacial extraídos de concepciones más convencionales:

1. La capacidad de acceso y de distanciamiento hablan del rol de la «fricción por distancia» en los asuntos humanos. La distancia es tanto una barrera como una defensa contra la interacción humana. Impone costos de transacción a cualquier sistema de producción y reproducción (en especial a aquellos que se fundan en una división compleja del trabajo, en el comercio y en la diferenciación social de las funciones reproductivas). El distanciamiento (cf. Giddens, 1984, págs. 258-9) es simplemente una medida del grado en que la fricción del espacio ha sido superada para dar lugar a la interacción social.

2. La apropiación del espacio examina la forma en que el espacio es ocupado por objetos (casas, fábricas, calles, etc.), actividades (usos de la tierra), individuos, clases u otras agrupaciones sociales. La apropiación sistematizada e institucionalizada puede entrañar la producción de formas territoriales de solidaridad social.

3. El dominio del espacio refleja la forma en que individuos o grupos poderosos dominan la organización y producción del espacio, por medios legales o extra-legales, a fin de ejercer un mayor grado de control sobre la fricción por distancia o sobre la manera en que el espacio es apropiado por ellos o por otros.

4. La producción del espacio examina cómo aparecen nuevos sistemas (reales o imaginados) del uso de la tierra, el transporte y las comunicaciones, la organización territorial, etc., y cómo surgen nuevas modalidades de representación (por ejemplo la tecnología de la información, el diseño computarizado o el dibujo).

Estas cuatro dimensiones de la práctica espacial no son independientes entre sí. La fricción por distancia está implícita en cualquier comprensión sobre el dominio y apropiación del espacio, mientras que la apropiación persistente de un espacio por un grupo particular (como una pandilla que merodea siempre en la esquina) supone una dominación *de facto* de ese espacio. La producción de espacio, en la medida en que reduce la fricción por distancia (la aniquilación de espacio por tiempo propia del capitalismo, por ejemplo), altera el distanciamiento y las condiciones de apropiación y dominación.

Mi propósito al trazar esta grilla no es intentar una exploración sistemática de las posiciones dentro de ella, aunque ese examen revestiría considerable interés (he introducido unas cuantas posiciones controvertidas dentro de la grilla con fines ilustrativos, y sostendría que los diferentes autores que hemos examinado hasta ahora se concentran en diferentes aspectos de ella). Mi propósito es encontrar algún punto de entrada que dé lugar a una discusión más profunda sobre la experiencia cambiante del espacio en la historia del modernismo y del posmodernismo.

La grilla de prácticas espaciales no nos puede decir nada importante por sí sola. Suponerlo sería aceptar la idea de que hay algún lenguaje espacial universal independiente de las prácticas sociales. La eficacia de las prácticas sociales en la vida social sólo nace de las relaciones sociales dentro de las cuales ellas intervienen. Por ejemplo, en las relaciones sociales del capitalismo, las prácticas espaciales descriptas en la grilla están impregnadas de significados de clase. Sin embargo, plantearlo de este modo no es sostener que las prácticas espaciales provienen del capitalismo. Ellas adquieren sus significados en las relaciones sociales específicas de clase, género, comunidad, etnicidad o raza y «se agotan» o «modifican» en el curso de la acción social. Cuando se la sitúa en el contexto de las relaciones sociales y los imperativos del capitalismo (véase el capítulo 14, *infra*), la grilla permite aclarar parte de la complejidad que sale al paso en el intento de comprender la transformación de la experiencia espacial asociada con la mudanza de las formas de pensar modernistas a las posmodernistas.

Gurvitch (1964) sugiere un marco análogo para pensar el significado del tiempo en la vida social. Pero aborda el tema del contenido

social de las prácticas temporales de manera directa, y evita los temas referidos a la materialidad, la representación y la imaginación tal como los concibe Lefebvre. Su tesis fundamental es que las formaciones sociales específicas (enumeradas en la columna de la derecha del cuadro 3.2) se asocian con un sentido específico del tiempo. De ese estudio surge una clasificación de ocho tipos de tiempo social que han existido históricamente. Esta tipología demuestra ser interesante en sus implicaciones.

Cuadro 3.2 *La tipología de los tiempos sociales según Gurvitch.*

Tipo	*Nivel*	*Forma*	*Formaciones sociales*
Tiempo duradero	ecológico	tiempo continuo en el que el pasado se proyecta en el presente y el futuro; fácilmente cuantificable	grupos locales y de parentesco (en particular sociedades rurales campesinas y estructuras patriarcales)
Tiempo engañoso	sociedad organizada	duración larga y lenta que enmascara crisis repentinas e inesperadas y rupturas entre pasado y presente	ciudades grandes y «públicos» políticos; sociedades carismáticas y teocráticas
Tiempo errático	roles sociales, actitudes colectivas (moda) y mezclas técnicas	tiempo de incertidumbre y marcada contingencia donde el presente prevalece sobre el pasado y el futuro	«públicos» no políticos (movimientos sociales y secuaces de la moda); clases en proceso de formación
Tiempo cíclico	uniones místicas	pasado, presente y futuro, proyectados unos en otros, acentúan la continuidad en el cambio; disminuye la contingencia	seguidores de la astrología; sociedades arcaicas en las que prevalecen creencias mitológicas, místicas y mágicas
Tiempo retardado	símbolos sociales	el futuro se vuelve presente tan tarde que pasa de moda así que cristaliza	la comunidad y sus símbolos sociales; guildas, profesiones, etc.; feudalismo

Cuadro 3.2 *(Continuación.)*

Tipo	*Nivel*	*Forma*	*Formaciones sociales*
Tiempo alternante	reglas, señales, signos y conducta colectiva	pasado y futuro compiten en el presente; discontinuidad sin contingencia	grupos económicos dinámicos; épocas de transición (iniciación del capitalismo)
Tiempo que se anticipa a sí mismo (que se precipita hacia adelante)	acción colectiva transformadora e innovación	discontinuidad, contingencia; cambio cualitativo triunfante; el futuro se vuelve presente	capitalismo competitivo; especulación
Tiempo explosivo	fermento revolucionario y creación colectiva	pasado y presente se disuelven en un futuro trascendente	revoluciones y transformaciones radicales de las estructuras globales

Fuente: Gurvitch (1964).

En primer lugar, invierte la proposición según la cual hay un tiempo para todo y propone pensar, en cambio, que toda relación social contiene su propio sentido del tiempo. Por ejemplo, resulta tentador considerar 1968 como un momento «explosivo» (en el que diferentes comportamientos de repente fueron considerados aceptables) que surgió del tiempo «engañoso» del keynesianismo-fordismo y dio lugar al mundo del «tiempo que se anticipa a sí mismo» de fines de la década de 1970, poblado por capitalistas financieros, especuladores, empresarios y mercachifles de deudas. También es posible usar la tipología para observar el funcionamiento simultáneo de diferentes sentidos del tiempo, con académicos y otros profesionales perpetuamente condenados (así lo parece) al «tiempo diferido», quizá con la misión de conjurar los tiempos «explosivos» o «erráticos» y devolvernos cierto sentido del tiempo «perdurable» (un mundo poblado además por ecologistas y teólogos). Las mezclas potenciales resultan interesantes y volveré sobre ellas después, en la medida en que iluminan, según creo, la confusa transición en el sentido del tiempo involucrado en el desplazamiento de las prácticas culturales modernistas a las posmodernistas.

Si hubiera un lenguaje independiente (o semiótica) del tiempo o del espacio (o del espacio-tiempo), en este punto podríamos razona-

blemente abandonar las preocupaciones sociales e indagar más directamente en las propiedades de los lenguajes espacio-temporales como medios de comunicación por sí mismos. Pero, en la medida en que un axioma fundamental de mi investigación es que el tiempo y el espacio (o el lenguaje, en este caso) no pueden comprenderse independientemente de una acción social, abordaré ahora la manera en que las relaciones de poder están siempre implicadas en prácticas espaciales y temporales. Lo cual nos permitirá situar estas tipologías y posibilidades más bien pasivas en el marco más dinámico de las concepciones del materialismo histórico sobre la modernización capitalista.

14. Tiempo y espacio como fuentes del poder social

Debemos a la insistente voz de Henri Lefebvre la idea según la cual el dominio sobre el espacio constituye una fuente fundamental y omnipresente del poder social sobre la vida cotidiana. Es necesario entonces investigar más en profundidad cómo esa forma del poder social se articula con el control sobre el tiempo, con el dinero y otras formas del poder social. En líneas generales, la hipótesis que me dispongo a analizar es que en las economías monetarias en general, y en la sociedad capitalista en particular, el dominio simultáneo del tiempo y el espacio constituye un elemento sustancial del poder social que no podemos permitirnos pasar por alto. «La medición del tiempo», declara Landes (1983, pág. 12) en su autorizado estudio sobre el tema, «ha sido al mismo tiempo un signo de la nueva creatividad y un agente y catalizador del uso del conocimiento para la riqueza y el poder». Durante mucho tiempo, los cronómetros precisos y los mapas precisos han tenido el valor de su peso en oro, y el control sobre espacios y tiempos es un elemento crucial para obtener beneficios. Por ejemplo, el especulador inmobiliario que tiene el dinero para esperar mientras supervisa el desarrollo de espacios adyacentes está en una posición mucho más ventajosa para obtener ganancias pecuniarias que alguien que carece de poder en cualquiera de estas dimensiones. Más aun, el dinero puede utilizarse para gobernar el tiempo (nuestro tiempo y el de los otros) y el espacio. Recíprocamente, el dominio del tiempo y el espacio puede convertirse a su vez en dominio sobre el dinero.

Emergen, pues, dos puntos muy generales. Primero, aquellos que definen las prácticas materiales, las formas y significados del dinero, del tiempo o el espacio establecen ciertas reglas básicas del juego social. No quiero decir con esto que ellos, los que definen las reglas, siempre ganen cualquier litigio que pueda suscitarse. Hay demasiados ejemplos de consecuencias no buscadas (por las cuales los que están en el poder definen reglas que deterioran su propia base de poder) y de grupos de oposición que aprenden y usan las reglas para aplastar a aquellos que las concibieron como para que una ecuación tan simple resulte creíble. Sin embargo, es evidente que la

hegemonía ideológica y política en cualquier sociedad depende de la capacidad de controlar el contexto material de la experiencia personal y social. Por eso las materializaciones y significados que se otorgan al dinero, al tiempo y al espacio tienen algo más que escasa importancia para la conservación del poder político. Sin embargo, el problema inmediato es comprender los procesos sociales mediante los cuales se establecen sus cualidades objetivas. De ese modo podemos evaluar mejor la afirmación de que algo vital le ha sucedido a nuestra experiencia del espacio y del tiempo desde 1970, que ha dado lugar al giro hacia el posmodernismo.

Dentro de esta cuestión general, hay otra cuestión: considerar cómo las prácticas y los «discursos» espaciales y temporales establecidos «se agotan» y «alteran» en la acción social. Por ejemplo, ¿cómo es que la grilla de las prácticas espaciales o la tipología del tiempo social adquieren un contenido de clase, de género o algún otro contenido social en una situación histórica determinada? Las reglas del sentido común que definen el «tiempo y lugar para todo» son utilizadas por cierto para alcanzar y reproducir distribuciones específicas del poder social (entre clases, entre mujeres y hombres, etc.). Sin embargo, esta cuestión no es independiente de la primera. Las luchas de poder frustradas (por parte de las mujeres, los trabajadores, los pueblos colonizados, las minorías étnicas, los inmigrantes, etc.) dentro de un conjunto determinado de reglas generan gran parte de la energía social para cambiar esas reglas. En suma, los desplazamientos en las cualidades objetivas de espacio y tiempo pueden realizarse, y a menudo lo hacen, a través de la lucha social.

A partir de estos antecedentes observaré en forma breve (remitiéndome sobre todo a los materiales ya publicados en Harvey, 1985*a*, capítulo 2, y 1985*b*, capítulo 1) las relaciones entre dinero, espacio y tiempo como recursos entrelazados del poder social. Empiezo por la conexión más simple. El dinero mide el valor, pero si preguntamos en qué consiste el valor en primera instancia, advertimos que es imposible definir el valor sin decir algo acerca de cómo se asigna el tiempo de trabajo social. «Economía de tiempo», dice Marx (1973, pág. 173), «a esto se reduce por último cualquier economía». Recíprocamente, aunque el dinero representa tiempo de trabajo social, el surgimiento de la forma dinero configuró el significado del tiempo en formas importantes y específicas. Le Goff (1980) señala, por ejemplo, que la ampliación de la esfera de circulación monetaria y la organización de redes comerciales en el espacio, a principios del medioevo, obligaron al mercader a construir «una medida más adecuada y fiable del tiempo para la conducción ordenada de los negocios». Pero adviértase la implicación del espacio en esta afirmación.

El mercader medieval sólo descubrió el concepto fundamental de «precio del tiempo» en el curso de su exploración del espacio. En la medida en que el comercio y el intercambio suponen movimiento espacial, fue el tiempo empeñado en este movimiento espacial el que le enseñó al mercader a asignar precios —y por lo tanto la propia forma del dinero— al tiempo de trabajo (cf. Landes, 1983, pág. 72).

Se deducen de allí dos implicaciones generales. Primero, la monetización progresiva de las relaciones en la vida social transforma las cualidades del tiempo y el espacio. La definición de «un tiempo y un lugar para todo» necesariamente cambia y constituye un nuevo marco para la promoción de nuevos tipos de relaciones sociales. Los mercaderes medievales, por ejemplo, al construir una medida más adecuada del tiempo «para la conducción ordenada de los negocios» promovieron un «cambio fundamental en la medición del tiempo que, sin duda, constituía un cambio en el tiempo mismo». Simbolizado por relojes y campanas que llamaban a los trabajadores a sus labores y a los mercaderes al mercado, separado de los ritmos «naturales» de la vida agraria y divorciado de las significaciones religiosas, mercaderes y señores crearon una nueva «red cronológica» en la cual quedó atrapada la vida cotidiana. La nueva definición del tiempo no fue aceptada sin problemas por las autoridades religiosas ni por los trabajadores, a quienes se les exigía aceptar las nuevas reglas de la disciplina temporal. «Estas estructuras mentales en desarrollo y su expresión material», concluye Le Goff, «estaban profundamente implicadas en los mecanismos de la lucha de clases». Irónicamente, la naciente burguesía se apropió de las investigaciones sobre el calendario y la medición del tiempo que habían sido promovidas por las órdenes monásticas con el fin de imponer la disciplina religiosa, como un medio para organizar y disciplinar a las poblaciones de las ciudades medievales con relación a una disciplina laboral recién descubierta y muy secular. «Las horas iguales» en una ciudad, comenta Landes (1983, pág. 78), «anunciaron la victoria de un nuevo orden cultural y económico».

Al mismo tiempo, a partir del trazado de los mapas del mundo, comienza a insinuarse la posibilidad de formas de apropiación del espacio para usos privados. El trazado de los mapas tampoco era ideológicamente neutral. Helgerson (1986), por ejemplo, sostiene que la colección de mapas de los condados de Gran Bretaña de Christopher Saxton, publicada en 1579, no sólo permitió que los ingleses, por primera vez, tomaran «posesión visual y conceptual efectiva del reino físico en que vivían», sino que también fortaleció el sentido de los poderes individuales y locales en un marco de lealtades nacionales, todo «a expensas de una identidad fundada en la

lealtad dinástica». Pero si los poderes dinásticos consideraban al comercio como una fuente del poder del dinero que necesitaban obtener para sus objetivos políticos y militares (y también por su pasión de consumo), entonces debieron iniciar la representación racional del espacio y el tiempo que sustentaba el poder de esa clase (los mercaderes) que, por último, los reemplazaría. En el largo plazo, por supuesto, las autoridades estatales tenían pocas opciones. El costo de la ignorancia cartográfica —tanto en el plano militar como en el mercantil y comercial— era tan enorme que el incentivo para obtener buenos mapas acallaba cualquier otra reserva. «En la competencia internacional por el acceso a las riquezas de las Indias», observa Landes (1983, pág. 110), «los mapas eran dinero, y los agentes secretos de las potencias pagaban en oro las buenas copias de los originales portugueses cuidadosamente custodiados».

Una segunda implicación, en algunos aspectos más difícil, es que las modificaciones en las cualidades del espacio y el tiempo pueden surgir de las operaciones con fines monetarios. Si el dinero no tiene un significado independiente del tiempo y el espacio, siempre es posible obtener beneficios (u otras formas de ventajas) alterando los usos y definiciones del tiempo y el espacio. Esta tesis puede analizarse de modo más convincente en el contexto de la búsqueda de beneficios que ocurre dentro de la forma estándar de circulación del capital. El intercambio material de mercancías entraña cambio de lugar y movimiento espacial. Cualquier sistema complejo de producción supone organización espacial (aunque más no sea de personal o de oficinas). Superar estos obstáculos espaciales lleva tiempo y dinero. Por lo tanto, la eficiencia en la organización espacial y en el movimiento constituye un problema importante para todos los capitalistas. El tiempo de producción junto con el tiempo de circulación del intercambio constituyen el concepto de «tiempo de rotación del capital». Este también es una magnitud de suma importancia. Cuanto más rápidamente se recupere el capital puesto en circulación, mayor será el beneficio. Las definiciones de «organización espacial eficiente» y de «tiempo de rotación socialmente necesario» son normas fundamentales desde las cuales se mide la búsqueda de beneficios. Y ambas están sujetas a modificaciones.

Consideremos primero el tiempo de rotación del capital. Hay un incentivo omnipresente para los capitalistas individuales de acelerar su tiempo de rotación con respecto al promedio social y, así, de promover una tendencia social hacia la aceleración de los promedios del tiempo de rotación. Por este motivo, como veremos, el capitalismo se ha caracterizado por un constante esfuerzo destinado a acortar los tiempos de rotación, acelerando por esta vía los procesos

sociales y reduciendo los horizontes temporales de la toma de decisiones significativa. Pero varios obstáculos contrarrestan esta tendencia: obstáculos vinculados a la rigidez de la producción y de las capacitaciones laborales, al capital fijo que debe ser amortizado, a las fricciones de la comercialización, los retrasos en el consumo, los cuellos de botella en la circulación monetaria, etc. Hay toda una historia de la innovación técnica y organizativa aplicada a la reducción de esos obstáculos: desde la línea de producción en serie (de autos o jaulas para gallinas), la aceleración de procesos físicos (fermentación, ingeniería genética), hasta una obsolescencia planeada en el consumo (la movilización de la moda y la publicidad para acelerar el cambio), el sistema de crédito, las operaciones bancarias electrónicas, etc. Es en este contexto donde la adecuación y flexibilidad de los trabajadores resulta vital para el desarrollo capitalista. Los trabajadores, en lugar de adquirir un oficio para toda la vida, ahora pueden esperar por lo menos un período, si no varios períodos de des-capacitación y re-capacitación en el curso de su vida. La destrucción y reconstrucción acelerada de las capacidades laborales han sido, como hemos visto en la Segunda parte, un rasgo central en el desplazamiento desde el fordismo hacia las modalidades de la acumulación flexible.

El efecto general, entonces, es que uno de los ejes de la modernización capitalista es la aceleración del ritmo de los procesos económicos y, por lo tanto, de la vida social. Pero esa tendencia es discontinua y está marcada por crisis periódicas, porque las inversiones fijas en plantas y maquinarias, así como en formas de organización y capacidades laborales, no se pueden cambiar fácilmente. La implantación de nuevos sistemas debe aguardar el desgaste «natural» de la fábrica y del trabajador, o si no llevar a cabo ese proceso de «destrucción creativa» que se sustenta en la devaluación forzada o en la destrucción de activos anteriores a fin de hacer lugar para los nuevos. En la medida en que lo último implica una pérdida de valor hasta para los capitalistas, hay poderosas fuerzas sociales que se oponen a ello. Cuando las condiciones de acumulación son relativamente fáciles, el incentivo para aplicar esas innovaciones es relativamente débil. Pero en momentos de dificultad económica e intensificación de la competencia, los capitalistas individuales se ven forzados a acelerar la rotación de sus capitales; aquellos que mejor pueden intensificar o acelerar la producción, la comercialización, etc. son los que están en mejor posición para sobrevivir. Por lo tanto, las modernizaciones que afectan el tiempo de rotación no se despliegan en proporciones uniformes. Tienden a conglomerarse, sobre todo en períodos de crisis. Más adelante analizaré (en el capítulo 17) esta tesis en

el contexto de la aceleración como una respuesta a la crisis del capitalismo desde 1972.

Sin embargo, en la medida en que los «momentos» son «los elementos de la ganancia» (Marx, 1967, vol. 1, pág. 233), es el control sobre el tiempo de trabajo de otros el que proporciona a los capitalistas el poder inicial para apropiarse de la ganancia. Las luchas entre los dueños de la fuerza de trabajo y del capital en torno del uso del tiempo y la intensidad del trabajo han sido endémicas. Se remontan por lo menos, como lo señalan tanto Le Goff como E. P. Thompson (1967), a la época medieval. Marx observa que la lucha en torno de la duración de la jornada laboral se planteó en la Inglaterra isabelina cuando el Estado decretó la extensión del día de trabajo habitual para los trabajadores que habían sido erradicados hacía poco de la tierra mediante una expropiación violenta y que, en consecuencia, eran proclives a la inestabilidad, a la indisciplina y a un carácter itinerante. El encarcelamiento de los desempleados con los locos (que Marx ilumina y que Foucault desarrolla en todo un libro) no era más que uno de los medios para doblegar a la fuerza de trabajo. «Se formaron nuevos hábitos de trabajo y se impuso una nueva disciplina del tiempo», confirma Thompson, durante varias generaciones, forjados bajo la necesidad de sincronizar tanto la división del trabajo particularizada como la social y maximizar la extracción de plusvalía del tiempo de trabajo del obrero (fundamento de la ganancia). De ese modo nació «el paisaje familiar del capitalismo industrial, con los tiempos estipulados de trabajo, el cronómetro, los informantes y las multas». La batalla por los minutos y los segundos, por el ritmo e intensidad de los horarios de trabajo, por la vida laboral (y los derechos de retiro), por la semana y la jornada laborables (con derecho al «tiempo libre»), por el año laborable (con derecho a las vacaciones pagas), ha sido y sigue siendo espectacularmente sostenida. Los trabajadores aprendieron a responder dentro de los confines del sentido del tiempo recientemente incorporado:

«La primera generación de obreros fabriles aprendió de sus maestros la importancia del tiempo; la segunda generación formó comités para acortar el tiempo de trabajo hasta las diez horas; la tercera generación hizo huelgas por el pago de horas extras o por su doble pago. Habían aceptado las categorías de sus empleadores y aprendieron a luchar dentro de ellas. Habían aprendido muy bien su lección de que el tiempo es oro» (Thompson, 1967, pág. 90).

Aún suele ocurrir que los intentos por acelerar o intensificar los procesos de trabajo desencadenen algunas de las luchas más fuertes

y más amargas entre la fuerza de trabajo y la dirección. Estratagemas tales como el pago por pieza realizada o los premios a la producción sólo pueden considerarse éxitos parciales desde el punto de vista de la gerencia porque los trabajadores a menudo establecen sus propias normas de trabajo que a su vez regulan el precio de este. Las confrontaciones directas por la aceleración y la intensidad, por los tiempos de descanso y los horarios, demasiado a menudo resultan destructivas como para dejarse llevar por ellas. La velocidad en la línea de montaje, la robotización y los sistemas de control automáticos proporcionan medios más solapados de control indirecto, pero raramente pueden alterarse, excepto en forma marginal, sin desencadenar la protesta de los trabajadores. Pero a pesar de esta resistencia, la mayor parte de los programas de labor presentan un orden muy riguroso, y la intensidad y velocidad de la producción se han organizado en gran medida más en favor del capital que del trabajo. Los operadores telefónicos que trabajan en AT&T debían responder un llamado cada 28 segundos como condición del contrato; los conductores de camiones se esfuerzan hasta extremos insoportables y coquetean con la muerte por ingerir píldoras para mantenerse despiertos; los controladores aéreos llegan a picos de tensión, los trabajadores de las líneas de montaje toman drogas y alcohol: todo forma parte de un ritmo de trabajo diario establecido para obtener ganancias y no para estipular horarios de trabajo humanos. Las compensaciones, como vacaciones pagas, salarios más altos, semanas laborales más cortas, retiro temprano, a menudo, como lo observó Marx hace mucho tiempo, son recuperadas por el capital bajo la forma de una intensidad y velocidad aún mayores en el trabajo. El equilibrio de las fuerzas de clase, sin embargo, no se puede quebrar fácilmente. Cuando se erigió la planta de la General Motors en Lordstown a comienzos de 1970, una fuerza de trabajo joven y obstinada luchó con uñas y dientes contra la aceleración y el control automático. Sin embargo, hacia fines de 1970, gran parte de la resistencia había sucumbido a las presiones del extendido desempleo local, a los temores de cierre de la planta y a la imposición de nuevos ritmos de trabajo.

Podemos encontrar procesos similares y llegar a conclusiones similares con respecto a la experiencia del espacio. El incentivo para crear el mercado mundial, para reducir las barreras espaciales y aniquilar el espacio a través del tiempo es una condición omnipresente, como lo es el incentivo para racionalizar la organización espacial en configuraciones de producción eficientes (organización serial de la división del trabajo particularizada, sistemas fabriles y líneas de montaje, división territorial del trabajo y aglomeración en gran-

des ciudades), redes de circulación (sistemas de transporte y comunicaciones) y consumo (instalación de los hogares y casas, organización de la comunidad y diferenciación residencial, consumo colectivo en las ciudades). Las innovaciones dedicadas a la eliminación de las barreras espaciales en todos estos aspectos han sido de inmensa significación en la historia del capitalismo, convirtiendo a esa historia en un asunto en gran medida geográfico: el ferrocarril y el telégrafo, el automóvil, la radio y el teléfono, el aeroplano y la televisión, y la revolución reciente en las telecomunicaciones pueden tomarse como ejemplos.

Pero, en este sentido, también el capitalismo debe enfrentarse con múltiples contradicciones. Las barreras espaciales pueden reducirse sólo a través de la producción de espacios específicos (ferrocarriles, carreteras, aeropuertos, telepuertos, etc.). Más aun, una racionalización espacial de la producción, la circulación y el consumo para cierto momento del tiempo puede no resultar adecuada a la acumulación del capital de momentos posteriores. La producción, reestructuración y crecimiento de la organización espacial es algo eminentemente problemático y muy caro, retenido en vastas inversiones en infraestructuras físicas que no pueden moverse, y en infraestructuras sociales que siempre cambian con lentitud. También la tendencia constante de los capitalistas individuales para reinstalarse en lugares con costos más bajos o mayores beneficios es detenida por los costos del movimiento. En consecuencia, la intensificación de la competencia y el surgimiento de crisis tienden a acelerar el ritmo de la reestructuración espacial a través de la devaluación selectiva y localizada de los activos.

Estas tendencias y tensiones generales deben considerarse, sin embargo, sobre el fondo de los intereses divergentes y la lucha de clases, ya que casi invariablemente los cambios en el *tempo* o en el ordenamiento espacial redistribuyen el poder social modificando las condiciones de la ganancia monetaria (en la forma de salarios, beneficios, ganancias de capital y cuestiones semejantes). La superioridad en el control espacial siempre ha constituido un aspecto vital de la lucha de clases (e intra-clasista). Por ejemplo, en 1815, Nathan Rothschild utilizó su red de información única para obtener las primeras noticias de la victoria de Wellington sobre Napoleón en Waterloo, vendió rápidamente y desencadenó un pánico de tal magnitud en el mercado que pudo luego aprovechar toda clase de ofertas, y obtuvo de este modo «la fortuna más rápidamente inmerecida que se registre» (Davidson y Rees-Mogg, 1988). Más aún, los capitalistas no son adversos a usar las estrategias espaciales en competencia unos con otros. La lucha entre los distintos intereses ferroviarios en

el siglo XIX proporciona muchos ejemplos de esta práctica, mientras que Tarbell (1904, pág. 146) describe a Rockefeller «inclinado sobre un mapa y (planeando) con precisión militar la captura de instalaciones estratégicas en el mapa de las refinerías de petróleo de la Costa Este». El dominio de las redes y espacios de comercialización sigue siendo un objetivo corporativo fundamental, y muchas de las ásperas luchas por la participación en el mercado se libran con la precisión de una campaña militar para capturar territorios y espacios. La información geográfica precisa (incluida la información interna sobre las más diversas cuestiones, desde la situación política hasta el rendimiento de las cosechas o los reclamos obreros) se convierte en una mercancía vital en estas luchas.

También por esas razones, la capacidad de influir en la producción del espacio constituye un medio importante para acrecentar el poder social. En términos materiales, esto significa que aquellos que pueden influir en la distribución espacial de las inversiones en el transporte y las comunicaciones, en las infraestructuras físicas y sociales, o en la distribución territorial de los poderes administrativo, político y económico, a menudo pueden obtener beneficios materiales. El repertorio de fenómenos que podrían ser considerados aquí es sin duda muy vasto y va desde la forma en que un vecino incita a otro para que colabore en mejorar el valor de su propiedad pintando el porche, pasa por las presiones sistemáticas de los agentes inmobiliarios para instalar agua corriente y cloacas que incrementen el valor de sus propiedades, y llega hasta el interés de los constructores militares por exacerbar las tensiones geopolíticas (es el caso de la Guerra Fría) como un medio de obtener mejores y más grandes contratos de armamentos. También puede ser importante la influencia sobre las formas de representar el espacio así como sobre los espacios de representación. Por ejemplo, si se logra convencer a los trabajadores de que el espacio es un ámbito abierto al juego del capital y un terreno clausurado para ellos, esto redunda en beneficio de los capitalistas. Los trabajadores, al adjudicar un mayor poder de movilidad al capital (véase la Segunda parte), se inclinarán más a ceder ante la amenaza de huida del capital que si estuvieran convencidos de que los capitalistas no pueden moverse. Tomemos un ejemplo del campo de la representación espacial: si las amenazas geopolíticas pueden elaborarse parcialmente con la ayuda de las convenientes proyecciones sobre mapas (que funden la imagen de un «imperio del mal» como Rusia, con una posición geopolítica amenazante), entonces una gran parte del poder recae en los que manejan las técnicas de representación. Si un cuadro o mapa vale mil palabras, el poder en el ámbito de la representación puede llegar a ser

tan importante como el poder sobre la materialidad misma de la organización espacial.

Hace rato que estas consideraciones constituyen los determinantes cruciales de la dinámica de la lucha de clases. Creo que aquí podemos invocar una regla simple: que aquellos que gobiernan el espacio siempre pueden controlar las políticas del lugar, aun cuando —y este es un corolario fundamental— hace falta, en primer término, tener control sobre algún lugar para gobernar el espacio. Los poderes relativos de los movimientos de la clase obrera y la burguesía para gobernar el espacio han sido un componente importante en las relaciones de poder entre ellos. Por ejemplo, en *Class struggle in the industrial revolution*, John Foster narra varios incidentes vinculados a los dueños de los talleres de un lugar, a quienes les resultaba difícil controlar a su fuerza de trabajo porque las fuerzas de la ley y del orden locales simpatizaban (aunque sólo fuera por los lazos de parentesco) con los militantes y porque no era fácil pedir ayuda externa con la suficiente celeridad. Por otra parte, en la huelga ferroviaria masiva que sacudió la Costa Este de los Estados Unidos se desarrolló una historia diferente. También en este caso los dueños del ferrocarril se vieron en la necesidad de enfrentar a la milicia local que se negaba a actuar. Pero el telégrafo no sólo permitió la asistencia federal que pudo ser reclamada inmediatamente, sino que también facilitó la transmisión de falsos mensajes, por ejemplo que los trabajadores habían vuelto al trabajo en St. Louis o Baltimore y que la huelga había cesado en diferentes lugares a lo largo de las líneas. Aún cuando la prensa desempeñó un papel progresista importante en este episodio (era más pro-obrera entonces que ahora), el mayor poder para controlar el espacio aseguraba a los capitalistas una ventaja superior con relación a lo que constituía una lucha por el poder despareja y tensa.

Las diferentes capacidades de movilidad geográfica para el capital y el trabajo no se han mantenido constantes a lo largo del tiempo y tampoco son uniformes para las diferentes facciones del capital o del trabajo. Cuando los capitalistas o los trabajadores tienen importantes activos fijos e inmóviles en el espacio, ninguna de las partes está en una posición conveniente para utilizar el poder de la movilidad geográfica en contra de la otra. Los trabajadores manuales calificados e itinerantes de la industria del hierro en los primeros años de la revolución industrial, por ejemplo, se movían de un lado a otro de Europa y utilizaban esa capacidad de movilidad geográfica para su propio beneficio financiero. Los propietarios modernos de viviendas sobrecargados de deudas, en situaciones débiles del mercado inmobiliario y con fuertes intereses sociales para permanecer en un

medio particular son mucho más vulnerables. Mientras que algunos capitalistas son más móviles que otros, todos están obligados, de una u otra forma, a «instalarse» y, en consecuencia, muchos apenas pueden afrontar el cambio de lugar. Sin embargo, hay varias facetas relacionadas con la condición de los capitalistas, que a menudo los presionan. La acumulación les proporciona capacidad de expansión, y las opciones siempre son expandirse *in situ* o instalar una sucursal en otra parte. El estímulo en el segundo sentido se incrementa con el tiempo por los costos de congestión que se asocian a una expansión en los lugares de origen. La competencia intercapitalista y la fluidez del capital dinero con relación al espacio también imponen racionalizaciones geográficas en la localización como parte de la dinámica de acumulación. Estos procesos, con frecuencia, se ven capturados en la dinámica de la lucha de clases. Por ejemplo, Gordon (1978) registra casos de suburbanización de la industria en Nueva Inglaterra a comienzos del siglo, que tenían el propósito de eludir la fuerte organización de los trabajadores en las grandes ciudades. Más recientemente, en condiciones de intensa competencia, de cambios tecnológicos y veloces reestructuraciones, pueden citarse innumerables casos de relocalización industrial que han sido decididos teniendo en cuenta la posibilidad de contar con una mejor disciplina de la fuerza de trabajo. Un reciente informe de un consultor aconseja a los capitalistas que quieran evitar la sindicalización en los Estados Unidos fragmentar sus procesos de trabajo en componentes que empleen a no más de cincuenta trabajadores, y reinstalar las unidades, por lo menos, a doscientas millas una de otra. Las condiciones de la acumulación flexible hacen más posible la exploración de estas opciones.

Antes de la llegada de los ferrocarriles y del telégrafo, los poderes del capital y del trabajo, con relación a su capacidad para controlar el espacio, no eran radicalmente diferentes. La burguesía estaba atemorizada por la amenaza revolucionaria de ese poder. Por ejemplo, cuando los partidarios de Ludd decidieron romper máquinas en el curso de varios incidentes distintos, y los trabajadores agrícolas se dieron a la quema de cosechas y otras formas de protesta en muchos lugares diferentes en Inglaterra en 1830, la burguesía estaba dispuesta a aceptar la teoría de que personajes misteriosos como Ned Ludd o el Capitán Swing merodeaban sin ser vistos por el campo, fomentando el descontento y los sentimientos revolucionarios a su paso. La burguesía pronto aprendió a utilizar sus conexiones comerciales superiores y a controlar el espacio como un medio para instaurar el control social. En 1848, por ejemplo, la burguesía francesa utilizó sus lazos comerciales para movilizar a una milicia *petit*

bourgeoise de la Francia provincial a fin de aplastar la revolución en París (una táctica que se repetiría con efectos aún más horrendos en el aplastamiento de la Comuna de París). Un control selectivo sobre los medios de comunicación se desplegó con grandes resultados para contrarrestar el movimiento Cartista en Gran Bretaña en 1840 y para reprimir el descontento de la clase obrera en Francia después del *coup d'état* de 1851. «La suprema gloria de Napoleón III», escribió Baudelaire, «habrá sido demostrar que cualquiera puede gobernar una gran nación apenas consigue controlar el telégrafo y la prensa nacional».

Por su parte, el movimiento de la clase obrera hizo acopio de intuiciones semejantes. No sólo la Primera Internacional trató de unir a los trabajadores de muchas partes e industrias diferentes, con diferentes relaciones sociales, en una causa común, sino que además, en la década de 1860, comenzó a transferir fondos y ayuda material de un espacio a otro de la lucha de clases. Si la burguesía podía controlar el espacio para sus fines de clase, el movimiento de los trabajadores podía hacer lo mismo. Y en la medida en que la Primera Internacional parecía ejercer un poder genuino, la burguesía tenía razón en temerle (como en verdad ocurría) así como décadas antes había temido a la misteriosa presencia del Capitán Swing. La capacidad para unir a los trabajadores en una acción común a través del espacio siempre había sido una variable importante de la lucha de clases. Hasta cierto punto, quizá Marx pensaba que el hacinamiento de los trabajadores en las fábricas y las ciudades del capitalismo industrial constituiría por sí solo una base de poder geopolítico suficiente para la acción de clases. Pero todo el impulso de geopolítica de la Primera Internacional era ampliar esa base en forma tan sistemática como fuera posible.

Es ciertamente extraño que la acción de clase no haya tenido que enfrentar sus límites geográficos específicos. Por ejemplo, durante la larga huelga minera que se desarrolló en Gran Bretaña en 1984, los llamados «piquetes volantes» que se desplazaban rápidamente de un pozo a otro constituyeron un serio problema para los poderes del Estado, que tuvieron que idear tácticas en respuesta. Los decretos para desautorizar la acción industrial secundaria y los piquetes volantes estaban destinados a reducir el poder de la clase obrera sobre el espacio y a debilitar el potencial para una acción de clase coherente al confinarla a un lugar.

El aplastamiento de la Comuna de París y la huelga ferroviaria de 1877 en los Estados Unidos demostraron muy tempranamente que la superioridad en el gobierno del espacio pertenecería a la burguesía. Sin embargo, el movimiento obrero persistió en su perspecti-

va internacionalista (aunque, en realidad, con una organización débil) hasta la Primera Guerra Mundial, cuando la Segunda Internacional se dividió, sobre todo por la cuestión de la lealtad a los intereses de la nación (espacio) *versus* la lealtad a los intereses de clase (histórica). El triunfo de la primera variante significó que los trabajadores luchaban a ambos lados de lo que la mayoría reconocía como una guerra entre capitalistas, pero dio comienzo a una fase de la historia del movimiento obrero en la cual los intereses proletarios siempre terminaron, más allá de la retórica, sirviendo a los intereses nacionales.

En realidad, los movimientos de la clase obrera en general son más eficaces para organizarse internamente y dominar el *lugar*, que para controlar el *espacio*. Las diversas revoluciones que estallaron en París en el siglo XIX fracasaron por la incapacidad de consolidar un poder nacional por medio de una estrategia espacial que estableciera un mando sobre el espacio nacional. También son ejemplos de lo mismo movimientos como la huelga general de Seattle de 1918 (en que los trabajadores efectivamente tomaron el control de la ciudad durante casi una semana), el levantamiento de San Petersburgo en 1905, junto con una larga y minuciosa historia de socialismo municipal y de organización comunitaria en torno de la acción huelguística (como la huelga de Flint de 1933), o las sublevaciones urbanas en los Estados Unidos de la década de 1960. Por otra parte, las manifestaciones revolucionarias simultáneas en diferentes lugares, como en 1848 o 1968, provocan temor en cualquier clase gobernante, precisamente porque cuestionan su superioridad en el control sobre el espacio. Es en esos momentos cuando el capitalismo levanta el fantasma de la conspiración internacional, profundamente ofensivo para los intereses nacionales, y a menudo invoca el poder de estos para preservar su capacidad de control sobre el espacio.

Aun más interesante es la respuesta política a este poder latente de la movilización revolucionaria y obrera en el lugar. Una de las tareas principales del Estado capitalista es localizar el poder en los espacios controlados por la burguesía y desautorizar aquellos espacios sobre los cuales los movimientos de oposición pueden ejercer un mayor poder. Este fue el principio que llevó en Francia a rechazar el auto-gobierno de París hasta que el *embourgeoisement* de la ciudad hizo que se convirtiera en un feudo para la política de derecha de Chirac. Esta fue la misma estrategia que gobernó la abolición por parte de Thatcher de los gobiernos metropolitanos como el Greater London Council (dominado por una izquierda marxista en el período entre 1981 y 1985). Se manifestó además en la lenta erosión de los poderes municipales y urbanos en los Estados Unidos durante la

«era progresista», cuando el socialismo municipal aparecía como una posibilidad real, y que hizo que la federalización de los poderes estatales fuera más aceptable para los grandes capitalistas. Es en este contexto donde la lucha de clases asume también su rol global. Henri Lefebvre lo formula en estos términos:

«Hoy, más que nunca, la lucha de clases se inscribe en el espacio. Sin duda, sólo esa lucha puede evitar que el espacio abstracto asuma el control de todo el planeta y cubra todas las diferencias. Sólo la lucha de clases tiene la capacidad para diferenciar, para generar diferencias que no son intrínsecas al crecimiento económico (...) o sea, diferencias que no surgen de ese crecimiento ni son aceptables para él».

Toda la historia de la organización territorial (véase Sack, 1987), de la colonización y el imperialismo, del desarrollo geográfico desigual, de las contradicciones urbanas y rurales así como del conflicto geopolítico da testimonio de la importancia de estas luchas en la historia del capitalismo.

Si, en realidad, el espacio debe pensarse como un sistema de «contenedores» del poder social (para utilizar las imágenes de Foucault), entonces la acumulación de capital está constantemente deconstruyendo ese poder social mediante la re-configuración de sus bases geográficas. Y, al contrario, cualquier lucha por reconstituir relaciones de poder es una lucha por reorganizar sus bases espaciales. En ese sentido, podemos comprender mejor «por qué el capitalismo está reterritorializando constantemente con una mano lo que desterritorializa con la otra» (Deleuze y Guattari, 1984).

Son muchos los movimientos que se oponen a la destrucción del hogar, la comunidad, el territorio y la nación por obra del avance constante de los flujos de capital. Pero también lo son los movimientos contra las restricciones a una expresión de valor puramente monetaria y a la organización sistematizada del espacio y el tiempo. E incluso, esos movimientos se extienden mucho más allá de los ámbitos de la lucha de clases en un sentido estricto. La rígida disciplina de los cronogramas, de los derechos de propiedad rígidamente organizados y otras formas de determinación espacial genera amplias resistencias por parte de los individuos que tratan de colocarse fuera de estos límites hegemónicos, exactamente del mismo modo como otros se niegan a la disciplina del dinero. Y de tanto en tanto, estas resistencias individuales pueden consolidarse en movimientos sociales que tienen como fin liberar el espacio y el tiempo de sus materializaciones actuales y construir una especie de sociedad diferente en la que valor, tiempo y dinero aparecen bajo formas nuevas

y muy distintas. Movimientos de toda clase —religiosos, místicos, sociales, comunitarios, humanitarios, etc.— se definen directamente en función de un antagonismo respecto del poder del dinero y de las concepciones racionalizadas del espacio y el tiempo en la vida diaria. La historia de estos movimientos utópicos, religiosos y comunitarios da testimonio del vigor de este antagonismo. Sin duda, gran parte del colorido y el fermento de los movimientos sociales, de la vida y la cultura de la calle así como de las prácticas culturales y artísticas surge precisamente de la textura infinitamente variada de las oposiciones a las materializaciones de dinero, espacio y tiempo bajo la hegemonía del capitalismo.

Sin embargo, todos estos movimientos sociales, por mejor articulados que estén sus objetivos, se enfrentan a una paradoja al parecer inamovible. Porque no sólo la comunidad del dinero, junto con el espacio y el tiempo racionalizados, los define en un sentido de oposición, sino que los movimientos mismos deben enfrentarse a la cuestión del valor y su expresión, así como a la necesaria organización del espacio y el tiempo adecuados a su propia reproducción. Al hacerlo, necesariamente se abren al poder disolvente del dinero, así como a las cambiantes definiciones del espacio y el tiempo determinadas por la dinámica de la circulación del capital. En suma, el capital sigue dominando y lo hace, en parte, a través de su superioridad en el control del espacio y el tiempo, aún cuando los movimientos de oposición logren controlar un lugar particular por un tiempo. La «otredad» y las «resistencias regionales» enfatizadas por las políticas posmodernistas pueden florecer en un lugar específico. Pero con demasiada frecuencia están sujetas al poder del capital sobre la coordinación del espacio universal fragmentado y la marcha del tiempo histórico global del capitalismo, que está fuera del alcance de cualquiera de ellas en particular.

Ahora pueden extraerse una serie de conclusiones. Las prácticas espaciales y temporales nunca son neutrales en las cuestiones sociales. Siempre expresan algún tipo de contenido de clase o social y, en la mayor parte de los casos, constituyen el núcleo de intensas luchas sociales. Esto puede verse claramente cuando se consideran las formas en que el espacio y el tiempo se vinculan al dinero, y la manera en que esa conexión se hace cada vez más estricta con el desarrollo del capitalismo. Ambos, el espacio y el tiempo, se definen a través de la organización de prácticas sociales fundamentales para la producción de mercancías. Pero la fuerza dinámica de la acumulación de capital (y de la hiper-acumulación), junto con las condiciones de la lucha social, definen la inestabilidad de las relaciones. En consecuencia, nadie sabe muy bien qué podría ser «el tiempo y el lugar

adecuado para todo». Parte de la inseguridad que enloquece al capitalismo como formación social surge de esta inestabilidad de los principios espaciales y temporales alrededor de los cuales la vida social podría organizarse (para no decir ritualizarse al modo de las sociedades tradicionales). Durante las fases de máxima transformación, los fundamentos espaciales y temporales para la reproducción del orden social sufren la más severa desorganización. En los capítulos siguientes trataré de mostrar que es precisamente en esos momentos cuando se producen desplazamientos fundamentales en los sistemas de representación, en las formas culturales y en las concepciones filosóficas.

15. El tiempo y el espacio en el proyecto de la Ilustración

En lo que viene a continuación, haré un uso frecuente del concepto de «compresión espacio-temporal». Utilizo esta noción para referirme a los procesos que generan una revolución de tal magnitud en las cualidades objetivas del espacio y el tiempo que nos obligan a modificar, a veces de manera radical, nuestra representación del mundo. Empleo la palabra «compresión» porque, sin duda, la historia del capitalismo se ha caracterizado por una aceleración en el ritmo de la vida, con tal superación de barreras espaciales que el mundo a veces parece que se desploma sobre nosotros. El tiempo que lleva atravesar el espacio (lámina 3.1) y la forma en que comúnmente nos representamos este hecho (lámina 3.2) son indicadores útiles del tipo de fenómenos a los que me refiero. Cuando el espacio parece reducirse a una «aldea global» de telecomunicaciones y a una «tierra astronave» con interdependencias económicas y ecológicas —para usar sólo dos imágenes familiares y cotidianas—, y cuando los horizontes temporales se acortan hasta el punto de convertir al presente en lo único que hay (el mundo del esquizofrénico), debemos aprender a tratar con un sentido abrumador de *compresión* de nuestros mundos espaciales y temporales.

La experiencia de una compresión espacio-temporal es exigente, perturbadora y, a veces, profundamente subversiva y capaz de suscitar en consecuencia una gran diversidad de reacciones sociales, culturales y políticas. La «compresión» se debería entender relativa a un estado de cosas precedente. En lo que sigue consideraré el tema desde el punto de vista histórico, y usaré como ejemplo (de manera algo etnocéntrica) el caso europeo. En este capítulo trataré de analizar brevemente la larga transición que preparó el camino para la reflexión sobre el espacio y el tiempo de la Ilustración.

En los mundos relativamente aislados (y uso el plural de manera premeditada) del feudalismo europeo, el lugar adquiría un significado legal, político y social definido que ponía de manifiesto una relativa autonomía de las relaciones sociales y de la comunidad dentro de confines territoriales no muy claramente determinados. Dentro de cada mundo conocido, la organización espacial reflejaba una con-

fusa superposición de obligaciones y derechos económicos, políticos y legales. El espacio circundante se apresaba de manera confusa y

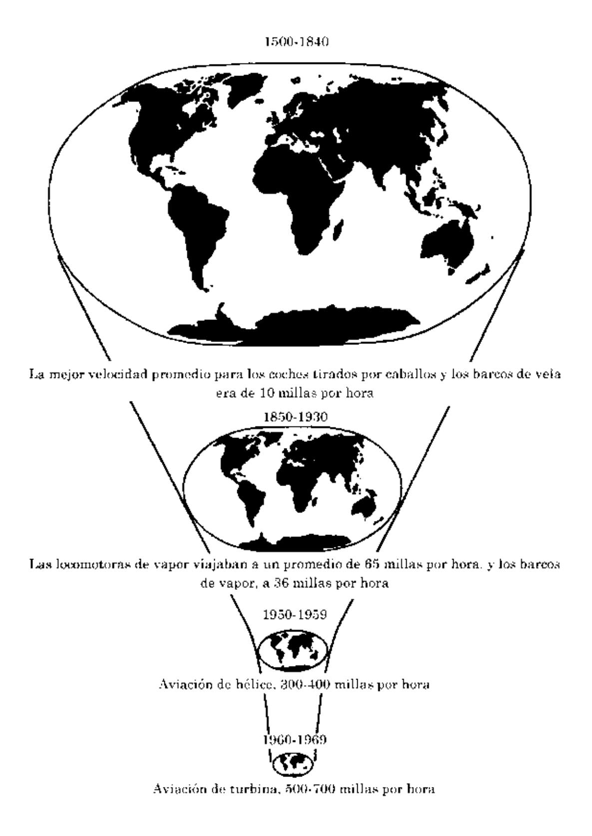


Lámina 3.1 *El mapamundi se empequeñece con las innovaciones del transporte que «anulan espacio con tiempo».*

además remitía a una cosmología misteriosa poblada por alguna autoridad exterior, se tratara de huéspedes celestiales o de personajes más siniestros del mito y la imaginación. Las cualidades finitas concentradas en el lugar (un complejo territorio de interdependencia, obligación, vigilancia y control) respaldaban las rutinas tradicionales de la vida cotidiana instauradas en la infinitud e incognoscibilidad del «tiempo duradero» (para utilizar el término de Gurvitch). El parroquialismo y la superstición medievales se correspondían con una aproximación «psico-fisiológica fácil y hedonista» de la representación espacial. El artista medieval «creía que podía dar cuenta de aquello que tenía ante sus ojos de una manera convincente con la representación de lo que se sentía al caminar libremente y

experimentar estructuras, de una manera casi táctil, desde diferentes ángulos y no desde una posición única y privilegiada» (Edger-

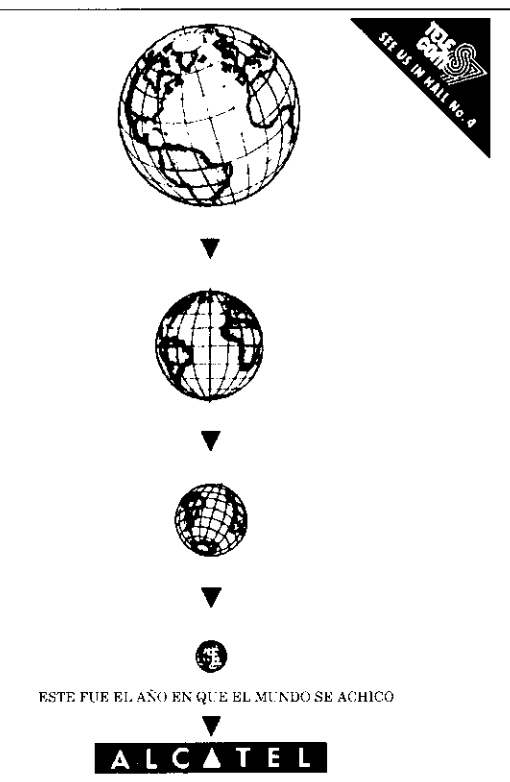
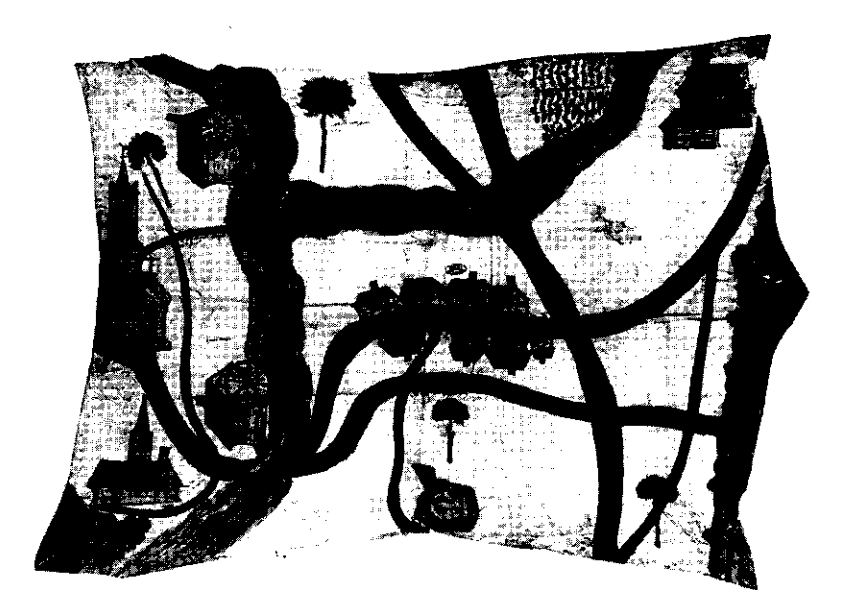


Lámina 3.2 *Un anuncio de Alcatel de 1987 muestra una imagen popular del globo que empequeñece.*

ton, 1976). Resulta interesante observar cómo el arte y la cartografía medievales parecen coincidir con la sensibilidad descripta en las «historias espaciales» (véase la lámina 3.3) de De Certeau.

Por supuesto, había fuerzas desorganizadoras en este mundo feudal: conflictos de clase, disputas por derechos, inestabilidades ecológicas y presiones poblacionales, conflictos doctrinarios, invasiones sarracenas y cruzadas, etc. Sobre todo, el progreso de la monetización (con su efecto desestructurante sobre la comunidad tradicional) y del intercambio de bienes, entre comunidades en primer lugar pero después a través de formas más independientes del comercio, sugiere una concepción completamente distinta del

tiempo y el espacio (véase *supra*, págs. 252-4) que aquella que dominaba en el orden feudal.



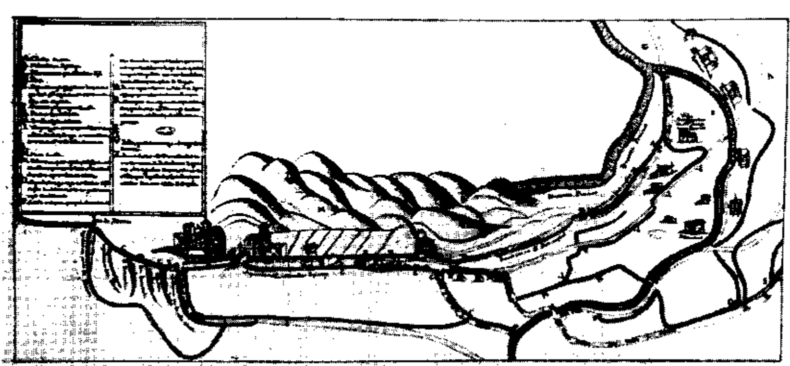


Lámina 3.3 *La tradición de los mapas medievales pone de relieve las cualidades sensibles sobre las racionales y objetivas del orden espacial. (Arriba:) Carta de los diezmos de Champeaux, del siglo XV. (Abajo:) Vista de Cavaillon y sus alrededores, del siglo XVII.*

Sin embargo, el Renacimiento asistió a una reconstrucción radical de las perspectivas del tiempo y el espacio en el mundo Occidental. Desde un punto de vista etnocéntrico, los viajes de descubrimiento dieron lugar a un asombroso flujo de conocimientos sobre un mundo más vasto que, de una u otra forma, debía ser reconocido y

representado. Mostraron que el globo era finito y cognoscible en potencia. En una sociedad cada vez más consciente del lucro, el conocimiento geográfico se convirtió en una valiosa mercancía. La acumulación de riqueza, de poder y capital se vinculó a un conocimiento personalizado del espacio y un control individual sobre este. Por esa misma razón, cada lugar se volvió vulnerable a la influencia directa de ese mundo más vasto a través del comercio, la competencia intraterritorial, la acción militar, la circulación de nuevas mercancías, de la moneda, etc. Pero en virtud del desarrollo gradual de los procesos que la conformaron, la revolución en las concepciones sobre el espacio y el tiempo se desplegó lentamente.

A mediados del siglo XV, en Florencia, Brunelleschi y Alberti concibieron reglas fundamentales de la perspectiva: ellas rompían radicalmente con las prácticas del arte y la arquitectura medievales, y dominarían hasta comienzos del siglo XX. Este fue un logro fundamental del Renacimiento, que modeló formas de ver durante cuatro siglos. El punto de vista fijado por los mapas y pinturas con perspectiva «es elevado y distante, y cae completamente fuera del alcance plástico o sensorial». Genera un sentido del espacio «fríamente geométrico» y «sistemático» que, sin embargo, proporciona «un sentido de armonía con la ley natural, y así pone de relieve la responsabilidad moral del hombre dentro del universo geométricamente ordenado por Dios (Edgerton, 1976, pág. 114). La concepción de un espacio inifinito permitía apresar el globo como una totalidad finita sin poner en cuestión, al menos en teoría, la sabiduría infinita de la divinidad. «Un espacio infinito está dotado de una cualidad infinita», escribió Giordano Bruno hacia fines del Renacimiento, «y en la cualidad infinita se celebra el acto infinito de la existencia» (citado en Kostof, 1985, pág. 537). También el cronómetro, que otorgó fuerza y dimensión a la idea de la flecha del tiempo, se volvió teóricamente compatible con la infinita sabiduría de Dios al atribuir al tiempo cualidades infinitas análogas a las que se asignaban al espacio. La atribución era de inmensa importancia. Significaba que la idea de tiempo como «devenir» —un sentido muy humano del tiempo que también está contenido en la idea de la flecha del tiempo— se divorciaba del sentido analítico y «científico» del tiempo, sustentado en una concepción del infinito preferida (aunque no por las autoridades de Roma) por razones sobre todo religiosas. En el Renacimiento, las acepciones científicas y presuntamente reales del tiempo y el espacio se separaron de las concepciones más fluidas que podrían surgir de manera experimental.

En la práctica, las concepciones de Giordano Bruno, que prefiguraron las de Galileo y Newton, eran tan panteístas que Roma lo

condenó a la hoguera por constituir una amenaza a la autoridad centralizada y al dogma. Con esto, la Iglesia reconocía que el tiempo y el espacio infinitos suponían un desafío a los sistemas jerárquicos de autoridad y poder fundados en un lugar específico (Roma).

El perspectivismo concibe el mundo desde el punto de vista del «ojo que ve» del individuo. Otorga importancia a la óptica y a la capacidad del individuo para representar lo que ve en un sentido «verídico», comparado con las verdades superpuestas de la mitología o la religión. La vinculación entre individualismo y perspectivismo es importante, ya que proporciona una fundamentación material efectiva para los principios de racionalidad cartesianos que fueron integrados al proyecto de la Ilustración. Señala una ruptura en la práctica artística y arquitectónica, que desde las tradiciones artesanas y vernaculares se desplazó hacia la actividad intelectual y el «aura» del artista, del científico o del empresario como individuo creador. También hay pruebas que permiten conectar la formulación de las reglas perspectivistas con las prácticas racionalizadoras que surgen en el comercio, la banca, la teneduría de libros, la industria y la producción agrícola bajo administración fundiaria centralizada (Kostof, 1985, págs. 403-10).

La historia de los mapas del Renacimiento, que adquirieron cualidades de objetividad, factibilidad y funcionalidad enteramente nuevas, resulta especialmente reveladora (véase la lámina 3.4). La objetividad en la representación espacial se convirtió en un atributo valioso porque la exactitud en la navegación, la determinación de los derechos de propiedad sobre la tierra (opuestos al confuso sistema de los derechos y obligaciones legales característico del feudalismo), las fronteras políticas, los derechos de tránsito y de transporte, etc., asumieron un carácter económica y políticamente perentorio. Por supuesto, muchas representaciones cartográficas con propósitos específicos, como las cartas de navegación utilizadas por los marinos y los mapas de fincas utilizados por los propietarios de la tierra, ya existían, pero la importación del mapa ptolemaico de Alejandría a Florencia hacia 1400 parece haber desempeñado un rol crucial en el descubrimiento y uso del perspectivismo en el Renacimiento:

«Las cartas de navegación no proporcionaban un marco geométrico para abarcar el mundo entero. La grilla ptolemaica, por su parte, planteaba una unidad matemática inmediata. Los lugares más distantes podían fijarse de un modo preciso en sus relaciones mutuas mediante las coordenadas inmutables, de modo que su distancia proporcional, así como sus relaciones direccionales, fueran eviden-

tes (. . .) El sistema ptolemaico les proporcionó a los florentinos una herramienta cartográfica perfecta, extensible para reunir, compa-

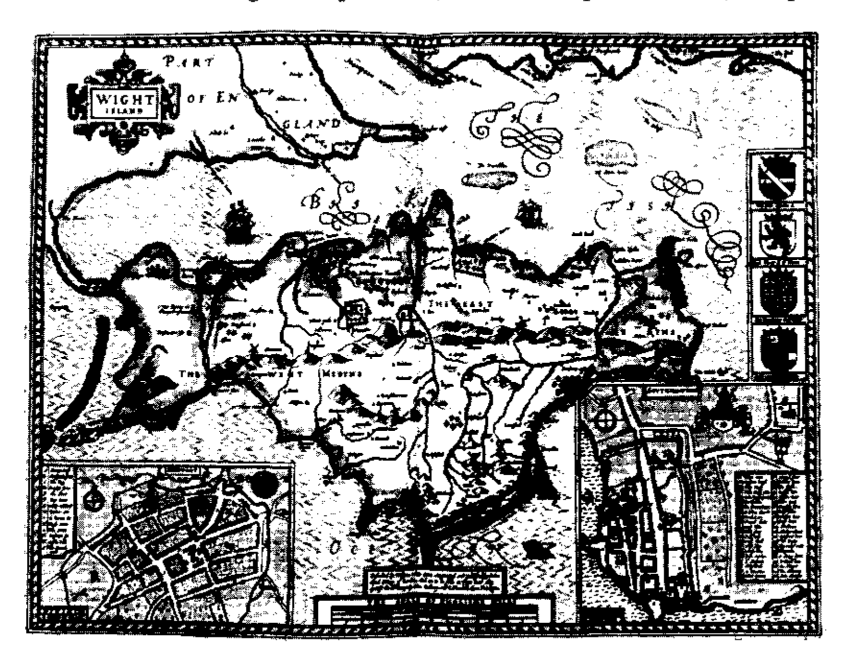


Lámina 3.4 *El ordenamiento racional del espacio en los mapas renacentistas de Inglaterra desempeñó un papel importante para afirmar la posición de los individuos con relación al territorio: mapa de la Isla de Wight de John Speed, 1616.*

rar y corregir el conocimiento geográfico. Sobre todo, proporcionó a la geografía los mismos principios estéticos de la armonía geométrica que los florentinos exigían de todo su arte» (Edgerton, 1976).

El nexo con el perspectivismo reside en lo siguiente: que al diseñar la grilla en la que coloca los lugares, Ptolomeo había imaginado cómo se aparecería el globo, en tanto conjunto, al ojo humano que lo miraba desde afuera. De allí surgen una serie de implicaciones. La primera es una capacidad para ver el globo como una totalidad cognoscible. Como dijo el propio Ptolomeo, «el objetivo de la corografía es tratar por separado con una parte del todo», mientras que «la tarea del geógrafo es examinar el conjunto en sus justas proporciones». La geografía más que la corografía fue una misión del Renacimiento. Una segunda implicación es que los principios matemáticos podían aplicarse, como en la óptica, a todo el problema de la representación del globo sobre una superficie plana. En consecuencia, era como si el espacio, aunque infinito, pudiera ser conquistado y conte-

nido por la acción y la ocupación humana. Podía ser apropiado por la imaginación de acuerdo con principios matemáticos. Y fue precisamente en este contexto donde se produjo la revolución en la filosofía natural, desde Copérnico hasta Galileo y, por último, hasta Newton, que Koyré (1957) describió en forma tan brillante.

El perspectivismo tuvo repercusiones en todos los aspectos de la vida social y en todos los campos de representación. Por ejemplo, en arquitectura, las estructuras góticas «ideadas a partir de enigmáticas fórmulas geométricas celosamente protegidas por la logia» dieron paso a una construcción concebida «sobre un plano unitario trazado a medida» (Kostof, 1985, pág. 405). Esta forma de pensar admitía extenderse hasta abarcar la planificación y construcción de ciudades enteras (como Ferrara) según un plano unitario semejante. El perspectivismo podía asumir innumerables formas; por ejemplo, en la arquitectura barroca del siglo XVII, que expresaba «una fascinación común por la idea del infinito, del movimiento y la fuerza, y por la unidad abarcadora aunque expansiva de las cosas». Si bien era religiosa en su propósito, esa arquitectura habría sido «impensable en épocas anteriores más simples, antes de la geometría proyectiva, el cálculo, los relojes de precisión y la óptica newtoniana» (Kostof, 1985, pág. 523). La arquitectura barroca y las fugas de Bach son expresivas de estas concepciones del espacio y el tiempo infinitos que la ciencia posterior al Renacimiento elaboró con tanto celo. De igual modo, la extraordinaria fuerza de las imágenes espaciales y temporales de la literatura inglesa del Renacimiento da testimonio del impacto de este nuevo sentido del espacio y del tiempo en las modalidades literarias de la representación. En el lenguaje de Shakespeare, o de poetas como John Donne y Andrew Marvell, abunda este tipo de imagen. Más aun, resulta interesante advertir que la imagen del mundo como un teatro («todo el mundo es un escenario» realizado en un teatro llamado «The Globe») tenía sus paralelos en los títulos habituales de los atlas y mapas (como el de John Speed, *Theatre of the Empire of Great Britain*, y el atlas francés, *Théâtre français* de 1594). A esto pronto siguió la construcción de paisajes (tanto rurales como urbanos) según los principios del diseño teatral.

Si las experiencias espaciales y temporales son los vehículos fundamentales para la codificación y reproducción de las relaciones sociales (como lo sugiere Bourdieu), un cambio en la forma en que se representan las primeras generará, sin duda, algún tipo de transformación en las segundas. Este principio explica en parte el apoyo que los mapas renacentistas de Inglaterra proporcionaron al individualismo, al nacionalismo y a la democracia parlamentaria a expen-

sas del privilegio dinástico (véase la lámina 3.5). Pero, como dice Helgerson, los mapas también podían funcionar fácilmente «como



Lámina 3.5 *La dinastía* versus *el mapa: el Retrato Ditchley de la* Reina Isabel *que realza el poder de la dinastía sobre el individuo y la nación tal como los representa el mapa renacentista.*

un apoyo claro al régimen monárquico fuertemente centralizado», aunque Felipe II de España considerara a sus mapas lo suficientemente subversivos para conservarlos bajo llave como un secreto de Estado. Los planos de Colbert para una integración espacial racional del Estado nacional francés (y orientados por lo tanto al fortalecimiento del comercio y a la eficacia administrativa) son característicos del despliegue de «fría racionalidad» de los mapas utilizados con fines instrumentales en apoyo de un poder estatal centralizado. Después de todo, fue Colbert, en la época del Absolutismo en Francia, el que estimuló a la Academia de Ciencias (erigida en 1666) y al primero de la gran familia de diseñadores de mapas, Jean Dominique Cassini, a producir un mapa coherente y bien ordenado de Francia.

En varios aspectos, la revolución renacentista que se operó en los conceptos de espacio y de tiempo instauró los cimientos conceptuales para el proyecto de la Ilustración. Aquella que ahora muchos consideran como la primera gran vertiente del pensamiento modernista consideró el dominio de la naturaleza como una condición necesaria para la emancipación humana. Si se tiene en cuenta que el espacio es un «hecho» de la naturaleza, la conquista y el ordenamiento racional del espacio se convirtieron en una parte integrante del proyecto de modernización. La diferencia en este caso consistía en que el espacio y el tiempo tenían que organizarse, no ya para reflejar la gloria de Dios, sino para celebrar y facilitar la liberación del «Hombre» como individuo libre y activo, dotado de conciencia y voluntad. De acuerdo con esta imagen emergería un nuevo paisaje. Las enmarañadas perspectivas y los campos de fuerza construidos para la gloria de Dios en la arquitectura barroca debían dar lugar a las estructuras racionalizadas de un arquitecto como Boulée, cuyo proyecto (véase la lámina 3.6) de cenotafio dedicado a Isaac Newton constituye una pieza visionaria del modernismo. Hay una continuidad de pensamiento entre la preocupación de Voltaire por la planificación de la ciudad racional, la concepción de los capitales asociados de Saint-Simon que unían la tierra a través de vastas inversiones en transporte y comunicaciones, y la invocación heroica de Goethe en Fausto —«concédanme espacios abiertos para que muchos millones / vivan en ellos, aunque no seguros, pero activos y libres»— y la realización exacta de estos proyectos como parte del proceso de modernización capitalista en el siglo XIX. También los pensadores de la Ilustración se propusieron gobernar el futuro a través de los poderes de la predicción científica, la ingeniería social y la planificación racional, y la institucionalización de sistemas racionales de regulación y control social. En realidad, ellos se apropiaron de

las concepciones del espacio y del tiempo del Renacimiento y las llevaron hasta el límite en el intento de construir una nueva so-

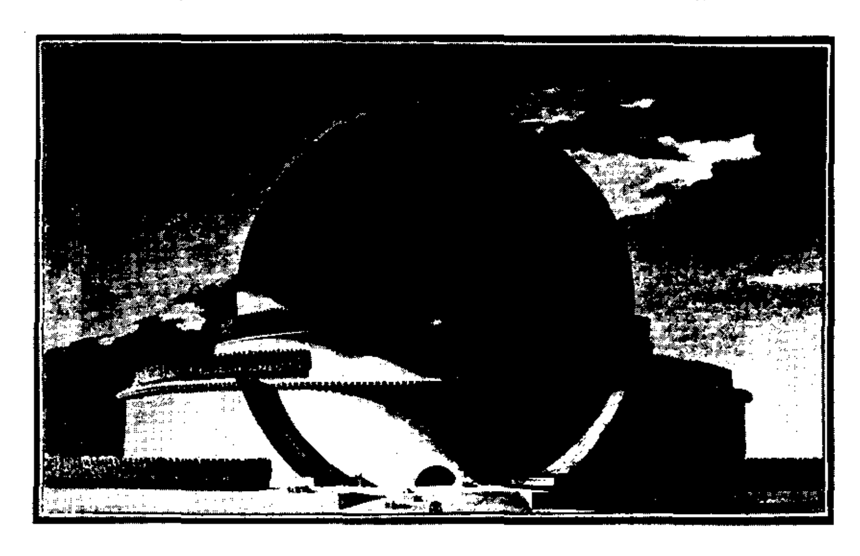


Lámina 3.6 *El diseño de Cenotafio dedicado a Newton de Boulée en el siglo XVIII anticipó la concepción de un espacio racional y ordenado que el modernismo adoptaría después.*

ciedad más democrática, más saludable y más opulenta. Los mapas precisos y los cronómetros eran herramientas esenciales para la organización del futuro en la perspectiva del Renacimiento.

Los mapas, despojados de todos los elementos de la fantasía y de la creencia religiosa, así como de toda huella de las experiencias comprometidas en su producción, se habían convertido en sistemas abstractos y estrictamente funcionales para el ordenamiento fáctico de los fenómenos en el espacio. La ciencia del diseño de mapas, y las técnicas de medición catastrales, los convirtieron en descripciones matemáticamente rigurosas. Ellos definían los derechos de propiedad de la tierra, las fronteras territoriales, los dominios de la administración y del control social, las rutas de comunicación, etc., con creciente precisión. También permitían que la población de la Tierra, por primera vez en la historia humana, se ubicara dentro de un marco espacial único (véase la lámina 3.7). La grilla que proporcionaba el sistema ptolemaico como medio para absorber el ingreso de la nueva información había sido corregida y mejorada de modo que una extensa línea de pensadores, de Montesquieu a Rousseau, pudieron comenzar a especular sobre los principios materiales y racionales que acaso ordenaban la distribución de las poblaciones, las

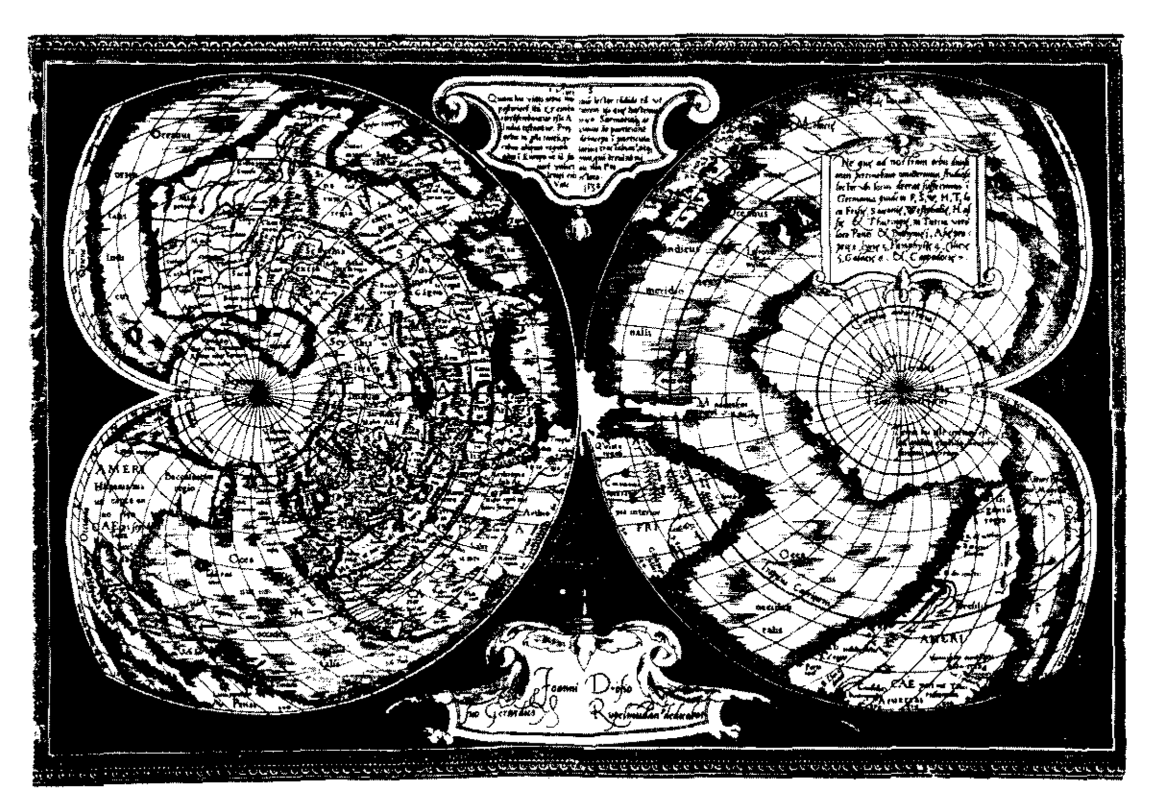


Lámina 3.7 *Mercator completó la ambición ptolemaica y produjo mapamundis, como este de 1538, que representaron con precisión cada vez mayor las relaciones espaciales físicas entre todos los lugares de la superficie del globo.*

formas de vida y los sistemas políticos sobre la superficie del globo. Fue dentro de los confines de esta visión totalizadora del globo como pudieron surgir y hasta florecer el determinismo ambiental y cierta concepción de la «otredad». La diversidad de pueblos podía apreciarse y analizarse en la seguridad de que su «lugar» en el orden espacial era conocido con claridad. Exactamente de la misma forma en que los pensadores de la Ilustración creían que la traducción de una lengua en otra siempre era posible sin destruir la integridad de ninguna de las dos lenguas, la visión totalizante del mapa dio lugar a la construcción de un fuerte sentido de las identidades nacionales, locales y personales en medio de las diferencias geográficas. ¿Acaso estas últimas no eran totalmente compatibles con la división del trabajo, el comercio y otras formas de intercambio? ¿Y no eran explicables también en función de las diferentes condiciones ambientales? No me propongo idealizar las cualidades del pensamiento resultantes. Las explicaciones ambientalistas de la diferencia, formuladas por Montesquieu y Rousseau, no parecen demasiado ilustradas, mientras que el sórdido comercio de esclavos y el sometimiento de las mujeres fue admitido sin un murmullo de queja por parte de los pensadores de la Ilustración. Sin embargo, deseo insistir en que el problema, con relación al pensamiento de la Ilustración, no consistía en que *careciera de* una concepción «del otro», sino en que percibía «al otro» como al que tenía necesariamente un *lugar* específico (y aun como aquel al que ese lugar «le correspondía») en el orden espacial, concebido de manera etnocéntrica como homogéneo y absoluto.

El registro del tiempo con el cronómetro no tuvo implicaciones menos totalizantes para el pensamiento y la acción. Considerada cada vez más como una división mecánica fijada por la oscilación del péndulo, la flecha del tiempo era concebida como lineal, hacia adelante y también hacia atrás. La concepción del pasado y del futuro conectados linealmente por el tictac del reloj dio lugar al florecimiento de toda clase de concepciones científicas e históricas. En este tipo de esquema temporal era posible ver la retrodicción y la predicción como proposiciones simétricas y formular un fuerte sentido de potencialidad para controlar el futuro. Y si bien hicieron falta muchos años para que se aceptaran las escalas temporales geológica y evolutiva, en cierto sentido estas escalas ya estaban implícitas en la aceptación misma del cronómetro como forma de medir el tiempo. Quizás aun más importante sea la significación de esta concepción del tiempo homogéneo y universal con respecto a las nociones de la tasa de ganancia (el retorno sobre el activo de capital en la unidad de tiempo, según Adam Smith), los tipos de interés, el salario por horas y otras magnitudes fundamentales para la toma de de-

cisiones capitalistas. Todo esto equivale a decir algo que hoy se acepta fácilmente, y es que el pensamiento de la Ilustración operaba dentro de los límites de una visión «newtoniana» algo mecánica del universo, en la cual los presuntos absolutos del tiempo y el espacio homogéneo formaban los recipientes que limitaban el pensamiento y la acción. La ruptura de estas concepciones absolutas bajo la presión de la compresión espacio-temporal fue esencialmente la historia del nacimiento de las formas modernistas de los siglos XIX y XX.

Sin embargo, me parece útil iluminar el camino para comprender la ruptura operada en las formas de ver modernistas después de 1848 con una evaluación de las tensiones que caracterizaban a las concepciones del espacio de la Ilustración. Los dilemas teóricos, prácticos y de representación también resultan instructivos para interpretar el movimiento hacia el posmodernismo.

Consideremos, como punto de partida, la crítica contemporánea del mapa como «recurso totalizante» de De Certeau. La aplicación de principios matemáticos produce «un conjunto formal de lugares abstractos» y «confronta lugares heterogéneos en el mismo plano, algunos recibidos de la tradición y otros producidos por la observación». En efecto, el mapa es una homogeneización y reificación de la rica diversidad de itinerarios espaciales e historias espaciales. «Elimina poco a poco» todas las huellas de «las prácticas que lo producen». Mientras que las cualidades táctiles del mapa medieval preservaban esas huellas, los mapas matemáticamente rigurosos de la Ilustración tenían cualidades muy diferentes. Los argumentos de Bourdieu también son pertinentes. En la medida en que cualquier sistema de representación es, en sí mismo, una construcción espacial fija, automáticamente convierte en un esquema fijo a los espacios y al tiempo de trabajo y de reproducción social fluidos, confusos y, a pesar de todo, objetivos. «Del mismo modo que el mapa reemplaza al espacio deshilvanado y discontinuo de los senderos prácticos por el espacio homogéneo y continuo de la geometría, el calendario sustituye el tiempo práctico, constituido por islas de duración inconmensurable de las que cada una tiene su propio ritmo, por un tiempo lineal, homogéneo, continuo». El analista, prosigue Bourdieu, puede obtener «el privilegio de la totalización» y asegurar «los medios para aprehender la lógica del sistema, que una perspectiva parcial o discreta no podría captar» pero también es «probable que no advierta el cambio de estatuto al que él somete la práctica y su producto», y por lo tanto «insista en tratar de responder a interrogantes que no son ni pueden ser cuestiones para la práctica». Al tratar como reales ciertas concepciones idealizadas del espacio y del tiempo, los pensadores de la Ilustración corrieron el riesgo de confi-

nar el libre flujo de la experiencia y la práctica humanas a las configuraciones racionalizadas. Es en estos términos donde Foucault detecta el giro represivo de las prácticas de la Ilustración con respecto a la vigilancia y el control.

Esto permite entender la crítica «posmodernista» a las «cualidades totalizantes» del pensamiento de la Ilustración y a la «tiranía» del perspectivismo. También ilumina un problema recurrente. Si la vida social debe planificarse y controlarse racionalmente a fin de promover la igualdad social y el bienestar para todos, ¿cómo pueden planificarse y organizarse en forma eficiente la producción, el consumo y la interacción social si no es a través de la incorporación de las abstracciones ideales del espacio y el tiempo tal como surgen en el mapa, el cronómetro y el calendario? Más allá de esto, hay otro problema. Si el perspectivismo, con todo su rigor matemático, construye el mundo desde un punto de vista individual determinado, entonces, ¿a partir de qué perspectiva debe conformarse el paisaje físico? El arquitecto, el diseñador, el urbanista no pudieron preservar el sentido táctil de las representaciones medievales. Aun cuando no esté dominado directamente por los intereses de clase, el productor del espacio sólo podía producir «arte ajeno» desde el punto de vista de sus habitantes. Y si la planificación social del alto modernismo reincorporaba aquellos elementos a sus aplicaciones prácticas, igualmente seguía siendo acusada de la «visión totalizante» del espacio y el tiempo de la cual el pensamiento de la Ilustración era heredero. Las unidades matemáticas determinadas por el perspectivismo del Renacimiento, desde este punto de vista, podían ser consideradas tan totalizantes y represivas como los mapas.

Se me permitirá seguir un poco más en esta línea de argumentación a fin de capturar el dilema central de la definición de un marco espacial adecuado para la acción social.

Por ejemplo, la conquista y el control del espacio requieren, en primer lugar, que este sea concebido como algo utilizable, maleable y, por lo tanto, susceptible de ser dominado a través de la acción humana. El perspectivismo y el trazado matemático de los mapas lo consiguieron con una concepción abstracta, homogénea y universal del espacio, un marco de pensamiento y acción que resultaba estable y discernible. La geometría euclidiana proporcionó el lenguaje básico del discurso. Por su parte, los constructores, ingenieros, arquitectos y administradores de tierras demostraron que las representaciones euclidianas del espacio objetivo podían convertirse en un paisaje físico espacialmente ordenado. Mercaderes y terratenientes utilizaron estas prácticas para sus propios fines de clase, mientras que el Estado absolutista (con su preocupación por los impuestos a

la tierra y la definición de su propio campo de dominación y control social) usufructuaba de la capacidad para definir y producir espacios con coordenadas espaciales fijas. Pero estas constituían islas de práctica en un mar de actividades sociales en las que podían seguir funcionando, sin ser perturbadas, toda clase de concepciones diferentes sobre el espacio y el lugar: sagradas y profanas, simbólicas, personales, animistas. Hizo falta algo más para consolidar en la práctica social el uso real del espacio en tanto universal, homogéneo, objetivo y abstracto. A pesar de la plétora de proyectos utópicos, ese «algo más», que pasó a ser dominante, fue la propiedad privada de la tierra y la compra y venta del espacio como mercancía.

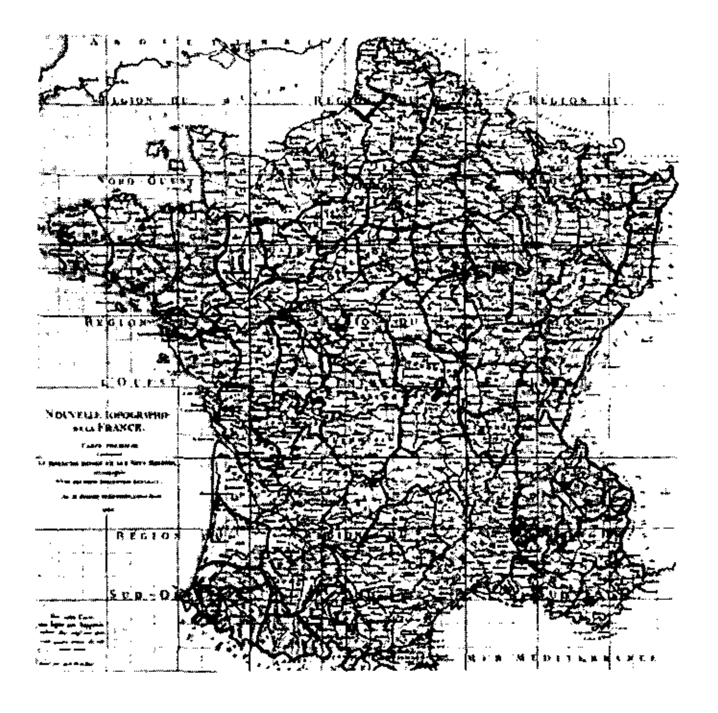
Esto nos lleva al corazón de los dilemas de las políticas del espacio, en cualquier proyecto de transformación de la sociedad. Por ejemplo, Lefebvre (1974, pág. 385) observa que una de las formas en que puede alcanzarse la homogeneidad del espacio es a través de su total «pulverización» y fragmentación en parcelas libremente enajenables de propiedad privada, que puedan ser compradas y vendidas a voluntad en el mercado. Desde luego, esta fue la estrategia que transformó tan radicalmente el paisaje británico a través de los movimientos de cercado del siglo XVIII y principios del XIX, que presuponían la existencia de mapas trazados sistemáticamente. Hay una permanente tensión, indica Lefebvre, entre la libre apropiación del espacio para fines individuales y sociales, y el dominio del espacio por la propiedad privada, el Estado y otras formas de poder social y de clase. De la propuesta de Lefebvre podemos extraer cinco dilemas explícitos:

1. Si es cierto que la única forma de controlar y organizar el espacio es a través de su «pulverización» y fragmentación, nos corresponde establecer los principios de esa fragmentación. Si el espacio, tal como lo concibe Foucault, es siempre un continente del poder social, entonces la reorganización del espacio es siempre una reorganización del marco de trabajo a través del cual se expresa el poder social. Los teóricos de la economía política de la Ilustración debatieron este problema de manera bastante explícita, siguiendo las doctrinas opuestas del mercantilismo (según sus tesis, el Estado era la unidad geográfica básica en torno de la cual debía formularse la política espacial) y el liberalismo (sostenía que lo más importante eran los derechos de la propiedad privada individual). Turgot, ministro de Estado francés y eminente economista, con una formación fisiocrática y liberal, encargó el relevamiento catastral exacto de gran parte de Francia, precisamente porque su propósito era sustentar las relaciones de la propiedad privada, distribuir el poder económico y polí-

tico, y facilitar la libre circulación de mercancías dentro y fuera de Francia. Por otra parte, Colbert, anteriormente, había tratado de organizar la concentración del espacio francés en París, la capital, porque su interés era apoyar al Estado absoluto y al poder monárquico. Ambos acentuaron la importancia de la base fiscal del poder del Estado, pero concibieron políticas espaciales muy diferentes para realizar ese objetivo porque atendían a relaciones de poder muy diferentes entre la propiedad privada y el Estado (Dockès, 1969).

2. Los pensadores de la Ilustración empezaron a darse cuenta de que todo el problema de «la producción del espacio» era un fenómeno político y económico. La producción de caminos carreteros, canales, sistemas de comunicación y administración, desmonte de tierras y cuestiones semejantes planteaba con claridad el problema de la producción de un espacio para el transporte y las comunicaciones. Después de todo, cualquier modificación en las relaciones espaciales forjada por estas inversiones afectaba la rentabilidad de la actividad económica de una manera desigual, y por lo tanto inducía una redistribución de la riqueza y del poder. Cualquier intento de democratizar y distribuir el poder político también suponía cierto tipo de estrategia espacial. Una de las primeras iniciativas de la Revolución Francesa fue concebir un sistema racional de administración a través de una división eminentemente racional e igualitaria del espacio nacional francés en «departamentos» (véase la lámina 3.8). Quizás el ejemplo más claro de esta política sea el diseño del sistema de colonización y la grilla espacial para la ocupación de la tierra en los Estados Unidos (producto del pensamiento democrático de Jefferson y de la Ilustración). En los Estados Unidos se entendía (y en ciertos aspectos así era de hecho) que la pulverización y fragmentación del espacio según líneas racionalistas implicaba la máxima libertad de movimiento individual para migrar y establecerse en forma más o menos igualitaria de acuerdo con el espíritu de una democracia agraria y propietaria. En definitiva, la concepción de Jefferson fue subvertida, pero por lo menos hasta la Guerra Civil conservó en la práctica un contenido de verdad suficiente para otorgar cierta credibilidad a la idea de que los Estados Unidos, precisamente por su organización espacial abierta, era la tierra donde podían realizarse los proyectos utópicos de la Ilustración.

3. No puede haber una política del espacio independiente de las relaciones sociales. Estas últimas otorgan a la primera su contenido y su significado social. Esta fue la piedra angular sobre la cual se fundaron innumerables proyectos utópicos de la Ilustración. La pulverización del espacio que —según las políticas jeffersonianas re-



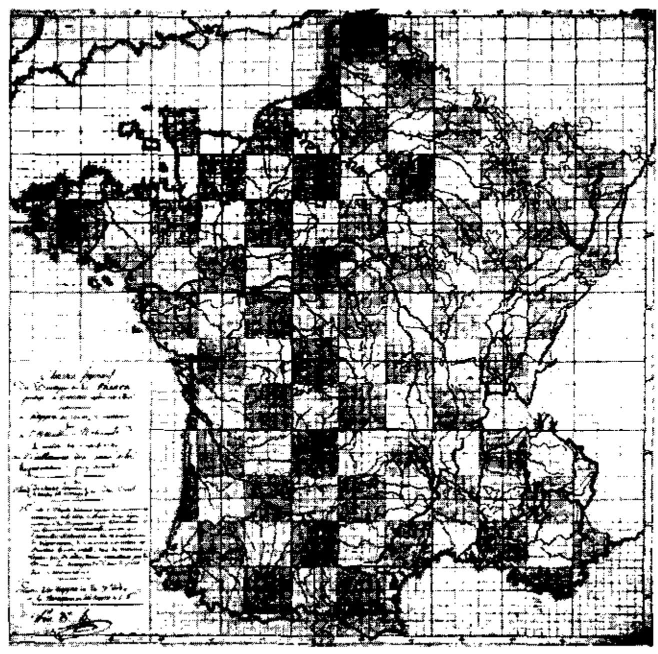


Lámina 3.8 *La Revolución Francesa encarnó las concepciones de la Ilustración sobre el trazado de un mapa racional del espacio y la división racional de este con fines administrativos. (Arriba:) Un esbozo de 1780 con miras a una «Nouvelle Topographie» de Francia. (Abajo:) Un mapa de 1789 relevado por la Asamblea Nacional con miras a facilitar la representación proporcional.*

feridas a la tierra—, presuntamente, abriría el camino a una democracia igualitaria, terminó siendo un medio que facilitó la proliferación de las relaciones sociales capitalistas, ya que dio lugar a un contexto dentro del cual el poder del dinero pudo operar con menos limitaciones que las que debía enfrentar en Europa. En el contexto europeo, las ideas de Saint-Simon, con sus capitales asociados que conquistarían y dominarían el espacio en nombre del bienestar humano, fueron igualmente desbordadas. Después de 1848, los banqueros de crédito como los Hnos. Péreire en el Segundo Imperio en Francia, propusieron un «remedio espacial» altamente rentable, aunque especulativo, a los dilemas de la hiper-acumulación y a la crisis capitalista, a través de una vasta ola de inversiones en ferrocarriles, canales e infraestructuras urbanas.

4. La homogeneización del espacio plantea serias dificultades a la concepción del lugar. Si la última es el sitio del Ser (como lo supusieron muchos teóricos posteriormente), el Devenir entraña una política espacial que pone el lugar al servicio de las transformaciones del espacio. El espacio absoluto da lugar, por así decirlo, al espacio relativo. Es precisamente en este punto donde la tensión incipiente entre el lugar y el espacio puede transformarse en un absoluto antagonismo. La reorganización del espacio para fines democráticos desafía al poder dinástico incrustado en el lugar. «Franquear los portales, cruzar los fosos de los castillos, caminar tranquilamente por lugares donde antes estaba prohibido entrar: la apropiación de un cierto espacio que debía ser vencido y penetrado fue uno de los grandes encantos de la Revolución [Francesa]». Además, como «buenos hijos de la Ilustración», sigue diciendo Ozouf (1988, págs. 126-7), los revolucionarios «vieron en el espacio y el tiempo una ocasión» para construir un espacio ceremonial que era el equivalente del «tiempo de la Revolución». Pero la destrucción de ese proyecto democratizador por parte del poder del dinero y el capital llevó a la mercantilización del espacio y a la producción de sistemas geográficos nuevos pero igualmente opresivos para el contenimiento del poder (como en los Estados Unidos).

5. Esto nos remite al más serio de todos los dilemas: el hecho de que el espacio sólo puede ser conquistado a través de la producción de espacio. Los espacios específicos del transporte y las comunicaciones, de la colonización y la ocupación humanas, todos legitimados por algún sistema legal de derecho a los espacios (del cuerpo, de la tierra, del hogar, etc.) que garantiza la seguridad del lugar y el acceso a los miembros de la sociedad, constituyen un marco fijo dentro del cual debe desenvolverse la dinámica de un proceso social. Cuando se coloca esta organización espacial fija en el contexto de la

acumulación capitalista, se convierte en una absoluta contradicción. El efecto es liberar los poderes de «creación destructiva» del capitalismo sobre el paisaje geográfico, lo que enciende violentos movimientos de oposición desde todas partes.

Este punto tiene una importancia capaz de soportar la generalización. No sólo hace falta que la producción de un espacio específico, fijo e inmóvil se proponga la «aniquilación del espacio a través del tiempo», sino que hacen falta inversiones de largo plazo con tiempos de rotación lentos (plantas automatizadas, robots, etc.) para acelerar el tiempo de rotación de la masa de capitales. La manera en que el capitalismo enfrenta y sucumbe periódicamente a este nudo de contradicciones constituye una de las historias no narradas de mayor importancia en la geografía histórica del capitalismo. La compresión espacio-temporal es un signo de la intensidad de fuerzas que confluyen en este nudo de contradicciones, y bien puede suceder que las crisis de la hiper-acumulación así como las crisis de las formas políticas y culturales estén fuertemente conectadas con esas fuerzas.

Los pensadores de la Ilustración aspiraban a una sociedad mejor. Debían, pues, tener en cuenta el orden racional del espacio y el tiempo como prerrequisitos para la construcción de una sociedad que garantizara las libertades individuales y el bienestar humano. El proyecto significaba la reconfiguración de los espacios de poder en términos radicalmente nuevos, pero era imposible especificar exactamente cuáles podían ser esos términos. El Estado, las ideas comunitarias e individualistas se asociaban a diferentes paisajes espaciales, así como el dominio diferenciado sobre el tiempo planteaba problemas cruciales referidos a las relaciones de clase, los derechos a los frutos del trabajo y la acumulación del capital. Sin embargo, todos los proyectos de la Ilustración compartían un sentido común relativamente unificado sobre el tiempo y el espacio, y conocían la importancia de su ordenamiento racional. Esta base común dependió en parte de la disponibilidad popular de relojes de pared y de uso personal, y de la capacidad para difundir conocimientos cartográficos con técnicas de impresión más baratas y eficientes. Pero también se basó en el nexo entre el perspectivismo renacentista y una concepción en la que el individuo era visto como la fuente última y el contenedor del poder social, aunque asimilado al Estado nacional como sistema colectivo de autoridad. Las condiciones económicas de la Ilustración europea contribuyeron claramente a la adopción de objetivos comunes. La mayor competencia entre Estados y otras unidades económicas constituía una fuente de presión para

racionalizar y coordinar el espacio y el tiempo de las actividades económicas, tanto en el espacio nacional del transporte y las comunicaciones, de la administración y la organización militar, como en los espacios más localizados de los patrimonios privados y las municipalidades. Todas las unidades económicas estaban atrapadas en un mundo de creciente competencia en el cual se apostaba, en última instancia, al éxito económico (medido en oro, tan caro a los mercantilistas, o en la acumulación de dinero, riqueza y poder individuales, tan elogiada por los liberales). La racionalización práctica del espacio y el tiempo en el curso del siglo XVIII —un avance marcado por la aparición de la Ordnance Survey o el relevamiento sistemático de los catastros en Francia a fines del siglo XVIII— definía el contexto en el cual los pensadores de la Ilustración formulaban sus proyectos. Y contra esta concepción se rebeló el segundo gran giro del modernismo después de 1848.

16. La compresión espacio-temporal y el auge del modernismo como fuerza cultural

La depresión que asoló a Gran Bretaña en 1846-1847 y que rápidamente se extendió a todo el mundo capitalista puede ser considerada como la primera crisis clara de la hiper-acumulación capitalista. Debilitó la confianza de la burguesía y afectó profundamente su concepción de la historia y de la geografía. Con anterioridad se habían suscitado varias crisis económicas y políticas, pero la mayor parte de ellas pudieron atribuirse a calamidades naturales (como el fracaso de las cosechas) o a guerras y otras luchas geopolíticas. Aunque esta era diferente. Si bien había habido una que otra mala cosecha, esta crisis no podía atribuirse fácilmente a Dios o a la naturaleza. Hacia 1847-1848, el capitalismo había madurado bastante, de modo que hasta el más ciego de los apologistas burgueses podía advertir que las condiciones financieras, la especulación descarnada y la hiper-acumulación algo tenían que ver con los acontecimientos. En todo caso, el resultado fue una parálisis súbita de la economía, en la que los excedentes de capital y de trabajo permanecían lado a lado sin que se encontrara una manera de uncirlos en una unión rentable y socialmente útil.

Sin duda, había tantas explicaciones para la crisis como posiciones de clase (además de otros muchos elementos). Los trabajadores manuales desde París hasta Viena tendían a considerarla como el resultado inevitable de un desarrollo capitalista desenfrenado que modificaba las condiciones del empleo, profundizaba el grado de explotación y destruía los oficios tradicionales, mientras que los elementos progresistas de la burguesía la veían como un producto de los estamentos aristocráticos y feudales recalcitrantes que se negaban a la marcha del progreso. Por su parte, estos últimos podían atribuir todo el problema al deterioro de los valores tradicionales y las jerarquías sociales a consecuencia de los valores y prácticas materialistas de los trabajadores y de una clase agresiva de capitalistas y financistas.

No obstante, la tesis que me propongo examinar aquí es que la crisis de 1847-1848 generó una crisis de representación, y que esta, por su parte, fue el efecto de un reajuste esencial de las nociones del

tiempo y el espacio en la vida económica, política y cultural. Antes de 1848, los elementos progresistas de la burguesía podían razonablemente conservar el sentido del tiempo de la Ilustración («el tiempo que empuja hacia adelante» como diría Gurvitch), sabiendo que libraban una batalla contra el tiempo «duradero» y ecológico de las sociedades tradicionales y el «tiempo retardado» de las formas recalcitrantes de organización social. Pero, después de 1848, ese sentido progresista del tiempo fue cuestionado en varios aspectos importantes. En Europa, eran muchos los que habían luchado en las barricadas o los que se habían encontrado en medio de un torbellino de esperanzas y temores como para no advertir el estímulo que suponía la acción participativa en «tiempos explosivos». Baudelaire, por ejemplo, nunca pudo olvidar la experiencia, y volvía a ella una y otra vez en sus investigaciones en torno del lenguaje modernista. Retrospectivamente, se hacía más fácil invocar un sentido cíclico del tiempo (de allí el creciente interés en la idea de los ciclos de negocios como componentes necesarios para el proceso de crecimiento capitalista que se entroncaría con las perturbaciones económicas de 1837, 1826 y 1817). O, si la gente tenía conciencia de las tensiones de clase, invocaba, como lo hizo Marx en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, un sentido del «tiempo alternante» en el cual el resultado de las luchas encarnizadas debe verse invariablemente como un equilibrio precario entre las fuerzas de clase. Pero pienso que no es errado afirmar que la pregunta «¿En qué tiempo estamos?» se incorporó a la agenda filosófica después de 1848, poniendo en tela de juicio los simples presupuestos matemáticos del pensamiento de la Ilustración. Las nociones del tiempo físico y del tiempo social, reunidas no hacía mucho por el pensamiento de la Ilustración, comenzaron nuevamente a divergir. Esto dio lugar a que el artista y el pensador encontraran nuevas formas para explorar la naturaleza y el significado del tiempo.

Los acontecimientos de 1847-1848 también pusieron en tela de juicio las certidumbres relacionadas con la naturaleza del espacio y el significado del dinero. Los acontecimientos demostraban que Europa había alcanzado un nivel de integración espacial en su vida económica y financiera que ponía en riesgo a todo el continente, vulnerable a la formación de una crisis simultánea. Las revoluciones que habían estallado al mismo tiempo a lo largo del continente acentuaban las dimensiones sincrónicas y diacrónicas del desarrollo capitalista. La certeza acerca del espacio y el tiempo absolutos dio lugar a las inseguridades de un espacio relativo en transformación, en el cual los acontecimientos de un lugar podían tener efectos inmediatos y ramificados en muchos otros lugares. Si, como dice Ja-

meson (1988, pág. 349), «la verdad de la experiencia ya no coincide con el lugar donde ocurre», sino que se desparrama gallardamente a través del espacio mundial, nos encontramos ante una situación en «la cual podemos afirmar que si la experiencia individual es auténtica, no puede ser verdadera; y que si una modalidad científica o cognitiva del mismo contenido es verdadera, entonces, escapa a la experiencia individual». Como la experiencia individual siempre ha constituido la materia prima de las obras de arte, esta condición planteó serios problemas a la producción artística. Pero este no era el único ámbito de confusión. De repente, numerosos movimientos locales de trabajadores se encontraron en medio de una serie de acontecimientos y desplazamientos políticos que no tenían límites claros. Los trabajadores nacionalistas podían tener tendencias xenófobas en París, pero simpatizar con los trabajadores polacos o vieneses que luchaban, como ellos, por la emancipación política y económica en sus espacios específicos. En este contexto, las proposiciones de índole universal de *El manifiesto comunista* tenían sentido. La cuestión de cómo reconciliar la perspectiva del lugar con las perspectivas cambiantes del espacio relativo se convirtió en un serio problema al que el modernismo se aplicó con creciente vigor hasta el impacto de la Primera Guerra Mundial.

El espacio europeo se unificaba cada vez más, precisamente, a causa del internacionalismo del poder del dinero. La de 1847-1848 fue una crisis monetaria y financiera que impugnó seriamente las ideas recibidas en cuanto al significado y al rol del dinero en la vida social. Hacía mucho que era evidente la tensión entre las funciones del dinero como medida y reserva de valor, y el dinero como lubricante del intercambio y la inversión. Pero se registraba ahora como un antagonismo directo entre el sistema financiero (toda la estructura del dinero fiduciario y de los «capitales ficticios») y su base monetaria (oro u otros bienes tangibles que otorgan un significado físico claro al dinero). En efecto, el dinero fiduciario sufrió una bancarrota, dejando un déficit de «dinero real» y efectivo en 1847-1848. Los que controlaban el efectivo dominaban una fuente vital de poder social. Los Rothschild usaron ese poder con gran eficacia y, a través de su superioridad en el control del espacio, llegaron a dominar las finanzas de todo el continente europeo. Sin embargo, la cuestión sobre la verdadera naturaleza y significado del dinero no era fácil de resolver. La tensión entre el crédito y el dinero efectivo fue un factor dominante en los años que siguieron, hasta que, por último, aun los Rothschild se incorporaron a un mundo bancario en el que el sistema de crédito y la «formación de capital ficticio» eran fundamentales. Esto a su vez alteró el significado del tiempo (tiempos de inver-

sión, tasa de retorno, etc.) y otras magnitudes esenciales vinculadas al modo en que el capitalismo conducía los negocios en el mundo. En definitiva, fue sólo después de 1850 cuando los mercados de valores y de capital (mercados para el «capital ficticio») se organizaron sistemáticamente y se abrieron a la participación general, regulados por pautas legales de incorporación y contratos de mercado.

Todos estos desplazamientos generaron una crisis de representación. Ni la literatura ni el arte podían evitar la cuestión del internacionalismo, la sincronía, la temporalidad insegura y la tensión dentro de la medida del valor dominante entre el sistema financiero y su base monetaria o de mercancías. «Alrededor de 1850», escribe Barthes (1967, pág. 9), «la escritura clásica se desintegró y la literatura en su conjunto, desde Flaubert hasta el presente, se convirtió en la problemática del lenguaje». No es casual que el primer gran impulso cultural modernista ocurriera en París después de 1848. Las pinceladas de Manet, que empezaban a descomponer el espacio tradicional de la pintura y a modificar su marco, examinando las fragmentaciones de la luz y el color; los poemas y reflexiones de Baudelaire, cuyo propósito era trascender el carácter efímero y estrecho de las políticas del lugar en busca de significados eternos; y las novelas de Flaubert, con sus peculiares estructuras narrativas en el espacio y el tiempo, se asociaban a un lenguaje de distanciamiento helado; todo esto constituía una señal de ruptura radical del sentimiento cultural, que reflejaba un profundo cuestionamiento del significado del espacio y el lugar, del presente, del pasado y del futuro, en un mundo de inseguridad y de horizontes espaciales en rápida expansión.

Por ejemplo, Flaubert analiza el problema de la representación de lo heterogéneo y lo diferente, de lo simultáneo y lo sincrónico, en un mundo donde tanto el tiempo como el espacio son absorbidos por los poderes homogeneizantes del dinero y del intercambio de mercancías. «Todo debería sonar en forma simultánea», escribió, «uno debería poder oír los mugidos del ganado, los suspiros de los amantes y la retórica de los funcionarios, todo al mismo tiempo». Incapaz de representar esta simultaneidad con el efecto preciso, Flaubert «disuelve la secuencia hacia adelante y hacia atrás (la analogía cinematográfica es deliberada)», y en el crescendo final de una escena de *Madame Bovary* yuxtapone dos secuencias «en una sola frase para obtener el efecto de unificación» (Bell, 1978, pág. 114). Frédéric Moreau, el héroe de *La educación sentimental* de Flaubert, se desplaza de uno a otro lugar en París y sus suburbios, reuniendo experiencias de distintas cualidades a medida que avanza. Hay algo especial en la manera en que entra y sale de los espacios diferenciados de la ciu-

dad, con la misma fluidez con que el dinero y las mercancías cambian de mano. Asimismo, toda la estructura narrativa del libro se pierde en decisiones constantemente diferidas, porque Frédéric ha heredado el dinero suficiente para disfrutar del lujo de no decidir, aun en medio del torbellino revolucionario. La acción se reduce a un conjunto de posibles caminos que se han desechado. «La idea del futuro nos atormenta y el pasado nos retiene», escribe después Flaubert (1979, pág. 134), y agrega: «por eso el presente se nos escapa de las manos». Pero la posesión de dinero hacía que el presente se escapara de las manos de Frédéric, a la vez que le abría espacios sociales. Evidentemente, el tiempo, el espacio y el dinero podían dotarse de significaciones más o menos diferentes, según las condiciones y posibilidades de negociación entre ellos. Flaubert tenía que encontrar un nuevo lenguaje para hablar de estas posibilidades.

Estas investigaciones de las nuevas formas culturales ocurrían en un contexto económico y político que, en muchos aspectos, desmentía aquel del colapso económico y el levantamiento revolucionario de 1848. Aun cuando, por ejemplo, la especulación excesiva en la construcción ferroviaria desencadenó la primera crisis europea de hiper-acumulación, la resolución de esa crisis después de 1850 dependía fundamentalmente de nuevas exploraciones vinculadas al desplazamiento temporal y espacial. Los nuevos sistemas de crédito y de formas de organización societarias y de distribución (los grandes almacenes) junto con las innovaciones técnicas y organizativas de la producción (mayor fragmentación, especialización y re-capacitación en la división del trabajo, por ejemplo) contribuyeron a acelerar la circulación del capital en los mercados masivos. Más claramente, el capitalismo quedó atrapado en una increíble fase de inversiones masivas de largo plazo para la conquista del espacio. La expansión de las redes de ferrocarril, acompañada por el advenimiento del telégrafo, el crecimiento de la navegación de vapor y la construcción del Canal de Suez, el invento de la radiocomunicación, de la bicicleta y los viajes en automóvil a fines de siglo cambiaron radicalmente el sentido del tiempo y el espacio. Este período asistió también a la aparición de innumerables innovaciones técnicas. Empezaron a idearse nuevas formas de considerar el espacio y el movimiento (como efecto de la fotografía y de la investigación de los límites del perspectivismo) que eran aplicadas a la producción del espacio urbano (véase Lefaivre, 1986). El viaje en globo y la fotografía aérea cambiaron las percepciones de la superficie de la tierra, mientras que las nuevas tecnologías de la reproducción mecánica y de la imprenta permitían la difusión de noticias, información y artefactos culturales hacia sectores más amplios de la población.

Después de 1850, la vasta expansión del comercio exterior y de la inversión puso a las grandes potencias capitalistas en la vía del globalismo, pero lo hizo a través de la conquista imperial y la rivalidad inter-imperialista que llegaría a su apogeo en la Primera Guerra Mundial: la primera guerra global. En el camino, los espacios del mundo fueron desterritorializados, despojados de sus significaciones anteriores y luego reterritorializados según la conveniencia de la administración colonial e imperial. No sólo se revolucionó el espacio relativo a través de las innovaciones en el transporte y las comunicaciones, sino que el contenido del espacio también fue fundamentalmente re-ordenado. Entre 1850 y 1914, el mapa de la dominación de los espacios mundiales cambió hasta el punto de volverse irreconocible. Más aun, dado el flujo de la información y las nuevas técnicas de representación, bastaba un vistazo a los diarios matutinos para registrar toda una serie de aventuras y conflictos imperiales simultáneos. Y como si eso no bastara, la organización de una serie de Exposiciones Mundiales, empezando con el Palacio de Cristal en 1851, y pasando por varios intentos franceses hasta llegar a la gran Columbian Exhibition de Chicago en 1893, celebraban el globalismo a la vez que proporcionaban un marco dentro del cual podría comprenderse lo que Benjamin denomina «la fantasmagoría» del mundo de las mercancías y la competencia entre los Estados nacionales y los sistemas de producción territoriales.

Tan logrado fue este proyecto de dominar el espacio y de volver a encender el crecimiento capitalista que, en la década de 1870, el economista Alfred Marshall pudo afirmar que la influencia del tiempo es «más fundamental que la del espacio» en la vida económica (consolidaba así el privilegio del tiempo por encima del espacio en la teoría social, que ya hemos señalado). Sin embargo, esta transformación también deterioró la lógica y el significado de la ficción y la pintura realistas. Zola, en *La terre,* predice el fin de su propio género, así como el de un campesinado autosuficiente en Francia, cuando hace decir al maestro de escuela que la importación de trigo barato de América, que entonces parecía inminente, estaba destinada a hundir la localidad (su política y su cultura parroquiales) en un mar de influencias internacionales. Del otro lado del Atlántico, Frank Norris percibió el mismo problema en *The octopus*: los granjeros del trigo de California tenían que reconocer que eran «sólo una parte de un enorme conjunto, una unidad en la vasta aglomeración de tierra dedicada al cultivo de trigo en el mundo, que sentía los efectos de causas situadas a miles de kilómetros de distancia». ¿Cómo era posible escribir, usando las estructuras narrativas del realismo, otra cosa que una novela parroquial y, por lo tanto, hasta cierto punto

«irreal», frente a toda esta simultaneidad espacial? Después de todo, las estructuras realistas suponen que una historia puede ser contada como si se desarrollara coherentemente, acontecimiento tras acontecimiento en el tiempo. Estas estructuras eran inconsistentes con una realidad en la que dos sucesos acaecidos al mismo tiempo en espacios enteramente distintos podían entrar en una intersección que modificara el funcionamiento del mundo. Flaubert, el modernista, abrió el camino que a Zola, el realista, le fue imposible imitar.

La segunda gran ola de innovación modernista en el ámbito estético comenzó en medio de esta fase de rápida compresión espacio-temporal. ¿Hasta qué punto puede interpretarse entonces el modernismo como una respuesta a una crisis en la experiencia del espacio y el tiempo? El estudio de Kern (1983), *The culture of time and space, 1880-1918*, hace verosímil esa suposición.

Kern acepta que «el teléfono, el telégrafo sin hilos, los rayos X, el cine, la bicicleta, el automóvil y el aeroplano instauraron los fundamentos materiales» para los nuevos modos de pensar y experimentar el tiempo y el espacio. Kern se empeña en sostener la independencia de los desarrollos culturales, pero sostiene que «la interpretación de fenómenos como la estructura de clases, la diplomacia y las tácticas de la guerra en función de las modalidades del tiempo y el espacio permite demostrar su similitud esencial con consideraciones explícitas del tiempo y el espacio en la literatura, la filosofía, la ciencia y el arte» (págs. 1-5). No dispone de una teoría sobre la innovación tecnológica, sobre la dinámica capitalista en el espacio o sobre la producción cultural, y es así como sólo ofrece «generalizaciones sobre los desarrollos culturales esenciales del período». Pero sus descripciones iluminan las increíbles confusiones y oposiciones que atraviesan todo un espectro de posibles reacciones al creciente sentimiento de crisis de la experiencia del tiempo y el espacio, que se habían venido acumulando desde 1848 y que parecían haber madurado justo antes de la Primera Guerra Mundial. Observo entre paréntesis que 1910-1914 es, en grandes líneas, el período que muchos historiadores del modernismo (comenzando con Virginia Woolf y D. H. Lawrence) señalan como crucial para la evolución del pensamiento modernista (véase *supra*, pág. 44; Bradbury y McFarlane, 1976, pág. 31). Henri Lefebvre coincide:

«Alrededor de 1910 se produjo la ruptura de un cierto espacio. Era el espacio del sentido común, del conocimiento, de la práctica social, del poder político, un espacio que hasta el momento había estado resguardado en el discurso cotidiano, así como en el pensamiento abstracto, como medio de la comunicación y conducto de ella (. . .) El

espacio euclidiano y el perspectivista han desaparecido como sistemas de referencia, junto con otros "lugares comunes" anteriores como la ciudad, la historia, la paternidad, el sistema tonal en música, la moral tradicional, etc. Este fue un momento verdaderamente crucial» (Lefebvre, 1974).

Consideremos algunos aspectos de este momento crucial situado, significativamente, entre la teoría específica de la relatividad de Einstein de 1905 y la teoría general de 1916. Recordemos que Ford erigió su línea de montaje en 1913. Fragmentó las tareas y las distribuyó en el espacio con el propósito de maximizar la eficiencia y minimizar la fricción del flujo en la producción. En realidad, utilizó cierta forma de organización espacial para acelerar el tiempo de rotación del capital en la producción. El tiempo pudo acelerarse entonces en virtud del control establecido a través de la organización y fragmentación del orden espacial de la producción. Ahora bien, en ese mismo año, desde la torre Eiffel se emitió la primera señal de radio, lo cual puso de manifiesto la posibilidad de reducir al espacio a la simultaneidad de un instante en el tiempo público universal. El poder de la radiocomunicación se había experimentado claramente el año anterior con la veloz difusión de la noticia del hundimiento del *Titanic* (en sí mismo un símbolo de velocidad y de desplazamiento de volumen que fracasó de la misma manera que el *Herald of Free Enterprise* se desplomaría velozmente unos setenta y cinco años después). El tiempo público, a través del espacio, se volvía cada vez más homogéneo y universal. Y no sólo se trataba del comercio y de los ferrocarriles, porque la organización en gran escala de los sistemas de transporte y todas las demás coordinaciones temporales que facilitaban la vida metropolitana también dependían de la definición de un sentido del tiempo universal y comúnmente aceptado. Los treinta y ocho mil millones de llamadas telefónicas que se hicieron en los Estados Unidos en 1914 ponen de manifiesto el poder de intervención del tiempo y del espacio públicos en la vida cotidiana y privada. Sin duda, era efectivamente este tipo de sentido público del tiempo el que daba sentido al tiempo privado. De Chirico celebró estas cualidades colocando conspicuos relojes (un gesto inusual en la historia del arte) en sus telas de 1910-1914 (véase la lámina 3.9).

Las reacciones apuntaban en muchas direcciones. Por ejemplo, en este período, James Joyce comenzó su investigación para capturar el sentido de simultaneidad en el espacio y el tiempo, e insistió en el presente como el único lugar real de la experiencia. La acción en Joyce se desarrollaba en una pluralidad de espacios, observa

Kern (pág. 149), «en una conciencia que recorre el universo a saltos y se mete aquí y allá desafiando el ordenado diagrama de los cartó-

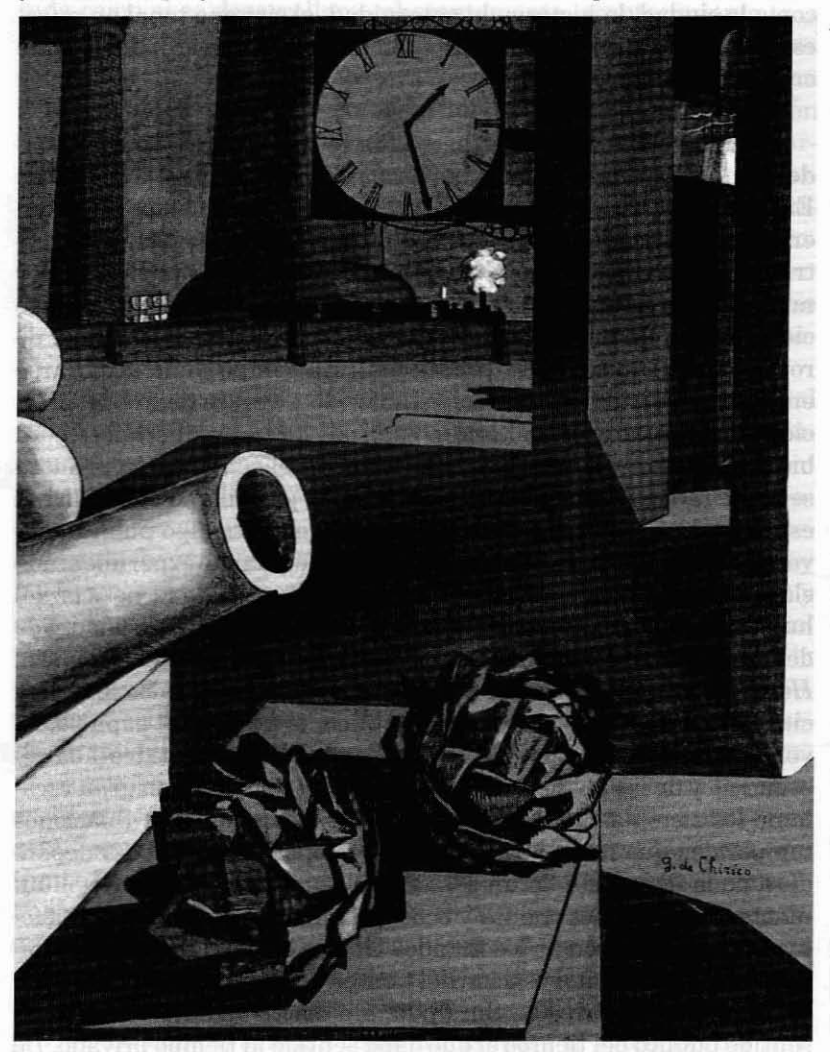


Lámina 3.9 La conquista del filósofo *(1914) de De Chirico investiga de una manera explícita temas modernistas del tiempo y el espacio. (El Instituto de Arte de Chicago, Colección Joseph Winterbotham).*

grafos». Proust, por su parte, trató de recuperar el tiempo pasado y de crear un sentido de la individualidad y del lugar, que descansaba en una concepción de la experiencia a través de un espacio de tiempo. Las concepciones personales del tiempo se convirtieron en un tema de comentario público. «Los dos novelistas más innovadores del

período», prosigue Kern, «transformaron el escenario de la literatura moderna, convirtiendo la serie de escenarios fijos en el espacio homogéneo» (como los que solían desplegar los novelistas realistas) «en una multitud de espacios cualitativamente diferentes que variaban con los estados de ánimo y las perspectivas cambiantes de la conciencia humana».

Por su parte, Picasso y Braque, siguiendo a Cézanne, que en la década de 1880 había comenzado a quebrar el espacio de la pintura mediante nuevas formas, experimentaron con el cubismo, abandonando «el espacio homogéneo de la perspectiva lineal» que había predominado desde el siglo XV. La famosa obra de Delaunay de 1910-1911 donde aparece la torre Eiffel (lámina 3.10) fue, tal vez, el símbolo público más sorprendente de un movimiento que intentaba representar el tiempo a través de una fragmentación del espacio; quizá los protagonistas no supieran que esto tenía un paralelismo en la línea de montaje de Ford, aunque la elección de la torre Eiffel como símbolo reflejaba el hecho de que todo el movimiento tenía algo que ver con el industrialismo. Por otra parte, en 1912 se publicó *Las formas elementales de la vida religiosa* de Durkheim, con su explícito reconocimiento de que «el fundamento de la categoría tiempo es el ritmo de la vida social» y que el origen social del espacio, necesariamente, suponía también la existencia de múltiples perspectivas espaciales. Ortega y Gasset, siguiendo el mandato de Nietzsche de que «*sólo* hay una mirada en perspectiva, *sólo* una perspectiva correcta del conocimiento», formuló una nueva versión de la teoría del perspectivismo en 1910, según la cual «había tantos espacios en la realidad como perspectivas sobre ella» y «hay tantas realidades como puntos de vista». Esto suponía remachar un clavo filosófico en el féretro de los ideales del espacio homogéneo y absoluto (Kern, 1983, págs. 150-1).

Me he referido sólo a algunos de los incidentes que Kern registra, a fin de transmitir una idea acerca de las confusiones que abundaban en el pensamiento social y cultural del período 1910-1914. Pero me parece que la cuestión puede llevarse un poco más allá si se discute una idea que Kern propone pero que no desarrolla: «Una respuesta era un sentido creciente de unidad entre gente que antes estaba aislada por la distancia y la falta de comunicación. Sin embargo, esto no carecía de ambigüedad, porque la proximidad también generaba ansiedad: aprensión hacia la posibilidad de que los vecinos estuvieran demasiado cerca» (pág. 88). ¿Cómo se expresaba esta «ambigüedad»? Dos vastas y diferentes corrientes de pensamiento pueden reconocerse a partir del énfasis que se otorgue a la unidad o a la diferencia.

Los que acentuaban la unidad entre la gente también aceptaban la «irrealidad del lugar» dentro de un espacio relativo fragmentado.

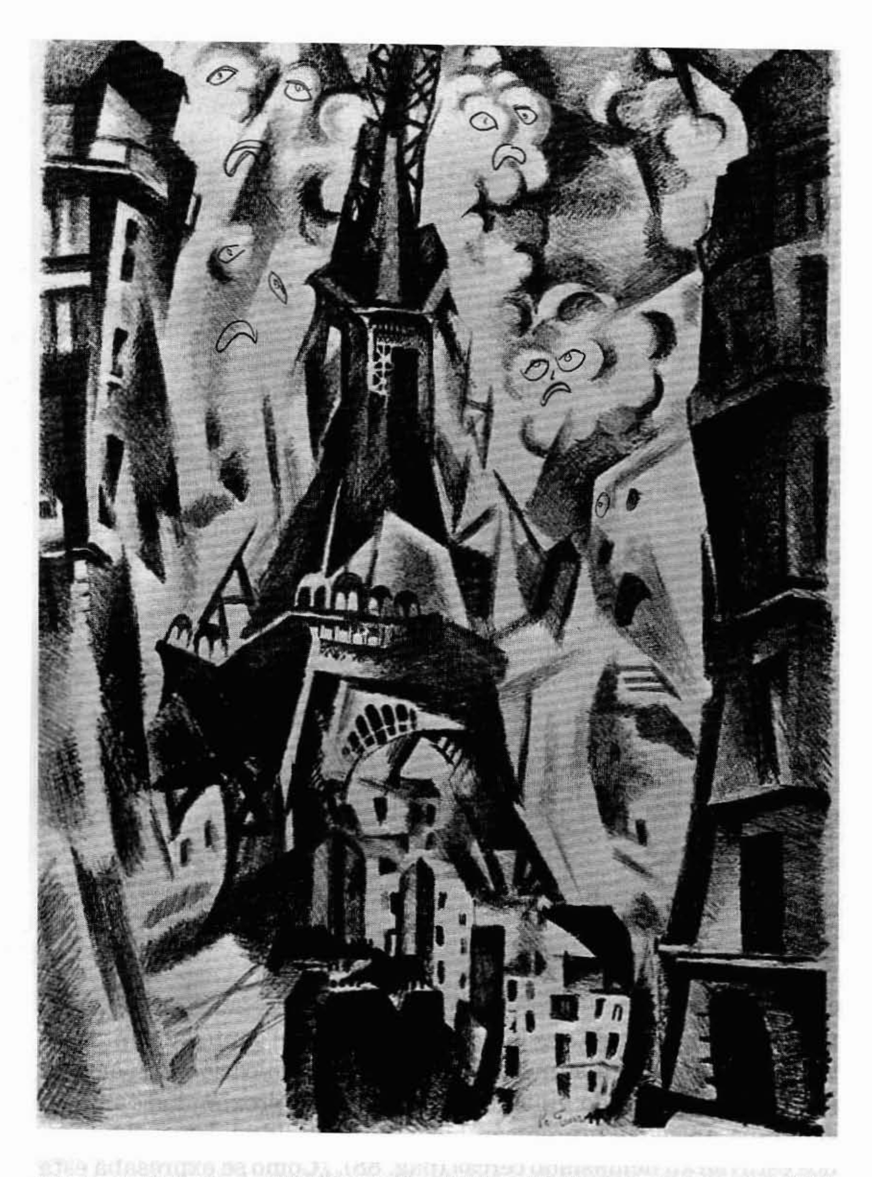


Lámina 3.10 *La* Torre Eiffel *(litografía, 1926), exhibida por primera vez en 1911, recurre a una imagen de construcción familiar para estudiar la fragmentación y ruptura del espacio que es característica del cubismo. (Colección del Museo de Arte Moderno, Nueva York, Purchase Fund.)*

Al celebrar la aniquilación del espacio por el tiempo, la tarea era relanzar el proyecto de emancipación humana universal de la Ilustración hacia un espacio global unificado a través de mecanismos de comunicación e intervención social. Sin embargo, ese proyecto suponía una fragmentación espacial a través de un plan coordinado. ¿Y cómo podía hacerse si no era «pulverizando» de algún modo los espacios preexistentes? Ford había demostrado cómo podían acelerarse los procesos sociales y aumentarse las fuerzas productivas a través de la espacialización del tiempo. El problema era aplicar esta posibilidad a la emancipación humana y no ya a un conjunto de intereses estrechos, como los del capital. Un grupo alemán propuso en 1911, por ejemplo, la creación de una «oficina mundial» que «unifique todas las tendencias humanitarias que corren en forma paralela pero en direcciones desordenadas, para dar lugar a una concentración y a una promoción de todas las actividades creativas» (citado en Tafuri, 1985, pág. 122). Era sólo en un contexto semejante del espacio externo y público, racional y totalmente organizado, donde podían florecer esos sentidos interiores y muy privados del tiempo y el espacio. Los espacios del cuerpo, de la conciencia, de la psique —espacios que permanecieron largo tiempo reprimidos por los presupuestos absolutos del pensamiento de la Ilustración, pero que ahora se abrían como consecuencia de descubrimientos psicológicos y filosóficos— podían liberarse sólo mediante la organización racional del espacio y el tiempo exteriores. Pero la racionalidad, ahora, significaba algo más que planificar con la ayuda del mapa y del cronómetro, o supeditar toda la vida social al estudio del tiempo y el movimiento. Podían inventarse nuevos sentidos del relativismo y el perspectivismo, y aplicarse a la producción del espacio y al ordenamiento del tiempo. Este tipo de reacción, que muchos, después, catalogarían de exclusivamente modernista, suele entrañar todo un conjunto de instrumentos. Despreciar la historia exigía formas culturales totalmente nuevas que rompieran con el pasado y hablaran únicamente en el lenguaje de lo nuevo. Sostener que la forma seguía a la función, y que una racionalidad espacial debía imponerse al mundo exterior a fin de maximizar la libertad y el bienestar individuales, requería hacer de la eficiencia y la función (y por lo tanto de la imagen de la metrópoli como una máquina bien aceitada) los ejes centrales. Se mostraba una profunda devoción por la pureza del lenguaje, fuera en la arquitectura, en la música o en la literatura.

Por supuesto, es un problema abierto saber si esta respuesta suponía un puro sometimiento a la fuerza de la reestructuración espacial y temporal del período (véase *supra*, págs. 44-7). Fernand Léger, el pintor cubista francés, lo creía efectivamente así, y en 1913

observó que la vida «estaba más fragmentada y se movía más velozmente que en épocas anteriores» y que era esencial concebir un arte dinámico para dar cuenta de ella (citado en Kern, 1983, pág. 118). Y Gertrude Stein no dudaba en interpretar los acontecimientos culturales —el advenimiento del cubismo, por ejemplo— como una respuesta a la compresión espacio-temporal que a todos afectaba y sensibilizaba. Esto, por supuesto, no desvirtúa en forma alguna la importancia que tiene aprehender esa experiencia en el campo de la representación a fin de realzar, sostener y quizás hasta yugular procesos que parecían escapar a todas las formas del control colectivo (como en efecto ocurriría en la Primera Guerra Mundial). Pero sí nos obliga a concentrar nuevamente la atención en las formas prácticas en que se lo podía hacer. En efecto, Le Corbusier se limitaba a seguir los principios jeffersonianos de partición de la tierra cuando sostenía que el camino hacia la libertad y la autonomía individuales pasaba por la construcción de un espacio eminentemente ordenado y racionalizado. Su proyecto era internacionalista, y acentuaba el tipo de unidad en la que pudiera explorarse a fondo una noción socialmente consciente de la diferencia individual.

El otro tipo de reacción reunía una multitud de respuestas aparentemente divergentes y sin embargo construidas alrededor de un principio central al que apelaré con frecuencia más adelante: que cuanto más unificado esté el espacio, más importancia asumirán las cualidades de las fragmentaciones para la identidad y la acción social. Por ejemplo, el libre flujo de capital por la superficie del globo pone un énfasis especial en las cualidades específicas de los espacios que pueden atraer a ese capital. La reducción del espacio que da lugar a la competencia entre las distintas comunidades del globo implica estrategias competitivas localizadas y una elevada conciencia de lo que otorga a un lugar un carácter especial y una ventaja competitiva. Este tipo de reacción acentúa mucho más la identificación del lugar, la construcción y señalización de sus cualidades únicas en un mundo crecientemente homogéneo pero fragmentado (véase *supra*, págs. 108-13).

Podemos detectar este «otro lado» de las investigaciones modernistas en varios contextos. La sutil observación de Foucault (citada en Crimp, 1983, pág. 47) según la cual «Flaubert es a la biblioteca lo que Manet es al museo» pone de manifiesto cómo los innovadores del modernismo en literatura y en pintura, si bien en un sentido rompen con todas las convenciones pasadas, tienen que situarse histórica y geográficamente en alguna parte. Tanto la biblioteca como el museo se proponen registrar el pasado y describir la geografía a la vez que romper con ella. La reducción del pasado a una repre-

sentación organizada como una exposición de artefactos (libros, cuadros, reliquias, etc.) es tan formal como la reducción de la geografía a un conjunto de exposiciones de cosas de lugares remotos. Los artistas plásticos y los escritores modernistas pintaron para los museos y escribieron para las bibliotecas, precisamente porque trabajar así les permitía romper con las limitaciones de su lugar y de su época.

Ahora bien, el museo, la biblioteca y la exposición por lo general aspiran a cierto tipo de ordenamiento coherente. El trabajo ideológico de inventar la tradición adquirió gran importancia a fines del siglo XIX justamente porque se trataba de una era en que las transformaciones en las prácticas espaciales y temporales implicaban una pérdida de identidad respecto del lugar, y repetidas y radicales rupturas con cualquier sentido de continuidad histórica. La preservación histórica y la cultura del museo experimentaron fuertes irrupciones de la vida desde el siglo XIX en adelante, en la medida en que las exposiciones internacionales no sólo celebraban el mundo de la mercantilización internacional sino que también exhibían la geografía del mundo como una serie de artefactos a la vista de todos. Gracias a ese clima, justamente, uno de los escritores modernistas más sensibles, Simmel, pudo escribir de manera tan persuasiva sobre la significación de las ruinas. Estas eran, decía, lugares donde «el pasado con sus destinos y transformaciones se ha reunido en este instante de un presente estéticamente perceptible» (citado en Kern, 1983, pág. 40). Las ruinas contribuían a arraigar nuestra vapuleada identidad en un mundo en rápida transformación. También fue una época en que los artefactos del pasado o de lugares lejanos comenzaron a circular como valiosas mercancías. La aparición de un mercado activo de antigüedades y de artesanías extranjeras (este último simbolizado por las láminas japonesas que Manet insertó en su retrato de Zola y que hasta hoy adornan la casa de Monet en Giverny) pone de manifiesto una tendencia que sintonizaba también con el renacimiento de la tradición artesanal impulsada por William Morris en Gran Bretaña, con el movimiento de artes manuales de Viena y con el estilo *art noveau* que inundó Francia en los primeros años del siglo. Arquitectos como Louis Sullivan en Chicago y Gaudemar en París también intentaron nuevos estilos vernáculos locales capaces de satisfacer las nuevas necesidades funcionales, pero que celebraran a su vez las cualidades distintivas de los lugares que ocupaban. La identidad del lugar fue reafirmada en medio de las crecientes abstracciones del espacio.

Esta tendencia a privilegiar la espacialización del tiempo (Ser) por encima de la aniquilación del espacio por el tiempo (Devenir) es coherente con gran parte de lo que expresa hoy el posmodernismo;

con los «determinismos locales» de Lyotard, las «comunidades interpretativas» de Fish, las «resistencias regionales» de Frampton y las heterotopías de Foucault. Evidentemente, ofrece múltiples posibilidades dentro de las cuales puede florecer una «otredad» espacializada. El modernismo, considerado en su conjunto, exploró la dialéctica del lugar *versus* el espacio, del presente *versus* el pasado, en formas diferentes. Si bien celebraba la universalidad y la desaparición de las barreras espaciales, también exploraba los nuevos significados del espacio y el lugar desde algunas perspectivas que reforzaban tácitamente la identidad local.

Este aspecto del modernismo que acentuaba los lazos entre el lugar y un sentir social de identidad personal y comunitaria suponía, hasta cierto punto, la estetización de las políticas locales, regionales o nacionales. En consecuencia, las lealtades al lugar son prioritarias respecto de las lealtades a la clase, lo que espacializa la acción política. Al final del proceso yace la restauración de la noción hegeliana del Estado y la resurrección de la geopolítica. Por supuesto, Marx había restituido el tiempo histórico (y las relaciones de clase) a un lugar fundamental en la teoría social, en parte como reacción a la concepción espacializada del «Estado ético» de Hegel como punto de llegada de una historia teleológica. La introducción del Estado —una espacialización— plantea interesantes cuestiones para la teoría social porque, como señala Lefebvre (1974), «el Estado aplasta al tiempo al reducir las diferencias a repeticiones de circularidades (llamadas "equilibrio", "feedback", "auto-regulación", etc.)». Si «este Estado moderno se impone como centro estable —definitivo— de las sociedades y espacios (nacionales)», el argumento geopolítico tiene que recurrir, como lo ha hecho efectivamente siempre, a la estética y no a los valores sociales en su búsqueda de legitimidad.

Por lo tanto, es una paradoja fácilmente comprensible que en una época en que la aniquilación del espacio por el tiempo avanzaba a un ritmo furioso, la geopolítica y la estetización de la política hayan renacido con tanto vigor.

Nietzsche captó el impulso esencial en el plano filosófico en *La voluntad de poderío*. El nihilismo —una condición según la cual «los más altos valores se devalúan»— nos acecha como «el huésped más funesto». La cultura europea, afirma, «ha avanzado como si se encaminara hacia una catástrofe, con una tensión torturada que crece de década en década: incesante, violenta, temeraria, como un río que quiere llegar a la meta, que ya no reflexiona, que tiene miedo de reflexionar». La disolución de «la propiedad inalienable de la tierra, que hace honor a lo antiguo (origen de la creencia en dioses y héroes como ancestros)» surge en parte, sugiere (prefigurando exactamen-

te los argumentos de Heidegger, véase *supra*, págs. 232-3), del colapso del espacio: «periódicos (en lugar de oraciones cotidianas), ferrocarril, telégrafo». La consiguiente «centralización de una tremenda cantidad de intereses diferentes en un solo espíritu» significa que los individuos ahora deben ser «muy fuertes y proteicos». En estas condiciones, la voluntad de poderío —«un intento destinado a revolucionar todos los valores»— debe afirmarse como una fuerza guía en la búsqueda de una nueva moral:

«¿Y sabéis qué es "el mundo" para mí? ¿Os lo mostraré en mi espejo? Este mundo: un monstruo de energía, sin comienzo, sin fin (. . .) rodeado por "la nada" como por un límite; no algo borroso o gastado, no algo extendido infinitamente, sino instalado en un espacio definitivo como una fuerza definitiva, y no en un espacio que podría estar "vacío" aquí o allá, sino como una fuerza desde el principio hasta el fin, como un juego de fuerzas y vertientes de fuerzas, que son al mismo tiempo una y muchas, que crecen aquí y al mismo tiempo decrecen allí; un mar de fuerzas que fluyen y se precipitan juntas, transformándose eternamente, revirtiendo eternamente, con tremendos años de retorno, con un flujo y un reflujo de sus formas; de la más quieta, la más rígida, la más fría de las formas hacia la más caliente, más turbulenta, más auto-contradictoria, y luego nuevamente volviendo al punto de partida, a lo simple desde esta abundancia, desde este juego de contradicciones, de nuevo a la alegría de la concordia, que sigue afirmándose en esta uniformidad de sus cursos y sus años, bendiciéndose como aquello que debe retornar eternamente, como un devenir que no conoce saciedad, ni hastío, ni fatiga: este, mi mundo dionisíaco de la auto-creación eterna, de la auto-destrucción eterna, este mundo misterioso del doble encanto voluptuoso, mi "más allá del bien y del mal", sin meta, a menos que el júbilo del círculo sea en sí mismo una meta; sin voluntad, a menos que un anillo tenga buena voluntad hacia sí mismo: ¿Queréis un *nombre* para este mundo? ¿Una *solución* para sus enigmas? ¿Una *luz* también para vosotros, los hombres mejor ocultos, los más intrépidos, los más nocturnos? *¡Este mundo es la voluntad de poderío. . . y no otra cosa!* ¡Y ustedes mismos son esa voluntad de poderío, y nada más que eso!».

Las extraordinarias imágenes del espacio y el tiempo, de sucesivas ondas de compresión e implosión en pasajes como este sugieren que la poderosa intervención de Nietzsche en el debate de la modernidad (véase *supra*, págs. 31-5) tenía una base de experiencia en el mundo de la transformación espacio-temporal de fines del XIX.

La búsqueda de esta nueva moral del poder y el carisma de individuos «muy fuertes y proteicos» yace en el corazón de la nueva ciencia de la geopolítica. Kern analiza especialmente la creciente significación de estas teorías de fin de siglo. Friedrich Ratzel en Alemania, Camille Vallaux en Francia, Halford Mackinder en Gran Bretaña y Admiral Mahan en los Estados Unidos reconocieron la significación del control sobre el espacio como una fuente fundamental del poder militar, económico y político. ¿Existían, se preguntaban, espacios estratégicos, dentro del nuevo globalismo del comercio y la política, cuyo control pudiera conferir un estatuto favorable a determinados pueblos? Si había una lucha darwinista por la supervivencia de los diferentes pueblos y naciones de la tierra, ¿cuáles eran los principios que gobernaban esa lucha y cuál sería su posible resultado? Todos inclinaban su respuesta hacia un interés nacional y, al hacerlo, otorgaban a un pueblo en particular el derecho de dominar su propio espacio y —si así lo imponía la supervivencia, la necesidad o las certidumbres morales— a expandirse en nombre del «destino manifiesto» (EE.UU.), de la «carga del hombre blanco» (Gran Bretaña), la «*mission civilisatrice*» (Francia) o la nécesidad de «*Lebensraum*» (Alemania). En el caso específico de Ratzel, encontramos una predisposición filosófica que insiste en la unidad entre un pueblo y su tierra como fundamento de la complejidad cultural y del poder político, una unión que puede disolverse sólo a través de la violencia y el despojo. Esta unión constituía la base de una cultura nacional y de la influencia civilizadora, cuyas fuentes eran radicalmente diferentes de aquellas determinadas por los universales del pensamiento de la Ilustración, o del modernismo confuso pero universalista que formaba la otra corriente importante del pensamiento de fines del siglo XIX.

Sería erróneo considerar estas dos alas del pensamiento —el universalismo y el particularismo— como separadas entre sí. Más bien, deberían considerarse como dos corrientes de sensibilidad que fluyeron la una junto a la otra, a menudo en la misma persona, aun cuando alguna de ellas tuviera preeminencia en un lugar y tiempo determinados. Le Corbusier empezó su vida concentrándose especialmente en los estilos vernáculos, aunque reconocía la importancia que tenía la racionalización de un espacio homogéneo tal como lo proponían los utopistas. Creo que la fascinación de los movimientos culturales de Viena, en particular antes de la Primera Guerra Mundial, surge, precisamente, de las maneras confusas en que estas corrientes que he identificado se mezclaron en tiempo, lugar y persona casi sin limitaciones. La sensualidad que fluye libremente en Klimt, el expresionismo agonizante de Egon Schiele, el rechazo ri-

guroso del ornamento y la configuración racional del espacio de Adolf Loos (. . .) todos perseveraban juntos en medio de una crisis de la cultura burguesa capturada en su propia rigidez pero enfrentada a los turbulentos cambios operados en la experiencia del espacio y el tiempo.

Mientras que el modernismo siempre defendió ostensiblemente los valores del internacionalismo y el universalismo, nunca pudo saldar sus cuentas con el parroquialismo y el nacionalismo. O bien se definía en oposición a estas fuerzas demasiado familiares (fuertemente identificadas con las llamadas «clases medias», aunque en absoluto de manera exclusiva con ellas) o bien tomaba el camino elitista y etnocéntrico, jactándose de que París, Berlín, Nueva York, Londres, o el lugar que fuere, eran en realidad la fuente intelectual de todo el saber vinculado a la representación y la estética. En este último caso, el modernismo era acusado de imperialismo cultural, más o menos de la misma manera en que el expresionismo abstracto quedó atrapado en los intereses nacionales de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial (véase *supra*, págs. 53-5). Hasta cierto punto, al plantear las cosas de esta forma, me estoy separando de la concepción habitual sobre el modernismo. Pero creo que, si no estamos dispuestos a ver que hasta sus aspiraciones universales son el resultado de un diálogo constante con el localismo y el nacionalismo, no podremos captar algunos de sus rasgos más importantes.

Teniendo en cuenta la importancia de esta oposición, tomaré un ejemplo expuesto de manera brillante en *Fin-de-siècle Vienna* por Carl Schorske: el contraste entre la perspectiva de Camillo Sitte y la de Otto Wagner con relación a la producción del espacio urbano. Sitte, arraigado en la tradición artesanal de Viena de fines del siglo XIX y enemigo del funcionalismo estrecho y técnico que parecía relacionarse con la ambición de lucro comercial, buscaba construir espacios que harían de la ciudad un lugar donde la gente se sintiera «segura y feliz». Esto quería decir que «la construcción de la ciudad debía ser no sólo una cuestión técnica sino estética en el sentido más elevado». Por lo tanto, se dedicó a crear espacios interiores —plazas y plazoletas— que contribuirían a la preservación y hasta la recreación de un sentido comunitario. Su propósito «consistía en superar la fragmentación y proporcionar una perspectiva de "vida comunitaria"» para el pueblo en su conjunto. A juicio de Sitte, este despliegue artístico en la configuración del espacio para crear un sentir real de comunidad era la única respuesta posible a la modernidad. Como lo resume Schorske (pág. 72): «En la fría ciudad moderna de la regla de cálculo y los barrios bajos, arrasada por el tránsito, la plaza pin-

toresca y reconfortante puede reavivar los recuerdos del pasado urbano que ha desaparecido. Este recuerdo espacialmente dramático nos dará la inspiración para crear un futuro mejor, libre del filisteísmo y el utilitarismo». ¿A qué valores coherentes podía apelar Sitte? Frente a la necesidad de un nuevo ideal «separado del mundo real y por encima de él», Sitte «exaltaba a Richard Wagner como el genio que reconocía en esta obra redentora, orientada hacia el futuro, la tarea específica del artista. El artista debe crear nuevamente el mundo que el investigador científico y comercial sin raíces ha destruido, dejando al sufriente *Volk* sin un mito vital con el cual vivir» (pág. 69).

Las ideas de Sitte (paralelas a las de una anti-modernista como Jane Jacobs y bastante populares entre los urbanistas de la actualidad) pueden ser consideradas como una reacción específica a la comercialización, al racionalismo utilitario y a las fragmentaciones e inseguridades que suelen surgir por la compresión espacio-temporal. También se proponen claramente espacializar el tiempo pero, al hacerlo, no pueden evitar estetizar la política, en el caso de Sitte a través de la apelación al mito wagneriano y a su noción de una comunidad arraigada. Sin embargo, Sitte, en este caso, cedía a un conjunto de prácticas políticas, culturales y espaciales que intentaban reforzar la solidaridad comunitaria local y la tradición frente al universalismo y el globalismo del poder del dinero, la mercantilización y la circulación del capital. Por ejemplo, Kern registra que «los festivales nacionales en Alemania en este período se realizaban en los espacios que rodeaban a los monumentos nacionales, donde las masas podían cantar y bailar». Estos eran los espacios que Sitte trató de crear.

Algo aterrador en la posterior historia de este tipo de práctica espacial es que muchos de los artesanos vieneses que Sitte defendía (junto a sus pares alemanes) se agruparían después en las plazas y plazoletas, y en los espacios vitales que Sitte quería crear, para expresar su virulenta oposición al internacionalismo; abrazaron el antisemitismo (atacaron al grupo étnico y religioso más representativo del internacionalismo, tanto del capital como del trabajo, por su condición de diáspora) y los mitos específicamente locales del nazismo en oposición al pensamiento racional utilitario de la Ilustración. Los espectáculos teatrales como los que organizaban los nazis daban vida, sin duda, al espacio y apelaban a una profunda mitología del lugar, que simbolizaba a la «comunidad», pero a la comunidad más reaccionaria. Ante el desempleo masivo, el colapso de las barreras espaciales y la consiguiente vulnerabilidad local y comunitaria al espacio y al capital, era demasiado fácil recurrir a los senti-

mientos localistas y nacionalistas más fanáticos. Yo ni siquiera indirectamente culpo a Sitte o a sus ideas de esta historia. Pero creo que es importante reconocer la conexión potencial existente entre los proyectos destinados a configurar el espacio y a estimular las prácticas espaciales, como los que sostenía Sitte, y los proyectos políticos que, en el mejor de los casos, pueden ser conservadores y, en el peor, directamente reaccionarios en sus implicaciones. En definitiva, fueron los sentimientos ligados al lugar, al Ser y a la comunidad, los que condicionaron la adhesión de Heidegger al nacional-socialismo.

Otto Wagner, un contemporáneo de Sitte, aceptó la universalidad de la modernidad con mucho más *élan*. Construyó sus ideas sobre el lema «la necesidad es la única dueña del arte», y fue así como intentó imponer orden en el caos, racionalizar la organización del movimiento sobre la base de «la eficiencia, la economía y la facilitación de los emprendimientos comerciales». Pero tuvo que apelar también a algún tipo de sentido estético dominante para vencer la «dolorosa incertidumbre» que prevalecía en un «mundo acelerado en el tiempo y el movimiento» (Schorske, 1981, pág. 85). Esa incertidumbre se podía superar sólo en una clara ruptura con el pasado, cultivando la imagen de la máquina como la forma esencial de la racionalidad eficiente y explorando cada rincón y grieta de las técnicas y los materiales modernos. En suma, Wagner fue un pionero de las formas «heroicas» del modernismo de fines del siglo XIX, que se pusieron de moda en la década de 1920 con Le Corbusier, Gropius, Mies van der Rohe y otros.

Estas dos líneas —internacionalista y localista— que abordan los fenómenos de la compresión espacio-temporal, chocaron violentamente en la guerra global de 1914-1918. El hecho de cómo se desató esa guerra y no cómo se trató de evitar es interesante precisamente porque ilustra la forma en que las condiciones de la compresión espacio-temporal, ante la ausencia de un medio adecuado que las represente, convierten a las líneas de conducta nacionales en algo imposible de determinar, y menos aun de seguir. Los nuevos sistemas de transporte y comunicaciones, observa Kern (1983, págs. 260-1), «tensaron la madeja del internacionalismo y facilitaron la cooperación internacional» al tiempo que «dividían a las naciones que se disputaban la dominación y se debatían en una serie de crisis». Es, sugiere, «una de las mayores ironías del período que una guerra mundial fuera posible sólo después de que el mundo alcanzó un grado tan alto de unión». Aun más inquietante es su registro de la crisis de julio que llevó a la guerra. En el verano de 1914, «los hombres que detentaban el poder estaban abrumados por torrentes de telegramas, conversaciones telefónicas, memorandos y noticias de prensa;

políticos experimentados se desmoronaban, y expertos negociadores caían bajo la presión de tensas confrontaciones y noches sin dormir, atormentados por las consecuencias acaso desastrosas de sus errores de juicio y de sus acciones apresuradas». Los periódicos alimentaban la ira popular, se montaban veloces movilizaciones militares, y esto contribuía a una frenética actividad diplomática que se vino abajo, simplemente, porque no se pudieron tomar con la suficiente celeridad las decisiones necesarias en los lugares necesarios para controlar en forma colectiva las tensiones bélicas. El resultado fue la guerra global. Para Gertrude Stein y también para Picasso se trató de una guerra *cubista*, y se libró en tantos frentes y en tantos espacios que la denotación parece razonable incluso globalmente.

Aun en una visión retrospectiva es difícil evaluar el impacto de ese acontecimiento en una reflexión sobre el espacio y el tiempo (véase *supra*, págs. 46-7). Debe darse cierta credibilidad al juicio de Kern, según el cual «en cuatro años se extinguió la fe en la evolución, en el progreso, y en la propia historia» en la medida en que la guerra «desgarró la urdimbre histórica y cortó a todo el mundo del pasado de manera repentina e irreparable». El desastre reiteraba de modo casi exacto las tensiones de 1848 y trastornó las percepciones del espacio y del tiempo. El relato de Taylor (1987, pág. 126) sobre lo que le ocurrió al artista alemán Beckmann resulta instructivo:

«Antes de la guerra, Beckmann había sostenido un estilo pictórico sensual de volúmenes redondeados y ricas gradaciones del espacio (. . .) Luego, en la guerra, su estilo cambió completamente. Beckmann es destinado al frente y participa de una de las batallas más feroces de la guerra, pero sigue dibujando y pintando las terribles experiencias que lo rodean con un interés casi compulsivo (. . .) Su estilo alegórico desaparece (. . .) y es reemplazado por una forma más ligera, fragmentada y poblada. A fines de 1914 escribe acerca del fascinado terror que había desarrollado por "el espacio, la distancia, el infinito". Hacia 1915, habla de ". . . este espacio infinito, cuyo primer plano uno debe volver a llenar con alguna tontería para no ver su terrible profundidad (. . .) y de este modo ocultar hasta cierto punto ese oscuro agujero negro (. . .)". Beckmann sufrió entonces una crisis a partir de la cual su arte asumió una dimensión extraña, casi inimaginable (. . .) obras cuasi místicas de carácter trascendente que no respondían a acontecimientos reales».

Pero también había algo coherente con relación al impulso modernista de crear y explorar una ruptura tan radical con el pasado. El advenimiento de la Revolución Rusa permitió a algunos, por lo me-

nos, visualizar la ruptura como una oportunidad para el progreso y para la nueva creación. Lamentablemente, el movimiento socialista se dividió, internalizando la tensión entre los objetivos internacionales y nacionales (tal como lo ponen de manifiesto los famosos debates del período entre Lenin, Luxemburgo y muchos otros alrededor de la cuestión nacional y las propuestas de socialismo en un solo país). El advenimiento de la revolución, sin embargo, permitió que un nuevo sentido de conexión entre los objetivos del modernismo y los de la revolución socialista y el internacionalismo desafiaran las arrolladoras tensiones nacionalistas de la Segunda Internacional.

El modernismo «heroico» posterior a 1920 se puede interpretar entonces como una lucha tenaz de la sensibilidad universalista contra la localista, dentro del ámbito de la producción cultural. El «heroísmo» surgía del extraordinario intento intelectual y artístico de enfrentar y dominar la crisis operada en la experiencia del espacio y el tiempo que se había constituido antes de la Primera Guerra Mundial, y de luchar contra los sentimientos nacionalistas y geopolíticos expresados por la guerra. Los modernistas heroicos trataban de demostrar que las aceleraciones, las fragmentaciones y la centralización implosiva (en particular en la vida urbana) podían representarse con una imagen singular y contenerse dentro de ella. Trataban de mostrar que el localismo y el nacionalismo podían superarse, y que se podía recuperar cierto sentido de un proyecto global para el progreso del bienestar humano. Esto implicaba un cambio de posición decisivo con respecto al espacio y al tiempo. El desplazamiento que se operó en el estilo pictórico de Kandinsky entre 1914 y 1930 es ilustrativo. Antes de la guerra, Kandinsky pinta extraordinarias telas en las que violentas esquirlas de color brillante parecen hacer implosión simultánea en la tela y explotar más allá de los bordes del marco que parece incapaz de contenerlas. Diez años después, encontramos a Kandinsky en la Bauhaus (uno de los centros clave del pensamiento y la práctica modernistas) pintando cuadros controlados sobre espacios nítidamente organizados dentro de un marco firme, que en algunos casos toman claramente la forma de planos de ciudad diagramados vistos desde una perspectiva elevada sobre el suelo (véanse las láminas 3.11 y 3.12). Si entre otras cosas el modernismo significó la sumisión del espacio a propósitos humanos, entonces el ordenamiento racional y el control del espacio como parte de una cultura moderna fundada en la racionalidad y la técnica, la supresión de las barreras espaciales y de la diferencia, debían fundirse con algún tipo de proyecto histórico. La evolución de Picasso también resulta instructiva. Al abandonar el cubismo después de la «guerra cubista», se volcó al clasicismo por un período breve después

de 1919, probablemente a causa de una búsqueda destinada a redescubrir los valores humanistas. Pero poco después vuelve a sus



Lámina 3.11 *Pinturas de Kandinsky del período anterior a la guerra de 1914, como el* Juicio Final *de 1912, muestran una percepción del espacio tan explosiva que parecen desbordar la tela con un dinamismo incontrolable.*

exploraciones de los espacios interiores a través de su total pulverización, sólo para desquitarse de la destrucción en su genial obra maestra, *Guernica*, en la que utiliza el estilo modernista como un «instrumento flexible para la conexión de múltiples puntos de vista temporales y espaciales dentro del alcance de la imagen retóricamente poderosa» (Taylor, 1987, pág. 150).

Los pensadores de la Ilustración habían postulado que el bienestar humano era su objetivo. Ese objetivo nunca estuvo lejos de la superficie de la retórica del modernismo de entreguerras. El problema era encontrar las circunstancias prácticas y los recursos financieros para realizar estos objetivos. Los rusos, atraídos sin duda por el *ethos* modernista de una ruptura radical con el pasado por razones ideológicas, proporcionaron un espacio dentro del cual pudieron desarrollarse un conjunto de experimentos —el formalismo y el constructivismo rusos son sin duda los de mayor importancia— que die-

ron lugar a un amplio espectro de iniciativas en el cine, la pintura, la literatura y la música, como también en la arquitectura. Pero el es-

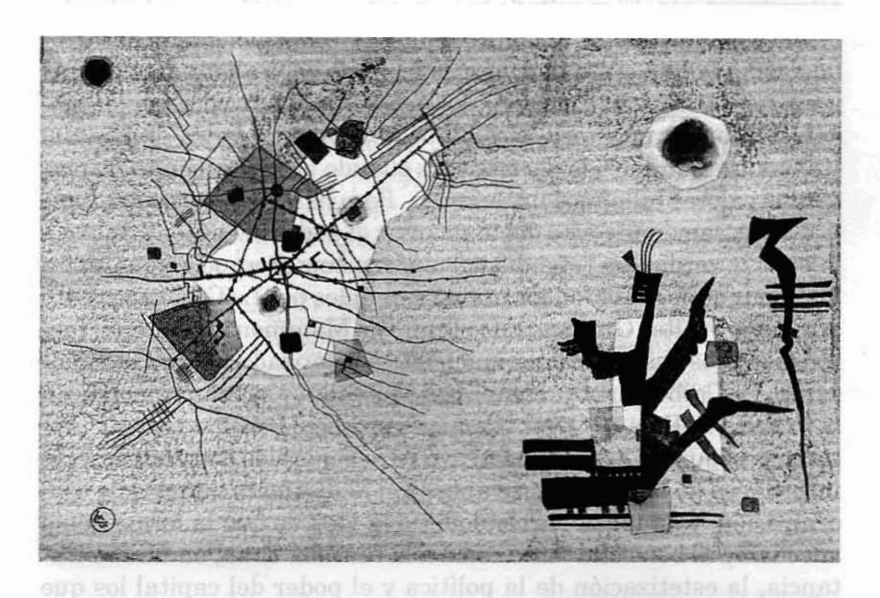


Lámina 3.12 *Después del trauma de la Primera Guerra Mundial, Kandinsky pasa a una imaginería mucho más controlada y racionalizada de la organización espacial, como en* Los dos *de 1924, que presenta un parecido más que casual con una carta urbana estilizada.*

pacio para esa experimentación tuvo un desarrollo relativamente breve, y los recursos fueron apenas suficientes, aun para aquellos que más comprometidos estaban con la causa de la revolución. Por otra parte, esta conexión entre socialismo y modernismo, aunque tenue, ensombrecía la reputación del modernismo en el Occidente capitalista, donde el vuelco hacia el surrealismo (también con matices políticos) no sirvió de remedio. En las sociedades donde la acumulación de capital —esa «misión histórica de la burguesía» como la llamaba Marx— seguía siendo el pivote efectivo de la acción, sólo había lugar para el modernismo maquinista del estilo Bauhaus.

Los afanes del modernismo también eran internos. Para empezar, nunca pudo escapar al problema de su propia estética como una diversificada espacialización. Por flexibles que fueran los proyectos de Otto Wagner o Le Corbusier en su capacidad para absorber los desarrollos y las expansiones del futuro, necesariamente fijaban un espacio en medio de un proceso histórico que era eminentemente dinámico.

No era fácil encontrar la forma de contener los procesos fluidos y en expansión en un marco espacial fijo de relaciones de poder, infraestructuras, etc. El resultado fue un sistema social que se inclinaba demasiado a una destrucción creadora parecida a la que se desarrolló despiadadamaente después de la crisis capitalista de 1929. Al igual que las espacializaciones, los artefactos producidos por los modernos (con excepciones, por supuesto, como la de los dadaístas) transmitían un sentido permanente cuando no monumental de presuntos valores humanos universales. Pero hasta Le Corbusier reconoció que semejante acto debía recurrir al poder del mito. Y aquí comienza la verdadera tragedia del modernismo. Porque los que en fin predominaron no fueron los mitos sostenidos por Le Corbusier, Otto Wagner o Walter Gropius. Fue el culto de Mammon o, peor aún, fueron los mitos suscitados por una política estetizada los que se afianzaron. Le Corbusier coqueteaba con Mussolini y se comprometía con la Francia de Pétain; Oscar Niemeyer proyectó Brasilia para un presidente populista pero la construyó para generales despiadados; las intuiciones de la Bauhaus se aplicaron al diseño de campos de concentración, y en todas partes dominó la idea de que la forma debía adecuarse al beneficio tanto como a la función. Eran, en última instancia, la estetización de la política y el poder del capital los que triunfaban sobre un movimiento estético que había mostrado cómo la compresión espacio-temporal se podía controlar y acondicionar racionalmente. Sus visiones fueron trágicamente absorbidas por propósitos que no eran, en líneas generales, los propios. El trauma de la Segunda Guerra Mundial demostró, si es que hacían falta nuevas pruebas para esta proposición, que era fácil que las espacializaciones de Hegel subvirtieran el proyecto histórico de la Ilustración (y el de Marx). Las intervenciones estéticas y geopolíticas siempre parecen implicar políticas nacionalistas y, por lo tanto, inexorablemente reaccionarias.

La oposición entre Ser y Devenir resulta central en la historia del modernismo. Esa oposición se debe considerar en términos políticos como una tensión entre el sentido del tiempo y la concentración en el espacio. Después de 1848, el modernismo como movimiento cultural luchó con esa oposición, a menudo en forma creativa. La lucha se distorsionó, en muchos aspectos, a causa del apabullante poder del dinero, el beneficio, la acumulación del capital y el poder estatal como marcos de referencia dentro de los cuales se desarrollaban todas las formas de la práctica cultural. Aun en las condiciones de una rebelión de clases extendida, la dialéctica del Ser y del Devenir ha planteado problemas al parecer inabordables. Sobre todo, los cambiantes significados del espacio y el tiempo que el capitalismo pro-

dujo han impuesto re-evaluaciones constantes en las representaciones del mundo en la vida cultural. Sólo en una era de especulación sobre el futuro y de formación de capital ficticio pudo adquirir sentido el concepto de vanguardia (tanto artística como política). La transformación en la experiencia del espacio y el tiempo tuvo mucho que ver con el nacimiento del modernismo y sus confusos recorridos de un lado a otro de la relación espacio-temporal. Si es realmente así, vale la pena analizar la proposición según la cual el posmodernismo es un tipo de respuesta a un nuevo conjunto de experiencias sobre el espacio y el tiempo, un nuevo giro en la «compresión espacio-temporal».

17. Compresión espacio-temporal y condición posmoderna

¿De qué modo han cambiado los usos y significados del espacio y el tiempo con la transición del fordismo a la acumulación flexible? Mi idea es que en estas dos últimas décadas hemos experimentado una intensa fase de compresión espacio-temporal, que ha generado un impacto desorientador y sorpresivo en las prácticas económico-políticas, en el equilibrio del poder de clase, así como en la vida cultural y social. Si bien las analogías históricas siempre resultan peligrosas, creo que no es casual que la sensibilidad posmoderna manifieste fuertes simpatías hacia algunos de los movimientos confusamente políticos, culturales y filosóficos que surgieron a comienzos de este siglo (en Viena, por ejemplo), cuando la compresión espacio-temporal era también muy exacerbada. Además advierto el renovado interés por la teoría geopolítica a partir de 1970 aproximadamente, por la estética del lugar, así como un renacimiento de la voluntad (hasta en la teoría social) de someter el problema de la espacialidad a una reconsideración general (véanse, por ejemplo, Gregory y Urry, 1985, y Soja, 1988).

La transición a la acumulación flexible se realizó en parte a través de un rápido despliegue de nuevas formas de organización y tecnologías productivas. Aunque estas últimas pueden haberse originado en el propósito de alcanzar una superioridad militar, en su aplicación procuran evitar la rigidez del fordismo y acelerar el tiempo de rotación para dar solución a los malestares del keynesianismo-fordismo que entró en franca crisis en 1973. La rapidez en la producción se lograba mediante desplazamientos dirigidos a la desintegración vertical —subcontratación, financiación externa, etc.— que revertía la tendencia fordista hacia la integración vertical y producía un incremento en el carácter indirecto de la producción, pese a la creciente centralización financiera. Otros cambios de organización —como el sistema de entregas «justo-a-tiempo», que reduce las existencias del inventario—, articulados con las nuevas tecnologías de control electrónico, producción en series pequeñas, etc., redujeron los tiempos de rotación en muchos sectores de la producción (electrónica, máquinas herramientas, automóviles, construcción,

vestido, etc.). Para los trabajadores esto implicaba una intensificación (aceleración) de los procesos laborales y un incremento en la dis-capacitación y re-capacitación requiridas para responder a las nuevas necesidades del trabajo (véase la Segunda parte).

La aceleración del tiempo de rotación en la producción supone aceleraciones paralelas en el intercambio y el consumo. El mejoramiento de los sistemas de comunicación y de información, junto con la racionalización de las técnicas de distribución (embalaje, control de inventarios, uso de contenedores, retroalimentación del mercado, etc.), daba lugar a una aceleración en la circulación de mercancías a través del sistema de mercado. Las operaciones de banca electrónica y el dinero plástico fueron algunas de las innovaciones que aceleraron el flujo inverso del dinero. También se aceleraron los servicios y mercados financieros (ayudados por las transacciones computarizadas), dando lugar a las «veinticuatro horas es mucho tiempo», lema predominante en los mercados de valores globales.

De las muchas innovaciones en el ámbito del consumo, dos tienen especial importancia. La movilización de la moda en los mercados masivos (por oposición a la elite) constituyó un medio de acelerar el ritmo del consumo no sólo en el vestido, el ornamento y la decoración, sino en todo el vasto espectro de estilos de vida y actividades de recreación (ocio y hábitos deportivos, música pop, video y juegos para niños, etc.). Una segunda tendencia fue el desplazamiento del consumo de mercancías hacia el consumo de servicios —no sólo personales, empresarios, educativos y de salud, sino también relacionados con los entretenimientos, los espectáculos, los happenings y las distracciones—. El «tiempo de vida» de esos servicios (visitar un museo, ir a un concierto de rock o al cine, asistir a conferencias o a clubes de salud), si bien resulta difícil de estimar, es mucho más corto que el de un automóvil o de una máquina de lavar. Si hay límites para la acumulación y la rotación de los bienes físicos (aunque se trate de los famosos seis mil pares de zapatos de Imelda Marcos), tiene sentido que los capitalistas se vuelvan hacia el suministro de servicios de consumo muy efímeros. Esta búsqueda puede estar en la raíz de la acelerada penetración capitalista, observada por Mandel y Jameson (véase *supra*, pág. 81), en muchos sectores de la producción cultural a partir de mediados de la década de 1960.

Entre las innumerables consecuencias que surgieron de esta aceleración general en los tiempos de rotación del capital, me concentraré en aquellas que tuvieron una influencia particular en las formas posmodernas de pensar, sentir y actuar.

La primera consecuencia importante ha sido la acentuación de la volatilidad y transitoriedad de las modas, productos, técnicas de

producción, procesos laborales, ideas e ideologías, valores y prácticas establecidas. La noción de que «todo lo sólido se disuelve en el aire» rara vez ha estado más presente (lo cual seguramente da cuenta del volumen de trabajos sobre ese tema producidos en los últimos años). Ya hemos evaluado el efecto de este proceso en los mercados laborales y en las habilidades (véase la Segunda parte). Mi interés aquí consiste en analizar los efectos más generales en la sociedad.

En el reino de la producción de mercancías, el efecto fundamental ha sido la acentuación de los valores y virtudes de la instantaneidad (comidas y otras gratificaciones al instante y rápidas) y de lo desechable (tazas, platos, cubiertos, envoltorios, servilletas, ropa, etc.). La dinámica de una sociedad de «desperdicio», como la catalogan escritores como Alvin Toffler (1970), empezó a ponerse de manifiesto en el curso de la década de 1960. Significaba algo más que tirar a la basura bienes producidos (dando lugar al problema monumental del tratamiento de lo desechado); significaba también ser capaz de desechar valores, estilos de vida, relaciones estables, apego por las cosas, edificios, lugares, gente y formas de hacer y de ser tradicionales. Estas fueron las formas inmediatas y tangibles en las que el «impulso de aceleración en la sociedad más vasta» se estrellaba contra la «experiencia cotidiana común del individuo» (Toffler, pág. 40). A través de estos mecanismos (que demostraban ser muy eficaces desde el punto de vista de la aceleración de la rotación de bienes en el consumo), los individuos se veían obligados a tratar con lo desechable, con la novedad y con la perspectiva de la obsolescencia instantánea. «Comparadas con la vida en una sociedad de transformaciones menos veloces, hoy se presentan más situaciones que se canalizan a través de un intervalo de tiempo determinado: y esto implica profundas modificaciones en la psicología humana». Esto, sugiere Toffler, crea «una temporariedad en la estructura de los sistemas de valor públicos y personales» que a su vez proporciona un contexto para el «resquebrajamiento del consenso» y la diversificación de los valores dentro de una sociedad en fragmentación. El bombardeo de estímulos, sólo en el plano de las mercancías, crea unos problemas de sobrecarga sensorial frente a los cuales parece insignificante la disección que hizo Simmel a comienzos del siglo de los problemas de la vida urbana modernista. Sin embargo, precisamente a causa de las cualidades relativas del desplazamiento, las respuestas psicológicas se sitúan en líneas generales dentro del repertorio de las que identificó Simmel: bloqueo de los estímulos sensoriales, negación, y cultivo de la actitud de hastío, de la especialización miope, regreso a imágenes de un pasado perdido (de allí la importancia de los recordatorios, de los museos y de las ruinas) y

simplificación excesiva (tanto en la presentación de la persona como en la interpretación de los acontecimientos). En este sentido, es instructivo ver cómo Toffler (págs. 326-9), en un momento muy posterior de la compresión espacio-temporal, se hace eco del pensamiento de Simmel, cuyas ideas se formaron en un momento de trauma similar, más de setenta años antes.

Desde luego, la volatilidad hace extremadamente difícil la planificación de largo plazo. Sin duda, aprender a manejar bien la volatilidad es hoy tan importante como acelerar el tiempo de rotación. Esto significa o volverse eminentemente adaptable y moverse con celeridad para responder a los desplazamientos del mercado o dominar la volatilidad. La primera estrategia busca fundamentalmente la planificación de corto plazo más que la de largo plazo, y el cultivo del arte de hacer beneficios en el corto plazo donde se pueda. Este ha sido un rasgo notable de la gerencia estadounidense de los últimos años. La estabilidad promedio en los cargos de los funcionarios ejecutivos de las compañías se ha reducido a cinco años, y compañías nominalmente involucradas en la producción suelen buscar ganancias de corto plazo a través de fusiones, adquisiciones u operaciones en los mercados financieros y monetarios. La tensión de la performance gerencial en este ambiente es considerable y produce toda clase de efectos colaterales, como la llamada «gripe del yuppie» (tensión psicológica que paraliza el desempeño de gente talentosa y que produce síntomas crónicos semejantes a los de la gripe) o el estilo de vida frenético de los operadores financieros a quienes la adicción al trabajo, las largas horas de labor y el cultivo del poder los convierte en candidatos ideales para el tipo de mentalidad esquizofrénica que describe Jameson.

Por otra parte, dominar la producción de la volatilidad o intervenir activamente en ella entraña la manipulación del gusto y de la opinión a través de, por ejemplo, el liderazgo de la moda o la saturación del mercado con imágenes que utilizan la volatilidad para fines particulares. Esto significa, en ambos casos, la construcción de nuevos sistemas de signos e imágenes, lo que por sí constituye un aspecto importante de la condición posmoderna: que debe ser considerada desde varios ángulos diferentes. Para empezar, las imágenes de la publicidad y de los medios (como hemos visto en la Primera parte) desempeñan un rol mucho más integral en las prácticas culturales, y hoy alcanzan una importancia mucho mayor en la dinámica de crecimiento del capitalismo. Más aun: la publicidad ya no se construye en torno de la idea de informar o promover en el sentido usual, sino que es un engranaje que manipula los deseos y gustos a través de imágenes que pueden relacionarse o no con el producto que se

proponen vender (véase la lámina 1.6). Si despojáramos a la publicidad moderna de sus tres temas de referencia, el dinero, el sexo y el poder, poco quedaría de ella. Más aún, las imágenes, en un sentido, se han convertido en mercancías. Este fenómeno ha llevado a Baudrillard (1981) a sostener que el análisis de la producción de mercancías de Marx está pasado de moda porque hoy el capitalismo se dedica sobre todo a la producción de signos, imágenes y sistemas de signos y no a las mercancías en sí mismas. La transición que señala Baudrillard es importante, aunque en realidad no es difícil extender la teoría de la producción de mercancías de Marx para explicar este fenómeno. Es cierto que los sistemas de producción y comercialización de imágenes (como los mercados de la tierra, los bienes públicos o la fuerza de trabajo) presentan algunos rasgos especiales que es preciso tener en cuenta. Sin duda, el tiempo de rotación de ciertas imágenes por parte del consumidor puede ser muy breve (y aproximarse casi al ideal del «abrir y cerrar de ojos» que Marx consideraba óptimo desde el punto de vista de la circulación del capital). Muchas imágenes también pueden ser comercializadas masivamente a través del espacio en forma instantánea. Si se tienen en cuenta las presiones para acelerar el tiempo de rotación (y superar las barreras espaciales), la mercantilización de las imágenes de tipo más efímero parecería ser una bendición divina desde el punto de vista de la acumulación del capital, en particular cuando otros caminos para aligerar la hiper-acumulación parecen bloqueados. La condición efímera y la comunicabilidad instantánea a través del espacio se convierten entonces en virtudes que pueden ser exploradas y explotadas por los capitalistas para sus propios fines.

Pero las imágenes deben desempeñar otras funciones. Las corporaciones, los gobiernos, los dirigentes políticos e intelectuales, todos, valoran una imagen estable (aunque dinámica) integrada en su aura de autoridad y poder. La mediatización de la política hoy está en todas partes. En realidad, ella se convierte en el medio huidizo, superficial e ilusorio a través del cual una sociedad individualista, de gente de paso, exhibe su nostalgia por los valores comunes. La producción y la comercialización de esas imágenes de permanencia y poder exigen un refinamiento considerable, porque la continuidad y la estabilidad de la imagen deben ser conservadas a la vez que se acentúan las características de adecuación, flexibilidad y dinamismo de quienquiera o de cualquier cosa que sea puesta en la imagen. Más aun, la imagen se vuelve absolutamente importante en la competencia, no sólo a través del reconocimiento de la marca, sino también a través de las diversas asociaciones de «respetabilidad», «calidad», «prestigio», «confiabilidad» e «innovación». La competencia

en el rubro de la construcción de la imagen se vuelve un aspecto vital de la competencia inter-empresaria. El éxito es tan altamente redituable que la inversión en la construcción de la imagen (patrocinio de las artes, exposiciones, producciones televisivas, nuevos edificios, comercialización directa) resulta tan importante como la inversión en nuevas instalaciones y maquinarias. La imagen sirve para instaurar una identidad en el mercado. Esto es válido también para los mercados laborales. La adquisición de una imagen (por la compra de un sistema de signos, como el del diseñador de ropa y el auto adecuado) es un elemento de singular importancia en la presentación de la persona en los mercados laborales y, por extensión, constituye un componente integral en la búsqueda de identidad individual, auto-afirmación y sentido. Abundan las señales divertidas aunque tristes de este tipo de búsqueda. Una firma de California produce imitaciones de teléfonos para automóviles, que no pueden distinguirse de los verdaderos, y los vende como pan caliente a una población desesperada por adquirir esos signos de prestigio. Las consultorías de imagen personal se han convertido en un gran negocio en la ciudad de Nueva York, anuncia el *International Herald Tribune*, ya que alrededor de un millón de personas por año de esa región urbana se anotan en cursos que se dictan en firmas como Articulación de la Imagen, Constructores de Imagen, Artistas de la Imagen y Creadores de Imagen. «En la actualidad, la gente se hace una idea acerca de usted aproximadamente en un décimo de segundo», dice un consultor de imagen. «Simúlela mientras la fabrica», es el eslogan de otro.

Desde luego, los símbolos de riqueza, status, prestigio y poder así como de clase fueron importantes en la sociedad burguesa, pero es posible que nunca lo hayan sido tanto como ahora. La opulencia material creciente generada durante el boom fordista de posguerra planteó el problema de convertir los mayores ingresos en una demanda efectiva que diera satisfacción a las crecientes aspiraciones de la juventud, las mujeres y los trabajadores. La capacidad para producir más o menos a voluntad imágenes como mercancías da lugar a que la acumulación proceda, por lo menos en parte, sobre la base de la pura producción y comercialización de la imagen. Es así como el carácter efímero de esas imágenes se puede interpretar en parte como una lucha de los grupos oprimidos de cualquier índole por establecer su propia identidad (con arreglo a la cultura de la calle, los estilos musicales, los usos y las modas que ellos mismos construyen) y convertir rápidamente esas innovaciones en ventajas comerciales (Carnaby Street a fines de la década de 1960 demostró ser una excelente pionera). El efecto es que parece que viviéramos

en un mundo de efímeras imágenes creadas. Los impactos psicológicos de sobrecarga sensorial, como los que señalan Simmel y Toffler, funcionan con un efecto redoblado.

Los materiales para producir y reproducir esas imágenes, en los casos en que no se disponía ya de ellos, fueron en sí mismos el objeto de la innovación: cuanto mejor es la réplica de la imagen, más puede crecer el mercado masivo para la creación de la imagen. Este constituye un tema importante que nos lleva a considerar en forma más explícita el rol del «simulacro» en el posmodernismo. Por «simulacro» se entiende un grado de imitación tan perfecto que se vuelve casi imposible detectar la diferencia entre el original y la copia. La producción de imágenes como simulacros es relativamente fácil gracias a las técnicas modernas. En la medida en que la identidad depende cada vez más de las imágenes, las réplicas seriales y reiteradas de las identidades (individuales, empresarias, institucionales y políticas) se convierten en una posibilidad y en un problema real. Podemos ver funcionar esto en el campo de la política a medida que los constructores de imagen y los medios adquieren más importancia en la configuración de las identidades políticas. Pero hay muchos campos más tangibles donde el simulacro tiene un papel más importante. Con los materiales de construcción modernos es posible hacer la réplica de edificios antiguos con tanta exactitud como para poner en duda la autenticidad o los orígenes. La manufactura de antigüedades u otros objetos artísticos es absolutamente posible, de modo que las imitaciones muy bien realizadas se convierten en un serio problema para el negocio de los coleccionistas de arte. Por lo tanto, no sólo tenemos la capacidad de acumular imágenes del pasado o de otros lugares en forma ecléctica y simultánea a través de la pantalla de la televisión, sino que hasta podemos transformar esas imágenes en simulacros materiales bajo la forma de construcciones de edificios, acontecimientos y espectáculos que, en muchos aspectos, casi no se pueden distinguir de los originales. Una cuestión que retomaremos luego es qué ocurre con las formas culturales cuando las imitaciones se vuelven reales y las formas reales asumen muchas de las cualidades de una imitación.

También es un tema muy especial la organización y las condiciones del trabajo que prevalecen en lo que podríamos llamar en forma general la «industria de producción de la imagen». En todo caso, una industria de este tipo tiene que confiar en los poderes de innovación de los productores directos. Estos últimos tienen una existencia incierta, mitigada por recompensas muy altas para los exitosos y por un aparente control sobre sus propios procesos laborales y poderes creativos. El crecimiento de la producción cultural ha sido efectiva-

mente impresionante. Taylor (1987, pág. 77) compara las condiciones del mercado artístico de Nueva York en 1945, cuando había sólo un puñado de galerías y no más de una veintena de artistas que exponían de una manera regular, y los dos mil artistas, aproximadamente, que trabajaban en París o en sus alrededores a mediados del siglo XIX, con los ciento cincuenta mil artistas de la región de Nueva York que reclaman status profesional, exponen en unas 680 galerías y producen más de quince millones de obras de arte (comparadas con las doscientas mil de fines del siglo XIX en París). Y esto es sólo la punta del iceberg de la producción cultural, que incluye entretenimientos locales y diseñadores gráficos, músicos callejeros y de pubs, fotógrafos, así como escuelas de arte, música, teatro, y otras más establecidas y reconocidas. En forma condensada es lo que Daniel Bell (1978, pág. 20) llama «la masa cultural» definida como:

«no los creadores de cultura sino los transmisores: los que trabajan en la instrucción superior, la publicidad, las revistas, los medios de emisión, el teatro y los museos; ellos procesan la recepción de productos culturales serios e influyen sobre ella. Se trata de una masa lo suficientemente grande para constituir un mercado de cultura: compra de libros, de publicaciones y de grabaciones de música seria. Y es también el grupo que, como los escritores, redactores de revistas, realizadores cinematográficos, músicos, etc., produce los materiales populares para el público más amplio de la cultura masiva».

Toda esta industria se especializa en la aceleración del tiempo de rotación a través de la producción y comercialización de imágenes. Se trata de una industria donde las reputaciones se hacen y se pierden de un día para otro, donde el dinero grande habla en términos claros, y donde hay un fermento de creatividad intensa, a menudo individual, que se derrama en el gran recipiente de la cultura de masas serializada y repetida. Es la que organiza las novedades y modas y, como tal, produce activamente la condición efímera que siempre ha sido fundamental en la experiencia de la modernidad. Se convierte en un medio social destinado a producir esa sensación de horizontes temporales que colapsan, de los que a su vez tan ávidamente se alimenta.

La popularidad de un libro como el de Alvin Toffler, *Future shock*, reside precisamente en su apreciación augural de la velocidad con la que el futuro se descuenta en el presente. De allí surge también un colapso de las distinciones culturales entre la «ciencia» y la ficción «común» (por ejemplo, en la obra de Thomas Pynchon y Doris Lessing), así como una fusión del cine de entretenimiento con el cine de

los universos futuristas. Podemos ligar la dimensión esquizofrénica de la posmodernidad, en la que insiste Jameson (*supra*, págs. 71-2), con las aceleraciones en los tiempos de rotación de la producción, el intercambio y el consumo, que causan, por así decirlo, la pérdida de un sentido de futuro, excepto cuando el futuro puede descontarse en el presente. La volatilidad y el carácter efímero también hacen difícil mantener un sentido de continuidad firme. La experiencia pasada se comprime en un presente sobrecogedor. Italo Calvino (1981, pág. 8) registra de esta forma el efecto en su arte de escribir novelas:

«escribir largas novelas hoy es quizás una contradicción: la dimensión del tiempo ha sido destrozada, no podemos vivir ni pensar si no es en fragmentos de tiempo, cada uno de los cuales sigue su propia trayectoria y desaparece inmediatamente. Podemos redescubrir la continuidad del tiempo sólo en las novelas de ese período en que el tiempo ya no parecía detenido y no parecía haber explotado, un período que duró no más de unos cien años».

Baudrillard (1986), que no le teme a la exageración, considera a los Estados Unidos como una sociedad que, con su devoción por la velocidad, el movimiento, las imágenes cinematográficas y los arreglos tecnológicos, ha podido generar una crisis de la lógica explicativa. Representa, sugiere, «el triunfo del efecto sobre la causa, de la instantaneidad sobre el tiempo como profundidad, el triunfo de la superficie y de la pura objetualización sobre la profundidad del deseo». Por supuesto, este es el tipo de contexto en el que el deconstruccionismo puede florecer. Si no es posible decir nada sólido y permanente en medio de este mundo efímero y fragmentado, entonces, ¿por qué no sumarnos al juego (de lenguaje)? Todo, desde la escritura de novelas y la filosofía hasta la experiencia del trabajo o de hacer una casa, debe enfrentar el desafío de la aceleración del tiempo de rotación y la veloz desaparición de los valores tradicionales e históricamente adquiridos. El contrato temporario en todo, como observa Lyotard (véase *supra*, pág. 134), se convierte en el signo de la vida posmoderna.

Pero, como ocurre tan a menudo, la sumersión en el torbellino de la condición efímera ha provocado una explosión de sentimientos y tendencias opuestas. Para empezar, surgen todo tipo de medios técnicos para defendernos de impactos futuros. Las firmas subcontratan o recurren a prácticas de empleo flexibles para descontar los costos potenciales del desempleo, de los futuros desplazamientos del mercado. Los mercados de valores futuros de todo, desde cereales o tripas de cerdo hasta monedas y deudas del gobierno, junto con la

«securitización» de toda clase de deudas temporarias y flotantes, ilustran técnicas para descontar el futuro en el presente. Hay una amplia disponibilidad de compensaciones del sistema de seguros contra la volatilidad futura.

También aparecen cuestiones de significado e interpretación más profundas. Cuanto mayor es el carácter efímero, mayor es la presión para descubrir o producir algún tipo de verdad eterna que pudiera haber en esto. El renacimiento religioso que se ha dado cada vez con más fuerza desde fines de la década de 1960, y la búsqueda de autenticidad y autoridad en la política (con todos sus avíos de nacionalismo y localismo, y de admiración por los individuos carismáticos y «versátiles», y su «voluntad de poderío» nietzscheana), son ejemplos de ello. El renovado interés por las instituciones fundamentales (como la familia y la comunidad), y la búsqueda de raíces históricas, son signos de la búsqueda de vínculos más seguros y de valores más duraderos en un mundo cambiante. Rochberg-Halton (1986, pág. 173), en un estudio por muestreo sobre los residentes de Chicago del Norte en 1977, encontró, por ejemplo, que los objetos realmente valorados en la casa no eran los «trofeos pecuniarios» de una cultura materialista que hacían las veces de «índices visibles de la clase socioeconómica, la edad, el género, etc.», sino los artefactos que encarnaban «los lazos con las personas amadas y los familiares, las experiencias y actividades valoradas, y los recuerdos de acontecimientos significativos de la vida y de la gente». Fotografías, objetos particulares (como un piano, un reloj, una silla), y acontecimientos (escuchar un disco con una pieza de música, cantar una canción) son el centro de una memoria contemplativa y, por lo tanto, generadores de un sentimiento de identidad que es ajeno a la sobrecarga sensorial de la cultura y de la moda consumistas. La casa resulta un museo privado para protegerse de los estragos de la compresión espacio-temporal. Es más, al mismo tiempo que el posmodernismo proclama la «muerte del autor» y el auge del arte anti-aurático en el ámbito público, el mercado artístico toma mayor conciencia del poder monopólico de la firma del artista y de los problemas vinculados a la autenticidad y la imitación (más allá de que un Rauschenberg sea un mero montaje de reproducciones). Quizá sea apropiado que la construcción posmodernista, sólida como el granito rosa del edificio de AT&T de Philip Johnson, se financie con deuda, se levante con capital ficticio, y arquitectónicamente se conciba, al menos en lo exterior, en el espíritu más de la ficción que de la función.

Los ajustes espaciales no han sido menos traumáticos. Los sistemas de comunicaciones satelitales desplegados desde principios de la década de 1970 permitieron que el costo unitario y el tiempo de

comunicación fueran invariables con respecto a la distancia. Vía satélite, cuesta lo mismo comunicarse a 800 que a 8000 km. Las tarifas de flete aéreas sobre las mercancías también han disminuido notablemente, mientras que el sistema de contenedores ha reducido el costo de las cargas marítimas y del transporte por carretera. Hoy es posible que una gran corporación multinacional, como Texas Instruments, opere plantas con toma de decisión simultánea sobre los costos financieros, de comercialización, de insumos; sobre el control de calidad y sobre las condiciones del proceso laboral en más de cincuenta puntos diferentes del globo (Dicken, 1986, págs. 110-3). La difusión masiva de la televisión unida a la comunicación satelital permite experimentar un torrente de imágenes pertenecientes a espacios diferentes casi de manera simultánea, de modo que los espacios del mundo pasan a ser una serie de imágenes sobre la pantalla televisiva. Todo el mundo puede ver los Juegos Olímpicos, la Copa del Mundo, la caída de un dictador, una cumbre política, una tragedia fulminante. . . mientras que el turismo masivo, los filmes hechos en lugares espectaculares, construyen un amplio espectro de experiencias simuladas o vicarias de lo que el mundo ofrece para muchos. La imagen de lugares y espacios resulta tan abierta a la producción y al uso efímero como cualquier otra.

En resumen, hemos asistido a otro feroz episodio del proceso de aniquilamiento del espacio por el tiempo, que siempre ha estado en el centro de la dinámica del capitalismo (véase la lámina 3.2). Marshall McLuhan refiere que, a mediados de la década de 1960, había concebido la transformación de la «aldea global» en una realidad de las comunicaciones:

«Al cabo de tres mil años de explosión, por medio de las tecnologías fragmentarias y mecánicas, el Mundo Occidental pasa a un proceso de implosión. En el curso de las épocas mecánicas, habíamos extendido nuestros cuerpos en el espacio. Hoy, tras más de un siglo de tecnología electrónica, hemos extendido nuestro sistema nervioso central hasta una inclusión global, aboliendo tanto el espacio como el tiempo, por lo menos en lo que respecta a nuestro planeta».

En los últimos años, una profusión de trabajos escritos, por ejemplo la *Esthétique de la disparition* de Virilio (1980), se proponen explorar las consecuencias culturales de la presunta desaparición del tiempo y el espacio como dimensiones materializadas y tangibles de la vida social.

Sin embargo, el colapso de las barreras espaciales no quiere decir que la significación del espacio disminuya. No es la primera vez en

la historia del capitalismo que encontramos testimonios que avalan la tesis contraria. La competencia acrecentada en condiciones de crisis ha obligado a los capitalistas a prestar mucha más atención a las ventajas relativas de la localización, precisamente porque disminuir las barreras espaciales permite que los capitalistas exploten las menores diferenciaciones espaciales con buenos resultados. Así, las pequeñas diferencias en aquello que el espacio contiene bajo la forma de abastecimientos, recursos, infraestructuras y cuestiones semejantes han adquirido una mayor significación. La superioridad en el control del espacio se convierte en un arma aún más importante en la lucha de clases. Se trata de uno de los medios para imponer la intensificación y la redefinición de las competencias a fuerzas de trabajo rebeldes. La movilidad geográfica y la descentralización se utilizan contra un poder sindical que, tradicionalmente, se concentraba en las fábricas de producción masiva. La huida de capitales, la desindustrialización de algunas regiones y la industrialización de otras, la destrucción de las comunidades obreras tradicionales como fundamentos de poder en la lucha de clases, se convierten en temas recurrentes de la transformación espacial en las condiciones de la acumulación flexible (Martin y Rowthorn, 1986; Bluestone y Harrison, 1982; Harrison y Bluestone, 1988).

La disminución de las barreras espaciales nos sensibiliza mucho más para los contenidos de los espacios mundiales. La acumulación flexible suele explotar un amplio espectro de circunstancias geográficas presuntamente contingentes, reconstituyéndolas como elementos estructurados internos de su propia lógica abarcadora. Por ejemplo, las diferenciaciones geográficas en la modalidad y la eficacia en el control sobre la mano de obra, junto con las variaciones en la calidad así como en la cantidad de la fuerza de trabajo, asumen una significación mucho mayor en las estrategias de localización de las corporaciones. Surgen nuevos complejos industriales, a veces de la nada (como los diversos Silicon Valleys) pero, más a menudo, sobre la base de una mezcla de capacidades y recursos preexistentes. La «Tercera Italia» (Emilia-Romagna) se erige a partir de una mezcla peculiar de empresas cooperativas, trabajo artesanal y administraciones comunistas locales ansiosas por generar empleo, e introduce sus productos vinculados al vestido, con increíble éxito, en una economía mundial altamente competitiva. Flandes atrae capitales extranjeros sobre la base de una oferta laboral capacitada, dispersa y flexible, con una fuerte hostilidad hacia el sindicalismo y el socialismo. Los Angeles importa los sistemas de trabajo patriarcales sumamente exitosos del Sudeste Asiático, a través de la inmigración masiva, mientras que el sistema de control laboral paternalista de

los japoneses y los taiwaneses es trasladado a California y a Gales del Sur. La historia, en cada caso, es diferente, de modo tal que el carácter singular de esta o aquella circunstancia geográfica importa más que nunca. Sin embargo, eso ocurre, irónicamente, sólo por el colapso de las barreras espaciales.

Si bien el control sobre la mano de obra siempre constituye un elemento fundamental, hay muchos otros aspectos de la organización geográfica que han adquirido una nueva importancia en las condiciones de mayor acumulación flexible. La necesidad de información precisa y de comunicaciones rápidas ha acentuado el rol de las llamadas «ciudades mundiales» en el sistema financiero y corporativo (centros equipados con telepuertos, aeropuertos, lazos fijos de comunicación, así como un amplio repertorio de servicios financieros, legales, de negocios e infraestructura). La disminución de las barreras espaciales da lugar a la reafirmación y realineamiento de la jerarquía dentro de lo que es hoy un sistema urbano global. La disponibilidad local de recursos materiales de calidad especial, o a costos marginales más bajos, comienza a ser cada vez más importante, como se vuelven importantes las variaciones locales en el gusto del mercado que hoy pueden ser explotadas más fácilmente con una producción en series pequeñas y diseño flexible. También cuentan las diferencias locales en capacidades empresariales, capital de riesgo, *know-how* científico y técnico, actitudes sociales, mientras que las redes locales de influencia y poder, las estrategias de acumulación de las elites gobernantes locales (entendidas como opuestas a las políticas del Estado nacional) también intervienen con mayor profundidad en el régimen de acumulación flexible.

Pero esto también plantea otra dimensión referida al rol cambiante de la espacialidad en la sociedad contemporánea. Si los capitalistas se muestran cada vez más sensibles a las cualidades espacialmente diferenciadas que componen la geografía mundial, es posible que los pueblos y los poderes que controlan esos espacios los modifiquen a fin de que resulten más atractivos para el capital de gran movilidad. Por ejemplo, las elites gobernantes locales pueden implementar estrategias de control local sobre la mano de obra, de mejora de las capacitaciones, de suministros de infraestructura, de política de impuestos, regulación estatal, etc., y promover así el desarrollo de este espacio particular. En medio de las crecientes abstracciones del espacio, deben acentuarse las cualidades del lugar. La producción activa de lugares con cualidades especiales constituye un objetivo importante en la competencia espacial entre zonas, ciudades, regiones y naciones. Formas de mando corporativas pueden florecer en estos espacios y asumir roles empresariales en la produc-

ción de climas favorables a los negocios y otras cualidades específicas. Y es en este contexto donde podemos concebir mejor el esfuerzo, que anotamos en la Primera parte (págs. 108-13), destinado a que las ciudades forjen una imagen distintiva y creen una atmósfera del lugar y la tradición, que actuará como un señuelo tanto para el capital como para la gente «adecuada» (es decir, rica e influyente). La fuerte competencia entre lugares debería conducir a la producción de espacios más diversificados dentro de la creciente homogeneidad del intercambio internacional. Sin embargo, como el nivel de esta competencia abre las ciudades a los sistemas de acumulación, termina generando lo que Boyer (1988) llama una monotonía «recursiva» y «serial», que «a partir de pautas o moldes conocidos produce lugares casi idénticos de una ciudad a otra: el South Street Seaport de Nueva York, el Quincy Market de Boston, el Harbor Place de Baltimore».

Nos aproximamos así a la paradoja central: cuanto menos importantes son las barreras espaciales, mayor es la sensibilidad del capital a las variaciones del lugar dentro del espacio, y mayor el incentivo para que los lugares se diferencien a fin de hacerse atractivos para el capital. El resultado ha sido producir una fragmentación, una inseguridad y un desarrollo desigual efímero en un espacio económico global altamente unificado de flujos de capital. La tensión histórica dentro del capitalismo entre la centralización y la descentralización ahora es abordada en nuevas formas. La extraordinaria descentralización y proliferación de la producción industrial hace que los productos de Benetton o de Laura Ashley se encuentren en casi todos los shoppings producidos de manera serial en el mundo capitalista avanzado. Es evidente que la nueva vuelta de tuerca en la compresión espacio-temporal está preñada de peligros, al mismo tiempo que ofrece posibilidades de supervivencia a lugares específicos o da solución al problema de la hiper-acumulación.

La geografía de la desvalorización a través de la desindustrialización, el crecimiento del desempleo local, los déficit fiscales, la desaparición de los activos locales, y otras cuestiones semejantes, constituyen sin duda un panorama lastimoso. Pero al menos podemos observar su lógica dentro del marco de la búsqueda de una solución para el problema de la hiper-acumulación a través del impulso de sistemas flexibles y más móviles de acumulación. Y también hay razones *a priori* para sospechar (además existen testimonios que avalan la idea) que las regiones de máxima agitación y fragmentación son también regiones que parecen estar mejor situadas para sobrevivir a los traumas de la depreciación en el largo plazo. Parece evidente que, en la lucha por la supervivencia local en un mundo

donde las oportunidades de crecimiento positivo están seriamente limitadas, más vale una pequeña depreciación ahora, que una depreciación masiva después. La reindustrialización y reestructuración no pueden realizarse sin una desindustrialización y depreciación previas.

Ninguno de estos desplazamientos en la experiencia del espacio y el tiempo tendrían el sentido o el impacto que tienen sin un desplazamiento radical en la forma en que el valor es representado como dinero. Aunque haya dominado por tanto tiempo, el dinero nunca constituyó una representación clara o unívoca del valor, y en algunas ocasiones se vuelve tan confuso que se convierte en una gran fuente de inseguridad e incertidumbre. Con posterioridad a la guerra, la cuestión del dinero mundial se instauró sobre una base regularmente estable. El dólar norteamericano se convirtió en el intermediario del comercio mundial, respaldado técnicamente por una convertibilidad fija en oro y respaldado en lo político y lo económico por el poder avasallante del aparato productivo de los Estados Unidos. El espacio del sistema de producción norteamericano se convirtió, efectivamente, en el garante del valor internacional. Ahora bien, como vimos, uno de los signos de desmoronamiento del sistema keynesiano-fordista fue el desmoronamiento del acuerdo de Bretton Woods, de la convertibilidad de los dólares norteamericanos en oro y el paso a un sistema global de tipos de cambio flotantes. El desmoronamiento sobrevino en parte a causa de las dimensionalidades cambiantes del espacio y el tiempo, generadas por la acumulación del capital. El crecimiento de la deuda (en especial dentro de los Estados Unidos) y la mayor competencia internacional desde los espacios reconstruidos de la economía mundial bajo condiciones de acumulación contribuyeron mucho a deteriorar el poder económico de los Estados Unidos como garante exclusivo del dinero mundial.

Los efectos son innumerables. Nunca ha estado lejos de la superficie de las preocupaciones recientes el problema de la representación que debiera tener ahora el valor, de la forma que debería tomar el dinero y el significado que podemos asignar a las diversas formas del dinero de que disponemos. A partir de 1973, el dinero se ha «desmaterializado» en el sentido de que ya no tiene un nexo formal o tangible con los metales preciosos (si bien estos han seguido desempeñando un rol como una de las formas potenciales del dinero entre muchas otras) ni con otras mercancías tangibles. Tampoco depende exclusivamente de la actividad productiva que se desenvuelve en un espacio específico. El mundo, por primera vez en su historia, se atiene a formas inmateriales del dinero: por ejemplo, dinero tasado cuantitativamente en cifras de alguna moneda (dólares, yenes, mar-

cos alemanes, libras esterlinas, etc.). Los tipos de cambio entre las diferentes monedas del mundo también se han vuelto sumamente volátiles. Se pueden perder o ganar fortunas por el simple hecho de tener el tipo de dinero que conviene en los períodos convenientes. La cuestión de qué moneda poseo está ligada directamente a cuál es el lugar en el que deposito mi confianza. Esto puede tener alguna relación con el poder y la posición económica competitiva de sistemas nacionales diferentes. Dada la flexibilidad de la acumulación en el espacio, ese poder resulta una magnitud de rápido desplazamiento. El efecto es que los espacios que apuntalan la determinación del valor se vuelven tan inestables como el propio valor. Este problema se complica por la forma en que los desplazamientos especulativos pasan por alto el poder y el rendimiento económicos reales y luego desencadenan expectativas que se cumplen por sí solas. La desvinculación del sistema financiero de la producción activa y de cualquier base monetaria material pone en cuestión la confiabilidad del mecanismo fundamental mediante el cual se representa el valor.

Estas dificultades han tenido una presencia preponderante en el proceso de devaluación del dinero, la medida del valor, a través de la inflación. Los niveles de inflación de la era keynesiano-fordista (por lo general de un 3 % y rara vez superiores al 5 %) cedieron desde 1969 en adelante y luego se aceleraron en todos los países capitalistas más importantes durante la década de 1970 hasta alcanzar los dos dígitos (véase la figura 2.8). Peor todavía, la inflación se volvió altamente inestable, entre y dentro de los países, dejando a todo el mundo en la duda acerca de cuál sería el verdadero valor (el poder de compra) de una moneda particular en el futuro próximo. En consecuencia, el dinero perdió su calidad de medio para conservar el valor por períodos largos (la tasa de interés real, evaluada como tasa de interés del dinero menos la tasa de inflación, fue negativa durante muchos años en la década de 1970, lo que desapropiaba a los ahorristas del valor que trataban de guardar). Fue preciso encontrar otros medios de almacenar valor de una manera efectiva. Y así comenzó la vasta inflación en ciertos precios de activos: objetos de colección, obras de arte, antigüedades, casas, etc. Comprar un Degas o un Van Gogh en 1973 habría aventajado con seguridad a casi cualquier otra inversión en términos de ganancias de capital. Sin duda, puede argumentarse que el crecimiento del mercado de arte (con su preocupación por la firma del autor) y la fuerte comercialización de la producción cultural desde la década de 1970, aproximadamente, tuvo mucha relación con la búsqueda de otros medios de atesorar valores cuando las formas usuales del dinero resultaron deficientes. La inflación de mercancías y de precios, aunque controlada

hasta cierto punto en los países capitalistas avanzados durante la década de 1980, en modo alguno ha dejado de ser un problema. Tiene un carácter desenfrenado en países como México, Argentina, Brasil e Israel (todos en niveles del cien por ciento), y la perspectiva de la inflación generalizada se cierne como una amenaza en los países capitalistas avanzados, donde, en todo caso, puede afirmarse que la inflación en los precios de los activos (viviendas, obras de arte, antigüedades, etc.) ha ocupado el lugar de la inflación de las mercancías y el mercado laboral a comienzos de 1980.

El desmoronamiento del dinero como un medio seguro para representar el valor ha generado una crisis de representación en el capitalismo avanzado. Esta se ha reforzado también por los problemas vinculados a la compresión espacio-temporal (que ya hemos tratado), a los que a su vez añade un peso muy considerable. La rapidez con la que los mercados monetarios fluctúan por el espacio mundial, el extraordinario poder del flujo de capital dinerario en lo que es hoy un mercado de títulos y financiero global, y la volatilidad de lo que podría representar el poder de compra del dinero, definen, por así decirlo, un momento crítico de esa intersección eminentemente problemática entre el dinero, el tiempo y el espacio como elementos que entrelazan el poder social con la economía política de la posmodernidad.

Además, no es difícil advertir cómo todo esto puede crear una crisis más general de representación. El eje del sistema de valores, al que el capitalismo ha apelado siempre para validar y evaluar sus acciones, se ha desmaterializado y desplazado, los horizontes de tiempo colapsan y es difícil decir exactamente en qué espacio estamos cuando se trata de evaluar las causas y los efectos, los significados y los valores. La interesante exposición en el Centro Pompidou en 1985 sobre «Lo inmaterial» (una exposición en la que el propio Lyotard actuó como consultor) era tal vez una imagen en espejo de la disolución de las representaciones materiales del valor en las condiciones de la acumulación más flexible, y de las confusiones acerca de lo que podría significar, según Paul Virilio, que el tiempo y el espacio hayan desaparecido en tanto dimensiones significativas del pensamiento y la acción del hombre.

Yo diría que existen formas más tangibles y materiales que esta para evaluar la significación del espacio y el tiempo respecto de la condición de la posmodernidad. Por ejemplo, podría considerarse que la experiencia cambiante del espacio, del tiempo y del dinero ha formado una base material particular para el surgimiento de sistemas de interpretación y representación específicos, así como ha abierto un camino a través del cual, una vez más, puede reafirmarse

la estetización de la política. Si vemos a la cultura como un conjunto de signos y significaciones (incluyendo el lenguaje) que se engranan en los códigos de transmisión de los valores y significados sociales, podemos esbozar al menos la tarea de analizar sus complejidades en las condiciones presentes, reconociendo que el dinero y las mercancías constituyen los soportes primarios de los códigos culturales. En la medida en que el dinero y las mercancías están totalmente ligados a la circulación del capital, esas formas culturales arraigan firmemente en el proceso diario de circulación del capital. Por lo tanto, deberíamos comenzar por la experiencia cotidiana del dinero y de las mercancías, más allá de que algunas mercancías en particular o hasta sistemas enteros de signos puedan extraerse de la masa indiferenciada para constituir la base de la «alta» cultura o de ese «imaginario» especializado que ya hemos tenido motivos para comentar.

La aniquilación del espacio por el tiempo ha cambiado radicalmente la mezcla de mercancías que entra en la reproducción diaria. Innumerables sistemas de comidas regionales se han reorganizado por su incorporación al intercambio global de mercancías. Por ejemplo, los quesos franceses, virtualmente inhallables en 1970, excepto en algunas tiendas muy refinadas de las grandes ciudades, se venden ahora en cualquier parte de los Estados Unidos. Y si este fuera un ejemplo algo elitista, el caso del consumo de cerveza sugiere que la internacionalización de un producto —que según la teoría tradicional de la localización debía estar orientado fundamentalmente hacia el mercado— hoy es total. En 1970, Baltimore era una ciudad donde esencialmente se consumía una sola cerveza (producida en el lugar), pero las cervezas regionales de lugares como Milwaukee y Denver, y luego las cervezas canadienses y mexicanas, seguidas por las europeas, australianas, chinas, polacas, etc., bajaron el precio del producto. Las comidas que antes eran exóticas pasaron a ser de consumo corriente, mientras que las especialidades populares locales (en el caso de Baltimore, los cangrejos azules y las ostras), antes relativamente baratas, dieron un salto en el precio cuando se integraron en el comercio de larga distancia.

El mercado siempre ha sido un «emporio de estilos» (en la expresión de Raban), pero el mercado de alimentos, para tomar sólo un ejemplo, ahora no se parece para nada al de hace veinte años. Los frijoles de Kenya, el apio y las paltas de California, las papas de Africa del Norte, las manzanas canadienses, las uvas chilenas se pueden encontrar en cualquier supermercado británico. Esta variedad hace también a una proliferación de estilos culinarios, aun entre los sectores pobres. Por supuesto, estos estilos siempre han emigrado,

en general siguiendo las pautas de migración de diferentes grupos antes de expandirse lentamente por las culturas urbanas. Las nuevas olas de inmigrantes (vietnamitas, coreanos, filipinos, centroamericanos, etc., se han agregado a los grupos anteriores de japoneses, chinos, chicanos y todos los grupos étnicos europeos que han verificado que sus tradiciones culinarias pueden ser revitalizadas en función de la diversión y el beneficio) convierten a las ciudades típicas de los Estados Unidos, como Nueva York, Los Angeles o San Francisco (según el último censo la mayor parte de la población de esta ciudad está constituida por las minorías) en un emporio de estilos culinarios así como en un emporio de las mercancías del mundo. Pero también en este caso ha habido una aceleración, porque los estilos culinarios se han movido más rápidamente que las corrientes inmigratorias. No hizo falta una gran inmigración francesa a los Estados Unidos para que el *croissant* se difundiera por América desafiando al tradicional *doughnut,* ni tampoco hizo falta una gran inmigración norteamericana para llevar las hamburguesas a casi todas las ciudades medianamente importantes de Europa. Las comidas rápidas chinas, las pizzerías italianas (a cargo de una cadena norteamericana), las tablas de falafel del Medio Oriente, los sushi japoneses. . . la lista es interminable en el mundo Occidental.

La *cuisine* mundial se reúne hoy en un solo lugar, exactamente como la complejidad geográfica mundial se reduce por las noches a una serie de imágenes en la pantalla estática de la televisión. Este mismo fenómeno es explotado en los palacios del entretenimiento como Epcot y Disneylandia; es posible, como dice uno de los eslóganes comerciales norteamericanos, «experimentar el Viejo Mundo por un día, sin tener que desplazarse hasta allí». La implicación general es que a través de la experiencia de todo, desde la comida hasta los hábitos culinarios, la música, la televisión, el entretenimiento y el cine, es hoy posible experimentar vicariamente la geografía mundial, como un simulacro. El entrelazamiento de simulacros en la vida cotidiana reúne diferentes mundos (de mercancías) en el mismo espacio y tiempo. Pero lo hace encubriendo casi perfectamente cualquier huella del origen, de los procesos de trabajo que los produjeron, o de las relaciones sociales implicadas en su producción.

Los simulacros a su vez pueden convertirse en la realidad. Baudrillard (1986) en *L'Amérique* llega aún más lejos y, de una manera algo exagerada desde mi óptica, sugiere que la realidad norteamericana actual está construida como una pantalla gigante: «el cine está dondequiera, sobre todo en la ciudad, un filme y un guión incesante y maravilloso». Los lugares descriptos de cierta forma, en particular si tienen capacidad para atraer turistas, pueden comenzar a «ador-

narse» siguiendo las imágenes de la fantasía. Los castillos medievales ofrecen fines de semana medievales (comida, vestido pero no los recursos de la calefacción primitiva, por ejemplo). La participación vicaria en estos diversos mundos tiene efectos reales en las formas de ordenamiento de estos mundos. Jencks (1984, pág. 127) propone que el arquitecto participe activamente en esto:

«Cualquier habitante de clase media de cualquier gran ciudad, desde Teherán hasta Tokio, debe contar con un "banco de imágenes", no sólo bien provisto sino super-provisto, que constantemente se alimente con viajes y revistas. Su *musée imaginaire* reflejará el *pot-pourri* de los productores pero, no obstante, resulta natural a su forma de vida. Salvo que se proponga algún tipo de reducción totalitaria en la heterogeneidad de la producción y el consumo, parece deseable que los arquitectos aprendan a usar esta inevitable heterogeneidad de lenguajes. Además, resulta muy divertida. ¿Por qué, si podemos darnos el lujo de vivir en diferentes edades y culturas, nos vamos a restringir al presente, a lo local? El eclecticismo es la evolución natural de una cultura con opciones».

Esto mismo podría decirse de los estilos musicales populares. Al referirse a cómo el *collage* y el eclecticismo han llegado a ser predominantes, Chambers (1987) muestra que las músicas de oposición y subculturales como el reggae, la afro-americana y la afro-hispánica han ocupado un lugar «en el museo de las estructuras simbólicas» establecidas para constituir un *collage* flexible de «lo ya visto, lo ya usado, lo ya realizado, lo ya oído». Se reemplaza así, prosigue, un fuerte sentido «del Otro» por un sentido débil de «los otros». La confluencia de culturas callejeras divergentes en los espacios fragmentados de la ciudad contemporánea vuelve a poner de manifiesto los aspectos contingentes y accidentales de esta «otredad» en la vida cotidiana. Esta misma sensibilidad existe en la ficción posmoderna. Tiene su centro, dice McHale (1987), en las «ontologías», con un potencial y a la vez con una pluralidad real de universos que forman un ecléctico y «anárquico paisaje de mundos plurales». Personajes trastornados y perturbados vagan extraviados por estos mundos sin una noción clara del lugar, preguntándose: «¿En qué mundo estoy, cuál de mis personalidades estoy desempeñando?». Nuestro paisaje ontológico posmoderno, sugiere McHale, «no tiene precedentes en la historia humana: al menos en cuanto al grado de pluralismo». Los espacios de mundos muy diferentes parecen derrumbarse unos sobre otros, del mismo modo como las mercancías se exhiben juntas en los supermercados y las más diversas subculturas se yuxtaponen en

la ciudad contemporánea. La espacialidad desgarrada triunfa sobre la coherencia en la perspectiva y el relato, en la ficción posmoderna, del mismo modo como las cervezas importadas coexisten con las elaboradas localmente, los empleos locales colapsan bajo el peso de la competencia extranjera y todos los espacios divergentes del mundo se juntan por la noche como un *collage* de imágenes en la pantalla televisiva.

Parecen producirse dos efectos sociológicos divergentes de todo esto en el pensamiento y en el hacer cotidianos. El primero sugiere el aprovechamiento de todas las posibilidades divergentes, como recomienda Jencks, y el cultivo de una serie de simulacros como medio de huida, fantasía y distracción:

«A nuestro alrededor se presentan todas estas fantasías de huida en miniatura: en los carteles publicitarios, en los estantes de libros, en las cubiertas de discos, en las pantallas de televisión. Al parecer, así es como estamos destinados a vivir, como personalidades divididas en las que la vida privada es perturbada por la promesa de huir por estos caminos hacia otra realidad» (Cohen y Taylor, 1978, citado en McHale, 1987, pág. 38).

Desde este punto de vista, creo que tenemos que aceptar el argumento de McHale según el cual la ficción posmoderna es mimética de algo, del mismo modo que, como he dicho, el énfasis en lo efímero, en el *collage*, la fragmentación y la dispersión en el pensamiento filosófico y social mimetiza las condiciones de la acumulación flexible. Y no debe sorprender, por lo tanto, observar que todo esto se articula con la aparición, desde 1970, de una política fragmentada de intereses de grupo específicos y regionales divergentes.

Pero es exactamente en este punto donde encontramos la reacción opuesta que puede ser resumida de la mejor manera como la búsqueda de identidad personal o colectiva, la búsqueda de ejes seguros en medio de un mundo cambiante. En este *collage* de imágenes espaciales superpuestas que hace implosión sobre nosotros, la identidad de lugar se convierte en un tema importante porque cada persona ocupa un lugar de individuación (un cuerpo, una habitación, una casa, una comunidad que la configura, una nación), y la forma en que nos individuamos configura la identidad. Más aun, si nadie «conoce su lugar» en este mundo de *collages* cambiantes, ¿cómo podemos dar forma y sostener un orden social seguro?

Hay dos elementos en este problema que merecen una consideración especial. Primero, la capacidad de la mayor parte de los movimientos sociales para controlar mejor el lugar que el espacio pone de

manifiesto la conexión potencial entre el lugar y la identidad social. Esto es evidente en la acción política. El carácter defensivo del socialismo municipal, la insistencia en la comunidad obrera, la localización de la lucha contra el capital, constituyen rasgos centrales de la lucha de la clase obrera dentro de un desarrollo geográfico desigual generalizado. Las consiguientes dificultades de los movimientos socialistas u obreros frente al capitalismo universalizante son compartidas por otros grupos opositores —minorías raciales, pueblos colonizados, mujeres, etc.— que tienen un poder relativo para organizarse en el lugar pero carecen de poder cuando se trata de organizarse en el espacio. Al persistir, a menudo por necesidad, en una identidad ligada al lugar, estos movimientos opositores pasan a ser parte de la misma fragmentación que nutre a un capitalismo móvil y a una acumulación flexible. «Las resistencias regionales», la lucha por la autonomía local, la organización ligada al lugar, pueden ser bases excelentes para la acción política, pero no pueden soportar aisladamente el peso de un cambio histórico radical. «Pensar globalmente y actuar localmente» era el eslogan revolucionario de la década de 1960. Admite la repetición.

La afirmación de cualquier identidad ligada al lugar debe apoyarse, de algún modo, en el poder motivacional de la tradición. Pero es difícil conservar un sentido de continuidad histórica frente a todo el flujo y la transitoriedad de la acumulación flexible. La ironía consiste en que hoy la tradición a menudo se conserva cuando entra en la mercantilización y la comercialización. La búsqueda de raíces, en el peor de los casos, termina siendo producida y vendida como una imagen, como un simulacro o pastiche (imitaciones de comunidades construidas para evocar imágenes de un pasado folclórico, la fábrica de las comunidades obreras tradicionales, de la que toma posesión una clase media urbana). La fotografía, el documento, el paisaje y la reproducción se convierten en historia, precisamente por lo abrumador de su presencia. Por supuesto, el problema es que ninguno de ellos es inmune a la corrupción o directamente a la falsificación con fines del presente. En el mejor de los casos, la tradición histórica se reorganiza como una cultura de museo, no necesariamente del alto arte modernista, sino de la historia local, de la producción local, de cómo se hacían antes las cosas, cómo se vendían, se consumían y se integraban en una vida cotidiana que se ha perdido hace mucho tiempo, a menudo idealizada (de la cual se pueden borrar todas las huellas de las relaciones sociales opresivas). A través de la presentación de un pasado parcialmente ilusorio, se hace posible dar significado a cierta forma de la identidad local, y quizá con un provecho económico.

La segunda reacción al internacionalismo del modernismo reside en la intención de construir el lugar y sus significados de un modo cualitativo. La hegemonía capitalista sobre el espacio relega la estética del lugar a tener importancia secundaria. Pero ya vimos que esto se articula demasiado bien con la idea de las diferenciaciones espaciales como señuelos para un capital peripatético que valora en sumo grado la opción de la movilidad. ¿Acaso este lugar no es mejor que aquel lugar, no sólo para las operaciones del capital sino también para habitar, consumir bien y sentirse seguro en un mundo en transformación? La construcción de este tipo de lugares, la adaptación de alguna imagen estética localizada, permiten construir cierta variante limitada y limitativa de identidad en medio de un *collage* de espacialidades en vías de implosión.

La tensión entre estas oposiciones es evidente pero es difícil apreciar sus ramificaciones intelectuales y políticas. Aquí, por ejemplo, Foucault (1984, pág. 253) aborda el tema desde su perspectiva:

«El espacio es fundamental para cualquier forma de vida comunitaria; el espacio es fundamental para cualquier ejercicio del poder (. . .) Recuerdo que en 1966 fui invitado por un grupo de arquitectos a realizar un estudio del espacio, de algo que yo llamaba en ese momento "heterotopías", esos espacios singulares que se encuentran en determinados espacios sociales cuyas funciones son diferentes o hasta opuestas a otras. Los arquitectos trabajaban en esto y al término del estudio alguien habló —un psicólogo sartreano— para bombardearme, diciendo que el *espacio* es reaccionario y capitalista pero que la *historia* y el *devenir* son revolucionarios. Este absurdo discurso no era nada inusual en esa época. Hoy, todo el mundo se convulsionaría de risa ante semejante pronunciamiento, pero no así entonces».

La proposición del crítico sartreano, aunque cruda y opositora, no es tan risible como afirma Foucault. Por otra parte, el sentimiento posmodernista se inclina decididamente hacia la posición de Foucault. Mientras que el modernismo consideraba los espacios de la ciudad, por ejemplo, como «un epifenómeno de las funciones sociales», el posmodernismo «tiende a separar el espacio urbano de su dependencia respecto de las funciones, para verlo como un sistema formal autónomo» que incorpora «estrategias retóricas y artísticas que son independientes de cualquier simple determinismo histórico» (Colquhoun, 1985). Es precisamente esta separación la que permite a Foucault desplegar metáforas espaciales con tanta abundancia en sus análisis sobre el poder. La imaginería espacial, liberada de sus raíces en alguna determinación social, se convierte en un medio pa-

ra describir las fuerzas de la determinación social. Sin embargo, hay sólo un paso de las metáforas de Foucault a la consolidación de una ideología política que considera que el lugar y el *Ser*, con todas sus cualidades estéticas, constituyen una base adecuada para la acción social. La geopolítica y la trampa heideggeriana no están demasiado lejos. Jameson (1988, pág. 351), por su parte, piensa que

«las peculiaridades espaciales del posmodernismo constituyen síntomas y expresiones de un nuevo dilema históricamente original, aquel que involucra nuestra inserción, en tanto sujetos individuales, a un conjunto multidimensional de realidades radicalmente discontinuas, cuyos encuadres van desde los espacios que aún sobreviven de la vida privada burguesa, hasta alcanzar el inimaginable descentramiento del propio capitalismo global. Ni siquiera la relatividad de Einstein, o los múltiples mundos subjetivos de los viejos modernistas, son capaces de proporcionar una representación adecuada de este proceso que, en la experiencia vivida, se hace sentir a través de la llamada muerte del sujeto o, más exactamente, del fragmentado y esquizofrénico descentramiento y la dispersión de este (...) Y aunque usted quizá no lo haya advertido, estoy hablando aquí sobre políticas prácticas: teniendo en cuenta la crisis del internacionalismo socialista y las enormes dificultades estratégicas y tácticas para coordinar las acciones políticas locales y populares o vecinales con las nacionales e internacionales, esos dilemas políticos urgentes son todos, inmediatamente, funciones del nuevo espacio internacional, enormemente complejo, al que me refiero».

Jameson exagera un poco con respecto al carácter único y novedoso de esta experiencia. Por más compulsiva que sea la actual situación, resulta cualitativamente similar a la que condujo al Renacimiento y a varias reconceptualizaciones modernistas del espacio y el tiempo. Sin embargo, los dilemas que expone Jameson son exactos y apresan el impulso de la sensibilidad posmoderna en cuanto al significado actual del espacio en la vida política, cultural y económica. Pero si, como sostiene el crítico sartreano de Foucault, hemos perdido la fe modernista en el devenir, ¿hay alguna otra salida que no sea la política reaccionaria de una espacialidad estetizada? ¿Acaso no nos queda otro destino que la triste alternativa iniciada por Sitte, con su giro hacia la mitología wagneriana, como soporte para su afirmación sobre la primacía del lugar y la comunidad en un mundo de espacios cambiantes? Peor aun, si la producción estética hoy está tan mercantilizada y, por lo tanto, realmente subsumida en una economía política de la producción cultural, ¿cómo detendría-

mos ese círculo que se cierra sobre una estetización producida, y por lo tanto fácilmente manipulada, de una política globalmente mediatizada?

Esto debería alertarnos acerca de los grandes riesgos geopolíticos que se relacionan con la rapidez de la compresión espacio-temporal en los últimos años. La transición del fordismo a la acumulación flexible, tal como se ha dado, debería implicar una transición en nuestros mapas mentales, en nuestras actitudes políticas y en las instituciones políticas. Pero el pensamiento político no necesariamente pasa por fáciles transformaciones y, en todo caso, está sujeto a las presiones contradictorias que surgen de la integración y la diferenciación espaciales. Hay un peligro siempre presente de que nuestros mapas mentales no concuerden con las realidades actuales. Por ejemplo, la seria disminución del poder de los Estados nacionales individuales sobre las políticas fiscales y monetarias no está acompañada por un desplazamiento paralelo hacia una internacionalización de la política. Sin duda, hay numerosos signos que permiten advertir que el localismo y el nacionalismo se han fortalecido, precisamente, por la seguridad que ese lugar ofrece en medio de todos los desplazamientos que supone la acumulación flexible. El resurgimiento de la geopolítica y de la fe en la política carismática (la Guerra de las Malvinas de Thatcher, la invasión de Grenada por Reagan) encaja muy bien en un mundo que se alimenta cada vez más, intelectual y políticamente, de un vasto repertorio de imágenes efímeras.

La compresión espacio-temporal siempre pone a prueba nuestra capacidad de enfrentar las realidades que se despliegan a nuestro alrededor. Por ejemplo, el estrés nos hace más difícil reaccionar con precisión a los acontecimientos. La identificación errónea de un *airbus* iraní, que se eleva dentro de un corredor aéreo comercial establecido, con un bombardero que desciende sobre un barco de guerra norteamericano —un incidente que determinó la muerte de muchos civiles— es característica de la forma en que la realidad no se interpreta, sino que se crea, en situaciones de estrés y de compresión espacio-temporal. El paralelismo con el relato de Kern sobre el estallido de la Primera Guerra Mundial (citado *supra*, págs. 307-8) es instructivo. Si «los negociadores expertos caían exhaustos por la presión de las tensas confrontaciones y las noches sin dormir, atormentados por las consecuencias acaso desastrosas de sus errores de juicio y de sus acciones apresuradas», ¿cuánto más difícil puede ser tomar decisiones hoy? Esta vez, la diferencia es que ni siquiera hay tiempo para atormentarse. Y los problemas no se limitan al ámbito de las decisiones políticas y militares: en la ebullición de los merca-

dos financieros mundiales siempre se corre el riesgo de que un juicio apresurado aquí, una palabra desconsiderada allá o una reacción espontánea en otra parte sean el desliz que haga tambalear todo el entramado de la formación de capital ficticio y de la interdependencia.

Las condiciones de la compresión espacio-temporal posmoderna agudizan, en muchos aspectos, los dilemas que cada tanto han obstaculizado los procedimientos de la modernización capitalista en el pasado (un ejemplo específico que se me ocurre es el año1848 y la fase inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial). Si bien las respuestas económicas, culturales y políticas pueden no ser precisamente nuevas, el espectro de esas respuestas difiere en ciertos aspectos importantes de aquellas que se han dado antes. La intensidad de la compresión espacio-temporal en el capitalismo occidental a partir de la década de 1960, con todos sus rasgos congruentes de transitoriedad y fragmentación excesivas en lo político y en lo privado, así como en el ámbito social, parece revelar un contexto de experiencias que convierte a la condición posmoderna en algo especial. Pero si situamos esta condición en su contexto histórico, como parte de una historia de olas sucesivas de compresiones espacio-temporales generadas por las presiones de la acumulación capitalista con su constante afán de aniquilamiento del espacio por el tiempo y de reducción de los tiempos de rotación, al menos podremos situar la condición de la posmodernidad en el espectro de una situación accesible al análisis y la interpretación materialista histórica. En la Cuarta parte veremos cómo interpretarla y cómo responder a ella.

18. Tiempo y espacio en el cine posmoderno

Los artefactos culturales posmodernos, a causa del eclecticismo de su concepción y de la anarquía de su asunto, son inmensamente variados. Sin embargo, me parece útil mostrar cómo se representan en las obras posmodernas los temas vinculados a la compresión espacio-temporal, acerca de los cuales hemos venido abundando aquí. Para este fin, he elegido el cine; por un lado, porque se trata de una forma artística que (junto con la fotografía) surgió en el contexto del primer gran estallido del modernismo cultural, pero también porque, de todas las formas artísticas, es quizá la que posee mayor capacidad para manejar los cruces entre el espacio y el tiempo en forma aleccionadora. El uso serial de las imágenes, y la posibilidad que tiene de ir hacia atrás y hacia adelante a través del espacio y el tiempo, liberan al cine de muchas de las limitaciones habituales, aun cuando se trate, en última instancia, de un espectáculo que se proyecta dentro de un espacio cerrado sobre una pantalla que carece de profundidad.

Los dos filmes que analizaré son *Blade Runner* y *Himmel über Berlin* (llamada *Wings of Desire* [*Las alas del deseo*] en inglés). *Blade Runner* de Ridley Scott es un filme popular de ciencia ficción, considerado por muchos como un excelente ejemplo del género que aún circula por las salas cinematográficas de las grandes áreas metropolitanas, en sesiones nocturnas. Se trata de una pieza de arte pop que, sin embargo, explora algunos temas de suma importancia. Estoy en deuda con Giuliano Bruno por su sutil análisis sobre la estética posmoderna. Por otra parte, *Las alas del deseo* de Wim Wenders es una obra cinematográfica «intelectual», que ha sido favorablemente recibida por la crítica («una obra de arte agridulce» escribió uno de sus críticos), pero que no es fácil de aprehender en una primera visión. Comprender y apreciar este filme exige una reflexión. Sin embargo, trata temas similares a aquellos que aparecen en *Blade Runner*, aunque desde una óptica algo diferente y con un estilo muy diferente. Ambos filmes ejemplifican muchas de las características del posmodernismo, y además se ocupan especialmente de la conceptualización y los significados del tiempo y el espacio.

En *Blade Runner*, un pequeño grupo de seres humanos producidos genéticamente, llamados los «replicantes», se vuelven contra sus creadores. El filme está situado en Los Angeles en el año 2019 y gira en torno de la búsqueda del «blade runner» Deckard para que descubra a los replicantes y los elimine o los «retire» (como dice el filme), ya que constituyen un serio peligro para el orden social. Los replicantes han sido creados para trabajar en tareas altamente calificadas, en contextos especialmente difíciles situados en las fronteras de la exploración espacial. Están dotados de capacidades, inteligencia y poderes que se encuentran en el límite, o más allá del límite, de aquellos de los seres humanos corrientes. Están dotados también de sentimientos; al parecer, sólo en esta forma pueden adaptarse a la dificultad de sus tareas y hacer juicios que resulten coherentes con las exigencias humanas. Sin embargo, temiendo que en algún momento puedan convertirse en una amenaza para el orden establecido, sus creadores les han otorgado un tiempo de vida de sólo cuatro años. Si escapan al control en el curso de estos cuatro años, deben ser «retirados». Pero retirarlos es peligroso y difícil, precisamente, a causa de sus dotes superiores.

Cabe observar que los replicantes no son meras imitaciones, sino reproducciones absolutamente auténticas, e indiscernibles en casi todos sus rasgos, de los seres humanos. Son simulacros, más que robots. Han sido diseñados como la forma óptima de la fuerza de trabajo de corto plazo, altamente capacitada y flexible (un perfecto ejemplo de trabajador dotado con todas las cualidades necesarias para adaptarse a las condiciones de la acumulación flexible). Pero como todos los trabajadores que deben enfrentar la amenaza de un acortamiento de su vida laboral, los replicantes no aceptan con tranquilidad los límites de su lapso de vida de cuatro años. Su intención en respuesta a sus creadores es tratar de encontrar la forma de prolongar su vida, infiltrándose en el corazón del aparato productivo que los construyó y moviendo u obligando a sus creadores a re-programar su constitución genética. El diseñador Tyrell (dueño de un enorme imperio empresario que lleva ese nombre) le dice a Roy —líder de los replicantes, que es quien por último entra en su santuario privado— que los replicantes tienen una recompensa acorde con la brevedad de su tiempo de vida: después de todo, viven con la más increíble intensidad. «Disfruten de ella —dice Tyrell—, una llama que arde con doble intensidad dura la mitad del tiempo». En resumen, los replicantes existen en esa precipitación esquizofrénica del tiempo que Jameson, Deleuze y Guattari, y otros, consideran como el eje de la vida posmoderna. También se mueven por una latitud espacial con una fluidez que les confiere un inmenso acopio

de experiencia. Sus organismos concuerdan en muchos aspectos con el tiempo y el espacio de las comunicaciones globales instantáneas.

Rebelándose contra sus condiciones de «trabajo esclavo» (como dice Roy, el líder de los replicantes) y tratando de prolongar su tiempo de vida, cuatro replicantes luchan y matan en su regreso a Los Angeles, donde el «blade runner» Deckard, un experto en métodos para detectar y retirar a los replicantes en fuga, es obligado a lidiar con ellos. Aunque Deckard está cansado de tanta matanza y violencia, debe retomar las funciones de las que se ha retirado, obligado por las autoridades que no le dejan otra opción que cumplir con esa tarea, ya que de lo contrario será reducido al status de una «personita». Por consiguiente, tanto Deckard como los replicantes mantienen una relación similar con el poder social dominante de la sociedad. Esta relación define un nexo oculto de simpatía y comprensión entre los perseguidos y el perseguidor. Durante el filme, en dos ocasiones un replicante le salva la vida a Deckard, mientras que él, a su vez, salva la vida a un quinto, de reciente creación, que es una replicante aun más sofisticada, llamada Rachel, de quien Deckard por fin se enamora.

La ciudad de Los Angeles a la que regresan los replicantes es apenas una utopía. El carácter flexible de la capacidad de los replicantes de trabajar en el espacio exterior compite en Los Angeles con un paisaje decrépito de desindustrialización y decadencia posindustrial. Galpones vacíos y plantas industriales abandonadas con goteras por donde se filtra la lluvia. Los baches y los puentes deteriorados de la Nueva York actual parecen insignificantes comparados con los remolinos de humo, la basura acumulada y las infraestructuras en estado de desintegración de *Blade Runner*. Punks y miserables hurgan en la basura y hurtan lo que pueden. J. F. Sebastian, uno de los diseñadores genéticos que por fin conseguirá que los replicantes accedan a Tyrell (y que sufre de una enfermedad de envejecimiento prematuro llamada «decrepitud acelerada») vive aislado en un espacio vacío (en realidad, una versión desierta del edificio Bradbury construido en Los Angeles en 1893), rodeado por un conjunto fantástico de muñecos y juguetes mecánicos parlantes. Pero por encima de las escenas callejeras y del caos y decadencia interiores, se cierne un mundo de alta tecnología con veloces transportes aéreos, avisos publicitarios («una oportunidad para comprar nuevamente en la tierra dorada», proclama uno de ellos que circula por el cielo en medio del humo y la lluvia), imágenes familiares del poder empresario (Pan Am, que sorprendentemente aún sigue vigente en el año 2019, Coca-Cola, Budweiser, etc.) y el enorme edificio piramidal de la Tyrell Corporation que domina una parte de la ciudad. La Tyrell

Corporation se especializa en ingeniería genética. «El comercio —dice Tyrell—, más humano que humano, es nuestro negocio». Sin embargo, contraponiéndose a estas imágenes del abrumador poder empresario, hay otra escena del nivel de la calle, formada por la bulliciosa producción en pequeña escala. Las calles de la ciudad están llenas de toda clase de gente: parecen predominar los chinos y asiáticos, y en el aviso de la Coca-Cola aparece el rostro sonriente de una japonesa. Ha surgido un «habla de la ciudad», un lenguaje híbrido mezcla de japonés, alemán, español, inglés, etc. No sólo el «Tercer Mundo» está presente en Los Angeles incluso más que en la actualidad, sino que los signos de los sistemas de organización y de las prácticas informales de trabajo del Tercer Mundo están por todas partes. Las escamas de una serpiente que se produce genéticamente se confeccionan en un pequeño negocio, y ojos humanos se producen en otro (ambos a cargo de orientales), lo que indica las intrincadas relaciones de subcontratación entre firmas separadas, así como con la propia Tyrell Corporation. En el nivel de la calle, la ciudad es caótica en todo sentido. Los diseños arquitectónicos son una mezcolanza posmoderna: la Tyrell Corporation está alojada en algo que se parece a una réplica de una pirámide egipcia; las columnas griegas y romanas diseminadas por las calles se mezclan con referencias a los mayas, a los chinos, a los orientales, a la Inglaterra victoriana y a la actual arquitectura de los shoppings. Los simulacros están por todas partes. Reproducciones genéticas de lechuzas vuelan y serpientes se deslizan por los hombros de Zhora, una replicante reproducida genéticamente, mientras actúa en un cabaré que es una imitación perfecta de la década de 1920. El caos de signos, de significaciones y mensajes contradictorios sugiere una condición de fragmentación e incertidumbre callejeras que acentúa muchas de las facetas de la estética posmoderna que he descripto en la Primera parte. La estética de *Blade Runner*, dice Bruno, es el resultado «del reciclaje, de la fusión de niveles, de significantes discontinuos, de la explosión de las fronteras y la erosión». Sin embargo, hay también un indicio abrumador de la existencia de un poder organizador oculto: la Tyrell Corporation, las autoridades que obligan a Deckard a cumplir con su tarea sin darle otra alternativa, el rápido descenso de los poderes de la ley y el orden cuando es necesario establecer un control callejero. El caos es tolerado precisamente porque parece ser inocuo para el control total.

Las imágenes de la destrucción creadora se encuentran por doquier. Por supuesto, están presentes, sobre todo, en la figura de los replicantes, que han sido creados con maravillosos poderes sólo para ser destruidos en forma prematura, y más que seguramente «re-

tirados» si comprometen sus sentimientos y tratan de desarrollar sus capacidades por cuenta propia. Las imágenes de decadencia que se encuentran en todas partes refuerzan exactamente la misma estructura de sentimiento. El sentido de dispersión y fragmentación en la vida social aparece en una secuencia increíble en la que Deckard persigue a una de las mujeres replicantes, Zhora, por los espacios laberínticos, superpoblados y confusos de la ciudad. Por fin, al encontrarla en una arcada llena de negocios que exhiben sus mercancías, él le dispara desde atrás y ella atraviesa capas y capas de vidrio de puertas y ventanas, para morir haciendo volar fragmentos de vidrio en todas las direcciones al atravesar una gran ventana.

La búsqueda de los replicantes depende de una cierta técnica del interrogatorio, que reside en el hecho de que carecen de una historia real; después de todo, han sido genéticamente creados como adultos y carecen de la experiencia de la socialización humana (lo cual los vuelve potencialmente peligrosos en caso de evadirse del control). La pregunta clave que pone en peligro a uno de los replicantes, Leon, es «¿Qué puede decirme de sus sentimientos con respecto a su madre?». A lo cual Leon responde «Le contaré sobre mi madre», y dispara y mata al que lo interroga. Rachel, la más sofisticada de los replicantes, trata de convencer a Deckard acerca de su autenticidad como persona (después de sospechar que Deckard la ha adivinado a través de sus otras defensas) mostrándole una fotografía donde aparece una madre con una niña pequeña que, según dice, es ella. Aquí, como observa agudamente Bruno, las fotografías se imaginan como testimonio de una historia real, más allá de la verdad que pueda encerrar esa historia. En suma, la imagen es prueba de realidad y las imágenes pueden construirse y manipularse. Deckard descubre que Leon tiene una cantidad de fotografías que presuntamente intentan documentar que él también tiene una historia. Y Rachel, al ver las fotografías de la familia de Deckard (y es interesante que la única historia que tenemos de Deckard sea a través de sus fotografías) trata de integrarse en ellas. Se peina siguiendo el estilo de las fotografías, toca el piano como si estuviera en un cuadro y actúa como si supiera cómo es un hogar. Está ansiosa por encontrar una identidad, un hogar y una historia (en este caso la sincronía con las perspectivas de Bachelard sobre la poética del espacio son casi perfectas) que por último le valen posponer su «retiro». Deckard, sin duda, está conmovido. Pero ella sólo puede reingresar al reino simbólico de una sociedad verdaderamente humana si reconoce el poder abrumador de la figura edípica, el padre. Es el único camino que puede tomar a fin de poder responder al interrogante «¿Qué me cuenta sobre su madre?». Al someterse a Deckard (confiando en él,

cediendo ante él y, por último, sometiéndose a él físicamente), aprende el significado del amor humano y la esencia de la sociabilidad corriente. Al matar al replicante Leon en el momento en que Leon está a punto de matar a Deckard, muestra por último su capacidad para actuar como la mujer de Deckard. Escapa del mundo esquizoide del tiempo y la intensidad del replicante, para entrar en el mundo simbólico de Freud.

Sin embargo, no creo que Bruno tenga razón cuando opone los destinos de Roy y de Rachel, como si dependieran de la predisposición de Rachel de someterse al orden simbólico y del rechazo de Roy a hacerlo. Roy está programado para morir en breve y no hay ni postergación ni salvación posibles. Su demanda de superar todo el desperdicio de su condición simplemente no se puede satisfacer. Su ira, así como la de los otros replicantes, es enorme. Cuando logra acceder a Tyrell, Roy besa a Tyrell antes de arrancarle los ojos y matar a su creador. Bruno, razonablemente, interpreta esto como una inversión del mito de Edipo y como un signo claro de que los replicantes no viven en el marco del orden simbólico freudiano. Sin embargo, esto no significa que los replicantes no tengan sentimientos humanos. Ya hemos visto algo de la capacidad de Roy para sentir, en su respuesta conmovedora y profundamente afectuosa ante la muerte de la replicante Pris, muerta por Deckard en medio de las réplicas de J. F. Sebastian. La persecución posterior de Roy por parte de Deckard, que rápidamente se convierte en la de un perseguido que persigue al perseguidor, culmina cuando Roy, en el último instante, rescata a Deckard que está a punto de caerse a la calle. Y es casi exactamente en ese momento cuando Roy llega a su fin programado.

Pero antes de morir, Roy narra algunos de los increíbles acontecimientos en los que ha participado y cuenta lo que ha visto. Expresa el odio que siente hacia su condición de esclavo y hacia el desperdicio que permite que toda su increíble intensidad de experiencia «se borre en el tiempo, como lágrimas en la lluvia». Deckard reconoce el poder de esas aspiraciones. Los replicantes, piensa, son como la mayoría de nosotros. Simplemente quieren saber «de dónde vienen, hacia dónde van y cuánto tiempo les queda». Y es con Rachel, que no ha sido programada para morir en cuatro años, con quien Deckard se escapa —después de que los otros cuatro replicantes han muerto— hacia un paisaje natural de bosques y montañas donde brilla el sol que nunca puede verse en Los Angeles. La replicante se ha transformado en un simulacro tan perfecto que ella y el humano pueden dirigirse hacia su propio futuro, aunque ambos se pregunten «cuánto tiempo les queda».

Blade Runner es una parábola de la ciencia ficción en la que, mediante todo el poder imaginario de la ficción cinematográfica, se exploran los temas posmodernistas, situados en un contexto de acumulación flexible y de compresión espacio-temporal. El conflicto es entre personas vivas en diferentes escalas de tiempo, que en consecuencia ven y experimentan el mundo de manera muy diferente. Los replicantes no tienen historia real, pero quizá puedan construir una; la historia de todos se ha reducido al testimonio de la fotografía. Si bien la socialización sigue siendo importante para la historia personal, como lo demuestra Rachel, también puede ser replicada. El aspecto depresivo del filme es precisamente que, hacia el fin, la diferencia entre la replicante y el humano se vuelve tan irreconocible que pueden enamorarse (una vez que ambos se incorporan a la misma escala de tiempo). El poder del simulacro lo penetra todo. El lazo social más fuerte entre Deckard y los replicantes en rebelión —el hecho de que ambos estén controlados y esclavizados por un poder empresario— nunca genera en ellos el menor atisbo de una posible alianza de los oprimidos. Aunque es cierto que a Tyrell le arrancan los ojos antes de matarlo, se trata de un acto de ira individual, no de clase. El final del filme es una escena de puro escapismo (tolerado, hay que señalarlo, por las autoridades) que no cambia en nada la situación de los replicantes ni las funestas condiciones de la masa humana que vive en las calles desamparadas de un mundo posmodernista decrépito, desindustrializado y en decadencia.

En *Las alas del deseo* encontramos también dos grupos de actores que viven en diferentes escalas temporales. Los ángeles viven en un tiempo constante y eterno, y los humanos viven en su propio tiempo social y, por supuesto, sus maneras de ver el mundo son muy diferentes. El filme expresa el mismo sentido de fragmentación que transmite *Blade Runner*, mientras que la cuestión acerca de las relaciones entre tiempo, espacio, historia y lugar se plantea de un modo directo, no indirectamente. El problema de la imagen, en particular la que está ligada a la fotografía, *versus* el relato de una historia en el tiempo real, es el eje de la construcción de este filme.

El filme comienza con el relato de un cuento de hadas acerca de cómo era cuando los niños eran niños. Hubo un tiempo, se nos dice, en que los niños pensaban que todo estaba lleno de vida y que la vida era una; en ese tiempo ellos no tenían opinión sobre nada (tampoco, cabe presumir, sobre tener opiniones, lo que sería absolutamente aceptable para un filósofo posmoderno como Rorty) y ni siquiera los perturbaban las fotografías. Sin embargo, los niños formulaban preguntas importantes tales como: «¿Por qué yo soy yo y no tú?», «¿Por qué estoy aquí y no allá?» y «¿Cuándo comenzó el tiempo y dónde ter-

mina el espacio?». Estas preguntas se repiten en varios puntos clave del filme y enmarcan el material temático. Los niños, en diferentes momentos del filme, miran hacia arriba o a su alrededor como si tuvieran una conciencia parcial sobre la presencia de los ángeles, de una manera que los adultos, preocupados y auto-referenciales, no pueden tener. Las preguntas que formulan los niños, por supuesto, son preguntas fundamentales para la identidad, y el filme explora dos vías paralelas para definir las respuestas.

El lugar es Berlín. En un sentido, es una lástima que Berlín desaparezca del título en inglés porque el filme es una evocación maravillosa y sensible de ese lugar. Sin embargo, enseguida se nos da a entender que Berlín es una ciudad entre muchas, en un espacio global interactivo. Peter Falk, un actor internacional de los medios que es posible identificar instantáneamente (muchos lo reconocerán como el detective Columbo en una serie televisiva de ese nombre y en varias ocasiones se hace referencia a ese rol), viaja en avión. Sus pensamientos repiten «¡Tokio, Kioto, París, Londres, Trieste... Berlín!» en el momento en que localiza el lugar al que se dirige. En distintas ocasiones del filme, aparecen breves escenas con aviones que parten o llegan. La gente piensa en alemán, en francés y en inglés, y también en otras lenguas (el lenguaje aún no ha degenerado hasta la condición de «habla de la ciudad» como en *Blade Runner*). Las referencias al espacio internacional de los medios están en todas partes. Evidentemente, Berlín no es más que un lugar entre muchos y existe en un mundo de internacionalismo cosmopolita. Sin embargo, Berlín sigue siendo un lugar distinto que es necesario explorar. Un momento antes de escuchar los pensamientos de Falk, nos llega la voz de una mujer joven que reflexiona sobre cómo describir el espacio de la casa. La relación entre espacio y lugar aparece directamente en el temario desde el comienzo.

La primera parte del filme examina Berlín a través de los ojos monocromáticos de un par de ángeles. Fuera del tiempo humano del devenir, existen en el ámbito del puro espíritu, en el tiempo infinito y eterno. También pueden desplazarse sin esfuerzos y de manera instantánea por el espacio. Para ellos, el tiempo y el espacio son nada más que un presente infinito en un espacio infinito que reduce el mundo entero a un estado monocromático. Todo parece flotar en el mismo presente indiferenciado, como la vida social contemporánea que flota en las corrientes indiferenciadas y homogeneizantes del dinero internacional. Sin embargo, los ángeles no pueden entrar en el problema de la toma de decisiones de los hombres. No pueden hacerse eco del «aquí» y el «ahora» precisamente porque viven en un mundo del «siempre» y «para siempre».

La descripción que surge de su visión de Berlín es un paisaje extraordinario de espacios fragmentados e incidentes efímeros que no están ligados entre sí por una lógica común. Las primeras imágenes nos llevan desde lo alto hasta los patios internos y los espacios divididos de las viviendas de los trabajadores del siglo XIX. De allí pasamos a espacios interiores en forma de laberinto, y escuchamos, junto con los ángeles, los pensamientos interiores de la gente. Espacios solitarios, pensamientos solitarios e individuos solitarios es todo lo que podemos ver. Un joven en una habitación que piensa en suicidarse a causa de su amor perdido, mientras que su padre y su madre tienen pensamientos totalmente diferentes sobre él. En el subterráneo, en un ómnibus, en autos, en una ambulancia que lleva a una mujer embarazada, en la calle, en bicicleta, todo aparece fragmentado y efímero, y todos los incidentes se registran bajo el mismo aspecto monótono y monocromo. Al estar fuera del espacio y el tiempo humanos, lo único que los ángeles pueden hacer es proporcionar algún consuelo espiritual, tratar de mitigar los sentimientos fragmentados y a menudo destrozados de los individuos cuyos pensamientos ellos escuchan. Algunas veces lo logran y otras tantas veces fracasan (el joven se suicida y la estudiante universitaria que se ha entregado a la prostitución no puede consolarse ante la pérdida de su joven amigo muerto). En cuanto a los ángeles, uno de ellos se queja de que en realidad nunca puedan participar, sino sólo fingir.

Esta extraordinaria evocación de un paisaje urbano, de individuos alienados en espacios fragmentados atrapados en una serie efímera de incidentes diversos, tiene un poderoso efecto estético. Las imágenes son severas, frías, pero están dotadas de toda la belleza de la fotografía de poses al estilo antiguo, aunque puesta en movimiento a través de las lentes de la cámara. El que vemos es un paisaje seleccionado. Los problemas de la producción, y las necesarias relaciones de clase vinculadas a ellos, sólo se advierten por su ausencia. Se trata de una descripción de lo urbano enteramente *déclassée*, al estilo de la sociología posmoderna, mucho más cercana a Simmel (en su ensayo «La metrópolis y la vida mental») que a Marx. La muerte, el nacimiento, la ansiedad, el placer, la soledad, están estetizados en el mismo plano, vaciados de cualquier sentido de lucha de clases o de comentario ético o moral.

La identidad de este lugar llamado Berlín está constituida por estas imágenes extrañas pero bellas. Además, la organización específica del espacio y el tiempo está vista como el marco dentro del cual se forjan las identidades de los individuos. La imagen de los espacios divididos es particularmente potente, y ellos se superponen a la manera de un montaje o *collage*. El Muro de Berlín es una de esas

divisiones y, una y otra vez, es evocado como un símbolo de una división más general. ¿Es aquí donde termina el espacio? «Imposible perderse en Berlín —dice alguien—, porque siempre se encuentra el Muro». Sin embargo, hay otras divisiones más sutiles. Alemania —el chofer de un automóvil ilumina con los faros las escenas callejeras que remiten a las imágenes de la época de destrucción de la guerra— se ha fragmentado tanto que cada individuo constituye un mini-estado y cada calle tiene sus barreras rodeadas por una tierra de nadie que se puede atravesar sólo si se tiene la contraseña correcta. Hasta el acceso de un individuo a otro exige el pago de un precio. No sólo esta condición extrema de individualismo (como el que describe Simmel) alienado y aislado puede ser considerada algo bueno (comparada con la vida colectiva del nazismo que ha transcurrido antes) sino que hasta puede ser deseada por los individuos. «Conseguir un buen disfraz es tener ganada la mitad de la batalla», dice Falk pensando en el papel que está por desempeñar y, en una escena de maravilloso humor, se prueba un sombrero tras otro a fin de pasar inadvertido, dice, entre la multitud, y alcanzar el carácter anónimo al que aspira. Los sombreros que se va poniendo se van convirtiendo en máscaras virtuales de personajes, en gran medida como las fotografías de Cindy Sherman enmascaran a la persona. Con este sombrero se parece a Humphrey Bogart, con este otro puede ir a las carreras, y aquel es para la ópera y otro más allá es para casarse. El acto de enmascarar y disfrazar se relaciona con la fragmentación espacial y el individualismo alienado.

Este paisaje tiene todas las marcas del alto arte posmodernista, como lo describe Pfeil (1988, pág. 384). «Uno no se encuentra con un texto unificado, y mucho menos con la presencia de una personalidad y una sensibilidad específicas, sino con un terreno discontinuo de discursos heterogéneos expresados por lenguas anónimas, indiscernibles, un caos que difiere de aquel de los textos clásicos del alto modernismo precisamente en que no está contenido ni recuperado dentro de un marco mítico englobante». La calidad de la expresión es «indescifrable, indiferente, despersonalizada, borrosa», de manera de eliminar «la posibilidad de participación de la audiencia tradicional». Sólo los ángeles tienen una visión abarcadora pero, cuando están situados en lo alto, escuchan sólo un balbuceo de voces y murmullos que se cruzan y no ven nada más que un mundo monocromático.

¿Cómo es posible forjar y sostener un sentido de la identidad en un mundo semejante? Dos espacios asumen una significación peculiar en este sentido. La biblioteca —un archivo de conocimiento histórico y memoria colectiva— es un espacio al que muchos evidente-

mente se sienten atraídos (hasta los ángeles parecen descansar allí). Un viejo entra en la biblioteca. Está por desempeñar un papel sumamente importante, aunque ambiguo. Se ve a sí mismo como el que cuenta, la musa, el guardián potencial de la memoria y de la historia colectiva, el representante de «cada cual». Pero está perturbado por la idea de que el círculo de escuchas que solía juntarse a su alrededor se ha dispersado, no sabe dónde, ya que los lectores no se comunican entre sí. Hasta el lenguaje, el significado de palabras y frases, se queja, parece escabullirse para transformarse en fragmentos incoherentes. Obligado a vivir «día a día», él utiliza la biblioteca para tratar de recuperar un sentido de la historia de este lugar específico llamado Berlín. Quiere hacerlo no desde la óptica de los líderes y los reyes, sino como un himno de paz. Sin embargo, los libros y las fotografías remiten a las imágenes de muerte y destrucción de la Segunda Guerra Mundial, un trauma al que el filme se refiere una y otra vez, como si ese momento hubiera dado comienzo a esta época y a la fragmentación de los espacios de la ciudad. El viejo, rodeado por globos terráqueos en la biblioteca, persevera vanamente, pensando que todo el mundo desaparece en la oscuridad. Abandona la biblioteca y camina en busca de Potsdamer Platz (uno de aquellos espacios urbanos que Sitte sin duda hubiera admirado), corazón del viejo Berlín, con su Café Josti donde él solía tomar café, fumar un cigarro y mirar pasar a la gente. Camina junto al Muro de Berlín, y todo lo que encuentra es un baldío lleno de malezas. Perplejo, se deja caer sobre un sillón abandonado, insistiendo en que su búsqueda no es vana ni fútil. Aunque se sienta como un poeta ignorado y burlado sobre el borde de la tierra de nadie, no puede resignarse, dice, porque si la humanidad pierde a su narrador de historias, pierde su infancia. Aun cuando la historia puede tener partes desagradables —y recuerda cuando aparecieron las banderas en la Potsdamer Platz y la multitud se volvió inamistosa y la policía, bestial—, debe ser contada. Además, se siente personalmente protegido, salvado, dice, «de las preocupaciones presentes y futuras por el relato». Su búsqueda para reconstruir y narrar su historia de salvación y protección constituye una subtrama sutil a lo largo del filme que adquiere importancia sólo al final.

Pero hay un segundo lugar donde prevalece un frágil sentir de identidad. El circo, un espectáculo que se desarrolla dentro del espacio cerrado de una carpa, ofrece un campo de interacción espacial dentro del que puede existir cierto tipo de trato humano. Es dentro de este espacio donde la artista del trapecio, Marion, adquiere cierto sentir personal, una posibilidad de realización y pertenencia. Pero las noticias de que el circo se ha quedado sin dinero y tiene que

cerrar muestran de inmediato la condición efímera y contingente de la identidad. Aquí también prevalece el contrato de corto plazo. Sin embargo, Marion, aunque está muy apenada por esta noticia, insiste en que ella tiene una historia y que seguirá creándola, aunque no en el circo. Hasta imagina que va a un fotomatón y sale con una nueva identidad (el poder de la imagen fotográfica, nuevamente), y toma un trabajo como camarera o algo así. Su historia, se nos recuerda mientras uno de los ángeles la observa cuando ella está en la caravana, en todo caso, puede reducirse (como la de Deckard) a las fotografías familiares adheridas a la pared, de modo que ¿por qué no construir una nueva historia con la ayuda de fotografías? Esas fantasías, sin embargo, son menos importantes que un aura de deseo poderosa para transformarse en una persona entera y no ya alienada y fragmentada. Ella quiere ser completa, pero reconoce que esto sólo puede ocurrir en una relación con otro. Una vez que la carpa ha sido desarmada y el circo se ha ido, ella se queda sola en el lugar vacío, sintiéndose una persona sin raíces, sin historia, sin país. Sin embargo, ese mismo vacío parece ofrecer la posibilidad de una transformación radical. «Puedo convertirme en el mundo», dice ella mientras observa un avión que cruza el cielo.

Uno de los ángeles, Damiel, que ya está cansado de su impotencia para influir en el aquí y el ahora, se siente atraído por la energía y la belleza de Marion, en particular cuando ella hace su número en el trapecio. Queda atrapado en sus anhelos interiores de llegar a ser más que de ser. Por primera vez vislumbra cómo puede ser el mundo en color y se siente cada vez más atraído por la idea de entrar en el flujo del tiempo humano, dejando atrás el tiempo del espíritu y de la eternidad. Dos momentos catalizadores disparan su decisión. Ella sueña con él como el «otro» resplandeciente y él se ve reflejado en el sueño de ella. Aún invisible, él sigue a Marion hasta un club nocturno y, mientras ella danza adormiladamente para sí misma, él toca sus pensamientos. Ella responde con un éxtasis de bienestar como si, dice ella, una mano le apretara el cuerpo por dentro. El segundo momento catalizador es cuando más tarde se puede ver que Peter Falk es ùn ángel que ha venido a la tierra hace tiempo. El siente la presencia del invisible Damiel cuando está tomando un café en un quiosco de la calle. «No puedo verte, pero sé que estás allí», le dice al sorprendido Damiel, y luego sigue hablando con calidez y humor acerca de lo bueno que es vivir en el tiempo de los hombres, sentir los acontecimientos materiales y percibir de manera tangible todo el espectro de sensaciones humanas.

Damiel toma la decisión de entrar en el mundo en la tierra de nadie, que se encuentra entre las dos líneas del Muro de Berlín, pa-

trullado por soldados. Afortunadamente, el otro ángel tiene capacidad para ponerlo en la Zona Occidental. Allí Damiel despierta a un mundo de ricos y vibrantes colores. Tiene que navegar por la ciudad en términos realmente físicos y al hacerlo experimenta el regocijo que supone crear una historia espacial (a la manera de De Certeau): simplemente, atravesando la ciudad que por otra parte ya no tiene un aspecto fragmentado, sino que exhibe una estructura más coherente. Este sentido humano del espacio y del movimiento contrasta con el de los ángeles, que antes se describe como un hiper-espacio de fulgurantes destellos, cada imagen como un cuadro cubista, lo que sugiere una modalidad de la experiencia espacial completamente diferente. Damiel se desplaza de una modalidad a la otra cuando entra en el flujo del tiempo. Pero ahora necesita dinero para sobrevivir. Le pide a alguien que pasa por allí lo suficiente para comprar una taza de café y vende una vieja armadura (que según nos enteramos es la dote inicial de todos los ángeles que vienen a la tierra) y sale del negocio con un conjunto de ropas coloridas y un reloj que inspecciona con mucho interés. Entonces se cruza con el escenario donde Peter Falk está filmando, y aquí debe detenerse porque el guardia no lo deja entrar. Maldiciendo al guardia, tiene que gritar hacia Falk a través de la valla. Falk, que adivina inmediatamente quién es, le pregunta «¿Cuánto hace?»; Damiel responde «Minutos, horas, días, semanas. . . TIEMPO!», a lo cual Falk responde inmediatamente, con un humor amable y gentil: «¡Toma unos dólares!». La entrada de Damiel en este mundo humano está ahora firmemente instaurada en las coordenadas del espacio social, del tiempo social y del poder social del dinero.

El encuentro entre Damiel y Marion es, sin duda, el punto dinámico del filme. Los dos dan vueltas uno alrededor del otro, en el mismo club nocturno donde ella ha estado antes, observada con cierto cansancio por el ángel que acompaña a Damiel, antes de reunirse en el bar cercano. Allí se encuentran de una manera casi ritual, ella dispuesta a hacer su historia, a reemplazar el ser con el llegar a ser, él decidido a aprender el significado del flujo de la experiencia humana en el espacio y el tiempo. En el largo monólogo que sigue, ella insiste en la seriedad de su proyecto común, incluso cuando los tiempos mismos pueden no ser serios. Ella insiste en desprenderse de la coincidencia y de la contingencia. Los contratos temporales se terminan. Ella trata de definir una manera de unirse que tenga un significado universal más allá de este tiempo y este lugar específicos. Puede no haber destino alguno, dice ella, pero sin duda hay una decisión. Y es una decisión en la que toda la gente de la ciudad, hasta del mundo, puede participar. Ella imagina una plaza llena de gente,

y que ella y Damiel están tan plenos de ese lugar que pueden tomar una decisión por todos. Se trata de la decisión de forjar un vínculo entre un hombre y una mujer en torno del proyecto común del llegar a ser, en el cual una mujer puede decir «mi hombre» de una manera que abre todo un mundo de nuevas intuiciones e interpretaciones. Significa entrar en el laberinto de la felicidad a través de la transformación del deseo en amor, de modo que ella por fin pueda estar verdaderamente sola con ella misma, porque estar verdaderamente solo presupone una totalidad que puede surgir sólo a través de una relación no contingente con otro. Parece que ahora ella puede responder a las perentorias preguntas «¿Por qué yo soy yo y no tú?», «¿Por qué estoy aquí y no allá?» y «¿Dónde empieza el tiempo y dónde termina el espacio?». Lo que nace de esta unión de ambos, reflexiona Damiel mientras la ayuda a practicar su número en el trapecio después de su primera noche juntos, no es un niño, sino una imagen inmortal que todos pueden compartir y habitar.

Es difícil evitar que este fin se deslice hacia la trivialidad (augurada por el sueño kitsch en que el ángel viene a Marion vestido con un traje de plata resplandeciente). ¿Concluiremos entonces que el mundo sólo gira gracias al amor romántico? Una lectura piadosa consistiría en que no deberíamos permitir que nuestra experiencia desalentada del kitsch y del pastiche nos cierre el camino hacia el deseo romántico liberador y la posibilidad de emprender grandes proyectos. Pero las tomas finales son sin duda portentosas. El filme vuelve al monocromo del tiempo perdurable. El viejo, con quien hemos perdido todo contacto en las secuencias de color del filme, se acerca al Muro de Berlín diciendo «¿Quién me buscará, quién buscará a su narrador de historias?». Me necesitan como nunca. La cámara repentinamente lo abandona y sube hacia las nubes, como en un vuelo. «Estamos en nuestro camino», dice Marion. «Continuará», nos aseguran las leyendas del final.

Interpreto esta segunda parte del filme como un intento de revivir algo del espíritu modernista de la comunicación humana, la situación de estar juntos y el llegar a ser desde las cenizas de un paisaje posmodernista de sentimiento monocromático y de aspecto inexpresivo. Wenders moviliza todas sus capacidades artísticas y creadoras en un proyecto de redención. En efecto, propone un mito romántico que puede «redimirnos del universo informe de la contingencia» (véase *supra*, pág. 47). El hecho de que sean muchos los ángeles, según dice Falk, los que han optado por venir a la tierra, sugiere que siempre es mejor estar dentro que fuera del flujo del tiempo humano, que el llegar a ser siempre tiene el potencial que puede romper el cáracter estático del ser. El espacio y el tiempo es-

tán constituidos en formas radicalmente diferentes en las dos partes del filme, y la presencia del color, la creatividad y, no deberíamos olvidarnos, el dinero como una forma de nexo social proporcionan el marco necesario dentro del cual puede encontrarse algún sentido de propuesta común.

Sin embargo, hay que resolver serios dilemas. Damiel no tiene historia y Marion está cortada de sus raíces, ya que su historia se reduce a un conjunto de fotografías y a unos pocos «objetos de recuerdo» del tipo que ahora constituyen el sentido de la historia tanto en el hogar (véase *supra*, pág. 323) como en el museo (*supra*, págs. 80-1). ¿Es posible proponerse el proyecto de llegar a ser a-históricamente? La persistente voz del viejo parece cuestionar la viabilidad de eso. El puro romanticismo del final, parece decirnos este, tiene que adquirir textura con un sentir real de historia. Sin duda, la imagen de Marion de toda la «Platz» llena de gente que participa en su decisión hace surgir el espectro de la Potsdamer Platz que se volvía repulsiva cuando se llenaba de banderas. Puesto en términos más formales, hay una tensión en el filme entre el poder de las imágenes espaciales (fotografías, el mismo filme, la intención de Damiel y Marion al final de construir una imagen del mundo para vivir en él) y el poder de la historia. El viejo (presentado en la lista de personajes como el rapsoda Homero) en muchos aspectos está marginalizado dentro del filme y se queja explícitamente de ello. Llegar a ser, devenir, según él, no podría limitarse a crear otro conjunto de imágenes sin profundidad. Se debe situar y entender históricamente. Pero eso presupone que la historia se puede captar sin utilización de imágenes. El viejo hojea un libro de fotografías, camina por Potsdamer Platz tratando de reconstruir su sentido del lugar a partir de la memoria, y recuerda cuando la Platz se ponía repulsiva y no conducía a esa épica de la paz a la que él aspira. Este diálogo entre imagen e historia proporciona una tensión dramática al filme. Las imágenes poderosas (como las que Wenders y su brillante camarógrafo Henri Alekan saben lograr) pueden a la vez iluminar y oscurecer las historias. En el filme sofocan los mensajes verbales que el viejo trata de transmitir. Es como si el filme cayera prisionero de la circularidad (conocida en el léxico posmodernista como «intertextualidad») de sus propias imágenes. En esta tensión yace todo el tema de cómo manejar las cualidades estéticas del espacio y el tiempo en un mundo posmoderno de fragmentación y transitoriedad monocromático. «Quizá», dice Marion, «el tiempo mismo es la enfermedad», lo que nos deja con el interrogante, como ocurre con la última secuencia de *Blade Runner*, sobre «cuánto tiempo nos queda». Aunque, más allá de lo que esto pueda significar para los participantes, es evi-

dente que no bastan el paisaje monocromático del tiempo eterno y del espacio infinito pero fragmentado.

Es interesante que estos dos filmes tan diferentes pinten sin embargo condiciones tan semejantes. No creo que la semejanza sea accidental o contingente. Sostiene la idea de que la experiencia de la compresión espacio-temporal en los últimos años, bajo la presión del giro hacia modos de acumulación más flexibles, ha generado una crisis de representación en las formas culturales, y que este es un tema de fuerte preocupación estética, *in toto* (como creo que es el caso de *Las alas del deseo*) o en parte (como parece cierto desde *Blade Runner* hasta las fotografías de Cindy Sherman y las novelas de Italo Calvino o de Pynchon). Estas prácticas culturales son importantes. Si hay una crisis de representación del espacio y el tiempo, es que han surgido nuevas formas de pensar y sentir. Parte de cualquier trayectoria que surja de la condición de la posmodernidad debe abarcar exactamente este proceso.

El aspecto doloroso de ambos filmes, a pesar del optimismo evidente del final de Wenders, es la incapacidad para ir mucho más allá del romanticismo (individualizante y fuertemente estetizado) como solución a las condiciones que ambos cineastas describen en forma tan brillante. Pareciera que los cineastas no pueden liberarse del poder de las imágenes que ellos mismos crean. Marion y Damiel buscan una imagen para reemplazar imágenes y parecen considerar que esa es una concepción adecuada para cambiar el mundo. Desde este punto de vista, el giro hacia el romanticismo es peligroso en ambos casos precisamente porque presagia la persistencia de una condición en la que la estética predomina sobre la ética. Las cualidades del romanticismo que se ofrecen, varían, por supuesto. El hastiado machismo de Deckard y la sumisión de Rachel son absolutamente diferentes del encuentro mental y espiritual en el caso de Marion y Damiel (ambos están dispuestos a aprender del otro). No obstante, aun en ese caso pareciera que *Blade Runner* habla con una voz más auténtica (aunque no necesariamente más digna de alabanza), porque al menos está más preocupada por la naturaleza del orden simbólico en el que podríamos estar (un problema que Wenders evita). Del mismo modo, Wenders escapa a la cuestión de las relaciones de clase y a la conciencia, colocando todo el problema social en la relación no mediada entre los individuos y la colectividad (el Estado). Pero si bien en *Blade Runner* abundan los signos de relaciones de clase objetivas, los que participan en la acción evidentemente no tienen el propósito de referirse a ellas aunque, como en el caso de Deckard, sean vagamente conscientes de su existencia. Si bien ambos filmes son retratos brillantes de las condiciones de la

posmodernidad y, en particular, de la experiencia conflictiva y confusa del espacio y el tiempo, ninguno de los dos tiene la capacidad de dar vuelta las formas de ver establecidas o trascender las condiciones conflictivas del momento. Esto debe, en parte, atribuirse a las contradicciones inherentes a la forma cinematográfica misma. En definitiva, el cine es el supremo constructor y manipulador de imágenes para fines comerciales, y el acto de usarlas bien siempre supone reducir las complejas historias de la vida cotidiana a una secuencia de imágenes sobre una pantalla sin profundidad. La idea de un cine revolucionario siempre ha encallado en esta dificultad. Sin embargo, el obstáculo es aún más profundo. Las formas del arte y los artefactos culturales del posmodernismo, por su propia naturaleza, deben abarcar con plena auto-conciencia el problema de la creación de imagen y, en consecuencia, necesariamente se vuelven hacia adentro de ellos mismos. Entonces se hace difícil evitar ser aquello que llega a ser imaginado dentro de la propia forma artística. Creo que Wenders lucha realmente con ese problema, y el hecho de que por último no tenga éxito está señalado quizá más claramente en la leyenda del final: «Continuará». Sin embargo, dentro de estos límites, las cualidades miméticas del cine de este tipo son extraordinariamente reveladoras. Tanto *Las alas del deseo* cuanto *Blade Runner* nos muestran, como en un espejo, muchos de los rasgos esenciales de la condición posmoderna.

Cuarta parte. La condición de la posmodernidad

«El nuevo valor que se asigna a la transitoriedad, a lo fugaz y a lo efímero, la propia celebración del dinamismo, revelan el anhelo de un presente impoluto, inmaculado y estable».

Jürgen Habermas

«La Ilustración ha muerto, el marxismo ha muerto, el movimiento obrero ha muerto. . . y el autor no se siente demasiado bien».

Neil Smith

19. La posmodernidad como condición histórica

Las prácticas estéticas y culturales son especialmente susceptibles a la transformación de la experiencia del espacio y el tiempo, por el hecho de que suponen la construcción de representaciones y artefactos espaciales que surgen del flujo de la experiencia humana. Siempre van y vienen entre el Ser y el Devenir.

Es posible escribir la geografía histórica de la experiencia del espacio y el tiempo en la vida social y comprender las transformaciones que ambos han sufrido, si nos remitimos a las condiciones materiales y sociales. En la Tercera parte se propuso un esquema histórico que podía exponer esto con relación al mundo Occidental del pos-Renacimiento. Las dimensiones del espacio y el tiempo han estado sometidas en ese período a la constante presión de la circulación y acumulación del capital, y han culminado (en especial durante las crisis de hiper-acumulación periódicas que han surgido desde mediados del siglo XIX) en desconcertantes y desgarradores accesos de compresión espacio-temporal.

Las respuestas estéticas a las condiciones de la compresión espacio-temporal son y han sido importantes desde que la separación entre el conocimiento científico y el juicio moral, producida en el siglo XVIII, les aseguró un rol distintivo. La confianza de una época puede evaluarse por la dimensión de la brecha entre la argumentación científica y la moral. En épocas de confusión e incertidumbre, el recurso a la estética (cualquiera que sea su forma) se vuelve más pronunciado. Si las fases de la compresión espacio-temporal son violentas, podemos suponer que el recurso a la estética y a las fuerzas de la cultura como explicaciones y *loci* de luchas activas será particularmente agudo en esos momentos. En tanto las crisis de hiper-acumulación dan lugar a la búsqueda de soluciones espaciales y temporales que a su vez crean un sentir abrumador de compresión espacio-temporal, también podemos advertir la aparición de fuertes movimientos estéticos tras las crisis de hiper-acumulación.

La crisis de hiper-acumulación que comenzó a fines de la década de 1960 y que culminó en 1973, ha generado exactamente ese resultado. La experiencia del tiempo y el espacio ha cambiado, ha desapa-

recido la confianza en la asociación entre los juicios científicos y los morales, la estética ha triunfado sobre la ética en tanto preocupación fundamental en el plano social e intelectual, las imágenes dominan en las narrativas, la transitoriedad y la fragmentación tienen prioridad sobre las verdades eternas y las políticas unificadas, y las explicaciones se han desplazado del ámbito de las fundamentaciones materiales y económico-políticas hacia una consideración de las prácticas culturales y políticas autónomas.

Sin embargo, el esquema que he propuesto aquí sugiere que los desplazamientos de este tipo no son en absoluto nuevos, y que la versión más reciente de esto puede entenderse sin duda a partir del análisis materialista-histórico, y que hasta puede teorizarse por medio del meta-relato del desarrollo capitalista propuesto por Marx.

En suma, el posmodernismo puede ser considerado como una condición histórico-geográfica determinada. Pero ¿de qué clase de condición se trata y qué deberíamos hacer con ella? ¿Es patológica o augura una revolución más profunda y más amplia en los asuntos humanos que las revoluciones ya forjadas en la geografía histórica del capitalismo? En esta conclusión esbozo algunas posibles respuestas a estos interrogantes.

20. Economía con espejos

«Economía vudú» y «economía con espejos», dijeron George Bush y John Anderson respectivamente, refiriéndose al programa económico de Ronald Reagan para revivir una economía debilitada en las campañas por las elecciones primaria y presidencial de 1980. Un dibujo en la parte de atrás de una servilleta, trazado por un economista poco conocido llamado Laffer, se proponía mostrar que los recortes en los impuestos traerían necesariamente un aumento en la recaudación impositiva (por lo menos hasta un cierto punto) porque estimulaban el crecimiento y, por lo tanto, aumentaban la base impositiva. Así se justificaría la política económica de Reagan, una política que sin duda obró maravillas, aunque llevó a los Estados Unidos al borde de la bancarrota internacional y la ruina fiscal (véanse las figuras 2.13 y 2.14). Lo extraño y enigmático es que esta idea tan simple tuviera el éxito que tuvo y que pareciera funcionar políticamente tan bien durante tanto tiempo. Aun más extraño y desconcertante es que Reagan fuera reelegido cuando todas las encuestas mostraban que la mayor parte del electorado norteamericano (sin mencionar a la mayoría de los ciudadanos electores, que no votaron) no estaba esencialmente de acuerdo con él sobre la mayor parte de los problemas sociales, políticos y hasta de política exterior. Lo más extraño de todo es que un presidente así pudiera abandonar su puesto con un grado tan alto de estima pública, aun cuando más de una docena de miembros de su administración estaban acusados —o habían sido encontrado culpables— de graves violaciones de los procedimientos legales y de haber desconocido abiertamente los principios éticos. El triunfo de la estética sobre la ética no podía ser más evidente.

En política, la construcción de la imagen no es nada nuevo. El espectáculo, el fasto y los medios, el porte, el carisma, el paternalismo y la retórica siempre han formado parte del aura del poder político. Y el grado en que estos podían comprarse, producirse o adquirirse también ha sido siempre importante para la conservación de ese poder. Pero algo ha cambiado cualitativamente en los últimos tiempos. La mediatización de la política imprimió otro cariz al debate televi-

sivo Kennedy-Nixon, y la pérdida de la elección presidencial por parte de este último, en la óptica de muchos, se debió al aspecto poco confiable de su imagen de las cinco de la tarde. A esto siguió la utilización activa de empresas de relaciones públicas dedicadas a armar y vender rápidamente una imagen política (la cuidadosa construcción del thatcherismo por parte de la firma todopoderosa Saatchi y Saatchi es uno de los últimos ejemplos que ilustran hasta qué punto se americaniza la política europea en este sentido).

La elección de un ex actor de cine, Ronald Reagan, para uno de los puestos más poderosos del mundo dio un nuevo lustre a las posibilidades de una política mediatizada formada sólo por imágenes. Su imagen —cultivada durante muchos años de práctica política y luego cuidadosamente montada, elaborada y orquestada con todos los artificios de la producción de imágenes actual— de una persona tosca pero cálida, familiar y bien intencionada con una fe inquebrantable en la grandeza y bondad de América, le construyó un aura de política carismática. Carey McWilliams, un comentarista político de larga experiencia que durante mucho tiempo fue redactor de *Nation*, lo describió como «la cara amistosa del fascismo». El «presidente de teflón», como se lo solía llamar (sólo porque ninguna acusación que se le hiciera, por más verdadera, parecía afectarlo), podía equivocarse una y otra vez, pero nunca se le pedían cuentas. Su imagen podía desplegarse, sin fallo y de manera instantánea, para demoler cualquier narrativa crítica que alguien se propusiera construir, por más minuciosa que fuera. Pero la imagen encubría una política coherente. Primero, exorcizar el demonio de la derrota de Vietnam tomando una participación activa en defensa de cualquier enfrentamiento nominalmente anti-comunista en cualquier parte del mundo (Nicaragua, Grenada, Angola, Mozambique, Afganistán, etc.). Segundo, expandir el déficit de presupuesto a través de los gastos militares y obligar al recalcitrante Congreso (y a la nación) a cortar más y más los programas sociales que habían surgido con el redescubrimiento de la pobreza y de la desigualdad racial en los Estados Unidos en la década de 1960.

Este franco programa de exaltación de clase fue parcialmente exitoso. Los ataques contra el poder de los sindicatos (encabezados por la embestida de Reagan contra los controladores del tráfico aéreo), los efectos de la desindustrialización y los desplazamientos regionales (alentados por las reducciones impositivas) y el alto desempleo (legitimado como un remedio adecuado para la lucha contra la inflación), y todos los impactos acumulados del desplazamiento del empleo fabril al de servicios debilitaron a las instituciones tradicionales de la clase obrera lo suficiente como para vulnera-

bilizar a gran parte de la población. Los Estados Unidos en los años de Reagan fueron sacudidos por una ola creciente de desigualdades sociales, que en 1986 llegaron a un punto culminante en la posguerra (véase la figura 2.15); para entonces, la quinta parte de la población más pobre, que paulatinamente había mejorado su participación en el ingreso nacional hasta una proporción de casi el 7 % a comienzos de la década de 1970, se quedó con sólo el 4,6 %. Entre 1979 y 1986, la cifra de familias pobres con niños creció en un 35 %, y en algunas grandes áreas metropolitanas, como Nueva York, Chicago, Baltimore y Nueva Orleans, más de la mitad de los niños vivían en el seno de familias cuyos ingresos caían por debajo de la línea de pobreza. A pesar del creciente desempleo (que culminó en más del 10 % según cifras oficiales de 1982), el porcentaje de los desempleados que recibían algún beneficio federal cayó a sólo el 32 %, el nivel más bajo en la historia de la seguridad social desde su nacimiento con el New Deal (véase la figura 2.9). El número cada vez mayor de los sin-casa ponía de manifiesto un estado general de dislocación social, marcado por confrontaciones (muchas de ellas con matices racistas o étnicos). Los enfermos mentales fueron devueltos a la comunidad para su cuidado, que consistía en gran medida en el rechazo y la violencia, la punta de un iceberg de abandono que dejaba a cerca de cuarenta millones de ciudadanos de una de las naciones más ricas del mundo sin seguro médico alguno. Durante los años de Reagan se crearon por cierto algunos puestos de trabajo, la mayor parte de ellos de bajos salarios y con malas condiciones de seguridad, que apenas lograron equilibrar la disminución del 10 % en el salario real desde 1972 hasta 1986. Si los ingresos familiares aumentaban, significaba sólo que cada vez más mujeres entraban en la fuerza de trabajo (véanse las figuras 2.2 y 2.9).

Sin embargo, para los jóvenes y los ricos, y los que poseían educación y los privilegiados, las cosas no pudieron haber sido mejores. El mundo de los bienes raíces, de las finanzas y las empresas de servicios creció, así como la «masa cultural» dedicada a la producción de imagen, conocimientos y formas culturales y estéticas (véase *supra*, págs. 320-1). La base económico-política y, con ella, el conjunto de la cultura urbana se transformaron. Nueva York perdió su tradicional industria del vestido y se volvió hacia la producción de deuda y de capital ficticio. «En los últimos siete años», decía un artículo de Scardino (1987) en el *New York Times*,

«Nueva York ha construido 75 nuevas fábricas para alojar la máquina de producción y distribución de la deuda. Estas torres de granito y vidrio brillan en la noche, así como algunos de los profesiona-

les más talentosos de esta generación inventan nuevos instrumentos de deuda para que se adecuen a todas las necesidades que es posible imaginar: Perpetual Floating Rate Notes, Yield Curve Notes y Dual Currency Notes, para mencionar sólo algunas, que ahora se comercian de manera tan indiferente como alguna vez se hizo con las acciones de Standard Oil Company».

El comercio es tan vigoroso como el que alguna vez dominó el puerto. Pero «hoy, las líneas de teléfono entregan el efectivo mundial para que se lo vuelva a mezclar, como en una planta de embotellamiento, en diferentes recipientes, tapados y vueltos a embarcar». La mayor exportación física desde la ciudad de Nueva York es hoy de papel usado. La economía de la ciudad se apoya efectivamente en la producción de capital ficticio que es prestado a los agentes inmobiliarios, quienes se reparten el negocio con los profesionales muy bien remunerados que producen capital ficticio. Del mismo modo, cuando la máquina de producción de imágenes de Los Angeles tuvo que detenerse durante la huelga del Gremio de Escritores, la gente de pronto advirtió «hasta qué punto su estructura económica se funda en la historia que el escritor le cuenta al productor, y cómo, finalmente, es el tejido de esa historia (en imágenes) la que paga los salarios del hombre que maneja el camión que distribuye los alimentos que se consumen en el restaurante que alimenta a la familia que toma las decisiones para mantener en funcionamiento la economía» (informe de Scott Meek en *The Independent*, 14 de julio de 1988).

El surgimiento de esta economía de casino, con toda su especulación financiera y su formación de capital ficticio (gran parte del cual no está respaldado por un crecimiento de la producción real) ofreció numerosas oportunidades para el éxito personal (lámina 4.1 y figura 4.1). El capitalismo de casino había llegado a la ciudad y mu-

---

«La leyenda que sirve de título al aviso de la lámina 4.1 dice: Ciertos días especulo, otros días simplemente acumulo. Y explica a continuación: Yo no soy un yuppie. Nunca lo he sido y juro no serlo nunca. Pero me parece que tengo que hacer crecer mi patrimonio hasta convertirme en un dinkie (*dual income, no kids*: doble declaración de ingresos, sin hijos).

»Me acuerdo bien de las protestas la primera vez que le propuse a Maggie (mi esposa) que compráramos acciones de British Telecom. Se opuso a muerte. ¿Qué sabía yo del mercado bursátil? ¿Y si las acciones bajaban? ¿Tenía algo malo nuestra cuenta en la caja de ahorro y préstamos? La disputa o el fastidio duraron unos días. Yo no podía pretender que sabía de lo que hablaba, pero mi orgullo me impedía admitirlo. Al fin, hice algunas manifestaciones petulantes y ella a disgusto me permitió intentarlo.

»Entonces fui hasta la caja de ahorro y préstamo y, tras los obligados treinta días de aviso, retiré la suma necesaria. Me resultó muy molesto llenar los formularios,





Lámina 4.1 *Este aviso del Lloyds Bank sobre acumulación-especulación invita a aceptar el mundo de la formación de capital ficticio y la economía vudú como una base normal de la vida cotidiana.*

chas grandes ciudades advirtieron de repente que estaban en poder de un nuevo y poderoso negocio. Montada sobre este boom de los negocios y los servicios financieros, se formó una cultura completamente nueva, yuppie, con su ropaje de reciclamiento urbano, de atención al capital simbólico, a la moda, al diseño y a la calidad de la vida urbana.

La contraparte de esta opulencia fue la proliferación de los sin-casa, la desapropiación y el empobrecimiento que abismó a muchas de las metrópolis más importantes. La «otredad» se produjo con una furia y un afán de venganza que no tuvo paralelos en la etapa posterior a la guerra. Las voces olvidadas y los sueños inolvidables de los sin-casa de Nueva York se registraron de este modo (Coalition For the Homeless, 1987):

> Tengo 37 años. Parezco de 52. Hay gente que dice que la vida en la calle es libre y fácil (. . .) No es ni libre ni fácil. Uno no pone dinero. Uno paga con la salud y la estabilidad mental.
>
> El nombre de mi país es apatía. Mi tierra está manchada por la ignominia. Mis antenas guían a sus hordas de los sin-casa por la pomposa llama de la beneficencia. En busca de una habitación y calor, algunas perchas, un cajón; un lugar caliente para tomar sopa: ¡qué libertad!

Justo antes de la Navidad de 1987, el Gobierno de los Estados Unidos cortó 35 millones del presupuesto destinados a la ayuda de

---

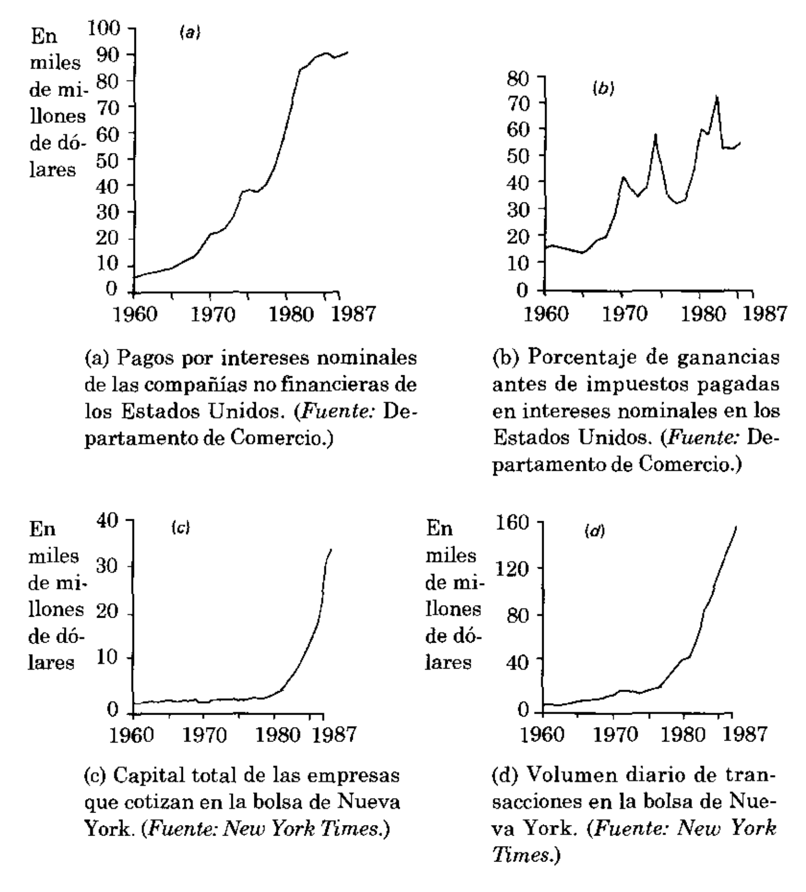
pero entré en el negocio. Mi primer éxito en el mercado *overnight* me puso insoportable. Cuando British Gas se privatizó, la resistencia de Maggie fue menor. Me fui dando cuenta de que me había convertido en un aficionado.

»Por esa época James y Helen se mudaron a la casa de al lado. A Maggie le pareció una buena idea invitarlos a comer. Fui de la misma opinión. Los dos trabajaban en la City, y quizá podría aprovechar sus conocimientos. Y aun me darían consejos para organizar un *portfolio*. Lo cierto fue que se horrorizaron con mis negocios de aficionado. Exigieron que los organizara allí y en ese mismo momento. Para operar regularmente, debía retirar todo nuestro dinero de la sociedad de ahorro y préstamo y depositarlo en una cuenta especial. Recomendaron una High Interest Cheque Account del Lloyds Bank porque incluía transacciones accionarias. La usaría como una base para mis negocios en la City. Además, lo más atractivo era que, si no me daba la gana de invertir, el dinero producía de todos modos buen interés. Acreditaban en la cuenta una suma aunque fuera pequeña.

»Todo sonaba bien. Pedí la solicitud en el banco y la leí. Para empezar, podía olvidar toda la molestia de los treinta días de aviso. Si deseaba hacer una inversión, no tenía más que llamar por teléfono al banco y decírselo. Me ahorraba llenar cheques o formularios. Ellos se ocupaban de todo, hasta de fijar una comisión razonable. Abrí una cuenta al día siguiente. No me he arrepentido. Hoy disfruto con los prospectos. Me entusiasma medir los pros y los contras de las inversiones. Y termino por irritar a Maggie cuando empiezo a hablar en la jerga de la City.

»Si me gusta una flotación, solicito al banco un segundo consejo especializado. Y cuando doy mi consentimiento, ellos lo hacen todo. Compran las acciones por mi

los sin-casa. Mientras tanto, el endeudamiento personal seguía acelerándose y los candidatos presidenciales empezaron a competir para ver quién podía enunciar el voto de obediencia con el tono más convincente. Las voces de los sin-casa fueron tristemente desoídas en un mundo «trastornado por la ilusión, la fantasía y la simulación».



(a) Pagos por intereses nominales de las compañías no financieras de los Estados Unidos. (*Fuente:* Departamento de Comercio.)

(b) Porcentaje de ganancias antes de impuestos pagadas en intereses nominales en los Estados Unidos. (*Fuente:* Departamento de Comercio.)

(c) Capital total de las empresas que cotizan en la bolsa de Nueva York. (*Fuente: New York Times.*)

(d) Volumen diario de transacciones en la bolsa de Nueva York. (*Fuente: New York Times.*)

Figura 4.1 *El mundo especulativo de la economía vudú 1960-1987.*

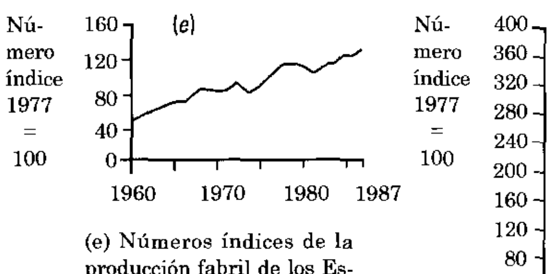
---

cuenta, buscan los certificados y hacen que los dividendos se depositen en la cuenta que yo indique. Incluso organizan mis sobregiros si necesito efectivo enseguida. Y, desde luego, manejan todas las ventas.

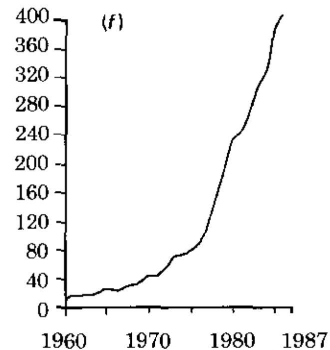
»Pero debo confesar que sigo siendo un inversor de tiempo parcial y fortuito. La mayor parte del tiempo descanso sin hacer nada. Sé que el dinero nunca está ocioso. La tasa de interés está pactada, y obtengo un buen retorno sobre cualquier saldo.

»Al presente Maggie y yo no nos peleamos sobre comprar o no comprar. Pero ella siempre me acusa de petulante. De hecho, para mi último cumpleaños, me obsequió una suscripción anual de la Crónica del Inversor. Muy sarcástico».

Figura 4.1 *El mundo especulativo de la economía vudú 1960-1987. (Continuación.)*



(e) Números índices de la producción fabril de los Estados Unidos (según Harrison y Bluestone, 1988).



(f) Números índices de los montos comerciados sobre valores futuros en Nueva York (según Harrison y Bluestone, 1988).

21. El posmodernismo como espejo de espejos

Una de las condiciones principales de la posmodernidad es que nadie puede ni debe discutirla como una condición histórico-geográfica. Desde luego, nunca es fácil formular un juicio crítico sobre una condición que está tan abrumadoramente presente. Los términos del debate, de la descripción y la representación a menudo están tan circunscriptos que no parece haber posibilidad alguna de escapar a evaluaciones que sean algo más que auto-referenciales. Por ejemplo, en la actualidad suele descartarse por completo cualquier sugerencia acerca del carácter determinante de la «economía» (por vaga que sea la acepción del término) en la vida cultural, aun (como lo afirmaron Engels y después Althusser) «en última instancia». Lo curioso acerca de la producción cultural posmoderna es que la pura búsqueda de ganancias es determinante en primera instancia.

El posmodernismo ha madurado en medio de este clima de la economía vudú, de la construcción y despliegue de la imagen política, y de una nueva formación de clases sociales. Debiera ser evidente entonces que hay cierta conexión entre este estallido posmodernista, la construcción de la imagen de Ronald Reagan, el intento dirigido a deconstruir las instituciones tradicionales del poder obrero (los sindicatos y los partidos políticos de la izquierda), y el enmascaramiento de los efectos sociales de la política económica del privilegio. Una retórica que justifica la condición de *homelessness*, el desempleo, el creciente empobrecimiento, la impotencia y cuestiones semejantes, apelando a los supuestos valores tradicionales de auto-confiabilidad y la iniciativa empresaria, estará dispuesta a elogiar fácilmente el reemplazo de la ética por la estética como sistema de valor dominante. Las escenas de empobrecimiento, de impotencia, los *graffiti* y la decadencia que vemos en las calles alimentan el molino de los productores culturales, no como señalan Deutsche y Ryan (1984), en el ruin estilo reformista del siglo XIX, sino como un telón de fondo exquisito y vertiginoso (como en *Blade Runner*) acerca del cual no se puede hacer ningún comentario social. «Cuando se estetiza a los pobres, la misma pobreza se nos sale del campo de nuestra visión social», excepto en tanto descripción pasiva de la

otredad, de la alienación y la contingencia dentro de la condición humana. Cuando «se recurre a la pobreza y a la condición de *homelessness* por placer estético», entonces, sin duda, la ética ha sido relegada por la estética, dando lugar así a la cosecha más amarga de la política carismática y el extremismo ideológico.

Si hay una meta-teoría capaz de abarcar todos estos giros del pensamiento y de la producción posmodernos, ¿por qué no utilizarla?

22. El modernismo fordista *versus* el posmodernismo flexible, o la interpenetración de tendencias opuestas en el capitalismo en su conjunto

Aunque el *collage* haya sido utilizado en primer lugar por los modernistas, se trata de una técnica de la que los posmodernistas se han apropiado en gran medida. La yuxtaposición de elementos diversos y aparentemente incongruentes puede ser entretenida y a veces instructiva. Con este espíritu, he tomado las oposiciones definidas por Ihab Hassan (cuadro 1.1) y por Halal, Lash y Urry, y Swyngedouw (cuadros 2.6, 2.7 y 2.8) y he mezclado sus términos (agregando en buena medida algunos propios) para producir un *collage* de términos en el cuadro 4.1.

En el lado izquierdo, hay una serie de términos de intersección que describen la condición de la «modernidad fordista», mientras que la columna de la derecha representa el «posmodernismo flexible». El cuadro sugiere curiosas asociaciones. Pero también pone de manifiesto cómo dos regímenes bastante diferentes de acumulación y sus respectivos modos de regulación (incluyendo las materializaciones de los hábitos culturales, las motivaciones y los estilos de representación) pueden permanecer unidos, cada uno como un tipo de formación social distinta y relativamente coherente. Sin embargo, habría dos dificultades con respecto a esta idea. Primero, las oposiciones, destacadas con fines didácticos, nunca están claramente delimitadas, y la «estructura de sentimiento» en cualquier sociedad siempre es un momento sintético entre los dos términos. Segundo, las asociaciones no son prueba de causalidad histórica, ni siquiera de relaciones necesarias o integrales. Aun cuando las asociaciones parecen plausibles —y muchas de ellas lo son—, debe encontrarse alguna otra manera para determinar su condición de configuración significativa.

Las oposiciones dentro de cada perfil son dignas de tener en cuenta. La modernidad fordista está muy lejos de ser homogénea. Tiene mucho de cristalización y permanencia relativas: capital fijo en la producción masiva, mercados estables, estandarizados y homogéneos, una configuración estable del poder y de la influencia de la economía política, autoridad y meta-teorías fácilmente identificables, un fundamento sólido en la materialidad y la racionalidad

Cuadro 4.1 *Modernidad fordista* versus *posmodernidad flexible, o la interpenetración de tendencias opuestas en la sociedad capitalista en su conjunto.*

Modernidad fordista	*Posmodernidad flexible*
economías de escala / código maestro jerarquía / homogeneidad / división especial del trabajo	economías de alcance / idiolecto anarquía / diversidad / división social del trabajo
paranoia / alienación / síntoma / viviendas públicas / capital monopólico	esquizofrenia / descentración / deseo los sin-casa / iniciativa empresaria
intencionalidad / diseño / maestría determinación / capital de producción universalismo	juego / azar / agotamiento indeterminación / capital ficticio localismo
poder estatal / sindicatos / Estado de bienestar / metrópoli	poder financiero / individualismo neo-conservadurismo contra-urbanización
ética / mercancía dinero / Dios Padre materialidad	estética / monedas de cuenta / Espíritu Santo / inmaterialidad
producción / originalidad / autoridad mameluco / vanguardismo / política de intereses de grupo / semántica	reproducción / pastiche / eclecticismo cuello duro / comercialismo / política carismática / retórica
centralización / totalización / síntesis negociación colectiva	descentralización / deconstrucción antítesis / contratos locales
gestión operativa / código maestro / fálico tarea única / origen	gestión estratégica / idiolecto / andrógino tareas múltiples / huella
meta-teoría / narrativa / profundidad producción en masa / política de clase racionalidad científico-técnica	juegos de lenguaje / imagen / superficie producción en series pequeñas movimientos sociales / alteridad pluralista
utopía / arte redentor / concentración trabajo especializado / consumo colectivo	heterotopías / espectáculo / dispersión trabajador flexible / capital simbólico
función / representación / significado industria / ética protestante del trabajo reproducción mecánica	ficción / auto-referencia / significante servicios / contrato temporario reproducción electrónica
devenir / epistemología / regulación renovación urbana / espacio relativo	ser / ontología / desregulación revitalización urbana / lugar
intervencionismo estatal industrialización / internacionalismo permanencia / tiempo	*laissez-faire* / desindustrialización geopolítica / lo efímero / espacio

científico-técnica, y otros componentes parecidos. Pero todo esto se ordena en torno de un proyecto social y económico del Devenir, de crecimiento y transformación de las relaciones sociales, del arte y la originalidad auráticas, de la renovación y el vanguardismo. Por otra parte, la flexibilidad posmodernista está dominada por la ficción, la fantasía, lo inmaterial (en particular del dinero), el capital ficticio, las imágenes, la transitoriedad, el azar y la flexibilidad en las técnicas de producción, en los mercados laborales y en los nichos de consumo; sin embargo, encarna también un fuerte compromiso con el Ser y el lugar, una tendencia hacia la política carismática, una preocupación por la ontología y las instituciones estables favorecidas por el neo-conservadurismo. El juicio de Habermas según el cual el valor que se otorga a la transitoriedad y a lo efímero «pone de manifiesto el anhelo por un presente puro, inmaculado y estable», puede advertirse en todas partes. Pareciera que la flexibilidad posmodernista se limitara a invertir el orden dominante de la modernidad fordista. Esta última logró una relativa estabilidad en su aparato de economía política para producir un cambio social y material profundo, mientras que la primera se vio acosada por la desgarradora inestabilidad de su aparato de economía política, pero buscó compensación en lugares de existencia estables y en una geopolítica carismática.

Pero, ¿y qué ocurre si el cuadro en su conjunto constituye una descripción estructural de la totalidad de las relaciones ideológicas, económicas, políticas y culturales del capitalismo? Enfocarlo de esta manera nos exige considerar las oposiciones transversalmente así como en el interior de los perfiles, como relaciones internas dentro de un conjunto estructurado. Esa idea, ultrajante para las pautas posmodernistas (en la medida en que revive el fantasma de pensadores marxistas como Lukács y apela a la teoría de las relaciones internas como las que formula Bertell Ollman), no carece de sentido. Permite en parte explicar la riqueza de *El capital* de Marx para dar cuenta del status actual del pensamiento. También ayuda a comprender por qué las fuerzas culturales que actuaron, por ejemplo, en el *fin de siècle* en Viena constituyeron una mezcla cuya complejidad no nos permite advertir dónde empieza el impulso modernista y dónde termina. Nos ayuda a disolver las categorías del modernismo y del posmodernismo en un conjunto de oposiciones expresivas de las contradicciones culturales del capitalismo. Podemos entonces percibir las categorías del modernismo y del posmodernismo como reificaciones estáticas que se imponen a la interpenetración fluida de las oposiciones dinámicas. Dentro de esta matriz de relaciones internas, nunca hay una configuración fija, sino una oscilación entre

la centralización y la descentralización, entre la autoridad y la deconstrucción, entre la jerarquía y la anarquía, entre la permanencia y la flexibilidad, entre la división del trabajo específica y la social (para enumerar sólo unas pocas de las muchas oposiciones que pueden identificarse). La neta división categorial entre el modernismo y el posmodernismo desaparece para ser reemplazada por un examen del flujo de las relaciones internas dentro del capitalismo en su conjunto.

¿Y por qué el flujo? Esto nos remite nuevamente al problema de la causalidad y de la trayectoria histórica.

23. La lógica transformativa y especulativa del capital

El capital es un proceso, no una cosa. Es un proceso de reproducción de la vida social a través de la producción de mercancías, en el que todos los que vivimos en el mundo capitalista avanzado estamos envueltos. Sus pautas operativas internalizadas están destinadas a garantizar el dinamismo y el carácter revolucionario de un modo de organización social que, de manera incesante, transforma a la sociedad en la que está inserto. El proceso enmascara y fetichiza, crece a través de la destrucción creativa, crea nuevas aspiraciones y necesidades, explota la capacidad de trabajo y el deseo humanos, transforma los espacios y acelera el ritmo de la vida. Produce problemas de hiper-acumulación para los cuales sólo hay un número limitado de soluciones posibles.

Mediante estos mecanismos, el capitalismo crea su propia geografía histórica específica. No es posible predecir la línea de su desarrollo desde una óptica corriente, precisamente porque siempre se ha fundado en la especulación: en nuevos productos, nuevas tecnologías, nuevos espacios e instalaciones, nuevos procesos de trabajo (trabajo familiar, sistemas fabriles, círculos de calidad, participación laboral) y cuestiones semejantes. Hay muchas maneras de obtener beneficios. Las racionalizaciones *post hoc* de la actividad especulativa dependen de una respuesta positiva al interrogante: «¿Qué es rentable?». Diferentes empresarios, espacios enteros de la economía mundial, generan diferentes soluciones para esa pregunta y nuevas respuestas toman el lugar de las anteriores a medida que una ola especulativa pasa a dominar a otra.

En el capitalismo hay leyes que regulan el funcionamiento del proceso, que pueden generar un espectro aparentemente infinito de resultados a partir de la mínina variación en las condiciones iniciales o de la actividad e imaginación humanas. Del mismo modo que las leyes que regulan las corrientes dinámicas resultan invariables en todos los ríos del mundo, las leyes de la circulación del capital son coherentes de un supermercado a otro, de un mercado laboral a otro, de un sistema de producción de mercancías a otro, de un país a otro y de una casa a otra. Sin embargo, Nueva York y Londres

son tan diferentes entre sí como lo es el Hudson respecto del Támesis.

Suele pensarse que la vida cultural está más bien al margen de esta lógica capitalista. Se dice que la gente hace su propia historia en estos ámbitos, en formas específicas e impredecibles, según sus valores y aspiraciones, sus tradiciones y normas. La determinación económica no viene al caso, ni siquiera en su famosa última instancia. Pienso que este argumento es erróneo en dos sentidos. Primero, en principio, no veo ninguna diferencia entre el vasto espectro de actividades especulativas e igualmente impredecibles asumidas por empresarios (nuevos productos, nuevas estratagemas de marketing, nuevas tecnologías, nuevas localizaciones, etc.) y el desarrollo igualmente especulativo de los valores e instituciones culturales, políticos, legales e ideológicos en el capitalismo. Segundo, si bien es posible que el desarrollo especulativo de estos últimos dominios no se refuerce ni se descarte con arreglo a las racionalizaciones *post hoc* de la obtención de beneficios, la rentabilidad (en cualquiera de sus sentidos, amplio o reducido, de generar y adquirir nuevas riquezas) siempre ha estado involucrada en estas actividades y, con el correr del tiempo, la fuerza de esta conexión no ha disminuido sino que se ha acrecentado. Precisamente porque el capitalismo es expansivo e imperialista, cada vez más áreas de la vida cultural se incluyen en la lógica de circulación del capital y del dinero. En realidad, esto ha dado lugar a numerosas reacciones que van desde la cólera y la resistencia hasta la sumisión y la valoración (y no hay nada predecible en ninguno de los dos casos). Pero la ampliación y profundización de las relaciones capitalistas con el tiempo es, sin duda, uno de los hechos más singulares e incontestables de la geografía histórica reciente.

Las relaciones de oposición que se describen en el cuadro 4.1 siempre están sujetas a la incesante actividad transformadora de la acumulación de capital y el cambio especulativo. Por adelantado, no pueden predecirse las configuraciones exactas, aunque sí pueden predecirse las leyes de comportamiento de la fuerza transformadora. Más concretamente, el grado de fordismo y modernismo, o de flexibilidad y posmodernismo, está destinado a cambiar de acuerdo con el tiempo y el lugar, y según cuál sea la configuración que resulte rentable y cuál no. Detrás de todo el fermento de la modernidad y de la posmodernidad, podemos discernir algunos simples principios generativos que dan forma a una inmensa diversidad de resultados. Sin embargo, estos últimos sorprendentemente fracasan (como en el caso de las renovaciones producidas en serie en los centros urbanos) y crean novedades impredecibles aun cuando la capacidad aparen-

temente infinita para generar productos alimente todas las ilusiones de libertad y de caminos posibles para la realización personal. El capitalismo lleva consigo su aparato ilusorio, sus fetichismos y su sistema de espejos, allí donde va.

Aquí podemos invocar, una vez más, la tesis de Bourdieu (*supra*, págs. 245-6) según la cual cada uno de nosotros posee facultades de improvisación, modeladas por la experiencia, que nos aseguran una «infinita capacidad para engendrar productos —pensamientos, percepciones, expresiones, acciones— cuyos límites están establecidos por las condiciones históricamente determinadas» de su producción; «la libertad condicionada y condicional» que esto garantiza está «tan lejos de la creación de la novedad impredecible como lo está de la simple reproducción mecánica de los condicionamientos iniciales». Bourdieu sugiere que es a través de mecanismos de este tipo como cada uno de los órdenes establecidos tiende a producir la «naturalización de su propia arbitrariedad» expresada en el «sentido de los límites» y el «sentido de realidad» que a su vez forman la base para un «inextirpable apego al orden establecido». La reproducción del orden social y simbólico a través de la investigación de la diferencia y la «otredad» no es sino demasiado evidente en el clima de la posmodernidad.

Entonces, ¿de dónde puede provenir el cambio real? Para empezar, las experiencias contradictorias adquiridas en el capitalismo —muchas de las cuales aparecen en el cuadro 4.1— hacen que la novedad sea menos cabalmente predecible que en el caso del encuentro de Bourdieu con las cabilas. La reproducción mecánica de sistemas de valor, creencias, preferencias culturales, etc., es imposible, no a pesar de la base especulativa de la lógica interna del capitalismo, sino precisamente a causa de ella. El análisis de las contradicciones siempre se encuentra en el núcleo del pensamiento original. Pero también es evidente que la expresión de estas contradicciones en la forma de crisis objetivas y materializadas desempeña un rol crucial en la ruptura del poderoso nexo «entre las estructuras subjetivas y las estructuras objetivas» y, por lo tanto, instaura los cimientos de una crítica que «lleva lo indiscutido a la discusión y lo no formulado a la formulación». Si bien las crisis en la experiencia del espacio y el tiempo, en el sistema financiero o en la economía en su conjunto pueden constituir una condición necesaria para el conjunto de los cambios culturales y políticos, las condiciones suficientes están más profundamente insertas en la dialéctica del pensamiento y en la producción de conocimiento internalizadas. Porque, como dice Marx (1967, pág. 178), siempre «construimos nuestra estructura en la imaginación antes de erigirla en la realidad».

24. La obra de arte en la era de la reproducción electrónica y de los bancos de imágenes

«En principio, una obra de arte siempre ha podido reproducirse», escribió Walter Benjamin, pero la reproducción mecánica «representa algo nuevo». Esto se encarna en la predicción del poeta Paul Valéry: «Así como el agua, el gas y la electricidad han sido traídos hasta nuestra casa desde lejos, para satisfacer nuestras necesidades vinculadas al mínimo esfuerzo, se nos suministrarán imágenes visuales o auditivas que aparecerán y desaparecerán ante un simple movimiento de la mano». Las consecuencias de las previsiones de Benjamin han sido destacadas muchas veces por los avances en la reproducción electrónica y la capacidad de almacenar imágenes arrancadas de sus contextos reales en el espacio y el tiempo, para el uso y la recuperación instantánea en un nivel masivo.

El rol creciente de las masas en la vida cultural ha tenido consecuencias positivas y negativas. Benjamin le temía al deseo de estas de acercar las cosas en el plano espacial y humano, porque este procedimiento, inevitablemente, llevaba a la transitoriedad y a la reproductibilidad como marcas de un sistema de producción cultural que hasta el momento había explorado la singularidad y la permanencia. La facilidad con la que el fascismo hizo uso de ello fue una señal de que la democratización de la cultura obrera no era necesariamente una bendición.

Sin embargo, en realidad, el problema aquí es el análisis de la producción cultural y de la formación de los juicios estéticos a través de un sistema organizado de producción y de consumo mediado por complejas divisiones del trabajo, prácticas promocionales y disposiciones de marketing. Y en la actualidad, todo el sistema está dominado por la circulación del capital (en su mayor parte de tipo multinacional).

En tanto sistema de producción, marketing y consumo, presenta muchas peculiaridades con relación a la forma en que asume su proceso de trabajo y el tipo de nexo entre producción y consumo. Una cosa no puede decirse, y es que la circulación del capital esté ausente y que los agentes que operan en el sistema no sean conscientes de las leyes y reglas de la acumulación capitalista. Y sin duda no está

organizado y controlado democráticamente, aun cuando los consumidores estén en extremo dispersos y tengan algo que decir sobre lo que se produce y sobre los valores estéticos que se transmiten.

No es este el lugar para iniciar una discusión extensa sobre las diversas formas de organización de este sector de la actividad económica, o sobre cómo se entrelazan las tendencias estéticas y culturales en el tejido de la vida diaria. Estas cuestiones han sido profundamente investigadas por otros (Raymond Williams ha elaborado una cantidad de propuestas fundamentales). Pero hay dos temas importantes que interesan de manera directa a la condición de la posmodernidad en su conjunto.

En primer lugar, las relaciones de clase que predominan dentro de este sistema de producción y de consumo son peculiares. Lo que se pone de relieve en este caso es el puro poder del dinero como medio de dominación, y no ya el control directo sobre los medios de producción y el trabajo asalariado en el sentido clásico. Uno de los efectos laterales ha sido la reaparición de un conjunto de intereses teóricos sobre la naturaleza del poder del dinero (como opuesta a la clase) y las asimetrías que surgen de allí (véase el extraordinario tratado de Simmel, *La filosofía del dinero*). Por ejemplo, los actores de los medios pueden estar muy bien remunerados pero eminentemente explotados por sus agentes, por las compañías de discos, los magnates de los medios, etc. Este sistema de relaciones asimétricas de dinero está vinculado a la necesidad de estimular la creatividad cultural y el ingenio estético, no sólo en la producción de un artefacto cultural sino también en su promoción y presentación, así como en su transformación en algún tipo de espectáculo exitoso. Pero el poder asimétrico del dinero no necesariamente promueve conciencia de clase. Más bien, estimula las demandas relacionadas con la libertad individual y empresarial. Las condiciones que predominan dentro de lo que Daniel Bell llama «la masa cultural» de productores y consumidores de artefactos culturales, definen actitudes diferentes de aquellas que surgen de las condiciones del trabajo asalariado. Esta masa cultural agrega una capa más a la formación amorfa conocida como «la clase media».

La identidad política de este estrato social siempre ha sido notoriamente vacilante: de los empleados de cuello duro que formaron la columna vertebral del nazismo alemán (véase Speier, 1986) a aquellos que desempeñaron un rol tan importante en la reformulación de la vida cultural y política en la París de fines del siglo XIX. Si bien es riesgoso proponer una regla general acerca de esto, es un estrato que suele carecer «del sustento tranquilizador de una tradición moral que sus miembros pudieran considerar propia» (Speier). O bien

se convierten en «parásitos del valor» —cuya conciencia surge de la asociación con una u otra de las clases dominantes en la sociedad— o bien cultivan toda forma de marcas de identidad ficticias. En estos estratos, la búsqueda de capital simbólico es muy acentuada, y para ellos los movimientos de la moda, el localismo, el nacionalismo, el lenguaje y hasta la religión y el mito pueden ser de la mayor significación. Lo que me propongo aquí es observar cuidadosamente ese tipo de circularidad en la masa cultural que une a los productores, esclavizados por el puro poder del dinero, de un lado, con los consumidores relativamente opulentos, del otro, que son parte de la masa cultural y que aspiran a cierto tipo de resultado cultural como marca clara de su identidad social. Del mismo modo como las nuevas capas sociales formaron la audiencia masiva a la que podían apelar los impresionistas de París, que eran parte ellos mismos de esa formación social, las nuevas capas sociales que aparecieron con la formación de la masa cultural y el surgimiento de nuevas ocupaciones de cuello blanco en las finanzas, las transacciones inmobiliarias, el derecho, la educación, la ciencia y los servicios empresariales, suministraron una poderosa fuente de demanda para las nuevas formas culturales fundadas en la moda, la nostalgia, el pastiche y el kitsch: en una palabra, todo aquello que asociamos con el posmodernismo.

Sin embargo, las políticas de la masa cultural son importantes, ya que su tarea consiste en definir el orden simbólico a través de la producción de imágenes para todo el mundo. Cuanto más se vuelva hacia sí misma, o más se alíe con este o aquel sector de la clase dominante en la sociedad, más tenderá a desplazarse el sentido predominante del orden simbólico y moral. Creo que es necesario señalar que la masa cultural apeló en gran medida al movimiento obrero para configurar su identidad cultural en la década de 1960, pero que el ataque que se llevó a cabo contra este desde principios de la década de 1970, y su consiguiente declinación, dejó a la masa cultural librada a sí misma y a la conformación de su identidad alrededor de sus preocupaciones ligadas al poder del dinero, el individualismo, la iniciativa empresaria, etc. (un perfecto ejemplo de esto es el periódico *Libération* en Francia, que comenzó siendo una publicación iconoclasta y de izquierda en la década de 1960 y que ahora representa una iniciativa empresaria cultural igualmente iconoclasta). La construcción de una imagen en la política por parte de las agencias de relaciones públicas coincidió con la política de la imagen en un sentido fundamental.

Segundo, el desarrollo de la producción cultural y el marketing, a escala global, ha sido un agente esencial de la compresión espacio-

temporal, en parte porque proyectó un *musée imaginaire*, un club de jazz, o una sala de conciertos en el living de la casa de todos, pero también por un conjunto de otras razones acerca de las cuales Benjamin dijo:

«Nuestras tabernas y calles metropolitanas, nuestros despachos y habitaciones amuebladas, nuestras estaciones de ferrocarril y nuestras fábricas parecían habernos encerrado irremediablemente. Luego, apareció el cine e hizo estallar en pedazos este mundo-cárcel con la dinamita de un décimo de segundo, de modo que ahora, en medio de sus vastas ruinas y desechos, viajamos en calma y temerariamente. Con la fotografía, el espacio se dilata; con la cámara lenta, el movimiento se posterga (. . .) Evidentemente, la naturaleza que se despliega ante la cámara no es la misma que se despliega ante el ojo desnudo: aunque más no sea porque un espacio en el que se ha penetrado inconscientemente ha sido reemplazado por un espacio explorado de manera consciente» (Benjamin, 1969, pág. 236).

25. Respuestas a la compresión espacio-temporal

Existen varias respuestas a los efectos de la compresión espacio-temporal. La primera línea de defensa es refugiarse en una especie de silencio neurótico, hastiado o exhausto, e inclinarse ante el carácter abrumador de todo, que es demasiado vasto e intratable y que nadie, ni individual ni colectivamente, puede dominar. Es evidente que la información excesiva es una de las mejores invitaciones a olvidar. Las cualidades de la ficción posmoderna —«los personajes más chatos en los paisajes más chatos interpretados con la dicción más chata» (*supra*, pág. 76)— resultan ilustrativas de ese tipo de reacción. El mundo personal que Wenders despliega en *París, Texas* hace algo parecido. *Las alas del deseo*, aunque más optimista, sigue respondiendo afirmativamente a otro interrogante que plantea Newman: «¿Ha sido tan enorme la velocidad del cambio reciente que no sabemos cómo remontar sus líneas de fuerza, que no hay sensibilidad, menos aún narrativa, que haya podido expresarla?».

Este aspecto del posmodernismo se ha reforzado por la actividad de los deconstruccionistas. Al sospechar de toda narración que aspire a la coherencia, y en su afán de deconstruir todo aquello que pueda parecerse a una meta-teoría, han puesto en tela de juicio todas las proposiciones fundamentales. En la medida en que todos los análisis narrativos contienen presupuestos y simplificaciones ocultos, merecen el examen crítico, aunque más no sea para mostrar competencia en este. Pero al desafiar todas las pautas de consenso de la verdad y la justicia, de la ética y el significado, y al persistir en la disolución de todas las narrativas y las meta-teorías en un vago universo de juegos de lenguaje, el deconstruccionismo terminó reduciendo el conocimiento y el significado a un pedregal de significantes; a pesar de las mejores intenciones de sus partidarios más radicales. Produjo así una situación de nihilismo que preparó el terreno para el resurgimiento de la política carismática y de proposiciones aún más simplistas que aquellas que se dedicaba a deconstruir.

La segunda reacción tiene que ver con una insistencia en negar la complejidad del mundo y una tendencia a la representación de este mediante proposiciones retóricas eminentemente simplifica-

das. Desde la derecha hasta la izquierda del espectro político, abundan los eslóganes y las imágenes superficiales que pretenden captar significados complejos. Se supone que el viaje, aunque sea imaginario y vicario, amplía el horizonte mental pero, con mucha frecuencia, se limita a confirmar prejuicios.

La tercera respuesta ha sido encontrar un nicho intermedio para la vida política e intelectual que desprecia la gran narrativa pero que cultiva la posibilidad de la acción limitada. Se trata del ángulo progresista del posmodernismo que se sustenta en la comunidad y lo local, en el lugar y en las resistencias regionales, en los movimientos sociales, el respeto por la otredad, etc. (*supra*, pág. 134). Su intención es definir un mundo que, al menos, puede conocerse a partir de la infinidad de mundos posibles que nos muestran diariamente en la pantalla televisiva. En el mejor de los casos produce vigorosas imágenes de otros mundos posibles, y hasta empieza a conformar el mundo actual. Pero es difícil evitar el deslizamiento hacia el parroquialismo, la miopía y la auto-referencialidad frente a la fuerza universalizante de la circulación del capital. En el peor de los casos, nos devuelve a la política estrecha y sectaria en la que el respeto por los otros queda mutilado por los enfrentamientos entre fracciones. Y, no debe olvidarse: este fue el camino que permitió que Heidegger llegara a conciliar con el nazismo, y que sigue informando la retórica del fascismo (basta observar la retórica de un líder fascista actual como Le Pen).

La cuarta respuesta ha consistido en tratar de encabalgarse en la compresión espacio-temporal a través de la construcción de un lenguaje y de un imaginario que pueda reflejarla y quizá controlarla. Pienso que en esta categoría se inscriben los frenéticos escritos de Baudrillard y de Virilio, ya que ellos parecen resueltos a fundirse con la compresión espacio-temporal, haciendo una réplica de ella en su propia retórica extravagante. Hemos visto este tipo de respuesta antes, más específicamente en las extraordinarias evocaciones de Nietzsche en *La voluntad de poderío* (*supra*, pág. 303). Sin embargo, comparado con esto, pareciera que Baudrillard reduce el sentido trágico de Nietzsche a la farsa (aunque al posmodernismo siempre le resulta difícil tomarse a sí mismo con seriedad). También Jameson, a pesar de toda su lucidez, en sus trabajos más importantes pierde de vista tanto la realidad que trata de representar como el lenguaje que podría emplearse para representarla adecuadamente.

Sin duda, la hiper-retórica de esta ala de la reacción posmoderna puede desvanecerse en la más alarmante irresponsabilidad. Al leer el trabajo de Jameson sobre la esquizofrenia, por ejemplo, es difícil no atribuir cualidades eufóricas al ímpetu alucinógeno de una expe-

riencia embriagadora tras la apariencia de la ansiedad y la neurosis. Pero, como dice Taylor (1987, pág. 67), las citas seleccionadas por Jameson de la autobiografía de una muchacha esquizofrénica eliminan el terror que se vincula a sus estados de irrealidad, haciendo que todo parezca un viaje bien controlado con LSD y no una sucesión de estados culposos, letargo e impotencia, mezclados con una dislocación angustiosa y, a veces, tempestuosa. Deleuze y Guattari, aplaudidos por Foucault, recomiendan a su vez que nos adaptemos al hecho de que «en todas partes el capitalismo pone en movimiento esquizo-flujos que animan "nuestras" artes y "nuestras" ciencias, así como se coagulan en la producción de "nuestros enfermos", los esquizofrénicos». Los revolucionarios, aconsejan, «debieran poner sus esfuerzos en la línea del esquizo-proceso», porque el esquizofrénico «ha quedado capturado en un flujo de deseo que amenaza el orden social». Si esto es cierto, entonces, pienso que la siguiente noticia de Associated Press del 27 de diciembre de 1987 puede ser un posible epitafio para «nuestra» civilización:

> Al señor Dobben se lo ha diagnosticado como esquizofrénico (. . .) En el día de Acción de Gracias, la policía dice que el señor Dobben llevó a sus dos hijos, Bartley Joel, de dos años, y Peter David, de quince meses, a la fundición Cannon-Muskegon Corporation donde trabajaba, y los puso dentro de una paleta gigante que se utilizaba para llevar metal derretido. Luego la calentó hasta los 1.300 grados mientras su esposa, sin saberlo, lo esperaba afuera en el auto. Ahora Bartley James Dobben, de veintiséis años, permanece bajo vigilancia por intento de suicidio.

Por si esto se considera una perspectiva demasiado extrema, citaré también a Kenny Scharf (un pintor «Day-Glo» de East Village), cuya secuencia de cuadros de Estelle en una huida de la compresión espacio-temporal con un boleto de ida hacia el espacio exterior culmina en un cuadro en que «sólo se estaba divirtiendo, flotando y observando cómo el mundo estallaba» (Taylor, 1987, pág. 123). Y si eso se juzga demasiado fantasioso, citaré a Alan Sugar, presidente de la Amstrad Corporation: «Si hubiera un mercado de armas nucleares portátiles de producción masiva, también las negociaríamos».

26. La crisis del materialismo histórico

Lo curioso es el carácter radical que parecen tener algunas de estas distintas respuestas y la dificultad de abordarlas que ha tenido la izquierda, entendida como opuesta a la derecha. Cuando se reflexiona, el carácter curioso desaparece fácilmente. Una modalidad de pensamiento que es anti-autoritaria e iconoclasta, que insiste en la autenticidad de otras voces, que celebra la diferencia, la descentralización y la democratización del gusto, así como el poder de la imaginación sobre la materialidad, tiene que tener un filo radical, aun cuando se lo utilice en forma indiscriminada. Todo el bagaje de ideas asociadas con el posmodernismo, en manos de sus partidarios más responsables, podría desplegarse en función de objetivos radicales y, por lo tanto, ser considerado como parte de un impulso fundamental hacia una política más liberadora, de la misma manera que el giro hacia procesos laborales más flexibles podría ser visto como una apertura a una nueva era de relaciones laborales democráticas y eminentemente descentralizadas y de intentos cooperativos.

Desde el punto de vista de la derecha tradicional, los excesos de la década de 1960 y la violencia de 1968 eran en extremo subversivos. Tal vez por esa razón, la descripción de Daniel Bell en *The cultural contradictions of capitalism*, si bien se inscribe totalmente en una perspectiva de derecha que busca la restauración del respeto a la autoridad, resulta quizá más precisa que muchos de los intentos de la izquierda por entender lo que estaba pasando. Otros escritores, como Toffler y hasta McLuhan, advirtieron la significación de la compresión espacio-temporal y las confusiones que generaba en muchos sentidos que la izquierda no podía percibir, precisamente porque ella misma estaba empeñada a fondo en crear esas confusiones. Hace muy poco que la izquierda ha podido reconciliarse con estos temas y pienso que es significativo que el libro de Berman, publicado en 1982, recupere algunos de ellos tratando a Marx como el primer gran escritor modernista y no ya como un marxista que podía establecer la índole del modernismo.

La Nueva Izquierda estaba centrada en una lucha por liberarse de la doble opresión de la vieja política de izquierda (en particular

aquella que representaban los partidos comunistas tradicionales y el marxismo «ortodoxo») y de las fuerzas represivas del capital de las corporaciones y las instituciones burocratizadas (el Estado, las universidades, los sindicatos, etc.). Desde el comienzo, se erigió como una fuerza cultural al mismo tiempo que económico-política, y apoyó el giro hacia la estética del posmodernismo.

Pero hubo algunas consecuencias no buscadas de esta línea de acción. El impulso hacia la política cultural se relacionaba mejor con el anarquismo y con las fuerzas libertarias que con el marxismo tradicional, y enfrentó a la Nueva Izquierda con las actitudes e instituciones de la clase obrera tradicional. La Nueva Izquierda adhirió a los nuevos movimientos sociales que eran precisamente los agentes de la fragmentación de la vieja política de izquierda. Sin duda, la pasividad de esta última y, en el peor de los casos, el carácter reaccionario de su actitud hacia los temas vinculados a la raza y el género, la diferencia, los problemas de los pueblos colonizados y de las minorías reprimidas, las cuestiones ecológicas y estéticas, justificaban este tipo de desplazamiento político de la Nueva Izquierda. Pero, en ese desplazamiento, la tendencia de la Nueva Izquierda fue abandonar su fe en el proletariado como instrumento del campo progresista, y el materialismo histórico como forma de análisis. André Gorz proclamó el adiós a la clase obrera y Aronowitz anunció la crisis del materialismo histórico.

De este modo, la Nueva Izquierda se apartó de su capacidad para encarar una perspectiva crítica sobre sí misma o sobre los procesos sociales de transformación que condicionaban el surgimiento de las formas de pensamiento posmodernistas. Al insistir en que lo importante era la cultura y la política y en que no era razonable ni adecuado invocar la determinación económica, ni siquiera en última instancia (para no hablar de las teorías de la circulación y la acumulación del capital, o de las relaciones de clase implícitas en la producción), fue incapaz de detener su propio impulso hacia posiciones ideológicas que la debilitaban frente a las nuevas fuerzas neo-conservadoras, y que la obligaban a competir en el mismo terreno de la producción de imagen, la estética y el poder ideológico cuando los medios de comunicación estaban en manos de sus opositores. Por ejemplo, en un simposio realizado en 1983, *Marxism and the interpretation of culture,* la mayor parte de los autores se ocuparon más de Foucault y de Derrida que de Marx (Nelson y Grossberg, 1988). Resulta irónico que haya sido Raymond Williams, una figura de la vieja izquierda (notoriamente ausente del simposio), que hacía mucho tiempo estudiaba las formas y valores culturales de la clase obrera, el que se cruzó en el camino de la Nueva Izquierda tratando

de restablecer los fundamentos materiales de las prácticas culturales. Williams no sólo rechazaba el modernismo como categoría válida sino que, por extensión, consideraba que el propio posmodernismo enmascaraba las transformaciones más profundas operadas en la cultura del capitalismo que él trataba de identificar.

Las implicaciones del cuestionamiento al marxismo «ortodoxo» (tanto para los escritores alineados en la tradición de Fanon o Simone de Beauvoir como para los deconstruccionistas) eran a la vez necesarias y positivas. En efecto, se estaban preparando importantes transiciones en la economía política, en la naturaleza de las funciones del Estado, en las prácticas culturales y en la dimensión espacio-temporal a través de la cual debían evaluarse las relaciones sociales (por ejemplo, la relación entre el *apartheid* en Africa del Sur y los movimientos obreros en Europa o Norteamérica ha adquirido mayor significación como tema político ahora que en el punto más alto del imperialismo directo). Hacía falta una dinámica adecuada y no una concepción estática de la teoría y del materialismo histórico para captar la significación de estos desplazamientos. De las áreas de mayor desarrollo, yo enumeraría cuatro:

1. El tratamiento de la diferencia y de la «otredad» no como algo que debe agregarse a las categorías marxistas más esenciales (como las de clase y fuerzas productivas), sino como algo que debiera estar omnipresente en cualquier intento dirigido a analizar la dialéctica del cambio social. La importancia que posee la recuperación de aspectos de la organización social como la raza, el género, la religión dentro del marco global del análisis materialista histórico (con su énfasis en el poder del dinero y en la circulación del capital) y la política de clase (con su preocupación centrada en la unidad de la lucha de emancipación) no puede sobrestimarse.

2. Un reconocimiento de que la producción de imágenes y de discursos es una faceta importante de la actividad que tiene que ser analizada como parte de la reproducción y transformación de cualquier orden simbólico. La estética y las prácticas culturales importan, y del mismo modo las condiciones de su producción merecen la mayor atención.

3. Un reconocimiento de que las dimensiones del espacio y el tiempo son importantes y que hay verdaderas geografías de la acción social, verdaderos y metafóricos territorios y espacios de poder que resultan vitales en tanto fuerzas organizadoras en la geopolítica del capitalismo, al mismo tiempo que son los lugares de las innumerables diferencias y de las otredades que se deben comprender por derecho propio, y dentro de la lógica mayor del desarrollo capitalis-

ta. Por fin, el materialismo histórico está empezando a tomar en serio su geografía.

4. El materialismo histórico-geográfico es una modalidad abierta y dialéctica y no un cuerpo de concepciones fijo y clausurado. La meta-teoría no es una afirmación de la verdad total, sino un intento de reconciliarse con las verdades históricas y geográficas que caracterizan al capitalismo, tanto en general como en su fase actual.

27. Resquebrajamientos en los espejos, fusiones en los bordes

«Pensamos que el posmodernismo ha terminado», le dijo un constructor importante de los Estados Unidos al arquitecto Moshe Safdie (*New York Times*, 29 de mayo de 1988). «Para los proyectos que se terminarán en cinco años, ya estamos considerando nuevos contratos arquitectónicos». Dijo esto, manifiesta Safdie, «con la naturalidad de un productor de ropa que le dice a uno que no quiere clavarse con una línea de abrigos azules cuando está de moda el rojo». Tal vez, por esta misma razón, Philip Johnson ha puesto todo su peso al servicio del nuevo movimiento de «deconstructivismo» con toda su petulante apelación a la teoría. Si en esa dirección se encaminan los constructores, ¿acaso los filósofos y los teóricos literarios pueden haber quedado muy atrás?

El 19 de octubre de 1987 hubo quienes se apostaron detrás de los espejos que reflejaban la política económica norteamericana y, asustados de lo que allí vieron, sumieron a los mercados de valores mundiales en un crash tan pavoroso que casi un tercio del valor en papel de los capitales mundiales fue cancelado en pocos días (véase el cuadro 2.10). El acontecimiento reavivó la memoria de la crisis de 1929 y dio lugar a que la mayor parte de las firmas financieras impulsaran economías draconianas, mientras otras decidían apresuradas fusiones. Las fortunas obtenidas de la noche a la mañana por los jóvenes, agresivos y despiadados agentes del hiper-espacio de las transacciones financieras instantáneas se perdieron más rápidamente de lo que se habían alcanzado. La economía de la City de Nueva York y otros centros financieros importantes se vio amenazada por la acelerada caída en el volumen del comercio. Sin embargo, el resto del mundo permaneció extrañamente impasible. «Mundos diferentes», fue el titular del *Wall Street Journal*, que comparaba la «perspectiva pavorosamente» despreocupada de la Calle Principal, con la Calle de la Bolsa. «Las consecuencias del crash constituyen la historia de dos culturas; ellas procesan información diferente, operan en horizontes temporales diferentes, sueñan sueños diferentes (. . .) La comunidad financiera —que vive al minuto y negocia con la computadora— opera sobre un conjunto de valores», mientras

que «el resto de América —que al ritmo de las décadas, compra y posee— respeta un código diferente» que podría llamarse «la ética de aquellos que tienen las manos puestas sobre el mango de la pala».

La Calle Principal puede sentirse justificada en su indiferencia porque las deplorables predicciones posteriores al crash no se han materializado aún. Pero los espejos de la deuda creciente (personal, empresaria, gubernamental) siguen funcionando las veinticuatro horas (véase la figura 2.13). La influencia del capital ficticio es aún más hegemónica que anteriormente. Crea su propio mundo fantástico de vertiginosas riquezas y activos en papel. La inflación de los activos ocupa el lugar de la inflación de las mercancías de la década de 1970, hasta que la masa de fondos arrojados a los mercados para defenderse del crash de octubre de 1987 se abre camino en la economía para producir un resurgimiento de la inflación de salarios y de bienes dos años después. Las deudas se re-programan y se acumulan cada vez más rápidamente, a lo cual se agrega el efecto de la re-programación de las tendencias a la crisis del capitalismo para el siglo XXI. Sin embargo, en los espejos que reflejan la realización económica abundan los resquebrajamientos. Los bancos de los Estados Unidos reconocen millones de millones de dólares en malos préstamos, déficit públicos; los mercados internacionales de divisas están en una vorágine constante.

En el frente filosófico, el deconstruccionismo está a la defensiva por las controversias que giran en torno de las simpatías de Heidegger y Paul de Man por el nazismo. El hecho de que Heidegger, inspirador del deconstruccionismo, haya producido una adhesión tan impenitente al nazismo y que Paul de Man, uno de los deconstruccionistas más cabales, haya tenido un oscuro pasado antisemita, acarrea serias perturbaciones. La acusación de que el deconstruccionismo es neo-fascista no es interesante, pero sí lo es la defensa contra dicha acusación.

Por ejemplo, Hillis Miller (1988) apela a los «hechos» (un argumento positivista), a principios de imparcialidad y moderación (argumento humanista liberal), y al contexto histórico (un argumento materialista histórico) en su defensa de las intervenciones «aterradoras» de Paul de Man. Por supuesto, la ironía consiste en que todas ellas son formas de argumentar que Hillis Miller había destrozado en el trabajo de otros. Por otra parte, Rorty lleva su posición a su conclusión lógica y declara que las opiniones políticas de un gran filósofo no deben tomarse más en serio que la filosofía misma (lo cual es bien difícil), y que cualquier relación entre las ideas y la realidad, las posiciones morales y los escritos filosóficos, es puramente

contingente. La irresponsabilidad flagrante de esa posición es casi tan embarazosa como embarazosas son las transgresiones que desencadenan el debate.

Los resquebrajamientos en un edificio intelectual que abre el camino al predominio de la estética sobre la ética son importantes. El deconstruccionismo, como cualquier sistema de pensamiento y cualquier definición de un abrumador orden simbólico, internaliza ciertas contradicciones que, en un cierto punto, se vuelven cada vez más evidentes. Cuando, por ejemplo, Lyotard trata de mantener vivas sus esperanzas radicales apelando a un concepto de justicia prístino e impoluto, propone una afirmación de la verdad que está por encima de la *mêlée* de los grupos de interés y de su cacofonía de juegos de lenguaje. Cuando Hillis Miller se ve obligado a recurrir a los valores liberales y positivistas para defender a su mentor Paul de Man contra lo que él considera la calumnia de falsas acusaciones, él también invoca los universales.

Y en los bordes de estas tendencias prosperan todo tipo de fusiones de los fragmentos. Jesse Jackson emplea la política carismática en una campaña política que sin embargo empieza a fusionar algunos de los movimientos sociales de los Estados Unidos que durante mucho tiempo han sido indiferentes entre sí. La posibilidad misma de una coalición amplia genuina define una política unificada que inevitablemente habla en el lenguaje tácito de la clase, porque esto es precisamente lo que define la experiencia común dentro de las diferencias. Los dirigentes sindicales de los Estados Unidos por fin comienzan a lamentar que su apoyo a las dictaduras extranjeras en nombre del anti-comunismo desde 1950 haya promovido prácticas de trabajo injustas y bajos salarios en muchos países que ahora compiten por los empleos y las inversiones. Y cuando los trabajadores de la Ford británica hicieron huelga y frenaron la producción de autos en Bélgica y Alemania Occidental, de pronto advirtieron que la dispersión espacial en la división del trabajo no es totalmente ventajosa para los capitalistas y que las estrategias internacionales son factibles y deseables. Los signos de un nuevo internacionalismo en la esfera ecológica (forzado por los acontecimientos para la burguesía, buscado activamente por muchos grupos ecológicos) y en la lucha contra el racismo, el *apartheid*, el hambre en el mundo, el desarrollo geográfico desigual, están en todas partes, aun cuando en gran medida se encuentren en el ámbito de la pura construcción de imagen (como Band Aid) más que en la organización política. La tensión geopolítica entre Oriente y Occidente también mejora notablemente (de nuevo, no gracias a las clases dominantes de Occidente, sino sobre todo por una evolución en el Este).

Las resquebrajaduras en el espejo pueden no ser muy grandes, y no ser demasiado impactantes las fusiones en los bordes, pero que todas estén allí sugiere que la condición de la posmodernidad está sufriendo una sutil evolución, y quizá llegando a un punto de autodisolución para convertirse en algo diferente. Pero ¿en qué?

No pueden darse respuestas que no tengan en cuenta las fuerzas económico-políticas que en la actualidad transforman el mundo del trabajo, las finanzas, el desarrollo geográfico desigual y cuestiones semejantes. Las líneas de tensión son suficientemente claras. La geopolítica y el nacionalismo económico, el localismo y las políticas regionales están luchando con un nuevo internacionalismo en formas sumamente contradictorias. La fusión de la Comunidad Económica Europea como un bloque comercial ocurre en 1992; las manías de apropiaciones y fusiones recorrerán el continente; sin embargo, el thatcherismo sigue proclamando su proyecto nacional específico apoyándose en las peculiaridades de los británicos (una propuesta que tanto la política de izquierda como la de derecha tiende a aceptar). El control internacional sobre el capital financiero se ve inevitable, pero parece imposible llegar a eso a través de la colectividad de los intereses nacionales. En las esferas intelectuales y culturales pueden reconocerse oposiciones similares.

Wenders parece proponer un nuevo romanticismo, la investigación de los significados globales y los proyectos para el Devenir a través de la liberación del deseo romántico a partir de la parálisis del Ser. Es riesgoso liberar un poder estético desconocido, y quizás incontrolable, en una situación inestable. Brandon Taylor favorece un retorno al realismo como medio para volver a situar las prácticas culturales en un ámbito donde pueda expresarse cierto tipo de contenido ético explícito. Hasta algunos de los deconstruccionistas parecen estar volviendo a la ética.

Detrás de eso, hay una renovación del materialismo histórico y del proyecto de la Ilustración. A través del primero, podemos empezar a comprender la posmodernidad como una condición histórico-geográfica. Sobre esa base crítica se hace posible lanzar un contraataque de lo narrativo a la imagen, de la ética a la estética, de un proyecto del Devenir y no del Ser, y buscar la unidad dentro de la diferencia, aunque en un contexto donde el poder de la imagen y de la estética, los problemas de la compresión espacio-temporal y la significación de la geopolítica y de la otredad sean claramente comprendidos. Una renovación del materialismo histórico-geográfico puede sin duda promover la adhesión a una nueva versión del proyecto de la Ilustración. Poggioli (1968, pág. 73) capta la diferencia en estos términos:

«En la conciencia de la época clásica, no es el presente el que lleva el pasado a su culminación, sino el pasado el que culmina en el presente, y el presente a su vez es entendido como un nuevo triunfo de los valores antiguos y eternos, como un retorno al principio de la verdad y de la justicia, como una restauración o re-nacimiento de aquellos principios. Pero para los modernos, el presente es válido sólo en virtud de las potencialidades del futuro, como la matriz del futuro, en la medida en que el avance de la historia en continuas metamorfosis es visto como una revolución espiritual permanente».

Hay quienes preferirían una vuelta al clasicismo y otros que intentan seguir el camino de los modernos. Desde el punto de vista de estos últimos, toda edad logra «la plenitud de su tiempo, no a través del ser sino a través del devenir». No podría estar más de acuerdo.

Referencias bibliográficas

Aglietta, M. (1979) *A theory of capitalist regulation*, Londres.
Arac, J. (ed.) (1986) *Postmodernism and politics*, Manchester.
Aragon, L. (1971) *Paris peasant*, Londres.
Archives Nationales (1987) *Espace français*, París.
Armstrong, P., Glyn, A. y Harrison, J. (1984) *Capitalism since World War II*, Londres.
Aronowitz, S. (1981) *The crisis of historical materialism*, Nueva York.

Bachelard, G. (1964) *The poetics of space*, Boston, Mass.
Banham, R. (1986) *A concrete Atlantis: U.S. industrial building and European modern architecture*, Cambridge, Mass.
Barthes, R. (1967) *Writing degree zero*, Londres.
(1975) *The pleasure of the text*, Nueva York.
Baudelaire, C. (1981) *Selected writing on art and artists*, Londres.
Baudrillard, J. (1981) *For a critique of the political economy of the sign*, St. Louis, Mo.
(1986) *L'Amérique*, París.
Bell, D. (1978) *The cultural contradictions of capitalism*, Nueva York.
Benjamin, W. (1969) *Illuminations*, Nueva York.
Berman, M. (1982) *All that is solid melts into air*, Nueva York.
Bernstein, R. (ed.) (1985) *Habermas and modernity*, Oxford.
Blitz, M. (1981) *Heidegger's Being and Time: and the possibility of political philosophy*, Ithaca, NY.
Block, F. (1977) *The origins of international economic disorder: a study of the United States international policy since World War II to the present*, Berkeley, Calif.
Bluestone, B. y Harrison, B. (1982) *The deindustrialization of America*, Nueva York.
Borges, J. (1972) *The chronicles of Bustos-Domecq*, Nueva York.
Bourdieu, P. (1977) *Outline of a theory of practice*, Cambridge.
(1984) *Distinction: a social critique of the judgement of taste*, Londres.
Bove, P. (1986) «The ineluctability of difference: scientific pluralism and the critical intelligence», en Arac, ed.
Boyer, M. (1988) «The return of aesthetics to city planning», *Society*, 25 (4), págs. 49-56.
Boyer, R. (1986*a*) *La flexibilité du travail en Europe*, París.
(1986*b*) *La théorie de la régulation: une analyse critique*, París.

Bradbury, M. y McFarlane, J. (1976) *Modernism, 1890-1930*, Harmondsworth.
Braverman, H. (1974) *Labor and monopoly capital*, Nueva York.
Bruno, G. (1987) «Ramble city: postmodernism and *Blade Runner*», octubre, 41, págs. 61-74.
Burawoy, M. (1979) *Manufacturing consent: changes in the labor process under monopoly capitalism*, Chicago, Ill.
Bürger, P. (1984) *Theory of the avant-garde*, Manchester.

Calvino, I. (1981) *If on a winter's night a traveler*, Nueva York.
Caro, R. (1974) *The power broker: Robert Moses and the fall of New York*, Nueva York.
Cassirer, E. (1951) *The philosophy of the Enlightenment*, Princeton, NJ.
Clark, T. J. (1985) *The painting of modern life: Paris in the art of Manet and his followers*, Nueva York.
Coalition for the Homeless, New York City (1987) *Forgotten voices, unforgettable dreams*, Nueva York.
Cohen, S. y Taylor, L. (1978) *Escape attempts: the theory and practice of resistance to everyday life*, Harmondsworth.
Cohen-Solal, A. (1987) «The lovers' contract», *The Observer*, 11 de octubre de 1987.
Collins, G. y Collins, C. (1986) *Camillo Sitte: the birth of modern city planning*, Nueva York.
Colquhoun, A. (1985) «On modern and post-modern space», en Princeton Architectural Press.
Crimp, D. (1983) «On the museum's ruins», en H. Foster, ed.
(1987) «Art in the 80s: the myth of autonomy», *PRECIS* 6, págs. 83-91.

Chambers, I. (1986) *Popular culture: the metropolitan experience*, Londres.
(1987) «Maps for the metropolis: a possible guide to the present», *Cultural Studies*, 1, págs. 1-22.

Dahrendorf, R. (1987) «The erosion of citizenship and its consequences for us all», *New Statesman*, 12 de junio de 1987.
Daniels, P. (1985) *Service industries: a geographical appraisal*, Londres.
Davidson, J. D. y Rees-Mogg, W. (1988) *Blood in the streets*, Londres.
Davis, M. (1986) *Prisoners of the American dream*, Londres.
De Certeau, M. (1984) *The practice of everyday life*, Berkeley, Calif.
De Vroey, M. (1984) «A regulation approach interpretation of the contemporary crisis», *Capital and Class*, 23, págs. 45-66.
Debord, G. (1983) *Society of the spectacle*, Detroit, Mich.
Deleuze, G. y Guattari, F. (1984) *Anti-Oedipus: capitalism and schizophrenia*, Londres.
Deutsche, R. y Ryan, C. (1984) «The fine art of gentrification», *October*, 31, págs. 91-111.
Deyo, F. (1987) «Labor systems, segmentation and the politics of labor: the East Asian NIC's in the transnational division of labor». Trabajo presentado ante la American Sociological Association, Chicago.

Dicken, P. (1986) *Global shift: industrial change in a turbulent world*, Londres.
Dockès, P. (1969) *L'espace dans la pensée économique du XVI[e] au XVIII[e] siècle*, París.
Durkheim, E. (1915) *The elementary forms of the religious life*, Londres.

Eagleton, T. (1987) «Awakening from modernity», *Times Literary Supplement*, 20 de febrero de 1987.
Eco, U. (1986) «Function and the sign: an introduction to urban semiotics», en M. Gottdiener y A. Lagopoulos, eds., *The city and the sign: an introduction to urban semiotics*, Nueva York.
Edgerton, S. (1976) *The renaissance re-discovery of linear perspective*, Nueva York.
Edwards, R. (1979) *Contested terrain: the transformation of the workplace in the twentieth century*, Nueva York.

Farias, V. (1987) *Heidegger et le nazisme*, París.
Fayol, H. (1916) *Administration industrielle et générale*, París.
Ferry, L. y Renault, A. (1988) *Heidegger et les modernes*, París.
Feyerabend, P. (1975) *Against method*, Londres.
Fish, S. (1980) *Is there a text in this class? The authority of interpretive communities*, Cambridge, Mass.
Fishman, R. (1982) *Urban utopias in the twentieth century*, Cambridge, Mass.
Flaubert, G. (1964) *Sentimental education*, Harmondsworth.
(1979) *Letters, 1830-57*, Londres.
Foster, H. (1985) *Recordings: art, spectacle, cultural politics*, Port Townsend, Washington.
Foster, H. (ed.) (1983) *The anti-aesthetic: essays on postmodern culture*, Port Townsend, Washington.
Foster, J. (1974) *Class struggle in the industrial revolution*, Londres.
Foucault, M. (1972) *Power/knowledge*, Nueva York.
(1984) *The Foucault reader* (ed. P. Rabinow), Harmondsworth.
Frampton, K. (1980) *Modern architecture: a critical history*, Londres.
Frisby, D. (1985) *Fragments of modernity*, Cambridge.

Giddens, A. (1984) *The constitution of society: outline of the theory of structuration*, Oxford. [*La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1995.]
Giedion, S. (1941) *Space, time and architecture*, Nueva York.
Gilligan, C. (1982) *In a different voice: psychological theory and women's development*, Cambridge, Mass.
Giovannini, J. (1988) «Breaking all the rules», *New York Times Magazine*, 12 de junio de 1988.
Goldberger, P. (1988) «Theories as the building blocks for a new style», *New York Times*, 26 de junio de 1988.
Goldthorpe, J. *et al.* (1969) *The affluent worker in the class structure*, Cambridge.

Gordon, D. (1978) «Capitalist development and the history of American cities», en W. Tabb y L. Sawers, eds., *Marxism and the metropolis*, Nueva York.
(1988) «The global economy: new edifice or crumbling foundations?», *New Left Review*, 168, págs. 24-65.
Gramsci, A. (1971) *Selections from the prison notebooks*, Londres.
Gregory, D. y Urry, J. (eds.) (1985) *Social relations and spatial structures*, Londres.
Guilbaut, S. (1983) *How New York stole the idea of modern art*, Chicago.
Gurvitch, G. (1964) *The spectrum of social time*, Dordrecht.

Habermas, J. (1983) «Modernity: an incomplete project», en H. Foster, ed.
(1987) *The philosophical discourse of modernity*, Oxford.
Hägerstrand, T. (1975)« Survival and arena: on the life history of individuals in relation to their geographical environment», en T. Carlstein, D. Parkes y M. Thrift, eds., *Human activity and time geography*, vol. 2, Londres.
Halal, W. (1986) *The new capitalism*, Nueva York.
Hall, E. (1966) *The hidden dimension*, Nueva York.
Hareven, T. (1982) *Family time and industrial time*, Londres.
Harries, K. (1982) «Building and the terror of time», *Perspecta: the Yale Architectural Journal*, 19, págs. 59-69.
Harrington, M. (1960) *The other America*, Nueva York.
Harrison, B. y Bluestone, B. (1988) *The great U-turn: capital restructuring and the polarizing of America*, Nueva York.
Hartsock, N. (1987) «Rethinking modernism: minority versus majority theories», *Cultural Critique*, 7, págs. 187-206.
Harvey, D. (1982) *The limits to capital*, Oxford.
(1985*a*) *The urbanization of capital*, Oxford.
(1985*b*) *Consciousness and the urban experience*, Oxford.
(1985*c*) «The geopolitics of capitalism», en D. Gregory y J. Urry, eds., *Social relations and spatial structure*, Londres.
(1989) *The urban experience*, Oxford.
Hassan, I. (1975) *Paracriticisms: seven speculations of the times*, Urbana, Ill.
(1985) «The culture of postmodernism», *Theory, Culture and Society*, 2(3), págs. 119-32.
Heidegger, M. (1959) *An introduction to Metaphysics*, New Haven, Conn.
Helgerson, R. (1986) «The land speaks: cartography, chorography, and subversion in Renaissance England», *Representations*, 16, págs. 51-85.
Herf, J. (1984) *Reactionary modernism*, Cambridge.
Hewison, R. (1987) *The heritage industry*, Londres.
Horkheimer, M. y Adorno, T. (1972) *The dialectic of Enlightenment*, Nueva York.
Hunt Commission Report (1971) *Financial structure and regulation*, Washington, DC.
Huyssens, A. (1984) «Mapping the post-modern», *New German Critique*, 33, págs. 5-52.

Institute of Personnel Management (1986) *Flexible patterns of work*, Londres.

Jacobs, J. (1961) *The death and life of great American cities*, Nueva York.
Jager, M. (1986) «Class definition and the esthetics of gentrification», en N. Smith y P. Williams, eds., *The gentrification of the city*, Londres.
Jameson, F. (1984*a*) «The politics of theory: ideological positions in the postmodernism debate», *New German Critique*, 33, págs. 53-65.
(1984*b*) «Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism», *New Left Review*, 146, págs. 53-92.
(1988) «Cognitive mapping», en Nelson y Grossberg, eds.
Jencks, C. (1984) *The language of post-modern architecture*, Londres.
Jessop, B. (1982) *The capitalist state*, Oxford.
(1983) «Accumulation strategies, state forms, and hegemonic projects», *Kapitalistate*, 10/11, págs. 89-112.

Kern, S. (1983) *The culture of time and space, 1880-1918*, Londres.
Klotz, H. (ed.) (1985) *Post-modern visions*, Nueva York.
Kostof, S. (1985) *A history of architecture: settings and rituals*, Oxford.
Koyré, A. (1968) *From the closed world to the infinite universe*, Baltimore, Md.
Krier, R. (1987) «Tradition-modernity-modernism: some necessary explanations», *Architectural Design Profile*, 65, Londres.
Kroker, A. y Cook, D. (1986) *The postmodern scene: excremental culture and hyper-aesthetics*, Nueva York.
Kuhn, T. (1962) *The structure of scientific revolutions*, Chicago, Ill.

Landes, D. (1983) *Revolution in time: clocks and the making of the modern world*, Cambridge, Mass.
Lane, B. (1985) *Architecture and politics in Germany, 1918-1945*, Cambridge, Mass.
Lash, S. y Urry, J. (1987) *The end of organised capitalism*, Oxford.
Le Corbusier (1929) *The city of tomorrow and its planning*, Londres.
Le Goff, J. (1980) *Time, work and culture in the middle ages*, Chicago, Ill.
Lee, D. (1973) «Requiem for large-scale planning models», *Journal of the American Institute of Planners*, 39, págs. 117-42.
Lees, A. (1985) *Cities perceived: urban society in European thought, 1820-1940*, Nueva York.
Lefaivre, M. (1986) *Representing the city: Daniel Hudson Burnham and the making of an urban strategy*. Tesis de doctorado inédita, Johns Hopkins University, Baltimore, Md.
Lefebvre, H. (1974) *La production de l'espace*, París.
Lipietz, A. (1986) «New tendencies in the international division of labour: regimes of accumulation and modes of regulation», en A. Scott y M. Storper, eds., *Production, work, territory: the geographical anatomy of industrial capitalism*, Londres.
Lukács, G. (1969) *Goethe and his age*, Londres.
Lunn, E. (1985) *Marxism and modernism*, Londres.

Lyotard, J. (1984) *The postmodern condition*, Manchester.

Maddison, A. (1982) *Phases of capitalist development*, Oxford.
Mandel, E. (1975) *Late capitalism*, Londres.
Martin, R. y Rowthorn, B. (eds.) (1986) *The geography of deindustrialisation*, Londres.
Marx, K. (1963) *The eighteenth brumaire of Louis Bonaparte*, Nueva York.
(1964) *The economic and philosophic manuscripts of 1844*, Nueva York.
(1967) *Capital* (3 vols.), Nueva York.
(1973) *Grundrisse*, Harmondsworth.
Marx, K. y Engels, F. (1952) *The communist manifesto*, Moscú.
McHale, B. (1987) *Postmodernist fiction*, Londres.
McLuhan, M. (1966) *Understanding media: the extensions of man*, Nueva York.
Miller, J. Hillis (1988) «De Man», *Times Literary Supplement*, 17 de junio de 1988.
Moore, B. (1986) *Space, text and gender*, Cambridge.
Murray, R. (1987) «Flexible specialization in the "Third Italy"», *Capital and Class*, 33, págs. 84-95.

Nash, J. y Fernandez-Kelly, P. (eds.) (1983) *Women, men and the international division of labor*, Albany, NY.
Nelson, C. y Grossberg, L. (eds.) (1988) *Marxism and the interpretation of culture*, Urbana, Ill.
Newman, C. (1984) «The postmodern aura: the act of fiction in an age of inflation», *Salmagundi*, 63-4, págs. 3-199.
Nietzsche, F. (1968) *The will to power*, Nueva York.
Noble, D. (1977) *America by design*, Nueva York.
Noyelle, T. y Stanback, T. (1984) *The economic transformation of American cities*, Totawa, NJ.

O'Connor, J. (1973) *The fiscal crisis of the state*, Nueva York.
Offe, C. (1985) *Disorganized capitalism*, Oxford.
Ollman, B. (1971) *Alienation*, Cambridge. [*Alienación*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1975.]
Ozouf, M. (1988) *Festivals and the French Revolution*, Cambridge, Mass.

Pfeil, F. (1988) «Postmodernism as a "structure of feeling"», en Nelson y Grossberg, eds.
Piore, M. y Sabel, C. (1984) *The second industrial divide*, Nueva York.
Poggioli, R. (1968) *The theory of the avant-garde*, Cambridge, Mass.
Pollert, A. (1988) «Dismantling flexibility», *Capital and Class*, 34, págs. 42-75.
PRECIS 6 (1987) *The culture of fragments*, Columbia University Graduate School of Architecture, Nueva York.
Princeton Architectural Press (1985) *Architecture, criticism, ideology*, Princeton, NJ.

Raban, J. (1974) *Soft city*, Londres.
Raphael, M. (1981) *Proudhon, Marx, Picasso: essays in Marxist aesthetics*, Londres.
Reich, R. (1983) *The next American frontier*, Baltimore, Md.
Relph, E. (1987) *The modern urban landscape*, Baltimore, Md.
Rochberg-Halton, E. (1986) *Meaning and modernity: social theory in the pragmatic attitude*, Chicago, Ill.
Rohatyn, F. (1983) *The twenty-year century*, Nueva York.
Rorty, R. (1979) *Philosophy and the mirror of nature*, Princeton, NJ.
(1985) «Habermas and Lyotard on postmodernity», en Bernstein, ed.
Rossi, A. (1982) *Architecture and the city*, Cambridge, Mass.
Rowe, C. y Koetter, F. (s. f.) *Collage city*, Cambridge, Mass.

Sabel, C. (1982) *Work and politics: the division of labour in industry*, Londres.
Sack, R. (1986) *Human territoriality: its theory and history*, Cambridge.
Sayer, A. (1989) «Post-Fordism in question», *International Journal of Urban and Regional Research*, en preparación.
Scardino, A. (1987) «What, New York City worry?», *New York Times*, 3 de mayo de 1987.
Scott, A. (1988) *New industrial spaces: flexible production, organisation and regional development in North America and Western Europe*, Londres.
Schorske, C. (1981) *Fin-de-siècle Vienna: politics and culture*, Nueva York.
Schumpeter, J. (1934) *The theory of economic development*, Cambridge, Mass.
Shaiken, H. (1984) *Work transformed: automation and labour in the computer age*, Nueva York.
Simmel, G. (1971) «The metropolis and mental life», en D. Levine, ed., *On individuality and social form*, Chicago, Ill.
(1978) *The philosophy of money*, Londres.
Smith, N. (1984) *Uneven development*, Nueva York.
Soja, E. (1988) *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*, Londres.
Sorel, G. (1974) *Reflections on violence*, Londres.
Speier, H. (1986) *German white collar workers and the rise of Hitler*, New Haven, Conn.
Spufford, P. (1988) *Money and its uses in medieval Europe*, Cambridge.
Stein, G. (1938) *Picasso*, Nueva York.
Swyngedouw, E. (1986) «The socio-spatial implications of innovations in industrial organisation», trabajo para discusión nº 20, Johns Hopkins European Center For Regional Planning and Research, Lille.

Tafuri, M. (1976) *Architecture and utopia*, Cambridge, Mass.
(1985) «USSR - Berlín 1922; from populism to constructivist international», en Princeton Architectural Press.
Tarbell, I. (1904) *The history of the Standard Oil Company*, vol. 1, Nueva York.

Taylor, B. (1987) *Modernism, post-modernism, realism: a critical perspective for art*, Whinchester.

Taylor, F. W. (1911) *The principles of scientific management*, Nueva York.

Therborn, G. (1984) *Why some people are more unemployed than others*, Londres.

Thompson, E. P. (1967) «Time, work discipline, and industrial capitalism», *Past and Present*, 38, págs. 56-97.

Tichi, C. (1987) *Shifting gears: technology, literature, culture in modernist America*, Chapel Hill.

Timms, E. y Kelley, D. (eds.) (1985) *Unreal city: urban experience in modern European literature and art*, Manchester.

Toffler, A. (1970) *Future shock*, Nueva York.

Tomlins, C. (1985) *The state and the unions: labor relations, law and the organized labor movement in America, 1880-1960*, Cambridge.

Trilling, L. (1966) *Beyond culture: essays in literature and learning*, Londres.

Tuan, Yi Fu (1977) *Space and place*, Minneápolis, Minn.

Venturi, R., Scott-Brown, D. e Izenour, S. (1972) *Learning from Las Vegas*, Cambridge, Mass.

Virilio, P. (1980) *L'esthétique de la disparition*, París.

Walker, R. A. (1985) «Is there a service economy? The changing capitalist division of labor», *Science and Society*, 49, págs. 42-83.

Walton, J. (1987) «Urban protest and the global political economy: the IMF riots», M. P. Smith y J. R. Feagin, eds., *The capitalist city*, Oxford.

Wilson, W. (1987) *The truly disadvantaged*, Chicago, Ill.

Zukin, S. (1982) *Loft living*, Baltimore, Md.